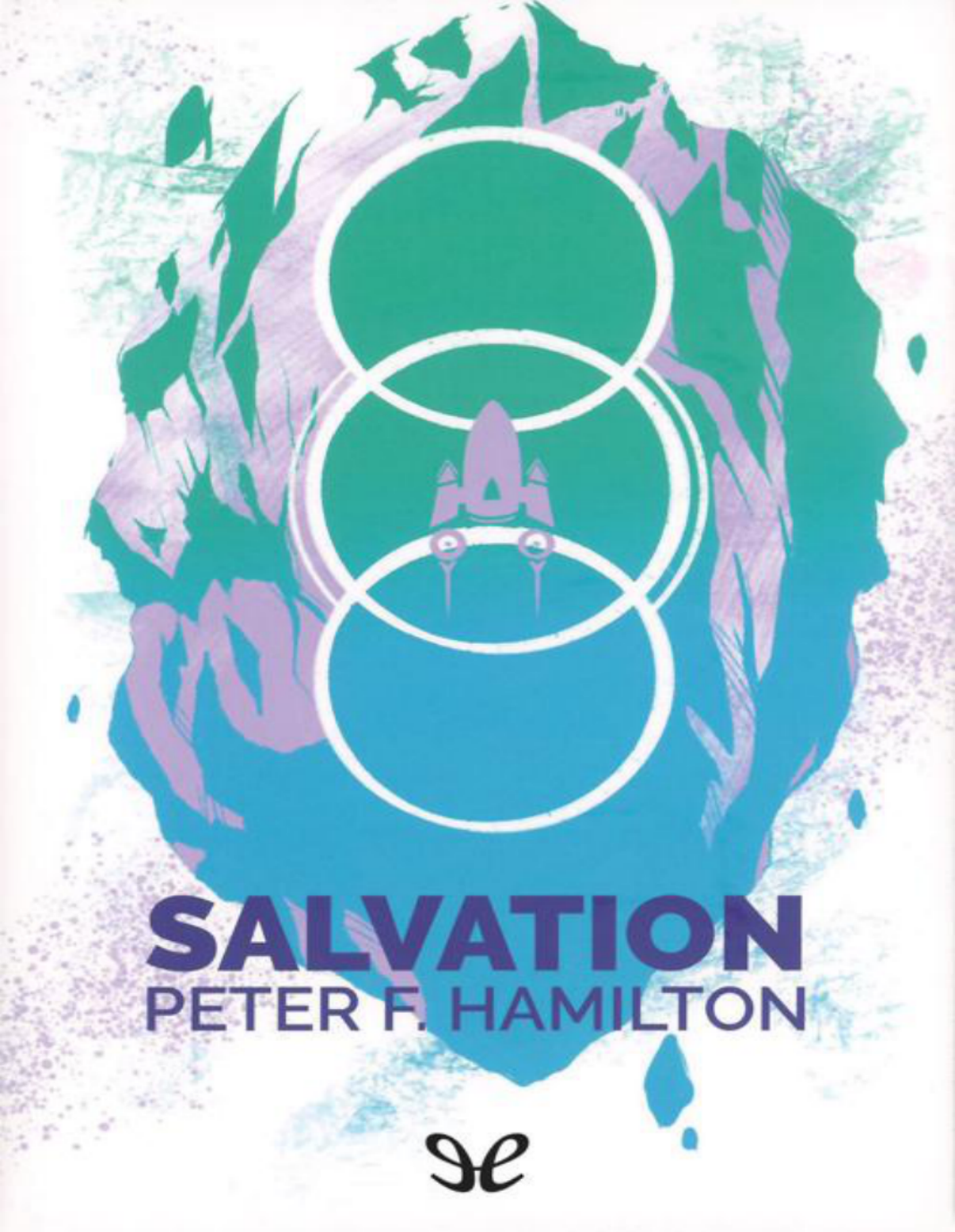


SALVATION

PETER F. HAMILTON

ANNO DOMINI 2204

La humanidad acaba de superar el apogeo de su expansión por los sistemas estelares cercanos gracias a la tecnología del entrelazamiento cuántico espacial, y su aplicación en los portales de Conexión.

TECNOLOGÍA QUE HA SUBSTITUIDO TANTO LOS COHETES ESPACIALES COMO EL METRO URBANO.

Y AHORA TODO *ESTÁ A UN PASO*.

Se han descubierto los restos de una nave alienígena en un planeta que se encuentra en la creciente frontera de La humanidad, así que el director de Seguridad de Conexión Feriton Kayne ha seleccionado a un equipo para la investigación. El siniestro cargamento de La nave no solo le ha supuesto desconcertantes preguntas, sino que le hace temer por la propia integridad de la misión, El objetivo de este equipo será regresar con respuestas.

RESPUESTAS QUE PODRÍAN CAMBIARLO TODO.

«MAGNÍFICA… UN TREPIDANTE Y ENORMEMENTE SATISFACTORIO *THRILLER* CIFI QUE ABRE UN PORTAL A UNA NUEVA Y EXCITANTE SERIE».

ALASTAIR REYNOLDS

«MÁS QUE ÉPICA… NO ACEPTES SUSTITUTOS, ESTO ES LO BUENO. NECESITAS SALVATION».

IAN MCDONALD

«UNA LECTURA ABSOLUTAMENTE DISFRUTABLE».

NEAL ASHER

Peter F. Hamilton

Salvation

Salvation Sequence - 1

ePub r1.1
Titivillus 20.04.2022

Título original: *Salvation*
Peter F. Hamilton, 2018
Traducción: Antonio Mesones Ruiz
Diseño de interior, cubierta e ilustraciones: Israel A. Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

La música para escuchar de fondo leyendo Salvation ha sido creada por el compositor de películas y televisión, Steve Buick. Sus piezas lentas y evocativas son el acompañamiento perfecto para todo el libro. Busca:
*"**Peter F. Hamilton's Salvation: Atmospheres and Soundscapes**" en Amazon, iTunes o Google Play.*
Puedes encontrar más canciones en **www.stevebuick.com**.

LISTA DE PROTAGONISTAS

Sistema Sol y mundos terraformados humanos

AKKAR · Ecoguerrero

YURI ALSTER · Jefe de Seguridad de la Corporación Conexión JAVID-LEE BOSHBURG · Capo de la mafia de Nueva York CÁNCER · Mercenaria de operaciones ilegales SAVI CHAUDHRI · Agente encubierta de Seguridad de Conexión ELDLUND · Consejero de Callum

RAYNER GROGAN · Capo de la mafia de Nueva York GWENDOLINE · Nieta (no reconocida) de Ainsley CALLUM HEPBURN · Líder de equipo de Emergencias de Tóxicos RAINA JACEK · Equipo de ET, IT, (exhacktivista) EMIIJAJURICH · Fundadora del movimiento utópico FERITON KAYNE · Conexión, división de Seguridad exosolar ALANA KEATES · Equipo de ET

KRUSE · Agencia de Seguridad de Akitha POI LI · Directora de Seguridad de Conexión LOI · Asistente y consejero tecnológico de Yuri KRAVIS LORENZO · Abogado de Nueva York ROSE LORENZO · Alta sociedad de NY

MOSHI LYANE · Segundo del equipo de ET

KANDARA MARTÍNEZ · Mercenaria privada ALIK MONDAY · FBI, detective especial veterano JESSIKA MYE · Asistente de Yuri

NAHUEL · Monje budista, delegación ecuménica 2199

JARU NIYOM · Fundadora del movimiento utópico OISTAD · Agencia de Seguridad de Akitha HENRY ORME · Equipo de ET

SALOVITZ · Detective, NYPD

HORATIO SEYMORE · Novio de Gwendoline LUCIUS SOCKO · Capitán de escuadrón de Seguridad de Conexión DOKAL “DOK” TORRES · Abogada de Conexión TYLE · Agencia de Seguridad de Akitha COLIN WALTERS · Equipo de ET

AINSLEY BALDUNIO ZANGARI · Fundador y CEO de Conexión

JULOSS

Chicos de la finca Immerle

COLIAN

DELLIAN

ORELLT

FALAR

HABLE

JANC

MALLOT

RELLO

URET

XANTE

Chicas de la finca Immerle

YIRELLA

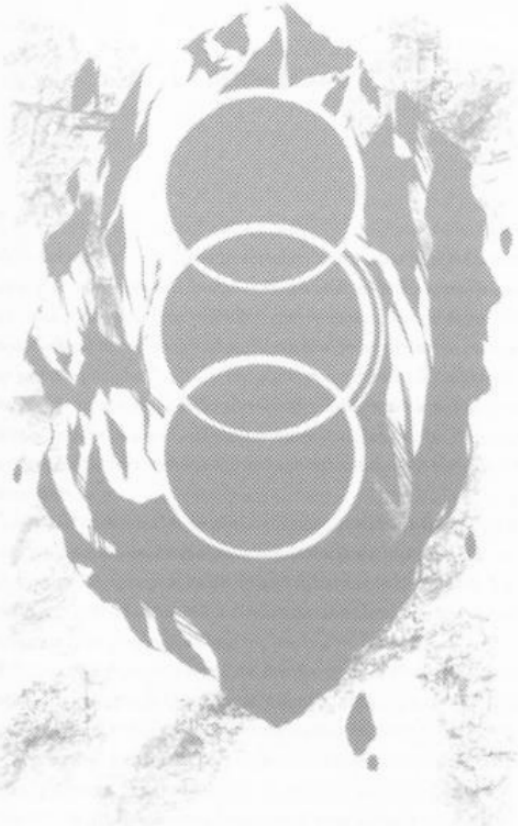
TILLIANA

ELLICI

Adultos de la finca Immerle

ALEXANDRE · Tutor del curso
JENNER · Director
URANTI · Técnico de muncos
KENELM · Capitán de la Morgan

Al final del libro está la cronología de *Salvation*



LA TIERRA LLAMA

A la deriva en el espacio interestelar, a tres años luz de la estrella 31 Aquilae, el racimo de moradas Neána detectó una serie de pulsos electromagnéticos cortos y débiles, que se mostraron de forma intermitente, durante dieciocho años. El patrón de los primeros pulsos era ya conocido para los Neána y era algo preocupante: detonaciones de fisión nuclear, seguidas siete años después de explosiones de fusión. El progreso tecnológico de quien fuese que las estaba detonando era excepcionalmente veloz según la métrica usual de civilizaciones emergentes.

Vástagos metavirales se abrieron paso hacia los fragmentos de cometa anclados en el vasto racimo, desplegando una cadena de endebles redes receptoras de veinte kilómetros de ancho. Se alinearon a la estrella clase G a cincuenta años luz, donde se estaban desplegando esas armas salvajes.

Efectivamente, un torrente de débiles señales electromagnéticas brotaba del tercer planeta de la estrella, una especie inteligente estaba entrando en su fase científico industrial temprana.

A los Neána les preocupaba que se estuviesen utilizando tantas armas nucleares. Sin duda, la nueva especie era perturbadoramente agresiva. Algunas mentes del racimo se congratularon por ello.

Análisis de las señales de radio, ahora derivando a retransmisiones analógicas audiovisuales, revelaban una raza bípeda organizada en líneas geotribales, constantemente en conflicto. Su composición bioquímica específica les otorgaba, según la perspectiva Neána, vidas tristemente cortas. Lo cual se postulaba como la causa probable de su progreso más acelerado de lo habitual.

Que habría una expedición estaba fuera de toda duda, los Neána lo tomaban como su deber. Nunca consideraban el tipo de vida evolucionado de los distantes mundos. La única cuestión restante correspondía al nivel de asistencia a ofrecerles. Aquellos que veían positivas las cualidades agresivas de la nueva especie les querían ofrecer el espectro disponible de tecnología Neána al completo. Casi prevalecieron.

La nave de inserción esférica que abandonó el racimo, sin saber si era una de las muchas enviadas, o la única, medía cien metros de diámetro, y toda su masa compuesta por bloques de moléculas activas. Pasó tres meses acelerando al treinta por ciento de la velocidad de la luz en curso a Altair, un viaje que apenas alcanzó cien años. En el curso del solitario viaje, la consciencia piloto de la nave continuó monitorizando las señales electromagnéticas provenientes de la joven civilización. Elaboró una base impresionante de conocimiento sobre biología humana, y un profundo entendimiento de sus estructuras político-tribales y económicas, en constante evolución.

Cuando la nave alcanzó Altair, realizó una compleja maniobra de sobrevuelo, alineándose perfectamente con Sol. Tras la maniobra, eyectó la sección física de la memoria de la consciencia que contenía todos los datos de astrogración del vuelo del racimo hacia Altair, y los bloques constituyentes desactivados. Su debilitada estructura atómica se desintegró en una nube expansiva de polvo, rápidamente dispersada por el viento solar de Altair. Ahora, la nave de inserción, aunque fuese interceptada, nunca podría revelar la posición del racimo de moradas Neána. Ya no sabía dónde estaba.

Dedicó los últimos cincuenta años de viaje a una estrategia de emplazamiento. Para entonces, el ingenio humano había producido naves espaciales que volaban tras la nave de inserción en la otra dirección, en búsqueda de nuevos mundos entre las estrellas. La información radiada de la Tierra y los hábitats asteroidales se había sofisticado, pero en cambio, había mucha menos. Las señales de radio estaban en declive desde que internet comenzó a transportar el grueso del tráfico de datos humanos. En los últimos veinte años de aproximación de la nave de inserción a Sol, recibió poco más que retransmisiones de entretenimiento, e incluso estos menguaban año a año. Pero ya disponía de suficiente.

Voló al sur de la eclíptica, descamando masa fría en ráfagas irregulares como un cometa negro, una maniobra de deceleración que llevó tres años. El momento más arriesgado del viaje. El sistema solar de los humanos estaba rociado con gran cantidad de sensores astronómicos escaneando anomalías cosmológicas en el universo. Al cruzar el cinturón de Kuiper, la nave de inserción había quedado reducida a veinticinco metros de diámetro. No emitía campos magnéticos ni gravitacionales. La capa exterior absorbía por completo la radiación, así que no existía albedo, haciéndola invisible a cualquier telescopio. La emisión térmica era cero.

Nadie percibió su llegada.

Dentro, cuatro biológicos comenzaron a formarse en iniciadores

moleculares, siguiendo los patrones fisiológicos que la consciencia de la nave había diseñado, en base a la información que había adquirido durante el largo viaje.

Eran humanos en forma y tamaño, sus esqueletos y órganos llevaban la imitación a nivel bioquímico. Su ADN era igualmente auténtico. Debían descender muy profundamente en las células para encontrar alguna anomalía, únicamente una auditoría de los orgánulos revelaría estructuras moleculares alienígenas.

Para la nave de inserción, la mayor dificultad radicó en las mentes de los biológicos, los procesos mentales humanos eran complejos, rozando lo paradójico. Aún peor, sospechaba que las actuaciones en todos los dramas de ficción que recibió sobreempatizaban las respuestas emocionales. Así construyó una arquitectura primaria de rutinas de pensamiento estable, incluyendo un proceso de aprendizaje rápido e integración adaptativa.

A un millón de kilómetros de la Tierra, la nave de inserción se deshizo del resto de su masa de reacción, a medida que realizaba su maniobra final de deceleración. Ahora, básicamente quedaba caer en la punta más al sur de Sudamérica. Minúsculas eyecciones de corrección refinaron el vector de descenso, dirigiéndola a Tierra del Fuego, aún a treinta minutos del comienzo del amanecer. Incluso si era detectada ahora, parecería un pequeño fragmento de materia natural del espacio.

Entró en la atmósfera superior y comenzó a fragmentarse en cuatro segmentos con forma de pera. El resto de materia se deshizo en chispas burbujeantes, produciendo una breve y hermosa serie de destellos que atravesaron la mesosfera. En el suelo se encontraban los residentes de Ushuaia, la ciudad más al sur de la Tierra, refugiada bajo una gruesa capa de nubes invernales, era ajena a su visitante interestelar.

Cada fragmento continuó descendiendo, frenando con mayor ímpetu conforme la atmósfera se espesaba a su alrededor, redujeron su velocidad a subsónica a tres kilómetros al oeste de la ciudad, donde, incluso en el año
2162 d. C.,
ningún prospector reclamaba territorio en la accidentada orografía. A doscientos metros de la costa, se alzaron cuatro penachos de agua como densos géiseres, coronando y salpicando la aguanieve helada que flotaba sobre las aguas del canal del Beagle.

Los metahumanos Neána flotaron a la superficie, todo lo que quedaba de los segmentos de la nave era una espesa capa de bloques de molécula activa que les cubría como una segunda piel de gel

translúcido, aislándoles de la peligrosa agua fría. Nadaron hasta la orilla.

La playa era una estrecha cala de piedras grises atestada de ramas muertas, un espeso bosque ocupaba la inclinada ladera. Los alienígenas gatearon un corto trecho hacia la cuesta mientras la luz del pálido amanecer calaba las nubes oscuras. La capa protectora se licuó, drenándose bajo las piedras donde sería arrastrada por la próxima marea y llenaron sus pulmones de aire por primera vez.

—Uf, ¡sí que hace frío! —exclamó uno.

—Buena clasificación, me la quedo. —Otorgó otro con dientes castañeantes.

Se miraron en la luz gris. Dos lloraban por el impacto emocional de la llegada, otro sonreía maravillado mientras el cuarto parecía especialmente impasible ante el desolado paisaje. Cada uno portaba un pequeño paquete de ropa de montaña copiado de un anuncio de ropa de invierno de hace dieciocho meses. Se dieron prisa en vestirse.

Al acabar, marcharon por un antiguo sendero a través de los árboles hasta las ruinas de la Ruta Nacional Tres, que llevaba a Ushuaia.

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Feriton Kayne, Nueva York, 23 de junio de 2204

Nueva York nunca me impresionó demasiado, los nativos insistían constantemente en que era la ciudad que nunca dormía, sobre cómo se había alzado al centro del universo humano. Autojustificándose así en su decisión de vivir en carísimos y minúsculos apartamentos, incluso hoy en día, cuando podrían vivir en cualquier lugar del planeta y venir a través de una docena de portales de Conexión. Insistían en que aún se sentía el ambiente, la onda, el ritmo. Muchos bohemios venían a ponerse con *la experiencia, tíiio*, lo que les inspiraba a trabajar en su arte, mientras los pringaos corporativos sufrían aquí sus años de principiantes en gestión para demostrar su *compromiso*. Para el personal de servicio próximo, era simplemente conveniente, mientras que los pobres de verdad no podían permitirse largarse de allí. Y sí, culpable, vivía en el SoHo. No es que sea un ejecutivo junior, justo en mi escritorio, en la placa pone: Feriton Kayne, vicedirector, división de Seguridad exosolar de Conexión. Y si con eso puedes averiguar lo que realmente hago, eres más listo que la mayoría.

Mi oficina está en la planta setenta y siete de la torre de la corporación Conexión, Ainsley Zangari quería su sede global en Manhattan, y vaya si quería que todo el mundo lo supiese. Pocos podrían permitirse un espacio en la calle 59 oeste, justo tras el Columbus Circle. Tenía que mantener la fachada del viejo hotel en la base de sus monstruosas ciento veinte plantas de cristal y carbón. ¿Por qué?, no lo sé, no tenía valor arquitectónico hasta donde yo sé, pero el ayuntamiento lo tiene registrado como edificio emblemático. Os podéis hacer a la idea, ni siquiera Ainsley Zangari, el hombre más rico que jamás haya habido, puede ganarle una discusión al ayuntamiento sobre patrimonio cultural.

No me quejo, mi oficina me ofrece la mejor vista concebible sobre la ciudad y Central Park, una que ni los meros superricos de Park Avenue se pueden permitir. De hecho, he tenido que posicionar mi escritorio para trabajar de espaldas a la cristalera que cubre del suelo

al techo o estaría demasiado distraído. Aunque bueno, mi silla es giratoria.

Esa tarde de junio, de cielo raso, estaba admirando la vista, fascinado como siempre, el paisaje parecía una de esas pinturas al óleo del siglo diecisiete donde todo posee un brillo celestial.

Una recepcionista dio paso a Kandara Martínez. La mercenaria corporativa vestía un mono negro bajo una chaqueta de alguna línea de ropa de media costura, aunque la llevaba como si fuera un uniforme militar. Supongo que nunca abandonó ese aspecto de su vida.

Sandjay, mi altyo, me mostró datos presentados en las lentillas tarsus que llevaba puestas en los ojos, en texto verde sobre morado. El archivo no decía mucho que no supiese ya: se enlistó en el Heroico Colegio Militar de la ciudad de Méjico, cuando tenía diecinueve años. Tras graduarse participó en varios despliegues activos en la Fuerza de supresión urbana rápida. Sus padres fueron asesinados por un dron bomba, un trabajo chapucero de un puñado de anarquistas antiimperialistas, lanzado contra la manifestación simbólica de la malvada economía extranjera que les oprimía. O, en otras palabras, la fábrica de drones a control remoto donde trabajaba su padre. El incremento de sus muertes en acción empezó a preocupar a sus superiores, siendo así licenciada con honores en 2187. Desde entonces, era autónoma de seguridad corporativa. Los encargos realmente oscuros. En persona tenía ciento setenta centímetros de altura, llevaba el pelo castaño corto y tenía ojos azules. No estaba seguro de si eran reales o genetizados, no parecían pertenecer a su herencia mejicana. Saltaba a la vista que entrenaba, se mantenía en forma, asunto de supervivencia básica en su línea de trabajo, pero no justificaba el tamaño de sus extremidades, tenía tremendamente musculados los brazos y las piernas. Fuese genetizada o por células K, no constaba en el archivo. La señora Martínez dejaba poca huella en solnet.

—Gracias por aceptar el contrato —dije—. Estoy mucho más feliz contando con usted entre nosotros. —Lo que era cierto tan solo en parte, me incomodaba su presencia, pues sabía a quién había eliminado a lo largo de su carrera.

—Tenía curiosidad —dijo—, se sabe que Conexión tiene muy pocas personas en su propia división de Seguridad.

—Cierto, y hablando de eso, quizá necesitemos algo más allá de las responsabilidades de nuestro personal.

—Suena interesante, Feriton.

—Mi jefe quiere protección, protección seria. Estamos tratando con lo desconocido, esta expedición… es diferente. Hemos encontrado un

artefacto alienígena.

—Eso dijiste, ¿es Olyix?

—No puedo imaginarme esa posibilidad.

Sonrió levemente.

—No voy a ocultártelo, estoy muy interesada, y halagada. ¿Por qué yo?

—Reputación —mentí—. Eres la mejor.

—Patrañas.

—De verdad, tenemos que ser discretos en esto, las otras tres personas que nos acompañarán representan importantes intereses políticos. Por eso quería a alguien con un historial genuino.

—¿Te preocupa que haya rivales que descubran a dónde vamos? ¿Qué clase de artefacto habéis encontrado?

—No te lo puedo decir hasta que estemos de camino.

—¿Estáis haciendo ingeniería inversa con su tecnología? ¿Es por lo que os preocupan los rivales?

—No se trata de nueva tecnología e impacto de mercado, tenemos un problema más grande que eso.

—¿Oh? —dijo, alzando las cejas inquisitivamente.

—Tendrás un informe completo cuando estemos de camino. Todo el mundo lo tendrá.

—Bien, es una estrategia de contención razonable, pero tengo que saberlo, ¿es hostil?

—No, o al menos, no de momento. Razón por la cual estás aquí. Necesitamos buena capacidad de impacto en poco volumen. Por si acaso.

—Me halagas aún más.

—Una última cosa, el motivo por el que tú y yo estamos teniendo esta reunión antes de que te introduzca al resto del equipo.

—Eso no suena bien.

—Hay algunos protocolos de primer contacto, bastante severos, Defensa Alfa ha insistido. Vamos a estar muy aislados en toda la misión, algo a lo que ninguno de nosotros estamos acostumbrados. Hoy cualquiera puede pedir ayuda donde quiera que esté, sin importar el desastre. Todo el mundo asume que hay un equipo de emergencia a dos minutos. Hemos crecido así. Y lo considero una debilidad, sobre todo en esta misión. Si la situación se tuerce, y mucho, es cuando el protocolo de primer contacto de Defensa Alfa aplica.

Lo cogió a la primera. Pude percibir el leve cambio en la postura corporal, como su humor se retraía, y sus músculos se tensaban.

—Si son hostiles, no pueden saber nada de nosotros —dijo ella.

—Sin prisioneros, sin descarga de datos.

—¿En serio? —Su humor volvió de golpe—. ¿Os preocupa una invasión alienígena? Qué curioso, ¿qué teme Ainsley Zangari, que vayan a saquear, nuestro oro y mujeres?

—No sabemos que son, así que hasta que lo averigüemos…

—Los Olyix han resultado estar bien. Y tienen una burrada de antimateria en la *Salvation of Life*. No hay otra fuente de energía convencional lo bastante poderosa como para acelerar una nave de ese tamaño a una fracción considerable de la velocidad de la luz.

—Tuvimos suerte con ellos —dije, midiendo mis palabras—. Su religión les impone una serie de prioridades totalmente diferentes a las nuestras. Todo lo que buscan es viajar a través del espacio en su arca espacial hacia el final de los tiempos, donde creen que les espera su Dios. No buscan expandirse a nuevos sistemas estelares y bioformar planetas donde vivir, es un imperativo muy diferente al nuestro. Supongo que no entendíamos con profundidad lo que *alienígena* significaba, hasta que llegaron al sistema Sol. Pero Kandara, ¿apostarías la supervivencia de nuestra especie a que cada raza es tan benigna como los Olyix? Han pasado sesenta años desde su llegada, y ambos nos hemos beneficiado del comercio. Genial, pero tenemos como deber considerar que en algún momento nos encontraremos una especie que no sea tan benigna.

—La guerra interestelar es una fantasía. No tiene sentido. Económicamente, por recursos, por territorio… es estúpido. Ahora ni siquiera Hong Kong desarrolla juegos sobre el tema.

—A pesar de todo, tenemos que respetar la posibilidad, por remota que sea. Mi departamento ha desarrollado escenarios que nunca revelamos al público —le informé—. Algunos son… perturbadores.

—Estoy segura, pero al final es paranoia humana.

—Quizá. Sin embargo hay que aplicar el protocolo de no exposición si la especie resulta ser hostil. ¿Aceptarás la responsabilidad? Tengo que saber si puedo contar contigo en caso de encontrarme incapacitado.

—¡Incapacitado! —Se detuvo un momento, respirando profundamente al darse cuenta de lo que le estaba pidiendo.

Había sido fácil conseguir que la asignasen a la misión por esto. Gracias a su personalidad, era absolutamente dedicada y lo bastante intrépida como para iniciar la secuencia de autodestrucción. Fue fácil convencer también a Yuri, nunca cuestionó mi elección.

—Muy bien —dijo—. Si llegamos a eso, estoy preparada para presionar el botón rojo.

—Gracias. Uhm, los otros tres, quizá no aprecien…

—Sí, nos guardaremos esta parte.

—Estupendo, vamos con ellos, pues.

Seguridad exosolar ocupa siete plantas consecutivas, la sala de conferencias del departamento está en la planta setenta y seis, llevé a Kandara por la escalera espiral del centro de la torre. Naturalmente la sala de conferencia se encontraba en una esquina de la torre, otorgándole dos paredes de cristal. La mesa oval de teca que ocupaba el centro de la sala probablemente costase más que mi salario anual. Ese día tenía quince sillas alrededor. Había más sillas alineadas contra las paredes que no eran de cristal, para que se sentasen los lacayos. Pura psicología, enfatizando la importancia de aquellos invitados que se sentasen en la mesa de los adultos.

Siete personas nos esperaban, ninguno de ellos usaba una silla de la pared. En lo que a mí respectaba, tan solo tres de ellos eran relevantes, representativos del verdadero poder: Yuri Alster, Callum Hepburn y Alik Monday.

Yuri se sentaba en el extremo opuesto, con su asistente ejecutivo, y consejero técnico Loi a su lado. Era uno de los verdaderos veteranos, nacido en 2030 en San Petersburgo, taciturno y silencioso como tan solo los rusos que emigraron de la Madre tierra pueden ser. Añade eso con su edad, y dudo que su boca sea siquiera capaz de sonreír de nuevo. Hace un siglo recibió su primera terapia de extensión de telómeros, y procedió a genetizarse para mantenerse vivo. Si es que a eso se le puede llamar vivir, la mayoría se refiere a la miríada de terapias de extensión como la *no muerte*, estirando su existencia a toda costa. He visto a personas que no consiguieron dinero para tratamientos hasta los ochenta, y no es agradable de ver.

Todos esos tratamientos y procedimientos han dejado a Yuri suspendido en el aspecto de sus cincuenta y muchos, con su cara redonda algo inflada, y su escaso pelo rubio clareado, como si se le hubiesen infiltrado trazas grises que se resistiesen a genetizarse. Párpados caídos sobre ojos verde-grisáceos completaban la imagen de un hombre que sospechaba del propio universo.

Pero para Yuri, los eternos cincuenta no estaban mal. Aparte de su rostro atemporal, tenían que haberle reemplazado órganos. Para empezar, ningún hígado original podría sobrevivir la inmersión en tanto vodka. Sus reemplazos serían todos bioimpresos de células de alta calidad, era demasiado xenófobo, y quizá estirado, para utilizar células K. La biotecnología alienígena era la principal mercancía de comercio entre Olyix y humanos; células con una bioquímica compatible con un cuerpo humano, que podían ensamblarse en órganos y músculos a un coste significativamente menor que los tratamientos genetizadores o células madre bioimpresas. Tenían una

reputación, infundada en mi opinión, de ser algo inferior a la tecnología médica humana. Pero poder facilitar tratamientos médicos avanzados a millones de personas, que eran demasiado pobres para recibirlos se había convertido en la mejora social más grande desde que la corporación Conexión empezó a proveer de transporte universal e igualitario a través de su red de portales.

Le saludé respetuosamente desde la entrada, era mi jefe después de todo. Y el autor de toda la expedición, una expedición que iba a ser una incalculable oportunidad para mí.

Como siempre, Loi llevaba un traje absurdamente caro, como si hubiese venido directo de Wall Street. Aunque no me alejo mucho de la verdad, dado que se trata del bisnieto de Ainsley, uno de muchos en realidad, de veintiocho años y siempre dispuesto a hablarte de su reciente y magnífica titulación en física cuántica por Harvard; ganada, no comprada como te explicará en detalle. Ahora mismo se está vendiendo desesperadamente en su ascenso por el escalafón corporativo de Conexión, como todo el mundo, porque obviamente todos los de veintiocho años consiguen un trabajo de asistente con un jefe de departamento al incorporarse. Un tío cualquiera, todo sonrisas, que se iba de bares con los colegas, y chismorreaba sobre el jefe.

Callum Hepburn había elegido, interesantemente, sentarse al lado de Yuri, había llegado hacía veinte minutos del sistema Delta Pavonis, el centro de la cultura utópica. Actualmente era uno de sus ingenieros de resolución veteranos, con un marcado rostro que hasta la genetización había fracasado en suavizar. Su espesa mata de pelo era del rubio platino, propio de los pelirrojos, en lugar del insípido gris que espera a la mayoría de los humanos.

Sentía una profunda infelicidad tras sus ojos grisáceos, por la reunión con Ainsley, y descubrí que Callum no se había ofrecido precisamente voluntario para la expedición. Supuestamente, en su democracia perfecta, no se puede ordenar a ningún utópico a hacer nada, sin importar su nivel adquirido de ciudadanía, y es grado dos. Así que debe ser una tremenda cadena de favores que Ainsley Zangari comenzó con Emilja Jurich, lo más parecido a una líder entre los utópicos, y por tanto la única capaz de presionar a Callum para volver a la Tierra.

Supongo que tener a Yuri en la expedición tampoco le iba a ayudar con su temperamento, los dos no se han dirigido la palabra desde que Callum dejó Conexión en lo que tan solo puedo describir como «circunstancias intrigantes». Hace un siglo. Tras su muerte oficial.

Precisamente, hace ciento doce años. En fin, es una cantidad de tiempo impresionante para seguir guardándole rencor. Aunque siendo

escocés, debería ser tan tozudo y arisco como los rusos, según mi experiencia. Que estos dos estén dispuestos a cooperar y apartar sus problemas personales, en principio al menos, revela bastante sobre la naturaleza del artefacto alienígena que hemos encontrado. Tenerlos juntos en el transporte va a convertir el viaje en una auténtica fiesta.

Callum estaba acompañado de dos asistentes de Delta Pavonis: Eldlund, que provenía obviamente de Akitha, el mundo principal de Utopía, que órbita a Delta Pavonis. Como todos los nacidos en el movimiento utópico, sie era omnia, genéticamente modificado para ser tanto hombre como mujer, dedicando su vida adulta en ciclos de mil días entre géneros. Esa alteración genómica básica aplicada en toda persona nacida en Utopía, habilita y fortalece la filosofía fundamental de equidad. Medida muy controvertida en su origen, en 2119, tildada como extremista por algunas religiones y anticuados moralistas. Los omnia sufrieron mucha discriminación desde el principio, incluso violencia, perpetrada por los sospechosos habituales. Hoy en día, Eldlund podría pasearse por la mayoría de las calles de la Tierra sin problema, probablemente. Llamaría la atención, sin duda, pero se debería a su altura, todos los omnia son bastante altos, Eldlund tendría fácilmente quince centímetros más que el resto de quienes estaban en la habitación. Y con la forma física propia de corredor. Quizá lo describiría como esbelto, pero carecía de rasgos frágiles. Aunque sie tenía un bello rostro, con una afilada mandíbula remarcada por una barba arreglada con verdadero arte.

Y podía medir cuanta confrontación tenía tensada bajo su rígida pose. Los utópicos de Akitha siempre eran los que más evangelizaban sobre su estilo de vida, esperaba que no se convirtiese en un problema. Sandjay, desplegando sus datos, me hir mostró como un especialista Turing.

La otra compañera de Callum era Jessika Mye, la veleta ética más cambiante de todos nosotros. Nativa de Hong Kong y radicalizada al máximo, a los veinte abrazó la ética utópica y estudió como exobióloga en Akitha, para después retroceder políticamente, y meter mano a esa sucia pasta gansa capitalista, disponible solo en la cultura universal. Sabía que tenía setenta y cuatro, mi altyo desplegó sus datos conforme mi vista pasó sobre ella, y no los aparentaba. Dato curioso: trabajó para seguridad de Conexión en su día, de donde consiguió el dinero para la terapia de telómeros en sus treinta y pocos. Entonces, tras un caso volátil, dio otro giro y se mudó de nuevo a Akitha, donde su experiencia la situó directamente en la Agencia de Observación Alienígena de los Olyix. Hace cinco años fue ascendida a asistente veterana de Callum, un nombramiento acompañado con

tanto tiempo libre que le permitía, saltaba a la vista, entrenar en el gimnasio. Si fuese más cínico, juraría que Callum valoraba este uso de su tiempo.

Y finalmente, Alik Monday. Si buscas «corrupto» en el diccionario probablemente aparezca su nombre. Un genuino cabrón americano. Ocupación: detective especial veterano del FBI, operando fuera de D. C. Parece increíble, pero cuando intenté un minado de datos, encontré que su edad estaba clasificada; es un secreto federal que camina y habla, y toda su información personal está restringida. La TuringG8 de Seguridad de Conexión podría haber hackeado su perfil con facilidad, pero crackear un núcleo del FBI es un tema serio, y no solo para los federales. Estaría inundado de rastreadores de patrones y preferiría ahorrarme las preguntas de Yuri. Necesito que considere esta su misión, a veces hay que aceptar lo que hay.

En fin, estimo que Alik tiene unos ciento diez, saltaba a la vista que parecía, más que inmortal, un cadáver reanimado. Esa piel tan suave como el plástico tan solo podría darse tras tantas terapias que se necesitaría un *shock* eléctrico intenso para que sus músculos faciales mostrasen alguna emoción. Y sospecho que también se había genetizado el color, la mayoría de los afroamericanos eran de un marrón suave, pero Alik era negro como si hubiese estado una década tomando el sol en el ecuador, lo más oscuro posible. Y un trabajo corporal completo también, debajo de la camiseta, tendrá el físico de un olímpico de veinte años, con cada músculo diseñado y bioimpreso en las mejores clínicas de San Francisco. Y apostaría a que guardaba algunos periféricos más agresivos entre esos músculos y tendones perfectos.

Pero, todo ese tiempo y dinero, despilfarrado. Cualquiera sabría de un vistazo que era viejo y calculador hasta la médula.

Tenía conexiones con las PAC globales que operaban fuera de D. C., los ricos que realmente dirigían la Tierra, que se aseguraban de que el universalismo, la sociedad demócrata capitalista establecida, se mantenía imperturbable ante las seducciones de nuevos conceptos y los *oh tan elevados* principios de movimientos como el de los utópicos. Como cualquiera, las PAC querían estar al tanto de las implicaciones del artefacto. Y Alik era sus ojos, con la lealtad que solo serias cantidades de dólares podían comprar.

Me senté dándole la espalda a Central Park y les sonreí graciosamente.

—Gracias a todos por venir, y a las personas que representáis por aceptar la invitación.

—¿Estás tú al cargo? —Alik frunció el ceño—. Pensaba que se me

había llamado porque Defensa Alfa lo dirigía.

—Técnicamente lo hacen —dije—, llevaremos a cabo esta investigación con su autoridad. Pero es la expedición de Yuri Alster, yo soy básicamente un administrador.

—Manteniéndoles en su sitio ¿eh, Yuri? —le espetó Alik con sorna.

La impasible mirada de Yuri le observaba desde una altura inmensurable.

—Cada vez.

Pillé a Alik vocalizando *menudo listillo*.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Callum.

—Iremos desde aquí directamente a Nkya en el sistema Beta Eridani. Nuestro transporte está listo, el viaje desde el campamento al artefacto debería suponer unas cuarenta y ocho horas, quizá algo más.

—Hostia puta —gruñó Alik—, ¿por qué tanto?

—Cuarentena —Yuri le contestó, tenso—. Necesitamos mantenerlo completamente aislado. Física y digitalmente, así que no hay portal. Iremos a la manera antigua.

—¿Digitalmente aislado? —El rostro de Alik no mostraba nada, pero su tono lo revelaba todo—. Por favor, decidme que hay acceso a solnet en el lugar.

—Sin acceso —respondió Yuri—, es el protocolo de Defensa Alfa, no nos podemos permitir el riesgo. Estoy seguro de que D. C. aprecia la precaución.

Callum sonrió.

—Ya hay un equipo científico en el lugar —dije, y haciendo un gesto a los tres asistentes continué—. Y damos la bienvenida a vuestras incorporaciones.

—Incorporaciones —repitió Jessika—, nos hace parecer una banda. —Compartió una sonrisa con Eldlund, mientras Loi mantenía su mirada fija en mí.

—Tendréis acceso total a los datos del equipo científico. Y si hay cualquier aspecto del artefacto que quisierais examinar, le daremos prioridad. De hecho, vosotros determinaréis la dirección de la investigación.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí? —preguntó Callum. Aún podía percibir un rastro del acento de Aberdeen en su voz, aunque el archivo decía que no había pisado el lugar en más de un siglo.

—Nuestra investigación tiene dos prioridades —Yuri tomó el relevo—. La principal es determinar el nivel de amenaza del artefacto: Si es hostil, y hasta qué punto. Y segundo, basados en eso, formular una recomendación en consecuencia. Tardaremos tanto como se necesite. ¿Ha sido suficiente esa respuesta?

Alik no estaba satisfecho, pero asintió.

—Si no hay nada más… —inquirí, aunque nadie parecía tener preguntas—. Excelente, por favor síganme.

La planta setenta y seis tenía un portal directo a la división exosolar de Conexión, en Houston. Alik Monday medía ciento ochenta y ocho centímetros, así que pasó erguido detrás de mí, pero Eldlund tuvo que inclinarse levemente. Los portales de Conexión tenían un standard de dos metros cincuenta y cinco centímetros. Quizá sie no necesitaba inclinarse, pero no había duda, sie era alto.

Entramos en un nodo circular con otros catorce portales por la pared. La brillante luz de la mañana entraba por la cúpula de cristal. El aire acondicionado zumbaba con fuerza, en su feroz combate contra el calor y la humedad tejanas. Nuestros carguez nos estaban esperando en el centro del nodo: cilindros perlados de metro de altura con ruedas muy flexibles, que portaban nuestro equipaje. Sandjay buscó el mío y estableció conexión. Loi tenía dos carguez, por supuesto. Todas esas camisas de diseño necesitaban un empaquetado especial.

Rodeé la estación por el muro, intentando no mirar a través de los portales. Algunos dirigían a ordenadas recepciones de otros departamentos, un par se abrían directamente a enormes salas de ensamblaje que parecían vacías.

La puerta al Departamento de Exociencia y Exploración de Conexión era la quinta. Me detuve frente a la puerta y esperé hasta que los carguez nos alcanzasen antes de cruzar.

Siendo el viaje interestelar la actividad más majestuosa que había logrado la humanidad, el edificio de E&E era sorprendentemente ordinario. Cemento, carbono y cristal, exactamente como los otros cientos de bloques corporativos repartidos en la zona tecnológica de Houston. La recepción tenía cuatro portales, rodeados por un piquete de medidas de seguridad. Finas barras plateadas espaciadas lo bastante cerca como para impedir el acceso. Y ese era el obstáculo visible, había otras medidas más discretas, y letales. La compañía se había vuelto bastante asustadiza tras el *incidente* de hace ciento veinte años, que causó que Callum pasase de ser un buen y leal empleado de Conexión a utópico convencido. La TuringG8 que gestionaba la seguridad del edificio interrogó a Sandjay y nos escaneó a todos, y las barras se deslizaron hacia el suelo. Geovanni, el director de la misión de Beta Eridani, nos estaba esperando al otro lado. Nos miraba a todos, inquieto ante la entrada en su dominio de tantos visitantes alfa. Se presentó, estrechó varias manos tentativamente, y finalmente dijo:

—Por aquí, por favor.

Nos llevó por un largo pasillo, decorado con fotografías de

firmamentos estrellados, y aburridos paisajes de exoplanetas. Nuestros carguez avanzaban tras nosotros, sin ruido alguno. El escaso personal de Conexión con el que nos cruzamos nos dedicó curiosas miradas, la mayoría reconocían a Yuri. Era increíble cuantas personas parecían repentinamente culpables ante semejante nivel de autoridad.

—¿Cómo es el planeta? —preguntó Kandara.

—¿Nkya? —Bastante típico, si se puede decir semejante cosa de los exoplanetas—. Veamos, diez mil trescientos kilómetros de diámetro, con una gravedad de punto nueve Tierra. Días de treinta y seis horas, no tan bueno para nuestro ritmo diurno. La presión atmosférica es de dos mil pascales, un dos por ciento de la presión de la Tierra al nivel del mar, y compuesta principalmente de dióxido de carbono con trazas de argón, nitrógeno y dióxido de azufre. Orbita a cinco UA y media de Beta Eridani, frío, muy frío, frío de verdad. Con mínima actividad tectónica, es decir, sin volcanes. Ni lunas tampoco. Nadie va a terraformar esta monada.

—¿Así que no hay vida indígena?

Geovanni se giró y le dedicó una sonrisa mordaz.

—Ni una posibilidad.

—¿Tiene Beta Eridani otros planetas?

—Tres, dos pequeños rocosos, en órbita cercana a Beta Eridani. Calientes como Mercurio y con acoplamiento de marea, así que se podría fundir ladrillos en su cara iluminada. Y un pequeño gaseoso, a quince UA. A su lado, Nkya parece tropical.

Al final del pasillo, un par de sólidas puertas se abrieron a nuestro paso, dejándonos entrar en una antesala carente de decoración. Geovanni se apresuró a través de unas puertas idénticas en la pared opuesta. La sala de ingreso a Nkya se parecía mucho a un almacén industrial. Un suelo de cemento pulido, con paredes de paneles de compuesto, de un gris azulado, y un techo de los mismos paneles, pero completamente negros, y cubiertos de tiras de iluminación, que colgaban sobre los pasillos. Había estanterías de metal cubriendo casi la completa longitud de la cámara, de tres veces la altura de Eldlund, repletas de cápsulas blancas y aparatosas cajas metálicas. Carguez de mercancías comerciales se desplazaban por la nave, recogiendo y almacenando material de los portales a los centros de distribución, o llevando equipo de las estanterías al portal al final de la nave.

Una pared enmarcaba largas ventanas que daban a una serie de laboratorios donde analizaban las muestras. Había personal técnico recorriendo las mesas y el caro equipamiento que sostenían, vestidos con blancos trajes ambientales de doble sellado y cascos de burbuja.

—¿Seguro que no hay vida indígena? —Volvió a preguntar

Kandara mientras contemplaba los laboratorios—. Parece que os tomáis los protocolos de contaminación con mucha seriedad.

—Procedimiento estándar —contestó Geovanni—, lleva de siete a doce años recibir el permiso de la Agencia de Exovida del Senado de Sol, que confirme que no hay microbiología autóctona. Personalmente creo que debería ser incrementado a cincuenta años, con un rango de muestras cuadruplicado, antes de otorgar formalmente un permiso con semejante nivel de autoridad. Pero esa es solo mi opinión, con los años hemos encontrado interesantes microbios en planetas completamente inhóspitos.

Kandara lo observaba todo como si intentase memorizar el complejo.

—¿No hay opción de que se os haya pasado algo en Nkya?

—No. Beta Eridani tuvo una llegada clásica, de manual: *Kavli* se pasó un par de meses desacelerando de punto ocho c, llegó al sistema este febrero. Enviamos un escuadrón de satélites astronómicos a través de su portal. Hasta ahora todo correcto y en la norma, mi gente sabe lo que hace.

Saludó con una mano a la sala semicircular al final de los laboratorios, el portal más cercano a Nkya. Era un centro de control, con dos líneas de ventanas holográficas de alta resolución que cubrían la curvada pared. Varios escritorios tenían múltiples monitores apilados, con investigadores veteranos y su tropa de astrónomos recién graduados babeando sobre las imágenes de extrañas figuras crecientes planetarias, órbitas estelares, fluctuantes matrices de datos, mapas estelares y gráficos multicolores que a mí me parecían arte abstracto del malo.

—Recibimos la señal directamente, difícil no hacerlo. Era multiespectral de baja energía, pero constante.

—¿Señal? —ladró Alik sorprendido—, nadie había mencionado que era un artefacto activo. ¿A qué narices nos estás enviando?

Geovanni le dirigió a Yuri una breve y resentida mirada.

—No lo sé, no tengo ese permiso.

—Por favor, continua —interrumpí—, ¿qué ocurrió después de la detección de la señal?

—Era tan solo una señal de baliza, proveniente del cuarto planeta, Nkya. Así que seguimos el protocolo e informamos a Defensa Alfa. Una lanzadera robot descendió de órbita, respetando la distancia mínima de la fuente establecida por el protocolo de cuarentena. Una vez que la lanzadera abrió un portal en la superficie, empezamos a enviar equipo. —Señaló el gran portal circular al final de la cámara de ingreso—. Nunca he montado un campamento tan rápido. Una de las

primeras cosas en cruzar fue un vehículo científico todoterreno con doce personas. Un conductor de Seguridad de Conexión y dos oficiales de Defensa Alfa se dirigieron al artefacto y volvieron directamente. De eso hace diez días. Lo siguiente que sé es que Defensa Alfa recalificó toda la expedición como ultraclasificada, y recibí órdenes de organizar una segunda base. Aunque «segunda» parece un chiste, es más completa que el primer campamento, que tiene incluso su propio hospital, demonios. Algunos camiones lo llevaron todo hasta el artefacto, y un equipo de ingeniería lo montó todo. Apenas volvieron ayer. El equipo científico preliminar partió hace siete días, con otro convoy de camiones cargado con equipo de investigación. Ahora vosotros estáis aquí, y se me ha ordenado daros total prioridad.

—Lo lamento —dijo Loi.

—¿Por qué? —le pregunté—, todo el mundo está haciendo su trabajo. El muchacho se sonrojó, pero tuvo la entereza de quedarse callado. Geovanni nos llevó directamente al portal, de cinco metros de diámetro. No los hay más grandes, era circular, con una rampa elevada sobre la montura de la circunferencia, para que los carguez de carga pudiesen cruzar sin impedimentos. Gruesos conjuntos de cables y mangueras cruzaban a Nkya por debajo de la rampa. Tres pilares centinela vigilaban a cada lado, con su superficie gris ceniza escondiendo el formidable armamento que contenían. Que Dios ayudase a cualquier alienígena que intentase cruzar sin la aprobación de Ainsley.

Aunque nunca llegaría a eso, las TuringG8 cortarían la energía al portal en un milisegundo si cualquier monstruo tentaculado se acercase al otro lado siquiera.

Contemplé el amplio círculo. Abría directamente a una carpa geodésica de al menos treinta metros, también repleta de estanterías de suministros. Dos globos multisensores situados a la altura del pecho protegían ambos lados, permitiendo a las TuringG8 escanear todo lo que se acercase.

—Esto es —dijo Geovanni con orgullo, señalando el portal con un brazo—, esto es lo que hacemos. Bienvenidos a otro mundo.

—Gracias. —Sorteé el leve escalón de la rampa tras él. No pude evitar sentir un instante de leve incomodidad justo al alcanzar el marco del portal, el campamento de Nkya estaba a menos de un metro de mí, *un solo paso*, como decía el famoso primer anuncio de Conexión. Un paso que cubriría ochenta y nueve años luz.

Usar los ordinarios portales de Conexión a través de la red de portales que cubría la Tierra nunca me había molestado. La mayor distancia que llegaban a cubrir esos portales era transoceánica, quizá

seis mil kilómetros. Pero… ¿ochenta y nueve años luz? Era imposible ignorar el tiempo y esfuerzo que costó cubrir semejante abismo.

Mucho antes de que Kellan Rindstrom demostrase el enlazamiento cuántico espacial en el CERN, allá en el 2062, los humanos soñadores habían estado ideando naves espaciales semirealistas. Había propuestas de minar helio-3 de la atmósfera de Júpiter, para propulsar naves del tamaño de ciudades con pulsos de fusión, que podrían explorar las estrellas cercanas. Velas solares del tamaño de un país y el grosor de una molécula que podrían propulsarse con el viento solar hacia las constelaciones. Cañones láser del tamaño de rascacielos que podrían acelerar velas más pequeñas. Cohetes de antimateria. El motor de Alcubierre. Aceleradores de plasma de vacío cuántico…

El descubrimiento de Kellan Rindstrom lo envió todo a la carpeta de la historia llamada «extraños inventos que nunca pasaron del concepto». Cuando puedes conectar dos lugares separados mediante un portal de entrelazamiento cuántico, muchos problemas dejan de existir.

Incluso así, las naves requieren un fenomenal nivel de propulsión para acelerar a un porcentaje decente de la velocidad de la luz, y las naves modernas de Conexión alcanzan más del ochenta por ciento. Antes de Rindstrom eso habría requerido bastas cantidades de energía y masa de reacción a bordo. Ahora, lanzamos un portal perfectamente esférico al sol. Plasma metacaliente impacta sobre ese agujero a velocidad casi relativista. Y en el otro extremo, la salida del portal se fija al vértice de un cono magnético que canaliza el plasma como propulsor. No hay límite en el volumen de plasma que se puede transmitir del sol, y la masa de las naves es muy pequeña, apenas el portal y la tobera, equipo de control y un portal de comunicaciones al control de misión. Puede acelerar *muy rápido*.

Cuando alcanza una estrella, decelera a órbita, creando un enlace de portal hacia el sistema solar. Y con él se envían complejos industriales en asteroides preconstruidos, en un día estás listo para empezar a machacar minerales y comenzar la producción. La tripulación pionera construye hábitats para el personal de trabajo, que construye la siguiente generación de naves, que vuela a las siguientes estrellas. Es un proceso casi exponencial. Y en su estela, los exoplanetas recién descubiertos están maduros para la terraformación.

Conexión ha sido de los más implicados en enviar naves de la Tierra, llevaba más de cien años construyendo naves y dirigiéndolas hacia las estrellas. Cada sistema estelar Universal colonizado supone un gran nivel de ingresos para la compañía. Beta Eridani es la estrella más lejana alcanzada por la humanidad, a ochenta y nueve años luz

de la Tierra.

Un paso.

Sentí el leve descenso en la gravedad nada más cruzar el portal, no lo suficiente para desequilibrarme, pero igualmente descendí la rampa con cuidado, por si acaso.

La cúpula era una versión reducida de la cámara de salida allí en la Tierra, repleta de pilas de cápsulas y cajas de equipamiento. Una cuarta parte estaba dedicada a sistemas de soporte vital: enormes tanques esféricos, con filtros de aire, bombas, tubos, baterías cuánticas y termocambiadores, todo lo necesario para mantener a los humanos vivos en un entorno hostil. Si el portal principal y los portales redundantes de emergencia se cerrasen por la razón que fuese, esos trastos podrían sostener el personal de la base durante años, si fuese necesario.

Sandjay se acopló a la red del campamento base y me mostró el plano local a través de mis lentes tarsus. La huella de Conexión en Nkya tenía una distribución triangular, con pasadizos extendiéndose radialmente de la cúpula principal a un trío de cúpulas un poco más pequeñas.

—Normalmente, esto estaría lleno de geólogos y exobiólogos —dijo Geovanni, conforme se dirigía a una de las tres grandes exclusas de la cúpula—. Pero de momento mantenemos el personal de la base al mínimo absoluto. Hemos tomado muestras locales, pero las expediciones de campo están detenidas. Las únicas personas en la zona son los ingenieros de los sistemas de soporte, y vuestros equipos de seguridad.

Nos llevó a través de la exclusa, lo bastante grande como para contenernos a todos nosotros, junto a nuestros carguez, mientras ciclaba la atmósfera. El pasadizo al otro extremo era un simple tubo de metal con tiras de luces y mangueras de cable por el techo. Incluso con las capas de aislamiento construidas en la estructura de la base, la superficie tenía un leve rastro de condensación, prueba de lo gélido que era el aire de Nkya.

El aire de la cúpula del garaje picaba en la garganta con olor sulfúreo, y una sensación fría. Pero no le presté mucha atención, estaba ocupado contemplando la máquina que nos esperaba. El Ranger ocupaba el espacio como un dragón en su guarida. Gomo todo el mundo en esta época, no estoy nada familiarizado con los vehículos terrestres. Este monstruo era impresionante. Tenía tres secciones, una cabina con la sección de ingeniería, con un frontal verde fluorescente y un cuerpo en forma de huevo. Con luces que asemejan a ojos de insecto alrededor de la estrecha nariz, justo debajo del curvado

parabrisas. Pequeñas varas de sensores se extendían como una barba incipiente por la parte interior. Los radiadores térmicos eran cuatro láminas plateadas y pulidas como espejos que recorrían ambos costados, como si los diseñadores hubiesen decidido añadirle aletas de misil por diversión.

Tras la cabina había dos secciones cilíndricas de pasajeros, enlazadas por un acoplamiento articulado de presión. Estaban hechos de la misma metalocerámica suave, con estrechas ventanas a ambos lados.

Cada sección rodaba sobre seis gruesas ruedas, individualmente propulsadas por motores eléctricos de eje. Las puñeteras cosas eran tan altas como yo, con dibujos tan profundos que me cabría la mano en ellos.

Todo el mundo sonreía apreciando la máquina, incluso Alik amagó un temblor en los labios con interés. Me uní a ellos, quería conducir la bestia, era un impulso que, suponía, estaban experimentando la mayoría del equipo. Pero no hubo suerte, Geovanni nos presentó a Sutton Castro y Bee Jain, los conductores del Ranger.

Al ver el interior del Ranger confirmé que Yuri había solicitado su impresión específicamente para nosotros, no creo que el personal de Exociencia de Conexión sea engalanado con semejante comodidad. La sección trasera contenía las cápsulas de sueño con taquillas para nuestros carguez. Más adelante, me asomé a uno de los cuatro cubículos de aseo y encontré un milagro de unidades convertibles y compactas cabinas de almacenamiento para cubrir toda posible necesidad, de inodoro a ducha. También había una estrecha cocina con paquetes de comida *gourmet* que un siervoz estaba aún metiendo en las neveras.

Nuestro salón dominaba la sección central, dispuesta con lujosas sillas reclinables. Todo el mundo se asentó mientras los conductores se dirigían a la cabina. Un par de camareros se acercaron y nos ofrecieron bebida y comida. Era levemente surrealista, había visto vídeos de viajes en avión en el Oriente Express, y por un momento creí que el portal a Nkya nos había llevado al siglo veinte, esto era un viaje en la historia.

Tenía que admitir que tenía cierto nivel de elegancia. Si no fuese un ridículo malgasto de tiempo, me podría acostumbrar.

—Sellamos en dos minutos —anunció Castro a través del AP.

Sandjay mostró el plano del garaje, como se cerraban ambas puertas y comenzaban las pruebas preliminares de presión. No lo había solicitado, pero Sandjay era un altyo adaptativo, casi tan inteligente como una vieja TuringG6, así que podía anticiparse

bastante bien a lo que querría saber. Las lecturas biométricas de mis semillas debían haber leído una aceleración del ritmo cardíaco, una leve descarga de adrenalina, y un incremento en la temperatura superficial, lo que sería interpretado por todos sus algoritmos principales como «ansiedad creciente», así que Sandjay hizo lo que pudo para tranquilizarme y me mostró una buena parte de los sistemas, que trabajaban adecuadamente.

La cúpula del garaje bombeó su atmósfera.

—Accede a la red del vehículo —murmuré sin emitir sonido alguno. Las fibras periféricas que tenía junto a mis cuerdas vocales recibieron los impulsos, y Sandjay se enlazó a la red del Ranger—. Dame la señal de la cámara exterior.

Cerré los ojos y vi cómo se mostraba la imagen, en frente del Ranger, la enorme puerta del garaje se abría lentamente hacia arriba.

El exterior era oscuro, el gris cielo cubría una llanura rocosa de color óxido. La superdébil atmósfera incluía un fino polvo en suspensión, lo que otorgaba a la vista un filtro borroso. Aun así, podía percibir diminutos céfiros bailando como zarcillos sobre la metamórfica meseta, arrastrando espirales de arena. Montañas imposiblemente escarpadas desgarraban el horizonte al este, la vista era hipnotizante, una tierra virgen, desolada, y alienígena.

El Ranger avanzó, podía sentir el movimiento, el leve balanceo de los pistones de suspensión como si estuviésemos en un yate sobre aguas algo movidas. Y entonces, las ruedas mordieron el suelto regolito del suelo, y levantaron una enorme estela a nuestro paso.

Abrí mis ojos y Sandjay canceló la señal de la cámara. Yuri, Callum y Alik estaban haciendo lo mismo que yo, observando las imágenes de la red del Ranger, mientras Kandara y los tres asistentes habían preferido mantenerse de pie, frente a las largas ventanas, observando el paisaje con sus propios ojos. Supongo que eso revela la diferencia de edad.

Las cúpulas del campamento base no tardaron en convertirse en motas blancas en el horizonte, el Ranger ronroneaba a cincuenta kilómetros por hora, con ocasionales sacudidas cuando superábamos una cresta. Sutton y Bee seguían unos marcadores que había ido dejando el primer vehículo científico cada cuatro kilómetros, para marcar la ruta. Su parpadeo escarlata se reflejaba contra las silenciosas rocas.

Los camareros volvieron, apuntando las bebidas de los pasajeros. Pedí un chocolate caliente, la mayoría de los demás prefirió algo alcohólico.

—Bien —dijo Alik—, estamos fuera del alcance del campamento

base, y no puedo acceder a solnet. ¿Qué coño hay allí?

Me giré hacia Yuri, que asintió.

—Puedo daros el informe del primer equipo —dije, y ordené a Sandjay que compartiese los archivos.

Todo el mundo se sentó, cerrando los ojos para analizar los datos.

—¿Una nave espacial? —espetó Callum, anonadado—. Estás de cachondeo.

—Ojalá lo estuviésemos —respondió Yuri—, es una nave espacial sin lugar a dudas.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí? —preguntó Alik.

—La estimación preliminar es de treinta y dos años.

—¿Y está intacta?

—Razonablemente. No se estrelló, aunque hay daños que reflejan un duro aterrizaje.

—Me sorprende el tamaño —dijo Eldlund—, me esperaba que una nave espacial fuese más grande.

—El motor, si es lo que creemos que es, no funciona por reacción de masa, sino que tiene componentes de materia exótica.

—¿Un generador de agujeros de gusano? —preguntó abruptamente Callum.

—Lo desconocemos, con suerte el equipo científico tendrá algunos resultados para cuando lleguemos, han tenido una semana de ventaja sobre nosotros.

—¿Y no hay indicaciones de quién lo podría haber construido? —preguntó Kandara, tras ponderarlo.

Yuri y yo intercambiamos una mirada.

—No —dije—, pero parte del… cargamento está intacto, bueno, preservado, en cierta manera.

—¿Cargamento? —Frunció el ceño—, ¿y cuál es su código de cargamento?

—No hay archivo de carga —dijo Yuri—, Defensa Alfa ha indicado que no podemos arriesgarnos a una brecha de seguridad en este caso.

—¿Peor que una nave alienígena? —dijo Callum—. Va a ser buena.

—¿Entonces…? —insistió Kandara.

Inspiré.

—Hay varias unidades biomecánicas a bordo, que tan solo se pueden clasificar como cápsulas de hibernación, o módulos que… ah, joder, las veréis. En fin. Contenían humanos.

—¿Nos tomas por tontos? —gruñó Alik.

—Ya me gustaría —le cortó Yuri—. Alguien ha secuestrado humanos de la tierra hace treinta y dos años y los ha traído aquí. Las implicaciones no son buenas.

Sonreí a Kandara.

—¿Aún nos tomas por paranoicos?

Me devolvió la mirada sin sonreír.

—¿Cuántos humanos? —preguntó Eldlund, parecía muy afectado.

—Diecisiete —le dije.

—¿Y están vivos? —preguntó Jessika.

—Las cámaras de hibernación parecen funcionales —dije, diplomáticamente—. La mitad del equipo científico es personal médico. Tendremos una respuesta más definitiva cuando lleguemos.

—Hostia puta —dijo Alik, y le dio un gran trago al borbón de su vaso—. Estamos a ochenta y nueve años luz de la Tierra, ¿y llegaron aquí hace treinta? ¿Tiene la nave capacidad supralumínica?

—Desconocido, pero posible.

Les observé. A Callum, Yuri, Kandara y Alik mientras se analizaban entre sí, intentando leer sus expresiones, buscando falsas emociones entre su *shock* y sorpresa. No mostraron nada, y aún no sabía quién de ellos era el alienígena.

JULOSS

Año 583 D. L. (Después de la Llegada)

—Se han ido —declaró Dellian con una mezcla de emoción y resentimiento, mientras corría por el pabellón del vestuario hacia el campo de juego, con la cabeza inclinada para observar el brillante cielo azul. A lo largo de sus doce años, había visto una gran cantidad de brillantes puntos de luz plateada orbitando sobre Juloss, como estrellas visibles a la luz del sol. Ahora, varias de esas familiares motas, las más grandes, se habían desvanecido, dejando las restantes fortalezas estelares en solitaria vigilia, constantemente alerta frente a señales de las naves enemigas aproximándose a su planeta natal.

—Sí, la última nave generacional cruzó el portal la noche pasada —dijo Yirella nostálgicamente, mientras se recogía el pelo.

Dellian apreciaba a Yirella. No era tan solemne como las otras chicas del clan Immerle, tan uniformemente silenciosas y sobrias, además de que ninguna otra se había acercado jamás a los chicos, ni en la cancha ni en las arenas, cuando jugaban sus competiciones por equipos. Pero Yirella nunca se había conformado con mantenerse en la jaula de mando, desde donde observaban y aconsejaban.

Al mirar al cielo vacío podía sentir como el sudor perlaba su piel, la finca Immerle estaba en la zona semitropical del planeta, y a esa distancia de la costa el aire estaba permanentemente húmedo y cálido. Con su pelo rojizo y piel pálida, Dellian acostumbraba a untarse de crema solar las cinco tardes de la semana en las que tenían juegos en los campos deportivos de la finca. Aunque después de que él y sus compañeros alcanzaran su décimo cumpleaños, los habían abandonado por juegos más competitivos en la arena orbital.

—Me pregunto a dónde habrán ido…

Yirella apartó su espesa cabellera del color del ébano y le sonrió, bajando la vista hacia él. A Dellian le gustaba esa sonrisa. Su brillante y negra piel hacía destellear cada uno de sus blancos dientes, especialmente cuando se dirigía a él.

—Ya nunca lo sabremos —le contestó—, ese es el objetivo de

dispersarse, Del. El enemigo encontrará Juloss eventualmente, y cuando lo haga, derretirá sus continentes hasta convertirlos en magma. Y para cuando ese día llegue, las naves generacionales estarán a cientos de años luz, a salvo.

Dellian le respondió con su propia sonrisa, como si no le importase, y contempló a sus muncos para comprobar que le prestaban atención. A todos los niños del clan seis se les había asignado homúnculos en su tercer cumpleaños, compañeros permanentes de juegos, y vida. Fue Alexandre el que contó a los excitados niños que esos retacos humanoides eran «homúnculos», nombre reducido a muncos en menos de un minuto por los miembros del clan, y mantenido desde entonces.

Los muncos carecían de género, medían un metro cuarenta, y poseían unas gruesas extremidades levemente arqueadas, como aludiendo a alguna herencia simiesca en su ADN, como lo hacía su brillante pelaje, gris y castaño, que se oscurecía en su cráneo. Sus creadores no les habían otorgado mucho vocabulario, pero sí que les inculcaron un fuerte sentido de la lealtad y empatía.

Sobre su noveno cumpleaños, Dellian finalmente había superado en altura a su cohorte. Percibir que les había superado supuso un momento exhilarante, a partir del cual sus juegos de volteretas adquirieron otro tono, menos juguetón y mucho más reverente, conforme se escurrían por el suelo del dormitorio, entre risas y gritos. Aún adoraba a sus muncos, un sentimiento ahora mezclado con orgullo según leían las intenciones de su maestro, convertidos en una extensión de su cuerpo, dirigida por puro instinto. Todos los años de infancia que habían pasado juntos les permitió a los muncos aprender sus emociones y su lenguaje corporal a la perfección, lo que adquiriría un valor incalculable más tarde, cuando comenzasen el servicio militar. La mejor integración de su año, tal y como reconoció Alexandre con aprobación, y la aprobación de Alexandre significaba mucho para Dellian.

Dellian e Yirella sufrieron un idéntico estremecimiento, al escuchar el distintivo ulular de la llamada a la cacería de un lokak, más allá de la valla de la finca. Agradecían no ver apenas a las ágiles y serpentinas bestias, serpenteando por el espeso bosque del otro lado. Los animales habían aprendido a no acercarse demasiado a la finca, a la valla, ni a los centinelas remotos que patrullaban en eternos círculos, eran un recuerdo constante de lo hostil que sería Juloss para cualquiera que bajase la guardia.

El portal de la arena estaba en el límite del campo deportivo, cubierto por un pequeño arco helénico. Dellian tuvo un escalofrío al

atravesarlo, y Yirella y él aparecieron directamente en la arena, un simple cilindro de setenta metros, con otros cien de diámetro, y completamente acolchado. Inspiró feliz, sintiendo como se aceleraba su pulso. Vivía para esto, para demostrar su destreza y arrojo en combates y torneos, porque implicaba derrotar al equipo oponente, implicaba *ganar*. Y nada en Juloss era más importante que ganar.

La arena estaba en modo neutral: rotaba sobre su eje para producir un veinte por ciento de gravedad Coriolis en la superficie curvada. Dellian siempre había deseado que hubiese alguna ventana, pues la arena formaba parte de la estructura de ensamblaje de la fortaleza estelar que orbitaba a ciento cincuenta kilómetros sobre Juloss. La vista habría sido fabulosa.

En cambio, estudió la arena para ver si los criados habían realizado algún cambio. Flotando sobre él había treinta obstáculos, de un naranja brillante de advertencia, todos ellos poliedros de varios tamaños, y también acolchados.

—Los han grandificado, mira —dijo Dellian con entusiasmo, mientras señalaba los obstáculos, y memorizaba su posición. Alexandre le había prometido al grupo mayor que recibirían sus databuds en un par de meses, uniéndolos directamente con procesadores personales y núcleos de memoria que les liberarían de todas las mundanas tareas mentales que Dellian, de momento, tenía que llevar a cabo. Consideraba monumentalmente injusto que todos los adultos del clan los tuviesen.

—Querrás decir que han agrandado los obstáculos —respondió remilgadamente Yirella.

—Santos, ahora te has unido a la policía gramatical —se quejó.

En ese instante vio la intensidad con la que estudiaba la nueva distribución y tuvo que disimular una sonrisa. Comenzaron a caminar por la superficie, con el cuello doblado mirando a su vertical. Su cohorte también estudiaba los poliedros con la misma intensidad que él.

El resto de los compañeros de Dellian empezaron a presentarse, vio la alegría de los chicos mientras contemplaban los obstáculos, imaginándose el empuje extra que las amplias superficies pentagonales y hexagonales les darían, si aterrizaban en ellos, por supuesto.

—Santos, alcanzaremos el centro del eje como un rayo —dijo Janc.

—Vamos a petarlo —aprobó Uret.

—¿Creéis que va a ser un captura la bandera? —preguntó Orellt.

—Quiero jugar a derribo directamente —deseó Rello—, solo golpear y expulsar de la arena.

—Los partidos entre clanes son capturas de bandera —contestó Tilliana con arrogancia—, permiten un mayor rango de estrategias y maniobras cooperativas. Es para lo que entrenamos, después de todo.

Dellian y Fallar compartieron una sonrisa martirizada a la espalda de Tilliana, la chica siempre machacaba todo el entusiasmo de los chicos de ampliar los torneos. Sin embargo, ella y su par de muncos estaban revisando ávidamente la nueva distribución.

—¿Dónde están? —exclamó Xante, con impaciencia.

No tuvieron que esperar mucho, el equipo visitante del clan Ansaru, cuya finca estaba al otro lado de las montañas del este, entró trotando en la arena en una columna militar, con sus cohortes de muncos formando columnas a cada lado. Dellian no pudo evitar un gesto de desprecio, los de Ansaru tenían disciplina. Comparado con sus propios compañeros, que hacían el tonto por el suelo curvado del cilindro mientras sus cohortes jugueteaban por la zona, el equipo de Ansaru ya les ganaba en estilo. *Nos tendríamos que organizar así.*

Alexandre y el árbitro Ansaru también entraron, charlando distendidamente. Dellian agradecía que Alexandre fuese su mentor este año, algunos de los otros adultos que cuidaban de los niños no tenían su empatía. Aún recordaba el día, hacía seis años, cuando les explicó a él y a sus compañeros, que no serían omnia como los adultos, que el género de él y sus compañeros era binario, fijo, como el de los terráqueos de hace milenios.

—¿Por qué? —preguntaron todos.

—Porque necesitáis ser lo que sois —les explicó amablemente Alexandre—. Sois vosotros los que os vais a enfrentar al enemigo en combate, y lo que sois os dará mayor ventaja.

Dellian aún no le creía, después de todo Alexandre, como la mayoría de los adultos, medía casi dos metros. Sin duda los soldados necesitaban ese tamaño y fuerza, y sie también les había dicho que difícilmente alcanzarían esa altura.

—Pero seréis fuertes —les prometió. El único pobre consuelo para Dellian.

Siempre se sentía algo culpable cuando estudiaba a su mentor. A pesar de su considerable altura, Dellian nunca le consideró tan fuerte como un cuerpo de esa altura podía, o debía ser. Aunque la edad seguro que también tenía algo que ver.

A medio camino de los portales, Alexandre aún parecía razonablemente robusto, aunque Dellian se preguntaba si la camiseta con cuello en V revelaba demasiado escote para alguien con tantos años como hir, que los rumores le daban ciento ochenta, aunque su piel canela apenas tenía arrugas, y contrastaba maravillosamente bien

con su espesa cabellera del color de la miel, siempre recortada bajo el mentón. Sus enormes ojos grises podían expresar mucha simpatía, aunque, como Dellian sabía por las muchas ocasiones en las que le había pillado portándose mal, que podían ser también severos. Este año Alexandre había decidido dejarse una fina barba.

—Tiene estilo —les dijo a los niños, un poco a la defensiva, en respuesta a sus risas y preguntas. Dellian no le veía el estilo por ninguna parte.

Alexandre llamó su atención y les indicó: *Poneos en posición*.

Los equipos se alinearon en el centro del círculo, cada uno a un lado del diámetro que marcaban los árbitros. Dellian y su cohorte ocuparon su posición habitual, en el centro del semicírculo del clan Immerle, con Yirella a su lado, flanqueada por sus dos muncos. Las chicas solo tenían dos muncos, ¿para qué iban a necesitar más? Dellian giró la cabeza, valorando rápidamente el equipo enemigo, analizando qué cohorte parecía la más unida y reactiva.

—El número ocho —dijo Yirella—, le recuerdo del año pasado, es bueno. Vigílale.

—Sí —murmuró Dellian abstraído, también recordaba al número ocho, recordaba las embestidas giratorias que le enviaron rodando lejos de los obstáculos, maldiciendo impotente mientras su oponente se marchaba con la pelota bandera.

El número ocho era un chico fortachón de pelo castaño, engominado hasta la raíz. Desde su posición, casi a un extremo del campo, le dedicó una rápida mirada despectiva, calculada para insultarle, y su cohorte la copió a la perfección.

Dellian cerró el puño en un reflejo.

—Error —le reprendió Yirella—, te está provocando.

Un rápido sonrojo cubrió sus mejillas, sabía que tenía razón. Demasiado tarde para devolver el insulto, el número ocho ya no miraba en su dirección.

Las tres chicas del equipo Ansaru ocuparon posiciones en las jaulas de mando alrededor de la circunferencia, caminando con una gracia que Dellian envidiaba, su propio andar parecía el de un peñasco liderando una avalancha, sin estilo alguno, pero le llevaba a donde quería. Sin embargo disfrutó de su obvia desaprobación cuando percibieron que Yirella se quedaba en la arena, con su traje protector y sus cuarenta y cinco centímetros más que el más alto de los chicos. Los equipos estaban restringidos a trece miembros, incluyendo a los tácticos, pero nada en las reglas indicaba las limitaciones sobre los tácticos en el juego. Hacía ya tiempo que Yirella había ganado ese argumento.

Con un teatral ademán, Alexandre y el árbitro Ansaru produjeron sendos pares de pelotas bandera, alzándolas sobre ellos. El par de pelotas Immerle empezó a parpadear de rojo, y las de Ansaru de amarillo.

En ambos equipos se disparó la emoción al verlas.

—Dos —susurró Dellian, satisfecho. *Esto va a ser mucho más emocionante*. Hasta ahora siempre habían jugado con una pelota por equipo, iba a ser una verdadera prueba de habilidad y trabajo en equipo. Todos se pusieron sus cascos, dirigiéndose miradas nerviosas.

Ser la primera generación de humanos binarios nacidos en Juloss era tan emocionante como un problema. No había un año superior que les transmitiese su sabiduría, como una advertencia de que las reglas de la arena podrían cambiar, Dellian y sus compañeros siempre les daban pistas a los años más jóvenes sobre cómo defenderse en juegos y torneos. Pero eran los pioneros, todo lo que vivían en el programa de entrenamiento de la finca era nuevo y por estrenar, a veces parecía una carga innecesaria, aunque jamás lo admitiría frente a Alexandre.

—Solo se otorgará un punto cuando ambas pelotas bandera crucen la meta —anunció Alexandre—, el ganador será el primer equipo en alcanzar quince puntos.

—Janc y Uret, haced defensa en una pelota —oyeron la voz de Ellici en las comunicaciones del casco—. Rello, tú en la segunda.

—Entendido —anunció Rello con entusiasmo.

—Hable y Colian, posicionaos a medio bloqueo de la bola de Rello —dijo Telliana—. Tentadles, interceptadles solo en el tramo final del vuelo.

Dellian exhaló aliviado, temía que las chicas le asignasen a defensa, de nuevo. Sabía que era mucho mejor interceptando.

—Preparados uno —pronunció con voz fuerte Alexandre.

Todos se tensaron, la cohorte de Dellian le rodeó, sujetándose las manos para formar un anillo.

—¿Preparados dos? —preguntó el árbitro de Ansaru.

Los chicos de Ansaru gritaron: «¡Sí!». Dellian y su equipo desataron su seña de identidad, un canto ululado que a sus oídos era magníficamente salvaje.

Alexandre sonrió, tolerante. Las tiras de luces entretejidas sobre el muro se volvieron doradas. Dellian sentía como la gravedad se reducía junto al giro del cilindro. Los chicos oscilaban como algas en la corriente. Como siempre, la gravedad decreciente le aturdía de manera extraña. Los árbitros lanzaron las pelotas hacia arriba, y los cuatro globos parpadeantes se elevaron hacia el eje.

La gravedad alcanzó el cinco por ciento, y Alexandre sonó el

silbato.

Los muncos de Dellian se agacharon primero, cerrando las manos en el centro del anillo que formaban. Dellian saltó sobre la plataforma de rechonchas manos, agachado. La cohorte leyó cada uno de sus movimientos a la perfección. Él saltó como si quisiese lanzarse directamente al planeta desde órbita, y los muncos alzaron los brazos en perfecta sincronización, como pétalos abriéndose en flor.

Salió disparado, girándose en el aire conforme alcanzaba el primer poliedro, una superficie hexagonal, con el ángulo exacto. Recogió las rodillas hasta la barbilla, y las liberó de un golpe, el megasalto. A toda velocidad hacia el poliedro dos. El aire a su alrededor estaba repleto de otros chicos en todas direcciones, los seguía a todos, y a las pelotas bandera, intentando proyectar a donde iría todo. Entonces empezaron a alzarse los muncos como una bandada de pájaros espantada, pájaros terriblemente pesados.

Dellian vio a los de Ansaru a la defensiva en una de las pelotas.

—Interceptando D —gritó.

Conforme descendía en el siguiente poliedro, alteró su ángulo y rebotó con una buena trayectoria de intercepción.

—Mallot, recibe el D-2 de Dellian —avisó Tilliana—. Yi, atrápala.

El defensor Ansaru le vio venir, y se abrazó. Dellian rotó sobre su centro de gravedad, alzando las piernas, listo para golpear.

Colisionaron con fuerza, el defensor intentó agarrarle las piernas, técnicamente ilegal, solo está permitido empujar, no atrapar, pero Dellian solo había usado un pie en el ataque, dándole una inclinación imprevisible, y las manos del defensor atravesaron el aire. Hizo buen contacto con la cadera del chico, lanzándolo indefenso, girando contra un poliedro que le desvió en una trayectoria horizontal.

Yirella cruzó a su lado conforme Mallot impactó contra el segundo defensor, rebotó con precisión en un obstáculo y se deslizó directa hacia la pelota amarilla. La cohorte de Dellian lo alcanzó y formó un globo de miembros tensos, rodeándole. Juntos, rebotaron de un obstáculo, cuatro piernas de muncos patearon para darle velocidad extra. Se lanzó hacia Yirella, proveyéndole cobertura.

Las luces de la arena parpadearon de violeta tres segundos, y Dellian gruñó consternado. La cohorte leyó sus microflexiones, y manteniendo las piernas rígidas, retorció los brazos para girar despacio, preparado.

El contenedor giroscópico que alojaba a la arena comenzó a aumentar su velocidad, y la dirección de la gravedad centrífuga se alteró bruscamente. Los obstáculos parecieron comenzar a moverse todos a la vez, como las nubes de una tormenta. Un par de cohortes

recibieron un impacto, agitándose caóticamente sin remedio. Tilliana y Ellici gritaban órdenes a la vez, redirigiendo al equipo, Dellian vio a un objeto acercarse peligrosamente, y su cohorte modificó su dinámica levemente. Rebotó de una patada más o menos en la dirección correcta. Los cambios irregulares de la arena debían ser similares a un barco en medio de un huracán, aunque nunca había estado en el océano.

Yirella mantenía el curso. Atrapó la pelota bandera Ansaru y la lanzó por el eje. Con sus muncos agarrados a las caderas formando una X, giraron con una precisión de gimnasta, volteándola conforme cruzaban el eje. Incluso Dellian estaba impresionado por la elegancia de la maniobra. Yirella rebotó en un poliedro para lanzarse contra el suelo, ahora con una inclinación relativa de cuarenta y cinco grados.

—Yi, aproximándose a tus tres Z —avisó Ellici—. ¡Ahora! ¡Ahora, ahora!

Dellian se mordió la lengua, las chicas siempre se sobreexcitaban en los juegos, o eso le parecía. Se suponía que eran las analíticas, las calmadas. Vio al defensor Ansaru, el número ocho, en el centro de una cohorte en estrella, embistiendo hacia Yirella.

—Lo tengo —gritó. Un obstáculo a su derecha: su atención y postura incluía a dos de sus muncos, estirando los brazos hacia el poliedro, golpeándolo, y dirigiendo a todo el grupo al siguiente poliedro. Otro rebote, y se estrelló contra el grupo del número ocho un par de segundos antes de que fuese a derribar a Yirella. El impacto fue lo bastante fuerte para dispersar los grupos, lanzando muncos y chicos como restos de una explosión desplazados por la onda del impacto.

Yirella hizo un último rebote y aterrizó en el suelo inclinado, rodando con elegancia para absorber el impacto. Corrió hacia el anillo Immerle y metió la pelota.

Dellian se golpeó dolorosamente contra un obstáculo y se agitó, intentando estabilizarse. Dos de sus muncos alcanzaron un obstáculo y saltaron hacia él. Las luces empezaron a parpadear de violeta.

—Oh, Santos —gruñó, conforme la arena cambiaba de nuevo, y un obstáculo cogía velocidad en su dirección. Un munco le alcanzó el tobillo e intercambiaron posición, justo a tiempo para agacharse y saltar.

—Zero en Rello —ordenó Tilliana—. ¡Rápido, rápido!

Dellian oteó frenéticamente su área. Vio a Rello haciendo volteretas alrededor de una pelota de su equipo. Tres grupos Ansaru se dirigían en su dirección. Instintivamente, Dellian saltó a otro obstáculo y voló, con los brazos estirados en una invocación. En cinco

segundos su cohorte se fusionó a su alrededor y juntos volaron a socorrer a Rello.

El equipo Ansaru consiguió capturar una pelota Immerle y marcaron en su anillo, cincuenta segundos después Xante atrapó la segunda pelota Ansaru. La arena se estabilizó y ambos equipos se desplazaron lentamente al suelo.

—Dos minutos —anunció Alexandre.

Dellian y el resto del equipo se apiñaron con entusiasmo, conseguir el primer punto siempre era una buena señal, y desmoralizaba al equipo contrario. Tilliana y Ellici empezaron a sermonear sobre todo lo que habían hecho mal, apenas tuvieron tiempo para un trago de zumo antes de que los árbitros les llamasen de nuevo al juego.

Las cuatro pelotas bandera se dispersaron a toda velocidad hacia la arena. Y el silbato sonó de nuevo.

Immerle ganaba 11 a 7 y se disponía a ganar el siguiente punto cuando cambiaron las cosas. La arena estaba produciendo gravedad centrífuga en ángulos rectos sobre el eje, lo que Dellian siempre odiaba, pero entonces los propios obstáculos comenzaron a girar.

—¡Por los Santos! —exclamó Xante, espantado, tras rebotar de una superficie móvil en una dirección completamente inesperada.

Dellian soltó una carcajada del puro deleite. Las luces parpadearon de violeta, y la arena cambió de nuevo. Apenas habían pasado treinta segundos del anterior.

—¡Concentraos, por el amor de los Santos! —gritó Tilliana, furiosa, conforme un descontrolado Janc falló la pelota Ansaru que había intentado alcanzar. Se estampó contra un obstáculo, cuya rotación lo lanzó hacia el centro de la arena.

Dellian se deslizó a otro poliedro, posicionando su cuerpo con cuidado. Su cohorte se flexionó en respuesta, permitiéndole saber en qué superficie iban a aterrizar, y cuál sería su orientación. Modificó su posición una fracción, las piernas de su cohorte correspondieron y el salto les propulsó directos a la pelota Ansaru. Cuatro manos de muncos la alcanzaron como si estuviesen alzando un trofeo tras su victoria.

Yirella se cruzó por su trayectoria y atrapó la pelota, girando sobre si misma para aterrizar en un obstáculo.

—Muy lento —le provocó riendo, y saltó.

La admiración por su agilidad se mezcló con la irritación de haber perdido la pelota bandera. Dellian estudió el giratorio obstáculo al que se dirigía ahora y previo la rotación casi a la perfección. Siguió a Yirella, listo para darle apoyo contra cualquier interceptor Ansaru.

Dos jugadores lo intentaron, pero los poliedros eran ahora

demasiado complicados para ellos, y ambos fallaron, sacudiéndose inútilmente tras Yirella, en su trayectoria al aro.

Los parpadeos violetas les envolvieron de nuevo.

—Oh, venga ya —protestó Dellian. Si la arena seguía así, podrían tardar horas en conseguir los últimos puntos, y ya estaba cansado.

Podía adivinar que solo le quedaba un salto a Yirella por la trayectoria que seguía, que la situaría directamente en el suelo, y entonces vio al número ocho, directo a una intercepción en el último minuto. Dellian tuvo que admitir que el chico era bueno, mientras observaba como su grupo de muncos impactaba contra un obstáculo y explotaba en un complejo giro que le transfirió casi toda su energía cinética. El número ocho salió disparado de su descompuesta cohorte, solo, y a una velocidad que asustó a Dellian.

El plan fue adquiriendo sentido mientras examinaba la trayectoria del número ocho, el chico tendría que reducir la velocidad, porque atacar a esa velocidad dolería, podría incluso romper huesos, y no podría ralentizarse porque no había obstáculos cercanos a los que transferirle inercia. Dellian entendió que la manera en la que volaba, con los brazos alzados, rectos y terminados en puños, era deliberado y calculado para herir a Yirella, y recordó el agrio resentimiento que mostraba el número ocho cada vez que Yirella marcaba un punto, un total de seis. Estaba cargado de venganza.

No va a por la pelota, se reafirmó Dellian. Giró sus brazos, en un gesto de abrazo, y sus muncos reaccionaron al instante, alargando su configuración. Uno de los muncos alcanzó un poliedro, atrapando su borde un breve momento. Fue suficiente. La cohorte le transfirió la velocidad rotacional del obstáculo directamente a Dellian, catapultándolo.

Ahora era él quien iba demasiado rápido.

—¿Qué…? —gimió Tilliana—. ¡No! ¡Yi, Yi, cuidado!

Dellian alcanzó el costado del número ocho con un codazo, y ambos rebotaron, desviándose notablemente de Yirella. La fuerza del impacto le aturdió, y sintió que algo ardiente como el fuego le cubría el brazo. Cerca, escuchó un grito de dolor, y furia. Ambos chicos se orbitaban como un par de estrellas gemelas del mismo tamaño. Las luces de la arena parpadearon de escarlata junto al sonido de la sirena.

Dellian se golpeó con una superficie tan fuerte que perdió el aliento. Debía ser el muro, porque inmediatamente se deslizó hasta caer contra el suelo, y el número ocho aterrizó sobre él.

Primero atacó la pierna de Dellian, y este le empujó. Ambos gritaban sin emitir palabras coherentes, y se encararon con los puños por delante. Dellian dirigió el suyo al estómago del número ocho, que

liberó un aullido de dolor y furia, y respondió con un cabezazo a Dellian. Los cascos le quitaron toda efectividad al ataque, pero eran ahora pura adrenalina. Dellian intentó encajar un golpe en el cuello de su oponente.

—¡Detente! —Tilliana y Ellici estaban chillándole en sus oídos.

Ambas cohortes les alcanzaron y rodearon a los chicos enzarzados. Yirella estaba gritando. Pequeños dedos se clavaron en los chicos. Agudos chirridos de estrés les rodearon. Pequeñas dentaduras amenazaban despiadadamente. Dellian golpeó dos veces más mientras rodaban, recibiendo un puñetazo que le soltó el casco, aplastándole la nariz. Empezó a sangrar de un orificio, sin dolor, solo furia. Centró toda su fuerza en la rodilla, y la hundió profundamente en el abdomen del enemigo.

Y entonces llegaron Alexandre y el otro árbitro, que agarraron a los indomables chicos, apartándolos con fuerza. La manada de muncos había enloquecido, ambas cohortes se desgarraban entre sí. Necesitaron otro par de minutos para que se soltasen, y rodearan ansiosamente a sus queridos dueños. Dellian ya se encontraba pesadamente sentado sobre el suelo de la arena, que estaba acelerando a su máximo gravitatorio, estaba sujetándose la nariz, intentando detener el inquietante flujo de sangre que salía. El número ocho estaba enroscado, abrazándose el estómago, con su oscura complexión ahora pálida, mientras se estremecía con cada inspiración. Ambos equipos se habían agrupado a ambos lados de los antagonistas, vigilándose beligerantemente. Hasta las chicas se les habían unido.

—Creo que el partido ha terminado oficialmente —dijo Alexandre con firmeza—. Chicos, volved al pabellón por favor.

El árbitro Ansaru también ordenaba a sus chicos que saliesen de la arena. Alexandre intercambió con hir unas palabras, ambos asintiendo y susurrando como siempre que se cometía una infracción seria.

—Y sin té de equipo —anunciaron ambos.

Dellian caminó lentamente al portal, emergiendo totalmente cegado por la luz del atardecer, al terreno de la finca. Los chicos más jóvenes estaban jugando al fútbol, ajenos al drama que acababa de acontecer en la arena. Por algún motivo, Dellian se sintió avergonzado ante la normalidad de la escena.

El árbitro Ansaru caminaba con su equipo, manteniéndolos en fila mientras marchaban al pabellón de los visitantes. Varios chicos dirigieron a Dellian miradas despectivas al pasar, y se irguió, preguntándose hasta dónde debería llevarlo…

Un brazo le cayó sobre el hombro.

—Que se vayan a Zagreo —le dijo Orellt, y alzando la voz añadió

—. ¡Hemos ganado!

12-7.

El equipo Ansaru cambió el objetivo de sus miradas a Orellt.

—Suficiente —le cortó Alexandre. Orellt sonreía sin remordimientos.

—Santos, le has dado lo suyo —le confesó a Dellian.

—Lo hice, ¿verdad? —Dellian consiguió forzar una débil sonrisa.

—No, no lo hiciste —dijo Ellici.

Ambos chicos se giraron a la chica que se alzaba sobre ellos, con la culpa en sus rostros.

—No lo pensaste en absoluto —continuó—, fue una estupidez, tácticamente, deberías haber planeado como atacar. Se puede incapacitar a alguien con un solo golpe, todo lo que tenías que decidir era la gravedad del daño que querías infligir.

—No tuve tiempo, fue demasiado repentino —protestó Dellian—. Iba a herir deliberadamente a Yirella.

—Está bien que pensases en protegerla, supongo, pero los Santos saben que la ejecución fue estúpida —dijo Ellici—. La próxima vez, o grítale una advertencia, o ataca más fuerte.

—Más fuerte —susurró Orellt para sí mismo mientras Ellici continuaba hablando con Tilliana.

—No es mala idea —admitió Dellian.

—Creo que fuiste bastante agresivo con él, Alexandre os va a meter a ambos en el agujero más profundo del mundo, y hir director Jenner lo rellenará, con caca, probablemente.

—Quizá —respondió Dellian. Contempló a su cohorte, todos tenían arañazos y moratones, y dos cojeaban—. Estoy orgulloso de vosotros.

Los muncos se acurrucaron contra él, buscando el consuelo del contacto. Acarició el lustroso pelaje de sus cabezas, sonriendo cariñosamente. Dellian percibió a Yirella, la única persona que no le había agradecido, o siquiera le había dirigido la palabra. Caminaba tras Tilliana y Ellici, sin expresión alguna en el rostro.

Como si no hubiese pasado nada, pensó, *o demasiado*.

En el pabellón del equipo local los chicos llevaron a sus cohortes para que se limpiasen primero. Tiraron su equipo deportivo a la cesta de lavandería, después se ducharon las cohortes, enjabonando y enjuagándose antes de situarse frente al secador, donde jugueteaban con los calientes chorros de aire. Y finalmente se vistieron con sus túnicas de diario, simples piezas sin mangas con un agujero central para la cabeza. Dellian había elegido un tejido a rallas naranja y verde para su cohorte, que les distinguía de las sosas elecciones de sus compañeros.

Cuando terminaron los muncos, Dellian se duchó. De pie, bajo el agua caliente, el cansancio le golpeó profundamente. Tenía la nariz muy hinchada ahora, y le dolía. Tenía horriblemente rígido y entumecido el brazo, y el resto de los golpes empezaban a revelarse. Recordando el breve vuelo empezó a apreciar los comentarios de Ellici. Fue puro instinto, estúpido, sin pensamiento alguno, sin estrategia. Golpear y ser golpeado. «Estúpido», se dijo a sí mismo.

Uranti, el técnico de muncos, estaba esperando en su clínica, los partidos en la arena siempre producían un repertorio de heridas y golpes en las cohortes, y sie las reparaba. Esta vez Uranti sacudió la cabeza, alucinado, al ver entrar a Dellian.

—Ay, ay, ¿qué tenemos aquí? —le dijo con ácido sarcasmo—, ¿atiendo a tu cohorte, o a ti?

Dellian clavó la vista al suelo. Uranti estaba en su ciclo femenino, que Dellian encontraba más intimidante que su ciclo masculino. No sabía por qué, pero era indudable. Cuando sie adultos eran hembras conseguían que todo sentimiento de culpa fuese más profundo. Con un gruñido, recordó que hir director Jenner también estaba en su ciclo femenino ahora.

*****

Las cúpulas dormitorio del clan estaban agrupadas en el centro de la finca Immerle: enormes edificios blancos con altos arcos rodeando la base y decorados con finas ventanas de cristal oscuro. Tras terminar en la clínica, Dellian se dirigió allí a través del frondoso jardín, pero cuando aún le quedaba un trecho, escuchó las voces y risas de sus compañeros, tan, normales. Se giró al instante sobre sus talones y deambuló entre los viejos árboles, ideales para trepar, deteniéndose en un claro rodeado de altos y florecidos setos, de un olor dulce. Había un estanque enmarcado con piedras en el centro, con dos fuentes en el medio. Se sentó en el borde y observó las alargadas carpas koi, blancas y doradas, mientras se deslizaban justo bajo la superficie, evitando a los curiosos muncos bajo los nenúfares.

No le apetecía compañía justo ahora, sabía que sus compañeros estarían reunidos en la sala, hablando sobre el partido. A estas alturas la noticia de la pelea en la arena habría llegado a todos los años, el clan estaría hablando del tema durante días, cada niño le haría mil preguntas.

Pero hice lo correcto, se dijo, *iba a herir a Yirella*.

No tardó en oír a alguien descendiendo por el sendero de piedra tras él. Sus muncos se giraron, pero él siguió mirando los peces, estaba bastante seguro de quién se trataba. Todos los niños del clan

estimaban que los adultos que les cuidaban podían conectarse a los genten que gestionaban la finca, así seguían la pista de dónde estaba todo el mundo, todo el tiempo. Porque, tan seguro como Zagreo, este no era un encuentro fortuito.

—¿Algo te aflige? —preguntó Alexandre.

Dellian suprimió su sonrisa al acertar.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—¿Cómo? —Se giró para encontrarse una sorprendentemente viva sonrisa en sus labios—. Pero, nos estábamos peleando.

—Ah, pero ¿por qué estabais peleando?

—Si hubiese alcanzado a Yirella a esa velocidad le habría hecho daño. Y era deliberado, estaba seguro.

—Bien, suficiente para mí.

—¿De verdad?

Alexandre señaló a su alrededor con el brazo.

—¿Por qué tenemos una valla rodeando la finca?

—Para mantener las bestias fuera —respondió Dellian, automáticamente.

—Correcto. Si no hubieseis aprendido ya lo peligroso que es Juloss, nunca lo haréis. El enemigo está buscándonos Dellian, constantemente, rastreando humanos. Y dado que tenemos que ser sigilosos, nunca sabremos cuanto éxito están teniendo. Esta es una galaxia peligrosa, y bien podría ser que Juloss sea el hogar de los últimos humanos libres. Tenéis que cuidaros entre vosotros. Esa es la lección real que aprendéis aquí. Y hoy la has puesto en práctica, estoy muy contento.

—Así que… ¿no estoy castigado?

—Muy calculador, Dellian. No, no estás castigado, pero tampoco serás recompensado. Aún no.

—¿Aún?

Su sonrisa se ensanchó.

—Lo dejaremos para los verdaderos juegos de batalla en vuestros últimos años. De momento, tenéis que aprender estrategia y coordinación, que es el objetivo de los torneos en la arena. Así que vamos a concentrarnos en eso primero, ¿de acuerdo?

—¡Vale! —sonrió, y su cohorte reflejó su alivio, sonriendo y sacudiendo las manos con alegría. *Bien, bien*, arrullaban.

—Ahora vuelve al dormitorio, tienes que comer algo antes de las clases de la tarde. Y, cuanto más tardes en hablar con tus compañeros, más ganas tendrán de hablar ellos contigo.

*****

La clase de la tarde del curso de Dellian se impartía en el salón de los Cinco Santos, en el extremo oeste de la finca, a unos buenos cinco minutos andando desde los dormitorios. Siempre disfrutaba de las historias que escuchaba en el salón de los Cinco Santos, porque siempre eran sobre los mismos Cinco Santos, que algún día derrotarían al enemigo.

—¿Cómo tienes la nariz? —le preguntó Janc mientras seguían el sendero bajo las palmeras. Las hojas se sacudían apenas sobre sus cabezas, señal de que la brisa vespertina comenzaba su viaje diario desde el mar, recorriendo el gran valle.

Dellian casi se la tocó por reflejo.

—Está bien, supongo.

—Santos, aún no me creo que no te hayan castigado.

—Ya, yo tampoco —vio a las tres chicas más adelante, juntas, como siempre—. Bueno, te veo luego.

Las chicas se giraron al unísono cuando las llamó. Tilliana y Ellici le dedicaron a Yirella una mirada de circunstancias, y por un momento Dellian pensó que no se detendría, o peor, que las otras esperarían con ella. Pero vio agradecido que siguieron andando.

—Lo siento —le dijo al alcanzarla.

—¿Por qué?

Contempló su rostro con forma de corazón, afligido de que ella le tratase así. Normalmente se llevaban tan bien. Las chicas estaban destinadas a ser más inteligentes, mucho más inteligentes que los chicos, les había dicho Alexandre. Así era como estaban secuenciados sus genes. Pero sabía que Yirella sería la más inteligente de todos ellos. Tenerla como amiga especial era algo que no quería perder.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No —suspiró—. Sé por qué lo hiciste, y estoy agradecida. En serio. Es solo que… era muy violento. ¡Santos Dellian! ¡Ibais ambos tan rápido cuando chocasteis! Y entonces la lucha. Te sangraba la nariz, y yo no… fue terrible.

—Ellici dijo que debería ser aún más agresivo la próxima vez.

—Ellici tiene razón, puedes neutralizar de un solo golpe, ¿sabes? Y se habría resuelto todo al momento.

El recuerdo de la expresión del chico en el momento del impacto cruzó por su mente.

—Lo sé, quizá debería aprender cómo.

—En tres años recibiremos los tutoriales de combate para los juegos de batalla.

—Apostaría a que puedes hackear los datos ahora.

Sus labios reaccionaron.

—Pues claro que puedo.

—Parece extraño comentarlo así, herir a personas.

—Es un universo peligroso —dijo, señalando la valla de cuatro metros de altura. Solo había silencio al otro lado, en la espesa vegetación del valle, que conseguía ser aún más amenazadora que las criaturas al acecho.

—Eso nos dicen todos —observó a través de la reja. A veinticinco kilómetros, más allá de la plana extensión del valle, se alzaban las torres de cristal y plata de Afrata, dispuestas en las laderas bajas de las montañas. La vieja ciudad aún era impresionante, una idea que entristecía a Dellian, ya que ningún humano había vivido en ella en los últimos cuarenta años. Parecía que las vides y enredaderas ascendiesen varios metros cada día sobre los rascacielos. Las calles habían sido engullidas hacía mucho, y los magníficos apartamentos eran ahora el hogar de la fauna depredadora de Juloss, que se acechaban entre sí, a lo largo de los bulevares en ruinas de Afrata.

—No es una respuesta —dijo Dellian—. ¡Santos! Sé que estamos bien y a salvo, aquí en la finca. Pero yo… ¡Yo quiero estar ahí afuera!

—Lo haremos —le contestó en simpatía—, algún día.

—Uh, suenas como hir director Jenner, todo lo bueno siempre pasará *mañana*.

—Así es —sonrió.

—Quiero caminar por el otro lado de la valla, quiero escalar una de esas torres, quiero ir a la playa y nadar en el mar. Y quiero estar a bordo de una de las naves de guerra que están construyendo allí arriba y enfrentarme al enemigo.

—Vamos a hacer todo eso. Tú. Yo. Todos nosotros. Los clanes es lo único que queda. Somos el pináculo de Juloss, los mejores y más grandiosos de todos.

Dellian suspiró.

—Pensaba que los más grandiosos eran los Cinco Santos.

—Su sacrificio fue el mayor, tenemos que estar a la altura.

—Nunca lo voy a conseguir.

—Lo harás —Yirella reía—. De todos nosotros, tú lo harás. ¿Yo? Solo sueño con que la estrella Santuario sea real.

—¿Crees que lo es? Marok siempre repite que es una leyenda, una fábula que acompaña a las naves generacionales, de planeta en planeta.

—Todos los mitos comienzan con una verdad —dijo—. Debe haber tantos humanos repartidos ahora por la galaxia, que no es difícil imaginar que algunos hayan encontrado una estrella a salvo del enemigo.

—Si es real, la encontraremos juntos —le prometió con solemnidad.

—Gracias, Del. Venga vamos, quiero escuchar lo que nos vaya a contar Marok de los Santos.

*****

El salón de los Cinco Santos era el edificio más ornamentado de toda la finca: una enorme entrada con paredes recubiertas de oro y un reluciente negro, que llevaba a cinco cámaras enormes. La luz del sol se difuminaba en un brillo ubicuo al entrar por el cristal tintado del techo.

Los quince chicos y las tres chicas del año de Yirella se dirigieron a la cámara tres. Les esperaban unos mullidos y amplios asientos de falso cuero que, al dejarse caer, ondularon para adaptarse a su peso, como si fuesen de un líquido espeso. Sobre ellos, el techo de cristal estaba grabado con imágenes de los mismos Santos, mientras que las maderas de las paredes brillaban con suavidad: tenían docenas de dibujos de pergamino fosforescente sujetos con chinchetas, dibujados por los jóvenes del clan. Las clases ahí no eran normales, no tomaban notas ni tenían ningún examen. Los tutores preferían que estuviesen relajados, ansiosos por escuchar las historias de los Cinco Santos. Debía ser algo que quisiesen saber, que quisiesen aprender.

Marok, el historiador sobre Sol, entró y sonrió. Sie estaba en su ciclo femenino, así que se había dejado crecer su pelo castaño hasta la cintura. Su rostro era alargado, de huesos finos y marcados, otorgándole una apariencia muy atractiva, aunque algo delicada. Dellian pensaba que, si era lo bastante afortunado para tener un grupo parental como los que se habían ido en la nave generacional, querría que Marok fuese parte de él.

—Sentaos —les dijo a los niños—. Entonces, ¿estáis todos recuperados de la arena?

Hubo algunas risas, y demasiadas miradas hacia Dellian. Las soportó con estoicismo.

—Os pregunto porque la violencia no es algo sobre lo que hayamos hablado mucho, al menos respecto a los Santos —continuó—. Hasta ahora solo hemos hablado de las historias en general. Hoy, vamos a comenzar a entrar en el detalle con eventos formativos. Para poner a los Cinco Santos en contexto, y agradecer lo que hicieron, necesitamos examinar su vida con más detalle. ¿Qué les motivó? ¿Cómo se reunieron? ¿Se llevaban tan bien como dicen los cuentos que habéis oído? Y, por encima de todo, ¿cómo era todo en aquel tiempo? Analizaremos adecuadamente todas estas preguntas.

Xante alzó una mano.

—¿No eran amigos entonces?

—No necesariamente, no. Desde luego no al principio. ¿Recordáis como Callum y Yuri se despidieron cien años antes? No fue especialmente cordial, ¿verdad? Así que, ¿quién puede decirme las dos razones que les volvieron a reunir?

—Política y traición —contestaron todos a coro.

—Muy bien —Marok les sonreía con suavidad—, ¿y dónde ocurrió?

—¡En Nueva York!

—Exacto. Aunque Nueva York en el 2204 era una ciudad muy diferente de todo lo que conocéis, incluso de Afrata. Y Nkya era aún más extraño…

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Feriton Kayne, Nkya, 23 de junio de 2204

Una hora después de abandonar el campamento base con el Ranger, los camareros sirvieron la cena. Los paquetes de comida *gourmet* estaban calentados en microondas, pero aun así me parecieron bastante buenos. Elegí escalopes sellados sobre risotto de guisantes a la menta, seguido de un bistec con patatas y reducción de vino tinto. El vino era un Chablis de tres años, nada mal. Para terminar, tuve una crema brûlée de limón con salsa de frambuesas. Cené en un silencio sepulcral, todo el mundo estaba analizando los archivos, consumiendo cada minucia de información que teníamos sobre la nave alienígena. No era suficiente para llegar a ninguna conclusión, y era muy consciente de ello. Llevaba diez días intentando desentrañar lo que había ocurrido.

—¿Habéis identificado alguno de los humanos de a bordo? —preguntó finalmente Callum, mientras se terminaba su pastel de almendra trufada.

—No —le contestó Yuri, tenso—. No podemos hacerlo.

—¿No podéis o no lo haréis? Comprobar una identidad es de las búsquedas más sencillas de realizar en solnet. Nadie se puede esconder en nuestra sociedad, ¿verdad Alik?

El agente del FBI le dedicó una leve sonrisa.

—Es difícil —concedió—, el gobierno siempre mantiene un ojo abierto.

—Por su propio bien —añadió Callum.

—¿Cuántos ataques terroristas han ocurrido en los últimos cincuenta años? ¿Incluso en los últimos setenta y cinco?

—No muchos —aceptó Callum con un gruñido.

—Vuestra infame rendición[1] preventiva —interrumpió Eldlund—. Arrestáis a personas porque una TuringG8 piensa que podrían hacer algo basándose en comportamientos e intereses. ¿Qué tipo de justicia es esa?

Alik se encogió de hombros por respuesta.

—¿Qué te puedo decir? El reconocimiento de patrones funciona, y para tu información, cada orden de traslado de Seguridad Nacional tiene que ser firmada por tres jueces independientes. A nadie se le exilia sin una audiencia justa.

—Seguro que vuestros ciudadanos se sienten mucho más seguros. ¿Qué más da que sea lo mismo que dice todo gobierno autoritario? Si no has hecho nada malo, no tienes nada que temer.

—Oye, ¿acaso te gustaría que fuesen libres de emigrar a Akitha, o a un hábitat de Delta Pavonis, amigo?

—Eso no es una justificación. Es una amenaza.

Los rígidos labios de Alik lograron forjar una sonrisa de autosuficiencia, y se sirvió un trago del borbón añejo de su propio equipaje.

—¿Por qué no los habéis intentado identificar? —preguntó Callum. Su mirada nunca se había desplazado de Yuri.

—Por la misma razón por la que no hay solnet allí, y la misma por la que Defensa Alfa insiste que mantengamos una separación muy clara entre portal y nave. Seguridad.

—¡Joder! Todavía igual, ¿verdad? Siempre con la historia de que todo lo que haces es la *manera correcta*, la única manera. Todo el que se pronuncie o piense diferente no solo está equivocado, sino que lo hace con maldad.

—Porque esta resulta *ser* la manera correcta. Intenta pensarlo seriamente, que es para lo que se supone que estás aquí. Para dar una opinión informada e imparcial. Aunque jamás entenderé por qué Emilja y Jaru te enviaron a ti.

—Porque soy capaz de tener pensamientos racionales de verdad, no solo paranoides.

—Lo expondrías inmediatamente —pronunció Kandara, agotada. Se había quitado la chaqueta, exhibiendo sus musculosos brazos mientras se sentaba, picoteando el menú de su bandeja plegable.

Yuri y Callum la atravesaron con la mirada.

—¿Qué? —preguntó Callum.

—Lo lamento, pero Yuri tiene bastante razón —continuó—. Los alienígenas, quien quiera que sean, sabrán quienes son las personas que tienen en su nave, y en el momento en el que carguemos sus imágenes o secuencias de ADN en solnet, descubrirán que la hemos encontrado. Mientras que mantener el hallazgo en secreto sea nuestra ventaja… —Y concluyó la frase con un gesto.

—Gracias —dijo Yuri, forzando una sonrisa—. Justo lo que ella ha dicho, justo lo que intentaba explicarte.

Callum gruñó por respuesta, agitando su vaso vacío. Y un camarero

se acercó a rellenarlo de whisky de malta.

Alik se reclinó, contemplando el borbón agitándose en el vaso. Alzando la vista a Yuri, después a Callum, y tras ponderarlo un momento.

—Muy bien, tengo que preguntar. ¿Qué ha ocurrido entre vosotros? Ni siquiera la Agencia tiene nada, pero he oído los rumores, y aquí estáis ambos, intentando ser amables, y metiendo la pata hasta el fondo.

—Esto es mucho más importante que nosotros —dijo Yuri, con pura amargura en su voz, un tono capaz de detener a cualquiera, como estamparse contra un muro de piedra.

—¿Mostrando humanidad a estas alturas?

—Que te jodan.

Jessika, Loi y Eldlund contemplaron la escena, intrigados, y bastante nerviosos. No se suele presenciar a dos potencias de esa magnitud frente a frente.

—Eres un robot corporativo —continuó Callum—, lo eras en aquel entonces, y no has cambiado nada. No eres un empleado de Conexión. Eres su alto sacerdote, liderando a la congregación.

—Estás vivo, ¿no es así?

—¿Debo estar agradecido?

—¡No estaría de más!

—¿En serio? —Callum era puro desdén—. ¿Quieres que les cuente la historia? ¿Que juzguen ellos? Porque no es solo mi historia, ¿verdad?

—Adelante —respondió Yuri, desafiante, y buscó la botella de vodka helado.

Callum contempló al resto dudoso.

—Hazlo —le desafió Kandara, con una leve sonrisa.

—Fue hace mucho tiempo.

—¡Ja! —soltó Yuri, vaciando el vaso de vodka en un trago—. ¿Y era una noche oscura y tormentosa?

—No sabes dónde empezó, y eso fue gran parte del problema. ¡Y no lo sabes porque las personas no te importan una mierda!

—¡Cállate, hijo de puta! Me importaba. Me importaba ella, no tú, a nadie le importabas tú. Gilipollas.

—El verdadero comienzo fue en el Caribe —continuó Callum, relajando su expresión conforme despertaba antiguos recuerdos—. Donde Savi y yo nos casamos.

—Ilegalmente —contestó Yuri—, si nos lo hubieseis dicho como era vuestro deber, nunca habría ocurrido nada de esto.

—No hicimos nada ilegal. Por grande que sea Conexión, es una

empresa, no un gobierno. ¡Y no necesitábamos tu puto permiso! Que Ainsley nos pagase el sueldo no significaba que nos poseyese, así que, ¡qué le jodan a tu retorcida política de empresa! Tenía que ocurrir.

—Tenemos esas políticas por un motivo, si hubiéramos sabido que teníais una relación, si hubieseis sido honestos con nosotros, todo habría sido diferente. Vosotros creasteis el problema, no me hagas quedar como el malo.

No lo podía haber planeado mejor: quería sus historias, especialmente las de Yuri. Me había costado bastante convencerle de que debería acompañarnos a la misión en persona, en vez de contar con mis informes.

Y aquí estaban, enfadados y sin filtros, con algo que demostrar. Todo lo que les quedaba era la verdad, porque la verdad podía ser más certera que ningún misil inteligente, y su animosidad no había ni empezado a cicatrizar, ni siquiera tras ciento veinte años. Aún me fascinaba como se aferraba la humanidad a sus agravios.

Observé a mi alrededor, intentando no llamar la atención de nadie. Vi a Kandara y Alik disimulando una sonrisa, disfrutando del espectáculo que habían provocado. A Yuri y a Callum enardeciendo su vieja guerra, listos para todo, para desvelar cualquier secreto.

—Así que no era ninguna noche oscura y tormentosa —comenzó Callum—. Más bien lo opuesto.

CALLUM Y YURI

Cara a cara, 2092 A. D.

El mayor atractivo de Barbuda eran sus espléndidas playas. Y también que la pequeña isla caribeña contaba con un único portal de Conexión, que comunicaba con su enorme y próspero vecino, Antigua. En 2092, que toda una población dispusiese de un único y solitario portal era algo excepcional en la Tierra, donde el enlazamiento cuántico espacial había dejado todo lugar del planeta *a un paso*, como leía el lema de Conexión.

Los complejos turísticos a lo largo de la costa sur se aprovechaban de esa exclusividad. Los precios que cobraban por una semana de privacidad aislada eran exorbitantes. Pero Callum Hepburn consideraba que valía totalmente la pena. Diana Klub, justo al norte de Coco Point, era una extensión de cabañas de lujo a pocos metros de la prístina arena. Precioso durante el día, con el sol tropical abrasando desde un celeste cielo sin nubes, que acentuaba el verdor de las palmeras a lo largo de la playa, y resplandecía en la arena, aunque para al mediodía la arena se calentase demasiado como para poder caminar descalzo. El agua era de color turquesa, con tranquilas olas, lo bastante clara como para ver desde lejos los coloridos bancos de peces, que nadaban juguetonamente por los bajíos.

A medianoche era igual de hermoso. La luz plateada de la luna creciente en el horizonte bañaba la aún caliente arena con un fulgor espectral, convirtiendo las prístinas aguas en oscuras y misteriosas profundidades.

En lo alto de la playa, la espesa arboleda proyectaba su desigual silueta de ébano contra la base del cielo repleto de estrellas.

Dos personas con un albornoz blanco se cogían de las manos y reían, mientras recorrían el camino que iba de las cabañas a la arena.

Callum soltó un grito ahogado, cuando tocó con los pies la caliente arena.

—¿Qué sucede? —preguntó Savi preocupada.

—Está más caliente de lo que imaginaba —admitió Callum.

—¿De verdad? —Deslizó su pie por la arena y luego lo sacudió—. Esto no es nada. Eres un blando.

—Soy de Aberdeen —protestó—. Si pusieras tu pie desnudo en una de sus playas, te congelarías hasta el tuétano. Y hablo del verano.

—¡Blando! —dijo y se puso a correr—. Blando, blando.

Riendo, Callum corrió hacia ella, la atrapó y la hizo girar mientras aullaba feliz.

—Shh, Callum, nos escucharán.

Callum miró hacia atrás, hacia las altas palmeras con sus largas hojas, que se balanceaban en la suave brisa nocturna. La oscuridad existente entre sus lisos troncos era una impenetrable sombra, más oscura que el propio abismo entre las estrellas. Cualquier cosa podría estar escondida, y nunca lo sabría.

—¿Quién nos escucharía?

—Ellos —dijo con una risita—. Nuestros compañeros de viaje. Los empleados. Todos los mirones.

Callum la rodeó con los brazos acercándose a ella, y la besó.

—¿Te parece mal? —preguntó, pasando los labios por su garganta —. ¿Ser observada?

—No.

Y ahí estaba ese familiar descaro en su voz que le hacía sonreír. Savi carecía de inhibiciones cuando se trataba de explorar su sexualidad.

—No te preocupes porque se lo puedan explicar a alguien —dijo—. Se morirán de la envidia antes de que terminemos.

Savi se lamió los labios.

—Promesas, promesas —murmuró con pasión—. Ahora quítate la ropa.

—Sí, esposa.

Sonrió abiertamente.

—Tú eras el que quería tener sexo en la playa. Así que: empieza, esposo.

Callum se quitó la ropa y la tiró en la arena. La misma arena en la que habían estado en la tarde, él con una camiseta y un traje de baño y unas zapatillas, con suela suficiente como para que no le ardieran los pies, y ella con un bikini blanco y un pareo escarlata. La ceremonia apenas había durado cinco minutos. Solo hubo cuatro personas más: el padre del pueblo local que ofició la ceremonia, el asistente del gestor del complejo turístico y dos de sus colegas, aún sorprendidos de ser los testigos.

Savi se echó a reír de nuevo, mirando desafiante a la línea de troncos.

—Túmbate —le dijo—. Me pondré encima.

Callum escuchó lo excitada que estaba e hizo lo que le ordenaba. Savi se puso de pie sobre él, con los pies tocando sus caderas. Se quitó su cinturón lentamente, y liberó su albornoz.

Callum miró maravillado a su esposa, su ágil cuerpo brillando a la luz de la luna. ¡*Mi esposa*!

—Eres una diosa —dijo, casi sin voz.

Dejó caer el albornoz y se sacudió su largo cabello de color ébano.

—¿Cuál? —le provocó.

—Parvati, la diosa del amor y la energía femenina.

—Chico listo —sonrió con ferocidad.

Gracias, internet, no volveré a maldecirte nunca, prometió Callum.

—¿Sabías que ella le otorga las cualidades y el poder de una mujer a todo el universo? —murmuró Savi mientras caía de rodillas.

Callum gimió indefenso.

—Y la destreza. —Sus ojos brillaban con malicia.

En el cielo mucho más allá del rostro de Savi, una estrella fugaz trazó una silenciosa cola a través del firmamento. Callum pidió un deseo.

Y le fue concedido.

*****

Callum se despertó con los intensos rayos del amanecer que inundaban la habitación de la cabaña a través de las contraventanas de madera. El aire acondicionado zumbaba suavemente, aunque la temperatura ya era más elevada que el pleno verano de Escocia. Giró la cabeza para contemplar a Savi, desnuda a su lado, tumbada en el colchón.

—Buenos días, esposo —dijo ella, soñolienta.

Con suavidad, Callum le apartó de su rostro unos enredados mechones de su negro cabello. No podía hacer otra cosa que sonreír ante lo encantadora que era.

—¿Qué? —preguntó.

—Creía haber tenido el mejor sueño de mi vida —dijo suavemente —. Y resulta que ese sueño era un recuerdo.

—¡Oh, Cal! —Savi se acercó y se besaron con pasión.

—Soy un hombre casado —dijo. Era imposible eliminar la incredulidad en su tono—. ¡No puedo creerme que dijeras que sí!

—¡Y yo aún no puedo creerme que te propusieras!

—Me habría propuesto de una manera u otra.

—¿En serio?

—Sí, desde el momento en que te vi. Pero sabía que debía esperar.

Ya sabes, saludar primero, y tal vez averiguar cómo te llamabas.

—Bobo.

—Ayer pensaba que lo había echado todo a perder.

Savi le acarició su mejilla.

—No, no lo hiciste.

—¡Estamos casados!

Callum empezó a reírse.

—Sí, y ahora hemos de pensar en cómo se lo vamos a explicar a todos.

—Oh, maldita sea. Sí. —Frunció el ceño, la mera idea le mataba las ganas.

Savi lo miró, interrogante.

—No estarás preocupado, ¿no?

—No, no, estoy bien.

—Te da miedo decírselo a mi padre —concluyó astutamente.

—Para nada.

—¡Y tanto que sí! Menudo marido estás hecho, se supone que has de luchar con dragones y demonios por mí.

—No me da miedo tu padre. Tu madre, por otro lado…

—A mamá le gustas.

—Es muy buena disimulándolo.

—Ya sabes lo que dicen, si quieres saber cómo va a ser una chica de mayor, observa a su madre.

A Callum le sobrevino un repentino y aterrador recuerdo de su propio padre, en pie en el estadio Pittodrie, animando a los Dons, y con una cerveza en cada mano.

—Estaré encantado si resultas ser como tu madre.

La boca de Savi se abrió formando una O, que cubrió con su mano mientras se reía.

—¡Oh, no, me he casado con un mentiroso terrible!

—Bueno, tienes que admitir que son un poco conservadores. Y yo soy blanco.

Savi le pasó una mano por su corto cabello pelirrojo.

—Blanco y rojo. Un verdadero escocés. Podría quedarme ciega si te mirase fijamente la piel.

—Ey, me dijiste que mis pecas eran adorables.

—Las pecas son adorables con diez años, Cal. Cuando tienes treinta y uno son graciosas.

—Oh, gracias. —Callum la besó. *La mejor forma de cortar la conversación*—. Bueno —dijo—, no es por la familia por lo que debemos preocuparnos.

—Ah, nuestros malditos amos y señores de Conexión. ¡Lo odio!

—Política de la compañía. Recursos humanos se vuelve insufrible con las relaciones personales. Son auténticos paranoides de las denuncias de acoso sexual.

—Nunca he tenido que acosarte para tener sexo —dijo ella.

—Cierto.

—La verdad es que el problema no es recursos humanos.

—¿Cómo?

—Si te contrata la división de Seguridad, examinan a todas tus amistades.

—¿Examinan? ¿Me estás diciendo que ellos deciden con quién puedes salir? ¡Es terrible! No pueden hacerlo.

Savi lo miró fijamente.

—Ah. Verás, la verdad es que hay una cláusula en mi contrato sobre con quién puedo relacionarme fuera del trabajo. Está bastante claro.

—Espera… no lo habrás firmado, ¿no?

—Es la división de Seguridad, Cal, funciona así. Si trabajas en Seguridad han de saber con quién te ves. *Exactamente* quien. Si otra compañía se intenta infiltrar, no nos podemos permitir ser vulnerables.

—Joder, ¡qué deprimente!

Lo sé, pero es realista. El mundo es un sitio malo lleno de malas personas.

—Vale, entonces… ¿cómo era mi informe?

—Ah —se encogió—. No lo saben aún.

—Eso no suena nada bien.

—Yo… Es… Cal, aquel día en que nos conocimos, me lo pasé tan bien, ¿recuerdas? Pensé que sería… ya sabes.

—¿Qué?

Se chupó el labio inferior haciendo ver que estaba arrepentida.

—Pensé que ibas a ser cosa de una noche.

—¡Mierda! —Se desplomó de espaldas, y miró el techo, sintiéndose algo irritado—. No fue una sola noche —dijo, haciéndose el mártir.

—¡Oh, el ego masculino! Sí, de acuerdo: de una semana. Y cuando resultó que querías más, estaba tan feliz. Pero la cuestión es que no informé al principio porque pensé que no volvería a verte, aunque tú también fueses parte de Conexión. Por lo que no era un gran riesgo de seguridad, y una chica no quiere registros que le persigan. Aún nos juzgan, sabes. Es injusto, a los hombres no.

—Entiendo —dijo.

—Y entonces, cuando empezamos a vernos adecuadamente, estaba en una posición incómoda.

—¿Puede costarte el trabajo? —preguntó, de repente ansioso.

—No. Verás, solo han sido seis semanas. Yuri entenderá que lo haya notificado algo tarde. Es un buen tipo.

—¿Yuri?

—Yuri Alster, mi jefe.

—Vale. Entonces les ponemos al corriente tan pronto como volvamos. Es un buen plan, la verdad. Tú se lo dices a Yuri, y yo se lo notifico a recursos humanos de Brixton. Diremos que fue algo espontáneo. Sí, así lo haremos, ¿te parece? Nos conocimos aquí en Barbuda, nos enamoramos, nos casamos. No es necesariamente una mentira. Si la gente enloquece por amor, ¿qué mejor lugar que en una isla como esta?

Savi se puso seria de nuevo.

—Hmmm, quizá deberíamos esperar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es por mi misión actual.

—¿Qué le pasa? Es decir, ¿cuál es tu misión actual?

—Ey, no vale. Me prometiste que no me harías preguntas sobre mis misiones encubiertas.

—Perdón.

—Siempre habrá cosas sobre lo que hago que no podré explicarte. Lo sabes, ¿no?

—Sí, sí, lo entiendo.

—No te puedes imaginar lo difícil que es para una chica hindú labrarse una carrera decente por sí misma en este negocio. Trabajé como una condenada para entrar en operaciones encubiertas, y amo lo que hago. No me puedo arriesgar a estrellarme ahora.

Es también excitante, y por eso te gusta en realidad, pero no se lo diría a la cara.

—Lo siento, perdona. Sabes que solo me preocupo por ti.

—Lo sé, y es muy dulce. Pero tu trabajo también es peligroso físicamente, un descuido y te queda un área de exclusión entre las manos. Y sé lo entregado que eres en el trabajo. Así que piensa como te sentirías si te pidiese que no aceptases los trabajos más peligrosos.

—Una emergencia de vertidos tóxicos no es tan peligrosa como lo presentan los medios. Y no te estoy pidiendo que dejes Seguridad. Solo estaba mostrando un interés genuino en el trabajo de mi mujer, como un buen marido.

—Buen intento —se burló.

—No es realmente peligroso, ¿no?

—Júzgalo tú mismo: hay un diabólico billonario con un plan maligno para dominar el mundo, no, el sistema solar. Mi trabajo es

usar todas mis herramientas femeninas para seducirle y robarle sus planes de la caja fuerte de su habitación.

Callum sonrió de forma lasciva.

—Funcionaría, esas herramientas son magníficas.

Ella se rio y le volvió a besar.

—La verdad es que mi nuevo trabajo es en realidad muy aburrido. Voy a universidades haciéndome pasar por una estudiante, para ir a reuniones y concentraciones anticorporativas, sobre todo las que van en contra de Conexión, tomando nota de quién va, quién es el que está más enfadado, quién es el más silencioso, el que más habla… Monitorizamos a problemáticos potenciales.

—Parece bastante siniestro, la compañía registrando perfiles de un puñado de veinteañeros. ¿Es siquiera legal?

—Son niños, Cal. El noventa y nueve por ciento están rebelándose contra sus padres ahora que han dejado de vivir en sus casas. Alguien ha de evitar que se aprovechen de ellos los auténticos fanáticos de mierda, y los decanos universitarios no hacen nada.

—Es verdad.

—Es un trabajo importante. Un trabajo del que estoy orgullosa. La violencia en las calles ha bajado por primera vez en décadas, Cal.

—No lo estaba discutiendo. Entonces, ¿qué tiene que ver este trabajo con que le hables de mí a Yuri?

—Porque estoy en medio de una misión. Es un milagro que haya conseguido estos cuatro días de fiesta. Si este martes cuando regrese le hablo de ti, me apartará de la misión hasta que te hayan investigado. Y si estoy fuera por mucho tiempo, el grupo con el que estoy trabajando sospechará de mí. Todo el esfuerzo invertido no habrá servido para nada.

Frunció el ceño de la confusión.

—Leer mi expediente no debería llevar más de dos horas, ¿no?

—No se revisa así a una persona, Cal. Evaluación Interna pondrá a dos oficiales a investigarte, y ahora que ya estamos casados tendrías que venir para que te hicieran una entrevista. Si estás limpio, solo durará una semana, pero si hay la más ligera duda, tardarán un mes en dar el visto bueno.

—¡Joder! Si soy una persona tan poco fiable, ¿cómo permiten que haga lo que hago? Mi trabajo puede llegar a ser muy peligroso, potencialmente. Puedo provocar muchos más dolores de cabeza a Conexión que cualquier movilización en la calle. Una única vacilación, o una única equivocación, y toneladas de mierda tóxica se filtran en el agua, por la ciudad…

—No lo estás entendiendo. Adquisición de inteligencia consiste en

recopilar información y analizarla. Lo que hacemos es encontrar a gente que intente convencerte. Sí, si fueras uno de ellos, podrías provocar probablemente dos o tres filtraciones tóxicas antes de que Seguridad se diera cuenta de que te has convertido en un militante. Pero nuestro trabajo consiste en detener esa subversión antes de que suceda.

—Me estás diciendo que si una de mis operaciones de limpieza sale mal, ¿Seguridad investigaría si tengo alguna relación con algún fanático?

—Depende del daño que haya sido, pero sí. Y si hay indicios de sospecha en tu comportamiento o en tu ordenador, la TuringG5 de nuestra división los encontraría.

—¡Y una mierda pinchada en un palo! No lo sabía, ni si quiera es un rumor en el departamento.

—Por lo cual, como tienes una agente de seguridad encubierta mintiendo sobre su relación contigo, sería muy muy malo si te programan un examen de comportamiento ahora. Así que ambos nos la estamos jugando. No metas la pata en tu próximo trabajo.

—¡Maldición!, lo haré lo mejor posible.

Savi lo besó, y apoyó su rostro contra él.

—Te amo, esposo.

—No tanto como yo, esposa. Entonces, ¿cuánto tiempo hemos de esperar antes de sorprender a todos con la noticia?

—Un par de semanas, no más, te lo prometo.

—No estarás fuera todo ese tiempo, ¿no? —preguntó angustiado.

—Intentaré acabar tan rápido como pueda. Pero has de hacerte a la idea de que estar en contacto será difícil mientras esté en activo.

—Vamos, seguro que puedes escaquearte un minuto y llamarme. Me vale un correo electrónico, y así sé que estás bien.

—Si puedo, lo haré, pero no puedo arriesgar mi tapadera, Cal.

Le parecía frustrante, pues le daba la sensación de que ni tan siquiera iba a intentarlo. Pero no estaba siendo justo. Como ella le había dicho, el haber llegado a su posición con veintiséis años había sido muy duro. Su resolución, perseguir lo que deseaba sin parar, era embriagadoramente atractivo.

—Lo entiendo —le dijo.

—Gracias. —Savi rodó sobre su espalda, y se aproximó sensualmente—. Hoy es el primer día de nuestra luna de miel, ¿no?

—Sí.

—Eso significa que tengo el derecho de hacerle el amor a mi esposo todo el día.

—Totalmente cierto.

—Entonces, ¿a qué estás esperando?

*****

La alarma despertó a Cal. Era un vil e insistente zumbido que venía de un antiguo reloj digital con números que brillaban de escarlata en la habitación a oscuras. Intentó apagarlo, aunque por supuesto tenía que estar encima de una pila ordenada de cajas de plástico, a medio metro del alcance de sus dedos.

—¡Maldito!

Tuvo que arrastrarse hasta el borde de la cama y sacar las piernas de debajo de la pesada colcha para poder llegar al maldito cubo de plástico negro.

En el silencio que procedió sacudió la cabeza, intentando despertarse adecuadamente. El truco del reloj fuera de su alcance era de una ex. Y Savi pensó que era una genialidad, así que se apropió de la idea. Las esposas, tan susceptibles con las antiguas novias.

Miró la habitación vacía y suspiró. Ya llevaba cinco días sin ella. Sin llamadas, ni tan siquiera un correo electrónico. *¿Cómo podía ser que un puñado de estúpidos estudiantes sospechasen siquiera que había algo extraño en una llamada de dos minutos? ¿Vivian todos juntos en el dormitorio común de un culto o qué*? Esa no era una idea que quisiera darle muchas vueltas.

La alarma volvió a sonar, solo había pulsado el botón de repetición. Maldiciendo, apagó la alarma y se metió en la ducha.

Su apartamento estaba en el ático de un antiguo adosado georgiano de la Plaza Moray, una de las mejores localizaciones de todo Edimburgo, o eso juraban los agentes inmobiliarios. Era un pequeño y precioso parque lleno de árboles ancestrales, rodeado por las edificaciones de piedra del casco antiguo que le daban la fama a la ciudad. Y por eso su apartamento solo tenía cuatro habitaciones e incluso con su salario, pagar el alquiler era todo un dolor. Pero como piso de soltero era perfecto.

Quizás demasiado pensaba, mientras volvía a su habitación con una toalla en la cintura y el pelo aún húmedo. Se había gastado demasiado dinero en su cama de dos por dos. Pero hasta ahí llegaba su extravagancia. Tenía que haber metido la ropa en las tres torres de cajas de plástico de la pared, aunque había terminado tirando la mayoría en el suelo, en la pila para lavar de la esquina. El viaje a Barbuda le había desorganizado la rutina del servicio de lavandería.

—Casa —llamó.

La pared se iluminó con el menú de servicios de la TuringG3 de la casa, hacía dos años que la había instalado y aún no se había puesto a

configurar la barata y obsoleta unidad.

—Buenos días, Callum —dijo con una marcada voz femenina. Tampoco había cambiado aún la voz que venía de fábrica.

—¿Por qué nos hemos quedado sin champú? He tenido que utilizar el limpiacristales. Y huele raro.

—La orden de reposición de los objetos del hogar está retenida.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Has superado el límite de tú preaprobado crédito mensual en tres mil quinientas libras. La compañía de crédito ha suspendido futuros pagos hasta que esto no se haya resuelto.

—¡Mierda! ¿Cómo ha pasado?

—El último gran pago fue realizado al Grupo Internacional Drexon de Ocio por cinco mil ochocientas noventa libras, que te puso sobre el límite de crédito. La compañía suspendió tu cuenta a la medianoche y ahora te está cobrando al doble de interés por el importe en exceso.

—Maldita sea. —No era consciente de lo caro que había sido Barbuda. *Pero ha valido la pena. ¡Se casó conmigo!* Miró con tristeza la cama vacía. *Han pasado cinco días, y ya se me hace insoportable sin ella*.

Empezó a mirar en la caja donde supuestamente estaban guardados los calzoncillos, pero solo había un par de bóxer limpios.

—Casa, ¿por qué no me has avisado que estaba sin ropa?

—Me has pedido que guardara silencio en seis ocasiones diferentes en los últimos cuatro días, cuando te pedía permiso para revisar tu estado financiero.

—Oh, sí, cierto. Deberías haberme comentado que era por mi situación bancaria.

—Lo hice. La compañía de crédito ha enviado ya cinco notificaciones formales.

—Vale. Eh, la próxima vez ponme en todas las pantallas la cifra de mi deuda en rojo. Así me enteraré.

—De acuerdo.

Callum podría jurar que la voz de la TuringG3 era desaprobadora.

Encontró una camiseta limpia y se la puso.

—¿Hay algo para desayunar en la cocina?

—Hay beicon impreso disponible. Ocho recipientes de comida orgánica necesitan ser retirados del frigorífico para reciclarse. Todos han superado su fecha de consumo. La entrega de nuevos alimentos y cerveza está pendiente para cuando se reanude el crédito.

—Sí, madre —gruñó en voz baja—. Explícame.

—Primero has de acordar un nuevo sobrecargo con la compañía de crédito.

—Mira, solo arréglalo, ¿de acuerdo? Me pagarán en un par de días,

de todas maneras.

—Tu próximo pago es en seis días.

—Lo que sea. Haz que mi crédito fluya de nuevo.

—Los nuevos términos que están ofreciendo no son favorables.

—Ey, ¡para de ser una condenada abogada! Deberías de ser un software flexible, ¿verdad? Presta atención y aprende. No me gusta que me distraigan con estas tonterías mientras trabajo. Este es el motivo por el que compro programas como tú, para hacerme la vida sencilla, ¿de acuerdo?

—Muy bien, Callum.

Se tragó una respuesta temperamental. Podría ser una vida sencilla de verdad si hubiera comprado una Turing de quinta generación. Eran mucho más inteligentes, hubiera entendido perfectamente todas sus manías y hubiera sabido lo que quería, evitándole el sufrimiento de tener que explicarlo todo. Pero una G5 estaba más allá de su alcance.

La próxima vez que me promocionen…

Callum se puso los pantalones. No había calcetines limpios.

—¡Su puta madre!

Sacó un par de calcetines en estado razonable de la pila de ropa sucia. Sus zapatillas aún estaban llenas de arena, y sonrío con cariño mientras se las ponía. Luego cogió de al lado de su alarma, el tubo con sus e-lentillas y unas gafas monitor. Eligió las gafas. Hoy no estaba de humor para perder el tiempo poniéndose las lentillas. *Joder, la echo de menos*.

Finalmente se puso sus smartCuff, una sencilla cinta de tres centímetros que podía pasar por cristal negro, sino fuera tan flexible. En cuanto se la pasó por los nudillos, se redujo para encajar perfectamente en su muñeca. Lanzó una biométrica para verificar su identidad, y se enlazó inmediatamente a sus semillas dermales por mInet. Una columna ordenada de datos color zafiro se desplegó en el lado derecho de sus gafas.

Ni se molestó en leerlo. Solo tenerlo ahí, encendido y activo, era reconfortante. El mInet le hacía otra vez parte del mundo.

—Ey, Apolo, ¿cómo va?

—Buenos días, Callum —replicó la identidad electrónica de mInet por la semilla de audio que tenía en la oreja. Todo el mundo le daba a su mInet un identificador, y Callum había estado obsesionado con el alunizaje del Apolo desde que tenía diez años, hasta el extremo de haber construido maquetas funcionales del Saturn V.

—Conexión completa de mInet con tus periféricos —dijo Apolo—. Tus niveles de azúcar en sangre no son buenos.

—Bueno, es por la mañana, colega. Mantén un ojo en la Casa,

quiero saber cuándo vuelvo a tener crédito.

—Ya eres solvente.

Debería darle las gracias a la casa, pero la parte ludista de su mente se negaba a reconocer la TuringG3 como una persona real.

Como toda la carne de hoy en día, el beicon era impreso, con una fecha de caducidad de unos dieciocho meses. Puso dos lonchas a freír en la sartén. No tuvo que comprobar la fecha de caducidad del mohoso pan, así que nada de un sándwich de beicon. Quedaba un huevo, uno de verdad. Pero no podía hacer un revuelto porque el suero de mantequilla estaba tan pasado que se le saltaron las lágrimas al olerlo. Su abuela le había taladrado que esa era la verdadera forma de hacer huevos revueltos. Así que, café solo. Puso una cápsula en la cromada cafetera italiana de bar, y esperó mientras ejecutaba su habitual concierto de vapor.

—Retransmíteme las noticias nocturnas —le pidió a Apolo, mientras rompía los huevos al lado de la sartén. Por algún milagro la yema sobrevivió.

El mural de la cocina mostró una rejilla de noticias, determinadas según sus preferencias. Le dio un sorbo al café con gran satisfacción mientras veía que cinco de los diez canales de noticias mostraban distintas catástrofes en Europa. Analizó rápidamente si alguna de ellas amenazaba con contaminar la zona, y si tendría que acabar lidiando con una en su turno. La mayor de ellas se había desarrollado mientras dormía, un incendio en un teatro en Frankfurt. Siete camiones de bomberos estaban lidiando con ese, lanzando grandes chorros de espuma sobre ese infierno.

—No —dijo Callum.

Apolo percibió la dirección de su mirada y situó en primer plano el segundo canal de noticias. Una avalancha en Italia producida por lluvias torrenciales, con tres casas en una aldea de montaña destruidas. Miró la siguiente noticia. Un yate hundido en el mar cerca de la costa de Malta, rodeado por barcos de guardacostas y drones reporteros.

—Lo siento amigo, no puedo ayudarte.

Le dio la vuelta al beicon. En el cuarto canal se informaba de una evacuación nocturna en unas instalaciones de eliminación de residuos radiactivos a las afueras de Gylgen, en Suecia. El reportaje sin fuentes oficiales afirmaba que los contenedores se habían roto.

—Mierda.

Un portavoz de la compañía aseguraba en directo, delante de las puertas, que la evacuación había sido «solo preventiva» y que no había ocurrido ningún vertido.

Callum observó al inquieto portavoz, sin creerse ninguna de las palabras que pronunciaba.

—Llama a Moshi —dijo.

Apareció en la pantalla de sus gafas el icono de comunicación de su suplente.

—¿Estás monitorizando las instalaciones Gylgen?

—Lo tenemos controlado, jefe —respondió alegremente Moshi Lyane—. La TuringG5 lo enganchó enseguida. Han tenido intensas conversaciones ejecutivas con la Agencia Policial de Medioambiente.

—¿Vertidos?

—Los satélites no muestran nada. Aún. Pero los contenedores están bajo tierra, si hay una fuga, no es vapor.

—¿Qué opina Dok?

—Está hablando con los ejecutivos de Boynak. Y tenemos un canal abierto con la APM en caso de que nos soliciten intervenir.

Las gafas de Callum le mostraron los archivos de Boynak. El propietario de la planta de Gylgen era una subsidiaria de una maraña de grupos financieros, registrados en un diseminado montón de asteroides independientes. Gruñó con desprecio.

—Joder, como siempre.

—¿Jefe?

—¿Puede su equipo interno con esta emergencia?

—Mi sospecha es que no, están gritando demasiado «que nadie entre en pánico». Y no hemos visto ningún equipo de limpieza de camino al meollo.

—De acuerdo, estoy contigo en diez.

—Me congratula.

Callum sonrió, y entonces miró a la sartén. Las lonchas se habían quemado y la yema estaba sólida.

—Ay, mierda.

*****

Los enormes y viejos árboles de la Plaza Moray estaban floreciendo antes de tiempo a causa de los vientos anómalos del sureste que habían soplado durante casi todo febrero. Con el leve sol de la mañana, parecía como si una helada esmeralda se hubiera materializado al alba, bañando todo el parque. Lo que había sido el camino de adoquines que bordeaba esta manzana urbana estaba ahora dividida en tres partes por dos terraplenes a través de su longitud, repletos de cerezos en flor. Callum sonrió a los cerezos que brillaban de rosa ante la luz del sol. Savi había disfrutado de los cerezos en su última visita.

Caminó a través de los terraplenes, teniendo especial cuidado con los ciclistas. Desde que Conexión comenzó a establecer sus estaciones a través de todo la Tierra, las autoridades civiles habían ido peatonalizando ciudades y pueblos, empezando por el centro y expandiéndose gradualmente conforme aumentaban la cobertura de la red. Aún había espacio para los taxez, bugez de reparto, y vehículos de emergencia que transitaban por la Plaza Moray y las calles colindantes, pero incluso los taxez eran pocos e infrecuentes. La única vez que Callum los había visto en cantidad por la zona había sido durante una de las, no tan infrecuentes, tormentas de Edimburgo. Los ciclistas, bueno, los ciclistas eran muy pasionales ante sus derechos de circulación, derechos que parecían incluir casi cualquier superficie existente.

Callum bajó por la calle Forres.

—¿Algún correo electrónico anoche de Savi?

No sabía por qué había preguntado, podía ver su bandeja en la pantalla de visualización, tenía casi dos docenas de mensajes pendientes, la mayoría del trabajo y uno de su madre.

—No —contestó Apolo.

—¿Y en la basura? Podría estar usando un correo de un único uso. Busca mensajes personales.

—No hay ninguno.

—¿Llamadas? ¿Llamadas de un teléfono ordinario o un «veámonos»?

—No.

—¿Llamadas, pero sin mensaje en el buzón?

—No.

—¿Ha puesto algo en las redes sociales?

—No desde que subió sus videos de Barbuda la noche antes de que te fueras. Sus padres y hermana han dejado mensajes en su MyLife en las últimas treinta horas, pidiendo que les llamara.

—Umm, ¿me están rastreando los pings?

—No desde que perdiste tu smartCuff el pasado noviembre. Te lo dejaste en el apartamento de Fitz después de su fiesta.

—Sí, sí. ¿Puedes hacerle un ping al mInet de Savi?

—Sí.

—Hazlo.

—Su mInet no responde.

—De nuevo.

—Sin respuesta.

—Joder. —*Es superinteligente, ¿entonces por qué no hace algo que me permita saber que está bien? ¿Por qué?*

*****

Como en todas las ciudades, las estaciones de Conexión en Edimburgo estaban interconectadas como una telaraña. Representadas en un mapa abstracto con los portales conectados, la disposición equivaldría a distintas secciones que forman circunferencias concéntricas, intersecadas por radiales. Los viajeros podían caminar por el anillo en ambas direcciones, y cambiar de anillo con las radiales. Una aplicación llamada Hubnav te daba la ruta más rápida a tu destino, pero Callum nunca la usaba por las mañanas. Su ruta al trabajo le era tan familiar que ya era automática.

Entró en la estación urbana de la intersección con la calle Young. Era una estación de anillo, con cinco barreras de pago en la entrada, que daba a una sala de apagados azulejos grises y verdes. Apolo envió a la barrera su clave de Conexión, y Callum siguió hacia adelante. Como todas las estaciones, los portales estaban uno frente a otro. Situarse entre ellos era como mirar a la imagen infinita de dos espejos enfrentados, aunque aquí no era a ti mismo a quien veías en esas salas repetidas. A través del portal veías a tus compañeros de viaje, que recorrían un puñado de salas antes de salir del bucle.

Callum giró de forma automática a la derecha rodeando el anillo en la dirección de las agujas del reloj, cruzando el portal que llevaba a la estación de la calle Thistle, que le llevaba a la estación de la plaza St. Andrew, una estación de intersecciones, giró a la derecha y cruzó el portal radial interior hacia la estación Waverley.

Waverley era el centro de la red de metro de Conexión de Edimburgo, situado en una antigua estación de tren. Las doce radiales que daban a ella se abrían a un edificio circular con una bóveda de cristal por la cual se podía observar el antiguo castillo sobre el acantilado. En el centro de la estación había dos grandes portales de la red nacional de ciudades, uno de entrada y otro de salida. Incluso por la mañana temprano, estaba atestado. Callum cruzó por el de salida.

La estación nacional británica era como la estación Waverley, pero a escala industrial, construida hacía veinticinco años en una zona industrial abandonada, barata y ruinosa, en Leicester. Como la localización no importaba, los contables querían la tasa de impuestos más baja del país. Era una galería anular de cien metros de ancho, con pulidas paredes de granito negro y suelo de mármol blanco. Del techo abovedado colgaban enormes lámparas de araña, brillando tan intensamente que iluminaban como el sol de mediodía a la densa cantidad de transeúntes, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Había sido construido para alojar ciento treinta portales. Sesenta y

cinto de los portales estaban en la pared interior, la salida de las distintas ciudades que daban a esta estación, y emparejados con setenta y cinco portales en la pared exterior, cada uno con el nombre de su ciudad brillando en neón turquesa. No había senderos designados para que la gente los siguiera, no había convenientes cintas de transporte, ni trabajadores sonrientes para ayudarte. La galería era la aplicación del más puro darwinismo. Los viajeros usaban la aplicación Hubnav para saber dónde estaba el portal de su ciudad, bajaban la cabeza, e iban en línea recta a su destino. Al final era una permanente hora punta, con un nivel de agresión medio. Gente corriendo con prisa, empujando a los que se movían más despacio, otros chocándose, maldiciendo, padres controlando a sus hijos, al equipaje, y los bugez de compra siendo constantemente pateados mientras luchaban frenéticamente por seguir a sus dueños. Todo ello acompañado con un nivel de ruido capaz de rivalizar con un estadio de fútbol.

Callum se deslizó entre los presentes como si fuera de teflón. El portal a Londres era la sexta a la derecha de la salida de Edimburgo. Recorrió el camino en cuarenta segundos. Llegó a la estación de la plaza Trafalgar, con sus veinticinco puertas radiales, con la capital esperándole al otro lado, más una puerta en un recoveco protegida por una barrera de seguridad. Se abrió para Callum, dándole acceso a la estación interna de Conexión.

Tres portales después, estaba en Emergencias de Tóxicos, una gran instalación en Brixton, construida específicamente para este fin y donde, por una vez, no habían reparado en costes. Disponía de ocho garajes especializados repletos de maquinaria de soporte, rodeados por una multitud de oficinas y almacenes de mantenimiento.

ET disponía de siete tripulaciones en activo, manteniendo siempre dos a la espera para cubrir la mayoría de Europa. El objetivo de la división era prevenir que cualquier situación de emergencia de contaminación llegara al punto de filtraciones. Esto suponía tener equipos de respuesta rápida y ágil, y tratar con el problema directamente. Solo una compañía disponía de los recursos necesarios para ello, Conexión. Se requería un respaldo completo a los equipos, desde el soporte técnico de la oficina de Brixton hasta los procedimientos de evacuación civil rápida, con equipos médicos de emergencia que podían ser desplazados desde el otro lado del globo terrestre, en los peores escenarios.

Todo dependía de los equipos de primera respuesta para manejar toda situación de forma profesional y resolverlo en el tiempo mínimo, y coste mínimo. Las expectativas políticas, financieras y prácticas

puestas en el líder eran enormes.

El equipo de primera respuesta de Callum estaba en una oficina que tenía una ventana por pared que daba a las instalaciones del Centro de Monitorización y Coordinación, diseñado y construido con el control de misión estelar de Conexión como referencia. Callum saludó a su equipo y se detuvo al lado del gran cristal, observando la actividad del Centro M&C. Podía ver las largas filas de consolas debajo, y a un equipo de apoyo al completo ya en el lugar, brindando apoyo al habitual personal de monitorización. Un signo evidente de una situación en ciernes. Estaban estudiando los cambiantes monitores de datos, bajo la supervisión de cinco directores de operaciones independientes. La pared a la que miraban estaba cubierta con docenas de pantallas. La mayoría de las secundarias mostraban las noticias de distintos desastres menores, que él ya había visto en su apartamento. Una de las dos pantallas principales mostraba la limpieza de una antigua planta química en las orillas de Wista a las afueras de Gdansk. Los equipos de ET llevaban trabajando allí desde antes de que se fuera a las Barbudas. Durante décadas se había usado el terreno que rodeaba a la planta como depósito soterrado de bidones químicos, y nadie había informado de sus contenidos ni localizaciones. La Agencia de Seguridad Medioambiental había descubierto el lugar cuando los bidones empezaron a filtrar su contenido en el Wista. ET estaba excavando toda la zona a cincuenta metros de profundidad para limpiarla.

La segunda pantalla principal mostraba las puertas de la planta de residuos Gylgen, estaba nevando, como si eso suavizara el problema. No se veía mucha actividad en la gran y oscura instalación, más allá de la cerca de alambre. Y en ese momento Callum supo con certeza que Brixton iba a mandar un equipo.

Vio a Dokal Torres, el consejero e intermediario de la Corporación, sentado al lado de Fitz Adamova, en opinión de Callum uno de los mejores directores de operaciones de la ET. Ambos estaban teniendo una conversación muy intensa.

—Parece que es algo serio.

—Hay dinero en juego —dijo alegremente Moshi Lyane—. Los corpos siempre se ponen serios cuando se habla de dinero.

Con sus veintiocho años, Moshi estaba ansioso por demostrar su valía. Poseía un entusiasmo infantil, junto a una inteligencia feroz. Callum estaba convencido de que en la época de los cohetes espaciales, su adjunto habría podido ser astronauta de la NASA. Pero ahora que Conexión había cambiado el mundo, Moshi estaba en primera línea asumiendo riesgos, y ayudando a hacer del mundo un

lugar mejor. Era como una adicción, todo el equipo lo sufría.

—¿Novedades? —preguntó.

—Nos van a acabar llamando —dijo Moshi—. Boynak aún no ha movilizado a nadie por sus estaciones.

—¿Nadie? —preguntó Callum sorprendido—. ¿Estamos seguros de que hay realmente una emergencia?

—Quizás no estén moviendo equipo —dijo Alana Keates—, pero Dok acaba de confirmarnos que cuatro de sus mejores ingenieros han llegado al sitio hace una hora. —Miró al cristal desde donde podía ver a la consejera.

—Evaluando —dijo Callum—. Tiene que ser eso.

—Dok también lo piensa —afirmó Alana—. Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu pelo?

—Mi pelo está estupendo —Callum pasó su mano por el cabello. Parecía un poco más tieso de lo normal, y aún se podía oler el jabón de limpiacristales—. De acuerdo. ¿Tenemos planos de la planta?

—Nos subestimas jefe —dijo Raina Jacek, la experta del grupo en datos. Callum cambiaría a cualquiera de los otros dos por ella. Sabía manejarse por los sistemas de comunicaciones mucho mejor que nadie recién salido de la universidad. Se había pasado la adolescencia como hacktivista, en causas medioambientales o políticas. La habían arrestado varias veces, e incluso había llegado a pasar tres meses en un reformatorio de Noruega. Normalmente habría sido marcada como no apta para Conexión, pero su expediente decía que había cambiado de bando, después de su rehabilitación.

Una noche de fiesta, algo colocados los dos, Raina le había contado a Callum que había tenido una experiencia cercana a la muerte, cuando a su amiga le vendieron un mal lote de cristal Nsim. Su novio había muerto, pero los paramédicos consiguieron revivirla a ella. Y entendió lo oscuro que podía llegar a ser ese mundo. Así que no había cambiado de bando exactamente, Emergencias de Tóxicos marcaba una diferencia muy visible, aunque a ella no le gustase el ánimo de lucro de la compañía…

Se sentaron alrededor de la mesa de trabajo, y Raina puso los diagramas de la planta Gylgen en la pantalla.

—Configuración estándar de residuos —dijo Henry Orme, el experto en material radiactivo—. Boynak tiene un contrato con un montón de compañías europeas para librarse de sus residuos radiactivos.

—¿De qué tipo de radiactivos estamos hablando? —preguntó Callum.

—Lo normal: indicadores médicos, material de laboratorio de

investigación. Nada muy terrible, hasta que empiezas a juntarlo todo.

—Que justo es lo que han hecho, ¿verdad? —intervino irónicamente Colin Walters.

—Sí. Hay un portal que lleva de la planta Gylgen a una de las cámaras de descarga de nuestra estación del asteroide Haumea. Boynak lleva todos los residuos a la planta Gylgen y los envía a Haumea, donde se lanzan al espacio profundo junto a toda la mugre de la que la Tierra esté desesperada por librarse. Todo el mundo estuvo conforme con que haya cuarenta UA como distancia de seguridad. Es un sistema simple y sencillo.

—¿Qué podría salir mal? —preguntó felizmente Raina.

Callum ignoró el sarcasmo.

—Muéstramelo.

Colin usó un puntero para resaltar una sección de la planta. En el centro del edificio principal había cinco grandes tanques con forma cilíndrica de cuatro metros de diámetro y quince de largo agrupados verticalmente. Cada uno se estrechaba a un tubo de un metro al fondo, que los conectaban mediante un sistema de válvulas al portal al fondo del foso.

—Estos tanques son cámaras de presión —dijo Callum—. Recogen los residuos de los clientes en pequeños contenedores sellados y luego los ponen en el tanque a través de una esclusa de aire en la parte superior. Cuando el tanque está lleno, se presuriza a cinco atmósferas. —Su puntero señalizó el fondo del tanque—. Entonces se abre la válvula. La gravedad y la presión se encargan de enviar los residuos hacia el portal, y el propio vacío de Humea. Fuufff, allá que va.

Callum asintió. Había visto variaciones del mismo sistema una docena de veces. Era deliberadamente simple, y conseguía que el proceso fuera seguro y fiable. Cada año miles de toneladas de residuos tóxicos eran enviadas inofensivamente al espacio desde Haumea. Era lo único que se hacía en ese asteroide.

—Desafortunadamente no va a fuufff esta vez dijo Dokal Torres. La consejera había venido del Centro M&C. Llevaba un traje, no como el resto del equipo, con el que destacaba su gris claro y burdeos oscuro sobre el resto, demostrando lo alto que había ascendido en el escalafón de dirección. A pesar de su insistencia en seguir el protocolo y la rutina, a Callum le gustaba. Era lo bastante lista para saber cuándo debía darle la libertad necesaria para resolver un problema. Tenían una buena relación profesional. E incluso había salido con el resto del equipo de copas en ocasiones, después del trabajo.

—¿Qué tenemos? —preguntó Moshi.

—Una obstrucción en la base del tanque. Está presurizado y a

Boynak le preocupa que los sellos tengan que aguantar demasiado tiempo. Estamos lentamente aproximándonos a las especificaciones de diseño.

Callum intentó contener el entusiasmo de su voz.

—Entonces, ¿nos toca ponernos?

Dokal tomó aliento.

—Sí.

La tripulación vitoreó entusiasmada y chocaron varias palmas.

—Boynak y sus aseguradoras han autorizado una apertura completa, y ventilarlo. Lo que sea necesario.

—¿Cuál es la obstrucción? —preguntó Callum.

—La válvula no abre —dijo Dokal.

—Ummm. —Callum asintió, su instinto le advertía de que había algo extraño: la forma en la que había respondido como una abogada solo se lo confirmaba—. Podríamos ponerle una ampolla a la base del tanque, y abrirlo desde el muro.

—Es tu decisión dijo Dok.

—De acuerdo —Callum dio una palmada—. Pongámonos en marcha. Moshi, Alana, y Colin conmigo. Equipad nuestro bugez con un par de ampollas y un pack de cargas de cincuenta centímetros. Raina, tú estarás en el centro de mando de la instalación, quiero saber el estado del cilindro y su sellado en todo momento. También necesitaré que me des todas las especificaciones del tanque, quiero saber de qué está hecho.

—Me pongo a ello, jefe —dijo alegremente.

—Henry, te encargarás de la estación Humea. Enlázanos.

—¿En serio? —se quejó Henry.

—Te vas a Haumea —dijo Callum en un tono suave. La pareja de Henry estaba de siete meses y medio, y eso le hacía a Callum ser extrañamente protector, siendo además el recién casado que ahora era. Que Henry estuviera alejado del material peligroso de Gylgen le hacía sentirse mucho mejor.

Henry levantó las manos.

—Tú mandas.

—Quiero que hayamos salido de la red en diez minutos. Trajes de máximo nivel, chicos, vamos a meternos con radiación.

La tripulación se puso en marcha. Callum casi estaba en la puerta del garaje de equipamiento cuando Dokal le habló:

—Un minuto, Cal.

Su instinto le puso los pelos de punta, pero Cal contestó «Seguro» como si fuera algo rutinario, algún estúpido papeleo previo a la operación.

—¿Qué te ha pasado esta mañana en el pelo? —le preguntó mientras subían las escaleras.

—Nada… importante.

Enarcó una ceja en duda, pero no insistió.

La oficina de Dokal estaba en el núcleo de la segunda planta de ET, lo que convertía su ventana exterior en una rareza. Las persianas estaban echadas, evitando que se pudiera mirar hacia afuera, o más relevante pensó Callum, mirar hacia dentro. Había dos personas esperando. Reconoció a una de ellas; Poi Li, la directora de seguridad de Conexión, que llevaba con Ainsley Zangari desde el principio. Circulaba un rumor en la compañía sobre que ella le proveyó un cortafuegos pirata en cuanto se desplazó a su primera oficina en Manhattan, porque no tenía el dinero necesario para comprar uno legítimo. *No será por Savi, ¿no?*

Poi Li lo analizó rápidamente.

—Parece preocupado, Señor Hepburn —le desafió con su engañosa voz suave.

¡Bastarda!

—Mis gastos son todos legales —dijo en broma. Un chiste de oficina. El segundo visitante se levantó.

—Te presento al Mayor David Johnston —dijo Dokal—. Del Ministro de Defensa, división nuclear.

El Mayor era un hombre enorme con una edad próxima a los cincuenta. Parecía moverse con cierta dificultad, hacía una mueca de dolor cuando doblaba las rodillas. Callum supuso que habría sido herido en algún tipo de misión encubierta. Tenía el cuero cabelludo rasurado como un monje, con una franja de pelo blanco, y llevaba unas gafas de montura metálica, concediéndole la apariencia de un profesor de los clásicos. Su presencia le preocupaba mucho más que Poi Li.

—¿De verdad?

—Un placer conocerte, Callum. La consejera Torres te ha alabado mucho.

Callum le echó una mirada irónica a Dokal.

—Me alegro.

—Tenemos un problema delicado entre manos —dijo el Mayor—. Y con el plural, me refiero al gobierno británico. Estamos aquí para pedir tu ayuda y discreción.

—Que garantiza Conexión —dijo Poi Li—. ¿Correcto, Callum? Extendió los brazos, intentando esconder su consternación.

—Por supuesto, ¿cuál es el problema?

—El Tratado de Desarme Mundial del 68 —dijo el Mayor Johnston

—. Un gran avance en la política mundial, y motivo de mucha felicidad para los votantes.

—Me suena —dijo prudentemente Callum. No recordaba los detalles, la historia no era una de las disciplinas que más dominase.

—Era inevitable, dado el desarrollo de generadores de enlaces atómicos. Cualquier ciudad del mundo medianamente importante tiene ahora un escudo de aire. Ni los misiles ni los drones pueden atravesarlo, y con suficiente volumen pueden resistir una explosión nuclear. En una noche, los arsenales enteros del planeta se quedaron obsoletos, bueno, al menos durante cinco años. Solo nos quedaba lidiar con amenazas menores: terroristas que construyeran sus propias armas nucleares, naciones rebeldes, grupos políticos extremistas, etc… Todos se dieron cuenta de que la única manera de prevenir que eso se convirtiera en una amenaza, era librándose de todas las reservas de material fisionable con capacidad bélica del mundo.

—Después del Tratado del 68, todo el mundo desarmó sus cabezas nucleares y desechó sus reservas —dijo Dokal—. Esta es una de las razones por la que Haumea fue tan rentable para Conexión al principio, todo el mundo hizo un espectáculo tirando su porquería a la vez.

Callum la miró atentamente, no le gustaba a donde se estaba dirigiendo la conversación. Y la mirada tan intensa que le dirigía Poi Li no le ayudaba mucho a relajarse.

—Todos estuvimos de acuerdo —dijo el Mayor Johnston—. Todos minimizamos nuestras reservas. A Gran Bretaña se le dejó tener cinco cabezas nucleares solo con fines disuasorios, y sin capacidad de elaborar más. Sin embargo, me temo que tuvimos un problema con el… inventario.

—Hostia puta —se lamentó Callum.

—El problema se remite allá en el siglo XX y a inicios del XXI, cuando el gobierno era bastante paranoide. No declaró la cantidad real de plutonio que había creado.

—¡Virgen Santa! ¿Me estáis diciendo que hay plutonio en ese tanque en mal estado?

—Estamos intentando extraerlo discretamente —dijo el Mayor Johnston—, para evitar un incidente con la Inspección Transnacional.

—¿No se lo habéis dicho aún? —dijo horrorizado Callum—. ¿No le habéis dicho a Boynak lo que estabais enviando por su sistema de residuos?

—Nuestros líderes de dirección están al tanto —dijo Poi Li.

Callum se giró hacia ella, paralizado.

—¿*Nuestra* dirección?

—Conexión tiene una participación en Boynak. Sin embargo, los trabajadores de la instalación Gylgen no estaban informados. No había necesidad.

—¿Así que nos dedicamos a ayudar al gobierno británico a librarse de su plutonio ilegal?

—El plutonio fue un error de la generación anterior —enfatizó el Mayor Johnston—. Estamos intentado actuar de forma honorable y corregirlo.

—¿Así es como lo llamáis?

—De hecho, sí.

—Necesitamos que como líder de la tripulación sepas a que te estás enfrentando en Gylgen —dijo Dokal.

—Muchas gracias, compañera —Callum se masajeó las sienes intentando pensar—. No lo entiendo. ¿Esa avería es el sabotaje de un grupo terrorista?

—No lo creo —dijo el Mayor Johnston—. Hemos enviado varios lotes previamente sin problemas. Nuestros contenedores de plutonio están registrados como residuos médicos de varios hospitales de Londres. El plutonio se divide en pequeños perdigones, y cada uno de ellos es encapsulado en cerámica para que no se oxide, y entonces se sella en un contenedor. Creo que lo que ha pasado es pura mala suerte. Los contenedores se meten desde arriba del tanque y cayeron mal. La cerámica ha podido resquebrajarse o incluso romperse.

—No comprobasteis que la cerámica aguantase la caída —dijo Callum sorprendido, al entenderlo.

—Es un proyecto discreto —dijo Poi Li—. No haber comprobado esa cerámica en cuestión, su grado de resistencia, fue un descuido.

Callum cerró los ojos, concentrándose en recordar sus conocimientos de física.

—Si expones el plutonio a una atmósfera húmeda, se oxida y se hidroliza, entonces se expande un…

—Un 70 % —finalizó Johnston—. El contenedor quizás se haya roto por la presión de la expansión. Es solo de plástico, impreso en la planta Gylgen y el que enviamos a todos nuestros clientes.

—No ha sido diseñado para contener una expansión accidental de plutonio —dijo Callum, cansado ya, y ni había empezado—. Me imagino que el residuo llegó hasta el fondo del tanque y bloqueó la válvula. Improbable, pero…

—Nuestro escenario es mucho peor que eso.

—¡Maldita sea!

—Se sabe que la arenilla que produce la oxidación e hidratación del plutonio se desprende y puede entrar en combustión espontánea.

—¿Combustionar?

—Sí. Se ha producido fuego por esa fractura inicial, probablemente podrían romperse más contenedores. Y cada uno de ellos multiplicaría el mismo problema.

—¿Cuántos contenedores de plutonio hay en ese tanque?

—Veinticinco. Un kilo de plutonio en total.

—¡Joder! Bueno, esperemos que pueda ventilar toda esa mierda antes de que comience el fuego.

—Cal —dijo tranquilamente Dokal—. Los ingenieros de la planta Gylgen no han presurizado el tanque.

—Pero tú has dicho… Oh.

—Sí, ya ha prendido dentro del tanque —dijo el Mayor Johnston —. Lo que ha provocado un incremento de presión. Hay una cantidad limitada de oxígeno en ese tanque, por lo que ahora ya se habrá consumido entero. Pero sospechamos que mientras se quemaba, otros contenedores se han fundido liberando más plutonio junto a los otros residuos. Seguramente eso es lo que ha roto la válvula. Ya no quedan sensores en su interior tampoco, el fuego los habrá roto. Actualmente desconocemos en qué estado se encuentran los residuos. Los recipientes de plástico quizá estén fundidos o se hayan recongelado. Tal vez no puedas ventilar los residuos abriendo un agujero en el fondo del tanque.

—Tampoco podemos asumir el riesgo de que el fuego prenda de nuevo, Cal —dijo Dokal—. Algunos de estos recipientes contienen agua radioactiva. Si se produce más oxidación en el plutonio, podría combustionar y romperse. El tiempo es crítico. Tienes que enviar el tanque entero.

—¡Son quince metros de largo y pesa sesenta toneladas!

—Pero solo tiene cuatro metros de ancho. Dinos lo que necesitas, Cal. No tienes límite de presupuesto, puedes enlazar seis metros, nuestro portal más grande. Lo he comprobado y tenemos un par disponible.

—De acuerdo, acepto el riesgo —dijo Callum, más calmado—. Pero mi tripulación necesita saberlo.

—No Raina Jacek —dijo inmediatamente Poi Li—. No con sus antecedentes políticos.

Casi discutió. Casi. Pero una parte terrible de su cerebro estaba preocupado por la posibilidad de ser examinado por Seguridad. El problema no existiría si tuviera la confianza de Poi Li.

—De acuerdo, Raina estará en el centro de control de Gylgen. Hablaré con Alana, Colin y Moshi, serán los que estarán conmigo lidiando con el tanque.

—A ellos se lo puedes contar —confirmó Poi Li.

—En marcha entonces.

*****

Cuando Callum llegó al garaje de equipamiento número cinco, la tripulación ya estaba casi lista para salir. Moshi, Colin y Alana se habían puesto el equipo de protección amarillo y verde, y estaban comprobando los paquetes de soporte vital. Raina estaba sentada en un banquillo, con una gruesa pantalla de alta resolución circunvisual rodeándole el rostro, murmurando a su mInet, mientras parecía mover iconos virtuales flotantes con las manos. Henry estaba con dos miembros del equipo de soporte. Ya llevaba el traje regulador de temperatura, que se parecía a una malla tejida con tubitos. El personal le estaba acompañando hacia el traje espacial Govnex Mark VI, que tenía el rígido torso con las bisagras de la mochila abiertas. Henry tuvo que entrar como pudo a través de esa pequeña abertura rectangular. Primero pasó las piernas, luego dobló la espalda hasta que pudo meter los brazos por las mangas mientras metía la cabeza a través del anillo del cuello. Callum lo miró con simpatía y se puso su traje de protección.

—Vamos a eliminarlo todo —les dijo—. Quiero enviar el tanque entero por Haumea.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Estás de coña, jefe.

—¡Es una locura!

—No es una locura —dijo Callum con calma—. Hay algo de esos contenedores que se ha filtrado y ha bloqueado la válvula. No sabemos qué es, ni tampoco cuánto se ha filtrado. No quiero arriesgarme a no dejarlo completamente limpio, pues supondría un problema peor del que tenemos ahora. Todo seguirá según el plan, rápido y limpio. Dok ya ha hablado con los jefazos.

Raina se había bajado la banda de pantalla y lo miraba con escepticismo. Los otros estaban intercambiando miradas entre ellos.

—Son cuatro metros de diámetro, jefe —protestó Colin.

Callum torció los labios en una sonrisa.

—Pues enlazamos seis. Hay una pareja esperándonos en Haumea.

—¡Nos estás vacilando! —exclamó alegremente Henry—. Nadie consigue un portal de seis metros.

—Nosotros sí.

—De acuerdo —Alana tensó los labios en aprobación—. Ahora sí.

—Entonces, Henry, tendremos dos portales. Uno para despresurizar el tanque, le abriremos un agujero a un lado para exponerlo al vacío.

Así no tendremos que lidiar con que el sellado se pueda romper, y sin oxígeno no podrá volver a prenderse. Eso nos concederá algo de tiempo. El segundo portal lo usaremos para el deshecho. Vamos a tener que hacer bastantes cortes serios, y tendremos que ser precisos. Moshi, rayos de electrones para todos. Colin, necesitaremos al menos dos paquetes de cargas plásticas. Raina, ¿cómo estás de reflejos? Vamos a necesitar una precisión endemoniada.

—Me ofende que preguntes —pero sonreía. Como el resto de la tripulación, tenía la mente puesta en las perspectivas. Esta operación supondría mucho caché en sus currículums, y podrían fanfarronear con los otros equipos durante mucho tiempo. También estaba la perspectiva del bonus, siempre emparejado al nivel de amenaza al que te enfrentabas.

Usaron la red interna europea de Conexión para llegar a Estocolmo, cruzaron un portal privado de las oficinas de Boynak que los dejó al lado de las instalaciones Gylgen. Tan pronto como llegaron, Raina se fue directa al centro de control. Un técnico con un traje de protección guio a Callum y su tripulación al edificio de residuos.

Era una estructura industrial estándar de vigas metálicas cubiertas con paneles compuestos, un entramado tridimensional de tuberías y rieles de carga entrelazados con escaleras y pasillos suspendidos. En el extremo más alejado estaba el área de recepción, con portales de carga conectados a varias estaciones de recogida en todo el continente. En el centro, suspendidos sobre un foso enorme, estaban los cinco tanques.

Callum echó un vistazo a la imponente matriz de metal, una fea estructura aún más inquietante por las luces de emergencia rojas que lo cubrían. Habían apagado las sirenas hacía horas. Apolo desplegó un puñado de esquemáticos, que identificaron los componentes.

—Dejad el bugez —dijo Callum—. Tardará demasiado en escalar esto, llevaremos el equipaje desde aquí.

No dijeron nada, e hicieron tal como les habían dicho, sacando el equipamiento del bugez. Callum se imaginó que aún estaban conmocionados. Les había explicado lo del plutonio de camino, quitando a Raina del comunicador general.

Recorrieron dos tramos de escaleras hasta la pasarela, que pasaba sobre los tanques. Estaba sudando para cuando llegó. El equipo pesaba, y a la espalda llevaba un cortador de electrones.

Los rieles de carga iban paralelos a la pasarela, silenciosos y detenidos desde que la alarma de presión se había disparado. Miró el plástico azul de los contenedores a la espera de ser procesados, que seguían hasta el muelle de carga. Cada uno de ellos llevaba el sello de

amenaza de radiación. Normalmente le hubiera preocupado, pero hoy no le importaba. *Como si supusiera una diferencia si la cagamos*.

Dokal le había enseñado el expediente confidencial que Johnston le había entregado. Estimaba el posible daño que supondría si el tanque se rompía. La cantidad de partículas de plutonio que se esparcirían, los patrones del viento, el área de expansión… Los procedimientos de evacuación de emergencia para cualquier persona a un radio de doscientos kilómetros, los efectos de contaminación en la flora vegetal y animal, y finalmente el coste de la depuración, tanto monetariamente como a nivel medioambiental.

—Mini Chernóbil —resumió con gravedad.

Apolo le había mostrado el informe, y parte de su confianza habitual se había esfumado. Luchaba arduamente para esconder su preocupación a la tripulación.

Llegaron a los tanques. Cada uno de ellos tenía dos esclusas del tamaño de bidones de crudo, con un mecanismo de entrada en lo alto para dirigir a su interior los contenedores de los rieles.

—Alana, limpia el aislamiento térmico de nuestro tanque, suficiente para una ampolla. Moshi, dame una lectura de la temperatura, luego prepara una carga de perforación. Colin, la ampolla, por favor. Y chicos…

Todos se giraron para mirarlo, sorprendidos por la gravedad de su voz.

—Tranquilos y prudentes, ¿de acuerdo? No podemos permitirnos ningún desliz.

—Sí, jefe.

Mientras los otros se organizaban, Callum estuvo un minuto estudiando el tanque, estaba fijado a una red de vigas de acero, miró por dónde tendrían que cortar esos soportes. Los esquemas que le mostraba mInet a través del casco del traje de seguridad le confirmaron los puntos de carga. *Veinte putos puntos*.

Alana usó un plano energizado para cortar la espuma del aislamiento térmico del tanque, haciendo un círculo de más de un metro de ancho.

—Treinta y ocho Celsius —dijo Moshi—. Perfectamente dentro de lo tolerable.

—Bien —dijo Callum—. Que siga así. Poned la carga.

Colín colocó la carga de perforación en medio del área, un círculo de plástico negro con la forma de una moneda enorme, con tres centímetros de ancho.

Callum abrió el primer maletín del equipo. El portal estaba contenido en un disco de trece centímetros de diámetro. A un lado

había un agujero que llevaba a una cámara metálica de la estación de Haumea, mientras que en el otro lado, había una capa de veinte centímetros de circuitos moleculares que estabilizaban el enlazamiento. Cuando Callum miró a través, el portal estaba enfocado a una amplia escotilla con luces naranjas de alerta a su alrededor. Como siempre, tuvo que resistir no pasar una mano y moverla al otro lado.

—Henry, ¿cómo vas?

—Estoy en la cámara. El portal está bloqueado. Todo preparado para abrir la compuerta exterior. —Pudieron ver el brazo de Henry en el traje espacial a través del portal, y como levantaba el pulgar hacia arriba.

—Listo.

Colin sujetó la ampolla, media bola hecha de metalocerámica, con un borde de unión por fusión. Callum retorció el disco del portal en su hueco de encaje, en la cima de la ampolla, y entre ambos la situaron en la sección que había preparado Alana.

—Séllalo —dijo Callum—. Henry, abre la escotilla de la cámara, por favor.

—Confirmado, jefe. Abriendo ahora.

Callum miró los datos que Apolo le estaba transmitiendo en su visor de pantalla: cómo la presión dentro de la ampolla se reducía a cero.

—Fitz, estado, por favor.

—Todo estable en los sistemas de Haumea —dijo el Director de Operaciones—. Fuente de alimentación del portal estable y cargada. Adelante, Cal.

—Raina, ¿novedades?

—El sello de la ampolla se ha fusionado con el tanque. Todo seguro, Cal. Lista para continuar.

—Gracias. Moshi, detona la carga de perforación.

Se produjo un apagado *crump* desde la ampolla. Luego Callum escuchó un pitido fuerte. Apolo le mostró cómo la presión en la ampolla iba subiendo rápidamente.

—Se está ventilando, jefe —reportó Henry—. Es una buena cantidad. Mayormente gas. Hay algunas partículas.

Pasaron tres minutos hasta que se vació el taque. Callum, Moshi, Alana y Colin vigilaban la cubierta pero, aunque temblaba mientras expelía el gas, no pasó nada. El ruido sibilante se redujo a casi nada tras un par de minutos.

—Todo bien. Vamos a prepararlo para el envío —dijo Callum—. Henry, espero que empecemos a enlazar en una hora.

—Estaré preparado a este lado, jefe.

Moshi era el responsable de volar los montantes horizontales que sujetaban el tanque al entramado circundante. Para ello se subió a las vigas de metal, y fijó una carga doble en cada viga. Alana y Colin cortaron una sección de la tubería de eliminación con sus cortadores de rayo de electrones, por debajo de la válvula atascada de dos metros. Cuando terminaron habían liberado el espacio debajo de la válvula.

Mientras su tripulación trabajaba en preparar el tanque, Callum comenzó a despejar un área para trabajar al mismo nivel de la brecha que estaban preparando Alana y Colin. Cortó algunas vigas, creando una cavidad por la cual podrían desplazar los portales sin obstáculos. Era un trabajo pesado, los grandes trozos de metal iban a parar al foso del fondo, donde rebotaban y giraban contra los gruesos tubos que venían de los otros tanques, haciendo un ruido de mil demonios en su caída. Algunos golpeaban la cámara del portal a cinco metros por debajo de él.

Para sostener el portal de seis metros, traían tres rieles de soporte, tubos telescópicos de compuesto que Callum y Alana habían colocado en el hueco debajo del tanque. Habían puesto cojinetes adhesivos en los extremos, que aseguraron la estructura de vigas restante.

Todo el proceso requirió casi setenta minutos. Callum estaba sudando profusamente para cuando terminaron. Raina confirmó que los rieles se habían unido correctamente a las moléculas de las vigas del entramado. De pie en la precaria pasarela, Callum abrió el segundo maletín que contenía otro portal de trece centímetros, y lo emplazó debajo de la base de la malla.

—Henry, estamos listos. Empieza a enlazar.

*****

Tan pronto como se evacuó el gas del tanque, Henry había cerrado la escotilla de la cámara y se había dirigido de regreso hacia el compartimento de primera instancia de ET. Los amplios pasillos de la estación de Haumea eran simples tubos de metal, con casi un metro de espuma de poliuretano aislante en el exterior, para combatir el frío imbuido por el asteroide, de órbita transneptuniana. La estación no merecía su propio módulo de fabricación, todas las secciones y componentes eran traídos desde la Tierra y dispuestos en la superficie de roca y hielo, en una serie de esferas geodésicas con radiales que daban a cámaras de vacío de múltiples tamaños. Ya había más de ochenta cámaras, y la mayoría con la escotilla abierta permanentemente, desde las que salían columnas de vapor brumoso

que brotaban de sus portales, alejando así de la Tierra esos químicos tóxicos, y gases radioactivos. El resto de las cámaras vomitaban contenedores intermitentemente, lanzándolos al espacio interplanetario, como la ráfaga de perdigones de una escopeta gigante. Se seguían añadiendo nuevas esferas y cámaras a medida que la Tierra eliminaba metódicamente su histórica contaminación.

Los técnicos ya estaban montando el enlazador para cuando Henry llegó a la cámara de primera instancia. El interior de la cúpula tenía el mismo diseño de tres niveles que una estación de caída libre. Gracias a la mínima gravedad de Haumea, era muy sencillo maniobrar artefactos sin que importase el tamaño. La plataforma central era el área de montaje de los enlazadores. Henry sonrió dentro de su casco al ver el portal de seis metros preparado, las grandes maquinas siempre le habían entusiasmado.

En el núcleo de este estaba el par de portales de seis metros, actualmente tan presionados juntos que formaban un único disco de metro y medio de grosor, de pura circuitería molecular. Nueve brazos robóticos integraban cuidadosamente un elegante marco oval de hebras de aluminio a su alrededor, que contenía una multitud de componentes mecánicos y actuadores, tejido con cables de alimentación y fibra de datos.

Henry enganchó sus botas en la rejilla del suelo, fijando su posición, mientras los técnicos se movían alrededor del creciente enlazador como curiosos pececillos de colores que investigasen un arrecife brillante. Supervisó el proceso mientras oía las voces de los de Gylgen farfullando en su oído.

Cuando la primera parte del enlazador estuvo terminada, una versión similar y reducida se unió a su extremo frontal, y finalmente otra versión aún más pequeña se unió a este. Las tres parecían un extraño conjunto de muñecas rusas en medio de su separación.

—Henry, ya estamos listos —dijo el líder de los técnicos.

Henry cogió el segundo de los dos maletines que había traído desde Brixton. Se soltó del suelo y flotó hacia el enlazador. Para detenerse usó uno de los agarres del techo y maniobró hasta quedarse en una posición vertical respecto a la plataforma. Trabajar en cero ge, teniendo que dirigir constantemente tu propia masa corporal con un único brazo, te desarrollaba una masa muscular que ni el gimnasio conseguía. Todos los trabajadores espaciales desarrollaban un cuerpo de cintura para arriba igual a la de un nadador profesional. Y dado que volvían a la Tierra después de cada turno de trabajo con los portales, nadie sufría de la falta de calcio ni del desgaste muscular que los primeros astronautas habían padecido en los vuelos de larga

duración.

Abrió el maletín y cogió el disco-portal de trece centímetros. Lo puso delante del enlazador.

—Integración completa —dijo.

—Recibido —dijo Fitz—. Ejecutando comprobaciones rutinarias del enlace. Ya puedes salir a la cámara.

El cierre magnético del monorraíl de la parte inferior del enlazador se activó, propulsándolo a lo largo de uno de los rieles de la cubierta. Henry esperó a que pasase frente a él, agarró una de las costillas de aluminio de la parte trasera, y se dejó arrastrar. El riel le llevó a la cámara más grande de Haumea.

En cuanto estuvo en el interior de la cueva cilíndrica de metal, la puerta interior se cerró y se selló con una sucesión rápida de golpes metálicos. El enlazador extendió diez patas hacia las sujeciones de carga del fondo de la cámara.

—En posición —dijo Henry. Miró hacia arriba, para comprobar la puerta exterior, al otro extremo de la cámara. Un anillo de luces de advertencia parpadeó de ámbar alrededor de los cierres de alta resistencia.

—Callum casi ha terminado —le dijo Fitz—. Mantente a la espera.

Henry flotó hacia la esclusa que había al lado de la enorme puerta por la que acaba de entrar, la abrió y se preparó. Una vez que estuviera todo listo tendría que abandonar rápidamente la cámara. Su mInet le mostraba varias columnas de datos con el visor del traje espacial, mostrándole el estado del enlace.

Pasó unos minutos escuchando a sus amigos en Gylgen antes de que Callum dijese:

—Henry, estamos listos. Crea el enlace.

Henry le dio las instrucciones a su mInet. El más pequeño de los tres mecanismos del enlazador se puso en marcha. En el centro tenía un par de portales, como si fuera una peculiar losa gris oscura, particularmente gruesa, con veinticinco centímetros de ancho, y metro y medio de largo.

—Iniciado el entrelazamiento espacial en unidad alfa —dijo Fitz, mientras su pantalla le mostraba los datos del sistema de progreso—. De acuerdo… tenemos distancia cero. Energía estable en ambos lados. Desacoplando ahora.

Los actuadores del enlazador separaron la losa en dos rectángulos idénticos, y su entrelazamiento espacial cuántico los transformó en puertas entrelazadas. Ya no importaría la distancia física entre ambos, el entrelazamiento convertía los dos umbrales en uno sin longitud alguna: el portal.

Henry sonreía, disfrutando al ver al enlazador separar el par de portales idénticos. Los actuadores se movían con la fluidez de músculos metálicos, deslizando uno de los gemelos por el lado corto, a través del portal de treinta centímetros, mientras emergía directamente en la instalación de Gylgen.

—Lo tengo —dijo Callum.

En frente de Henry, el mecanismo del enlazador rotó el portal restante noventa grados, y así preparar su lado más grande para recibir el lado más corto de la siguiente etapa.

—Iniciando entrelazamiento espacial en unidad beta —dijo Fritz.

La unidad dos era otro portal rectangular, más grande esta vez, un metro y medio por seis y medio. Los brazos mecánicos separaron a los segmentos gemelos, e inmediatamente empujaron el lado corto del segmento superior por la unidad alfa, con un margen de menos de un centímetro. Dentro del enlazador, la otra unidad beta fue rotada para presentar su lado ancho a la unidad gamma, el portal de seis metros.

—Aquí vamos —murmuró Henry—. Unidad gamma preparada para el envío, jefe.

*****

Callum atrapó la pieza de la unidad alfa enlazada en Haumea, y la colocó en la sección del suelo que había marcado. La unidad beta emergió rápidamente, y las patas de su dorso se desplegaron, alzándolo y volteándolo noventa grados para que el lado abierto estuviera boca arriba. Comprobó que estaba alienado con los rieles que cubrirían el hueco bajo el tanque. Apolo ajustó su altura hasta que Callum estuvo satisfecho, y Alana fijó las patas a la rejilla de la pasarela.

—Pásanoslo —le dijo a Henry.

El portal de seis metros apareció, deslizándose sobre los rieles. Callum miró hacia la abertura, y vio la puerta exterior de la cámara frente a él. Miró las columnas de datos que le mostraban el estado de los rieles y sus puntos de unión, todo dentro de los márgenes.

—Todo pinta bien, vamos.

Junto a Moshi, Alana y Colin, trepó de nuevo por las escaleras de metal hasta la parte alta del entramado. Moshi había preparado correas y arneses para todos, que estaban fijadas a las vigas más gruesas. Callum miró la parte superior del tanque mientras se sujetaba.

—¿Todo el mundo está seguro?

—Sí, jefe.

—Raina, necesito que vigiles los sensores del edificio.

—Estoy en ello, jefe.

—Henry, abre la puerta de la cámara —dijo Callum—. Moshi, prepárate.

Comenzó con un leve silbido. Luego se levantó una brisa, que sacudió el grueso material de su traje de protección. El silbido aumentó de volumen, y aceleró los latidos de su corazón. En su visión periférica pudo ver cosas moviéndose en las pasarelas que atravesaban el entramado. Viejos vasos de plástico abandonados, papeles, trozos de cables y plásticos; todo rebotando y rodando.

—Puertas al cincuenta por ciento —informó Henry.

El silbido se había transformado en el rugido de una tormenta. Su fuerza lo bamboleaba más de lo que había imaginado. El instinto le hizo comprobar los cierres del arnés. Colin y Alana ya estaban de rodillas, agarrándose a las vigas de la pasarela para mayor seguridad.

—Sesenta y cinco por ciento —dijo Henry.

Callum podía escuchar como todo el edificio protestaba. Se escuchaba al metal crujir en lo alto. Cuando miró hacia arriba, pudo ver las luces oscilando de forma salvaje. Por encima de ellos, los paneles del techo se estaban deformando y comenzaban a despegarse del marco.

—Cien por cien.

El rugido del aire al ser aspirado al espacio interplanetario se convirtió en el aullido de un huracán. El vapor atravesaba el entramado a una velocidad increíble. Dos paneles del techo se soltaron y se estrellaron abajo contra el tanque, vibraron furiosamente mientras eran succionadas.

—Detónalas —gritó Callum.

Las cargas en los montantes de soporte del tanque detonaron a la vez. Ni tan siquiera pudo escuchar la detonación con el vendaval que lo rodeaba. Los copos de nieve se transformaban en peligrosas balas de hielo, disparadas desde las grietas que se estaban abriendo en el techo. La parte de arriba del tanque desapareció, cayendo tan rápido que ni pudo ver cuándo había pasado. Los letales paneles seguían segando el aire, y eran arrastrados hacia el ojo del tornado que se había formado en el vacío que había dejado el tanque.

—Todo despejado —gritó Raina a través de las comms.

—¡Cierra ya, Henry! —gritó Callum.

El vendaval tardó una eternidad en amainar mientras las puertas exteriores de la cámara luchaban contra la intensa presión. Al menos el doble de lo que tardó en formarse, en opinión de Callum.

El silencio, cuando llegó, le golpeó como si fuera una fuerza física. Callum inspiró agitadamente y se irguió, tensó ante el inquietante y

tranquilo aire.

—¿Todo el mundo está bien?

Todos respondieron con voces alteradas, aunque aliviadas. Callum se desabrochó lentamente el arnés. Caía nieve por los agujeros del techo desgajado. Parecía que hubiera caído una bomba dentro del edificio. Comprobó su detector de radiación, el nivel era el de fondo.

—¡Virgen Santa, lo hemos logrado! —dijo. Y se echó a reír al escuchar la sorpresa de su propia voz.

*****

El sonido de la alarma despertó a Callum. Alguien había subido el volumen al máximo, parecía un concierto de rock con el añadido del temblor de un terremoto. Callum gruñó un poco y abrió los ojos, ambas acciones le costaron muchísimo. A tientas buscó el despertador, y una parte de su mente dolorida maldijo el truco de tener lejos el reloj.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no estaba ni en la habitación, ni en la cama. Estaba tirado en el sofá del salón con el cuello dolorido y un brazo encajado debajo del pecho. Y la alarma seguía sonando, lejos de su alcance. Tenía la visión algo desenfocada, pero podía ver los rojos dígitos del despertador a través de la puerta de su habitación.

—Casa —gruñó.

—Buenos días, Callum.

—Apaga la alarma.

—No puedo. Tu alarma no tiene interfaz, es demasiado vieja. Creo que fue construida en los novecientos noventa.

—Bastarda.

Se puso de pie como pudo, temblaba y gemía ante el dolor punzante que esto le provocó en el centro del cerebro. Sentía como la sala de estar daba vueltas a su alrededor. De alguna forma consiguió coordinar su cuerpo y dirigirse a la habitación. No se molestó en cancelar la alarma o detenerla momentáneamente, sino que la desenchufó directamente.

El alivio duró unos cinco segundos.

—Oh, mierda —dijo y se dirigió corriendo al baño.

No recordaba lo que había comido ayer por la noche, pero sin duda lo acababa de echar casi todo por el retrete. Tiró de la cisterna, y luego se desplomó en el suelo con la espalda contra el lavabo, respirando agitadamente mientras sentía como su cuerpo se convertía en hielo y como el maldito y letal dolor de cabeza le golpeaba el cráneo desde dentro, intentando fugarse de su cabeza.

Ayer estuvieron otra hora más en el edificio de residuos de Gylgen, después de haberse deshecho del tanque. Primero ayudando al equipo a comprobar que ningún contenedor de residuos se hubiese roto ni se hubiese filtrado nada durante el caos, después, devolviendo los portales al enlazador de la estación de Haumea. Los drones de las noticias habían visto como el techo se había combado y como el aire helado aulló en las fisuras mientras los paneles habían sido succionados dentro del enorme portal de ET. Pensaban que los tanques habían implosionado. Se necesitó a todo el equipo de relaciones públicas de Conexión para calmar el miedo y asegurar a todos, que ET había realizado el milagro de siempre al prevenir que la radioactividad se propagara y contaminara la zona circundante. Bajo el efectivo mando de Dokal, el equipo de relaciones públicas había estado minimizando el nivel del daño potencial, enfatizando que los deshechos eran solo residuos médicos levemente radiactivos.

Las noticias lo habían ignorado todo y habían comenzado a retransmitir antiguos videos de Chernóbil. En ese momento, Callum y su equipo ya habían regresado a Brixton, y estaban en la oficina, donde todos estaban vitoreando y burlándose de la avalancha de informes alarmistas. *Si vosotros supierais*, pensaba de forma engreída. Después, discretamente salieron todos a celebrarlo.

Ducharse le ayudó un poco, pero se tomó cuatro ibuprofenos tan pronto salió de la ducha, acompañados con medio cartón de zumo de naranja recién exprimido que encontró en la nevera. Una nevera llena.

—¡Oh, gracias a Dios!

Tiró unas lonchas de beicon en la sartén. Había más que suficiente pan, así que se haría dos sándwiches de beicon, junto a dos tazas de café extrafuerte.

Encontró algo de ropa limpia que ponerse, y metió toda la ropa sucia en las bolsas del servicio de limpieza; que lo ordenasen ellos y al cuerno con el cargo adicional. Las dejó fuera para que las recogieran.

Entonces se sentó otra vez en la mesa con el desayuno y se tomó un par de paracetamoles, acordándose de una ex, paramédico, que le había dicho que no pasaba nada por juntar ibuprofeno con paracetamol. Aun así, no se veía capaz de llegar a la estación de la calle Young. No le apetecía mirar las noticias de la noche. Si hubiera pasado algo malo, ET le hubiera llamado.

Se puso sus gafas monitor de sol.

—Ey, Apolo, ¿alguna llamada o correo de Savi?

—No.

—Hazle un ping a su mInet por mí, compañero.

—No hay respuesta.

—Maldita sea.

Callum no lo entendía. *¿Seis malditos días y no era capaz de evadir un minuto la mirada suspicaz de esos estudiantes estúpidos*? Tal vez todo haya sido una estafa, y se había casado con él por su dinero, y todo el equipo de Diana Klub estaba también metido en el ajo. Estafaban a un par de turistas cada mes, lo enamoraban y se reían de él mientras cobraran su… ¿su qué? Todo lo que tenía eran buenas perspectivas de futuro. *Eso no lo acepta el banco*.

Sacudió la cabeza, agotado.

—Madura, idiota —gruñó enfadado.

Estaba claro lo que estaba intentando hacer su mente, intentaba negar la conclusión obvia. *Algo había sucedido. Algo malo*.

—¿Apolo?

—Sí, Cal.

—Configura un nuevo filtro para las noticias. Busca cualquier mujer que encaje con la descripción de Savi, pero no con su nombre, busca estudiantes desaparecidas en la universidad estos últimos seis días.

—¿Qué universidad, Cal?

Se encogió de hombros.

—Todas.

—¿Del planeta?

Estoy siendo un paranoico. ¿Pero estoy siendo lo bastante paranoico?

—Sí —suspiró—. Todas las de la Tierra.

—La búsqueda tardará un tiempo. ¿Puedo rebajar el tiempo comprando un procesador adicional?

—Hazlo.

*****

Cuando entró a la oficina de su equipo, casi se echó a reír al ver el estado de Alana y Colin, aunque tampoco es que tuviese superioridad moral. Más aún, sospechaba que tendría incluso peor pinta que ellos. Sus gafas de sol no eran tan oscuras, Raina parecía tan animada y rebosante de vida como siempre. Callum estaba muy seguro de que habían bajado los mismos chupitos de vodka. Tenía incluso un vago recuerdo de una copa de cóctel con una llama azul.

Raina lo recibió con una sonrisa encantadora y cansada.

—¿Cómo estás, jefe?

—Aún sigo vivo. ¿Por qué no estás de resaca?

—Soy más joven, más inteligente, y sé dónde conseguir las mejores pastillas.

—Maldita —murmuró.

Moshi estaba en la pequeña cocina que tenían en una esquina, tomando una ristra de pastillas con un gran vaso de té. No se había afeitado, y Callum estaba muy seguro de que llevaba la misma camisa que anoche.

—Buenas —dijo Moshi, y se desplomó en uno de los sofás, para después cerrar los ojos.

Para Henry parecía otra mañana cualquiera, y el mundo estaba en paz. Aunque claro, Henry ayer había sido un adulto responsable, y había regresado a casa antes de las doce para estar con su expectante pareja.

Callum miró a través de la pared de cristal y miró el centro M&C. Fitz sonrió y se burló con dos dedos a modo de saludo. Callum le respondió con otro.

—De acuerdo. —Callum intentó concentrarse en las noticias que se estaban retransmitiendo en las pantallas de las paredes. Una de las del centro estaban aún mostrando las instalaciones Gylgen, cómo anoche había acontecido una gran nevada que cubrió parte del gran daño del edificio—. ¿Qué novedades tenemos?

—¿Por qué preocuparse? —preguntó Moshi con los ojos aún cerrados.

—No hay nada ni remotamente tan interesante —dijo Raina—. Nada de plutonio al menos.

Callum la miró irritado. Sabía que lo descubriría de todas maneras, pero tenía que ser lista, y más aún en la oficina. ¿*Nos espiará Seguridad*?

Dokal entró, y contempló los lamentables despojos humanos a su alrededor.

—Santo Dios, chicos. Se supone que sois profesionales. ¿No podríais esperar hasta el fin de semana?

—Habremos salvado el mundo dos veces más para entonces —dijo Moshi.

—En el estado en el que estáis, no, no podríais. ¿Estáis listos para salir?

—Por otra parte —dijo Raina—, bien hecho ayer, chicos. Conexión está muy satisfecha, por lo que he venido a daros noticias de un enorme bonus como agradecimiento.

—Hay otros dos grupos de trabajo en activo —dijo Callum—. Si nos llaman tras ellos, estaremos listos.

Dokal se preparó para pegar una bronca. Al final lo dejó pasar.

—La verdad es que el agradecimiento de la corporación os quedará patente en el próximo pago de vuestro salario.

Hubo leves vítores por la oficina. Solo Henry parecía

genuinamente agradecido, recientemente le había estado explicando a Callum lo mucho que costaba criar un bebé.

—Cal, quiero hablar contigo.

—Sí, jefa. —Le siguió fuera de la oficina.

Dokal lo miró de cerca.

—Joder, como estás.

—Ey, es una resaca normalita, ¿vale? Estoy en mi derecho.

—Sí, pero ya no eres tan joven como antes.

—Maldita sea, no empieces.

—Al menos tu pelo está hoy normal. —Le hizo una inspección final a su ropa, y suspiró de decepción—. Vamos, alguien quiere conocerte.

—¿Quién?

—Ya verás. Pero déjame decirte ya, que tu bonus reflejará el aprecio sincero de la compañía por cómo te manejaste ayer. Hubo bastantes peces gordos viendo la operación desde M&C.

—No me avisaste.

—¿Hubiera ayudado en la operación?

—No —admitió.

Después de atravesar cuatro estaciones internas de Conexión, Cal se encontró en una enorme zona en obras. Supo que era la península de Greenwich, antes de que Apolo le mostrara los datos en sus gafas. El Dome había sido demolido hacía dos años, y fue retransmitido con lujo de detalles. Ahora Cal se encontraba diez metros bajo tierra, en un hoyo circular con muros de contención de metal y un lodazal helado por suelo. Había grandes vehículos de construcción, retumbando a su alrededor. Algunos incluso conducidos manualmente, con conductores en grandes cabinas, usando pequeños joysticks para controlar el coche. En la fría luz de la mañana, parecía la imagen de un mundo postapocalíptico gobernado por dinosaurios retro futuristas.

—Está por aquí —dijo Dokal, y caminó por el barro.

Callum la siguió, y se percató de que esta era la primera vez que la había visto sin tacones. Lo llevó hacia un trajeado grupo, que parecía más fuera de lugar que él mismo. Y entonces vio quién estaba en el centro del grupo.

—Podrías haberme avisado —murmuró.

—¿Cómo? ¿El hombre que se dedica a salvar el mundo tras el desayuno está asustado?

—¡Que te den!

—Recuerda, no sonrías demasiado en las fotografías, te hace parecer que no eres sincero. Pero sobre todo recuerda sonreír. Ah, y sé respetuoso.

—Yo siempre…

La guardia pretoriana de abogados, contables, arquitectos y asistentes se marchó. Ainsley Baldunio Zangari se giró con interés, y formó una burlona media sonrisa por saludo.

—¡Callum! —Su voz estalló como un grito mientras le saludaba con la mano.

Igual que en las noticias.

—Un placer conocerte, hijo —dijo Ainsley, estrechándole la mano efusivamente—. Escuchad, este es Callum, el que nos salvó el culo ayer.

El séquito familiar le sonrió en aprobación.

—Dejad que nos saquemos él y yo una foto para la posteridad.

El grupo se esparció como si les hubiera amenazado con una porra eléctrica. Se le acercó uno, el que, obviamente, tenía el traje más barato, y se puso frente a ellos, ajustándose las gafas. A su lado, Dokal articuló «sonríe», con una expresión furiosa.

Callum lentamente consiguió realizar una sonrisa torcida.

—Es un honor conocerle, señor.

—Buen chico —la sonrisa de Ainsley se amplió aún más y dejó caer la mano con fuerza sobre su hombro.

Callum se sentía ridículo. Ainsley tenía sesenta y uno, una espesa cabellera plateada y un cuerpo grande, que quedaba disimulado por el traje hecho a medida. Cal no podía adivinar si era por grasa o por músculo, podría ser perfectamente por ambos. Y aquí estaba él, en lo que los trols de los medios dirían «un agarre de lucha libre», o peor, realizado por su jefe, el hombre más rico que jamás había existido.

—Dadnos un momento —dijo Ainsley. Y el grupo se deshizo más rápido que el hielo en lava.

—Buen trabajo ayer, Callum. Lo hiciste bien.

Le liberó la mano y el hombro.

—Solo hacía mi trabajo, señor.

—Mierda. —El personaje de patriarca jovial se esfumó—. No eres un lameculos, ¿no, hijo?

Callum se quedó callado un momento y miró al grupo más cercano del séquito, donde estaba Dokal. Se mantenían muy juntos y tenían cuidado en no mirar en su dirección.

—No, vivo para esto. Joder, salvé Suiza de una catástrofe nuclear, bueno, yo y mi equipo. Y no puede imaginarse lo que es. Pero es mi vida, y es la mejor.

Ainsley le miró fijamente.

—Y tú, hijo, no puedes imaginarte lo celoso que estoy. Estos idiotas solo saben decir sí. —Su mano enmarcó todo el hoyo—. Esta es mi vida. No te preocupes, no te voy a llevar de ruta. Por un lado por el

seguro, y por el otro, el panel se pondría hecho una furia.

—A cada uno lo suyo.

—Sí. Gracias por lo de ayer, de verdad. Jodidos británicos, ¿te lo puedes creer? ¿Acaso no entienden que el plutonio caducó hace un siglo?

—Querían librarse de él.

—¡Ja! Puto Johnston, si le das la mano, hijo, más te vale contar tus dedos después. Las naciones están desapareciendo, Conexión se está asegurando de ello. Todo el mundo es ahora tu vecino. Ya no estamos en una carrera para ver quien mata más rápido. Al contrario, ahora partimos hacia las estrellas. ¿Qué te parece? ¿Emigrarás cuando una nave espacial encuentre un exoplaneta prototerráqueo?

—No lo sé, depende de cuánto cueste terraformarlo.

—Sí, justamente ayer llegué de Australia, ¿sabes? La Cascada de hielo era impresionante, incluso para mis estándares.

Callum esperó no parecer demasiado confuso y estúpido. Recordaba vagamente anoche ver algo sobre la Cascada de hielo en el canal de noticias de un pub, cuando al fin habían dejado de hablar de Gylgen.

Apolo le mostró los detalles, una sesión informativa de Conexión. Era uno de los proyectos personales de Ainsley, irrigar el desierto central de Australia.

—He oído que está yendo bien —dijo Callum, con poca seguridad.

—La verdad es que sí, aparte de los imbéciles de siempre que quieren detener el progreso.

—Cierto.

—La belleza del asunto es que podemos mostrar la Cascada de hielo como un gran proyecto humanitario, aunque realmente sean prácticas de ingeniera planetaria. Ese es el motivo real por el que estoy interesado, y quiero que lo consigamos. Así estaremos preparados para las grandes decisiones para cuando llegue la hora, que lo hará.

—Me imagino que es reconfortante saber que alguien está pensando a largo plazo.

—Por eso no tengo madera de político, quiero lograr algo de verdad.

Callum se puso las manos en la cadera, y miró al enorme montón de maquinaria, que estaba afianzando pilares en el suelo.

—A esto yo lo llamaría un logro.

—Chorradas, hijo. Esto es solo un edificio. Los egipcios y los incas ya construían mierdas enormes, hace tres mil años. Cierto, será impresionante, la mayor estación europea de Conexión, y su oficina

central. No tendrá parangón. Pero ya llevamos tres años atrasados y aún no hemos empezado de verdad. Los putos burócratas europeos… Cristo, y yo que pensaba que ya eran terribles en Estados Unidos. ¿Has estado en Nueva York, hijo? Estoy construyendo una torre al lado de Central Park, enorme, como esta. Aunque en el fondo es solo una pila de cemento y cristal.

—¿Trasladará aquí a Emergencias de Tóxicos?

—¡Sabe Dios! Dejo las minucias para los gilipollas que están diez plantas por debajo de la mía. Que ellos se preocupen de eso. Yo soy el hombre de las ideas y acuerdos.

Callum se rio.

—Ahora soy yo el que empieza a tener celos.

—Sí, hay un largo trecho de Nueva Jersey hasta aquí. Aunque nunca fui basura de Nueva Jersey. ¿Lo sabías?

—Tu padre era administrador en un fondo de inversión.

—Y yo seguí sus pasos hasta Wall Street e hice la inversión correcta, ¿no?

—No, te licenciaste en Harvard de inteligencia mecánica, y te gastaste tu herencia en crear Conexión.

Ainsley asintió satisfecho, como si Callum hubiera superado una prueba.

—No un mero fiestero de gira universitaria a mi costa.

—¿Señor?

—Eres listo, hijo, y no hablo de tus estudios. ¿Cuántos en tu equipo sabrían sobre el gran jefe sin que se lo haya ido chivando su mInet?

—Algunos.

—Tú al menos, y eso cuenta. Estamos expandiéndonos, Callum, la raza humana se está expandiendo. Y Conexión será quien lo haga posible. Los hábitats asteroidales serán solo el comienzo. ¿Cómo te sentiste cuando *Orión* llegó al sistema Centauri?

—Feliz y decepcionado a la vez. Esperaba un exoplaneta decente en órbita.

—Yo igual, hijo. Zagreo ha sido un nombre muy bien escogido, un fracaso de exoplaneta, cutre y pequeño. Pero no dejamos que eso nos detuviera, no, no esta vez. Nos volcamos en ese condenado e inútil sistema estelar y lo que hicimos fue construir otra oleada de naves espaciales. Así es nuestra sociedad ahora. Tenemos los cojones de mirar al frente y soñar otra vez como JFK. Joder, me siento orgulloso de ser humano. Una de las nuevas naves espaciales nos encontrará algún lugar digno de terraformar, y si no la próxima lo hará, o la veinteava si hace falta. No importa. Vamos a construir nuevos mundos, hijo, y Conexión será la que te lleve a las estrellas, a ti y a un

billón de otros desesperados por un nuevo inicio en un nuevo planeta. Dentro de veinte años, vendrás a este mismo lugar, la docena de planetas que habremos domado. Conexión va a ser enorme. Un día abarcará toda la puta galaxia.

—Ya es bastante grande, señor.

—Sin duda. Pero este único sistema solar es solo el principio. Y si la compañía va a crecer cómo sé que puede, voy a necesitar duros y listos bastardos que le den forma a ese futuro por mí. ¿Qué me dices?

Probablemente era la resaca la que le permitió mantener a raya sus emociones, aun así, Callum estuvo muy satisfecho de sí mismo por no ponerse a saltar de alegría. Mantuvo una actitud impasible.

—¿Me está ofreciendo trabajo, Señor Zangari?

Ainsley se rio satisfecho.

—Oh, hijo, me gustas, sin lugar a duda. Pero no. Esta no es la gran oferta de trabajo. No hoy al menos. A lo que me refiero es que estos años he estado encantado de verte en acción en ET. Eso sí, ten cuidado con la nueva generación, son jodidos tiburones que van a querer pisarte tu carrera. Y cuando llegue la hora, cuando estés harto de oír sus dientes a tu alrededor, y decidas hacer un curso de dirección senior, o quizá un MBA, descubrirás que Conexión te apoyará. Tú eres lo que estoy buscando, hijo. Pero que no se te suba a la cabeza ahora, hablo con cientos como tú cada semana. Pero ayer te hiciste notar y valorar, y eso no es sencillo en una compañía tan grande como la nuestra.

—Lo recordaré, señor, y gracias.

Ainsley volvió a extender la mano.

—Vale, ahora necesito de nuevo a los que me dicen que sí.

Callum no dejó de sonreír mientras atravesaba los cuatro portales hacia la oficina donde su equipo lo estaba esperando.

—¿El puto Ainsley Zangari? —gritó Alana—. ¿En persona?

—Sí.

—¿Qué le dijiste? ¡Espera! ¿Qué te dijo él? —pidió saber Moshi.

—Me dijo, bien hecho. Me ha dicho que os de las gracias también. Cristo sabe por qué.

—¿Cómo es? —preguntó Raina.

—Igual que en las noticias. Intenso.

—Joder ¿sabía nuestros nombres también?

—No lo sé, probablemente. Estaban en el informe, debajo del mío. —¡No me jodas!

Callum se rio y se fue hacer un té. Las pastillas ya le habían quitado la resaca, y había tomado demasiado café. Su equipo hablaba alegremente a su espalda. El hombre más rico que haya existido

jamás, su jefe, sabía que existían y estaba satisfecho con su trabajo. ¿Así que, cómo sería el bonus de grande?

Se hundió en un sofá frente a la pared de vidrio que daba al M&C, y miró las noticias con atención, pidiéndole a Apolo que le resumiese los potenciales problemas. Aunque parecía que los problemas de vertidos de hoy no eran muy peligrosos.

Se puso a pensar en la reunión que acababa de tener, aún le parecía irreal. Podría haberle hablado de Savi, haberle dicho a Ainsley que nos hemos casado. *Podría haberme dado la enhorabuena. De esta forma, seguro que Seguridad no daría problemas, no cuando él lo ha aprobado. Excepto que… me tendría como alguien problemático. Y probablemente habría echado por tierra mis posibilidades de ascender por el camino rápido*.

¿Y por qué no me hace una puta llamada?

Dokal se sentó a su lado.

—Felicidades.

—Viva.

—Lo digo en serio. Lo que hoy Ainsley ha hecho por ti, solo lo hace con otras dos personas al año.

—¿Eh? Me dijo que veía a cientos como yo a la semana.

—¿Quién lo habría pensado? —sonrió suavemente—. Alguien como él, sin decir toda la verdad.

—¡Vaya!

—Bueno, no nos olvides cuando estés a cargo de todas las operaciones del hemisferio norte de Conexión dentro de veinte años.

Callum se giró para mirarla, preguntándose hasta dónde llegaba su lealtad corporativa. Siempre se habían llevado bien, pero… era ambiciosa. Y ahora que a él lo favorecían, podría estar conforme con llegar algún tipo de acuerdo. *Solo necesito consejo*.

—Este finde estaremos en Donington. Ven si te sobra tiempo. Estaría bien volverte a ver por allí.

Su sonrisa era entrañable, no estaba acostumbrado a verla sonreír con frecuencia.

—Gracias, Cal. ¿Vendrá Savi? Me gusta mucho.

—Manos fuera, es mi novia.

—Bueno, intenta usar tu cerebro por una vez. Ella vale la pena.

Sabía que se había puesto rojo, pero no le importó.

—Sí, lo sé.

*****

Callum dejó atrás las curvas de Craner y aceleró de nuevo hacia Old Harpine. Se inclinó, y la Ducati 999 respondió, siguiendo el

camino como si el asfalto fuese un raíl. *Qué máquina tan preciosa eres*. Cruzó el Starkey Bridge y aceleró de nuevo. El motor de dos cilindros rugió como un pequeño cohete. El panel instrumental se volvía borroso conforme más aceleraba. No llevaba sus gafas monitor, cosa de autenticidad. No necesitaba información precisa, *sentía* la moto.

Reduciendo por la maldita curva de McLeans, trazó el arco demasiado cerca del fragmento de asfalto quebrado y perdió otra fracción de velocidad, abriéndose. Una Kawasaki
ZX-17B
le pasó follada, seguida de una Aprilia
RSV4 1000.

—¡Joder! —gritó al micrófono del casco.

Aceleró con fuerza, demasiado para la curva, y tuvo que frenar. Perdiendo aún más terreno.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—¿Qué pasa, Cal? —le preguntó Alana desde el interior del casco.

—Me han adelantado —dijo frustrado.

Machacó el acelerador de nuevo y cargó por Coppice para la curva hacia la recta Dunlop. Dándole gas al máximo a la Ducati, se deleitó ante el poder que emanaba conforme el paisaje zumbaba a su lado en franjas de colores. Estaba centrado en la pista y en las motos que estaban frente a él, todas aceleraban al máximo, todas a la máxima velocidad. No sería capaz de alcanzarlas.

Solo quedaban cuatro vueltas. No lo había hecho mal. No se equivocó en el resto de la carrera, pero había perdido su posición, y era muy consciente.

Ya han pasado nueve días, y nada. Algo ha tenido que pasarle, es preocupante. ¿Cómo de terribles son los radicales de estos días? ¿Qué tan violentos pueden ser?

La bandera de cuadros ondeaba sobre el arco. Callum había quedado en noveno lugar, en una carrera donde solo participaban quince motos. Hizo la lenta vuelta hasta la salida, y salió por el portón. Los vehículos de apoyo estaban aparcados en una larga hilera en la carretera, eran incluso más antiguos que la Ducati. Los espectadores disfrutaban casi tanto de estos como de las motos, muchos se dedicaban a pasear, abrigados ante el frío aire de febrero, mirando con disfrute las viejas campers y las caravanas de ingeniería, mientras los padres ilustraban a sus distraídos hijos sobre las formas y logos de las diferentes marcas.

El equipo de Callum estaba en una antigua furgoneta Mercedes Sprinter, convertida en un taller móvil para la Ducati. Estaba aparcada al final de la verja, al lado de la curva Redgate. Colin y Henry habían

puesto un toldo, que cubría unas sillas plegables. Fuera de la sombra estaban haciendo una barbacoa, y Henry estaba dándole vueltas a las salchichas.

Callum intentó no sonreír al visualizar la rutina del papa Henry. Había sido justamente Henry el que había encontrado, muy ilusionado, la moto en una subasta especializada hacía dieciocho meses, justo cuando Callum fue nombrado líder de equipo. Eran todo un sindicado, contribuyendo todos por igual por el privilegio de montar la antigua y fantástica máquina en ralis y clubes. Entre todos se lo podían permitir. Y como descubrieron muy pronto, el problema no era el coste inicial, sino el mantenimiento. Y el precio de la gasolina sintetizada…

Callum aparcó la Ducati y se quitó el casco.

—Bueno, ¿hemos conseguido un buen resultado? —preguntó Dokal con aparente inocencia. Estaba sentada bajo el toldo al lado de su novia, Emillie, ambas con una cerveza en la mano.

—Necesitamos algún sistema de ventaja para las reuniones del club —dijo Callum—. Algunas de esas motos son mucho más potentes que la Ducati. Y además, son bastante más nuevas.

—Ese es el espíritu, jefe —dijo Raina, saliendo de detrás del Sprinter, mientras se cerraba el mono—. Voy a hacer un par de vueltas de práctica antes de la carrera, ¿vale?

—Toda tuya. —Callum bajó de la moto, intentando no gruñir como un abuelo mientras sus piernas protestaban por el dolor—. Vigila el asfalto en McLeans y Redgate. Y hay un parche en Craner también.

—Gracias —pasó la pierna sobre el asiento y puso en marcha el motor.

—¿Está bien que corráis sobre asfalto en mal estado? —preguntó Emillie, con su ligero acento francés.

Callum desvió su mirada de una Yamaha
YZF-10R
escarlata y negra al otro lado de la verja.

—¿Eh? Ah, los propietarios de las pistas lo hacen lo mejor que pueden. Hay un límite sobre lo que pueden cobrar por alquilar Donington un día. Somos entusiastas, nada más. Y necesitamos de tres clubs para poder financiarnos hoy.

—Los propietarios tienen una responsabilidad legal. Pueden meterse en un montón de problemas por negligencia, hasta en homicidio corporativo.

—Los conductores firman un acuerdo antes de salir a la pista. —No estoy segura de que eso sea suficiente.

—Disculpa a mi amiga —dijo Dokal—. No hay quien la saque de

análisis de riesgos.

—Solo estaba preguntando —contestó Emillie, con un mohín.

—Test de habilidad —le explicó Callum—. Me voy a quitar el cuero. Henry, ¿cómo vas?

—Quince minutos, y ya podremos comer.

—Perfecto. ¿Dónde está Katya?

—Estaba demasiado cansada —dijo Henry—. Pero nos ha enviado su quiche de salmón —señaló un plato envuelto en aluminio que estaba sobre la mesa.

—Eso sí que mola. —Callum se dirigió a la Sprinter y luchó por sacarse el mono, intentando no golpear a las cajas de herramientas con los codos.

—No como tú —dijo Dokal—. ¿Noveno lugar?

La miró, estaba de pie en la puerta abierta de la furgoneta.

—No estaba concentrado —admitió.

—Ya se te nota, ¿habéis cortado Savi y tú?

—No. —Callum negó con la cabeza—. Todo lo contrario —y empezó a explicarle todo.

Dokal se cubrió la boca abierta con la mano.

—¿Casados? —chilló cuando terminó—. ¿De verdad?

—Totalmente.

—Es maravilloso. —Se acercó a Callum y lo abrazó sonriendo—. Eres todo un romántico de la vieja escuela. ¿Cuánto tiempo llevabais saliendo? ¿Dos meses?

—Cuando lo sabes, lo sabes.

—Callum Hepburn, un hombre casado. ¿Quién lo diría?

—Gracias.

—¿Vas hacer una celebración? Oh, por favor di que sí. ¡Adoro las bodas! Sus padres son de la vieja escuela, ¿no? ¿Qué han dicho?

—Hay algunos… temas formales, que hemos de resolver antes. Y me gustaría hablarlo contigo.

—Por supuesto.

—Con Recursos Humanos para empezar.

Cerró los ojos un instante, para meterse en el papel de abogada corporativa.

—Protestarán, pero no te preocupes. Solo tienen el procedimiento de notificación para el caso de que una parte injuriada se vuelva hipersensible y demande al trabajo por acoso sexual. Vuestro caso no es ese, todo lo contrario, es un final de «felices para siempre».

—Sí —se rascó la nuca, sintiéndose incómodo—. Pero ella trabaja en Seguridad. Y allí se lo toman todo bastante más serio.

Dokal sonrió maliciosamente.

—Oh, vaya. Deberían haberte aprobado, ¿qué podrían encontrar?

—No me preocupa ser examinado. Es el hecho de no haber avisado antes lo que me preocupa. No quiero que haya una mancha en su expediente.

—Eso es fácil. Ya no se les permite a las empresas.

—¿Cómo?

—Es discriminatorio. Como empleado, tienes el derecho de acceder a tu informe completo, incluyendo las entradas disciplinarias, que puedes refutar ante un tribunal si consideras que pueden tener un impacto negativo en tus perspectivas de trabajo. Si el tribunal está conforme en que son desproporcionadas, las eliminan. Y tampoco pueden transferirlas a tu próximo puesto.

—¿En serio?

—Sí. Es por eso que los jefes de RR. HH. se relacionan tanto con los jefes de las agencias de reclutamiento. Y el por qué las corporaciones vigilan poco los gastos de entretenimiento. En los bares se pasan muchas listas negras.

—¡Virgen Santa! No tenía ni idea.

—Te queda mucho que recorrer antes de que estés preparado para sentarte en una oficina, ¿eh?

—Parece que sí.

—Conozco algunos en RR. HH. que lidian con los problemas del personal de Seguridad. Hablaré con ellos. Lo mejor es ir preparando el terreno antes de que pase algo.

—¿Lo harías?

Sonrió.

—Tendrás que cubrir mi cuenta del bar.

—Trato hecho. Y gracias.

—Estoy cuidando del número uno. Ainsley cree que de tu culo brilla el sol, ¿recuerdas? —Le guiñó un ojo—. Déjamelo a mí.

*****

Savi cruzó la estación internacional directamente hacia la red metropolitana de Roma Municipio III. Cinco estaciones después, estaba en Vía Monte Massico, una carretera empinada en la zona Tufell, con grandes árboles que tapaban los bloques de apartamentos a ambos lados. El sol apenas atravesaba las ramas que se entrecruzaban sobre el pavimento, formando un túnel vivo.

Amaba Roma, pero en esta época del año y tan pronto en la mañana, era casi tan húmeda y fría como Edimburgo. La única diferencia era que aquí todos los árboles eran perennes, aunque incluso los del jardín privado de su bloque parecían deslucidos,

esperando a la cálida primavera para que los animase.

Su apartamento estaba en el segundo piso, por lo que ignoró el viejo y chirriante ascensor y subió por las escaleras, con su bugez avanzando pesadamente detrás de ella. Había elegido este apartamento de dormitorio único debido a su tamaño. Estaba bien para una única persona, especialmente después de haber pasado veintitrés años metida en una cómoda casa de Mumbai, encajonada con una familia enorme. Aquí tenía silencio y soledad. La familia podía venir de visita, pero no podría quedarse a dormir.

La TuringG4 de la casa había usado su tropa de zánganoz para aspirar las alfombras y limpiar el suelo mientras ella había estado de vacaciones en el Caribe. Incluso había pulido la mesa de madera del centro de la sala. Cuando entró en la cocina, se encontró que la nevera estaba llena. Cogió el tarro de yogur orgánico y leche fresca, y rellenó la cafetera con café natural que traía de una tienda de *delicatessen* a dos calles.

Después de una ducha rápida para librarse del último insidioso rastro de arena de Barbuda, se puso un pijama y volvió a la pequeña cocina. El yogur ya no estaba tan frío, tal y como a ella le gustaba, y el café ya estaba hecho. Se puso granola en un bol y la cubrió de yogur.

Después de cuatro días de indulgencia con enormes y muy occidentalizados desayunos, servidos en su balcón de la villa Diana Klub, era todo un descanso volver de nuevo a sus costumbres. El recuerdo le hizo levantar la mano y admirar el anillo de oro que llevaba.

¡Estoy casada!

Mientras desayunaba, le dijo a Nelson, su mInet, que le pusiera al día de las noticias sobre la Cascada de hielo. Las preparaciones ya estaban en marcha para el primer día. Los aviones gigantes de Conexión se mantenían en una cuidada trayectoria de espera a un kilómetro sobre el desierto Gibson de Australia. Al sur, en las aguas de la Antártida, los barcos recolectores rodeaban el Iceberg V-71, que tres meses atrás se había desprendido de la barrera de hielo Ross. Era colosal, con una superficie de casi tres mil kilómetros cuadrados, más grande que Luxemburgo. Nelson refinaba el filtro en búsqueda de cualquier mención a opositores de la propuesta, políticos o activistas. Algunos grupos ecologistas australianos e internacionales hablaban sobre el *sacrilegio* en las redes sociales, pero no había mucho que ver en los canales oficiales. La opinión en el Walungurru People era más estridente, pero no decía nada nuevo.

Como siempre, las perspectivas de trabajo y dinero en la zona interior *ahora* se habían ganado la opinión pública. Los desiertos no

tenían muchos amigos comprometidos en el 2092.

Savi miró la hora y volvió a la habitación. El bugez estaba esperando obedientemente en la base de la cama. Abrió el equipaje y colocó con cuidado toda su ropa sucia en la canasta de lavandería, preparada para que se la llevara el servicio de conserjería. Le temblaron los labios, *tampoco es que usase mucha*.

Volvió a mirar el anillo de oro, y se lo quitó de mala gana. Lo dejó en el joyero que tenía al lado de la cama. Cal le había prometido un anillo de compromiso en cuanto hubiera terminado.

—Sé que lo hemos hecho todo al revés, pero aun así tendrás el anillo.

Ya lo añoro. No tenía que haber pasado nada de esto, pero me alegro de que sucediera. Quizás sea verdad, que los opuestos se atraen. Aunque realmente no somos tan diferentes. Él es listo, y divertido, lo que ya es más que la mayoría. También considerado, y muy sensible, como son a veces los occidentales. Suspiró. Y se comporta como si tuviera dieciséis la mitad del tiempo. Lo que es bastante divertido.

Miró la cama. Cal se había quedado algunas noches, dejándole algunos recuerdos…

¡Detente!

Se vistió de manera simple. Vaqueros azules y un grueso jersey de cuello alto. Zapatos planos y un bolso de piel. Se trenzó el cabello con una naturalidad entrenada. Para finalizar, se puso unas gafas monitoras con montura de alambre. Se miró en el espejo y asintió satisfecha. No llevaba nada especial, nada que pudiera llamar la atención en una multitud. Una de las cientos de miles de jóvenes mujeres idénticas que atestaban las estaciones urbanas de Roma, en su camino a la oficina de una corporativa para defenderse otro día más de la excesiva familiaridad de los jefes varones.

En el exterior, el sol avanzaba lentamente por el cielo. Los rayos de luz se colaban entre el dosel de hojas mientras recorría de nuevo el camino hacia la estación en la intersección con Vía Monte Eporneo. Cruzó cinco estaciones para llegar al centro, donde cambió a la red nacional. La estación de Nápoles tenía un portal hacia la red interna de Conexión. Ocho estaciones después, estaba en la planta baja de un rascacielos del distrito financiero de Sidney.

A través de las paredes de cristal del enorme vestíbulo podía ver que era de noche en la ciudad, no quedaban ni fiesteros por las calles peatonales. Aun con el aire acondicionado en marcha, podía notar el calor que irradiaba del asfalto de fuera. Un guardia nocturno la miró desde la mesa y la saludó.

Se metió en el ascensor, y los sensores le hicieron un rápido

examen. Solo entonces el ascensor la llevó a la planta quince, las oficinas de Seguridad.

Allí, el huso horario de Australia no se aplicaba. Además, la decimoquinta planta estaba acristalada con espejos de un solo sentido, para que así no se pudiera adivinar que este departamento operaba veinticuatro siete. La disposición de pasillos y oficinas era similar a la de cualquier departamento del edificio, pero en lugar de las habituales salas de conferencias, había armerías y centros de equipo especial. Justo en el centro, después de otros dos controles de seguridad, estaba el centro de operaciones.

La oficina del superior se encontraba justo al lado. La puerta se abrió para Savi.

Yuri Alster levantó la mirada del semicírculo de pantallas que tenía en la mesa.

—Llegas tarde —dijo.

—No, no llego tarde. —A Savi no le gustaba mucho Yuri. Por suerte, no era necesario para el puesto, aunque sin duda respetaba su fortaleza. Las operaciones de infiltración que dirigía obtenían unos resultados impresionantes. Había participado en dos, por el momento, y había visto en primera fila la eficacia con la que se habían desplegado los agentes de campo, obteniendo el máximo rendimiento. No le importaba lo que dijera el expediente de un nuevo agente, o lo bien que rindiese en el entrenamiento y las simulaciones. A Yuri solo le interesaba saber cómo te movías en el terreno. Si alguno mostraba alguna debilidad emocional lo enviaba fuera. Y se aseguraba siempre que en tu primera misión te estampases frente a serios dilemas morales.

Para su primera operación, a Savi le tocó un caso en el que dos hermanos intentaban sobornar a un jefe de Conexión para poder pagar el tratamiento médico de su madre. La mujer tenía un tumor cerebral y necesitaba algunos medicamentos muy caros. Savi sospechaba que Yuri sabía que su propia madre había sufrido de cáncer, aunque no saliera en su expediente. Al final, los hermanos fueron acusados a siete años de cárcel por intento de extorsión. Su madre murió ocho meses después.

—Espero que hayas disfrutado —dijo—. Tenemos los explosivos plásticos listos para ti. El soporte técnico modificó la fórmula para que tenga solo el 10 % de la potencia real. Aun así, sé cuidadosa con esto.

—Está bien, prevendrá que haya muchos daños. Dale las gracias al soporte técnico por mí.

—¿Tienes preparada tu tapadera?

—Sí, señor. —Casi esperaba que le preguntara, pero esto no era el

instituto, y ella no estaba en un examen. Se le había pedido tener una tapadera para explicar su corta ausencia y que tuviera sentido con su identidad falsa. No había tardado mucho.

—Perfecto. —Se reclinó en la silla. Savi sabía que estaba siendo juzgada. Yuri trataba a todo el mundo igual, con suspicacia. Había un rumor en el departamento que decía que Yuri era un exmiembro de la seguridad federal rusa. Que formaba parte del departamento de seguridad fronteriza en la Compañía Nacional Rusa de Portales cuando se fusionó con Conexión. Muchos de sus colegas se habían vuelto redundantes, pero él superó la reorganización consiguiendo una posición aún más elevada. Seguridad aprobaba sus métodos y la eficiencia con la que dirigía a sus agentes de inteligencia, infiltrándose en movimientos contrarios a Conexión—. ¿Cuándo volverás?

—Inmediatamente. Akkar quiere los explosivos mañana, por lo que me imagino que el ataque será con la primera cascada. Para maximizar el impacto mediático.

—De acuerdo. Me imagino que sabes que Ainsley mismo estará en Kintore, para la ceremonia de inauguración.

—Mierda.

—Lo que significa que Poi Li también estará allí. —Apuntó su dedo a la pared que daba al centro de operaciones—. Asegúrate de que nadie se acerca a Ainsley, especialmente alguien que lleve explosivos plásticos. Esto ha de salir bien, o tú y yo tendremos que buscarnos un trabajo nuevo.

—De acuerdo.

—Si los explosivos son para un chaleco suicida, infórmame inmediatamente.

—No creo que eso sea lo que ha planeado Akkar, pero te mantendré informado por micropulso. El soporte técnico ha puesto retransmisores por todo Kintore, por lo que podré avisar desde cualquier lugar de la ciudad. El grupo de Akkar no tiene la tecnología para detectarlo.

—Esperemos.

—Los conozco. Son fervorosos políticos verdes, hay un puñado de idiotas que van buscando pelea, incluso algunos buenos tecnos y hacktivistas, pero no están a ese nivel.

—Sí, leí tu informe.

Claro que lo hiciste, pensó. De algún modo, le era reconfortante. Estuvo casi tentada de decirle que se había casado. *Y acabar con el asunto*. Pero no quería arriesgarse a que la sacaran del caso hasta que Cal hubiera sido aprobado. El procedimiento eran la biblia de Yuri.

—Señor. —Se levantó para marcharse.

—¿Qué has hecho?

—¿Perdón?

—Tu gran fin de semana libre, ¿qué hiciste?

—Fui al Caribe. Con una novia que cree que soy analista financiera de una compañía. Estuvimos en un spa, con un montón de tratamientos y bebiendo cócteles en el bar de la playa. Fue relajante, justo lo que necesitaba.

—Ajá. —Volvió a mirar el semicírculo de pantallas—. Bueno, asegúrate de no oler bien cuando vuelvas a Kintore. Los estudiantes al borde de la pobreza y comprometidos con causas políticas no se van de vacaciones a un spa de clase media. Recuerda, son las pequeñas cosas las que te delatan en una operación.

—Sí, señor. Gracias. —Savi no pudo ni invocar un chiste mental, tenía mucha razón.

Bajó a las instalaciones de preparación. En el vestidor desactivó a Nelson y colocó el dorado smartCuff, un presente de su padre, de cuando consiguió su trabajo en Conexión, en el estante superior de su taquilla, junto a sus gafas monitoras. El pobre Cal se volvería medio loco cuando no recibiera llamadas, pero se lo compensaría. Luego se desnudó del todo, colgó sus tejanos y su jersey, y dejó sus zapatos en el suelo de la taquilla. Cerró la puerta con la huella de su dedo, dejando así a Savi Chaudhri en el limbo, junto a su ropa.

Era la hora de Osha Kulkarni, una estudiante de política descontenta, que volvía a la causa de la lucha contra el capitalismo imperialista, de la única manera en que los peces gordos corporativos se lo tomaban en serio. Las ropas de Osha estaban en la siguiente taquilla, exactamente donde las dejó, sin lavar. Unos tejanos de color oliva desgastados y una camiseta marrón sin mangas. Unas zapatillas con unas suelas casi agujereadas. Un sombrero australiano típico hecho con piel de canguro, aunque sin los corchos colgando del borde, ese había sido su límite al cliché. Unas gafas de sol baratas, con audio. Un reloj con décadas de antigüedad, que parecía tener un programa mInet de hace tres años llamado Misra, que sobrecargaba el antiguo procesador de la pulsera. Y finalmente una mochila que había perdido varios tonos de color por el sol de tres continentes distintos.

A veces le preocupaba que Osha encajara demasiado bien con el perfil de una chica joven y enfadada.

Después de terminar en el vestidor se dirigió al soporte técnico, donde estaba Tarli esperándole, bostezando. Levantó en alto un par de tápers de plástico.

—Tus explosivos. Por favor, ten cuidado con esto.

Sonriendo, cogió los tápers y los puso en su mochila bajo la ropa

de repuesto.

—Pensaba que solo era el TNT lo que explotaba cuando se te caía.

—Estoy seguro de que sí, pero no hagas movimientos repentinos cerca de mí.

—¡Te preocupas tanto por mí, Tarli!

—Lo hago, ¿no? Bueno, veamos tu equipo de súperespía.

Extendió su brazo, y Tarli le pasó un escáner por su mano, con los ojos perdidos mientras miraba los datos en sus lentillas.

—Perfecto, tu semilla rastreadora funciona bien. Podemos hacerte un ping cuando queramos. Siempre podremos encontrarte, Savi. Estás a salvo.

—Bien, ¿y el mInet de Osha?

—Vieja y lenta si alguien se interesa a fondo. Pero el nivel dos se ejecuta en paralelo. Puedes escribir mensajes y enviarlos en un micropulso. Tu antiguo reloj es el nivel uno. Pero si se van a poner paranoicos, te dirán que no lo lleves en la misión, por lo que el rastreador se hará cargo. Haz una llamada de prueba a operaciones, por favor.

—¿Misra? —preguntó, subvocalizando para su semilla de audio—. Haz un ping a operaciones.

—Confirmado —dijo Misra.

—Te tengo, Savi —contestó una voz desde operaciones activas—. Recepción completada.

Asintió a Tarli, intentando controlar los nervios.

—Gracias. —Siempre era duro el momento antes de salir a la calle, el corazón le latía desbocado, la ansiedad la volvía nerviosa. Una vez que estuviera fuera y todo se pusiera en marcha, sabía que estaría bien.

—Oye, yo mismo estaré en el centro de operaciones cuando se líe parda —dijo Tarli—. No sufras, te cubro desde aquí.

—Es bueno saberlo.

—Vamos, te acompañaré hasta Brisbane.

Atravesaron cuatro estaciones hasta llegar a una subsidiaria de Conexión en Brisbane. Fuera, el sol estaba en el cenit. La oficina de seguridad de Brisbane era una habitación cerrada con un único portal en su interior.

—Buena suerte —dijo Tarli—. Ve a la furgoneta
8-5-8.
Peter la conduce.

—De acuerdo.

—A por ellos.

El portal la llevó a un retrete portátil. Desbloqueó la puerta y miró

a su alrededor. Estaba metido en un contenedor de metal, junto a otros cinco cubículos idénticos. No había nadie. Cuando cerró la puerta, el cerrojo se puso solo, bloqueando la puerta. Había un cartel de «Fuera de Servicio» en la puerta.

Fuera el aire era cálido y polvoriento. El viejo aseo portátil estaba colocado al lado de una alta valla de cadenas que rodeaba un área de casi ocho kilómetros, la estación de Comercio de Brisbane del Norte y Servicios de Transporte Gubernamentales (C&STG). Le parecía un redil para vehículos en peligro de extinción. Apenas había vegetación, solamente una extensión de caminos de color óxido, caminos que habían pasado una década apisonándose bajo grandes neumáticos, hasta alcanzar la consistencia del cemento. Varias compañías de ingeniería civil tenían sus propias instalaciones en el área, donde tenían aparcadas las grandes excavadoras y las máquinas de construcción. Había pilas de contenedores, formando rejillas cuadradas, como si fueran pequeñas aldeas, con grúas TuringG4 recogiéndolas o colocándolas en los camiones.

Justo en el medio de la estación de transporte había un ancho anillo de asfalto, como si los responsables de recalificar el terreno se hubieran olvidado de deshacerse de esa carretera. Alrededor del anillo había rampas, como lenguas de asfalto, que conducían a la maraña de caminos de C&SGT. El borde interior, sin embargo, albergaba varios portales de seis metros, formando un círculo, situados como un homenaje moderno a los menhires neolíticos. Incluso a esa hora tan temprana, ya había camiones por el asfalto, sus potentes motores eléctricos aullaban al aire de la mañana, mientras entraban y salían de los portales. Había muy pocos con humanos en las cabinas, la mayoría eran automáticos.

Savi dejó el contenedor, caminando por el suelo lleno de baches hasta la zona de contenedores más cercana. Solamente vio a un par de personas caminando como ella, con chaquetas de alta visibilidad manchadas por el polvo rojizo. Si la vieron, no dieron señal de ello.

Misra le señaló el camino a seguir en sus gafas, llegaba al final de una hilera de contenedores donde había un camión aparcado en una plataforma de carga. Alguien, supuestamente Peter, estaba dentro, sin dar señales de esperarla. Savi se quedó de pie, a la sombra de los contenedores, mientras la grúa se movía al lado de la hilera y cuidadosamente depositaba un contenedor azul en el camión. Savi esperó a que se fuese la grúa, trepó por los enganches hasta que encontró un espacio vacío entre la cabina y el remolque. Enganchó el pie entre varios cables, se agarró bien, y los motores comenzaron a zumbar. 8-5-1 comenzó su viaje.

Condujo por un camino en dirección al gran bucle de asfalto. Respiró el aire mugriento, disfrutando el rol que ahora le tocaba interpretar.

Si Callum pudiera verme ahora.

Se preocuparía muchísimo, lo sabía. Quizás algún día se lo dijera. Cuando estuvieran en casa felices. En veinte años. Después de que hubiera bebido mucha cerveza.

Empezó a imaginarse que harían después. No quería abandonar la fabulosa Roma en absoluto, y mucho menos por el helado Edimburgo. La capital escocesa era preciosa, pero hasta en verano era malditamente fría. Y por supuesto que ella no se iba a mudar al desastroso apartamento de soltero de Cal. Necesitaría aprender a llevar una casa una vez que encontrara un lugar donde vivir.

Savi casi le preguntó a Misra por la *agenzie immobiliari* que le había encontrado el apartamento Tufell, antes de percatarse de que Misra no era la mInet que almacenaba esa información, y por supuesto Osha no tendría ningún motivo para hacer tal búsqueda. El potencial desliz la dejó helada. Yuri tenía razón, son las pequeñas cosas las que te delatan.

El truckez ajustó la velocidad, permitiendo que

8-5-1

pudiera entrar en la corriente de tráfico que rodeaba el anillo de asfalto. Un minuto después cruzaban el portal hacia Kintore. La ciudad estaba a medio continente de Brisbane, por lo que aún era de noche. La oscuridad se cernió sobre Savi y la temperatura dio un salto. Incluso habiendo crecido en la India, no se le hacía más fácil aclimatarse al aire del desierto. La primera vez que llegó a Kintore le abofeteó la falta de humedad. El aire del desierto era aire muerto.

Originalmente Kintore había sido una ciudad remota del territorio del norte, fundada en los 1980 por los Pintupi, resentidos ante la cultura blanca occidental que les estaba constriñendo lentamente. Mantuvieron su manera de hacer todo un siglo, hasta que el recién formado Water Consortium firmó su acuerdo con el necesitado gobierno australiano.

De nuevo, los Pintupi sufrían una perturbadora invasión masiva. En los últimos cinco años Kintore se había expandido exponencialmente, a medida que Conexión había unido el portal C&SGT a Brisbane, convirtiendo la abandonada pista de aterrizaje de la ciudad en un carguero con instalaciones de ingeniería civil. Junto a la maquinaria pesada de movimiento de tierras que cruzaba por C&SGT, los truckez habían traído casas prefabricadas para los trabajadores que no viajaban cada día de las áreas costeras. Los bares

y clubs y tiendas, habían seguido la estela de dinero, junto a otros servicios, algunos legítimos y otros no, todos ellos en sus propias casas prefabricadas. Con el aumento de la población, el gobierno había comenzado a expandir su propia infraestructura. Y si la Cascada de hielo triunfase en trasformar el desierto, Kintore duplicaría su tamaño otra vez en dos años.

8-5-1 disminuyó la velocidad cerca del borde de la antigua pista de aterrizaje y Savi se bajó. La ciudad no estaba lejos, por lo que estaba agradecida. Kintore incluso tenía una pequeña red de portales, pero no quería usarla. Todo el mundo sabía que Conexión tenía sensores en cada una de sus estaciones, escaneando substancias ilegales como drogas y armas. Los explosivos plásticos atraerían a todo un pelotón de fuerzas de supresión urbana, seguramente con drones como soporte. La mayoría de las drogas ilegales de Kintore llegaban por la ruta C&SGT, traídas por los conductores de los camiones. Si Savi llegaba de alguna otra forma que no fuera caminando, Akkar podría sospechar.

Llegó a su alojamiento, una nueva pensión hecha de paneles plateados de compuesto, al lado oeste de la ciudad, idéntica a cualquier edificio de la ciudad. Aún le quedaban unas horas hasta el amanecer, por lo que se tumbó en la cama y encendió el aire. Cinco minutos después se había dormido.

*****

Desayunó una medialuna en el Granite Shelf, uno de los nuevos cafés que habían emergido en la que se había convertido la calle principal. Era una pasta flácida y alargada, que había sido calentada demasiado tiempo al microondas. La mantequilla que venía como acompañamiento estaba tan helada como un cubo de hielo. Pero el zumo de naranja no estaba mal. La camarera le había llevado el desayuno con un gesto de disculpa en la cara, y se fue corriendo a tomar el pedido de un grupo de operadores de excavadoras que acababan de terminar su turno.

Savi miró por la ventana. El desierto que rodeaba a Kintore era de un fuerte rojo óxido, interrumpido solo por unas matas de hierba medio muertas, casi blancas por el sol abrasador. Hoy, como el resto de los días de los últimos dos años, el aire estaba cargado de polvo. En algún lugar del desierto estaban cavando enormes canales de riego de cientos de kilómetros. Canalizarían el agua a través de la árida tierra, haciendo que el desierto floreciera. Si la Cascada de hielo tenía éxito, se convertiría en un oasis de más de mil kilómetros de longitud. Y así crearía, en teoría, su propio microclima, cambiando los patrones del

viento y trayendo nubes desde la costa.

Pero mientras tanto, las potentes excavadoras trabajaban veinticuatro siete, llenando el aire de polvo, que se mantenía suspendido por la ausencia de viento de la zona. Mucha gente había empezado a llevar mascarillas plásticas cuando estaban en el exterior. Con los canales aún vacíos, los locales llamaban a toda la empresa Barsoom. La referencia a Marte no era de una ironía simpática.

Tras terminar de comer, Savi se puso su mascarilla y anduvo un kilómetro por la calle principal antes de girar por Rosewalk. Akkar tenía una minúscula tienda donde reparaba aires acondicionados, posiblemente el negocio más pujante de Kintore. El polvo estaba obstruyendo constantemente los motores y los filtros, dándole a Akkar más trabajo del que elegía aceptar.

Golpeó la puerta del garaje de bugez, mientras miraba irritada a la cámara que había sobre ella. La puerta se abrió, y entró en la oscura cueva artificial. Con una ojeada vio lo típico que contendría cualquier tienda de impresión: estantes metálicos repletos de botes con materiales crudos, plásticos y metales licuados, listos para alimentar a las impresoras. En un estante más alejado estaban los materiales más caros, aquellos que se usaban para imprimir electrónica, o productos farmacéuticos. Contra la pared del fondo había varias impresoras de tamaño medio en línea, con una ventanilla de cristal que les hacía parecer más lavadoras que impresoras. La luz violeta, tan potente que distorsionaba la vista, se reflejaba a través de los ventanucos mientras las impresoras canturreaban, creando componentes molécula a molécula, con núcleos de extrusión. Un par de bancos recogían los aires acondicionados averiados y unos impresionantes racks de electrónica.

Akkar estaba sentado en una silla de oficina estropeada, usando una pequeña aspiradora para limpiar la rejilla de un filtro. Era un alto norteafricano cerca de los cuarenta, rapado, y con un montón de tatuajes que le llegaban al cuello desde su musculado torso. Siempre usaba camisetas *vintage*, con logos de compañías de videojuegos desaparecidas tiempo atrás. Las estelas de esos tatuajes se escurrían bajo las mangas, enroscándose sobre sus brazos. Cuando hablaba, la luz se reflejaba en los rubíes que tenía incrustados en los dientes. Era una de las pocas personas que conseguía poner nerviosa a Savi solo con mirarla. Ya que, como Yuri, estaba juzgando perpetuamente a todo el mundo.

—Bienvenida —dijo—. He oído que has llegado esta mañana temprano.

Savi miró a las otras dos personas que había en el garaje. Dimon

era bastante más alto e incluso más amenazante que Akkar, cumplía un rol de teniente y sicario. Nunca hablaba mucho, y cuando lo hacía, era en un susurro que provocaba que todos le atendiesen, mucho más que si estuviese gritando. A diferencia de la mayoría de los residentes de Kintore, siempre llevaba un traje elegante, que le daba la apariencia de una antigua estrella del deporte.

Julisa estaba sentada en una silla al lado de Akkar, una joven de veintidós años de Cairns, cuya familia había tenido una granja de cocodrilos a las afueras de la ciudad. La bancarrota, y la posterior venta de la granja por parte de los bancos a los hambrientos inversores, que se morían por un pedazo de esa tierra tan valorada, transformó su espíritu ecologista en algo cercano a una devoción religiosa, sumergiéndose profundamente en el movimiento hasta que adquirió el estatus de la ciberreina de Akkar. Era dolorosamente delgada, sobrevivía a base de cafeína y cocaína según sabía Savi. Tenía su decolorado cabello rubio cortado casi al ras, otorgándole la apariencia de un duendecillo enfadado, y colocado.

—No le había avisado a nadie de mi llegada —dijo Savi. Como siempre, estaba impresionada por el servicio de inteligencia de Akkar. Sobre todo con su negativa a usar internet o cualquier tipo de comunicación móvil para comunicarse con sus amigos radicales, necesitaba por tanto a gente real que estuviera vigilando las calles de Kintore. *¿A las cuatro de la mañana*?

—Lo sé —sonrió. La luz violenta de las impresoras se reflejó en los rubíes de sus dientes—. ¿Lo conseguiste?

Savi asintió, permitiéndose un momento de satisfacción, mostrándoles lo complacida que estaba, lo comprometida que estaba con la causa.

—Por supuesto. —Vació su mochila y sacó los dos tápers de plástico—. No los dejéis caer —avisó, cuando Julisa agarró uno con entusiasmo.

—Tienes unos amigos curiosos —dijo Diman.

—¿Quién dice que sean mis amigos? —contestó.

Akkar levantó la mano.

—Lo has hecho bien, Osha. Gracias por traérnoslo.

—¿Con esto entro en la acción?

—¿Quieres participar?

—Quiero hacer algo, mostrarle a la gente lo que está pasando realmente. Despotricar en MyLife no consigue una mierda.

Miró a Julisa, que había abierto con cuidado uno de los tápers y le había colocado un pequeño sensor, ahora observaba en una pantalla los datos que le daba.

—Es real —dijo.

—De acuerdo —dijo Akkar, lentamente—. En tres días.

—En la primera cascada —dijo con aprobación.

—Sí.

—¿Qué querrás que haga?

—Vuelve aquí a las ocho, tendremos algo para ti.

—Vale.

—¿No tienes curiosidad?

Savi lo miró seriamente.

—Sí, pero sé en qué consiste la seguridad. Si no lo sabes, no lo puedes contar.

—Chica lista. Te pediré que coloques uno de esos explosivos de calidad que nos has traído, ¿te supondría algún problema?

—Solo una cosa, ¿tendría que colocarlo cerca de donde haya gente?

—No, nuestro objetivo no es la gente. La vida es sagrada.

—Perfecto —se colocó la mochila—. Pues nos vemos.

Savi caminó lentamente y usó Misra para enviar un mensaje a operaciones.

Me han dicho que el plan se pondrá en marcha en la primera cascada. Estoy segura al noventa por ciento, están siendo cautelosos. Yo también participaré en el plan, os enviaré detalles tan pronto sepa en lo que andan metidos.

Misra envió el mensaje en un pulso de un microsegundo, mientras estaba aún en la calle principal. Savi dudaba de que Julisa hubiera puesto vigilancia electrónica en su pensión.

Recibió una respuesta en micropulso treinta segundos después.

Ten cuidado.

Yuri.

*****

En la medianoche anterior a la primera cascada, la basta maquinaria que estaba excavando los canales en el desierto se detuvo. El equipo de relaciones públicas de Water Desert esperaba que de ese modo se redujera el nivel de la infernal arena roja en el aire, para cuando empezara el evento a media mañana, y permitiese así a las cámaras grabar algo. Todos los grandes vehículos que llegaban del desierto se dirigían a la pista de aterrizaje de Kintore, donde los contratistas los esperaban para el mantenimiento.

Desde el alba, un montón de gente comenzó a llegar a Kintore de los portales, viniendo no solo de otras ciudades de Australia, sino de todo el globo. La Cascada de hielo prometía ser todo un espectáculo.

En Kintore podían cruzar un nuevo portal que llevaba a un mirador que había sido preparado a noventa kilómetros de la ciudad. Allí habían instalado numerosas carpas donde servían bebidas frías y aperitivos; también había varias carpas médicas con aire acondicionado, listas para las inevitables lipotimias. Al lado había uno de los canales de trescientos metros de ancho, aún secos, pero que daban una clara idea de la escala del proyecto.

También habían construido un estadio VIP dentro de un perímetro de alta seguridad, con un techo que protegiese del sol más severo, aunque nada podía detener el terrible calor del desierto. El parte del tiempo había anunciado treinta y tres grados para media mañana.

Savi nunca había visto a tanta gente antes en la desértica ciudad. Hace un mes, Cal la había llevado a un partido de fútbol en Manchester. La multitud de entusiastas que se dirigían a las puertas del estadio habían sido más fáciles de navegar que la marabunta que había venido a Kintore. Todos iban paseando por la calle principal, hasta el portal que los llevaría al mirador.

Al final llegó a la tienda de Akkar y entró por la puerta de bugez. Dentro había doce personas, a la mayoría los reconoció de las reuniones anti Cascada de hielo a las que Akkar iba a reclutar gente. Todos eran los principales líderes de sus células, y cada uno de ellos tenía al cargo a quince activistas, o al menos esa era la conclusión a la que había llegado. *Así que más o menos movilizarán hoy a ciento quince activistas*.

Julisa la vio y se dirigió a ella.

—¿Estás lista?

—Por supuesto.

La llevó al fondo del garaje, donde había dos hombres jóvenes esperando, al lado de las impresoras. Se los presentó como Ketchell y Larik.

—Confiamos en vosotros tres —dijo Julisa en voz baja—. Vais a desempeñar el segundo papel más importante.

Savi no se lo tragó. Sabía que aún no confiaban en ella, y que necesitaría llevar a cabo muchas más acciones como esta para demostrar que era fiable. *Acciones que nunca sucederán, gracias a lo que voy a hacer hoy*.

Julisa le dio a Savi un bolso de cuero, y a los hombres les entregó unas pequeñas mochilas.

—Vuestro objetivo es la subestación al final de la calle Fountain —dijo Julisa—. Es por allí por donde recibimos toda la electricidad de la ciudad, a través de un portal de red nacional. Estamos hablando de un montón de potencia, ese maldito lugar provee de energía a cada pieza

de maquinaria que usa Water Desert. Bueno, esto es lo que haréis. Hay una valla de tres metros con alambre espinado en lo alto. Dentro están los transformadores y el equipo de conmutación. Hay una puerta supersegura, llena de todo tipo de escáneres y códigos. No vais a entrar ni saltar, vais a hacer un agujero en la valla. Las cargas en vuestras mochilas llevan un interruptor de doble acción. Mirad.

Savi miró en su bolso, tenía un limpio cubo de explosivo plástico, con una placa rectangular de electrónica en un lado. Allí estaba el interruptor hexagonal, que parecía desproporcionadamente grande.

—Girad a la derecha un octavo y presionad —dijo Julisa—. ¿De acuerdo? Es simple, girar y apretar.

—Entendido.

—Una vez armado no se puede parar. He configurado el primer temporizador para que detone exactamente a las diez cincuenta y siete, hora local. Así que a las diez cincuenta y cinco tendréis que pasar al lado de la valla, armar el explosivo y abandonar la bolsa al lado de uno de los postes. Y entonces os retiráis rápido.

—De acuerdo.

—Una vez hecho el agujero en la valla, será el turno de Ketchell y Larik. Los objetivos son los dos transformadores principales. Aquí. —Les mostró un apresurado mapa de la subestación, con los transformadores indicados—. Será sencillo. Armad las mochilas, dejad las mochilas. Detonarán a las once y tres. Ahora, son explosivos más potentes que los que lleva Osha, pero lo hemos calculado para que tengáis el tiempo suficiente para entrar y salir. ¿Alguna pregunta?

—¿Nada más? —preguntó Savi.

—Nada más. Mirad, la clave son las distracciones. El hielo comenzará a caer a las diez y media. Tenemos a un montón de simpatizantes entre los que estarán en el mirador. Comenzarán una manifestación en protesta a las diez cuarenta y cinco, frente a la zona VIP. Bombas de humo, netruptores, algunas piedras a seguridad, hay la ostia de piedras por todos lados. Y entonces, Water Desert se dedicará a proteger a sus valiosos invitados, a celebridades, peces gordos de las corporaciones y burócratas parásitos. Y mientras tanto vosotros cortaréis la electricidad de toda la puta ciudad.

—¿Y qué supondrá cortar la electricidad?

—No necesitas saberlo.

—¡Ni de coña! Nunca he pedido detalles, pero estamos arriesgándonos mucho, ¿para qué? ¿Para dejar unas horas sin aire acondicionado a todo el mundo?

—¿Problemas? —preguntó Akkar. Estaba de pie detrás de Savi, ni tan siquiera se había dado cuenta de que se había acercado.

—No —dijo—. Estoy feliz de poder ayudar. Pedí participar, ¿no? Solo quiero confirmación de que no es solo una simbólica declaración de intenciones.

—No lo es —dijo suavemente Akkar—. Confía en mí, Osha. Hoy será un día único, y no solo por la Cascada de hielo. Hoy, Water Desert ha puesto muchos de sus huevos más valiosos en la misma cesta. Y gracias a las habilidades de Julisa los vamos a abrir todos. Vosotros nos brindaréis la oportunidad.

Savi lo miró fijamente.

—De acuerdo —dijo—. Eso suena mucho mejor.

—Buena suerte —dijo—. A todos vosotros. Nos volveremos a ver aquí en treinta y seis horas.

Mientras salía del garaje, vio a Dimon repartiendo rifles semiautomáticos impresos a otros tres hombres. Al ver que la había visto mirarle, Savi le asintió con seguridad. Dimon le sonrió en respuesta.

Una vez fuera, Savi, Ketchell y Larik empezaron a caminar por la ciudad, evitando la calle principal y la aglomeración de gente ansiosa de ver la cascada.

—Tengo a mi equipo esperando instrucciones —dijo Larik—. ¿Cómo creéis que deberíamos desplegarlos?

—¿Desplegarlos? —dijo Savi—. No. Ya habéis oído a Julia, solo nosotros tres.

—Sí, tenemos la tarea principal, claro —dijo Larik—. ¿Pero qué pasa si hay una patrulla de seguridad cerca, cinco minutos antes de que reventemos la valla? Necesitamos cobertura. Me importa una mierda quien te creas que eres, tú cierra la puta boca y déjame hacer mi puto trabajo, del que no sabes una mierda, ¿de acuerdo?

—Vete a la mierda, gilipollas. —Savi reprimió una sonrisa, disfrutando como la había juzgado ya como un mal necesario. Había sido inconsciente, pero Larik la había incluido en el equipo. Lo único que podría sospechar de ella era que pudiese cagarla. Aunque colocar vigías podría ser un problema.

Escribió un mensaje para que Misra lo enviara.

Inicio de la actividad de un grupo grande. Planeada una protesta como distracción en la zona de observación a las 10.45. Me han asignado en un equipo para reventar la subestación de la calle Fountain. Los explosivos están programados para explotar la valla a las 10.57. Los transformadores a las 11.03. El objetivo principal es desconocido. He visto rifles semiautomáticos impresos repartidos entre un grupo de los miembros.

Buen trabajo, le llegó la respuesta en micropulso. *¿Sabes cuál podría ser el objetivo principal*?

Savi lo pensó.

El objetivo me es desconocido, pero es un ataque de software realizado por Julisa. El corte de electricidad les dará acceso. Akkar ha mencionado que Water Desert ha puesto todos sus huevos en una cesta. Puede haber hasta cuarenta personas implicadas.

Gracias. Lo analizaremos ahora. Te tenemos vigilada. Tarli.

Savi mantuvo la mirada al frente mientras caminaban por las callejuelas de Kintore. Era demasiado tentador mirar al cielo y saludar al satélite o dron que estuviera usando operaciones para observarla.

Se encontraron con varios del equipo de Larik mientras se dirigían a la subestación. Larik y Ketchell se pusieron a estudiar el mapa de las calles de Kintore en sus gafas y asignaron a su gente a las distintas intersecciones que rodeaban la calle Fountain. Savi inmediatamente envió sus localizaciones a operaciones.

A las diez y veinte, Kintore estaba casi desierta. Todos lo que habían venido a presenciar la cascada estaban en el mirador, junto a los locales que tenían el día libre. En sus gafas, Savi podía ver en las noticias a los invitados, incluido al mismísimo Ainsley Zangari, en el recinto VIP.

En la Antártida, los cinco barcos recolectores de Conexión se acercaron a
V-71.
Eran antiguas fragatas de la marina, a las que habían alterado drásticamente su proa. En vez de tener la elegante forma de cuña, ahora tenían dos hemisferios de diez metros al frente, presentando sus abiertas fauces de portal al frío mar, como la boca de una ballena gigante. Debajo del casco, dos hélices nuevas y recién instaladas giraban lentamente, con enormes motores eléctricos conectados a la red eléctrica global a través de un portal. No estaban diseñados para otorgar a los barcos más velocidad. Sino para que su fenomenal torque les hiciera avanzar implacablemente.

Exactamente a las diez y media, el primer barco alcanzó la escarpada montaña de hielo azul, su capitán giró para que el portal rascase la superficie con un ángulo cerrado, e inmediatamente clavó el portal más profundamente. Las hélices continuaban su giro, manteniendo constante la velocidad del barco, mientras el hielo fracturado comenzaba a caer por el portal. Por un momento, la luz del desierto brilló sobre el iceberg, antes de que la parte delantera del barco quedase enterrada en el hielo. Y continuó avanzando, rodeando el hielo, abriendo un surco de nueve metros de ancho. Detrás, el segundo barco se acercó en un ángulo similar, con su portal penetrando profundamente.

En el mirador del desierto, la gente fijaba la vista al deslumbrante

cielo de color zafiro. Las alargadas formas ovaladas de las oscuras aeronaves mantenían su posición a un kilómetro sobre los hierbajos blanquecinos y la tierra roja; a cinco kilómetros del recinto VIP, lo bastante cerca para verlo todo con detalle.

Hubo gritos de asombro entra la multitud cuando el raudal de fragmentos de un blanco brillante comenzó a caer del interior de una aeronave. El caudal aceleró rápidamente, hasta que las rocas de hielo de la Antártida comenzaron a estrellarse contra el desierto, y el portal de debajo de la aeronave alcanzó ya un ancho de nueve metros. En ese momento, la segunda Cascada de hielo comenzó a emerger de la aeronave vecina.

Vítores y aplausos entusiastas inundaron el seco aire. A las diez cuarenta, de las cinco aeronaves emergían sólidas cascadas blancas, que relucían dolorosamente en un baile de reflejos, hasta que caían al suelo. En el suelo, los cinco conos de hielo comenzaron a ganar altura y anchura, a una velocidad creciente. Su superficie era una permanente avalancha de trozos de hielo, un vapor emanó a bajo cero, que fluía con la viscosidad del aceite. La onda de niebla ocultó el suelo, ascendiendo lentamente para dispersarse conforme el calor del sol realizaba finalmente su impacto.

La multitud expectante esperaba el último nivel del milagro prometido: ser envueltos en una niebla helada, en medio del desierto. Conforme la reluciente nube comenzaba a moverse hacia el mirador, se comenzaron a oír gritos enfurecidos sobre las risas y los aplausos. Aparecieron pancartas, y fuegos artificiales, que explotaban inquietantemente cerca de las cabezas de la gente. Se tiraron bombas de humo. Los vítores se convirtieron en gritos. Se activaron los policías con escudos antidisturbios, y los agentes de seguridad de las corporaciones comenzaron a abrirse paso entre la multitud. Las piedras volaron en arcos cortos. Los gritos se intensificaron. Las imágenes que mostraban las cosechadores y las aeronaves, transmitidas en grandes pantallas por todo el mirador, se interrumpieron por una cortina de estática.

Los visitantes comenzaron una estampida en distintas direcciones, intentando alejarse de los manifestantes, y la policía luchaba por pasar a través. Justo cuando el caos en el mirador estaba alcanzando su punto álgido, una colosal pared de niebla cubrió toda la zona, ocultando el sol con una ráfaga de frío tan intensa que parecía succionar el mismo oxigeno del aire. Fue entonces cuando llegó el pánico de verdad.

*****

Quienquiera que hubiera nombrado la calle Fountain tenía un sentido de la ironía lamentable. Savi contempló la deprimente calle en su longitud, a ambos lados tenía uniformes cabañas prefabricadas, que seguían más allá de la intersección. El compactado suelo probablemente no había visto jamás el agua fluyendo libremente desde la última edad glaciar de la Tierra. Una doble ironía, pensó, considerando lo que estaba ocurriendo ahora en el desierto.

Definitivamente era la zona pobre de la ciudad, eran las casas de los trabajadores que sudaban en los interminables e inmutables días del desierto, que realizaban los peores trabajos y más mal pagados de Water Desert. Dejaban a los niños a su aire, para que se divirtieran como pudieran entre las cajas plateadas que eran sus hogares. Una pandilla estaba jugando al baloncesto en una zona abierta que podía pasar por un parque, practicando mates en canastas torcidas.

Savi llevaba su mascarilla blanca, igual que Ketchell y Larik, que caminaban junto a ella. Nadie les podía ver la cara. Pero no importaba, pues todos los niños y los pocos adultos que estaban fuera de sus hogares sabían que ellos no pertenecían a ese lugar. Aunque tampoco es que les importase.

¿Qué queréis que haga? Savi preguntó a operaciones. *¿Cuándo vais a interceptar*?

Estamos trabajando en aislar nuestro objetivo principal. Continua con la misión.

De acuerdo, respondió. Su aprensión iba en aumento, y a la vez, su emoción. Lo que estaba haciendo iba a sacar a mucha de esta gente de circulación. Era lo único que le importaba. Talish estaría orgulloso. Hacía ocho años que su primo pequeño quedó atrapado en el fuego cruzado entre la policía y un grupo radical llamado el Camino de la Luz, justo cuando los militantes asaltaban un edificio gubernamental en Noida. Ahora tenía unas piernas cibernéticas y un riñón artificial, pero toda la familia había pasado tres meses inmersa en una intensa agonía, esperando y rezando en la cama del hospital. Ahora Savi entraba en acción para asegurarse de que ningún otro inocente fuera herido por ideologías psicopáticas, que creían tener todo el derecho en usar la fuerza para lograr su objetivo.

Un equipo de detención se está dirigiendo a tu zona, le comunicó operaciones.

Que se den prisa, solo quedan seis minutos.

Son nuestras propias fuerzas especiales. Estás recibiendo el trato de lujo, te dije que te guardaría las espaldas.

Sonrió detrás de la mascarilla.

Llegaron al final de la calle Fountain. Tenían la subestación a

veinte metros, era un pequeño recinto cuadrado con una gran valla gris de metal a su alrededor. El interior estaba lleno de envoltorios de comida rápida y matas de hierba del desierto. Se podía escuchar el zumbido de los transformadores mientras trabajaban en proveer de electricidad a la ciudad y a la pista de aterrizaje, manteniendo así los aires acondicionados en marcha y la maquinaria de ingeniería civil en movimiento. El consumo de Kintore era gigantesco.

Habían pasado veintitrés años desde que la Corporación Nacional de Energía Solar de China lanzó el primer pozo solar en nuestra estrella. Un sencillo portal esférico en el que se vertía el plasma, y cuyo gemelo estaba en las profundidades de una cámara gigante MHD en un asteroide transneptuniano. El plasma solar se vertía en la cámara como si fuese una combustión constante, con el poderoso campo magnético generando fenomenales corrientes en las bobinas de inducción de la cámara. En un magistral golpe de ingenio, los chinos habían resuelto la falta de energía de la Tierra. Ahora la energía de todo el planeta provenía de una multitud de pozos solares, que producían ingentes cantidades de energía barata, con un coste medioambiental de cero.

Las diez cincuenta y dos. Solamente quedaban cinco minutos, y ya dejaban atrás las últimas casas. Había tres calles cruzándose en la misma área. Al otro lado de la subestación no había nada más que desierto. Los niños reían y gritaban a sus espaldas.

Savi se volvió hacia Ketchell.

—¿Tu gente ha visto algo inusual? —Cuando él se giró, Savi vislumbró una pistolera de hombro, debajo de su chaqueta blanca de algodón. Era una pistola automática bien grande. *Oh, mierda*.

—No, todo despejado. Pongámonos en marcha.

Algunos de los que van conmigo van armados. Avisa al equipo de detención. Hecho.

El camino se volvía menos compacto conforme se acercaban a la subestación. Savi metió la mano en el bolso y tocó el interruptor hexagonal. Solo dudó un instante. *Espero que Julisa los ajustara bien*. Apretó el botón, y escuchó el clic.

Ketchell y Larik miraron a Savi cuando suspiró audiblemente.

—Armada —dijo.

Las diez cincuenta y tres.

Llegaron a la valla. Savi continuó caminando mientras se quitaba el bolso, y lo dejó caer en un poste.

Sin decir nada, los tres aceleraron el paso, y treinta segundos después llegaron a la calle Rennison. Se agacharon detrás de una debilucha valla que delimitaba el terreno de una casa prefabricada. A

Savi le preocupaba que el compuesto pudiera fragmentarse por la explosión, y generar una tormenta de metralla.

—¿Alguien nos ha visto? —preguntó con urgencia.

—Todo despejado —dijo Larik. Empezó a ponerse un par de tapones para los oídos.

—Mierda —gruñó Savi—. ¿Te sobran unos?

Le dedicó otra de sus despectivas miradas y le pasó un par. Empezó a colocarse el primer tapón en el oído, y entonces vio como algo se movía por el suelo pedregoso detrás de ella. Miró con incredulidad. Una pelota de fútbol se dirigía directamente desde la calle Fountain hasta la subestación.

—¡No! —susurró.

Ketchell la miró, y entonces vio la pelota y se quedó paralizado.

—¡Mierda!

La pelota estaba a solo unos pocos metros de la valla, y un niño ya estaba corriendo detrás de ella, tendría ocho o nueve años.

—No —Savi se levantó—. No, retrocede.

—Quédate agachada —gruñó Ketchell.

—Vete —gritó Savi—. ¡Apártate!

El niño miró a su alrededor, y vio como una mujer con mascarilla le hacía señas frenéticamente. Bajó la cabeza y continuó corriendo a por la pelota.

—¡Joder! —chilló Savi. Y solo podía pensar en Talish, en la cama del hospital, lleno de tubos y máquinas de soporte vital insertados en su carne que había dejado de ser puramente humana. Comenzó a correr.

—¡No! —gritó Larik detrás de ella.

El niño casi había llegado a la pelota, que había continuado rodando hasta detenerse a un par de metros de la valla, al lado del bolso abandonado. Se giró, inseguro al ver como Savi corría hacia él.

—¡Aléjate! ¡Aléjate! —gritaba frenéticamente.

El niño no sabía que hacer, dio un paso indeciso hacía atrás, alejándose de la mirada de la mujer loca. Entonces pareció darse cuenta de que la mujer no iba a detenerse, que corría directa hacia él. Y así el niño se giró y empezó a correr.

Savi abrazó al niño, levantándolo a pesar de sus chillidos asustados y sus patadas. Continuó corriendo, desesperada para lograr la máxima distancia entre ellos y el bolso.

Savi entonces vio una luz, y luego nada…

*****

La sala de espera de la planta de cirugía era cuidadosamente

neutral. Una alfombra de color gris claro, con paredes blancas y dos grandes cristaleras desde las que mirar la noche de Brisbane. Había dos filas de sofás en el centro, con unos cojines gruesos y lo bastante cómodos como para que una familia preocupada pudiera pasar la noche allí. Había máquinas expendedoras con productos de gran calidad, y una gran pantalla en la pared que iba retransmitiendo silenciosamente las noticias. No había más decoración.

Yuri Alster llevaba esperando en esa sala casi una hora, y se negaba a sentarse. Lo que significaba que su segunda, Kohei Yamada, tampoco podía sentarse, lo que le fastidiaba sobremanera. Solamente estaban ellos dos en la sala.

Finalmente, ya pasada la medianoche, la familia Reardon salió de la habitación dos. Ben Reardon era un hombre bajo y corpulento, en sus cuarenta, con la cabeza pelada y un rostro que parecía haber sido aplastado. Parecía enfadado, aunque Yuri sospechó que era su estado natural. Ben trabajaba operando la maquinaria que excavaba los canales de la Cascada de hielo, un trabajo duro que le pegaba. Dani, su novia actual, apenas tendría veinte. Una relación cliché, pensó Yuri, la chica llevaba una corta falda vaquera, que mostraba sus bronceados muslos, con una barata camiseta deportiva de color verde y el logo del café Alcides en ambas mangas.

Caminaban por el pasillo a cada lado del niño, Toby Reardon de nueve años. Toby iba en una silla de ruedas empujada por una enfermera. Ben frunció el ceño cuando Yuri se puso en su camino.

—¿Qué quieres? —preguntó, su voz ronca por el cansancio y el miedo.

—Solo quiero hacerle un par de preguntas a Toby —dijo Yuri lo más amablemente que pudo. Le guiñó un ojo al niño, cuyas mejillas y brazo derecho estaban cubiertos de parches de piel médica. También tenía una pierna enyesada.

—Ni de coña —dijo Ben—. Hemos contestado un montón de preguntas, como mínimo una docena de veces.

—No soy policía —dijo Yuri—. Soy de Seguridad de Conexión.

—Lárgate, amigo. Vuelve en una semana. Mi hijo ha sido víctima de una bomba, ¿entiendes? Tiene nueve años, ¡y esos bastardos hicieron que explotara una bomba a su lado!

—Lo sé. Y el seguro médico de Conexión es el que cubre los gastos de tu familia, incluso esto. Eso vale un minuto, ¿no?

Ben dio un paso al frente, con los puños apretados.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy pidiendo que hagas lo correcto.

—No me importa, papá —dijo Toby.

—¡Nos vamos a casa!

—Un par de preguntas y no volverás a verme, ¿vale? Puedo conseguirte una semana adicional de vacaciones pagadas que puedes pasar aquí en la ciudad, o quizá en un resort en la Costa Dorada, al lado del mar, no está nada mal, es una gran diferencia con Kintore. Y podrás estar con Toby mientras se recupera. A todos nos gustaría eso, ¿verdad?

Ben dudó, odiándose claramente por sentirse tentado por la oferta.

—Estaría muy bien —dijo Dani tentativamente.

Ben la ignoró.

—¿Qué te parece a ti, grandullón? —le preguntó a Toby—. Solo si tú quieres.

—Vamos a ello, papá.

Ben miró a Yuri.

—Que sea breve.

—Seguro. —Yuri se arrodilló para tener la cara al mismo nivel que Toby—. ¿Los doctores te han curado bien?

—Sí, eso creo.

—Así que podrás volver a jugar a fútbol, ¿no?

—Sí, con algunos de mis compañeros. La pelota es mía, ¿sabes? Papá me la regaló. Aunque creo que ha desaparecido. No la he vuelto a ver.

—Te conseguiré otra —dijo Ben.

—¿Lo que te pasó fue al final de la calle Fountain?

—Sí.

—¿Y qué pasó exactamente?

—Jaze golpeó la pelota muy fuerte. Y yo fui a recogerla.

—¿En la estación eléctrica?

—Sí, no entré dentro ni nada, de verdad. Papá ya me ha dicho que es peligroso.

—Tu padre tiene razón. ¿Así que conseguiste tu pelota?

—No. Esa mujer estaba gritando, cosas como «no» y «aléjate», y corrió hacia mí.

Yuri levantó una pequeña tablet con la foto de Savi.

—¿Es ella?

—Sí —asintió Toby seriamente—. Es ella.

—Corrió hacia ti, ¿y entonces que pasó?

—Me cogió, era muy fuerte. Y entonces pasó, lo de la bomba. Estalló.

Yuri podía ver como se le humedecían los ojos al niño. Era demasiado vívido aún, demasiado terrorífico.

—Ahora Toby, esto es importante. Necesito saber que pasó

después. ¿Qué le pasó a la mujer?

—La cogieron —dijo simplemente Toby—. Estaba muy herida. Había… había mucha sangre. Toda ella estaba llena de sangre.

—¿La policía la cogió?

Toby asintió, silencioso mientras revivía el recuerdo.

—¿Con qué se la llevaron?

—Con un coche grande, más grande que un coche normal de policía, pero del mismo color. La llevaron a la parte de atrás, junto al otro tipo.

—¿Otro tipo? ¿Estaba herido también?

—Creo que sí.

—¿Te dijeron algo?

—Solo que estaría bien. Dijeron que habían llamado a los paramédicos.

—El policía que habló contigo, ¿qué aspecto tenía?

—No lo sé.

—De acuerdo. ¿Era negro, blanco, hindú, chino? ¿Alto o bajo?

—No lo sé, no se quitó la máscara.

—¿Qué tipo de máscara, Toby?

—Todos llevaban armadura, era negra. Ya sabes, ese negro apagado.

—Lo conozco, Toby. Gracias. —Yuri se levantó.

—¿Has terminado? —preguntó Ben.

—Sí. Ey, Toby, lo has hecho muy bien. Tienes suerte de tener un padre como el tuyo. —Vio como los Reardon cogían el ascensor.

—¿La metieron en un coche? —dijo Kohei escéptico.

—Savi nos dijo que estaba con Ketchell y Larik. Pero había más activistas por la zona.

—Así que fue Larik o Ketchell quien quedó atrapado con ella en la explosión. Los demás tenían que estar demasiado lejos.

—Los dos estaban muy mal heridos. Vamos a mirar las entradas a urgencias de los hospitales. —Yuri dejó escapar un suspiro agotado—. Y morgues.

*****

En la oficina, Yuri tenía acceso a toda la información de más de una docena de redes médicas de Australia. Tenía abierto los informes de la última semana en dos de sus pantallas. La TuringG5 de Seguridad aún estaba ejecutando una búsqueda por los archivos de urgencias de los hospitales, buscando una chica no identificada que coincidiera con la descripción de Savi. De momento había encontrado exactamente cero resultados. Savi había desaparecido del mundo

digital en el momento en que la bomba explotó.

Aun así, estaba más preocupado por los propios archivos de Seguridad. El archivo de Kintore de la inauguración de la cascada había sido borrada de los servidores de Sidney, transferido a Nueva York por decisión de Poi Li. Las repetidas peticiones de Yuri para revisar los videos de los drones de la calle Fountain habían sido negadas. Tendría que enfrentarse a Poi Li pronto. Savi había tenido que sufrir la peor parte del daño al proteger a Toby Reardon. Necesitaba atención médica ya, si es que no estaba muerta.

Y el departamento de Sidney estaba llevando otras ocho operaciones a la vez, las cuales requerían como siempre su completa dedicación, y todas eran tan importantes como la infiltración al grupo de Akkar. Esos agentes dependían de él. Puso la cabeza entre las manos y se masajeó las sienes. No podía enfocar el texto de las pantallas, por mucho que parpadease.

La imagen de las tres tazas de café vacías debajo de los monitores le hizo suspirar. Según Boris, su mInet, llevaba en la oficina dieciocho horas seguidas. Yuri *no perdía* a sus operativos. Era una losa muy pesada. Su gente debía confiar en él, debían de saber que tenían las espaldas cubiertas. Todo el mundo en Conexión lo consideraba un cabronazo duro como una piedra, y él se esforzaba en serlo, pedirle a la gente que emprendiera misiones peligrosas suponía una responsabilidad. Y Yuri se lo tomaba muy en serio.

Escuchó unos nudillos rascando suavemente su puerta, y Kohei Yamada entró sin esperar a que lo invitasen.

—Perdón, jefe, tenemos un incidente fuera. Es… extraño.

Yuri frunció el ceño y miró por la ventana, algo sorprendido de ver la luz del amanecer sobre los rascacielos del distrito comercial de Sidney.

—¿Qué sucede? —Boris no le había avisado que hubiera ninguna multitud abajo en la calle.

—Callum Hepburn está en la recepción. Se niega a marcharse hasta que te vea.

—¿De qué me suena ese nombre? ¿Es uno de nuestros objetivos?

Kohei sonrió.

—No, jefe. —Su mInet envió una foto de Callum a la pantalla de la pared.

Yuri miró al joven pelirrojo con una medio sonrisa en su rostro mientras estrechaba la mano a Ainsley Zangari. Boris entonces le mostró su biografía.

—Ahh, el que limpió Gylgen, lo recuerdo. —El equipo de Emergencias de Tóxicos había estado saliendo en las noticias desde

que habían evitado el potencial desastre de Gylgen… hasta que la atención de los medios se enfocó en la Cascada de hielo—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Ni idea. Pero ha empezado a gritar a todo el mundo cuando le han pedido que se marche, y de una forma muy poco educada. —Kohei señaló la pantalla—. Teniendo en cuenta a quien conoce, he pensado que sería mejor que no le diéramos una patada en el culo. Está furioso por algo.

—Pero…

—Publicidad, jefe, no es algo que queramos.

—Joder, tráelo aquí.

—Sí, jefe.

—Y, Kohei, quiero dos de uniforme fuera de mi puerta.

—En marcha, jefe.

Yuri pasó los minutos de espera revisando la ficha de Callum Hepburn. Era bastante normal. Excepto por la entrada de Gylgen, que estaba clasificada a un nivel al que Yuri no tenía acceso. Enarcó una ceja, sorprendido.

Callum entró como una estampida en su oficina. Con su piel pálida, el rubor intenso de su rabia se pronunciaba el doble.

—Hepburn, por favor, siéntate…

Callum se dirigió hacia la mesa y la golpeó con fuerza, imponiendo su rostro sobre las pantallas, mirando directamente a Yuri.

—¿Dónde está?

Yuri miró a Kohei, que estaba en la puerta, curioso y divertido a la vez.

—No respondo muy bien ante la gente que me grita, Hepburn. Así que retrocede, cálmate y dime de que va esto.

Callum se quedó quieto un momento, entonces retiró las manos de la mesa y se enderezó.

—Savi Chaudhri. Está desaparecida, ¿dónde está?

Solo gracias al entrenamiento Yuri pudo mantener un rostro inexpresivo, pero por muy poco.

—Lo siento, nunca he oído hablar de esa persona.

—Ni de coña. Es una de tus agentes encubiertas, estaba asignada a una misión bajo tu mando, y no ha regresado.

—¿Por qué piensas eso?

Callum respiró hondo, conteniendo su furia.

—Es mi prometida. Se fue a una misión encubierta después de nuestras vacaciones. Se suponía que serían cinco días, y ha pasado el doble de tiempo. Ni de coña está nadie fuera de alcance tanto tiempo.

—¿Tu prometida?

—Sí. Y sí, sé que ella debería haberte informado para que me investigaran antes. Pero fue algo repentino. Entonces… ¿Qué ha pasado y dónde está? Dime que está a salvo y me largaré de aquí y no te molestaré más.

Yuri podía ver la ansiedad que quemaba a Callum bajo su enfado.

—De acuerdo, mira. Si uno de nuestros agentes está en una misión encubierta, tiene unos protocolos específicos para contactarnos. Y eso incluye varios métodos de emergencia para avisarnos de si están en problemas. Si recibimos una de esas alertas, vamos y los rescatamos. —Extendió las manos como un hombre razonable—. Y todo ha estado muy tranquilo por aquí.

—Y una mierda lo ha estado. Ha habido disturbios en Kintore cuando comenzó la Cascada de hielo. ¿Estaban allí sus estudiantes? Es la clase de estupidez que harían unos idiotas como ellos.

Una vez más, Yuri se quedó asombrado de lo cerca que estaba ese hombre de la verdad. Estaba enfadado con Savi por haberse puesto en evidencia tan mal, ¿y por qué?, ¿una aventura repentina? Cuando la encontrara su carrera en Seguridad estaría acabada.

—¿Qué estudiantes?

—Ella estaba… monitorizando a grupos de estudiantes para ti, buscando a los radicales. ¿Son los que protestaron en la Cascada de hielo?

—No, no son grupos de estudiantes lo que Seguridad vigila allí. Tienes mi palabra.

—Entonces, ¿dónde está?

—Mira, valoro tu preocupación. Es tu prometida, tienes todo el derecho de estar preocupado. Pero todo mi personal está cubierto. Y estoy seguro de que te llamará tan pronto como vuelva.

Callum se quedó quieto durante un largo rato, procesando lo que le había dicho.

—De acuerdo —asintió como si estuviera liberando magnánimamente a Yuri de un cargo grave—. Te daré un par de días.

Yuri lo vio marcharse fuera de la oficina.

—Que así sea —le dijo a la ahora vacía oficina.

Kohei entró.

—¿He oído bien? ¿Están prometidos?

—Eso parece. —Y alguien como Hepburn no mentiría en algo así. Es un idiota, ve el mundo en blanco y negro.

—¿Y qué hacemos?

—Solo nos queda una opción.

Yuri sabía que debía esperar hasta que hubiera dormido al menos. Su camisa arrugada, barba incipiente y ojos cansados, reflejaban a

alguien que no tomaba buenas decisiones. Pero no podía esperar.

*****

La oficina de Manhattan de Poi Li estaba en uno de los edificios del centro de Conexión, una ubicación temporal hasta que la nueva sede estadounidense, con vistas a Central Park, acabara de construirse. Como Yuri, no se preocupaba mucho por los artefactos caros como señal de estatus.

A Yuri no le sorprendió encontrarla en la oficina, trabajando en medio de la noche de la costa este. Muy pocos altos directivos trabajaban en la zona horaria de su oficina.

—Estás hecho una mierda —le dijo al entrar.

—Gracias.

—¿Té?

—No, llevo suficiente cafeína por hoy.

—Te recomiendo manzanilla, es suave.

Negó con la cabeza, intentando ignorar su creciente irritación.

—Tenemos un problema.

—Tú y yo no tendríamos trabajo sino hubiera problemas en el mundo.

—Muy Zen. Es Savi Chaudhri.

—¿Tu agente encubierta?

—Sí, la tienes tú, ¿no?

—No, ¿por qué dices eso?

—Revisé de nuevo nuestros registros de detención —dijo Yuri—. Me sorprendió.

—¿De qué forma?

—La idea de Akkar era buena. Provocar un apagón mientras los supercamiones recargaban, habría abierto una ventana para el control remoto de Julisa. Así habría tomado control de las TuringG3 de los camiones y hubiera dado lugar a la mayor batalla de destrucción jamás vista, estrellando a esas gargantúas entre sí, y llevándose por delante el resto de la maquinaria de paso. Esas cosas llegan a pesar cincuenta toneladas, lo habría destruido todo.

—Lo sé —dijo Poi Li—. Estaba en operaciones en activo cuando Tarli descubrió su plan.

—Sí. Y fue entonces cuando todos nos dimos cuenta de la gran cantidad de activistas que enviarían a la antigua pista de aterrizaje. Y fue entonces también cuando retiraste a los escuadrones de detención originales e incorporaste al equipo de Búsqueda y Contrataque de Arizona. Tu decisión, tu autorización.

—Originalmente elegiste que fuesen las Fuerzas de Supresión

Interna australianas las que se encargaran de las detenciones. Y yo juzgué que no eran suficientes para los ciento veinte fanáticos que había allí. Y tenía razón, el equipo de Arizona manejó muy bien la contención y detención.

—Demasiado eficientes diría, también arrestaron a Savi. No sabían que era nuestra agente. La quiero de vuelta, por favor.

—No está con nosotros.

—¿Lo has comprobado?

—Para que quede claro, sí, lo he hecho. El equipo de Arizona tenía el código de su rastreador. No está con nosotros.

Yuri se sentó en la silla y la miró con atención.

—¿Es una operación secreta y oculta de extradición ilegal de terroristas? ¿Es eso? ¿Los hemos enviado a una especie de Guantánamo en Corea del Norte, o algo así?

—Eso solo nos haría más grande el problema, ¿no crees? No puedes esconder a tanta gente y que no haya nadie que se pregunte dónde están. Los tenemos que soltar, o llevarlos a juicio, en algún momento.

—He entrevistado personalmente al único testigo de la explosión de la subestación. Me dijo que fueron los paramilitares de Arizona que tú despegaste los que se la llevaron en un vehículo. La tienes contigo.

—Un niño de nueve años que sufre el trauma de una explosión no es el más fiable de los testigos.

—¿*Sabes* que he visto a Toby Reardon? ¿Me estás vigilando?

—Solamente hubo un superviviente del ataque en la calle Fountain según el informe, ¿se equivocan?

—No —dijo Yuri, odiando haberse puesto a la defensiva así—. Mira, sé que siempre hay cagadas, especialmente en un día tan intenso y confuso como el de la semana pasada. Solamente dame acceso a los registros del equipo de Arizona. Quiero ver a quién procesaron.

—No tienes la autorización suficiente para mirar la información del equipo de Arizona. Son un equipo interno que solamente sacamos durante situaciones extremas de seguridad.

—Soy un comandante de división, ¡por Dios!

—Y ese puesto no te autoriza para ir mirando los informes del equipo de Arizona, lo siento.

—Oh, vamos, Poi, me tienes que dar algo. Déjame ir a las celdas de detención y sacarla discretamente de allí. Es de Seguridad, es uno de nosotros. No va a acudir a un cutre abogado civil de mierda.

—No puede ser.

—Entonces, hazlo tú.

—Te lo repito, no la tenemos.

—Está muerta, ¿no? Eso es lo que estás ocultado.

—Voy a hacer como que no has dicho eso.

—Esto no va a desaparecer sin más, que lo sepas.

—El caso está cerrado, Yuri. Déjalo estar. Es una orden directa.

—No soy yo tu problema —dijo suavemente—. ¿Has oído hablar de Callum Hepburn?

—¿Y cómo va a ser él el problema?

—Espera, ¿lo conoces?

—Sé de él, y no puedo decirte por qué. Pero puedo asegurarte que es un excelente empleado de Conexión.

—Pues no por mucho más tiempo. Va a dar problemas.

—¿De verdad? ¿Se ha unido a un grupo radical?

—Resulta que es el prometido de Chaudhri.

Poi Li se enderezó, su talante se esfumó instantáneamente.

—¿Qué él es qué?

—Todo lo que sé es que se fueron juntos de vacaciones a algún festival de polvos en el Caribe. Y que el resultado fue un anillo de diamantes. No se molestaron en avisar a sus departamentos.

—Eso es desafortunado —dijo—. Ahora es alguien importante en los medios.

—Exactamente. Así que déjame a Savi. Reuniré a esos idiotas desafortunados y enamorados, y todo se acaba.

—No la tengo yo.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Había alzado la voz, algo que nunca era una buena idea con Poi Li. Pero a Yuri ya no le importaba.

—Yuri. Por favor. De verdad que no la tenemos, tienes mi palabra. Lo he comprobado. Y por favor, no me llames mentirosa a la cara, sería malo para los dos. Está cerrado. Acéptalo y déjalo atrás.

Yuri se tomó un momento, pero al final asintió.

—De acuerdo —no podía permitirse desafiar a Poi Li, no directamente al menos.

*****

—¿Cómo ha ido? —preguntó Kohei cuando llegó a la oficina de Sidney.

Yuri se desplomó en la silla de su escritorio. Y Boris encendió todas las pantallas, que seguían mostrando los mismos datos que antes, y que, como antes, seguían sin decirle nada.

—Tengo una pregunta —le dijo a su segundo—. Si eres un criminal y estás metido con las manos en la masa en un acto criminal serio, y entonces alguien te ataca. ¿A quién te quejas? ¿Y qué dirías? «*Oye que, cuando estaba intentando sabotear ciento de millones de vatiodólares en*

maquinaria, alguien me dio una paliza, me amenazó y ahora estoy aterrorizado por mi vida».

—Haces un trato —dijo Kohei inmediatamente—. Vas al programa de protección de testigos a cambio de testificar.

—Es bonito en el papel. Pero en realidad, la protección de testigos es para informantes de crimen organizado, que puedan echar abajo al cártel entero. Dudo que a ningún radical de los que están destruyendo material fuesen a recibir el mismo trato.

—¿Te refieres a los ecoradicales de Akkar que intentaron acceder a nuestros supercamiones?

—Sí. Fueron detenidos por una subdivisión de Seguridad de Conexión llamada Equipo de Búsqueda y Contrataque de Arizona.

—¿Tienen la autoridad para operar en Australia?

—Sí. Tienen una oficina registrada aquí, en el edificio, y además, licencia de policía privada emitida por el mismo gobierno. Lo que les permite detener a gente que esté cometiendo un acto criminal, que luego han de llevar al departamento local de justicia con la evidencia de su presunta culpabilidad.

—Vale —dijo aprobadoramente Kohei—. ¿Y si mantienen incomunicados a esos sospechosos?

—¿Y quién no notaría su desaparición? —dijo Yuri. Se masajeó las sienes, aunque no le quitó la fatiga que le drenaba la energía de su cuerpo y pensamientos—. Había más de ciento veinte.

—¿Incluyendo a Savi?

—Según cómo me ha amenazado parece que sí. Pero siendo ciento veinte personas, quizás incluso más… Alguno de ellos ha de tener familia o amigos que estén montando un escándalo. Poi no puede hacerlos desaparecer con impunidad. ¿O sí?

—¿Hubo algún testigo? —preguntó Kohei—. Todo sucedió en la antigua pista de aterrizaje, que es nuestra jurisdicción.

—Pero Nueva York tiene todos los informes.

—Mierda, Poi Li es concienzuda.

—La gente de Akkar eran activistas muy bien escogidos, totalmente dedicados. La última cosa que harían antes de hacer algo así sería decírselo a alguien. Así que van a tener que pasar días antes de que nadie comience a hacer preguntas. Semanas antes de que empiecen siquiera a preocuparse. E incluso si consiguieras que algún oficial empezara a investigar en tu nombre, no hay evidencia alguna que los vincule a todos. Nadie, aparte de nosotros, sabe que formaban un grupo. Como tapaderas autorealizadas son impresionantes.

—No puedes hacer desaparecer a tantísima gente en estos tiempos —dijo Kohei—. La localización se filtraría. Algún listo lo vería con un

dron.

—No me puedo creer que Poi Li nos apartase de esta forma sin que hubiera una maldita razón —replicó Yuri—. Sabemos que el equipo de Arizona recogió a Savi después de la explosión. Y Poi Li jura que los chicos de Arizona no la han cagado. Dice que lo ha comprobado personalmente.

—Entonces lo que pasa, ¿es que tiene miedo de que los medios descubran algo de lo que ha pasado? Cristo. Jefe, ¿qué le han hecho a esta gente? ¿Estamos trabajando para psicópatas?

—No lo sé, y eso es malo, da igual como lo mires. Si Savi ha muerto porque no la trataron a tiempo, ¿por qué no nos devuelven su cuerpo? ¿Por qué dejarlo así? ¡No tiene puñetero sentido!

—Entonces, ¿abandonamos?

—Savi es una de los míos. —Yuri cerró los ojos, intentando luchar contra el cansancio, que no le dejaba pensar bien—. Me iré a casa a dormir un poco. Necesito tener la cabeza despejada para decidir qué hacer a continuación.

*****

Callum llegó a la calle principal de Kintore por uno de los portales. Era media tarde, y la ciudad había estado tostándose bajo el sol del desierto desde hacía diez horas. No estaba preparado para el calor, ni para el seco aire que inhalaba cada vez que respiraba. Empezó a sudar por todo el cuerpo, a pesar de que solo llevaba unos pantalones cortos y una camiseta violeta, además de un protector solar de factor cincuenta. Rebuscó en la mochila su nueva mascarilla y se la puso.

Apolo le envió un mapa a la pantalla de sus gafas, y empezó caminar por la calle, siguiendo las direcciones que le marcaba. Muy pocos de los edificios llenos de arena tenían un segundo piso. ¿Para qué molestarse? Las casas prefabricadas de un único piso eran más baratas, y la tierra lo era aún más, así que si alguien quería una casa grande solo necesitaba expandirse más. O al menos habían sido baratas hasta hacía una semana, cuando el hielo empezó a caer al desierto.

Hacia el oeste pudo ver un denso cúmulo de nubes inquietantemente quietas, que se elevaban del hielo sobre la arena roja. Los trozos de hielo cubrían ya un área de más de dos kilómetros, y eso con solo cinco de las grandes aeronaves preparadas. Estaban programadas otras tres para que se unieran al escuadrón antes de acabar el mes, y unas quince más en un año. El agua fundida fluía ahora a lo largo de los canales, empapando la árida arena y avanzando un poquito más cada día. Mientras tanto, en el aire, el vapor helado

estaba creando un microclima diferente a los patrones clásicos, los del aletargado viento del desierto. Habían empezado a soplar brisas regulares en las calles de Kintore, conforme el frío atraía el aire de la costa norte. Por ahora lo que traía era más polvo, pero, en unos seis meses, los climatólogos de Water Desert predecían que también atraerían nubes al interior del continente, acelerando el cambio. En un par de años, Kintore se convertiría en el nuevo, y más emocionante, oasis del planeta. El dinero fluiría como la inédita lluvia, y los especuladores ya habían comenzado a comprar parcelas a lo largo de los canales.

Pero por ahora, Kintore seguía con su clima extremo, y era residencia de duros trabajadores, repartidos junto a los establecimientos comerciales que les proveían de lo que necesitasen. Callum observó los letreros holográficos o de neón que había encima de los pequeños comercios. Se detuvo en el Granite Shelf, otra casa prefabricada de grandes ventanas y tres enormes motores de aire acondicionado al final de la fachada. El letrero azul brillante era más nuevo que la casa prefabricada que coronaba.

Raina lo encontró por él, por supuesto. Después de que Yuri Alster le cerrase las opciones, le contó a su equipo que de hecho había ido a nada más y nada menos que pronunciar los votos con una mujer, y que era de Seguridad, y encubierta. Que había desaparecido, y que sospechaba que la compañía estaba preparando alguna forma de lavarse las manos.

—Lo puto mismo de siempre —gruñó Raina.

Todos le apoyaron, ofreciéndole su ayuda.

—Lo que sea, jefe. Lo que necesites.

Se emocionó al escucharlos, aunque era solo la experiencia de Raina lo que necesitaba de momento.

El mInet de Savi, Nelson, podría estar desconectado, pero eso no significaba que estuviera completamente anónima, le explicó Raina. Si estaba encubierta, necesitaría usar una identidad mInet diferente. No tenían su dirección universal, pero las semillas dérmicas de Savi podrían haber tenido actividad de red. Todas tenían una clave de interfaz única, que se incorporaba a los metadatos del mInet. Raina tardó menos de una hora en rastrear esas claves, había sacado los datos de una clínica de Mumbai que se los implantó hacía cinco años. Que una carared tuviese tanta información accesible, con tanta facilidad, tanto impresionaba como perturbaba a Callum.

Si Savi había usado la conexión mInet para llamar a alguien o acceder a internet, quedaría registrado en el servidor local, le dijo Raina. Todo lo que necesitaba era una posible localización, y ella

entraría en los servidores. Y un motor de búsqueda encontraría la información.

La única idea de Callum fue sugerir que la localización fuese Kintore. Le pareció evidente cuando se enfrentó a Yuri. Desde hacía más de un año la Cascada de hielo había sido el mayor objeto de protestas anti-Conexión, era también la causa a la que se unirían los estudiantes radicales o, al menos, para la que serían más fácilmente manipulados a unirse. Y eso es lo que Savi investigaba.

Quizás Parvati le había sonreído en su misión. En fin. Había acertado con Kintore. Le había llevado a Raina noventa y siete minutos rastrear las semillas de Savi. Estaba conectada con un mInet llamada Misra, que había autorizado el pago de varias comidas en Granite Shelf. Lo último había sido un *croissant* y un zumo de naranja la mañana en la que había comenzado la Cascada de hielo, unas horas antes de las protestas. Después, no había nada en toda Kintore.

Callum entró en el café y se sentó. Le pidió a la camarera zumo de naranja y un *croissant*. Cuando pagó, le enseñó una imagen de Savi y le preguntó si la reconocía.

No.

Había tres camareras en ese turno, y les preguntó a todas. Dos dijeron que no, y la otra dudó, dijo que tal vez. El Granite Shelf era un lugar concurrido, le dijo, cada día atendían a un par de cientos de personas, su chica podría haber venido un par de veces, no tan elegante como en esa foto, pero sí que estuvo hace un tiempo.

El alivio que sintió Callum fue tan grande que necesitó sentarse un rato. Apolo llamó a Raina por él.

—Una de las camareras cree que la ha visto —dijo.

—Más le vale —contestó Raina—, he hackeado el servidor principal del café. Tengo los vídeos de seguridad y he buscado el día que hizo su último pago. Te lo envío.

Callum vio las imágenes reproducirse en sus gafas, sin reconocer a la Savi que veía allí, sus ropas andrajosas, el sombrero y la mochila. *Es buena como encubierta*, pensó admirado. La ropa y el estilo de pelo la rejuvenecían bastantes años. La típica estudiante, quizá de año sabático.

Se la veía salir del Granite Shelf esa mañana, girar a la derecha y caminar por la calle principal.

—Voy a mirar si consigo más vídeos en los que salga ella —dijo Raina—. Aunque muchas de las cámaras de vigilancia en Kintore tienen las grabaciones almacenadas en la nube, especialmente las de la ciudad que cubren las calles. Hackearlas será un poco más difícil.

—Haz lo que puedas, Raina —le dijo.

Abandonó el Granite Shelf y giró a la derecha, tal como Savi. El próximo café era el Alcides, que servía comida portuguesa. Se sentó a una mesa y le enseñó la foto de Savi a un camarero. Luego a una tienda de impresión de ropa. De impresión de comida. Bugez mart. Un bar. No se molestó en ir al banco. Y luego otro café.

En el cielo podía verse un crepúsculo de color rosa cuando salió del café. Estaban ya encendidas las farolas, luces de color azul verdosos se delineaban en el aire lleno de arena. Había más gente ahora en la calle, aunque la temperatura no es que hubiera bajado. Aún podía sentir como el suelo irradiaba el calor del día.

—Creo que la tengo, girando hacia Rosewalk —dijo Raina—. Cerca de donde estás. Aunque la imagen tampoco es que se vea muy bien.

—Estás consiguiendo mucho más que yo —dijo—. El propietario de la tienda de comida me ha dicho que quizá la tuvo como clienta. Aunque no podía ni precisar cuándo fue eso.

—No hay muchas cámaras en Rosewalk, parece que es una zona residencial.

—Iré a echar un ojo. —Apolo le envió el mapa, y empezó a caminar.

Salieron tres hombres de un bar justo delante de él. Se desvió para no chocarse con ellos.

—La señal de internet está degradándose —dijo Apolo.

—¿Cómo?

—Pierdo la señal de la red. Incapaz de reconectarme. Mi recepción está sujeta a una sobrecarga de accesos.

—¿Cómo es eso posible?

Los tres hombres del bar se movieron directamente hacia él.

—Oh, mierda —gruñó Callum. Se dio la vuelta rápidamente. Había dos hombres a su espalda. Uno llevaba un traje elegante, tenía un bastón eléctrico, y sonreía en anticipación a lo que iba a pasar.

—¿Quieres salir por patas? —se burló el hombre trajeado.

Callum había participado solo en un par de peleas de bar, y había sido con gente de su propia edad, en la universidad, muchos empujones con alcohol, todos borrachos y cargados de insultos. Los porteros del bar entraban y terminaban rápidamente con el asunto. Esos cinco hombres parecían capaces de poder destrozar a los porteros como calentamiento.

—No llevo mucho dinero encima —dijo Callum, esperando que su voz no sonara muy entrecortada. *Estoy en la calle principal. ¿Cómo es que no está nadie llamando a la policía?*

—Por aquí, colega —dijo uno de los que habían salido del bar.

Callum miró a la estrecha calle que estaba señalando y empezó a

entrar en pánico.

—Mirad, tengo un smartCuff. Puedo borrar el código universal y la aplicación de rastreo. Es de gama alta, vale mucho.

—Eso estaría de puta madre, si nos interesase tu dinero.

—O tu cuerpo —se burló otro.

—Muévete.

Esta era su última oportunidad de intentar huir. Temía profundamente la paliza que seguro que le iban a dar, acabar en un hospital no iba ayudar a Savi. Aunque por supuesto, que le forzasen a entrar a ese callejón oscuro tampoco era exactamente muy prometedor…

Una mano lo empujó por la espalda. Se tensó. Si corría a la derecha seguiría directamente por la calle principal. *No me seguirían allí, ¿no?*

El bastón eléctrico le pinchó en la parte posterior de la rodilla. Tenía que haber sido con una potencia baja. Aun así, gimió ante ese repentino dolor, pero no llegó al suelo con la sacudida de su pierna.

—No corras —le amenazó.

Humillado y muerto de miedo, se fue con ellos.

Raina sabrá que la conexión había sido deliberadamente cortada. Hacheará las cámaras y los verá llevándome a ese callejón. Llamará a la policía, o a nuestros oficiales locales de Seguridad. Me ayudará, me sacará de esto. Vamos, Raina. ¡Vamos!

Giraron por otra calle, y luego fueron avanzando y girando en distintas callejuelas. El mapa de Apolo iba registrando cada giro, trazando la ruta. Podía seguir cada paso que le obligaban a dar.

Como si eso ayudase una mierda.

Pasados siete minutos y treinta y ocho segundos llegaron a una puerta persiana de un hotel cápsula que estaba siendo remodelado. La puerta traqueteó al abrirse, y lo empujaron a la oscuridad de su interior. La puerta traqueteó de nuevo al cerrarse. Entonces se encendieron las luces.

Era un almacén, con estanterías de metal vacías en las paredes y un montón de polvo en el suelo de cemento. El aire era caliente y rancio. Justo en el medio había una silla robusta de madera con cuatro esposas, dos para los brazos y las otros dos para las piernas.

Callum la miró y…

El bastón eléctrico lo golpeó. Esta vez a plena potencia. Solamente los músculos de su garganta parecían ser capaz de responder, y gritó mientras se desplomaba. El bastón volvió a golpearle, y el universo se disolvió ante el terrible dolor que sentía. Su cuerpo se dobló y aulló, hasta que perdió el sentido.

Sentía el cuerpo ardiendo, sensación que desapareció lentamente, dejándolo con dolorosos calambres. Su vista regresó, o al menos podía ver los rayos de luz que entraban en la oscuridad. Intentó parpadear para ver mejor. El temblor no se detenía, y no podía mover las manos.

Lo habían atado en la silla, las muñecas y los tobillos.

—Oh, mierda. Mierda. Mierda.

Sus gafas o se habían caído, o se las habían quitado. Lo que sea, ya no las tenía. Al mirar la muñeca vio que le habían sacado también su smartCuff.

—¿Apolo? —susurró.

Una mano lo golpeó con fuerza en la cabeza.

—No lo vuelvas a hacer, tu mInet ha muerto. Estás solo.

Las estrellitas rojas de su vista fueron desapareciendo. Había un hombre delante suyo. Alto, africano, con la cabeza rapada perlada de sudor, y los brazos cubiertos de tatuajes. Llevaba una camiseta negra con el dibujo de un prisma de cristal dividiendo un haz de luz en un arcoíris.

—Yo también tengo ese álbum. —Callum se reía con pura histeria.

—¿Qué?

—Pink Floyd. *Dark Side of the Moon*. Un clásico, pero no tan bueno como *Wish you were here*.

—Capullo —gruñó el hombre. Volvió a golpearlo, esta vez al otro lado de la cara.

El dolor le atravesó el oído y sintió el sabor de la sangre.

—¡Joder, hostia!, ¿a qué viene esto?

—¿Dónde están? ¿A dónde os los habéis llevado?

—¿Qué? ¿Quién?

—Mi gente.

—¿Qué coño? —Callum miró como la mano volvía a elevarse amenazadoramente—. ¿Qué gente? Espera, ¿quién te crees que soy?

—Sé exactamente quién eres, Callum Hepburn. —El africano le mostró un papel impreso de la foto publicitaria de él con Ainsley en la península de Greenwich—. El nuevo chico de oro de Conexión. Que salvó al Norte de Europa de la radiación. El mundo te está tan agradecido.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Y quién coño eres?

El hombre levantó su mano de nuevo y Callum se encogió.

—¿Dónde están?

—¿Quién? —Callum gritó, mucho más asustado que antes, no solo por él sino sobre todo por Savi. Si estos eran los estudiantes radicales con los que había estado…

—O eres un idiota o un gran actor.

—No estoy actuando, joder. ¡No sé de quienes hablas o a que te estás refiriendo!

El hombre rodeó la silla. Callum intentó girarse y mirarle, temiendo que lo golpeara por detrás. Pero regresó de nuevo, con un vaso de agua.

—Explícame que es lo que necesitas saber —dijo Callum, desesperado—. Con exactitud. Si lo sé, te lo diré. ¡Virgen Santa! —Tuvo que echar la cabeza hacia atrás, pues el hombre estaba de pie justo enfrente suyo.

—Me llamo Akkar, pero creo que ya lo sabes, chico de la compañía.

—No. Y tampoco me importa.

Lentamente Akkar fue inclinando el vaso, vertiendo el agua sobre la entrepierna de Callum.

—¿Qué? —Callum miró los pantalones mojados y luego a su captor —. ¿Qué coño?

—Para animarte a que cuentes la verdad —dijo Akkar—. Nos llevó años y años de investigación, pero descubrimos que el agua mejora la conductividad de la piel. —Sonrió burlonamente—. ¿Quién se lo habría imaginado?

El hombre de traje se acercó a la silla, y se quedó de pie, sonriendo a Callum, sosteniendo el bastón eléctrico.

La sonrisa de Akkar era vacía.

—Dimon, ¿qué carga se necesita para freírle los huevos a un hombre?

Dimon palmeó el bastón eléctrico.

—No te preocupes, jefe, tenemos más que suficiente.

¡No! —gritó Callum—. ¡Joder! Te diré todo lo que quieras saber, pero no tengo ni idea de qué es. ¡Dímelo! Explícamelo, ¡joder! ¿Qué pasa?

—El primer día de la cascada —dijo Akkar—. Los míos fueron a las instalaciones de mantenimiento de Water Desert. ¿Te parece que soy lo bastante claro?

—Sé que hubo una revuelta en el mirador ese día —dijo Callum desesperado—. ¿Te refieres a eso?

—No, Callum Hepburn, no me refiero a eso. Ciento veintisiete activistas fueron a ese complejo. Iban a dar el mayor golpe posible a los corporativistas criminales que han venido a violar el desierto. Un golpe que me llevó más de un año idear. —Rápidamente le agarró con la mano la barbilla a Callum—. Ciento veintisiete, chico de la compañía. Ninguno ha regresado a casa. ¿Dónde están?

—No lo sé —dijo Callum—. No estaba allí. Trabajo en Emergencias

de Tóxicos, ¡por Dios! Me importa una mierda vuestro estúpido desierto. A nadie le importa, solo a frikis como a vosotros.

—Primero fueron a por los pedruscos del espacio y se los quedaron, diciendo que ahora les pertenecían a ellos —dijo Akkar en un tono bajo y peligroso—. Y no hicimos nada, porque al fin y al cabo eran solo rocas. Pero entonces vinieron a por el desierto… ¿lo entiendes? ¿Sabes ya qué está pasando? Pero esta vez, chico de la compañía, esta vez, no les vamos a dejar destrozar lo que la naturaleza nos ha dado a los humanos, esta preciosa Tierra nos pertenece a todos. Son muchos los que piensan igual que yo, y nuestros números no paran de crecer, aceptan la verdad de nuestra causa.

Callum miró a su captor de la forma más despectiva de la que fue capaz.

—Solamente he visto a seis de vosotros. Esta no es una causa de una minoría oprimida, sino un problema de cordura.

Golpearon a Callum con el bastón eléctrico en las piernas. Gritó, aunque luego se dio cuenta de que no había habido ninguna descarga eléctrica.

Los dos hombres se pusieron a reír.

—¡Iros a la mierda! —gritó—. Espero que Conexión os ahogue en el hielo derretido. Espero que lo último que veáis sean las plantas conquistando cada inútil pedazo de mierda de vuestro infierno de desierto. Espero que el agua pudra vuestros cuerpos y los convierta en fertilizante para que crezcan aún más plantas. Esa es la única forma en que idiotas como vosotros podríais ayudar al medioambiente.

—Me parece que habla en serio.

—Sí, tienes razón.

Callum los miró.

—¡Sois unos completos idiotas! Ciento veinte siete personas no desaparecen. Eso es… eso es… una locura. Tenéis la cabeza jodida por vuestras teorías conspiratorias de mierda.

—Tienes razón, Callum Hepburn. La gente no desaparece. Es una locura. —Akkar mostró la fotografía de Savi y se la tiró a la cara de Callum—. Entonces, ¿dónde está?

—Yo… yo… —Callum sabía que ahora mismo la culpa lo podría iluminar como una llamarada solar—. Ella no es…

—¿No es qué?

—No es uno de vosotros. —Sabía que lo estaba revelando todo, pero no le importaba. Conocían a Savi y había desaparecido juntos a sus seguidores maniacos. Callum no podía imaginar una solución peor, pero era la única que tenía. Lo acercaría un paso más a ella.

—¿Quién es ella? —preguntó Akkar en un susurro furioso.

—Es mi jodida esposa, ¡pedazo de mierda! Y si le has tocado un pelo de la cabeza, ¡te mataré!

Akkar le arrebató el bastón eléctrico a Dimon, y lo clavó en el pecho de Callum. El dolor fue abismal. Callum se retorció de dolor, impotente, incapaz de pensar, convertido en angustia y gritos.

Dimon cogió la mano de Akkar, apartando el bastón.

—Tú no eres así, amigo mío. Lo necesitamos hablando, no gritando.

Akkar asintió de mala gana, pero debajo de su ira miraba confundido a Callum.

—Explícate. ¿Tu mujer?

Callum tosió dolorido, su cuerpo aun temblando.

—Sí, mi mujer. ¿Por qué crees que estoy en esta ciudad de mierda preguntando si la han visto? La quiero de vuelta conmigo.

Akkar y Dimon intercambiaron una mirada, a lo que a los ojos de Callum era mala señal.

—¿Cuál es su nombre?

—Savi Hepburn. —Sabía que no tendría que haberles respondido, pero era solo un nombre. Y si parecía que les ayudaba, que cooperaba, quizás soltaban algo sin querer, dónde podría estar…

—Una agente encubierta de Conexión —dijo Akkar furioso—. Nos montó una trampa. ¡Tu zorra nos ha hecho esto!

Callum lo miró.

—Sí, ¿y qué? Os ha superado a todos, lo que no debería ser muy difícil. ¿Dónde la vistes por última vez?

Akkar lo miró fijamente.

—Nos ha traicionado. Me aseguraré de que vea cómo te rebano el puto cuello.

—Antes tienes que encontrarla. ¿Cuándo fue la última vez que la viste? ¡Vamos! ¿Cuándo?

—Yo soy el que hago las preguntas, niñato de la compañía.

—Sí, cierto. Así que intenta hacerte algunas preguntas. Tú que estás escondido en una puta pocilga, en una casa prefabricada en Kintore, ¿cómo vas a meterte en Conexión para encontrar a tu preciosa gente? ¿Cómo puedes reclutar a alguien de allí? ¿Alguien del que nunca sospecharían? ¿Alguien que está bastante más desesperado que tú en descubrir qué coño ha pasado? ¿Alguna idea? ¿Algún nombre quizás?

Akkar lo miró incrédulo.

—¿Quieres trabajar con nosotros?

—Antes me arrancaría la puta pierna a mordiscos. ¿Pero qué

opciones nos quedan?

—Ni de coña —dijo Dimon.

—¿De verdad? Vamos, entonces —les desafió Callum—. Planteemos vuestras opciones. Savi está en Seguridad. Os ha estado observando, grabando cada detalle de vuestra patética causa medioambiental. Seguridad lo sabe. Una compañía multibillonaria con un presupuesto de seguridad más grande que la CIA. La única cosa, la única cosa que no saben, es vuestra localización. Pero no podéis iros de Kintore, ¿no? No a través de un portal, y cualquier dron o satélite dará la alarma en cuanto cojáis un vehículo. Estáis en una cárcel igual de encerrados que vuestros compañeros perdidos. Con mejor comida, quizá, y paredes invisibles. Pero aquí es donde pasaréis el puñetero resto de vuestras vidas, con drones de vigilancia y TuringG5 buscándoos por internet, probablemente no aguantéis más de una semana. Así que, decidme, explicadme vuestro plan supermaestro, en el que los salváis a todos, donde sea que estén. ¿Tenéis quizá una dirección?

—¿Cómo puede ser que Osha este también desaparecida? —preguntó Akkar.

—¿Quién?

—Tu mujer, es el nombre que nos dio. Si está en Seguridad, ¿por qué está desaparecida?

—No lo sé, no fui ni capaz de que el bastardo de su jefe reconociera que trabajaba para ellos. —Movió las muñecas esposadas—. Liberadme, vamos. Tenemos que decidir qué vamos a hacer ahora.

—Ciento veintisiete personas han desaparecido, Callum. Incluido uno de los suyos, si es verdad lo que dices. Lo único que vamos a encontrar son sus tumbas.

—No —gritó Callum. Tiró con fuerza de las esposas, como si pudiera liberarse él mismo—. Está viva. Sé que eres tan paranoico como para creer que Conexión podría asesinar a tanta gente sin problemas, forma parte del triste y desgraciado mundo de conspiraciones de mierda en el que vives. Pero no es verdad. Y me he encontrado con Ainsley. Es un hombre de negocios listo e implacable, seguro, pero no es el puto Hitler.

—No habrá ninguna tumba —dijo Dimon—. La estación Haumea se libra de todos los problemas de Conexión, de toda evidencia.

—Bzzzt. ¡Error! ¿Has estado en la estación de Haumea? Yo sí. Voy cada semana, conozco cada cámara. He visto como la basura tóxica de nuestros abuelos era lanzada al espacio.

—Si no es Haumea, entonces será en otro asteroide desconocido. Es una gran compañía, como dijiste. Con recursos infinitos.

—¡Esta viva! —gritó Callum—. Ahora liberadme de una puta vez. Voy a encontrarla, con o sin vosotros. ¿No queréis saber dónde están vuestros amigos o qué? Porque yo soy vuestra única esperanza de saberlo.

Después de un largo rato, Akkar asintió. Dimon suspiró disconforme, pero se acercó y liberó a Callum de las esposas.

—De acuerdo, niñato de la compañía —dijo Akkar—. ¿Qué hacemos?

Callum se restregó las marcas rojas de sus muñecas.

—Una extradición ilegal, eso es lo que tiene que haber pasado, ¿no? Están todos en un profundo agujero, en alguna parte: una mina abandonada, un volcán vacío, en Corea del Norte. Estamos todos de acuerdo, ¿no?

—Sí.

—Entonces solamente hay una cosa que podemos hacer. Han desaparecido por la madriguera del conejo. Y ahora tenemos que lanzarnos tras ellos.

*****

El sol se había puesto hacía dos horas, el horizonte de Sidney brillaba ahora con neones y luces de oficinas. Como siempre, Yuri no se había dado cuenta.

—Hay movimiento, jefe —dijo Kohei Yamada sin aliento.

Yuri dejó de mirar las pantallas de su mesa para ver a su subordinado de pie en el marco de la puerta, sonriendo emocionado.

—¿Movimiento?

—Dimon se ha asomado. Operaciones lo está siguiendo.

—¿Ahora?

—Sí. ¡Estamos en acción!

—Hostia.

Los dos recorrieron rápidamente el camino a operaciones activas. El jefe de operaciones era Omri Toth. Levantó el pulgar al ver a Yuri.

—Reconocimiento facial, se le ha visto fuera de la estación de Kintore hace cinco minutos.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Yuri.

—No se ha ido a ningún lugar.

—Enséñamelo.

Omri le hizo una seña a Tarli, que estaba en una de las mesas. Yuri miró entonces a la pantalla principal al frente de la sala. Mostraba la cámara de la estación de Kintore, una sala hexagonal verde y blanca con cuatro portales, dos urbanos, y los otros dos para ir a la estación central Territorio Norte.

—Hace siete minutos —dijo Tarli.

Yuri vio a Dimon de pie en la barrera de entrada de la estación, mirando alrededor con atención. El hombretón se quedó un par de minutos observando a los peatones ir y venir, y entonces se fue.

—Su localización actual está a veinte metros de distancia —dijo Omri, con un tono divertido.

La imagen cambió a una cámara externa del edificio de la estación. Sin lugar a dudas, Dimon estaba simplemente en la calle principal.

—Kohei, pásame al capitán en activo de la estación central Territorio Norte —dijo Yuri—. Y pon a nuestro equipo de intervención en alerta.

—Sí, jefe.

—Y nada de policía nacional. Que esto quede en casa.

Miró a Dimon, que seguía tal cual en la calle principal. Llevaba uno de sus trajes grises marengo, que debía ser abrasadoramente caluroso en la tarde de Kintore.

—¿Su mInet está usando internet? —preguntó Yuri.

—Difícil de decir —dijo Tarli—. Voy a poner en marcha a nuestra TuringG5 en los servidores de la zona a ver si puedo identificar su señal digital.

Boris le envió un icono de comunicación en la pantalla de las gafas de Yuri.

—Capitán Dalager, jefe de seguridad de la red del Territorio Norte.

—Sí, capitán —dijo Yuri—. Tenemos actividad en la estación de Kintore. Un sospechoso de nuestra lista de los más buscados puede aparecer en la estación central. Necesito que la vayas cerrando.

—¿Señor?

—Ya me has oído. Deja que los que están en la estación pasen, pero luego cierra las barreras y cualquier portal que lleve fuera de Kintore. Bajo mi autoridad.

—¡Va a ser un caos!

—No me importa. Una vez que la estación esté vacía, despliega al equipo de intervención táctica y arréstalo. Quiero que venga directamente a nosotros, estad atentos.

—Sí, señor.

Omri estaba riendo entre dientes.

—Joder, control regional te va a matar. Si cierras la central dejas cerrada toda la zona norte de Australia.

—Hubnav los reconducirá por una red secundaria, por eso tenemos redundancia múltiple ¿no? La gente tardará treinta segundos más, eso es todo.

—Mientras no me arrastren a mí a dirección corporativa para dar

explicaciones.

—No lo harán. Ahora, pon a todos los drones espías de Kintore en el aire. No perdáis a Dimon. No me importa la discreción. Tenemos que atraparle.

—Ya están en marcha.

—Tarli —dijo Yuri en voz baja—. Abre un caché secundario y copia allí todos los archivos de la operación. Con mi acceso, no a Nueva York.

—De acuerdo, jefe.

—Boris, notifica a Poi Li que tenemos una operación en marcha.

—¡Es él! —exclamó Tarli.

—¿Quién? —Yuri miró la pantalla.

—Akkar. Ese uniforme no engaña a nadie.

Yuri sintió crecer su entusiasmo cuando vio al alto ecoguerrero bajando por la calle principal hacia Dimon.

—No se atreverá —susurró.

Akkar llevaba la chaqueta marrón y verde de los mensajeros de StepSmart, junto con unos pantalones cortos a juego. La bandolera de lona estándar de la empresa colgaba del hombro. Su gorra con visera la llevaba hacia abajo hasta casi rozar sus gafas. Eso, junto a la barba de varios días que lucía, podría confundir muy posiblemente a un programa de reconocimiento facial de bajo nivel, pero no a los de operaciones.

—Diez dólares a que lo va a intentar —dijo Kohei.

—¡Joder! —dijo Omri—. Dimon estaba buscándolo. Esta gente no usa internet para nada. Menudos fanáticos de los viejos métodos.

—Síguelos —gritó Yuri—. Kohei, conmigo. Dalager, vacía la estación ya. Nuestro sospechoso está cerca.

Salió corriendo de operaciones. Había un portal veinte metros más allá. Boris le indicó una ruta hacia la estación central Territorio Norte. El portal lo llevó a la red interna de Conexión. Giró a la izquierda, dos portales más, otro giro a la derecha en la intersección de portales. Tres seguidos…

El icono de Poi Li apareció.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Akkar ha aparecido. Lo vamos a detener ahora.

—Vale, recibo la transmisión. Lo veo. ¿Qué lleva en la bandolera?

—No lo sabemos. Los sensores de los portales avisarán de cualquier peligro.

—No lo quiero en la estación central.

—Si llevo ahora al equipo táctico a Kintore, huirá.

—Pueden perseguirle —dijo.

—No hay tiempo. Que pase por el portal, y será contenido en nuestro territorio.

—Necesito una decisión —dijo Omri—. Akkar está a diez metros de la estación de Kintore.

—Si la bandolera es una bomba, y su intención es suicidarse no podemos dejarle en la calle principal de Kintore —gritó Yuri—. Hay demasiada gente.

—La estación central está casi vacía —confirmó Dalager—. El equipo está asumiendo ya las posiciones de intercepción.

—De acuerdo —dijo Poi Li—. Que pase.

—Dimon se está alejando —dijo Omri.

—Que lo sigan los drones —dijo Yuri.

—Buena idea —dijo Poi Li—. Envíame la transmisión de su ruta, voy a enviar a un equipo por el portal de C&STG, lo interceptarán antes de que vuelva a desaparecer.

Yuri casi sonrió ante el deja vú. Era exactamente como en la inauguración de la cascada, cuando Poi Li intervino, metiendo a los suyos en la operación, pero ahora no tenía la exclusividad de la información.

—Diles que tengan cuidado —dijo—. Akkar es el cerebro, pero Dimon es el músculo. Estará armado probablemente.

—Tengo acceso al archivo, gracias, Yuri —dijo Poi Li.

Yuri atravesó corriendo el último portal. Estaba en un pasillo sin ventanas. Al final de la estación había una puerta doble cerrada. Boris le envió su código de acceso, y los cierres se abrieron.

—Está en la estación de Kintore dijo Omri. Usando su código de monedero. Ahora en la barrera.

—Los escáneres han detectado algún tipo de botella en la bandolera —gritó Tarli.

—¿Es un arma?

—Es una botella de metal. No pueden escanear el interior. No hay rastros de moléculas residuales. Va a ir a la central…

—Dalager, ¡intercéptalo! —dijo Yuri. Pasó por las puertas dobles, con Kohei detrás suyo. Y llegaron disparados a la estación central, a un cuarto de circunferencia del portal de Kintore. Los gritos resonaron, siniestros ecos en el espacio vacío.

—¡Abajo!

—¡De rodillas!

—¡Las manos dónde podamos verlas!

—¡Abajo! ¡Abajo!

—¡No te muevas!

Más adelante, Yuri vio el portal de Kintore. Akkar estaba enfrente,

de rodillas, con las manos levantadas. Y había cinco personas con armadura ligera que se acercaban a él, con los fusiles levantados, y láseres de color rubí cortando el aire y agrupándose sobre el corazón de Akkar.

Yuri se detuvo detrás de los soldados.

—¿Qué hay en la bandolera, Akkar?

Akkar sonrió con tristeza.

—Ábrela y lo descubrirás.

—Ponla en el suelo lentamente —dijo el líder del equipo táctico—. Hay demasiada potencia de fuego aquí como para arriesgarse a poner nervioso a nadie.

Akkar se quitó la bandolera de StepSmart que llevaba al hombro, sujetándolo por la correa, y una sonrisa se extendió por su rostro. A Yuri no le gustó nada esa sonrisa, pero lo tenían todo previsto. *A menos que se vaya a suicidar. Pero no es el tipo de persona que haría algo así, según Savi.*

—¿Te refieres a esta bandolera?

—Estás acabado, Akkar —dijo Yuri—. Déjala en el suelo.

Akkar lo miró durante un largo rato, y entonces su desafío se derrumbó y puso la bolsa en el suelo de baldosas brillantes. Levantó las manos.

Unos momentos después el equipo de respuesta táctico esposó sus muñecas y se lo llevó. Yuri y Kohei miraron la bandolera nerviosos.

—El escuadrón de explosivos está de camino —dijo Omri—. Noventa segundos.

—No creo que debamos de estar tan cerca —dijo Kohei—. No tenemos nada que contribuir en este punto.

—Sí —gruñó Yuri. Los dos se alejaron, siguiendo la curva de la estación.

Los tres miembros del escuadrón de explosivos entraron corriendo por la puerta doble por la que acababa de pasar Yuri, su ancha armadura parecía una parodia de un disfraz de sumo. Un remotez les seguía, moviendo las patas a una velocidad que le costaba seguir. El manipulador arácnido abrazó el cilindro metálico de la bolsa.

—Omri —preguntó Yuri—. ¿Cómo va Dimon?

Boris inmediatamente le mostró la cámara de un dron en la pantalla de sus lentes. Mirando el monótono negro y verde de la circuitería de amplificación de luz, vio a Dimon dirigiéndose hacia un gran almacén, con un letrero de Warbi Crude Metal Corp en el hastial.

—¡Puñetas! —exclamó Tarli.

—¿Qué sucede? —preguntó Yuri mientras las imágenes de la cámara parpadeaban.

—Tienen contramedidas electrónicas activas, casi de nivel militar. No puedo acercar más a los drones, o los perderé.

—Haz que los drones rodeen el almacén. Asegúrate de que no sale de allí.

—Eso es de primero, jefe.

Yuri casi sonrió ante el tono ofendido del hombre.

—Mi equipo estará allí en dos minutos —dijo Poi Li—. Han llegado ya a Kintore C&STG.

El corazón de Yuri se estaba relajando. En un acuerdo tácito, él y Kohei caminaron un poco más por la estación central.

—Mira, fíjate en eso —dijo Kohei con ironía cuando los drones les mostraron a los dos grandes 4x4 frente al almacén de Warbi Crude Metal Corp, uno a cada lado—. Son como los de intervención policial, pero más grandes.

Yuri observó impasible como siete u ocho hombres salían de los 4x4. Con una armadura completa de color negro.

—Empaquetados —murmuró.

Boris le abrió un canal privado con Poi Li.

—Quiero interrogar a Akkar personalmente.

—Será interrogado por profesionales —respondió.

—Al menos déjame estar en el interrogatorio.

—Yuri, ya lo tenemos. Tienes un departamento excelente. Créeme, soy muy consciente de ello. Confía en nuestros procedimientos, existen por una razón, ¿entendido?

—Sí, señora —contestó resentido.

Cinco minutos después el jefe del escuadrón de explosivos anunció que estaba todo bajo control y que era seguro.

Yuri y Kohei caminaron de nuevo hacia la bandolera StepSmart, sostenida en alto por uno de los brazos del remotez. El jefe del escuadrón tenía la visera alzada. Sostenía la botella y varias hojas de papel.

—Dos kilos de plástico —dijo alegremente el jefe, agitando la botella—. Y planos.

—¿Planos de qué? —preguntó Yuri.

El jefe le mostró las hojas de papel.

—La sede de Conexión de Sidney. Parece que iba a haceros una visita, compañeros.

—¡Joder! —gruñó Kohei.

Yuri vio al jefe poner los planos y la botella en bolsas de pruebas, y registró su código de barras.

—Tenemos a Dimon —dijo Poi Li—. Buen trabajo a todos. Yuri, parece que por fin puedes cerrar el archivo de Akkar.

*****

Las pantallas del escritorio de Yuri mostraban tres imágenes, la de Savi, Akkar y Dimon. Yuri se quedó allí sentado, inmóvil en su silla de oficina de cuero negro, observando las fotografías.

Kohei entró sonriente, feliz, con dos chupitos vacíos en las manos.

—Jefe, si te parece bien compartir ese horrible vodka tuyo, podríamos brindar por nuestro éxito. El equipo además irá luego a un club. Todos están invitados.

Yuri lo miró y la sonrisa de Kohei desapareció.

—Demasiado fácil —dijo Yuri.

—¿Qué parte, la de que casi salimos por los aires? Vamos, jefe. Hemos ganado.

—Savi no ha ganado.

—Jefe, Poi Li te pondrá de patitas en la calle.

—¿Por qué Akkar entraría en una de nuestras estaciones? Tendría que saber que nuestros sistemas de reconocimiento facial lo reconocerían.

—Estaba disfrazado.

—Sí, superficialmente. Y es un hombre que es tan paranoico sobre nuestros sistemas de seguridad digitales que no permite nada con conexión a internet a menos de cien metros de él. Entonces, ¿cuál ha sido el plan? Nos ha enviado a su segundo, con su traje de costumbre, para estudiar la estación. Era una llamada de atención, quería que supiéramos que venía.

—Eso es ridículo. Si supiera que existía una posibilidad de que lo pudiésemos arrestar, no habría llevado esa bandolera llena de explosivos.

—Cierto, y no te olvides del mapa del tesoro, ¿sabes en que le convierte, no?

—No lo entiendo.

Yuri sonrió sin humor.

—Culpable. Sin ningún tipo de duda, sin la más leve ambigüedad. Iba a volar la sede de Conexión. ¡A nosotros! Iba a por nosotros. Culpable.

—No lo estoy discutiendo.

—¿Y qué hacemos con los chalados ecoterroristas culpables?

—Extradición ilegal, por lo que parece.

—Sí. Ha ido a reunirse con sus amigos. De eso se trataba, no iba a volar nada por los aires.

—De acuerdo, se ha reunido con ellos. O está muerto, si es que estamos en el bando de los fascistas psicópatas.

—Pero ¿cómo sabía que estaban desaparecidos?

—No ha habido noticias sobre los que atacaron la planta de mantenimiento de Kintore, ni jefes de Conexión alardeando de las detenciones, ni fiscales enumerando grandilocuentemente los cargos de los que se les acusa. Habrá deducido que les hemos hecho desaparecer.

—Cierto. Pero tendría que saberlo, estar completamente seguro, tenerlo la hostia de claro, si iba a intentar una locura como esta. Akkar no es estúpido. No se jugaría la vida por una propaganda exacerbada y clandestina. Tiene que haber estado completamente seguro.

—¿Cómo? Nadie lo sabe.

—Nosotros lo sabemos por ella. —Yuri miró la fotografía de Savi. Y en su mente intentó resolver el rompecabezas, unir cada pieza.

Boris obedientemente cambió la fotografía de Savi a su señal.

—Igual que él —dijo Yuri, señalando a Callum Hepburn—. Sabe que su prometida está desaparecida. ¿Y qué sucede cuando juntas estas dos piezas? Una agente encubierta de Seguridad de Conexión, y los fanáticos enemigos de la compañía, ambos desaparecidos en el mismo incidente. Es obvio que hay una gran operación secreta.

—¿Pero cómo podría saber Akkar que Savi era uno de los nuestros?

—Boris —dijo calmadamente Yuri—. Accede a la cuenta de viajes de Conexión de Callum Hepburn.

—Conectado —replicó Boris.

—¿Cuántas veces ha visitado Hepburn Kintore?

—Cinco veces en estos últimos tres días.

—Oh, joder —susurró Kohei.

—¿Y cuándo fue la última vez que fue a Kintore? —preguntó Yuri.

—Hace siete horas.

—¿Se ha ido de Kintore?

—No.

*****

—¿Por qué aquí? —preguntó Kohei mientras se aproximaban al almacén de Warbi Crude Metal Corp.

—La otra pieza del rompecabezas que no tiene sentido —dijo Yuri—. Dimon sabía que lo habíamos identificado. ¿Por qué corrió hacia aquí?

—Es donde se escondían.

—Es lo que parece, pero guio los drones aquí, y lo tiene cubierto con protección electromagnética. Nadie podía saber lo que estaba sucediendo dentro. Todas las comunicaciones estaban caídas.

—Eso no detuvo al equipo de Búsqueda de Arizona.

—¿No lo hizo? —Yuri había estado repasado los archivos de los drones mientras paseaban por Kintore. Las imágenes mostraban a dieciséis figuras armadas entrando en el almacén. Luego a los drones posicionados sobre el almacén, hasta que apagaron la interferencia electrónica. La tabla de datos secundarios de los drones muestra que los dieciséis miembros del equipo hablaron con Seguridad en un cifrado seguro, enviando el video personal y telemetría básica.

—Confirmando la detención del objetivo —informó entonces el líder del equipo de Arizona—. Sin bajas.

Entonces los vio emerger triunfantes, dos de ellos escoltaban a Dimon, y otros tres cargaban con los módulos de las contramedidas electrónicas. Los últimos once estaban dentro haciendo un barrido del almacén, confirmando de que no hubiera más objetivos.

Metieron a Dimon en uno de los grandes 4x4, y luego se marcharon.

—Me apuesto a que esos vehículos están equipados con un portal en la parte trasera —dijo Kohei—. De esta manera puedes enviar a los prisioneros directamente a Corea del Norte, o donde sea que los vayan a encerrar. Es muy útil si se complican más las cosas de lo que pensabas. Puedes enviar a más miembros del equipo de Arizona directamente desde su cuartel.

—Creo que tienes mucha razón —dijo Yuri.

Llegaron a la puerta del almacén. El equipo de Arizona había roto la puerta cuando entraron a por Dimon, y la cerraron al salir con una cadena y un candado. Yuri desenfundó su cuchillo de energía y cortó un eslabón de la cadena. Él y Kohei desenfundaron sus pistolas y entraron.

No había ventanas, aparte de las inspecciones realizadas por parte de los responsables de mantenimiento, nadie trabajaba allí. Todo estaba automatizado con una vieja TuringG2. El almacén estaba lleno de estanterías hasta el techo, y en los estantes había grandes barriles de metal líquido sin refinar de todo tipo. Listos para las grandes impresoras de mantenimiento que había en la pista de aterrizaje, con las que se podría fabricar cualquiera de los componentes móviles de la maquinaria pesada, que marchaba por el polvo infernal del desierto. Había un portal de un metro de diámetro al final del edificio, que tenía una cinta transportadora que iba a la principal refinería de Warbi Crude Metal Corp en Japón. Un par de truckez elevadores se movían silenciosamente, colocando los barriles recién llegados en los estantes. Sus luces estroboscópicas ámbar de seguridad eran la única fuente de iluminación del almacén.

Yuri miró por el inquietante edificio, donde los *flashes* de luz provocaban agudas sombras que saltaban sobre toda superficie. Sus lentillas intentaban compensar la oscuridad amplificando la imagen, pero las luces disrumpían constantemente el programa.

—Boris, ¿puedes interactuar con el interfaz del almacén Turing para que nos enciendan las luces?

—Los circuitos de iluminación han sido inhabilitados físicamente —informó su mInet—. El fallo ha sido comunicado a la oficina de mantenimiento de la compañía, un grupo de técnicos vendrá dentro de diez horas.

—Maldita sea —gruñó Yuri, aunque confirmó sus sospechas.

Avanzaron con las pistolas en alto, las linternas tácticas que tenían instaladas iluminaban estrechos abanicos de luz blanca.

—¿Por qué este lugar? —preguntó Kohei—. Estos estantes te impiden el paso, no hay donde esconderse.

—Sí, pero Dimon lo equipó con contramedidas electrónicas. Sabía que esta iba a ser su última batalla.

—¿En qué estás pensando, jefe?

—Creo que traerlos aquí era el plan.

—Pero lo hemos detenido.

Yuri miró a los barriles que lo rodeaban.

—El equipo de Arizona no podía comunicarse entre ellos aquí dentro. Solo tenían los infrarrojos de su casco y lentes con amplificación de luz.

—Entonces, ¿podía verlos venir?

—No solo él. —Yuri miró arriba y abajo del pasillo, y bajó su pistola—. ¡Ey! —gritó—. ¿Hay alguien aquí? Somos de Seguridad, de Conexión. ¿Alguien puede escucharnos?

Kohei miró a Yuri desconcertado.

—¿Quién crees que va a contestarte? ¿Más gente del grupo de Akkar?

—No. —Yuri negó con la cabeza—. Ey, ¿alguien aquí? Si no puedes gritar, haz algún ruido.

—¿Qué?

Yuri le puso un dedo en los labios.

—Shh, escucha.

Era débil, pero definitivamente podían escuchar algo.

—¿Qué es eso? —murmuró Kohei.

—Vale —dijo Yuri—. Podemos escucharte. Continúa haciendo ruido, te encontraremos.

Avanzaron por el pasillo y luego continuaron por otro. El ruido provenía de algún lugar del tercer pasillo. Ambos se arrodillaron,

iluminando con la luz de la pistola los espacios entre los barriles.

—Hay espacio detrás —dijo Kohei—. Hay algo moviéndose, no puedo ver el qué.

Tuvieron que mover tres barriles antes de que hubiera el suficiente espacio para que Yuri pudiera arrastrarse dentro. La parte trasera del estante estaba cubierta por una fina malla metálica fijada con cinta adhesiva. *Una caja de Faraday*, reconoció Yuri con reticente admiración. *Bloqueará cualquier señal de las semillas, pero de forma pasiva, sin aparecer en un escaneo*. Lo cortó con el cuchillo de energía, y miró hacia el estrecho espacio entre los estantes. Un hombre con camiseta y pantalones cortos estaba tumbado en el suelo, parecía envuelto en cinta adhesiva. Además de atarle piernas y brazos, tenía tapada la boca. Más cinta sujetaba su espalda a los puntales de la rejilla. La única parte de su cuerpo que podía mover eran sus piernas, el ruido provenía de sus tobillos golpeando el suelo.

Yuri se arrastró hacia él.

—Esto va a doler —le avisó, y le quitó la cinta de la boca de un tirón.

—¡Hijo de puta!

—¿Quién eres? —preguntó Yuri.

—Phil, Phil Murray.

—Eres del equipo que enviamos a por Dimon, ¿no?

—Sí —contestó Phil, furioso—. Escuadrón siete de Arizona. Las comunicaciones estaban caídas. Los bastardos se lanzaron a por mí, creo que me dieron una descarga eléctrica. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado con tu armadura?

—No lo sé, me desperté así. Joder, llevo horas aquí, tío. Estoy jodido, sácame de aquí.

Yuri lo comprobó en sus lentillas. No había señal.

—Un minuto. —Se arrastró de nuevo hacia fuera.

—Ey, ¡no me dejes aquí! Mueve el culo joder.

El icono de señal volvió tan pronto como Yuri estuvo en el pasillo. Le dio el cuchillo a Kohei.

—Libéralo.

—Ahora mismo, jefe.

—Boris, llama a Poi Li, prioridad de emergencia.

—Confirmado.

—¿Qué pasa? —preguntó Poi Li de inmediato.

—Nos han engañado.

—¿Cómo?

—Callum Hepburn y Akkar. No hemos atrapado a Akkar y Dimon, ellos nos han atrapado a nosotros. El almacén era una trampa.

Derribaron a Phil Murray cuando su escuadrón se quedó sin comunicaciones. Lo acabamos de encontrar sin su armadura. Me imagino que Callum la lleva ahora mismo, escoltando a Dimon a donde sea que extradites a tus prisioneros, donde entierras a nuestros oponentes.

—¡Copón bendito!

Era la primera vez que Yuri había escuchado maldecir a la reina del hielo, y lo encontró extrañamente satisfactorio.

—¿Me vas a explicar ahora qué coño está pasando?

*****

En donde sea que estuviera esa instalación, debía estar profundamente bajo tierra. Las paredes de los pasillos, suelos y techo eran de cemento, con vigas revestidas de más hormigón cada diez metros, para reforzar la estructura. A lo largo del techo podían verse los conductos con gran cantidad de cables. De las rejillas del techo emanaba un aire rancio y seco.

Habían vestido a Akkar y Dimon con un mono acolchado, negro y verde, y con botas altas hasta la pantorrilla. Tenían las muñecas esposadas con acero de alta seguridad. Marchaban dejando atrás idénticas puertas de metal. Los seis guardas del escuadrón de Arizona llevaban una armadura completa, con casco, y un fusil de cañón corto.

El grupo se detuvo ante una puerta negra, igual que las demás. Se abrió, y los guardias los hicieron entrar.

La sala que les esperaba tendría unos veinte metros de largo y siete de ancho. Había un ventanal en una pared, que revelaba una pequeña sala de control con tres consolas ocupadas por técnicos. También había una amplia cinta transportadora en el centro de la habitación que llevaba a un portal en el extremo más alejado de la sala. El portal estaba oscuro, con pequeños destellos púrpura en la superficie, indicando que estaba activo, aunque no abierto.

En la sala de control, el líder técnico miró a través del cristal.

—Esperad —dijo con la voz retumbando en los altavoces—. Ponedles los chalecos inflables.

—¿El qué? —dijo alarmado Akkar.

Dos fusiles se giraron para apuntarle directamente al pecho. Uno de los escoltas recogió un par de chalecos inflables de color naranja al final de la cinta.

—Abriendo el portal —anunció el técnico.

—No sé nadar —dijo Akkar.

—Vas, con o sin chaqueta —dijo un guardia—, tú eliges, pero vas a ir. Hemos hecho esto cientos de veces.

Los destellos del portal desaparecieron. El negro pasó a un gris brumoso, sin revelar nada. El aire de la habitación empezó a salir a través del portal. Las rejillas del techo silbaron ruidosamente a medida que bombeaban más aire para compensar.

Uno de los guardias se acercó al portal para curiosear.

—Cuidado, Phil —dijo uno—. No tan cerca. No hay camino de vuelta.

—Bajando la salida —dijo el técnico.

—¿Qué está pasando? —exigió Akkar, su voz casi gritando mientras le quitaban las esposas—. ¿Dónde nos estáis enviando?

—Cállate, y ponte la puta chaqueta, tío duro.

—Cuidado con la cinta —dijo el técnico—. La estoy poniendo en marcha. Las cápsulas de supervivencia pasarán primero.

Se abrió la puerta de metal. Poi Li entró en la habitación, acompañada de cinco hombres de seguridad armados a su alrededor, con las pistolas en alto.

—La operación se cancela —dijo—. Cerrad el portal. Ahora.

Los tres técnicos de la sala de control la miraron sorprendidos. La cinta transportadora comenzó a moverse, desplazando cuatro cilindros.

—Guardias, bajen las armas —ordenó—. Quitaos los cascos. Ahora. Tú, el del portal, aléjate.

El guardia que estaba contemplando el vacío de más allá del portal se quedó muy quieto.

—Quítate el casco —ordenó Poi Li.

Acercó su mano lentamente al borde del casco, y lentamente se lo levantó. Callum sonrió a Poi Li, y se lanzó de espaldas por el portal.

—¡No! —gritó Poi Li.

La bruma gris del otro lado del portal lo engulló, sin dejar rastro.

*****

Una llamada llegó de Brixton sesenta minutos después de que Moshi Lyane hubiera comenzado su turno.

—Necesitamos una evaluación sobre el terreno en la planta de Berat —dijo Fitz—. El fuego comienza a propagarse.

—¿Dónde coño está Callum? —preguntó Dokal—. Hace una hora que tendría que estar aquí.

Los miembros del equipo se miraron entre ellos. No dijeron nada.

—Podemos encargarnos —dijo Moshi—. Es solo una evaluación.

Dokal miró a través del cristal al Centro de Monitorización y Coordinación. Fitz estaba de pie delante de su consola, con las manos en la cadera, mirándola impaciente.

—Corporativa ha autorizado nuestra presencia —dijo—. De acuerdo, Moshi, estás a cargo.

Sonrió tranquilo.

—Estamos en ello.

—Que alguien me diga donde está Berat —se quejó Colin.

Raina le dio una palmada en la espalda mientras se dirigía a la puerta.

—Albania.

—¿Quieres saber dónde está Albania? —preguntó Henry.

Le dedicó dos dedos en respuesta.

Se pusieron rápidamente los trajes protectores y se dirigieron a la red de portales de Conexión. Moshi recibió los planos de la antigua planta química en sus lentillas. Vio como el fuego se estaba aproximando a un grupo de tanques de almacenamiento, y leyó entonces la lista de los compuestos que solían albergar.

—Va a ser complicado ventilarlo —dijo Alana—. Son solo residuales enganchados a los contenedores.

—Vayamos a mirar —dijo Moshi y pasó por el último portal—. En marcha, Fitz.

Aparecieron en un gran patio rodeado de edificios en ruinas, abandonados hacía años. La puerta del portal estaba rodeada de diez paramilitares con armadura completa. Cada uno de ellos apuntaba al equipo con un fusil. El mInet de Moshi le informó de la pérdida de conexión con el Centro M&C de Brixton.

—Oh, mierda.

Colin, Alana, Henry y Rana se apretujaron tras Moshi.

Detrás de los paramilitares, había un gran 4x4 gris aparcado. Yuri Alster estaba a su lado.

—Os podéis quitar los cascos —dijo—. No hay ningún fuego.

Moshi se levantó la visera.

—¿Qué sucede?

Yuri se dirigió hacia él.

—Por favor no me insultéis. Ya sabéis porque estáis aquí.

—Jódete —dijo Raina.

—Señora Jacek —dijo Yuri—. Rebelde hasta el final.

Raina escupió en el suelo.

—Todos estuvisteis en Kintore hace seis horas —continuó Yuri calmado—. Os alegrará saber que vuestro plan ha funcionado. Callum está con su prometida.

—Esposa —dijo Moshi.

—¿Perdona?

—Savi es su esposa.

—Ah, eso explica bastantes cosas. Bueno, ya no importa. Sé que todos lo habéis ayudado. Vuestros registros de viaje muestran que estuvisteis en Kintore hace diez horas.

—No demuestra nada —dijo Alana.

—No estamos en una corte —dijo Yuri—. Y, desgraciadamente, todos habéis muerto ya en este terrible incendio. —Señaló con la mano el patio bañado por el sol.

—¡Bastardo! —gritó Raina—. No soy una ecoterrorista a la que puedas hacer desaparecer. Tengo amigos, familia.

—Sí, todo ha sido muy trágico —dijo Yuri—. El fuego de la planta alcanzó unos barriles químicos y todo explotó. Todos moristeis. Los ataúdes estarán cerrados, para evitarle el dolor a la familia.

—No puedes hacer esto.

—Ya está hecho. Sucedió en el momento en que decidisteis ayudar a Hepburn.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? ¿Ejecutarnos a sangre fría? ¡No hicimos nada malo! Te llevaste a su mujer.

—Nadie va a morir.

—Entonces, ¿qué?

—Os reuniréis con Callum y Savi. —Yuri se volvió hacia los paramilitares—. Lleváoslos.

*****

Yuri llevaba tanto tiempo despierto que había perdido la noción de las zonas horarias. Así que no se sorprendió al ver el amanecer por la ventana de la oficina de Poi Li. No esperó a que le invitara a sentarse, se desplomó directamente en la silla enfrente del escritorio.

—Entonces, ¿ya ha acabado todo? —dijo.

—Sí. Tu equipo de Arizona se los ha llevado de Albania. Se han anunciado sus muertes, incluyendo a Callum.

—Bien hecho. Ha sido una buena jugada, Yuri. Conexión lo aprecia.

—Entonces, ¿le estrecharé la mano a Ainsley?

—¿Quieres mi puesto?

—No.

—Sí que lo quieres. No tienes que disimular. Los dos somos realistas, llegarás aquí eventualmente. Esta operación me ha demostrado que tienes lo que hay que tener.

—Vale, pero ahora necesito saber que el equipo de Arizona no es el escuadrón secreto de la muerte de Conexión.

—No lo es. Nunca aceptaría gestionar algo así para Ainsley Zangari y sus asociados.

—¿Asociados? ¿Quieres decir que no es solo Conexión?

—Hay un pacto entre varias de las PAC globales —dijo Poi Li—. Naturalmente, Ainsley encaja con algunas de ellas. Tienen una gran influencia, algunos dirían que son el verdadero supragobierno de la Tierra. Y como realista que soy, miré el mundo en el que vivimos y acepté su propuesta.

—¿Qué es?

—La sociedad ha estado demasiado tiempo bajo asedio por elementos maliciosos. La ley y el orden deben ser primordiales para que florezca cualquier tipo de civilización digna de ese nombre, especialmente ahora que todos somos vecinos, *a un paso* los unos de los otros. Aquellos que no aceptan el progreso, que se niegan a aceptar el mandato democrático, son un cáncer en nuestra sociedad. Y es una terrible ironía que sea nuestro mismo liberalismo el que permita que este daño florezca. Ha de haber un momento en que digamos no más, ya basta. Y gracias a Conexión, ese día ha llegado. Como Edmund Burke dijo…

—Lo único necesario para que triunfe la maldad es que los hombres buenos no hagan nada —citó Yuri.

—Exacto —reconoció Poi Li—. Las PAC globales saben que tenían que hacer algo si queremos que nuestros hijos vivan alguna vez libres del miedo a maniáticos causando explosiones y matando a gente en nombre de alguna causa. Porque hay muchas causas. Pero nosotros no podemos rebajarnos a su nivel, donde la violencia y la muerte son la solución a todo lo que se interponga en su objetivo. Nosotros no matamos ni dañamos, ni encarcelamos. Eso es lo que nos diferencia de ellos. Esta nueva sociedad transgaláctica en la que estamos a punto de embarcarnos nos da la oportunidad de tratar con humanidad a estos irracionales fanáticos. Simplemente nos separaremos de ellos y les dejaremos vivir su vida según sus ideales.

—Entonces, ¿qué pasa con ellos?

—Exilio.

*****

Callum cayó. Sabía que iba suceder en cuanto se lanzó por el portal. Lo que no se esperó era continuar cayendo.

La brumosa niebla que le rodeaba parecía estar sacándole el aire de los pulmones, sea lo que fuese, que la compusiese. Cuando logró inspirar, sentía que entraba en él un vapor gélido del Ártico.

¿Es eso? ¿Un gulag polar?

Impacto en el agua, creando una enorme columna que se cerró sobre él al descender en barrena. Había esperado que estuviera fría,

pero estaba tan caliente que casi dolía. El impacto del calor en la piel le hizo gritar, un gran error. La boca y la nariz se le llenaron de un agua asquerosamente salada, mientras agitaba las piernas y los brazos.

No entres en pánico. El pánico te matará.

Tanteó en busca de la linterna que llevaba sujeta al cinturón. En segundos, sus pulmones habían pasado de congelarse a arder, cada vez que su cuerpo le exigía respirar. Tenía cada vez más agua en las fosas nasales.

Encendió la linterna. Y por fin pudo ver algo. Los ojos le escocían por el agua turbia. Entonces, el agua a su alrededor comenzó a burbujear, miró la dirección en la que iban. Hacia arriba.

Pateó con urgencia. Con brazadas bastante pobres. La armadura y todo lo que llevaba encima, empapado en agua, pesaba demasiado. Avanzaba demasiado despacio. El dolor de sus pulmones se estaba volviendo además inaguantable. El instinto le decía que abriera la boca para inspirar el bendito aire.

Nadó con más fuerza, con brazadas más rápidas.

Atravesó con la cabeza una fina capa superficial de espuma amarilla y aspiró con dificultad. Inmediatamente se puso a toser y a escupir. El aire estaba peligrosamente enrarecido, cargado de azufre. Se concentró en mantenerse a flote, y respirar tranquilamente.

Después de varias respiraciones se dio cuenta de que el calor iba a convertirse en algo letal en muy poco tiempo. La piel ya le ardía. Y Apolo no paraba de mostrarle una gran cantidad de símbolos de advertencia. Moverse era difícil.

Iluminó con la linterna, intentado ver algo a lo que dirigirse nadando.

—¡Ey, chico!

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó Callum.

—Ven, por aquí, chico.

Un haz blanco de luz barrió la sucia capa de espuma. Callum enfocó su propia linterna en su dirección. La luz blanca lo encontró, deslumbrándolo.

—Podemos verte —gritó la voz—. Ven hacia nosotros, lo más rápido que puedas. Esa agua va a destrozarte.

Cada movimiento era una tortura. El calor le apuñalaba la carne hasta los huesos, paralizándole lentamente. Sentía como si lo estuvieran hirviendo vivo, pero aun así siguió avanzando, moviendo los brazos y las piernas, aunque apenas podía sacudirlas ya. Su rostro estaba lleno de motas de espuma. El haz de luz se desplazó a su frente, para darle un objetivo permanente.

—Vamos, tú puedes —le animó la voz—. Solo unos metros más.

Se preguntó por qué sus pies no habían tocado nada sólido aún, si estaba tan cerca de la costa.

—Muy bien, te tenemos.

La luz se tambaleó, detrás de la oscuridad, había figuras moviéndose.

—Atrapa esto.

Una cuerda salió de la noche y aterrizó en la superficie espumosa. Alargó la mano, inseguro de que sus dedos quemados pudieran siquiera sujetarla.

—Átatela alrededor de tu brazo.

Lo hizo lo mejor que pudo, pero hasta los brazos estaban débiles. Cuando la cuerda tiró de él, comenzó a moverse rápidamente. Entonces, unas manos lo levantaron y lo arrastraron por unas rocas que brillaban con una capa de escarcha. Lo sacaron fuera del agua, dejando detrás de él un rastro de lodo rancio. Había rastros de niebla a su alrededor.

—Felicidades. Lo conseguiste. Bienvenido al infierno.

Callum se puso a cuatro patas, goteando agua y espuma sobre la roca. El terrible calor que sentía hacía que cada movimiento fuera doloroso, y cada inspiración de aire helado un tormento. Estaba desesperado por quitarse el uniforme de guardia. La luz de las linternas cayó sobre él.

—Ey, ¿pero qué coño? —exclamó su salvador.

—¿Qué pasa? —preguntó una segunda voz, una mujer.

—Lleva un uniforme de guardia. El bastardo es de Seguridad, de Conexión.

—¿Cómo?

—No —dijo Callum, o intentó decirlo, el aire glacial emergió de su boca como un jadeo.

Alguien agarró a Callum por el cabello, detrás suyo, y lo obligó a mirar hacia arriba.

—¿Eres un guardia, gilipollas? Te caíste sin querer, ¿eh?

—No.

¡Voy a hacer que desees que esto sea el puto infierno!

La patada le dio a Callum en el costado, empujándolo por la roca. Cayó de espaldas. El rayo de luz aún estaba sobre él, ocultando a las personas que estaban detrás. Pudo escuchar unas pisadas. Y luego, otra patada le dio en las costillas. El dolor le obnubiló la visión. Quería gritar de furia, pero no tenía ni la fuerza ni el aliento.

—Tíralo otra vez al agua —le pidió la mujer.

—Sí, más tarde.

Callum se llevó la mano al cinturón, confiando en su memoria, y

que fuese el lugar correcto. Sus dedos protestaron por el movimiento, pero al final agarró el mango del dispositivo.

—Voy a hacerte sangrar —aulló el hombre—. Voy a hacerte gritar. Me suplicarás que te mate antes de que termine de rebanarte. Sé cómo hacerlo. Oh, chico, siempre lo consigo. —Hubo un destello en la penumbra cuando la luz se reflejó en un cuchillo.

Le dio un objetivo a Callum. Disparó.

Se escuchó entonces un furioso grito, que se convirtió en un gruñido agonizante. El hombre cayó al suelo. Callum podía escuchar cómo se agitaba en el suelo mientras el dardo electrocutaba al hombre que lo había atormentado.

—¡Mierda! —gritó la mujer.

Callum se desplazó por el suelo. La linterna era la gran pista de dónde estaba la mujer. Aunque le suponía mucho esfuerzo conseguir que sus dedos le obedecieran, logró disparar de nuevo. Falló. La luz se movió, lo que le dio una indicación de en qué mano la sostenía, de dónde debía estar la mujer. Luego se tambaleó de un lado a otro cuando comenzó a correr.

Disparó de nuevo. La mujer gimió cuando le golpeó el dardo táser, y cayó al suelo. La linterna también cayó y rodó por la roca, hasta acabar apuntando al agua hirviendo. Callum rodó sobre su espalda y apretó los ojos con fuerza.

—¡Virgen Santa!

Su temperatura se estaba reduciendo. Tenía que quitarse de una vez la ropa empapada. Le resultó fácil desprenderse de la chaqueta blindada. Le salía vapor de la camisa y pantalones, un color blanco, vívido a la luz de la linterna. Se quitó entonces los pantalones, pero se quedó la pequeña mochila en su lugar. La visión de su piel, de un doloroso color salmón, le hizo suspirar. Pero el frío parecía cortarle ahora, casi tan malo como el calor que había pasado hacía un minuto. Sentía como se le estaba adormeciendo el cuerpo.

—¿Dónde coño estamos? —murmuró, mientras se inclinaba sobre el hombre al que le había disparado. El hombre estaba al final de los treinta y llevaba una barba espesa, vestía un abrigo acolchado y grueso, y unos pantalones igual de gruesos, similares a los que les habían puesto a Akkar y Dimon.

Callum reclamó el abrigo y se lo puso, pero le dejó el jersey puesto. Lo siguiente fue quedarse con sus botas y pantalones.

Una vez que estuvo apropiadamente vestido se sentó unos minutos, estudiando el equipo robado del uniforme de Phil Murray. Su piel maltratada le picaba de forma horrible, y podía sentir su corazón palpitando furiosamente mientras la adrenalina aún se disipaba.

Conforme se calmaba, pensó en lo que había pasado. El aire estaba bajo cero, y era escaso, lo que indicaba que estaba en una altitud considerable, sin embargo, el lago en el que había caído debía ser geotérmicamente activo. ¿Islandia? Pero su smartCuff no podía encontrar ningún satélite, lo que era preocupante.

Se levantó y caminó hacia la otra linterna. Cuando iluminó a la mujer, vio que era una señora mayor, con la piel de color de ébano y el cabello gris encrespado escondido debajo de un sombrero. Llevaba el mismo abrigo acolchado, pantalones y botas que el hombre.

Volvió a apuntar al hombre, le había dejado el jersey, pero sus piernas descubiertas se estaban tornando azules, cubriéndose de escarcha.

—Cojonudo.

Callum se dio una vuelta lentamente, escudriñando la zona. Si la gente que lo había recibido eran una especie de vigilantes, que ayudaban a la gente que enviaba Conexión, entonces estarían preparados con ropa seca. Y sí, efectivamente, había tres bidones de plástico amarillo a diez metros de la orilla. Se acercó y rebuscó entre las mantas y abrigos que encontró dentro. Había también un frasco de té, que sabía amargo, como si le fuese a importar ahora.

Uno de los bolsillos de su uniforme robado contenía bridas. Callum pasó un par de minutos atando al hombre y a la mujer, y luego envolvió las piernas del hombre con las mantas, para que así no sufriera una hipotermia o se congelara.

Después se puso la capucha del abrigo, y esperó.

La mujer recuperó el conocimiento primero. Al despertar gimió bastante del dolor e intentó moverse.

—¡Mierda! —gruñó cuando se dio cuenta de que estaba atada a su compañero.

—Hola —dijo Callum.

La mujer frunció el ceño.

—Me has disparado, ¡cabrón de mierda! —gritó.

—Justo después de que empezarais a cortarme a trozos. Sí, lo digo en serio. Ah, y mi nombre es Callum.

—Ponte a correr ya, fascista de Conexión. Si piensas que Donbul estaba cabreado contigo, espera a que despierte. La caza será divertida.

—No soy de Conexión… Bueno, trabajo para ellos, pero no en Seguridad.

—Mentiroso.

Callum se encogió de hombros y bebió un poco más de té. Sorprendentemente, la mujer se mantuvo en silencio durante un

minuto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, realmente desconcertada.

—Esperando a mis amigos. Conexión se va a cabrear de lo lindo de que me hayan ayudado, así que los enviaran aquí en un día o dos. Por cierto, ¿dónde estamos? Al principio pensaba que era Islandia, pero ya no estoy tan seguro. ¿La Antártida?

—Como sino no lo supieras.

—Me temo que no.

Lo miró con despreció y volvió la cabeza. Cuando lo volvió a mirar, en sus ojos brillaba pura ira.

—¡Os mataremos!

Callum sonrió para hacerla enfadar.

—No, no lo harás.

—¿Qué amigos?

—¿Con quién estoy hablando?

—No te voy a decir mi nombre.

—Pero si vas a torturarme hasta la muerte de todos modos, ¿qué más te da?

Lo miró fijamente durante un momento.

—Foluwakemi.

¿De dónde eres, Foluwakemi? Nigeria probablemente, ¿no?

—¿Y cómo lo sabes, espía? Salgo en tus archivos, ¿no?

—Vaya, una promoción, de guardia estúpido a espía en cinco minutos. Qué halagador. No, no soy un espía. Mi mInet me ha sugerido Nigeria —levantó el brazo para que pudiera ver su smartCuff negro azabache.

—Dios mío, ¿tienes electrónica funcional?

—Sí.

—Entonces eres un espía.

—Mierda, no seas paranoica. —Señaló con las manos la oscuridad que los rodeaba—. Aunque visto lo visto, estás en tu derecho. Arrojada aquí, donde sea que sea *aquí*. Por cierto, mi mInet no puede encontrar ninguna señal de navegación por satélite. Este lugar ha de ser extremadamente remoto. Quizás las montañas Ellsworth de la Antártida. Muy alto también, habiendo tan poco aire.

La sonrisa de la mujer hizo sentir incomodo a Callum, daba a entender que aún tenía ventaja sobre él.

Incorrecto. ¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho, Callum.

Donbul gruñó. Levantó la cabeza y miró a Callum.

—Desátame —le exigió.

—¿Para que puedas empezar a apuñalarme? —dijo Callum con

sorna—. No lo creo.

—Vas a sufrir mucho.

—Un tipo duro, ¿eh? Necesitas relajarte un poco, amigo.

—¿Crees que puedes huir de nosotros?

—¿Te parece que esté intentando huir a alguna parte?

Lo miró confuso.

—¿Qué coño es esto? ¿Quién eres?

Callum suspiró.

—Callum, soy jefe de un equipo en la división de Emergencias de Tóxicos de Conexión.

—Lo único que veo es a un hombre muerto.

—Tienes que ser más simpático conmigo —dijo Callum—. En serio.

—Vete a la mierda, cadáver andante.

—¿Por qué? ¿Conoces a alguien más que vaya a sacaros de aquí? Ambos se quedaron boquiabiertos, Callum sonrió.

—Oh, ¿tengo vuestra atención ahora?

—Nadie puede sacarnos de aquí —dijo Foluwakemi.

—Ya lo veremos.

—¿Por qué estás aquí?

—He venido a por mi mujer. Creo que Conexión la ha enviado aquí.

—¿Por qué lo harían?

—Se vio envuelta en la protesta contra la siembra del desierto con hielo. ¿Enviaron a esa gente aquí?

—Sí —asintió Foluwakemi—. Más de cien.

—¡Cristo! ¿Cuánta gente hay aquí?

—Somos miles.

—¿Miles?

—Sí.

—Pero ¿no es esto un campamento de prisioneros?

—No, no hay nadie más que nosotros. Conexión nos envía aquí y que nos espabilemos solos.

Callum sintió un escalofrío repentino.

—Un poco duro, ¿no?

—Es mucho peor de lo que imaginas. Las semillas para cultivo que nos han dado no funcionan bien. Los biólogos que hay entre nosotros creen que hay demasiado hierro en la tierra.

—¿Cultivos? ¿En la Antártida? Es imposible.

Foluwakemi le sonrió con lastima.

—Mira hacia arriba, hombre de emergencias.

No se había dado cuenta que estaba amaneciendo con el resplandor de la linterna. Tenía sentido, pues aún no podía verse por

el horizonte. Así que miró directamente encima suyo, y vio una amplia franja del cielo bañada con una insípida luz gris. Frunció el ceño ante la anomalía, y observó el cielo. A medida que aumentaba la luz, se dio cuenta de que estaba en el fondo de un desfiladero, aunque la escasa iluminación hacía difícil juzgar la escala de las paredes de roca que tenía a ambos lados. Eso, y que su mente era incapaz de aceptar lo que veía. Constantemente estaba intentando ajustar la perspectiva.

Abrió la boca lentamente mientras la realidad penetraba su cerebro a la vez que lo hacía la débil luz del sol. Los escarpados acantilados tenían al menos siete kilómetros de altura, probablemente más, y con una superficie de cinco kilómetros de ancho.

Hacía unos años había estado en el Gran Cañón, había hecho la ruta turística, algo de *rafting*, y escalar una roca sencilla. Esto era una escala superior, ridícula.

—¿Dónde coño estamos? —espetó.

—Lo has oído antes, gilipollas —se burló Donbul—. El infierno. O también conocido como Zagreo.

—No —dijo Callum—. No, no. No es posible. —No necesitaba consultar los archivos de Apolo. Zagreo era un exoplaneta un poco más grande que la Tierra, pero con una atmósfera tan escasa como la de Marte, y sin agua en la superficie. Orbitaba a tres UA de Alpha Centauri A. Cuando la nave espacial *Orión* deceleró en el sistema Centauri hubo algo de jaleo, planteando su terraformación. Pero resultaba ser mucho más barato construir una segunda ola de naves espaciales y enviarlas más lejos en las estrellas, para buscar exoplanetas más adecuados.

—¿Aún piensas que puedes sacarnos de aquí? —se burló Foluwakemi.

*****

Yuri miró el desastre doméstico que era el piso de Callum y arrugó la nariz. En parte por lo que veía, pero también porque venía un extraño olor de la cocina.

—¿No le pagamos suficiente como para tener servicio de limpieza? —preguntó Kohei.

Yuri resopló.

—Parece que no.

Entraron dos oficiales técnicos y se dirigieron a la pequeña cajita blanca de la esquina de la habitación, donde estaba la TuringG3, la administradora de la casa.

—Quiero una descarga completa de la memoria —les dijo Yuri—.

Quiero los archivos en mi mesa en dos horas.

—Sí, señor.

Recorrió el salón, frunciendo el ceño, desaprobando la cantidad de cajas de pizzas que había.

—Bastante gente por aquí —dijo—. Sabía que estaba planeando hacer un viaje solo de ida, ¿para qué limpiar entonces?

—¿Crees que lo planearon aquí? —dijo Kohei.

—Probablemente, pero ya no importa.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

Yuri hizo una mueca, incapaz de explicar la sensación que tenía, de que habían perdido, que Callum se estaba riendo de ellos. Después de tantos años en el trabajo acababas desarrollando corazonadas de las cosas, de la humanidad en toda su enloquecida gloria. Su antiguo entrenamiento en Rusia se centraba en individuos, cada persona era considerada sospechosa, corrupta y mentirosa. Pero los corporativos de su trabajo actual se centraban estrictamente en el procedimiento, utilizando registros de datos y matrices de análisis. Si querían a alguien no salían de su oficina para cazarlo, sino que esperaban a los algoritmos de reconocimiento facial en las grabaciones públicas de la calle. No había una persecución, solo drones siguiendo a sus objetivos. Y por eso disfrutaba dirigiendo la división de operaciones encubiertas, la búsqueda de información era lo más cercano que quedaba a la vieja escuela. Hasta que Callum Hepburn apareció.

Callum no encajaba en ningún perfil al que estaba acostumbrado. No le movía la avaricia, la ideología ni la religión, no estaba mentalmente enfermo ni era un drogadicto. No quería conquistar el mundo. Callum era un hombre enamorado y desesperado. Y además, era inteligente y fuerte, y no temía arriesgarse.

—¿No te da la sensación de que se nos ha pasado algo por alto? —preguntó Yuri.

Kohei dejó escapar un suspiro.

—Los hemos detenido a todos. ¿Qué se nos ha podido pasar?

—Cierto, aunque los hubiéramos acabado arrestando a todos.

—No necesariamente. Fue gracias a ti, porque dedujiste lo que estaba pasando y encontramos a Phil Murray.

—Le taparon la boca con cinta adhesiva. En algún momento se la habría quitado a mordiscos.

—En un almacén en desuso.

—Con una visita pendiente de mantenimiento para la iluminación. Además, lo habríamos descubierto cuando Callum se hubiera lanzado por el portal hacia el exilio, habríamos descubierto que Murray había sido suplantado.

—Ya no están aquí, jefe. Cierra el caso por favor.

Yuri miró con atención la fotografía enmarcada en la pared, tenía escrita la fecha de agosto 2091 en la base. Salían Callum y su equipo reunidos alrededor de una Ducati 999, rodeando los hombros de los demás, sonriendo exultantes. Un gran equipo.

—¿Harías lo mismo por mí? —preguntó Yuri a su empleado.

—¿Jefe?

—Si mi prometida hubiera sido enviada al exilio, y planeara ir tras ella, ¿me ayudarías aun sabiendo que si te descubriesen el resultado sería el mismo exilio? ¿En un exilio permanente en el infierno más remoto que ha podido encontrar Conexión?

—Bueno… no lo sé.

—No, no me halagues, no lo harías. —Yuri tocó la fotografía con el dedo índice—. La pareja de Henry Ormer va a dar a luz, ¡por Dios! Callum no le dejó ir a la planta Gylgen, lo envió a supervisar el final de la operación desde Haumea, donde estaría a salvo. Y el resto, se preocupan los unos por los otros. Son amigos, compartían la motocicleta. Pero esto… —Miró los felices rostros iluminados por el sol, intentando entender su compañerismo—. Ir todos juntos al exilio voluntariamente a un lugar desconocido. Ese sacrificio, renunciar a toda tu vida. Unánimemente. No me lo creo.

—Pero… lo hicieron. Sabían que iríamos tras ellos después de Callum, era la única forma de estar seguros de que no se filtrara a los medios las rendiciones extraordinarias.

Yuri puso el dedo en la cabeza de Callum.

—Sí. ¿Pero por qué?

—¿Se lo deben quizá?

—No, no es una deuda. Es confianza. Confían en él. Cada vez que se enfrentan a un desastre, le confían sus vidas. Él planea cada operación. Nosotros creemos que asumen el riesgo, pero en realidad no es así. Callum es demasiado listo. Ha pensado en planes de contingencia, ha previsto las distintas posibilidades, lo ha resuelto todo en su cabeza mucho antes de que ellos den el primer paso a una zona peligrosa. Y es a eso a lo que nos estamos enfrentando aquí.

—Lo siento —dijo Kohei—. No lo veo.

Yuri sonrió mirando la fotografía.

—¡Eso es! No lo estamos viendo.

—¿Jefe?

Golpeó el marco con los nudillos.

—¿Qué falta? Todos están allí ya. Callum, Moshi, Alana, Raina. Todo el equipo.

—¿Sí? ¿Entonces?

—Entonces, ¿quién hizo la foto?

*****

Necesitó media hora, y una sarta de gritos e insultos, pero para entonces Donbul simplemente se estaba dejando llevar. Callum podía ver cómo le iban entrando las dudas, que el hecho de que hubiera venido con el uniforme de un guarda no tenía por qué convertirlo en un guarda. Y una esperanza. *Una manera de salir de aquí*.

Callum se puso el cinturón de guarda alrededor de la chaqueta, comprobó las armas y soltó a los dos. Retrocedió, con una mano muy cerca de la funda de la pistola.

—Para que nos entendamos tú y yo, no confío en ti. Así que mantén la distancia y no hagas movimientos bruscos. Lo he sacrificado todo para venir aquí. Dispararte ni siquiera merecerá que me acuerde.

Foluwakemi se estiró y luego se frotó las muñecas. Donbul se quedó simplemente mirando a Callum y después se acercó a los bidones en busca de pantalones y botas nuevas.

Ahora que había más luz, Callum pudo ver que el lago tenía en realidad un par de cientos de metros de diámetro. Justo fuera del agua, en la roca, había una balsa de bidones amarillos atados.

—Es una caldera volcánica —dijo Foluwakemi, mirando a Callum—. Hay algunas más en esta zona del desfiladero. Sin ellas, estaríamos muertos. Nos suplen de agua y calor.

Callum miró con atención a las paredes de roca gigantescas.

—¿Y el aire? ¿Lo emiten también?

—Solo gas sulfuroso. Estamos a siete kilómetros por debajo del nivel medio del planeta. Por eso tenemos aire. Es una bolsa pequeña, lo único que queda en Zagreo. Debió haber tenido una atmósfera terrestre hace tiempo, quizá hace millones de años. Pero ahora es tan fina como en Marte, por eso ni intentaron terraformarlo. Tendrían que importar una atmósfera completa. Demasiado caro, y más dado que la astronomía exoplanetaria ha encontrado tantos mundos tan cerca con atmósferas basadas en nitrógeno.

—¿Cómo de largo es el desfiladero?

—Creemos que trescientos kilómetros. Algunos recuerdan las imágenes y los informes de la *Orión*. Menos del veinte por ciento es habitable, y solo aquí hay lagos con actividad geotérmica.

Callum miró hacia el cielo con los ojos entornados. Tenía un color azul zafiro asombrosamente intenso.

—¿Dónde está el portal?

—Creemos que está en una especie de dirigible autónomo —dijo Donbul—. Lo bajan cuando envían a un puñado de gente, algo que

además solo pasa de noche, para que no podamos ver. No vaya a ser que nos subamos encima y volvamos por el portal. El resto del tiempo se queda por ahí arriba, feliz y a salvo de nosotros, los chicos malos.

—Tiene sentido —murmuró Callum—. Entonces, ¿no bajará hasta esta noche?

—Nunca lo ha hecho —dijo Foluwakemi—. Pero bueno, tampoco ha llegado nunca alguien como tú.

—Le va a costar un tiempo a Seguridad descubrir lo que ha pasado. En cuanto lo hagan, cogerán a mi equipo y los enviarán aquí, con Dimon y Akkar.

—¿Akkar? —preguntó bruscamente, y se santiguó—. ¿Han atrapado a Akkar? Mierda.

—No lo han atrapado. Se hizo visible para que yo pudiera estar aquí. Muy visible, de hecho.

—Estás de coña, hombre de emergencias.

—No estoy de broma.

—¿Akkar vendrá?

—Sí, y cuando lo haga, todos nos largaremos. Todos volveremos a casa.

—Te llevaré a las casas comunales —dijo Foluwakemi—. A ver si está tu mujer allí.

—Gracias.

—Si no está…

Callum sonrió con pesar.

—No te preocupes, os sacaré a todos igualmente.

*****

No estaban lejos de los edificios que habían construido los exiliados. Callum ordenó a Apolo que grabase todo lo que capturasen sus lentillas. Todos dependerían de esas imágenes para presionar en la Tierra. Al principio no sabía que estaba mirando, así que le costó ver el lugar al que se estaban dirigiendo. En su mente ya se había imaginado un pueblo al estilo medieval de casas con techos de paja formando un círculo. Muy estúpido, porque Zagreo no tenía vegetación, no había árboles ni palmeras para la madera. Lo que habían hecho los exiliados era construir muros de piedra de tres metros de alto, formando grandes rectángulos. El techo estaba hecho con láminas de polietileno transparente.

—Llega en grandes rollos —le explicó Foluwakemi—. Los envían dentro de los barriles de supervivencia, como todo lo demás. Es muy delgado, pero resistente, por suerte.

—¿Qué más os han dado?

—Ropa —señaló a su abrigo—. Semillas, huevos, algunas herramientas, unos pocos utensilios, primeros auxilios. Comida, por supuesto. Te dan suficiente para unos meses, a partir de entonces has de poder vivir con tu huerto —se encogió de hombros—. Al menos esa es la teoría de los expertos de salón. En la práctica, es la hostia de difícil. Una nutrición pobre provoca un montón de problemas de salud. Y este aire no nos hace mucho bien tampoco. Y además están… las disputas.

Había un montón de gente fuera. Cinco grandes casas estaban en construcción. Callum se fijó en las carretillas con las que transportaban las piedras, maravillándose de su ingenio. Estaban formadas con barriles cortados a lo largo, con una anilla como rueda, y tiras enrolladas como asa.

—Son condenadamente útiles —admitió Foluwakemi de mala gana cuando miró a Callum.

Foluwakemi se dirigió a uno de los equipos de trabajo que estaban construyendo las casas. Callum mantuvo la mano muy cerca de la pistola mientras hablaba. Empezó a reunirse un grupo mientras tanto, mirándole desde la distancia, sus voces eran un murmullo próximo a convertirse en una amenaza. Callum sabía que eran las armas en su cinturón lo que le hacía destacar, todos los que estaban aquí estaban familiarizados con ellas y los que las llevaban. Callum se mantuvo tranquilo y les devolvió la mirada, como si careciesen de importancia.

Pero entonces, tal como había temido, alguien se dirigió rápidamente hacia él. Era un hombre corpulento con una barba oscura que le sobresalía veinte centímetros por debajo de la pechera de su abrigo. Llevaba un hacha, el mango hecho con las gruesas tiras de plástico de barril, unido a una hoja de piedra. Sus seguidores del grupo de espectadores comenzaron a seguirle.

Foluwakemi se giró.

—Oh, mierda —gruñó.

Callum sabía que intentar ser razonable no era una opción. Desenfundó la carabina recortada, la configuró en disparo único, y disparó justo a los pies del hombre, sin tan siquiera molestarse en apuntar bien, demostrando lo poco que le importaba, que él era el Hombre ahora. El ruido del disparo se oyó asombrosamente fuerte.

Todos retrocedieron.

—Tengo alrededor de setenta balas —dijo Callum—, así que probablemente mataré a quince de vosotros antes de que lleguéis a mí. Sino —levantó el fusil y activó el láser, colocando el puntero rojo en la cara del hombre barbudo—, puedo llevaros a todos de regreso a la Tierra. Elegid.

El hombre movió la cabeza, intentando eludir el puntero. Callum lo mantuvo en su sitio bastante bien, dadas las circunstancias.

—Escúchale, Nafor —dijo Foluwakemi—. Ha venido solo. No enviaron ningún barril de supervivencia con él. Nunca ha pasado algo así. No ha sido detenido. Ha venido aquí porque él ha querido, porque está buscando a alguien.

—Ni de coña —ladró Nafor. Debía haberse dado cuenta de que estaba dañando su imagen frente a sus seguidores.

—En mi mochila llevo un portal —dijo Callum, elevando la voz para que todo el mundo pudiera escucharle.

Todos gritaron sorprendidos.

—Sí —dijo Callum satisfecho—. Habéis escuchado bien. —Se detuvo e hizo un esfuerzo por no ser tan arrogante—. Soy el único que tiene el código de acceso, así que prestad atención. Esperaremos a que Conexión envíe aquí a mis amigos, y entonces, solo entonces, empezaré a enlazarlo. Después, si queréis cruzar detrás de mí, seréis bienvenidos. —Vio como Nafor inspiraba, abriendo la boca para hablar.

—¡No! —Callum gritó. Levantó ligeramente el puntero y disparó otro tiro, esta vez al aire—. ¡Ni discusiones ni debates! Pasará tal como he dicho. Ahora, o aceptáis lo que hay, u os vais a tomar por culo.

Muy lentamente, Nafor levantó los brazos.

—De acuerdo, tío. Cualquiera que pueda sacarme de aquí será mi amigo de por vida.

Callum frunció el ceño, escondiendo lo jodidamente asustado que estaba en realidad.

Foluwakemi se aclaró la garganta.

—¿Qué? —espetó Callum.

—Creo que ya sé en que casa está tu mujer. Si pudieras calmarte y no dispararme, te llevaré allí.

Lo llevó por un camino que había entre las casas comunales, la mayoría tenían al lado zanjas de agua humeante, que se ramificaban con frecuencia, llevando agua a través de arcos bajos hacia las casas. Estaban empezando a andar, cuando se dio cuenta de que Nafor los estaba siguiendo, junto a todo el mundo, todos manteniendo una distancia respetuosa.

—No soy el mesías —refunfuñó en voz baja.

Foluwakemi abrió una puerta, hecha de partes de barril amarillo, y entraron dentro de una de las casas comunales. El aire estaba lleno de olores fuertes, y estaba caliente. La humedad era casi tropical. Había agua caliente fluyendo por un canal de piedra poco profunda que

corría a lo largo del edificio.

Callum comprobó que Apolo estuviera registrando todo lo que veía. Había surcos de tierra arenosa, entre el agua y las paredes, con densos cultivos. La mayoría era maíz, pero también reconoció tomateras y aguacates, berenjenas, árbol del pan, plátanos enanos y otras variedades que ni sabía que eran. Ninguno de los cultivos tenía buen aspecto, como si estuvieran sufriendo una plaga universal. Cuando miró hacia arriba, vio que el techo de polietileno estaba cubierto de condensación que goteaba constantemente por las paredes.

—¿Cuánto dura un día? —preguntó, mirando a las hojas enfermizas.

—Diecinueve horas y treinta y dos minutos —dijo Foluwakemi—. Una desgracia para nosotros y las plantas, igual que para los minerales que no conseguimos filtrar del agua. Aunque Nafor también puede reducirte la esperanza de vida con su hacha de piedra.

—¿Está al mando?

—Él te dirá que sí, al menos este mes. Alguien igual de grande y estúpido irá a por él pronto, si es que continuamos aquí. Es de lo más primitivo todo. Francamente, me sorprende que hayamos durado tanto. Cada nuevo grupo que llega viene con sus propias opiniones, con la o mayúscula.

Había un redil cerrado de postes de plástico amarillo al final de la vegetación. Tenía gallinas escuálidas picoteando dentro. Callum contuvo la respiración ante el hedor, más allá del corral había una cortina de polietileno. Foluwakemi la apartó.

Dentro había una enfermería con una hilera de diez camas, todas ocupadas. El olor a vómitos, heces y enfermedad era un miasma, mucho peor que el olor de las gallinas. Callum casi se atragantó mientras examinaba a los enfermos envueltos en mantas. Apolo hizo un ping a sus semillas, pero no hubo respuesta.

Allí. A mitad de la estancia. Cabello negro, espeso y sucio, que caía al lado de la cama. Callum dejó escapar un sollozo y cayó de rodillas a su lado.

La cara de Savi estaba vendada, con manchas de sangre seca y supuraciones de pus. Tenía más vendas en los brazos, y una pierna entablillada. Su respiración era muy débil.

La visión de Savi era terrorífica.

—¿Esposa? —susurró Callum.

Savi respiró, y tosió.

—¿Cal?

Giró la cabeza, y entre las aperturas de las vendas vio sus ojos. Uno

era un orbe blanquecino.

—¿Cómo puede ser que estés aquí? —preguntó.

—Para lo bueno y lo malo, ¿recuerdas? Te dije que te seguiría hasta el final de la Tierra y más allá. Nunca rompería esa promesa. No a ti.

*****

Kohei estaba en las instalaciones de Brixton en el Centro M&C, observando las imágenes de alta resolución, en búsqueda de potenciales desastres ecológicos. Nunca había prestado atención a las antiguas áreas industriales abandonadas que había por todo el planeta. En su vida las amenazas de nivel medio eran una constante, algo así como los impuestos y los crímenes. Acababas acostumbrándote. Pero ahora estaba viendo un desfile inagotable de tanques y tuberías en ruinas, y búnkeres de almacenamiento, con símbolos que solo significaban problemas inminentes.

—¿Cuánta porquería hay allí fuera? —preguntó consternado.

Fitz Adamova le sonrió en simpatía.

—La estación Haumea vierte alrededor de un cuarto de millón de toneladas a la semana. La mayoría son contaminantes de bajo nivel y contenedores —señaló un almacenamiento nuclear en Irak—. Luego hay que añadir los recipientes de contención, junto los edificios y el suelo de la zona. Todo suma, en volumen.

—Jesús, ¿por qué hicimos todo esto?

—Guerra y beneficios, principalmente.

Kohei negó con la cabeza, centrándose en el trabajo.

—En fin, necesito que lleves una inspección de material.

Fitz levantó las cejas.

¿Estás de broma? Nuestra gente gasta su equipo más rápido que una llamarada solar. Tenemos suerte si recuperamos la mitad acabada una operación.

—No me interesan los trastos de ingeniería. Quiero saber si están todos los portales contabilizados.

—Bueno, esa es una respuesta fácil: sí.

—No —dijo Kohei, firme—. No, no es fácil. Sospechamos que alguien con acceso ha manipulado vuestra red. Necesito que lo compruebes. Baja al almacén y comprueba físicamente si están todos, si es necesario.

Fitz hizo mala cara.

—¿En serio?

—Sí. Y necesito que lo hagas rápido. Tiene prioridad, ante todo lo demás. Creemos que alguien está usando un portal de este

departamento, y no debería.

—Vale. Bueno, la verdad es que podemos comprobarlo muy fácilmente —fue a su estación, mirando a Kohei con una expresión extraña—. ¿Estás seguro de que está en funcionamiento?

—Razonablemente seguro, sí.

Fitz empezó a pedir datos en su pantalla.

—¿Sabes cómo se alimenta a los portales?

—Ni idea —dijo Kohei, divertido ante cómo los técnicos siempre intentaban establecer una jerarquía sobre todos los demás. *Mi conocimiento es mayor que el tuyo*.

—Portales.

—¿Cómo?

—Los portales dan energía a los portales. —Fritz sonrió y señaló un gráfico ridículamente complejo de su pantalla—. Los pozos solares dan electricidad a la red central de la Tierra a través de un portal, y Conexión es el mayor mercado para esa energía. Los portales usan la hostia de energía para mantener el entrelazamiento. Y cuanto mayor sea la distancia que abarquen, mayor energía consumen. Por suerte, no se rige por una ley cuadrática, pero este departamento consume una cantidad nada desdeñable de megavatios hora.

—Vale, lo pillo. Puedes monitorizar la energía consumida.

—Sí. Además, cada portal de Conexión tiene un portal de un centímetro incorporado que le suministra energía directamente de la red central. Y nosotros… oh, espera, esto está mal. —Se inclinó hacia delante, estudiando la pantalla.

—¿Qué sucede?

—La adquisición de datos de energía está detenida, pero el monitor está mantenido en un bucle constante. ¿Cómo demonios ha ocurrido?

—¿Lo puedes arreglar?

—Seguro. Un momento. —Fitz tecleó rápidamente, hablando con su mInet. Las gráficas de la pantalla cambiaron. Aparecieron varios iconos rojos—. ¡Santa madre! —exclamó—. ¿Qué está pasando? Ni nuestros portales de seis metros consumen tanta energía.

*****

Callum estuvo todo el día sentado al lado de la cama de Savi. Entraba y salía de la inconsciencia. Algunas de las veces que se despertaba, parecía confundida por su presencia.

El doctor, un hombre de mediana edad afroamericano, le explicó el estado de Savi. Su ropa la había protegido la mayor parte de la piel de la explosión, pero su cabeza, brazos y manos habían estado expuestos, y estaba cerca de la bomba cuando explotó. Callum supuso que sus

semillas habrían quedado destruidas por eso, o quizá habían sido arrancadas cuando la onda explosiva se llevó parte de su carne, razón por la que Seguridad no habría sabido quién era ella cuando la lanzaron por el portal. Las heridas superficiales y las quemaduras se estaban comenzando a infectar, y si no se controlaban urgentemente, se produciría una intoxicación grave en la sangre. Conexión no enviaba metabióticos a Zagreo. E incluso si salía de esta, necesitaría medpiel moderna en condiciones controladas para restaurar su piel. Su ojo estaba dañado más allá de la reparación, aunque el doctor creía que el nervio estaba intacto, quizá una retina artificial le devolvería la visión. Su mayor preocupación era el traumatismo craneal. Sus respuestas se deterioraban a un ritmo que no se correspondía con las heridas.

—Solo unas horas más —le dijo Callum en uno de sus períodos más lúcidos—. Necesito esperar a mi equipo. Se han expuesto para que yo pudiera estar aquí. —Aunque empezaba a preguntarse si sería capaz de esperar más. Ver a Savi así, tan débil y herida, era una agonía. Retrasar que fuera ya a un hospital estaba en oposición a todo lo que sentía por ella. El transcurso del tiempo se estaba volviendo intolerable.

Durante todo el día escuchó cómo aumentaba el volumen de las voces en el exterior. No con enfado, solo que había más gente reunida fuera de la casa hora a hora. Foluwakemi iba viniendo para ponerle al día. Cada persona de Zagreo estaba esperando a la vigilia. Por ahora estaban siendo pacientes, pero cada vez estaban más expectantes. Con eso, los ánimos se estaban caldeando.

—¿Podrías ir y hablar con ellos? —le rogó ella.

—Esperarán —dijo, agarrando la mano de Savi tan fuerte que gimió—. Si Savi lo puede hacer, ellos también, joder. Cuando lleguen mis amigos, nos vamos. Tienes mi palabra.

Una hora después del atardecer, cuando el desfiladero se cubrió en una penumbra lúgubre, más de doscientas personas se dirigieron hacia el lago. Foluwakemi le dijo que se estaban asegurando de que no hubiera problemas cuando Conexión lanzara a sus amigos al lago de emanaciones geotérmicas.

Encendieron lámparas de energía solar en la enfermería cuando cayó la oscuridad, haciéndola aún más macabra. Callum no sabía cuándo había sido la última vez que había comido. Dormir le parecía un recuerdo lejano, algo que solía hacer en su existencia anterior. Apolo había estado enviando señales de advertencia a sus semillas auditivas, y también destellos purpuras a sus lentillas, mientras seguía divagando.

El reloj de su pantalla le dijo que habían pasado dos horas y media desde la puesta de sol cuando comenzó a oír unos vítores en el exterior. Entonces Foluwakemi entró apresurada.

—Están aquí —gritó nerviosa, con los ojos húmedos—. No nos has mentido, ¿no, hombre de emergencias? ¿Nos llevarás ahora a casa?

—Os llevaré a casa —le prometió. Su voz estaba ronca.

Y allí estaban: Moshi, Alana, Colin, Raina y Henry. Todos llevaban los abrigos gruesos de supervivencia de Zagreo, tenían la piel roja del agua ardiente del lago. Sonrientes, lo saludaron con alegría. Akkar y Dimon los siguieron adentro, algo aturdidos.

Callum se puso en pie y los abrazó exultando.

—¡Lo hicimos, joder, lo hicimos! —gritó Raina.

—Esto es Zagreo, ¿no? —dijo Moshi, con una sonrisa asombrada—. ¿Hemos cruzado el espacio interestelar?

—Oh, sí.

—Aposté dinero a que sería la Antártida.

Entonces Nafor apareció, y la reunión terminó rápido.

—Es el momento —dijo, sin apartar la mirada de Callum.

—Lo haremos fuera —contestó.

Colin y Dimon sacaron a Savi de la casa, usando la cama de camilla. Habían despejado un área al final de la casa comunal de piedra, con uno de los arroyos calientes burbujeando al lado. La gente formó un amplio círculo alrededor, muchos encaramados a la pared. Había más de doscientas linternas encendidas.

Callum se quitó el abrigo y abrió su mochila. Cuando sacó el portal de medio metro, un enorme grito ascendió a la vista del panel policromático.

Alana mantuvo el portal en el suelo, mientras Moshi estaba de pie al frente, preparado.

Callum estudió el estado en las lentes de pantalla. La cantidad de energía que el portal extraía de la red solo para mantener el entrelazamiento con su gemelo en la Tierra estaba cerca del límite de seguridad de sus circuitos internos. Pero era funcional. Tenían un enlace.

—Actívalo —le ordenó Callum a Apolo.

*****

Yuri caminó por el camino asfaltado paralelo a la verja de Donington. Le intrigaban todos los viejos vehículos que había aparcados, rodeados por entusiastas, que preparaban las elegantes motos para las carreras. El ruido de los motores era primordial, levantaban sonrisas cómplices de la gente mayor que deambulaba por

la zona, admirando la historia mecánica desplegada.

Miró a cada una de las furgonetas y camiones con atención, asegurándose de que sus gafas tuvieran una vista clara. Así Boris reconocía los patrones, y le decía el modelo y fabricante de cada vehículo.

La furgoneta Mercedes Sprinter de color blanca destacaba por sí misma. Tenía una pequeña carpa de lona en la parte trasera, con la puerta cerrada, y había una moto Ducati aparcada a su lado, pero sin tripulación ni conductor, como si estuviera abandonada. Y ningún equipo de carreras que se preciara dejaría su preciosa máquina desatendida.

Un descuido, pensó. *Siempre son los detalles*.

Entró en la carpa y golpeó con fuerza la puerta trasera de la furgoneta. No hubo respuesta.

—Oh, vamos —dijo con una voz cansada por la persecución—. No es como si hubiera traído conmigo un equipo táctico. Estoy solo yo.

Se oyó un *chunk* cuando se movió la manija de la furgoneta. La puerta trasera se abrió.

—Yuri —dijo nerviosa Dokal Torres—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Podrías dejar de actuar como una abogada por hoy.

—¿De verdad? ¿Has dejado de ser un jefe de seguridad?

—Digamos que estoy en mi hora del almuerzo. ¿Puedo entrar?

Dokal dejó escapar un profundo suspiro.

—Claro, es un poco estrecho.

—Sobreviviré. —Entró en la Sprinter. Dokal comprobó que la carpa estuviera bien cerrada y entonces cerró la puerta tras ellos.

El enlazador ocupaba casi toda la furgoneta.

—No esperaba encontrarte a ti —admitió.

Sus labios formaron un mohín.

—Creo que esa era la idea.

—Callum es bueno, debería estar en mi equipo.

—¿Y ahora qué?

Contempló con interés el intrincado mecanismo del enlazador.

—Nunca he estado tan cerca de una de estas, y llevo mucho tiempo en la compañía. Creo que me gustaría ver una en funcionamiento. Así que esperaremos, si te parece bien.

—¿Por qué? —preguntó.

—Orgullo profesional. Savi es uno de mis agentes. Nunca dejo a uno de los míos atrás.

—¿Y qué piensa de ello Poi Li?

—Creo que lo descubriremos pronto. ¿Cuándo lo activarán?

—No lo sé. Callum va a esperar hasta que todo el equipo haya

llegado a donde sea que los hayan exiliado.

—Ah. Pues estaba programado para que llegaran allí en diez minutos. Parece que tiene que ser de noche al otro lado.

Esperaron en un silencio incomodo unos quince minutos.

—No me lo puedo creer, el portal principal se está activando. ¡Lo consiguió! —dijo Dokal.

Corrió a abrir las dos puertas traseras de la furgoneta.

—Enlazando —dijo Dokal.

La sólida losa de la primera sección del enlazador se dividió limpiamente en su longitud, produciendo un par de portales enlazados. Los actuadores separaron los segmentos enlazados e introdujeron uno por el portal base que había abierto Callum. Otro conjunto de actuadores situó el otro en vertical. El flujo del aire aumentó notablemente, haciendo que las solapas de la carpa se movieran con entusiasmo.

—Ayúdame —dijo Dokal, y salió de la furgoneta.

Yuri se unió a ella conforme el portal más grande, un círculo de un metro, se dividía. Uno fue a Zagreo. Yuri ayudó a Dokal mientras el enlazador enderezaba su gemelo. El torrente de aire era tan intenso que Yuri tuvo que agarrarse para no ser arrastrado. Pudo vislumbrar un triste suelo rocoso, rodeado de una extraña muralla de linternas. Había muchos cánticos alegres al otro lado.

Un sorprendente impulso le sobrevino. *Si salto estaré en un exoplaneta, está a centímetros de mí, eso es todo. ¡Una estrella alienígena!* Era difícil resistirse, y la oportunidad desapareció.

Callum pasó arrastrándose a cuatro patas. Se estremeció en cuanto vio a Yuri, luego miró a Dokal, que se encogió de hombros.

—Vamos, continúa —dijo Yuri, impasible.

Callum se dio la vuelta y empezó a tirar de algo pesado al otro lado. Yuri tensó la mandíbula cuando vio el estado en el que se encontraba Savi.

—Contacta con los servicios de emergencia —dijo Yuri a Boris mientras su agente perdido cruzaba el portal—. Necesito un equipo paramédico aquí inmediatamente.

Moshi siguió a Savi, entonces Raina, que le frunció el ceño a Yuri, enfadada en cuanto lo vio de pie frente a ella.

—Llama a Kohei —dijo Yuri a Boris.

Henry salió del portal circular. Entonces fue Alana quien bloqueó el resplandor de las linternas. Colin llegó después.

Yuri se agachó y miró a Zagreo. Akkar estaba de rodillas, a centímetros del portal.

—Kohei, corta la energía —ordenó Yuri—. Ahora.

Akkar gritó furioso, lanzándose hacia adelante. Su mano alcanzando la Tierra.

El entrelazamiento espacial entre la Tierra y Zagreo terminó. El puño de Akkar aterrizó en el asfalto, salpicando sangre mientras caía.

—¡Bastardo! —gritó Raina, mirando la mano cercenada con repulsión.

—¿Por qué? —preguntó Yuri calmadamente—. ¿Querrías a dos mil terroristas viviendo aquí de nuevo, y aún más locos que antes? Quizá alguno de ellos pueda mudarse al apartamento que tienes al lado, he leído en tu ficha que está para alquilar. ¿Te parecería bien?

—Se lo prometí —dijo horrorizado Callum—. Les di mi palabra de que volverían a la Tierra.

—Yo no —dijo Yuri.

—Nos matarán si nos envías de nuevo allí —dijo Alana temblorosa.

—Entonces tendréis que comportaros, ¿no? Porque Poi Li está cabreada con vosotros a un nivel que hasta a mí me da miedo.

—No puedes hacer esto —dijo Callum. Seguía aún de rodillas, sosteniendo la mano de Savi. Levantó la mirada, suplicando—. Son personas. No los puedes tratar de esta forma, ¡es inhumano!

—No —dijo Yuri, enfadado de repente—. Lo que hacen, lo que han hecho, va más allá de simples actos criminales. Buscan destruir todo aquello que les desagrada, no les importa que sea legal, o cuántas personas dependan de ello. Rompen y arruinan el esfuerzo de otros libremente, y no sienten nada. Esto no puede continuar así, ya no. Por una vez estoy de acuerdo con Ainsley y sus colaboradores políticos ultraricos. Tu amigo Akkar y sus aliados *han* sido juzgados, y se les ha encontrado culpables. Aunque, es verdad que no ha sido un juicio tras millones de vatiodólares en abogados que les defendiesen en un tribunal público, seguido de diez años de apelaciones financiadas por los contribuyentes, y con gastos de cientos de miles al año para mantenerlos en prisión. Pero han sido juzgados, y con mucha más indulgencia de la que nos juzgarían ellos a nosotros. Porque incluso así, les hemos dado una segunda oportunidad.

Alana señaló el enlazador inerte.

—Ese planeta no es una segunda oportunidad, es una sentencia de muerte.

—Lo es por como son —dijo Yuri—. Tienen un mundo entero a su disposición. Les hemos dado los medios para sobrevivir, incluso para prosperar, si aprenden las lecciones básicas de una sociedad y cooperan, en lugar de luchar entre ellos como salvajes. Así que lo siento mucho si Zagreo no es un hotel de cinco estrellas con servicio de habitaciones, pero ya no podemos permitirnos el lujo de continuar

tolerándolos. Esta *es* la solución humana.

—Zagreo tiene un desfiladero donde los humanos pueden respirar, un agujero tóxico que los está envenenando —gritó Alana—. Eso no es un mundo, es una locura de lugar. Incluso si nos envías de vuelta, tenemos las grabaciones de las condiciones en las que viven que lo sacarán todo a la luz. Ya está descargado en un depósito. ¿Verdad, Callum?

—¿Es esa vuestra amenaza? —dijo Yuri con desdén—. Vale, enviadla. Hacedlo. Enviadla a cada canal de noticias del sistema solar, a cada comentarista político, a cada departamento de justicia. ¿Qué creéis que pasará?

Alana lo fulminó con la mirada, acentuando la agresividad de su rostro.

—¿Crees que se celebrarán referéndums en las democracias exigiendo que regresen? —le preguntó compasivamente—. ¿Es lo que crees que pasará? ¿Qué habrá campañas internacionales, millones de personas manifestándose? ¿Es lo que crees? Eso. No. Va. A. Pasar. ¿A qué corte llevarías este caso? ¿Crees que es solo un único país el que exilia a esta gente? ¿Una única compañía? ¿Un único continente? Algunos de esos bastardos sociópatas tienen suerte de que los hayamos enviado allí. Hace diez años, su propio gobierno simplemente los hubiera ejecutado.

—Eso no es una excusa —gritó—. No llegar hasta el asesinato estatal no lo hace mejor en absoluto.

—Según tú. Tristemente, el resto de nosotros no podemos permitírnoslo. Ya no.

Raina miró a Callum.

—¿Jefe? Has de hacerlo público. Por favor.

—Esto es solo el principio —le dijo Yuri a Callum—. Eres lo bastante listo para darte cuenta, ¿verdad? Ese asentamiento es un experimento, para ver si los más beligerantes, burros y gilipollas con ideologías que hay en la humanidad pueden sobrevivir en un planeta alienígena. Y aleluya, ha funcionado. Saldrá a la luz en algún momento, y lo harán los desconocidos intocables que lo han hecho posible, ya sea porque les obligues tú o por otra razón. Y cuando salga a la luz, será cuando la política real se pondrá en marcha. Un planeta sin retorno, un lugar maravillosamente seguro a cuatro años luz de distancia, donde se puede enviar a todo criminal, y que ha de trabajar cada día para conseguir su comida. Nos lavamos las manos, la consciencia de todos limpia, los índices criminales bajos. ¿Cómo crees que irá la votación?

—Bastardo —dijo Raina.

—¿Por qué no nos envías de vuelta? —preguntó Callum—. ¿Qué quieres?

—La señora Reates tenía razón. Para todos vosotros, Zagreo es ahora una condena a muerte. No os van a permitir que les expliquéis amablemente que soy yo el malo. Os harán pedazos en el momento en que pongáis un pie allí, probablemente también os coman, viendo el archivo de alguno de los que están allí exiliados.

—Entonces, ¿cuál es el trato?

—Muy simple. Estáis todos acabados en lo que respecta a Conexión, aparte de que estáis oficialmente muertos. Así que mantendréis la boca cerrada y viviréis vuestras vidas donde os dé la gana. Estoy *autorizado* a deciros que, si nos dejáis en paz, os dejaremos en paz. Nuestro error hizo que Savi acabara abandonada en Zagreo, la explosión tuvo que destrozar su identificación para que no pudiéramos rastrearla digitalmente. Pero eso es todo. Tenéis esta concesión, autorizada por el propio Ainsley Zangari, por ser quienes sois, Savi y tú. Y ahora se acabó el crédito. Esta es una oferta única de una sola ocasión.

—Ey —un gritó sonó fuera de la carpa—. Somos los paramédicos. Hemos recibido una llamada de emergencia.

Yuri inclinó la cabeza hacia un lado, mirando a Callum con cuidado.

—¿Entonces?

Callum miró a su esposa con amor y desespero.

—De acuerdo —contestó con tristeza.

—¡Mierda! —Raina pateó el marco del portal muerto.

—Aquí —gritó Moshi. Abrió la cremallera de la carpa—. Necesita ayuda, con urgencia.

Entraron tres paramédicos corriendo.

JULOSS

Año 587 D. L.

Dellian se recostó en la cálida arena cansado, pero satisfecho, mientras esperaba que aterrizase el volador. Habían pasado diez días, pero aún le impresionaba la playa, toda la isla de hecho. Este complejo era uno de los pocos que, tras la partida por la galaxia de la mayoría de los humanos de Juloss, no habían permitido que decayese lentamente. Sus genten de mantenimiento aún tenían control de todos sus remotos de servicios y mantenimiento, para mantener los *bungalows* acuáticos y los edificios comunales con el mismo nivel de los últimos dos siglos.

Una calidad que Dellian había aprendido a apreciar muy rápido, tras dieciséis años confinado en la finca Immerle, y su dormitorio común. Por lo menos, podía tener intimidad si la quisiese, todos ellos tenían su propio *bungalow* acuático, curvadas edificaciones de cristal y madera, techadas con cañas. Estaban instaladas a varios metros de la costa, descansando en columnas de coral vivo, el suelo de cristal otorgaba una magnífica perspectiva de las cristalinas aguas, y la impresionante variedad de peces de colores que recorrían los bajíos.

Pero, obviamente, buscar intimidad sería lo último que le pasase a nadie por la cabeza estos días, especialmente por la noche. Les habían sorprendido con diez días de descanso, una recompensa por terminar sus tareas del curso, e irían solos, sin muncos ni adultos. Por primera vez serían independientes, sin autoridad externa, y carentes de responsabilidades, salvo de sí mismos. La propia directora Jenner les dio el anuncio: —Así que relajaos y disfrutad —les dijo—. Y mantened las formas, esta es una prueba de madurez como cualquier otra. Confiamos en vosotros, no nos decepcionéis.

La isla tenía una amplia laguna circular, con apenas dos metros de agua, y era cálida como una bañera. Perfecta para el *windsurf*. Al otro lado de la isla estaba la playa con más sol, abierta directamente al océano, con múltiples embarcaderos repletos de barcos y esquíes automáticos disponibles para quien buscase actividades más veloces y

arriesgadas. En el pabellón central tenían comida disponible a todas horas, cocinada a la perfección por los remotos de los genten.

Dellian había nadado, esquiado, aprendido los fundamentos del *windsurf* y canoas, había jugado al tenis y balonmano en la playa, bailoteado bebiendo por la piscina e incluso había visto viejas películas en el anfiteatro abierto. Y cuando caía la noche todos se emparejaban, o formaban grupos más grandes, y se dirigían a los *bungalows* para horas de energético sexo. El mar y la libertad habían reaccionado con sus hormonales cuerpos, disparando su lívido a niveles implacables. En esos diez días Dellian se había acostado con la mitad de los chicos, incluido Xante. Xante, que tenía a todo el mundo haciendo cola para averiguar como de grande tenía la polla, y que follaba como un ángel.

Algunos de los chicos incluso se habían acostado con Tilliana y Ellici, lo cual decepcionaba profundamente a Dellian y era incapaz de sobreponerse. Tenía unas ganas terribles de saber lo que era el sexo con una chica, pero Yirella no compartía su entusiasmo. Se dijo que podía esperar hasta que estuviese lista para ese nivel de cercanía, que su amistad era más importante, pero aun así, perdido en éxtasis con sus amigos cada noche, era su cara la que se imaginaba sobre la de todos.

Mientras esperaba en la playa, la piel de su torso le empezó a picar bajo el sol, cada mañana se recubría con bloqueador solar de máxima categoría, el dispensador del *bungalow* aseguraba que duraría todo el día, pero siempre volvía a aplicarse de nuevo a mediodía, o más a menudo si alguien se acercaba a aplicársela lujuriosamente por toda su piel. Se enderezó, poniéndose la camiseta, y vio venir a Yirella por el paseo de madera que llevaba a los *bungalows*. Dellian le saludó e Yirella se acercó con una sonrisa.

Ahora que las chicas habían mudado la piel, Dellian encontraba muy erótico su desnudo cráneo. Tenía fantasías en donde le aplicaba crema solar, al fin y al cabo ¿a quién no le gustaban los masajes capilares?

—Los genten dicen que nuestro transporte llegará en diez minutos —le dijo a Yirella por saludo.

—¿Y no lo encuentras extraño?

—¿Extraño? —Dellian frunció el ceño, confundido sobre lo que le inquietaba.

Se arrodilló a su lado, estudiando su firme complexión. Dellian había crecido mucho los últimos tres años, pero, mientras que él había aumentado en espalda y peso, sobre todo en masa muscular, Yirella continuaba ascendiendo como las otras chicas, volviéndolas frágiles en

comparación con los chicos. Cuando ambos estaban en pie, su mirada estaba justo a la altura de sus tetas, lo que consideraba una altura tan perfecta como podía llegar a ser.

—¿Por qué no nos dejan volver por portal a la finca? —se preguntó, perdida en sus pensamientos.

—Ehm, porque no hay portal, supongo —replicó.

—¿Y por qué no hay portal, Del?

Dellian bajó la mirada, ponderando como siempre cómo funcionaba su cerebro. Su cabeza estaba en proporción directa con el resto del cuerpo, su cráneo era un veinte por ciento más grande que el de los chicos. Los genetistas que habían diseñado a los niños binarios, les habían dado a ellas una preciosa nariz plana y amplia para aumentar el riego sanguíneo, con parte de la red carótida del cráneo y una configuración de arterias y venas con el solo propósito de intercambiar calor. Yirella y las chicas lo necesitaban para mantener la temperatura de sus cerebros junto a la ausencia de cabello, que habría supuesto un aislante de existir.

Toda esa materia gris adicional generaba más pensamientos, y más elaborados de lo que Dellian podría gestionar, justo como los genetistas pretendían. Pero normalmente suponía una dificultad para seguir el hilo de pensamientos de las chicas.

—Ahora que casi todo el mundo se ha ido, la mayoría de los portales están apagados, sobre todo en lugares tan remotos como este. —Le dio su respuesta con una mirada expectante, satisfecho de alcanzar una respuesta lógica y racional.

—Este lugar está siendo mantenido para permitir unas vacaciones, por tanto, el transporte frecuente es un obvio requisito. Así que, ¿por qué apagarlo?

—Me gusta la sensación de aislamiento que hemos tenido, me hace sentir… no sé, diferente, como si pudiese vislumbrar como será ser un adulto.

Sonrió.

—A mí también, parecía que confiaban en nosotros por primera vez. Eso ha estado bien.

Sus ojos siguieron las largas piernas de ella, preguntándose cómo sería montar sus caderas. La perfección fue su conclusión.

—Podría haber sido mejor —le dijo sin tapujos.

Yirella se echó a reír y le tiró arena.

—Oh Del, no estarás aún molesto por que no hayamos tenido sexo, ¿verdad?

—Santos no. No estoy molesto, estoy decepcionado, nada más.

—Es solo que, no creo que este sea el lugar adecuado para ti y para

mí. La isla ha sido una fiesta constante con todo el mundo teniendo sexo sin compromiso, y nos lo merecíamos después de todos esos combates que hemos tenido el último par de años. Ha sido duro. Y ahora estamos lo más relajados y felices que hemos estado nunca.

—Sí, pero… No, lo siento, aún no lo entiendo.

Le dedicó una genuina sonrisa.

—Mira, ambos sabemos que vamos a tener sexo, y será magnífico, pero también sentimos algo por el otro, sentimientos fuertes, y lo sabes. Así que estar juntos significará mucho más para nosotros. No quiero arriesgarme a convertirlo en un folleteo de vacaciones. Ese es el motivo.

—Vale. —Dellian tenía la garganta tremendamente seca. *Vamos a tener sexo*. Lo ha dicho de verdad. ¡*Sexo magnífico*! Se debatía por preguntar: *Santos, dime cuándo*—. Qué lástima que no hayas folleteado entonces.

Su sonrisa se volvió traviesa.

—Oh, no te preocupes por mí, he tenido más que suficiente. Quiero decir, ¿has visto lo grande que es la polla de Xante?

Escuchar eso le impactó, como si le hubiesen retirado pronto de un partido de los que Dellian se había pasado el año jugando. No dolía físicamente, pero le alteraba profundamente.

—Me alegro —mintió.

El volador apareció, un cilindro gris mate con alerones traseros, apenas rozando el agua. Se detuvo lentamente al acercarse a la playa, y desplegó unas escuálidas patas de aterrizaje.

Yirella sacudía la cabeza mientras la máquina se posaba.

—No tiene sentido —repitió.

Dellian se rio.

—De verdad quieres resolver cada problema del universo, ¿no?

—Dame tiempo, y lo haré. —Su deslumbrante sonrisa volvió, convirtiendo el mundo de Dellian en un lugar mejor.

Se pusieron en pie, y entonces Yirella se inclinó sobre él, y le besó.

—Eres especial para mí —le dijo con absoluta seriedad—. No eres como los demás chicos, no quiero que nuestra amistad termine.

—No lo hará —le prometió solemnemente.

Al acercarse a la cola observó al resto de los chicos, vio sus expresiones de absoluta dicha, y los oyó charlar alegremente. Hizo su mayor esfuerzo por esconder su profundo resentimiento al ver a Xante, que reía alegremente con Ellici y Janc, mientras rodeaba con sus brazos la cadera de ella y los hombros de él.

Comparado con el brillante sol de la isla, el interior de la nave era tan oscuro que Dellian necesitó un momento para ajustarse. Se sentó

en la mitad, e Yirella se puso junto a él. Se recostó en el asiento y entrecerró los ojos.

—Año de desarrollo avanzado —dijo, como si le sorprendiese lo que les esperaba de vuelta en la finca—. No parecía que fuese a llegar nunca.

—¿Qué crees que nos harán? —le susurró ella.

—Alexandre dijo que no nos preocupásemos. Los implantes nos prepararán, nos permitirán adaptarnos a cualquier armamento que los equipos de diseño puedan preparar. La cirugía es rutinaria, no duele ni nada.

—No veo cómo seré de ayuda en un combate contra el enemigo. Tú y el resto de los chicos sois fuertes, pero yo no.

—Tú diriges —dijo—, tienes las tácticas y los reflejos, todo lo que hagamos será lo que tú digas.

—Supón que me equivoco.

—No lo harás, confío en ti.

—Oh, por los Santos —tuvo escalofríos—, no necesitaba eso.

El volador se alzó de la playa y se dirigió de vuelta sobre el mar.

—La duración del vuelo es de ciento siete minutos —anunció el piloto genten—. La finca Immerle ha sido notificada de la hora de vuestra llegada. Tienen ganas de veros a todos.

Una afirmación recibida con abucheos y vitoreo a partes iguales. Dellian observaba por la ventana como alcanzaban Mach 1. El mar era extrañamente uniforme, veinte kilómetros por debajo de ellos, vio unas islas, pero no consiguió adivinar su tamaño antes de encontrarse sobre tierra de nuevo.

Era fácil distinguir las antiguas ciudades y asentamientos, heridas grises en la vibrante y uniforme espesura. Dos o tres veces distinguió columnas de humo, que delataban fuegos forestales, pero su vista se alteró en cuanto el volador se ladeó levemente.

—¿Por qué estamos cambiando el curso? —preguntó Yirella.

—¿Lo estamos?

—¡Sí! —Miraba a su alrededor, buscando confirmación—. Piloto, ¿qué está ocurriendo?

Los chicos en los asientos cercanos la observaban atentamente.

—Manténgase a la espera para la confirmación de sistemas —digo el genten.

—¿Qué?

Dellian se pegó a la ventana, la tierra dejó de ser uniforme al sobrevolar una zona de colinas. El verdor se desvanecía, dando paso a marrones y ocres moteados con manchas oscuras.

—Los sistemas tienen irregularidades —dijo el genten—, por favor,

manténganse sentados. Las restricciones de seguridad se activarán en diez segundos, no se alarmen, es una medida preventiva.

—Oh, preciados Santos —gimió Dellian, conforme el ángulo de caída del volador se agudizaba. No podía asegurarlo, pero parecía que ganaban velocidad, y ciertamente perdían altitud.

Se mantuvo firme mientras los asientos comenzaron a inflarse, extendiendo una serie de restricciones que parecían costillas sobre sus brazos y torso.

—¿Cuál es la naturaleza del problema? —insistió Yirella.

—Irregularidades en la propulsión, compensación habilitada.

—Del, mi comunicador no tiene acceso a la red.

—¿Cómo? —gruñó.

—Estoy desconectada, ¿estás tú online?

—Comprueba la conexión —le ordenó a su comunicador.

—Red de comunicación global inaccesible —le susurró al oído.

—¡Santos! No, está caída.

—Piloto, ¿por qué estamos desconectados? —Su voz iba ganando volumen.

—Intentando reestablecer conexión con la red global de comunicaciones.

—¿Qué quieres decir con intentando?

—Perdida de conexión temporal.

—¿Cómo puede ser? La red es orbital, todo está al alcance.

—Intentando reconectar, funcionando con la energía de reserva.

—¡Por los Santos!

—¿Cuál es nuestra altitud? —preguntó Dellian.

—Catorce kilómetros, descendiendo.

—¡Santos! ¿Vamos a estrellarnos?

—Negativo, energía de reserva suficiente para realizar un aterrizaje de velocidad cero.

Estaba orgulloso de no entrar en pánico, de hecho, estaba orgulloso de que todo su clan se mantuviese igualmente sereno, incluso cuando era obvio que se estaban cagando de miedo.

El volador se inclinaba progresivamente a una terrorífica caída en picado. Las colinas se ampliaban por momentos, y Dellian intentó memorizar lo que veía. *Entiende el terreno*. Era una de las órdenes de oro del entrenamiento táctico.

El genten enderezó la nave y comenzó a decelerar, la fuerza g aplastó a Dellian contra el asiento y su visión se convirtió en espirales rojas cerrándose como un iris nebuloso, tras un instante consiguió volver a ver el suelo, que había pasado a ser muy rocoso y escarpado.

—Tierra en cuatro, tres, dos…

El impacto revertió el impulso de la nave, sacudiéndolos a todos. El ruido del fuselaje arrastrándose contra el suelo era ensordecedor, tan solo el sonido del metal partiéndose destacaba sobre este. Vio como un trozo de alerón les adelantó, girando temiblemente. Toda la cabina se inclinó, como si se hubiese clavado contra el suelo, y una fisura se abrió en el fuselaje frontal, llenando el interior de polvo, que entró como si se tratase de una explosión. En medio de los gritos, y con un crujido final, la nave se detuvo abruptamente.

Dellian luchó por mantener su respiración bajo control, su corazón latía como si acabase de terminar una maratón, y el polvo le recubría la nariz y la boca, con un extraño olor a azufre. La cabina mantenía su inquietante posición, con el suelo inclinado unos veinte grados hacia el frente, una cortina serrada de luz entraba por la apertura, iluminando la ocre arena que saturaba el aire.

—¿Estás bien? —le preguntó inmediatamente a Yirella.

—Sí, creo que sí.

—¿Todo el mundo está bien? ¿Algún herido?

Rello y Tilliana eran los que estaban más cerca de la fisura, y estaban muy alterados, además, el impacto de la arena les había quemado y abrasado. La cara de Tilliana estaba ensangrentada, y Ellici ya estaba a su lado inspeccionándole el ojo.

—Los médicos del clan la curarán fácilmente —la tranquilizó Xante.

—¿Qué médicos del clan? —le cortó Ellici.

—Vamos afuera —dijo Dellian, manteniendo su voz bajo control.

Todos estaban de acuerdo en eso, el volador ahora representaba el caos y el peligro, pero la puerta no se abría, ni siquiera aunque Janc aporrease el botón de apertura de emergencia. Así que atravesaron lentamente la brecha y observaron el terreno arenoso a su alrededor.

Dellian solo veía colinas en todas direcciones, con cumbres más escarpadas hacia el horizonte oriental. El terreno era seco y áspero, los arbustos apenas resistían con unas hojas escuálidas. Algunos árboles durmientes, negros y extraños, se alzaban en lugares al azar.

Y todo estaba cubierto de peñascos, muchos en un equilibrio precario sobre la pendiente. El aire era mucho más frío de lo que debía ser por el soleado clima.

—¿Y ahora qué? —preguntó Xante.

—El rescate llegará pronto —dijo Orellt con optimismo.

—No, no lo hará —respondió Yirella, retorciéndose a través del hueco del fuselaje—. No hay energía en el volador, y no consigo que me responda el genten. Está muerto, junto al resto de los sistemas.

—La baliza de emergencia estará emitiendo nuestra posición —

exclamó Ellici.

Yirella sacudió la cabeza.

—Quizá, esperemos que sí.

—¡Es autocontenida!

—Y el volador es a prueba de fallos, y aquí estamos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Xante.

—Nos mantenemos en calma y preparados —respondió Dellian—. ¿Alguien tiene acceso a la red global?

El grupo recibió la pregunta con expresiones agrias y nerviosas, conforme consultaban sus comunicadores. Nadie tenía conexión.

Dellian no se imaginaba cómo podía ser eso posible, pero sí sabía que no debía dejar que se asustasen.

—En cuanto el volador no aparezca, nos buscarán —les dijo con confianza.

—Nos hemos desviado bastante de la ruta —dijo Janc, claramente ansioso.

—Toda fortaleza estelar nos buscará —respondió Dellian, intentando aplastar sus propias preocupaciones—. No tardarán.

—Necesitamos recoger ramas y arbustos —dijo Yirella—, y hacer un fuego.

—¿Un fuego? —preguntó Orellt—. ¿Para qué?

—Para empezar, tiene una fuerte huella de infrarrojos, sobre todo de noche.

—¿De noche? Pero si apenas es mediodía, no vamos a estar aquí tanto tiempo.

—Eso esperas, asúmelo, nadie ha buscado un volador estrellado en nuestra vida, necesitamos estar listos para cualquier situación, y eso incluye protegernos.

—¿Protegernos de qué?

—Yirella tiene razón —interrumpió Dellian—. No tenemos ni idea de las bestias que viven en estas montañas.

—Cuando se ponga el sol, nuestra mejor táctica será volver a la nave y tener un fuego encendido en la entrada.

—Oh, por los Santos —protestó Orellt—, ¡no vamos a estar aquí tras el anochecer! El equipo de rescate estará aquí en una hora.

—No me importa que apuestes tu vida a ese deseo —respondió—, pero mi vida no es tuya para que la apuestes también. Necesitamos un fuego.

—Sí, necesitamos un fuego —repitió Ellici—. Es una situación excepcional, tenemos que adaptarnos.

—Debe haber un hacha en el equipo de emergencia —dijo Dellian rápidamente, antes de que Orellt empezase a discutir—. Janc, Uret,

Xante, conmigo. Vamos a talar algunos árboles durmientes. El resto, arrancad los arbustos más grandes. Voy a comprobar qué otras cosas tenemos, especialmente agua.

Empezaron a moverse, reluctantes, ya que nadie quería asumir que iban a estar aquí más tiempo del necesario, pero lo hicieron.

Dellian encontró dos cajas de emergencia en la parte trasera de la nave, una de equipo médico, que dio a Ellici para que tratase el ojo de Tilliana, y otra con material de supervivencia: mantas térmicas, cuerdas, un par de cuchillos, antorchas y diez frascos que contendrían un litro de agua, junto a un filtro de bomba manual. Le decepcionó bastante el contenido, pero al menos también contenía un hacha.

—No tenemos mucha agua —le dijo discretamente a Yirella al alejarse del volador.

—Ni lluvia en la zona, mira el suelo —le respondió, con la misma discreción—. Y el volador está muerto del todo. No entiendo cómo puede haber ocurrido, se supone que tiene redundancia múltiple.

Observó el raso cielo cobalto. Muy lejos, los brillantes reflejos de las fortalezas estelares brillaban con una familiaridad confortadora. Incluso Cathar, el gigante gaseoso del sistema, era un visible destello justo sobre el horizonte.

—¿Crees qué…?

—¿El enemigo? No, si estuviesen atacando Juloss veríamos a las fortalezas devolver el fuego. Serían tan brillantes como el sol, al menos. No es eso. Estamos viviendo en los últimos días de la civilización humana en este mundo, es normal que las cosas vayan mal. Es solo que nunca me imaginé que fuesen así de mal, supongo que hemos tenido vidas demasiado protegidas.

Dellian buscó los árboles durmientes cercanos. No había muchos en la lúgubre colina, aunque destacaban notablemente.

—No quiero que nadie se aleje más de doscientos metros —les dijo a sus amigos conforme se acercaban al árbol más cercano—. Lo talaremos y lo trocearemos para llevarlo de vuelta.

Los árboles durmientes nunca alcanzaban los cuatro metros, se alzaban como retorcidos hemisferios de tallos trenzados en cinco ramas radiales. Dellian recordaba, de las interminables lecciones de botánica, que eran plantas desérticas originarias de un planeta a cientos de años luz, con enormes raíces que podían almacenar agua durante años, mientras que las ramas y espesas hojas languidecían bajo el sol abrasador entre las lluvias. A pesar de la escasa agua que tenían, sus troncos eran sorprendentemente resistentes, tardaron media hora en atravesar la corteza turnándose el hacha. Y no era trabajo fácil con la fría y fina atmósfera de las montañas.

Acababan de talar el primer árbol cuando escucharon la llamada, un agudo rebuzno que descendía por la montaña.

—En nombre de los Santos, ¿qué ha sido eso? —preguntó Janc, claramente nervioso mientras observaba la cuesta.

Una llamada le respondió del oeste.

—Dirás esos —dijo un muy perturbado Xante—, Santos ¿cuántos habrá ahí afuera?

Dellian tomó nota de lo fácil que se asustaba Xante, una insignificante satisfacción, pero que los Santos entenderían y perdonarían.

—Un planeta entero —respondió Uret, pesaroso—. Por algo está vallada la finca.

—Suenan como morox, pero pensaba que solo salían de noche.

—Estamos demasiado expuestos, llevemos el árbol de vuelta al volador. Vamos, podremos si lo arrastramos entre todos.

Agarraron el tronco y avanzaron lentamente. A su alrededor veían a los otros chicos lanzando arbustos sobre las piedras.

—Necesitamos un inventario de armas —dijo Yirella cuando llegaron al fuselaje.

—Hacha —dijo Dellian, alzándola.

—Dos cuchillos —anunció Falar—. No son los mejores para lanzar.

—Atadlos a unos palos —dijo Ellici—, os dará la ventaja de la distancia si alguna bestia se acerca.

—¿Dónde está el equipo de rescate? —gritó Janc.

Dellian le apuntó con un dedo acusador.

—Detente, el pánico solo va a empeorar las cosas. Ayuda con la hoguera.

—No era pánico —gruñó Janc por lo bajo, mirando al suelo.

Los chicos se pusieron a preparar el fuego, colocaron los arbustos más secos en el centro, y lo rodearon de las ramas más pequeñas del árbol durmiente como yesca. El resto fue talado y apilado para ir alimentando el fuego una vez establecido.

Llevaron a Rello y Tilliana de vuelta a la nave, donde Ellici y Orellt hicieron lo que pudieron con el equipo médico. Dellian vio a Yirella subirse a la piedra más grande y otear la zona. Una vez que terminó con una de las ramas, le alcanzó el hacha a Hable y se acercó a ella.

—¿Montando guardia?

—Sí, no veo nada que se mueva.

—El morox no se acercará hasta que oscurezca, y entonces el fuego lo mantendrá a raya.

—Hemos oído a varios.

—Sí. No te preocupes, nunca entrarán en el fuselaje, incluso yo

tengo problemas para pasar.

—¿Qué comen?

—No será nuestro clan esta noche, eso seguro. —Y sonrió, intentando animarla.

—No pensaba en esta noche, sino el resto de las noches.

—Son depredadores, así que lo que sea que capturen. Conejos, perros salvajes, pájaros… No sé, lo que sea que viva aquí.

—Exacto, a eso me refería.

—Que es…

—¿Hemos oído ya a cuatro, verdad? ¿Y has visto alguna otra cosa viva aquí? Los arbustos están muertos, y no hay hierba. ¿Qué presas van a encontrar aquí?

—Bueno… —Dellian se rascó la cabeza, balanceándose mientras miraba el follaje montaña abajo.

—Toda la zona no puede mantener a un morox, mucho menos a cuatro.

—¿Estarán de paso? Podría ser algo estacional, y que estén buscando un nuevo territorio.

—¿Estacional? —se rio—. Estamos en el trópico.

—¡Muy bien! No lo sé, ¿contenta?

—En absoluto —le dio una nerviosa sonrisa—. No estaba atacándote, es solo que es extraño. Las probabilidades de cada cosa que nos han pasado hoy son improbables, y juntas, son imposibles.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy segura, pero es muy inquietante.

—Sí, eso lo siento yo también. Vamos, volvamos a la nave. —Le extendió una mano, y tras un momento, ella la tomó, y bajaron juntos de la roca.

—Y estamos sin agua. Eso puede ser peor que los moroxes.

—Pasemos la noche antes de preocuparnos por eso, además, en el peor de los casos, podemos drenar las raíces de los durmientes. Estoy seguro de haber leído algo o visto un video.

—No, eso es un mito, las que se pueden drenar son demasiado profundas, gastarías demasiada energía en desenterrarlas.

—No hay más agua aquí.

—Lo sé, lo que significa que tendremos que salir a primera hora de la mañana y llegar a la base de la colina. Debería haber agua allí, aunque tengamos que cavar.

—Menos mal, por un minuto pensaba que nos ibas a poner a filtrar nuestros meados.

—No es mala idea. En este clima, los expertos en supervivencia lo evaporan, y capturan el vapor condensado. Pero quizá no lo

necesitemos, el filtro debería poder con la orina. Deberíamos orinar en un contenedor y guardarlo por si acaso.

Dellian gruñó desesperado.

—No es divertido Dellian, la deshidratación es peligrosa.

—Muy bien, pero no me imagino a nadie haciendo eso.

—Lo harán si tú y yo seguimos haciendo lo que hemos estado haciendo.

—¿El qué?

—Autoridad combinada.

—¿Eh?

—Mi conocimiento y tu liderazgo. Juntos conseguimos que el resto haga lo que queremos.

Abrió la boca para protestar, y se dio cuenta de que tenía razón.

—¿Qué? —preguntó con una sonrisa traviesa—, ¿no te habías dado cuenta?

—Uh, no. De hecho, no.

—Históricamente, un buen líder tiene la habilidad de dar órdenes que nadie discute. No sé cuál es la categoría de un buen-líder-que-no-sabe-que-da-órdenes, pero parece estar funcionando.

—No soy el único líder, Janc y Orellt también son buenos capitanes.

Yirella bajó la voz al acercarse al volador.

—En los juegos tácticos, has sido el capitán en un total del treinta y dos por ciento de los partidos. Janc un dieciséis. Eres el querido líder de nuestro año, Dellian, así que sé un Santo adecuado y no nos falles. Vamos a necesitar tus habilidades en este desastre.

—Grandes Santos —murmuró.

Hizo un espectáculo examinando el filtro, y preguntándole a Ellici por su opinión. Ella estaba de acuerdo en que podría filtrar orina.

—Entonces, y solo por si acaso —dijo Dellian, y orinó en un paquete plegable de plástico, para la diversión de todos. Les siguió las bromas, y le pasó el recipiente a Janc, con la mirada fija en sus ojos. Janc se tomó un momento, y se bajó la bragueta.

Encendieron el fuego con la puesta del sol. El ánimo general era de derrota, todos esperaban haber sido rescatados en las primeras horas.

—Tenemos que mantener el fuego encendido tanto como sea posible —dijo Yirella—. Eso les dará a las fortalezas la mejor posibilidad de encontrar la señal térmica.

—Tres de nosotros harán turnos de una hora manteniendo el fuego fuera —dijo Dellian—. Cada uno con un arma, así podremos guardarnos las espaldas. Nadie más puede salir del volador. Formaré la primera guardia con el hacha. Falar, Orellt, ¿os importa venir

conmigo?

Ambos asintieron sin dudar.

El aire de la montaña era mucho más frío ahora que no había sol, incluso con el modesto fuego a tres metros del fuselaje. Los chicos tuvieron que echarse mantas térmicas por los hombros.

Los moroxes empezaron a llamarse entre sí.

Dellian estaba convencido de que habría por lo menos seis en la oscuridad, más allá del alcance de la luz. *Yirella tiene razón, ¿qué comen?*

Dellian lanzó un par de troncos al fuego y la noche se llenó de chispas, girando como galaxias naranjas. Las piedras brillaban de amarillo, transformándose en polvorientas lunas fijas en su órbita. Los moroxes se acercaban, con sus aullidos más reducidos, más intensos.

Algo se movió entre las piedras, una sombra más oscura que eclipsaba el propio cielo.

—Volved —les dijo Yirella desde la grieta—, añadid más leña y poneos a salvo.

Dellian estaba de acuerdo, y no percibió desacuerdo de Falar ni Orellt. Se agachó para coger un par de palos.

—Cuidado —gritó Falar.

El morox se abalanzaba desde la oscuridad, saltando sobre una piedra. La bestia tenía una piel gris oscura que parecía cuero húmedo, cubierta con una red verde. Sus patas frontales tenían unas zarpas enormes, con siete garras completamente extendidas. Su cabeza era alargada, como acuática, con enormes ojos blancos y colmillos más largos que una mano humana.

Un instinto xenófobo le dijo a Dellian que esa feroz criatura no había nacido en la Tierra, aumentando su miedo. El miedo a lo *otro*. Se arrodilló, girándose para dar un poderoso arco al hacha. A ambos lados, Falar y Orellt estaban preparados para lanzarse, con sus cuchillos en palos preparados para atacar.

Los tres actuaron al unísono, como habían hecho tantas veces en los juegos, coordinados tan fluidamente como cualquier cohorte de muncos.

Demasiado tarde, el morox intentó evitar el trío de mortales hojas. Dellian alcanzó su flanco, abriendo un profundo corte del que manó sangre púrpura. El morox aulló y se desplomó, buscando agarre con las patas traseras.

—Atrás —gritó Dellian—, primero Falar —podía ver otras dos formas espectrales rodeando la luz del fuego, esperando su oportunidad.

—Estoy dentro —avisó Fallar, y entonces—. ¡Peligro Izquierda!

Dellian y Orellt se enfrentaron al nuevo morox que corría hacia ellos.

Esta vez fue Orellt quien clavó una rodilla en el suelo. Dellian sabía lo que estaba haciendo; si atacaba al frente y abajo, obligaría al morox a saltar. Orellt comenzó su barrido, y como esperaban, la criatura vio la hoja a la altura de su cabeza, y saltó.

El hacha le impactó directamente en su corto cuello, penetrando tan profundamente que Dellian apenas pudo sacarla. Solo la inercia del cadáver en el aire le permitió recuperarla.

Orellt estaba entrando por la fisura y Dellian se acercó dos pasos antes de ver al siguiente morox sobre el fuselaje. No había tiempo, lanzó el hacha, enviándola por el aire hacia el morox que saltaba sobre él. Golpeó en una pata delantera y rebotó, cayendo por las rocas. Orellt estaba en la grieta, preparado para lanzar el cuchillo como una lanza.

La criatura se estampó sobre Dellian, y atacó con sus zarpas. Sintió como las garras le abrían el brazo izquierdo, y el morox se sacudió cuando le asomó un cuchillo por la parte de atrás del cuello. Se cayó a plomo sobre él, impidiéndole moverse. Los chicos gritaban a su alrededor, varias manos arrastraron a la criatura. Vio a Orellt y Falar al descubierto, atacando a la oscuridad. Hable recuperó el hacha. Xante, Janc y Colian tenían ramas prendidas, y las agitaban furiosamente. Uret lo alzó y empujó por la fisura, donde Yirella lo recogió y arrastró a un asiento. Ella y Ellici empezaron a tratarle de inmediato, con espray antiséptico y tiras de
piel-a
mientras los chicos retrocedían ordenadamente a la cabina.

—Estarás bien —decía Yirella, mientras las antorchas brillaban a su alrededor, iluminándole el brazo. Sangraba profusamente—. Los cortes no son profundos en absoluto.

El rostro de Orellt se alzó sobre el suyo, sonriendo salvajemente.

—¡Hemos cazado a otro! Y hemos alimentado el fuego, arderá otra hora por lo menos.

—Fantástico —gimió Dellian, con una mueca mientras Ellici le aplicaba más
piel-a
en el bíceps. Dolía al adherirse.

—Bebe —le ordenó Yirella—, necesitas fluido.

—No es orina, ¿verdad?

—No —sonrió—, la guardo para el desayuno.

*****

Los moroxes supervivientes estuvieron aullando el resto de la noche, uno incluso se acercó a la fisura de nuevo, pero fue ahuyentado por Xante y Colian con las lanzas. Dellian se mantuvo en duermevela, solo durmiéndose de verdad ya pasada la medianoche, y siendo arrastrado a la consciencia con un nuevo aullido. Vio a Colian en el agujero, manteniendo el cuchillo en guardia, pero no estaba atacando a nada ni pedía ayuda.

Lo siguiente que percibió, fue que estaba amaneciendo y todos sus compañeros bostezaban a su alrededor. Una gris y pálida luz entraba por las ventanas, y el aire estaba cargado del olor del humo.

—Hora de decidir —le dijo Yirella mientras le inspeccionaba las tiras de
piel-a
en el brazo—. No nos podemos quedar por aquí si queremos llegar al pie de la montaña antes del anochecer. O salimos ahora, o no lo hacemos en absoluto. Si los satélites no vieron el fuego de anoche, no lo verán nunca, y si esperamos otro día, estaremos mucho más débiles.

—Pero seremos un objetivo más fácil para los moroxes —dijo Dellian—, no tendremos el fuselaje para refugiarnos.

Su rostro se contrajo en una expresión extrañada.

—Otra cosa errónea, nunca deberían haberse aproximado tanto al fuego.

—Pero lo hicieron —dijo Xante—, desear que hiciesen lo que se suponía que tenían que hacer no nos va a ayudar.

Yirella le dedicó una larga, y decepcionada mirada, antes de continuar.

—¿Y qué piensas que deberíamos hacer? —le preguntó.

—Tú me lo dices —interrumpió Dellian, con urgencia—, y yo te apoyaré.

—No lo sé, normalmente en situaciones como esta, debes quedarte en el lugar del accidente y esperar al equipo de rescate. Pero esta no es una situación normal, ¿no?

—Vamos a echar un vistazo —dijo Dellian, reluctante.

El fuego se había reducido a un puñado de brasas apenas más caliente que la arena. Los rosados rayos del sol cubrían las colinas, provocando extensas sombras de los peñascos.

Dellian portaba el hacha, mientras analizaba los alrededores con cuidado.

—No oigo a los moroxes.

—Es de día —dijo Xante—, estarán en su guarida.

Dellian vio como Yirella sacudía la cabeza, aunque no dijo nada. Se giró para mirar los tres moroxes muertos. El primero, al que había

alcanzado con el hacha, se había arrastrado cincuenta metros antes de derrumbarse por el desangramiento. Los otros dos estaban más cerca.

—Nos los podríamos comer —dijo Ellici.

—¿Podemos? —preguntó Dellian—. Son alienígenas, no se supone que son enati… enti… enamo…

—¿Enantimórficos? No, nos los podemos comer, si hace falta. Su bioquímica es diferente, pero no por mucho. Su carne tiene nutrientes que podemos digerir, aunque no estoy segura del sabor.

—Los dejaremos por el momento —dijo Dellian, con toda la autoridad que podía manifestar—, primero necesitamos un fuego más grande, quizá tengamos que quemar un árbol entero. Y echarle algo más, sí —asintió mientras miraba el árbol más cercano, a unos cien metros—. Lo prenderemos, talaremos otros, y los echaremos encima. Entre todos podremos hacerlo. Un fuego que sobrecargue los sensores de las fortalezas por su tamaño.

Los tenía consigo, lo sentía. Ganaban coraje y esperanza de su propia determinación. Hasta Yirella estaba de acuerdo.

—Pues no bajaremos a la colina entonces —murmuró, mientras los dividía en tres equipos, cada uno con un arma.

—No tiene sentido que nos expongamos a más incógnitas, el clan sabe que hemos pasado la noche solos. Alexandre traerá de vuelta a los Santos para buscarnos si hace falta. Sie lo haría, todos lo sabemos.

—Supongo. —Yirella miraba fijamente el cadáver más cercano—. Necesito averiguar algo —dijo, cogiendo una roca casi tan grande como su cabeza.

—¿Qué? —preguntó, retrocediendo cuando Yirella estampó el lado afilado de la roca contra el cráneo del morox. Abrió el cráneo con dos golpes más, y metió la roca en la fisura para abrirlo aún más.

—¡Yirella!

Tuvo que enfrentarse a la náusea mientras examinaba la pulpa que quedaba de su cerebro.

—¿Por qué no ha sido devorado? —preguntó.

—¿Cómo?

—Si estaban tan ferozmente hambrientos como para ignorar un fuego con tal de intentar matarnos, ¿cómo es que dejan aquí tres cadáveres frescos de su propia especie, ignorándolos para seguir atacando?

—¿Se comen a los suyos? —preguntó, intentando no mirar como sus dedos cubiertos de carroña escarbaban el cerebro con tanto entusiasmo. Aunque la escena tenía algo horriblemente fascinante.

—No lo sé, no creo que debamos juzgarles como animales terrestres, aunque supongo que los instintos básicos deberían ser

semejantes.

—Supongo, ¿y qué esperas encontrar?

—No lo sabré hasta que lo encuentre —respondió sombríamente.

—Vale. —Dellian conocía ese tono, Yirella no se iba a detener ante nada que le pudiese decir.

Unos vítores les llegaron del árbol cercano, sus compañeros habían apilado arbustos alrededor del tronco y ahora ardía ferozmente, las llamas alcanzaban las ramas, que empezaron a humear.

Dellian se alegraba de tener una excusa para apartar la mirada de la sanguinaria labor de Yirella. A pesar del aire fresco que bajaba por la loma, se sentía torpe. La falta de sueño y su brazo palpitante parecía haber convertido a su cuerpo en una pesada losa, lo que era extraño, dado que era muy consciente de que tenía el estómago vacío. Y pensándolo bien, sabía que no tardarían en empezar a usar el filtro con bomba manual.

Falar y Uret estaban turnándose para atacar a otro árbol durmiente con el hacha, y los impactos reverberaban por el aire. Más chicos llevaban arbustos al fuego en expansión. Dellian observó el raso cielo, con su flotilla de estrellas artificiales.

—¿Por qué no nos ven las fortalezas? —murmuró.

—¿Por qué plagar Juloss de depredadores alienígenas? —dijo Yirella, se había puesto en pie, sacudiéndose fibras gelatinosas de sangre coagulada de las manos—. ¡En serio! Tiene sentido que mantengamos xenohábitats orbitales, y guardemos su carga genética para estudiarla, pero ¿soltarlos en el planeta? No tiene ningún sentido. Nuestros ancestros estuvieron un siglo terraformando este mundo para convertirlo en habitable, y que una civilización humana pudiese florecer y expandirse. Ahora ni siquiera podemos poner un pie fuera del complejo del clan del peligro que supone.

—Peligroso para el enemigo, también.

—Como si fuesen a acercarse a la superficie, el único aterrizaje que hacen es el de una docena de asteroides categoría apocalipsis.

—¿Y entonces?

—¡Y entonces no lo sé! —le gritó con resentimiento.

Dellian estaba sorprendido, le dolía verla así, tan herida y frustrada, casi a punto de llorar si la juzgaba bien. Yirella siempre había sido la racional y fría, pero esta situación era extrema. Sin pensarlo, la rodeó con los brazos. Su cuerpo entero era rígido como el acero.

—Recuerdo que alguien me decía que siempre hay respuestas, solo hay que saber dónde buscarlas.

Asintió, lenta y reluctante.

—Lo sé.

—¿Encontraste algo en el cerebro del morox?

—No.

—¿Qué buscabas?

—No estoy segura, algo que les hiciese actuar como lo han hecho.

—Todos se comportaban igual.

—Lo sé, y eso me preocupa. Estoy asustada Dellian.

—Yo también —le dijo con suavidad—, pero saldremos de esta —le sostenía una mano mientras se giraba al árbol durmiente, que ahora era una columna de llamas, ardiendo con la intensidad del escape de un cohete. Los chicos que lo habían prendido tenían que mantenerse a bastante distancia, por la intensidad del calor.

—Los sensores de las fortalezas sentirán que les estamos impactando con un láser cuando pasen por encima, de lo fuerte que es la emisión de infrarrojos.

—Sí. —Yirella se agachó y le besó de nuevo—. ¿Sabes lo que estoy pensando?

—¿El qué?

—Que este lugar es nuestro Zagreo, ¿y sabes en lo que nos convierte eso?

—¿En pringados y empantanados hasta el cuello?

—¡No! Tú y yo, míranos. Tú, con tu pelo rojo, eres San Callum.

—Y tú eres mi Savi —rio—. ¡Sí!

—¿Y escaparon verdad? Volvieron a casa.

Dellian sentía la urgencia en su voz, la desesperación.

—Sí, lo hicieron. Y vivieron felices varias décadas en Nebesa.

—Si ellos pudieron, nosotros también.

—Callum siempre fue mi Santo favorito —confesó.

—Vaya, el mío es Yuri.

—¿En serio? Te imaginaba adorando a Kandara.

—Oh, en absoluto, ella usa la violencia para solucionarlo todo. No es tan terrible como Alik, supongo, pero Yuri solía pensar seriamente los problemas. ¿Recuerdas la historia del novio perdido? Investigó concienzudamente y tomó decisiones basadas en hechos. Nunca se detuvo hasta resolver el caso, a eso es a lo que aspiro.

—También podía ser bastante despiadado, mucha gente murió mientras perseguía a Horatio.

—No fue su culpa, bueno, aparte del emparejador, y gente como esa se merece ir a Zagreo.

—Sí… —Frunció el ceño ante la última serie de gritos, y se giró para ver a los chicos llamándole y apuntando en su dirección con gestos violentos. Xante había alzado la lanza que llevaba, apuntando a

Dellian e Yirella, pero la expresión de su rostro… Dellian se giró despacio, con el rostro helado por el miedo.

En lo alto del fuselaje había un puma, que sacudió la cabeza, observándoles. Emitió un leve gruñido del fondo de su garganta y flexionó las patas, preparándose para atacar.

—Retrocede hacia las llamas —dijo Dellian, apenas moviendo los labios, situando su cuerpo entre el puma y el de Yirella lentamente.

—Del…

—¡Ahora! —Él también comenzó a retroceder lentamente, empujándola, buscando frenéticamente una piedra suelta como la que había usado Yirella, cualquier cosa con la que pudiese atacar a la letal bestia. Sabía que sería inútil, pero no iba a caer sin luchar.

El puma saltó, con sus poderosos músculos propulsándolo vigorosamente por el aire hacia ellos. Y entonces explotó. En un instante era la perfecta y evolucionada máquina de matar, y al siguiente era una nube de llamas y restos de carne. El hedor del vapor le alcanzó, y los chamuscados despojos se desparramaron a dos metros de un paralizado Dellian.

Se derrumbó sobre sus rodillas y vomitó, vomitó con fuerza. Yirella gritaba. Los miembros del clan corrieron hacia ellos en masa, entre gritos y chillidos.

Una sombra les cubrió, y un tembloroso Dellian alzó la cabeza, contemplando con absoluta confusión como el gran volador descendía silenciosamente del claro cielo de la mañana.

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Feriton Kayne, Nkya, 24 de junio del 2204

Estaba fascinado con el conflicto ancestral que acababan de resucitar Yuri y Callum, interrumpiéndose a gritos, peleándose con asaltos de obscenidades ante trivialidades, lanzándose la responsabilidad y sin ceder en lo más mínimo. Tras presenciar sin filtros todo el asunto, había descubierto muy poco que no formase ya parte del archivo de Conexión.

Desde mi posición táctica, Callum siempre había sido un buen candidato a ser un agente alienígena. Me había preocupado el certificado de defunción de 2092, *fallecido en una explosión en una planta química de Albania*, junto al resto de su equipo de Emergencias de Tóxicos. El «desastre» de Berat estaba en el registro oficial del gobierno británico. Y en el 2108, él y Savi reaparecieron mágicamente en Delta Pavonis, con hijos y todo, como si no hubiese pasado nada trascendente, como si su muerte hubiese sido un desafortunado malentendido burocrático. Estaba registrado como técnico jefe veterano en el proyecto de construcción del hábitat Nebesa.

Ese período era el tipo exacto de discontinuidad en los registros que estaba buscando. Que los agentes encubiertos asuman la identidad de algún difunto reciente ha sido una práctica habitual en la comunidad de inteligencia, de como mínimo, desde el siglo veinte. Y Callum tenía una buena posición. Ainsley ya vio su energía y habilidad hace un siglo, y desde entonces, ha escalado el escalafón utópico hasta ser el consejero tecnológico personal de la mismísima Emilja Jurich, una de las fundadoras originales del movimiento utópico. Estaba en una posición perfecta para alimentar la creciente xenofobia del Consejo de Ancianos hacia los Olyix, si fuese un agente alienígena.

Las políticas hostiles de la élite humana hacia los Olyix no habían dejado de crecer constantemente, desde que la *Salvation of Life* llegase a Sol en el 2144, cincuenta y dos años después de la supuesta muerte de Callum. La sospecha frente a especies alienígenas es parte de la

condición humana, y es relativamente entendible. Lo que no se podía explicar con la lógica, era la creciente paranoia de la que habían hecho gala personas como Emilja Jurich y Ainsley Zangari, el último par de décadas. Alguien, en algún lugar, *tenía* que estar alimentando la paranoia con un montón de gilipolleces.

La conclusión a la que habíamos llegado es que se debían a una especie muy diferente, ¿quizá un ancestral enemigo de los Olyix? Nadie lo sabe, había llegado discretamente a Sol, y había estado esforzándose en deslizarse en posiciones de influencia. Mi tarea real en la división de Seguridad exosolar de Conexión es exponer sus posibles agentes.

Y ahora, con su «muerte» explicada, e incluso confirmada por mi jefe, probablemente no fuese Callum. Obviamente, ninguna compañía de la Tierra, ni tampoco ningún hábitat de Sol, le habría contratado tras el 2092, pero la emergente Utopía, con su objetivo ideológico de una sociedad posescasez decente y pura, era un destino ideal. Delta Pavonis le daba la bienvenida a cualquiera que rechazase la cultura universal que dominaba la Tierra, y sus planetas terraformados. Lo que convertía a Utopía en su única opción.

—¿Se recuperó Savi? —preguntó Loi, estaba sentado en una mesa con Jessika y Eldlund, y los tres se habían mantenido en silencio todo el tiempo.

Callum volvió al presente de su amargo pasado, aunque necesitó un momento para enfocar sus duros ojos verde gris sobre el asistente de su viejo adversario.

—Sí, gracias. Savi se recuperó. Y estuvimos juntos más de un cuarto de siglo, incluso tuvimos un par de hijos, así que sí, valió la pena.

Yuri, por respuesta, gruñó y se tragó otro chupito del congelado vodka Tovaritch. Los camareros llevaban toda la tarde proveyéndole un suministro rítmico de los vasitos helados. Empezaba a pensar que mi jefe tenía un periférico especial para filtrar la toxicidad del alcohol, no mostraba ninguna señal de borrachera, salvo su siempre decreciente temperamento.

Alik parecía tener la misma resistencia, o periférico. Estaba reclinado en su silla, con su tercer vaso de borbón. Tenía los ojos casi cerrados, pero no me engañaba, estaba profundamente absorto en la confrontación.

Kandara, por su parte, estaba sentada erguida, intimidadoramente atenta de principio a final.

—No tenía ni idea de que Zagreo fuese un destino de extradición ilegal, para empezar —dijo.

—Es historia —gruño Yuri—. El asteroide Conestoga dio a conocer públicamente su colonia penal tres años después. Exactamente como los promotores del proyecto querían hacer. Y como gobierno independiente reconocido, Conestoga no podía ser penalizado en ninguna corte internacional, no como las corporaciones.

—¡Gobierno mis cojones! —dijo Callum hoscamente—. Conestoga era un puñado de rocas sin valor de cien metros de diámetro, en órbita transjupiteriana, con una base industrial automatizada y un dormitorio modular adosado. Población total, cincuenta.

Le vi observar a los tres asistentes de la sala, esperando con ansiedad que entendiesen, que se pusiesen de su parte.

—Y todos y cada uno de ellos eran abogados corporativos.

—Conestoga ofrece a los otros gobiernos de Sol un destino en el exilio para los indeseables —dijo Yuri—. Se aceptó una mejora en los paquetes de supervivencia y *bam*, la cola de convictos era de repente de seis meses. Zagreo es una vida difícil, pero funciona. Los satélites de vigilancia muestran una civilización en expansión, incluso están aventurándose fuera del cañón, construyendo cúpulas presurizadas en la superficie. Hemos domesticado a esos bastardos.

—Sí, hurra —dijo Callum—, ¿os dicen los satélites cuántos han muerto en el proceso?

—Si te preocupa, ofréceles un mundo recién terraformado. O quizá podríais abrir vuestros preciados planetas y dar la bienvenida a esas pobres princesas malinterpretadas. ¿No? Qué sorpresa.

Callum se puso en pie.

—Zagreo no es una manera adecuada de juzgar en una civilización avanzada, es un atraso repugnante. La verdadera solución para elevar a los pobres y desposeídos es la educación y un estándar de vida digno. La sociedad utópica produce tan pocos de los que clasificas como «criminales a exiliar» que ni tenemos que hacerlo. Se les retira de la población general, se les otorga una residencia cómoda, y se les da apoyo. Ese es el triunfo de nuestra sociedad. —Barrió el Ranger con la mirada—. No sé cuál será vuestra hora circadiana, pero yo me voy a dormir.

Yuri esperó hasta que desapareció en el compartimento trasero.

—Nuestros jueces no tienen que sentenciar a tantos al exilio porque la amenaza de Zagreo mantiene a la gente a raya. ¡Es un hecho!

Loi asintió, asegurándose de que su aprobación fuese vista por su jefe.

—No, de hecho es despreciable —dijo Eldlund, antes de retirarse al compartimento trasero.

Me preguntaba cómo se iba a meter en una cápsula de sueño, todas eran del tamaño estándar, así que… Un leve descuido de nuestra parte. Quizá dejase las piernas al aire por la noche, y se quejaría sin duda al día siguiente del sesgo y discriminación antiomnia.

—Creo que yo también llego hasta aquí —dijo Kandara.

—No es mala idea —concedió Yuri.

El resto se dirigió a sus cápsulas de sueño, Sandjay me conectó con los conductores. Bee Jain me aseguró que estábamos avanzando a buen ritmo y que la ruta de camino a la nave alienígena estaba siendo tranquila, y con eso, me fui a dormir.

*****

Loi, Eldlund y Jessika estaban despiertos y desayunando juntos en una mesa cuando me desperté. Al menos parecía que ellos tres estaban superando el abismo ideológico entre Yuri y Callum, cosas de la juventud.

Alik entró, con el pelo aún húmedo de la ducha. Se sentó en el lado opuesto de mi mesa.

—No hay gimnasio —se quejó.

—Sí, lo lamento profundamente.

Se rio y le pidió café y tostadas al camarero.

—Menudo espectáculo el de tu jefe anoche, parecía que estaba presenciando historia en primera fila.

—Estaba al tanto de los hechos generales, pero algunos de los detalles que soltaron eran alucinantes.

—Me sorprende que vengan ambos juntos en este viaje.

—Es importante.

—Sí, lo entiendo, ¿pero quizá tengan alguna información extra?

Alcé una ceja, analizando el esculpido rostro con sus inmóviles rasgos. Alik Monday sería el perfecto jugador de póker, carecía de la capacidad de mostrar ninguna pista. La voz, sin embargo, podía estar cargada de emoción. Supongo que lo practicaría también.

—Conexión no tiene favoritos en este caso, Alik —le reprendí—. Los utópicos estaban muy dispuestos en tener representación en el equipo de evaluación.

—Y Callum es su especialista principal en imprevistos.

—Es un ciudadano de grado dos.

—Si crees que está aquí para proveer de valoración técnica, estás autoengañándote. Puede que haya sido un técnico en su día, pero ahora tiene acólitos jóvenes para ese trabajo —dijo, señalando discretamente a Eldlund y Jessika.

—¿Qué quieres decir?

—Como mucho informa directamente al Consejo de Ancianos de Utopía, y quizás ni eso. Imagino que serán Jaru o Emilja los que oigan primero su opinión, y esa opinión será completamente política.

—Coincido —le dije—, igual que Ainsley. Es una de las razones por las que me hizo incluir representativos realmente importantes de las partes interesadas.

—¿En serio? —Una pregunta desafiante, una vieja táctica de interrogación. *Confirma lo que acabas de decir*.

—Hay una semejanza parecida en la historia —expliqué.

—Continúa.

—En la era espacial original, por el mil novecientos cincuenta y sesenta, parte del conflicto ideológico estaba en la hipótesis del primer contacto. La Unión Soviética postuló que cualquier civilización lo bastante avanzada para viajar entre las estrellas sería lógicamente socialista, y elegiría tratar con Moscú, la batalla ideológica se acabaría, el mundo se sumiría en una conversión a la iluminación, y la era del capitalismo llegaría a su fin.

—¿Comunistas? ¿Todos los alienígenas? Menuda chorrada. Los Olyix son expertos comerciantes.

—Quizá. Pero ahora, en vez de la Unión Soviética, tenemos la cultura utópica —miré a Eldlund y Jessika, que aún charlaban alegremente con Loi—, que nos explicarán, con extensa y aburrida longitud, como su igualdad en la posescasez no es socialismo, sino una evolución tecnológica de una sociedad humanista igualitaria.

—Buf, ¿quieres decir que Callum ha venido a confirmar que los alienígenas estelares son todos…?

—¿Perfectos utópicos? Sí. Cuidado hijo mío, el final del capitalismo se aproxima.

—¿Y manipulará el contacto en su favor?

—La sociedad utópica es muy benigna y cuidadora. Su idea es que los alienígenas les favorecerán instintivamente.

—Y una mierda benigna. Más bien quietud, rayando el estancamiento.

—Y tanto.

—Oh, venga ya, trabajas para Conexión, joder. La economía de mercado universal es muy dinámica, entre planetas y hábitats. Los Olyix no tienen muchos acuerdos con Utopía.

—Los Olyix son una única arca colonia que solo quiere continuar su viaje hacia el final del universo, donde se encontrarán con su dios, al Final del Tiempo. Todo lo demás es secundario frente a esa doctrina, así que se adaptan a las condiciones locales por necesidad. En el sistema Sol, el comercio con la Tierra y los hábitats es el método

con el que adquieren la energía que necesitan para reponer su suministro de antimateria y continuar así su viaje. Así que, comercian. La hipótesis es que, si hubiesen llegado al sistema Delta Pavonis, seguirían la doctrina utópica en su contacto con Akitha.

—¿No deja eso fuera de juego a la teoría de Utopía pangaláctica? Lo de que toda especie tienda a la benevolencia posescasez.

—En el caso de los Olyix, sí. Por eso Callum espera un resultado más favorable esta vez.

—¿Y qué le pasa a Yuri entonces?

Me acerqué, bajando la voz.

—No lo dije, pero Yuri es un xenófobo de los cabrones. Los Olyix le dan muchísimo por culo.

—¿Por qué?

—No le gustan las células K, aparentemente.

—Que locura, si son un milagro médico, y jodidamente barato. Todo el mundo gana.

Alcé las manos en desconocimiento.

—Así es como es —sonreí, y me recliné para mirar si esa particular semilla de duda germinaría en algo que pudiese usar en mi misión.

*****

Fuera del Rover, el paisaje de Nkya se oscurecía, las extensas laderas de regolito eran ahora tan negras como el polvo volcánico. Quizá sea volcánica, tampoco es que sea geólogo.

Callum apareció a media mañana, y le dio bastante trabajo a la cafetera. Yuri y él intercambiaron un breve asentimiento, su guerra no había terminado, probablemente nunca lo haría, pero la tregua parecía mantenerse.

Alik se sentó junto a Yuri. Por un instante, ambos miraron por la ventana, cuando nos iluminó el parpadeo escarlata de un poste. La intrusiva luz atrapó ambos rostros, sombreándolos de un extraño rojo sangre, y que creo una secuencia fotográfica que remarcaba sus caídos ojos, como dramáticas lágrimas.

—Y si, tras un serio análisis, declaramos que la nave alienígena es hostil, ¿qué ocurre? —preguntó Alik—. ¿Traemos capacidad nuclear?

—Nuestros drones de seguridad pueden soportar un alto nivel de agresión —le dijo Yuri—. Si la nave se vuelve activamente beligerante, la contendrán mientras nos retiramos.

—¿Nos retiramos en qué?

Yuri frunció el ceño, como si no hubiese oído bien.

—En esto, claro.

—Cristo, ¿dirías que esto es un vehículo de huida?

—La nave alienígena está aislada, no supone una amenaza excepto para su cercanía inmediata. Si eso ocurre, volveremos de manera más contundente.

—Si no nos barre del mapa y se carga a los que envían a buscarnos, y a los que envían después… ¿Cuál es el límite?, ¿equipo veinte?

—No hay enlace con solnet, pero los satélites continúan vigilando. Si la TuringG8 de la misión detecta cualquier problema seguirá los protocolos apropiados.

—Fantástico —gruño Alik—, y mientras tanto nos alejamos a velocidad de paseo.

—Estabas al tanto de los riesgos antes de empezar.

—De los riesgos, sí. De tu paranoia, no tanto.

—Tenemos que garantizar la seguridad de toda nuestra especie, no es una obligación menor.

—Vamos, si pueden viajar entre las estrellas, no lo haces por la grandeza del imperio, no funciona así.

—No podemos usar nuestra propia historia ni nuestra manera de pensar como punto de partida para el análisis de los motivos de especies extraterrestres —dijo Yuri, con voz peligrosa—. La nave alienígena probablemente tiene algún tipo de misión de exploración, reconocimiento y valoración, el equivalente de esta misma misión de evaluación. Cualquiera que sea la calificación final, han *robado* humanos para examinarlos. Solo con eso ya están en la categoría de antagonistas.

—¿Sabemos que han sido secuestrados? —le desafió Alik—. Demonios, podrían haber huido de cualquier catástrofe, o guerra, y los alienígenas les habrían estado haciendo un favor. Estamos a ochenta y nueve años luz de la Tierra, ¿no? Así que, si la nave no supera la velocidad de la luz, podría haber salido de la Tierra en cualquier momento de los últimos quinientos años. Y había mucha mierda en aquel entonces, no es nuestra mejor era.

—¿Huyendo de qué?

—De la Segunda Guerra Mundial, para empezar. Imagina, estás atrapado en el Blitz, y un tío raro te ofrece una vía de escape. La oportunidad para ti y otros pocos de comenzar una nueva vida en un nuevo mundo, el precio es que nunca podrás volver. Sabes que aceptarías esa oferta. Casi llevamos veinte mundos terraformados, cada uno de ellos nos ha costado el mayor esfuerzo financiero y político que ha conocido nuestra especie. Si dedicásemos la mitad en arreglar la Tierra tendríamos un auténtico paraíso. Pero no, es la segunda oportunidad el mayor sueño de la humanidad, y su mayor

delirio. Supera hasta a la religión.

—¿Alienígenas benignos que intervienen para salvarnos? —se mofó Yuri—. ¿Es acaso lo segundo en tu lista de deseos?

Alik mostró las palmas en retirada.

—¿Y por qué hay humanos a bordo, entonces?

—Ni nos acercamos a tener la información suficiente como para poder confirmar su intención.

—Demonios, hombre, ya lo sé. Estoy elucubrando opciones, eso es todo. Planteando alternativas, que es para lo que hemos venido, ¿o no? Todo está bajo consideración.

—¿Y cuál es tu opinión entonces? —intervino Kandara—. Has planteado un buen escenario, en el que son benignos. ¿Están salvando a personas válidas de la brutalidad de la tierra? ¿O son imperialistas hostiles, que capturan especímenes para el clásico estudio rectal en su laboratorio?

Alik le dedicó un rápido saludo.

—Estoy preparado para las hostilidades, pero racionalmente creo que es improbable.

—¿Por qué? —dijo Yuri, con voz más amenazadora.

—Por todas las razones alguna vez mencionadas. Nadie cruza el espacio interestelar para la conquista. Se hace por política, o meramente por exploración, igual que nosotros. Pero el motivo más interesante de todos es por arte. Porque puedes.

—Eres un idiota si piensas así. Les asignas cualidades humanas a los alienígenas, la peor forma de antropomorfismo y falta de honestidad intelectual. Han secuestrado a esas personas, probablemente en contra de su voluntad. Quienes quieran que sean, no son amigos.

—¿Los has prejuzgado, entonces?

—Mi juicio proviene de la escasa información que tenemos hasta ahora. Es lo que no sabemos lo que me incomoda aún más. El potencial para un conflicto es enorme. Los alienígenas nos pueden afectar de maneras sutiles, nuestros encuentros siempre han resultado en que nos cambian.

—¿Siempre? —preguntó Eldlund—. ¿Cuántos crees que nos hemos encontrado? Que me conste, estos son los segundos.

—Lo son —dijo Yuri—, pero mira lo que nos han hecho los Olyix.

—Nos han dado conocimiento.

—No, un par de soluciones biotecnológicas, eso es todo. Nada de conocimiento, nada de revelaciones. Son el mayor ejemplo de pasivo agresividad que hemos conocido jamás. ¿Pero qué otra cosa se podría esperar de una panda de fanáticos religiosos?

Ya he oído este discurso un millón de veces, es una de las razones por las que animé a mi jefe a acudir en persona. Mi esperanza es que se abriese a sus pares como nunca lo haría conmigo, y me facilitase así profundizar en su xenofobia. Como Callum para Emilja, era Yuri para Ainsley. Y el mayor paranoide hijo de puta que te pudieses encontrar.

Kandara contempló a Yuri con sorpresa.

—No veo el lado agresivo, me parecen estar en modo cien por cien pasivo.

—Es parte del teatro, se adaptan a las circunstancias. No les culpo, es una excelente herramienta de supervivencia, justo lo que necesitan para viajar hasta el Final del Tiempo. Ni los Olyix saben lo que se van a encontrar la próxima vez, así que se preparan para todo.

—¿Estás sugiriendo que no hemos visto cómo son en realidad?

—No, en absoluto. Nos ven, y se adaptan a los sistemas por los que nos regimos. Esa es su realidad, aunque para nosotros sea como mirarnos en un espejo.

—Vosotros, el sistema Sol, les habéis convertido en comerciantes —dijo Callum.

—Pues claro —dijo Yuri—. Llegaron, echaron un vistazo, y vieron lo que tenían que hacer para reconstruir su suministro de antimateria, y lo han hecho. Sin dudas, sin remordimientos. Y que le jodan a las consecuencias.

—¿Y hay consecuencias para ellos en su comercio de células K con nosotros? —preguntó Eldlund, sorprendido—. No me lo puedo imaginar. Los tratamientos de células K han salvado la vida de millones de personas en los sistemas solares universales. Las vidas de los demasiado pobres para permitirse una impresión de células madre, u órganos clonados. Esa es la verdadera atrocidad en todo esto.

—No digo que las células K sean malas para nosotros —dijo Yuri —, pero la naturaleza de los Olyix, su adaptabilidad, es contraproducente cuando se encuentran a una especie con una política tan compleja como la nuestra. Carecen de la capacidad de discriminar, dado que están tan determinados en conseguir su objetivo, que no les importa cómo lo consigan. Necesitan nuestro dinero para nuestra electricidad, así que adoptan nuestra manera de obtenerlo. Cualquier metodología que tengamos, es para ellos una oportunidad, cualquier otra cosa es un pecado.

—¡Te opones a ellos porque se han convertido en capitalistas! —exclamó Eldlund.

—No —intervino Callum—, es porque son mejores capitalistas.

—No lo entendéis —dijo Yuri, lentamente—. No tienen nuestro filtro moral, no les importa lo que tengan que hacer para conseguir

nuestro dinero, ni las consecuencias. Y hay una tremenda cantidad de dinero dedicada a suministrar energía a la *Salvation of Life*. Por eso los tenemos que vigilar tan de cerca.

—El dinero siempre lo va a distorsionar todo —dijo Alik—, lo que cualquiera debería esperarse. La avaricia es una constante, si acaso, los hace más humanos, en mi opinión.

—Estás equivocado —dijo llanamente Yuri—. Tú, con tu trabajo, deberías saber hasta qué nivel se rebaja la gente cuando hay una cantidad importante de dinero involucrada. Y, cómo es una carrera hasta el fondo, los Olyix también lo hacen. Somos los arquitectos de su comportamiento actual, y hemos visto las consecuencias de primera mano. No son agradables de ver.

Observé con inmenso interés como Alik, finalmente, contrajo sus músculos faciales en una expresión que se acercaba al escepticismo.

—¿Cómo cuál?

LA CARRERA CONTRA EL TIEMPO DE YURI

Londres, 2167 A. D.

El verano de 2167 fue excepcionalmente caluroso, incluso para los nuevos estándares de Europa. En la oficina de Londres de Yuri, el aire acondicionado no marcaba ninguna diferencia contra el calor terrible de finales de agosto. A las diez y cuarto de la mañana del jueves, Yuri quería abrir ya la ventana. Pero no podía, porque su oficina estaba en el piso sesenta y tres. La extraordinaria sede de oficinas de Europa de Conexión estaba en la península de Greenwich, era un rascacielos neogótico helicoidal hecho de vidrio y piedra negra, que alcanzaba la friolera de noventa pisos. Parecía la atalaya de algún arcángel pagano caído, encargado de proteger a la ciudad contra los invasores que navegaban por el Támesis. Desde su oficina, Yuri tenía una vista perfecta del enorme y antiguo puente Dartford curvándose en el lejano horizonte. Pero estas mismas vistas implicaban que la luz solar inundase la oficina durante toda la mañana.

La Tierra había estado usando pozos solares para obtener energía desde 2069, y las últimas centrales eléctricas de carbón y gas habían cerrado en 2082. Eso le había dado a la biosfera ochenta y cinco años para poder reabsorber el exceso de monóxido y dióxido de carbono producido entre los siglos XX y XXI. Los meteorólogos seguían diciendo que era suficiente para que la atmósfera se estabilizara en los niveles anteriores a la revolución industrial, la referencia idealizada. Desafortunadamente, sus elegantes algoritmos predictivos nunca concordaron con la realidad, y decidieron que 2167 fue un pico muy fortuito en la obstinada curva de enfriamiento, es decir, algo poco relevante. Un pico que el movimiento neoverde, una ideología que había triunfado sobre la ciencia, culpó con presteza a la inusual actividad solar, creada por los pozos solares que abusaban de la corona.

A Yuri no le importaba por qué hacía un calor abrasador, solo quería que este horror terminara.

—Llamada prioritaria del ejecutivo —anunció Boris—. Es Poi Li.

—Mierda. —Yuri resistió el impulso de anudarse la corbata y abrocharse el último botón. No se le ocurría nada por lo que pudiera justificar una llamada personal de Poi Li. Se había retirado hacía diecinueve años, para luego inmediatamente trabajar como asesora independiente de seguridad en la junta, para gran consternación de su sucesor—. Dale permiso.

—Yuri —dijo Poi Li.

—Poi, ha pasado tiempo.

—¿Hay algo interesante que informar?

—La verdad es que no. ¿Alguna razón por la que llamas a esta oficina?

Yuri había sido nombrado director de la pequeña, pero exclusiva, Oficina de Supervisión de los Olyix de Conexión hacía ya dos años. En aquel momento, Yuri no había estado seguro de si el puesto de director en la oficina de Seguridad de los hábitats solares había sido una promoción de dónde había estado trabajando hasta entonces o no. Pero este puesto había sido creado por el propio Ainsley directamente, diez años después de que el arca espacial de los Olyix, *Salvation of Life* desacelerase en el sistema solar en 2144. Le habían otorgado una autoridad casi ilimitada. A pesar de ser un trabajo completamente de oficina, era interesante, pues debía planear y trazar la influencia política y financiera de los Olyix en la Tierra y sus hábitats. También le otorgaba acceso a personas con gran influencia. Había llegado a considerar este puesto como un peldaño esencial en su camino hacia ser director de Seguridad de Conexión, demostrando así que tenía habilidades ejecutivas además de su afamada capacidad operativa.

—Hay un asunto que nos gustaría que investigaras personalmente —dijo Poi Li.

—¿Nos gustaría?

—A Ainsley y a mí.

Yuri se enderezó al instante por reflejo.

—Ya veo.

—Es bastante urgente.

*****

Yuri cogió el portal del Departamento de Seguridad hacia la red general de Londres de la compañía, desde allí fue caminando directamente hacia el circuito metropolitano interior de Londres. Tomó una radial hacia la estación de Sloane Square, un corto paseo por
King’s
Road, que estaba repleto de taxez biplaza plateados y azules, y llegó a

la dirección que le había enviado Poi Li.

Era un elegante edificio de ladrillo con el estilo de la Regencia, que contenía un pieds-à-terre extraordinariamente caro para ricos, y que tenía vistas a una pequeña plaza con altos plataneros. Contó cinco guardias de seguridad posicionados por la plaza, vestidos como paisanos, actuando de forma informal. Se preguntó a cuántos más no habría visto.

Boris dio su código en la entrada y lo escanearon. La puerta negra y brillante, que parecía de madera pero que no lo era, se abrió suavemente. Dos guardas con trajes caros estaban en el pasillo. Le hicieron un gesto para que pasara.

Yuri admiró el antiguo ascensor con su puerta de reja forjada y su pomo de latón. Se subió solo, y el ascensor traqueteó y crujió hasta llegar al cuarto piso.

Poi Li le estaba esperando en el rellano. Estaba igual que cuando él empezó a trabajar para Conexión, hace casi un siglo ya, aunque ahora parecía más frágil. Los tratamientos de los telómeros parecían estar carcomiendo su esencia, dejándole solo el caparazón de una mujer.

—Gracias por venir —dijo y le dejó pasar al ático.

La decoración era de estilo clásico, suelos de mármol con techos altos y candelabros bañados en oro, que iluminaban pinturas al óleo de antiguos maestros, y lienzos barrocos modernos, con igual intensidad. Los muebles recordaban inevitablemente a Luis XVI, todo muy recargado y hecho a mano, bastante incómodo para sentarse.

Ainsley Zangari estaba sentado. Yuri estaba impresionado, a sus ciento treinta y seis años, el hombre más rico que ha existido jamás sin lugar a dudas, se había gastado en terapia genética algo cercano al presupuesto armamentístico de un país de tamaño medio. Su tratamiento antienvejecimiento iba mucho más allá que las simples extensiones de esperanza de vida con tratamientos de telómeros, en las que Yuri había invertido durante décadas con sus generosas bonificaciones. Cualquiera que no lo conociera pensaría que era un hombre de cuarenta años que comía bien y hacía ejercicio con regularidad. Incluso su cabello había pasado de plateado a un castaño juvenil, como si sus folículos fueran estacionales y hubieran vuelto una vez más a la primavera.

—Yuri, qué bien volverte a ver —le dio un apretón de manos, un agarre fuerte, reafirmando su vigor.

—Señor, Poi me ha dicho que es urgente.

—Sí, déjame presentarte. Esta es Gwendoline. —Ainsley señaló a una adolescente que estaba sentada incómodamente en uno de los antiguos asientos.

—Un placer conocerla —dijo Yuri automáticamente. Boris estaba ejecutando un reconocimiento facial, pero no encontró nada en los datos de Conexión. No pintaba bien. Conexión tenía archivos de todo el que fuera remotamente importante. Le pidió a Boris que averiguara quién era el propietario del ático. La respuesta fue la de una empresa registrada en *Archimedes*, un hábitat transjupiteriano, cuya mayor industria era la de ser un enclave de cero impuestos.

—Siento ser una molestia —dijo Gwendoline. Su voz era aguda y vacilante. Yuri dejó de buscarla y la observó. Era guapa, por supuesto, pero no de la forma en que todas las adolescentes lo eran. A Gwendoline la habían criado para ser perfecta. De forma natural, claro, pero nada barata. Los estilistas y una buena educación le habían dado una inocente elegancia natural. Supuso que tendría diecisiete o dieciocho años, tenía un rostro pequeño y una mandíbula fuerte, con unas mejillas marcadas. Su nariz era pequeña y llena de pecas, con un cabello largo y rubio con reflejos rosados y aspecto saludable, que rivalizaba con los adornos dorados que brillaban por el salón. Su vestido era cuidadosamente sencillo, de algodón blanco y escarlata, con un cuello de corte cuadrado y un dobladillo por encima de la rodilla. Yuri supo que no había sido impreso en ninguna fábrica, era alta costura de Roma o París, de un precio exorbitante. Gwendoline era la verdadera chica de oro rompecorazones. Entonces que sería, ¿una niñata malcriada o una amante revienta-carteras?

—Estoy seguro de que no lo será —dijo Yuri con toda la sinceridad que pudo.

—Gwendoline es mi nieta —dijo Ainsley, dejando traslucir orgullo en la voz.

Yuri se puso más en alerta. Este hecho no figuraba en ninguna red de Seguridad de Conexión, lo cual era extremadamente extraño. Ainsley ya se había casado nueve veces, y había tenido treinta y dos hijos reconocidos, la mayoría de los cuales trabajaban en la dirección de Conexión. A su vez, habían tenido numerosos nietos y bisnietos, formando una gran dinastía que cubría el espectro completo que iba desde adictos al trabajo hasta princesitas cabeza hueca de caro mantenimiento. Todos ellos vigilados con la misma dedicación que tuvo la vieja Tierra con los códigos nucleares.

—Lo sé —dijo Ainsley, contrito—. No encontrarás un expediente sobre ella. Su abuela y yo tuvimos una breve aventura y Evette fue el resultado. Nataskia no quería que Evette tuviera relación con Conexión o con el resto de la familia. Y no la puedo culpar por ello, Cristo sabe que no somos exactamente un grupo de santos y retraídos, así que respeté sus deseos. Dispuse discretamente un fondo fiduciario

que incrementé cuando nació Gwendoline. Las tres han vivido fuera de la atención de los medios y la política corporativa, y les ha ido bien. Tengo un contacto mínimo con ellas, lo que me duele, pero me aguanto y así todo el mundo está feliz.

—Ya veo —dijo Yuri diplomáticamente—. Entonces, ¿qué ha sucedido?

—Horatio Seymore —dijo Gwendoline, con los ojos húmedos.

—¿Quién?

—Mi novio. Ha desaparecido. —Era el clásico romance de verano, le explicó. Su primer amor verdadero. Gwendoline acababa de empezar unas prácticas en una empresa de software financiero en Londres obtenidas por mérito propio, como mencionó Ainsley con orgullo, cuando conoció a Horatio. Era camarero de una de las franquicias de HazBeanz en la City, donde ella iba con su oficina. Tenía diecinueve años, y la Universidad de Bristol le había ofrecido una plaza para estudiar ciencias sociales. Estaba de pruebas como barista en verano, para ganar algo de dinero y pagar la matrícula de la universidad. Su sueño era trabajar con niños necesitados de las ciudades del perímetro, ayudando a conseguir una vida.

Yuri hizo todo lo posible por no poner los ojos en blanco. Clásico no era la palabra correcta, pensó, era la *Lady Chatterley* del siglo XXII. Ella rica, con una vida aislada en su propia burbuja social, mientras que él, pobre y humilde, quería dedicar su vida a una causa digna. La atracción fue de nivel atómico. Cuando el altyo de Gwendoline le envió a Boris un archivo con imágenes, a Yuri le fue difícil decidir cuál de los dos críos era más guapo. A pesar del calor anómalo de verano, había un excesivo número de fotos de Horatio sin camiseta jugando al fútbol con amigos, en la playa, o disfrutando en el parque. Pues como no era suficiente con ser encantadoramente noble, por su carrera como trabajador social, era además todo un pimpollo, con su herencia caribeña; un cuerpo musculoso de color miel oscura y unos ojos marrones de un brillo vivaz. Su cabello muy rizado, largo y despeinado aumentaba también su atractivo.

—De acuerdo —dijo Yuri lentamente, cuando terminó de escuchar la historia de amor más nueva y más original de la humanidad—. Entonces, cuando dices que ha desaparecido, ¿qué te hace pensar que ha pasado eso? —Podía imaginarse lo enamorada y fiel que era la encantadora Gwendoline con su nuevo novio, pero los chicos en la edad de Horatio… El muchacho sería un imán para chiquillas y asaltacunas por igual, podría estar ahora en un lujoso dormitorio con alguna modelo de lencería, follando día y noche. *Pequeño bastardo con suerte*. Yuri trató de concentrarse en la chica de nuevo.

—Pasé la noche del martes con él en su apartamento —dijo Gwendoline—. Me marché el miércoles por la mañana temprano y vine aquí para cambiarme para el trabajo. Teníamos entradas para ver a SunsSolar en el club
J-Mac
esa noche. No se presentó.

—Entonces, ¿ha pasado un día y medio?

—Me imagino lo que estarás pensando —dijo con resentimiento y enfado—, pero nos pasamos todo el día juntos. Le visito en HazBeanz una o dos veces al día. Y después de que me marchara el miércoles por la mañana, su altyo estaba apagado. No respondió a ninguna de las llamadas que le hice, ni siquiera a un ping. No estaba en HazBeanz cuando fui a mirar a la hora de la comida, y el gerente me dijo que no había venido esa mañana. Mi altyo buscó en los registros A&E de Londres, y no ha sido ingresado en ningún hospital. Cuando no se presentó al concierto, incluso llamé a sus padres. No sabían dónde estaba, y ahora están preocupados. Volví a su apartamento luego, pero anoche no volvió a casa.

—¿Te quedaste allí toda la noche? —preguntó Yuri—. ¿Tú sola?

—Sí. Accedí a la red de la policía de Londres esta mañana, pero su Turing dice que no pueden reportarlo como desaparecido hasta que no pasen cuarenta y ocho horas. —Bajó la cabeza, su cabello tapando su rostro—. Sé que estarás pensando que soy una estúpida por llamarte, abuelo, pero no sé qué más hacer. Horatio no desaparecería sin decírmelo, sé que no lo haría. Lo sabemos todo el uno del otro. No hay secretos entre nosotros.

—¿Sabe quién eres? —preguntó Yuri.

—Sabe que mama y la abuela no tienen dificultades económicas, pero nada más.

—Entonces, ¿no sabe que eres una Zangari, la nieta de Ainsley?

—No —dijo con voz tenue—. Por favor, solo quiero saber si se encuentra bien.

Ainsley le dio una palmada en la espalda.

—Está bien, cariño, hiciste bien en decírmelo. Lo encontraremos por ti. ¿Puedes dejarnos un momento, por favor?

Gwendoline asintió dócilmente y abandonó el salón.

—He comprobado la red de la policía de Londres —dijo Poi Li—. Horatio no se metió en ningún incidente ayer por la mañana, y tampoco hay registros de detención. La policía tampoco lo tiene bajo custodia.

Yuri hizo una mueca.

—Es joven. Eso nos brinda un gran abanico de opciones,

especialmente si no es un tipo fiel.

—¡Ja! —dijo Ainsley—. Si fueras un picha loca de diecinueve años y tuvieras a Gwendoline en tu cama cada noche, ¿irías a buscarte a otra persona?

—Podría pasar —replicó Yuri, con tanto tacto como pudo.

—Todo esto huele raro —dijo Ainsley—. Y no me gusta una mierda lo raro. No cuando implica a la familia. Especialmente si deja expuesta a la familia.

—Necesitamos traer a las mujeres —dijo Poi Li—. Darles la seguridad apropiada.

—Sí —asintió Ainsley—. Mierda, Nataskia me cortará los huevos. Esto es justo lo que ella no quería, y a saber cómo reaccionará Neva. Joder.

—¿Quién es Neva? —preguntó Yuri.

—Mi penúltima exmujer. Estaba casado con ella cuando Nataskia tuvo a Evette. No sabe nada de esto.

—Oh. —Yuri miró a Poi Li mientras intentaba permanecer inexpresivo.

—¿Qué piensas? —preguntó Ainsley.

—Vale —dijo Yuri y cogió aire—. Tenemos varios escenarios a considerar. Horatio se ha largado con otra chica o chico, y se siente demasiado culpable ahora mismo como para llamar a Gwendoline y decirle que lo suyo ha terminado. Segundo, ha tenido un accidente y el hospital no ha podido identificarlo, algo infrecuente en este tiempo y época, pero posible. Tercero, está muerto. Necesitamos revisar las morgues, aunque de nuevo deberían haberle identificado. La última opción y la más plausible, es que tiene problemas con gente con la que es mejor no tener problemas.

—¿No es un chantaje? —preguntó Ainsley, sorprendido.

—Voy a creer en la palabra de Gwendoline, que nunca le dijo que está emparentada con usted. Pero si esto fuera un chantaje, eso querría decir que alguien lo ha descubierto.

—¿Cómo? —espetó Ainsley.

—Algún junior de la división legal encontró el archivo erróneo sin querer, imaginemos lo mismo, pero con un empleado de la compañía financiera que gestiona su fondo fiduciario, o quizás su madre o abuela han dejado caer algo por accidente. —Pausó, extrapolando las posibilidades—. Pero si es una banda profesional la que lo ha descubierto, la habrían secuestrado a ella, no a él. A menos que…

—¿Qué?

Yuri miró la puerta por la que se había marchado Gwendoline.

—Gwendoline te esté estafando.

—¡Ni de coña!

—Señor, no tiene un lazo real contigo, ha sido excluida de la dinastía, de toda la riqueza, privilegio y prestigio que conlleva.

—Vale, solo la he visto unas pocas veces, lo admito, pero ella sabe que tiene un lugar en Conexión en el momento en que lo desee. Gwendoline ha elegido ser independiente, ha trabajado duro en sus exámenes y tiene buenas notas. Y solo tiene diecisiete, ¡por Dios bendito! Las chicas como ella, criadas así, no idean planeas criminales. Si quiere dinero, tendrá el que quiera, no estoy arruinado. Solo tiene que pedírmelo.

—De acuerdo, entendido. Entonces ese escenario sería poco probable.

—Necesitamos saber qué le ha pasado a Horatio —dijo Poi Li—. Sin revuelo. Y ahí es donde entras tú. Hay que mantener esto en silencio.

—Poi Li te recomendó —dijo Ainsley—. Me dijo que necesitamos a alguien como tú para este trabajo. Sé que es pedir mucho, pero joder, ¡es mi familia!

—Es una petición lógica —dijo Yuri, tratando de sonar profesional, a pesar de que se sentía pletórico. *¿Un favor personal al maldito Ainsley Zangari? Es mi pase de oro a jefe de Seguridad*—. Mi oficina ya tiene autoridad ejecutiva. Puedo solicitar cualquier archivo y operación que necesitemos sin que nadie se pregunte por qué.

—Gracias —dijo Ainsley—. Lo aprecio, Yuri, lo digo en serio. Yuri se levantó.

—Esta no será una investigación llevada por una única persona, señor. Entiendo y aprecio la necesidad de discreción, pero llevaré a gente de mi equipo para que me asista. No a muchos, serán gente en la que confío.

—Por supuesto.

—Si esto es algo ordinariamente malo, necesito empezar ahora mismo.

—¿Qué sería algo ordinariamente malo? —preguntó Ainsley.

—Que él tenga un problema de dependencia, o que haya hecho algunas apuestas ilegales, ninguna de las cuales le habrá contado a Gwendoline, a pesar de su honestidad amorosa. Si le debe dinero a ese tipo de personas, ahora mismo se encontrará en una habitación a oscuras donde lo estarán apalizando. El peligro es, que una vez que lo rompan, y lo harán, llame a Gwendoline para pedirle dinero. Así que, como primera prioridad, instalaremos un desvío de enlace en su altyo. Si llaman, me llegará a mi directamente.

—Lo que necesites, lo que cueste. Solo hazlo.

—Sí, señor.

*****

Yuri llamó a Jessika Mye mientras estaba en el viejo y tambaleante ascensor de regreso al vestíbulo del edificio. Fue una de las primeras en ser contratada por él para la nueva Oficina de Supervisión. Tenía treinta y cuatro años, y era nativa de Hong Kong, había emigrado a Akitha donde se había sacado su grado de exobiología. Cuando le preguntó por qué había vuelto a la Tierra, le había contestado que Akitha era demasiado tranquila para ella, y que quería dinero para pagarse un tratamiento completo de telómeros. Yuri podía entenderlo, el principio utópico luchaba por la igualdad, pero incluso su sociedad no podía proveer a toda la población de tratamientos de telómeros a una edad tan temprana. En Akitha se decidió democráticamente que para alguien de treinta y cuatro años era vanidad, no necesidad. Jessika era atractiva, y parecía motivada en seguir siéndolo. A Yuri le gustaba esa determinación; rechazar antiguas decisiones con confianza si no cumplen tus propias exigencias, así que le dio trabajo.

—¿Qué sucede, jefe? —preguntó.

—Tenemos una nueva investigación. No puedo ni darle un nivel de prioridad de lo importante que es.

—Suena bien. ¿Qué es?

—Una persona desaparecida.

—¿En serio?

Yuri sonrió ante la duda en su voz. El ascensor llegó al final, y abrió la puerta de rejilla.

—Oh, sí.

—¿Y qué demonios hacemos investigando una persona desaparecida?

—Porque es importante. Y por eso te necesito. Te he enviado una dirección. Nos vemos allí en cinco minutos.

Yuri caminó de regreso a la estación de Sloane Square y salió por una radial hacia el interior, se dirigió a la estación de Hackney al final de Graham Road. Mientras caminaba, Boris empezó a enviarle instrucciones a la TuringG7 de la Oficina de Supervisión de los Olyix. Quería un registro de los viajes de Horatio Seymore por la red de Conexión de los últimos cuatro días, saber su estado financiero, y el reconocimiento facial de las cámaras de vigilancia públicas de Hackney en estos últimos tres días. También una solicitud a la Policía Metropolitana de Conexión sobre actividades de bandas callejeras en Hackney.

Esto serviría para empezar.

Eleanor Road, en las afueras de London Fields, era una calle de casas adosadas de ladrillo algo viejas, con altos techos de pizarra. Las casas habían sido reformadas para agregar una habitación tipo loft para las clases medias que aún habitaban los suburbios de Londres. El resto de los edificios eran viviendas más nuevas, construidas especialmente para ser estrechas y altas, y que así cupiera la mayor cantidad posible de apartamentos de un único dormitorio. El alquiler y la gestión estaban optimizados para una rotación de inquilinos jóvenes con salarios bajos y trabajos de servicios en la City. Exactamente como Horatio.

Los tacones de Jessika repiquetearon en el asfalto detrás de Yuri, mientras se acercaba al edificio de Horatio.

—Qué preciso.

Yuri sonrió mientras ella se ponía a su lado. Llevaba un elegante traje de oficina de color rosa cereza con una blusa blanca, y unos tacones finos de cinco centímetros. Su rostro estaba sonrojado a pesar de su perfecto maquillaje, y su normalmente inmaculado cabello negro azabache estaba despeinado por la carrera callejera.

—Y qué habilidad para camuflarse con el entorno.

—¡Ey! —protestó—. Soy estrictamente de oficinas y cócteles.

—No lo dudo. —Pidió a Boris que les abriera el apartamento; Gwendoline le había dado el código de acceso.

El pasillo y las escaleras eran de hormigón, de los que hacen con moldes de un solo uso, construidos por autómatas civiles. Barato, y fríamente, utilitario. El piso de Horatio tenía dos habitaciones, un baño con ducha, y un loft equipado con una pequeña cocina, un armario empotrado y un sofá cama. Había dos taburetes junto a la barra de la cocina, pero no había espacio ni tan siquiera para una silla.

—Deprimente —dijo Jessika mientras lo observaba.

—No hay señales de lucha —dijo Yuri—. Así que no lo raptaron aquí. —Fuera, entonces.

—Boris, ¿qué has encontrado del miércoles por la mañana?

—Conexión no tiene ningún registro de Horatio Seymore usando la red de portales, la última vez fue a las veintiuna diecisiete horas del martes por la noche, cuando salió de la estación de Hackney en Graham Road. El resultado negativo es para toda la Tierra, no solo Londres.

—¿Pedí una búsqueda global?

—No, pero la TuringG7 dedujo que sería relevante.

—Mierda. Si se vuelven más listos nos quedaremos sin trabajo Vale, ¿y Gwendoline?

—Su historial está completo y actualizado. Entró en la estación de Hackney a las seis cincuenta y ocho de la mañana del miércoles y se fue directa a Sloane Square. Después de trabajar en la City, hizo la ruta de siempre y volvió a Hackney el miércoles por la tarde a las veintidós cuarenta y nueve. Salió esta mañana a las siete y cuarto.

—De acuerdo, consígueme un registro visual de Eleanor Road el miércoles a partir de las seis y media de la mañana. A ver dónde fue Horatio.

—De acuerdo —dijo Boris.

Jessika abrió la puerta del armario.

—No hay mucho —dijo mirando la ropa.

—No tiene dinero.

—Entonces, ¿por qué nos interesa?

Yuri se encogió de hombros como disculpa.

—Superclasificado. Es la pareja de una de las nietas de Ainsley.

—Ah.

—No hay registro visual de Horatio abandonando su casa el miércoles por la mañana —comunicó Boris.

Yuri y Jessika se miraron. Yuri se aceró a la ventana de la parte trasera del piso, y vio los pequeños jardines de las casas de Horton Road, paralela a Eleanor Road. La ventana estaba cerrada por dentro.

—Vale, mira Horton Road. Si saltó por la ventana, ha tenido que pasar por una casa. Quizás conozca lo suficiente a sus vecinos.

Jessika frunció el ceño y regresó al estrecho cuarto de baño, comprobando el cubículo de cristal.

—Bueno, no está aquí.

—¿Estás mirando la ducha? —preguntó escéptico.

—Busca una película llamada *Psycho*, y lo entenderás.

—No hay confirmación visual de él en Horton Road del miércoles o de hoy —dijo Boris.

—Pero qué es esto, ¿el caso del mago desaparecido? —preguntó Jessika.

—No —dijo Yuri, sin gustarle un pelo hacia donde le llevaban sus pensamientos—. Boris, ejecuta un reconocimiento visual de Gwendoline en Eleanor Road el miércoles por la mañana.

—No hay ninguno.

—¿Cómo es posible? —gruñó Jessika.

—¿Puedes confirmarme que entró en la estación de Hackney a las seis y cincuenta y ocho del miércoles, por favor?

—Nuestros archivos tienen confirmación visual.

—Vale, usa los archivos de las cámaras de vigilancia públicas. Rastréala antes de entrar en la estación.

—Hay una discrepancia. Los registros visuales pueden rastrearla solo desde que salió al final de Eleanor Road hacia Wilton Way.

—Entonces, ¿los registros de Eleanor Road están corruptos?

—La Turing está ejecutando un diagnóstico.

—¿Qué piensas? —preguntó Jessika.

—El secuestro estuvo bien planeado, y bien ejecutado —dijo Yuri—. Estamos hablando de profesionales. Y contando que Horatio era un adolescente en forma y de buen ver, diría que hemos de imaginarnos el peor escenario posible.

—Mierda. ¿Te refieres a un robo de cuerpo? ¿Para…? ¿Qué? ¿Rescate?

—Un trasplante de cerebro en el mercado negro. Por lo que hemos visto hasta ahora, parece encajar.

Jessika cerró los ojos y se estremeció.

—Gracias. Me hubiera gustado continuar creyendo que era un mito urbano. ¿Tienes alguna evidencia aparte de un exceso de juego dramas de Hong Kong?

—Un mito siempre empieza por algo —dijo—. Y este comenzó después de que llegaran los Olyix.

—¿Los Olyix están detrás de esto? —preguntó, incrédula—. Es una locura.

—No detrás, no, pero sus células K lo hacen posible. —Yuri se encogió ante su mirada escéptica—. Supuestamente. —Suspiró, deseando no tener la razón. Pero la posibilidad de un mercado negro de trasplantes de cerebros se había convertido en un rumor recurrente, susurrado por las fuerzas de la ley desde hacía ya unos años. Era la explicación ideal que los oficiales ofrecían a sus jefes cada vez que los eludía un sospechoso de un gran crimen. Estaban en un cuerpo completamente nuevo.

A las producciones de los juego dramas de Hong Kong les encantó el concepto, y lo incorporaron inmediatamente en sus series de crímenes. La ciencia alienígena de las células K lo hacía parecer deliciosamente plausible.

Hasta que llegaron los Olyix, clonar órganos o tejido sustituto de células madre había sido caro. Pero los Olyix ansiaban comerciar, pues necesitaban comprar energía para que su arca espacial *Salvation of Life* pudiera continuar su viaje de peregrinación hasta el final del universo. Su avanzada biotecnología produjo la polifuncional célula K, que podía combinarse en múltiples maneras: de venas a piel, de huesos a músculos, e incluso algunos órganos. Igual que la carne que reemplazaban, sacaban la energía de la sangre, viviendo en perfecta simbiosis con el cuerpo humano, y además, eran baratos.

La versatilidad de las células K eran el origen del mito de los trasplantes de cerebros. Las células K, según esa teoría, podían usarse como un puente neuronal entre el cerebro y la columna vertebral; una hazaña inalcanzable para la ciencia médica humana. Y como implicaba a las células K, la oficina de Yuri tenía dedicado un equipo a investigar y analizar posibles escenarios por si había algo de razón en esos rumores. Por ahora las conclusiones eran nulas.

—Veamos a donde nos lleva esto —resumió Yuri. Pensar en que este podría ser el caso con el que demostraría que existía el mercado negro de trasplantes de cerebros era emocionante—. Boris, ¿cómo van los archivos de vigilancia?

—Los archivos de memoria de las cámaras de vigilancia públicas en Eleanor Road han sido alterados —dijo Boris—. Entre las seis y las nueve horas, las imágenes fueron reemplazas por unas sintetizadas.

—No es una operación de aficionados —dijo Yuri—, no si pueden hacer esto. Así que ahora el tiempo es un factor crítico. —Cerró los ojos y le pidió a Boris que le mostrase un mapa por todo el campo visual de sus lentillas tarsus—. Sabemos que los archivos de la cámara de Wilton Way son buenos. Boris, dile a la TuringG7 que ejecute una búsqueda en las calles colindantes, en un radio de un kilómetro. Y que lo conecte con los registros del tráfico de red local. Quiero conocer cada vehículo que ha pasado por Eleanor Road entre las seis y las nueve de la mañana del miércoles. No, que sea desde las cinco hasta las nueve.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —preguntó Jessika.

—Tienen a Horatio desde hace al menos veinticuatro horas, así que no mucho.

—Hay dos vehículos en Eleanor Road durante el tiempo designado —dijo Boris—. Un contratista civil de truckez de limpieza, con seis vehículos auxiliares de barrido, y una furgoneta de una constructora.

—¿De qué empresa?

—Suministros Tarazzi Metropolitan. Con sede en Croydon.

—Entra en su red, encuentra la dirección de entrega.

—No hay dirección de entrega. Error. Esa furgoneta no ha sido licenciada por ellos.

—Entonces, ¿quién la ha licenciado?

—Suministros Tarazzi Metropolitan ADL. Una compañía registrada en el asteroide New Hamburgo. La compañía fue creada el martes, a las doce horas GMT, y disuelta a las cinco horas GMT de esta mañana.

—Inteligente —les concedió Yuri—. ¿Algún registro de propiedad?

—Se emitió una acción, registrada a nombre de Horton Accounting. También es una compañía de New Hamburgo, una Turing

virtual que ahora está inactiva.

—¿Horton? —Yuri volvió a mirar por la ventana la parte trasera de la ordenada fila de casas que formaban Horton Road—. Alguien nos está vacilando. De acuerdo, ¿a qué hora estuvo aquí la furgoneta?

—Giró hacia Eleanor Road a las seis y veintidós. Se fue por Willton Way a las seis cuarenta y ocho.

—¿A dónde fue?

—A las seis cincuenta y siete entró a la estación de Servicios Comerciales y Gubernamentales de Hackney de la calle Amhurst.

—Rastréala, quiero saber su destino. Jessika, tendremos que separarnos. Llama a un taxez, sigue la furgoneta falsa Tarazzi hasta su destino, y descubre qué sucedió. Te voy a asignar un equipo táctico, te estarán siguiendo. Úsalos para cualquier situación cara a cara. Tú solo estás investigando, ¿de acuerdo? No quiero que te expongas físicamente a ningún miembro de esta operación de mercado negro. No han eludido a las autoridades durante años siendo compasivos.

—De acuerdo. —Su sonrisa fue pequeña pero feroz—. ¿Y tú que harás?

—Iré por otro ángulo. Cuantas más rutas abramos hacia ese mercado negro, más posibilidades tendremos de traer de vuelta a Horatio.

Un taxez se detuvo frente al edificio mientras salían por la puerta principal. Yuri vio a Jessika subirse, y luego se apresuró para regresar a la estación de Hackney.

*****

Siete minutos después, estaba saliendo de la estación al extremo este de los Royal Victoria Docks. Al salir, el aire le golpeó con toda la humedad del Támesis. Si miraba hacia el sur, al otro lado del río, podía ver como el rascacielos de Conexión dominaba el horizonte.

Alrededor de Yuri, los edificios eran una extraña mezcla de viejas industrias y nuevas residencias. Hacía tiempo habían sido todo hoteles y restaurantes para servir al enorme centro de exhibición que suponía toda la extensión de los muelles. Pero con el advenimiento de Conexión, que hizo que todo lugar de la Tierra estuviera *a un paso*, esos hoteles de negocios para pasar la noche se habían quedado obsoletos. Los habían reformado como apartamentos, aunque muchos habían permanecido abandonados durante décadas.

Boris hackeó la cerradura de la entrada del que una vez fue el hotel más elegante de la manzana. Yuri cruzó el vestíbulo de techos altos con ascensores hasta la escalera. La TuringG7 de la oficina estaba infiltrándose en la red de seguridad del edificio, que aunque era del

más alto nivel, no podía competir con una G7. No quería quedarse atrapado en un ascensor con las puertas a merced de otro.

El pasillo de la tercera planta era tan largo como el edificio, aunque solo tenía seis habitaciones. Había dos hombres al final, mirándole fijamente mientras se dirigía hacia ellos. Yuri los ignoró y se detuvo a un par de metros de las puertas dobles que estaban resguardando. Inclinó la cabeza hacia un lado del modo más condescendiente posible y miró hacia donde supuso que estaría escondida la cámara.

—Abre —dijo agotado.

—No… —comenzó a decir un guardia.

—No es contigo —dijo Yuri, aún más agotado.

Las puertas zumbaron y se abrieron. Yuri hizo un saludo silencioso a los guardias y entró. Hacía cien años había sido la suite del ático del hotel, pero ahora era un apartamento lujoso con vistas a los muelles.

Karno Larsen parecía haber estado viviendo en esa suite la mayor parte de esos cien años. Era un hombre grande, que había prolongado sus sesenta años durante un tiempo condenadamente largo gracias a los tratamientos de telómeros, haciéndole parecer más un maniquí que una persona de carne y hueso. Llevaba una toga de seda color burdeos con criaturas míticas bordadas, que apenas le cubría el tonel que tenía por barriga. Se levantó de la, en comparación, ridícula silla y se bamboleó hacia él.

Una de las paredes estaba cubierta de pantallas, todas ellas reproduciendo series de culto de hacía cincuenta años. Karno se enorgullecía de ser una enciclopedia andante de la cultura basura. Tenía también estantes de cristal con una gran variedad de miniaturas increíblemente detallas y merchandise de edición limitada de los últimos ciento cincuenta años. A Yuri todo eso le parecían baratijas, pero sabía que en realidad no tenían precio.

—Yuri, amigo mío, ¡qué sorpresa! Nunca me hubiera imaginado que vendrías a visitarme aquí. Bienvenido, bienvenido.

—¿De verdad? —preguntó Yuri. Las pantallas mostraban ahora chorradas, pero seguro que hace un minuto estaban repletas de datos financieros. Como contable clandestino, Karno Larsen era el favorito de entre los hombres más poderosos del hampa de Londres.

—Apreciaría que para la próxima me avisaras —dijo, aparentando humildad.

—Guardias humanos, estoy impresionado.

—Uno ha de cultivar una presencia de civilización. Solo sus periféricos ya cuestan más que ellos.

—Me lo creo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, Yuri? No eres bueno para el negocio, ya lo sabes.

—Necesito un nombre, y no tengo tiempo para tonterías.

—En cierta manera, eso es casi halagador.

—¿Quién es el mejor emparejador en el este de Londres?

Karno hizo un rictus como sonrisa.

—¿Emparejador?

—No empieces —dijo Yuri.

—Yuri, por favor, tengo una reputación que conservar.

—La única reputación que conozco es la de la persona que creó empresas virtuales para utilizar las estaciones de Servicios Comerciales y Gubernamentales. Ya hemos hablado de tu mala conducta, Karno, y acordamos que tendrías que resultarme útil para continuar existiendo. Necesito el nombre, y lo necesito ahora. Te lo estoy pidiendo con educación.

—Yuri, por favor, no me muevo en esos círculos. Ayudo en las finanzas, lo sabes.

—Escucha con atención, Karno, porque o me voy sabiendo ese nombre, o serás exiliado a un mundo que dejará a Zagreo como un puto paraíso.

—¡Jesús, Yuri, no hace falta llegar a ese extremo! —El nerviosismo de Karno era evidente por cómo se movía su gran barriga debido a su acelerada respiración—. Somos amigos.

—¡Nombre!

—Conrad McGlasson.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

No tenía una dirección física, solo un código de acceso. La TuringG7 había empezado a buscar a Conrad antes de que Yuri llegara al vestíbulo.

Llamó a Jessika mientras salía de la puerta principal al terrible calor de la calle.

—¿Cómo va?

—Estoy en Althaea, en un pueblo llamado Bronkal. La furgoneta Tarazzi fue hasta la dársena. No tenemos tráfico en la red, por lo que aún no sabemos el último destino.

Yuri no necesitaba a Boris para saber sobre Althaea. Era una luna gaseosa del sistema Pollux, que después de cincuenta años de agresiva terraformación era casi capaz de albergar vida terrestre. Casi se había llegado al punto de inflexión en el que la biosfera sería estable sin intervenciones.

—De acuerdo. Llama a nuestra oficina local.

—Ya lo he hecho. Y el equipo táctico está conmigo.

—Bien. Esas ciudades fronterizas pueden ser complicadas.

—No me digas.

—Tengo una posible pista. Si consigo algo, debería estar contigo en media hora.

—Me muero de ganas.

Boris le mostró los registros de viaje de Conrad McGlasson. Yuri admiró lo mucho que se movía alrededor de Londres, lo que le hacía encajar con el perfil de emparejador. La TuringG7 le empezó a enviar datos auxiliares, los pisos que había usado y sus datos financieros, que ni de lejos estaban completos, lo que solo podía significar que Conrad tenía cuentas sin declarar.

—¿Cuál fue la última estación que usó? —preguntó Yuri.

—Salió de la estación de QEII South Road hace diecisiete minutos.

—Vale, probablemente esté en el puente, hay mucha gente allí. Cancela su acceso a las estaciones. Lo quiero allí.

—Hecho.

—Envía tres escuadrones de drones halcón para encontrarlo. Y despacha un equipo táctico a ambos extremos del puente. Han de mantenerse en alerta hasta que les avise, cero exposición pública.

—Confirmado.

*****

Yuri salió de la estación de QEII South Road dos minutos más tarde, y miró hacia la enorme rampa de hormigón que se elevaba hasta el Puente de Dartford. El antiguo y enorme puente que cruzaba el Támesis había sido parte de la antigua autopista M25 de Londres, por allí habían llegado a circular ciento treinta mil vehículos al día, sorteando el turbio estuario. Ahora era un monumento al obsoleto pasado. Yuri no era capaz de imaginarse como habría sido en aquella época.

Cuando los últimos coches y camiones pasaron a la historia, nuevas inversiones y oportunidades inmobiliarias hicieron que el puente se reinventara. En los carriles se habían colocado grandes tinas donde habían plantado árboles, convirtiendo el puente en un jardín colgante. Además, se habían construido edificios livianos en los bordes, con paredes de cristal para que los clientes de los bares, clubes y restaurantes tuvieran una vista inigualable del río, la ciudad y el campo circundante. Las tiendas de artesanías más pequeñas compartían espacio con los árboles, completando así la transformación a un animado arcoíris de pequeños comerciantes.

Yuri empezó a caminar por la rampa, iba por la sombra que ofrecían los árboles. Sobre el río, la humedad alcanzaba un tremendo

crescendo. Se colgó la chaqueta de traje fino sobre el hombro, y deseó llevar un sombrero. Fuera del alcance de la vista, por encima de él, los drones halcón se repartieron para buscar a Conrad McGlasson.

Lo encontraron sentado en una mesa al aire libre, en la mitad del lado sur. Tenía un vaso de cerveza enfrente, y estaba observando a la gente apiñada a lo largo del jardín central. Yuri se aproximó sin prisas, sin apartar la vista del objetivo.

—Boris, apaga los nodos de internet local en un radio de unos cien metros a su alrededor.

—Confirmado.

Conrad tendría unos cuarenta años, con el pelo corto tan negro como su piel. Llevaba pantalones cortos y una vieja camiseta naranja que le daban un aire anodino. Lo único inusual en él era la falta de gafas de sol, a esta hora todo el mundo del puente las llevaba, como si fueran parte del código de vestimenta. Pero los ojos de Conrad eran demasiado valiosos para llevarlas. Escaneaba a la gente que pasaba, los estudiaba.

Conrad vio a Yuri cuando estaba a veinte metros de distancia de él, e inmediatamente se tensó.

Es bueno, admitió Yuri.

Conrad buscó entonces a más hostiles potenciales. Cuando no encontró a ninguno más, volvió a mirar a Yuri.

—No voy a perseguirte —le dijo Yuri al llegar a la mesa.

—Está bien saberlo —replicó Conrad, intentando mantenerse tranquilo. Tenía pequeñas gotas de sudor en su frente que delataban su ansiedad interior.

Yuri sacó una silla y se sentó.

—Lo haría mi equipo. Todos son jóvenes y están en forma, y están muy motivados para mostrarme lo eficientes que son. Y están armados, además. ¿Alguna vez te han dado con un dardo táser? Los nuestros son buenísimos, porque no nos joden con los límites legales ni nada de eso. Ah, y he revocado tu cuenta de Conexión. Tendrías que correr todo el camino hasta casa. Imagino que será agotador con este calor. Los equipos tácticos probablemente apuesten sobre lo lejos que llegarías. Yo diría que unos ciento cincuenta metros. Así que, ¿qué me cuentas?

—¿Qué quieres?

—Quiero que me hables de mí.

—¿Perdona?

—Eres un emparejador. Encuentras a gente específica, las que encajan en un perfil. Cualquier perfil que te den. Así que muéstrame que tan bueno eres.

—Esto son puras fantasías, no tienes nada contra mí.

—Tengo tu nombre, y me dijeron que eras el mejor.

—Eso no es una prueba, colega.

—No la necesito. Tú encuentras a gente, aquellos que son vulnerables sin saberlo. Sé cómo funciona, mi oficina ha tenido que lidiar con múltiples casos.

—¿Tu oficina?

—Sí. Todos aquellos chavales de ojos brillantes que acaban de graduarse y han conseguido un trabajo de mierda en lo más bajo de una gran empresa y que piensan que algún día serán el CEO. Ves sus debilidades, *los conoces*. Es un talento raro y especial el que tienes, Conrad. Ves algo en ellos que te dice que se les podrá tentar con algunos narcóticos suaves, en las circunstancias adecuadas y ofrecidos por su nuevo mejor amigo. Ves a uno, aquí en el puente, o en un pub, y vendes su nombre a grupos que se especializan en traficar información. Y en un mes, ese crío tiene una adicción seria, su crédito está en números rojos, y hará lo que sea por su próximo chute, incluyendo el dar acceso al sistema de su empresa. O una chica, bonita pero tímida, que pueda ser fácilmente corrompida. Y lo próximo que se sabe de ella es que ha conocido a un grandullón, con una gran sonrisa y que le está mostrando una vida con la que solo había fantaseado, una que la va llevando a lo más hondo. ¡Bingo! Y entonces en un tiempo, deja de ser su novio y es su chulo. Otra niña arruinada. ¿Te estás haciendo una idea, chaval? ¿Ves cómo te conozco? Admira la ironía.

—No sabes nada, ¡soplapollas! No ves una mierda.

—No es personal, no te equivoques. Necesitarás hacerlo mejor, mucho mejor. ¿Me equivoco? Ahora, háblame de mí.

Conrad McGlasson lo miró.

—No eres policía.

—Es una suposición a cara o cruz. Hasta yo podría adivinarlo. Vamos, espabila un poco, Conrad. Impresióname.

—Ruso, puede notarse aún el acento. Has recibido muchos tratamientos de telómeros, y buenos. Tienes más de cien, pero lo escondes bien. Lo haces trabajándote la postura corporal y el vestuario. La ropa es importante, indican tu estatus. No te aferras a lo viejo, te mantienes a la moda. Tienes arrogancia y seguridad, y me has encontrado fácilmente, así que detrás de ti hay mucho dinero. De una corporación, no privado. Has cumplido carrera profesional, y ahora eres demasiado importante como para ser el líder de un equipo táctico, así que, si tú estás aquí, es que yo soy valioso. Y lo sé porque la gente de nuestro alrededor se está poniendo nerviosa al haberse

caído internet misteriosamente. Y lo has hecho porque no quieres que nadie dé aviso de que me has encontrado. Eso requiere influencia, política y digital. Eres un director veterano de Seguridad en Conexión. —Agarró la cerveza y la levantó como un brindis.

—Nada mal —admitió Yuri—. Todo un Sherlock Holmes. —Entonces, ¿por qué soy valioso? ¿Qué estás haciendo aquí?

Yuri sacó una tarjeta y le pidió a Boris que pusiera la imagen de Horatio. Cuando puso la tarjeta en la mesa al lado de la cerveza, Conrad la miró de largo.

—¿Lo has encontrado tú? —preguntó Yuri.

—No.

—Vale, lo acepto por ahora. Pero es un mercado pequeño, no ha de haber muchos como tú.

—¿Es una pregunta?

—No. La verdad es que estoy impresionado. Una Turing superior a la G5 puede obtener un resultado parecido, pero necesita acceso a miles de bases de datos. Pero tú, solo necesitas observar. Lo encuentro fascinante. —Tocó con los dedos la imagen—. ¿Qué ves?

—¿Él? Nada, algo paradójico, teniendo en cuenta lo desesperado que estás por encontrarlo.

—No realmente. Es genuinamente un don nadie. Tu problema es que conoció a alguien que claramente no es un don nadie. Así que dime, ¿qué ves?, ¿qué buscas cuando haces un contrato?

—Esto es hipotético, ¿no?

—Me importas un carajo. Tu valor lo mediré según la información que me proporciones hoy. Todavía no hay ningún trato sobre la mesa. ¿Entonces? ¿Qué ves?

Conrad empezó a masajearse las sienes.

—De acuerdo, funciona así. Tienes un cliente, alguien que quiere información de una empresa, quizás para Si son óptimos, alguna mierda corpo, o…

—No.

—¿Qué?

—No quiero una estafa a una empresa. Soy un asesino en serie, rico de cojones que es más retorcido que cualquier político. La policía se está acercando, y necesito escapar.

—¿Qué?

—Necesito un nuevo cuerpo. Uno en el que pueda trasplantar mi cerebro.

—Oh, no. No, no, no. Esto no. No tienes ni pajolera idea de dónde te estás metiendo.

Yuri se aceró, con la piel ardiendo de la emoción. La reacción de

Conrad había sido la primera pista real de que quizás sí existían los trasplantes de cerebro.

Conrad, por su puesto, vio su reacción e hizo mala cara.

—Déjalo, colega. Dile a tu jefe, o a quien sea que mueva tus hilos, que estás equivocado. La gente por la que preguntas no tendrá en cuenta quién eres. Terminarás con Cáncer siguiéndote, o alguien peor.

—No sabía que pudiera existir alguien peor. —Yuri lo sabía todo sobre Cáncer, llamada así porque siempre acababa con su víctima, una especialista de operaciones encubiertas para el elenco de los extremadamente ricos que se movían fuera de la ley. Nunca había dejado a medias un contrato, y tampoco había aceptado ninguno de nadie remotamente legítimo, seguramente para asegurarse de que no fuera una trampa. Temida y respetada por todos en el mundillo, y el arresto de ensueño de todo oficial de las fuerzas armadas del Sistema Solar.

—No por favor —suplicó Conrad.

—Si ayuda, piensa en mí como el opuesto a Cáncer. Tú eres mi objetivo. Cuando me des lo que quiero, entonces y solo entonces, esto terminará.

—Es una sentencia de muerte para los dos, ¿entiendes?

—Completamente. Pero has de entender, que, si esa gente no está asustada de mí, es que son extremadamente estúpidos.

—¡Joder! Mira, estos acuerdos por lo que estás preguntando, son más raros que la mierda de unicornio, ¿vale?

—¿Qué? ¿Secuestros para trasplantes de cerebro?

Conrad hizo mala cara, mirando a su alrededor nervioso.

—Para de decir eso. No sé para qué quieren a esa gente, ¿vale? Es muy raro, pero pagan bien.

—¿Qué gente?

—Gente con poca visibilidad, es lo que piden. Gente tan insignificante que nadie notaría que han desaparecido. No hay tantos como piensas.

—Entonces, ¿no estás seguro de que los secuestren para trasplantes de cerebro?

—Escucha tío, no firmamos precisamente contratos, ¿sabes?

—Vale, entonces, ¿por qué coño te pones tan nervioso cada vez que menciono los trasplantes de cerebro? ¿Qué es lo que sabes? ¿Es real? —Yuri tuvo que esforzarse para no traslucir el entusiasmo en su voz.

—Solo soy precavido, ¿sabes? —dijo Conrad nervioso—. Barajo todas las opciones. Necesitas cuidarte las espaldas en este trabajo, asegurarte de que nada volverá para darte por culo. Así que, si pienso

en las características que he de tener en cuenta, las opciones son escasas, ¿no?

—De acuerdo, ¿cómo funciona el proceso exactamente? Explícamelo, todo.

—Vale, funciona así. Cometes un terrible crimen, algo que las autoridades nunca van a dejar pasar, como tú dices, un asesino en serie o un pedófilo, mierda de la mala. La única manera de escapar es un cuerpo fresco para tu cerebro, justo como los juego dramas. De esta forma, ni con una muestra de ADN sabrían quién eres en realidad, la policía solo tiene muestras de tu cuerpo, saliva o sangre, y semen en la mayoría de los casos, pero nunca del cerebro. Así que se hace una solicitud, y me la transmiten, una localización, junto a la condición de que ha de tener perfil bajo. Así que, ¿qué otra cosa podría ser, aparte de un trasplante de cerebro?

—De acuerdo. ¿Qué más quieren aparte de un bajo perfil?

—Mis clientes me dan una imagen. No es una imagen de por sí, ni una foto ni nada que se parezca. La imagen es una descripción, un bosquejo de datos. Altura y peso, el color de la piel, el color del pelo, el color de los ojos. Esos serían los parámetros básicos.

—No lo entiendo. ¿Por qué un criminal querría volver a parecerse? ¿Por qué no buscar a alguien que se vea diferente?

—Rechazo. Vamos, ¡eso era obvio! Es la madre de todos los trasplantes, así que me imagino que se necesita la mayor compatibilidad posible. Los rasgos físicos son un buen inicio. Así que veo a alguien que coincide con la imagen, y empiezo a evaluarlo. ¿Son saludables, tienen sobrepeso? Cosas así. Es flipante lo que puedes llegar a descubrir. Algunas personas son recordatorios andantes de lo que han padecido. Por algún accidente se encogen ante las cosas más ridículas. Vigilan la comida, tienen alergias. Todo está en la postura, ¿sabes? Una vez que encuentro uno, entran en escena los factores secundarios, que son incluso más importantes. Y el más relevante, ¿hay alguien que se preocupará si desaparece? Eso elimina a los ricos, y a la mayoría de la clase media. Así que miro su ropa, dónde viven, qué tipo de lugares frecuentan, la gente con la que salen. Todo ello son grandes indicadores de quién es esa persona. Así reduzco los candidatos a diez y entonces me acerco lo suficiente como para conseguir el código de su altyo cuando están online, lo que es siempre. Una vez que lo tenga, una amiga icabeza examina su perfil digital. El ochenta por cierto de las veces acierto y son gente sin importancia. Profundizo un poco más y estudio si tienen lazos inconvenientes, como un buen trabajo o un gran número de amigos, motivos por los que hacerlos desaparecer podría no ser buena idea. Entonces cuando

has pasado todos esos filtros, te quedan tal vez tres o cuatro. Y luego subes un nivel más, y buscas sus registros médicos. Y aquí es cuando miras el tipo de sangre y cualquier condición congénita. Normalmente también hay una secuencia del genoma deseada, que la reviso con algoritmos especializados para ver su compatibilidad bioquímica. Si son óptimos, le paso el archivo a mi cliente y me dan una buena bonificación.

—¿Tus clientes siempre te piden datos médicos?

—Sí, por supuesto. Esa es la pista que me dice que hay algo raro. Quiero decir, ¿para qué más los necesitarían? Y te diré algo, el crimen no tiene una etnia especifica. Todas esas solicitudes han sido muy variadas.

—¿Todas las solicitudes? Pensé que habías dicho que este tipo de secuestro era raro.

Conrad se encogió.

—Lo es. Comparado con las otras búsquedas que hago.

—Entonces en estas solicitudes tan raras, ¿secuestran a tu víctima y la matan?

—El cuerpo aún sigue caminando, ¿sabes?

—Dios, ¿sabes lo que eres?

—Sí, sí, un infrahumano, un psicópata. Llámame bastardo a la cara, por favor. Vivimos una vida dura, amigo. Todos hacemos lo que podemos.

—No, nada de eso. He trascendido los insultos contigo. Tú mismo te has descrito. ¿Quién notaría, o le importaría, si desaparecieras?

—¡Vete a la mierda!

—Vale, casi hemos acabado. ¿Quién es tu cliente? ¿Quién encarga el emparejamiento?

—Estás de coña, ¿no?

—¿Mi cara coincide con la de alguien que está de coña? Dime el nombre.

—No puedo hacerlo.

—Puedes y lo harás. No me hagas preguntártelo de nuevo. —Yuri observó con una alegría fría las emociones que traslucían el rostro de Conrad. Dominaba el miedo.

—Si hago esto…

—Cuando lo hagas… —dijo Yuri.

—Estoy protegido, ¿verdad?

—Oh, sí. Con confidencialidad médico-paciente. Firmé el juramento y todo. Dame el puto nombre, capullo.

Boris le mostró el archivo entrante a través de sus lentillas tarsus: Baptiste Devroy.

Yuri se levantó y se alejó sin decir nada, dirigiéndose a la estación más cercana de las seis que había en el puente.

—¿Quieres reactivar la cuenta de Conexión a Conrad? —preguntó Boris.

—Sí. Déjale que acceda a la red de nuevo, pero dile al equipo táctico que lo atrape. Debe ser enviado hoy a Zagreo.

—Entendido.

—Dame un perfil completo de Baptiste Devroy, y haz una referencia cruzada con Althaea. Quiero saber por qué fue allí la furgoneta falsa de Tarazzi. Cuando lo tengas, envía el archivo a Jessika para que pueda empezar a revisarlo. Oh, y prepárame otro equipo táctico a la espera, y uno encubierto. Tan pronto como tengamos la localización de Devroy, que lo lleven a la casa segura de Glastonbury. Hablaré con él allí.

—Procesando.

*****

Yuri entró en la estación más cercana, y paseó por el bucle hasta que llegó a un cruce mayor. Cogió un acceso privado a la red interna de Conexión. Desde allí tuvo que pasar cinco portales hasta que llegó a la sede de la empresa en Ginebra. La ola de calor parecía extenderse por toda Europa, las calles de Ginebra eran igual de calurosas y húmedas que las de Londres. Tardó tres minutos en llegar a la embajada de Olyix de Intercambio y Comercio Europeo en Quai du Mont Blanc. En veinte segundos tuvo el archivo de Baptiste Devroy en sus lentillas. Se rumoreaba que dirigía un equipo para los Woodwarde Macros, una banda del sur de Londres que traficaba con narcóticos biosintéticos. También se especulaba que había matado a un soldado de una banda rival hacía dos años.

—Demasiados rumores —dijo Yuri a Boris—. ¿No tenemos nada sólido?

—Sus presuntas actividades delictivas provienen de los archivos de inteligencia de bandas criminales de la Policía Metropolitana de Londres —replicó Boris—. Legalmente, no pueden confirmar esas actividades sin pruebas. Esta información que han reunido proviene de informantes y no es admisible en un juicio.

—Putos abogados —murmuró Yuri en voz baja—. ¿Tienes localización?

—Tiene un apartamento en Dulweich Village. Según su cuenta de Conexión, anoche salió de la estación de esa calle a las veintitrés cuarenta y siete horas. No ha vuelto a usar su cuenta hoy, lo que implica que está en su apartamento o que está a poca distancia. El

equipo táctico está de camino a Dulweich. Su TuringG7 está controlando las cámaras de vigilancia públicas, y harán ping a su altyo antes de entrar en su apartamento para confirmar su localización antes de arrestarle.

—Perfecto, mantenme informado.

La embajada de Olyix de Intercambio y Comercio Europeo era un edificio moderno de vidrio y hormigón de nueve pisos, situado frente al Jet
d'Eau
del lago. Además de los dos policías armados del cuerpo diplomático suizo que estaban en la entrada, había dos pilares de seguridad que escanearon a Yuri cuando pasó al lado. Los policías le saludaron.

Stéphane Marsan le estaba esperando dentro, era un francés elegantemente vestido que desempeñaba el puesto de oficial intermediario de tecnología para los extraterrestres.

—Gracias por organizar esto con tan poco tiempo —dijo Yuri mientras iban a la sala de descontaminación.

—Me alegra ser de ayuda —dijo Stéphane, presionado sus antiguas gafas negras contra la nariz—. Los Olyix son muy sensibles ante cualquier abuso de su tecnología.

La descontaminación no fue tan intensa como Yuri esperaba. Llenaron la sala con niebla, y tuvo que permanecer quieto durante dos minutos, eliminándole así los microbios adheridos en su ropa, aquellos que saturaban el aire de la ciudad. Entonces una luz ligera de rayos ultravioletas lo iluminó.

Pasada la sala de descontaminación, la temperatura era de varios grados más baja que en el exterior. La embajada tenía su propio mecanismo de soporte vital, el aire alienígena no era liberado a la atmósfera de Ginebra y viceversa.

Un ascensor lo llevó a la quinta planta. Cuando las puertas se abrieron, el aire era seco y picaba respirar. Yuri miró a su alrededor con curiosidad. La quinta planta era diferente a la del resto del edificio, que contenía principalmente oficinas humanas. Frente a él, el espacio era enorme y abierto, y en el techo había un holograma de un cielo alienígena. Encima suyo brillaban dos enormes gigantes gaseosos, uno con un vívido paisaje de nubes esmeralda, y el otro más parecido a Saturno, pero sin los anillos. Ambos tenían una plétora de lunas, cada una diferente, desde planetoides cubiertos de océanos de hielo hasta continentes asfixiados por el azufre de los volcanes, de estériles monodesiertos a junglas infernales.

—¿Es…? —preguntó Yuri.

—¿Su hogar de origen? —Stéphane completó su frase—. *Non*. Es

una imagen aumentada de Jim Burn, compraron los derechos del original. Algo les interesaría de la imagen.

Yuri negó con la cabeza. Justo cuando pensabas que tenías por donde coger a los Olyix, el universo hacía un giro de noventa grados y te lo arrebataba de nuevo.

Había varios extraterrestres caminando pesadamente por la habitación. Un Olyix era principalmente un grueso disco de dos metros de diámetro, con una piel violeta semitranslúcida, que revelaba una gran cantidad de órganos de distintas formas. Las finas fisuras entre estos contenían un espeso fluido que pulsaba lentamente alrededor de su cuerpo, y verlo siempre le provocaba leves náuseas a Yuri. Cinco cortas piernas emergían de la parte inferior, siendo la que estaba delante casi dos veces más gruesa que las otras cuatro. En cada pierna se podía ver claramente la hélice de los músculos; cómo se doblaban y flexionaban alrededor de una vara central de oscuro cartílago. Las amplias pezuñas carecían de la elegancia de las piernas y su sofisticada flexibilidad, le recordaban la imagen de un burro paseando.

Observó atentamente al que se acercaba a ellos, y sí, cada una de sus pisadas era pesada, resonando ruidosamente en el suelo de mármol. Pero era algo de esperar, ninguna de esas criaturas pesaba menos de ciento cincuenta kilos. Encima de lo que sería el cuerpo tenían una cabeza ancha y ovalada, unida a un cuello con forma de anillo, que le confería una movilidad limitada. La nariz se alargaba hasta la circunferencia del cuerpo, con un abultado ojo de color dorado, en aposición en la superficie superior. En la mitad frontal de su cuerpo tenía un flácido faldón transparente que evocó a Yuri la extraña imagen de un taparrabos hecho con medusas. La lúcida substancia adquirió la forma de una mano humana y la extendió hacia él, en el extremo de un rechoncho tentáculo.

Yuri apretó con fuerza la mandíbula ante la repulsión que sabía que experimentaría, extendió la mano, y sintió como la carne del Olyix fluía sobre su palma, como terciopelo aceitado recién sacado de una nevera. Sonrió mientras se estrechaban la mano. Alguien les había explicado a los Olyix, recién llegados de su arca en el Sistema Solar, toda la etiqueta humana, y desde entonces los alienígenas la habían incorporado rápidamente en su trato con los humanos. Yuri, en privado, hubiera deseado que el primer contacto hubiese sido con un bromista, y les hubiera mostrado el saludo vulcano de *Star Trek*.

Boris le informó que abrían un enlace.

—Encantado de conocerle, director Alster —dijo la unidad vocalizadora del Olyix, con la ronca voz de una mujer. Otro intento de

manipulación emocional. Si eras un hombre usaban la voz de una mujer, y viceversa. Yuri se preguntaba por qué nadie se había molestado en explicarles la corrección política. *Escoged un género y mantenedlo, tíos*. Los alienígenas eran indefinibles para los estándares humanos, tanto biológicamente como en género. Un Olyix se definía por su mente, que estaba siempre distribuida en su quinteto, cinco cuerpos conectados a través de un enlazamiento cuántico en la estructura neuronal de sus cerebros separados.

—Solo Yuri, por favor —dijo, retirando la mano tan pronto como le permitió la cortesía.

—Por supuesto. La designación de mi quinteto es Hai. Y yo personalmente soy
Hai-3.

—Gracias por acceder a verme, Hai-3. —Yuri resistió el impulso de mirar alrededor de la habitación y adivinar cuáles de los otros Olyix, si es que alguno lo era, también eran Hai. Un quinteto Olyix siempre mantenía al menos dos cuerpos a bordo del *Salvation of Life*, el arca.

—Me alegra proveer asistencia. Tu mensaje daba a entender que procedías con urgencia.

Yuri miró a Stéphane.

—Cierto.

—¿Necesitas que me vaya? —preguntó Stéphane.

—Este tema podría ser sensible.

—El oficial Marsan tiene toda nuestra confianza —dijo
Hai-3.

—De acuerdo. Estoy buscando a un humano desaparecido, este caso podría tratarse de un trasplante ilegal de cerebro, y necesito saber si sería teóricamente posible. Las células K que pueden reconectar el sistema nervioso, ¿podrían usarse como base para hacer un trasplante semejante?

En el cuerpo de Hai-3 surgió una onda que se movió de izquierda a derecha.

—¡Qué lamentable! —dijo—. Hemos oído rumores sobre el abuso de nuestras células K de esta forma.

—Sí, igual que nosotros, rumores y teorías conspiratorias. Por eso estoy aquí. Necesito saber con certeza si es verdad.

—¿Tienes alguna prueba de esta alegación? —preguntó Stéphane.

—Nadie está haciendo ninguna alegación —respondió Yuri rápidamente—. Ni esgrimiendo cargos de ilegalidades. En este momento, tengo a un muchacho al que he de encontrar, y rápido. Necesito eliminar tantas posibilidades como pueda, así que no puedo perder el tiempo. Eso es todo.

—En cuanto escuchamos rumores sobre este abuso, nuestros criadores analizaron el proceso —dijo
Hai-3
—. Solo desde un punto de vista teórico, obviamente. Queríamos saber si sería posible.

—Por supuesto, ¿y lo es?

—Sin tener un sujeto de pruebas, no es posible dar una respuesta definitiva.

—Vuestra mejor suposición me valdrá.

—Nuestra simulación indica que sería posible el trasplante de un cerebro humano de un cuerpo a otro, si se dan las circunstancias correctas.

—¿Cuáles serían esas circunstancias?

—Los cuerpos del anfitrión y del donante deberían tener una bioquímica muy parecida, mucho más allá que la simple coincidencia en el tipo sanguíneo. El cuerpo ideal entre los humanos sería uno de la misma familia que el huésped.

Yuri no pudo evitar estremecerse de asco. A punto estuvo de elevar una oración de agradecimiento a la querida Virgen María de no haber tenido hijos. Hacía más de un siglo que no había entrado en una iglesia, pero gracias a su madre la iglesia ortodoxa rusa había sido una constante omnipresente en su infancia temprana.

—Entiendo. ¿Y si no hay un familiar disponible?

—Aun así, sería posible, aunque el número de candidatos sería pequeño. Tendrías que ser muy afortunado para encontrar uno.

—O conocer un hombre que pueda encontrarlo —murmuró Yuri—. Vale, he hecho mi investigación y ya tengo un cuerpo apto. ¿Qué necesitaría de vosotros?

—El procedimiento requeriría muchas más células K que las que están prescritas, para transportar los impulsos nerviosos entre las uniones neuronales humanas.

—¿Qué más necesitaría?

—La reparación de nervios en los humanos es ahora relativamente segura, aunque cara. El uso de células madre para regenerar nervios dañados se acerca a una tasa de éxito del ochenta por ciento. Sin embargo, volver a conectar unos nervios que han sido seccionados es extremadamente difícil. Y para un trasplante de cerebro, primero tendrías que cortar los nervios de la médula espinal. Así que antes de empezar, necesitarías hacer un escáner a nivel micrón, lo suficientemente sofisticado como para identificar y etiquetar las vías nerviosas individualmente. Primero harías el escáner en la medula espinal de la persona cuyo cerebro va a ser trasplantado, luego al

donante, y así sabrías como hacer que coincidan.

—Sí. —Yuri cerró los ojos, intentando visualizar el problema—. Lo entiendo. Necesitas unir correctamente las vías nerviosas, sino podrías pensar que estás moviendo una pierna cuando en verdad estás doblando el brazo.

—Una cruda analogía, pero esencialmente correcta —dijo Hai-3— Sin embargo, no son solo los nervios que controlan el movimiento muscular los que se necesitan identificar. También se debe conectar correctamente el sensorium de todo el cuerpo, porque si no podrías quedarte paralizado, incapaz de controlar los músculos que deseas mover. Por lo visto nuestros socios humanos han comenzado a llamarlo el síndrome zombi.

—Suena bien —concedió Yuri.

—No tengo constancia de que se haya construido un escáner tan sofisticado —dijo Hai-3—. Es más, además de este hipotético escáner, se necesitaría un dispositivo nano quirúrgico para conectar físicamente los nervios cercenados a los extremos de las células K. Hemos estado examinando este procedimiento con nuestros socios corporativos humanos.

—¿Habéis experimentado en humanos? —Yuri hizo todo lo posible por ignorar el suspiro de paciencia de Stéphane.

—Por supuesto que no —dijo Hai-3—. Nos hemos asociado con varias empresas de biogenética humana para el desarrollo y el comercio, nos dan sus requisitos y nosotros intentamos perfilar nuestras células K. Se han hecho pruebas en cerdos utilizando fibras nerviosas de células K para unir secciones nerviosas perdidas. Algunas tuvieron éxito. Algunas no. El progreso es lento, pero se está consiguiendo. Te diré que la mayor cantidad de nervios que han sido reconectados a la vez por los equipos de investigación han sido once. Hay varios millones de nervios en la parte superior de la médula espinal humana, el ejercicio es por tanto varias órdenes de magnitud más complejo que lo que se ha logrado actualmente. Si se pudieran construir el escáner y el dispositivo quirúrgico, igualmente el procedimiento debería ser ejecutado por una TuringG7. Dada la cantidad de nervios afectados, el sujeto probablemente debería ser sumido en coma, y la operación duraría meses. No sé cuánto dinero humano supondría financiar una empresa semejante.

—Cierto —dijo Yuri—. Entonces básicamente, ¿me está diciendo que los trasplantes de cerebros no existen?

—Actualmente no, aunque quizás puedan ser posibles en el futuro.

Otro factor que hay que considerar son los propios nervios de las células K. Como le he dicho ya, se necesitarían varios millones de fibras individuales para realizar tal operación. En los últimos siete años, hemos proporcionado a nuestros socios de investigación un total de dos mil quinientas.

Yuri se sintió extrañamente decepcionado ante el consuelo de las respuestas de
Hai-3.
Se preguntó qué le habría pasado entonces a Horatio.

—Es reconfortante escucharlo. Muchas gracias.

—Que una idea tan inmoral haya arraigado en la cultura humana es angustiante para nosotros —dijo
Hai-3
—. No os dimos nuestra biotecnología para esto. Nosotros solo queríamos ayudaros antes de que continuáramos en nuestra búsqueda del Dios al Final del Tiempo. Las entidades biológicas deberían dejar de sufrir la muerte. Espero que le pueda explicar esto a personas de su compañía con influencia en los medios, ¿quizás a la conclusión de su caso?

—Por supuesto. Siento mucho que la gente haya mancillado las oportunidades que nos ofrecen las células K. Desafortunadamente, algunos de entre nosotros, aunque sean una minoría por suerte, se rigen por otro tipo de reglas, lo que hace que estas historias tan desagradables puedan ser creíbles.

—Los Olyix lo entienden. Es muy nuevo para vosotros el tener consciencia. Vuestro comportamiento aún se ve afectado por su origen animal. Buscáis avanzar a expensas de los demás.

—Como he dicho: una minoría.

—Una vez fuimos como vosotros. Pero nuestra biotecnología nos permitió modificarnos a nosotros mismos, a abandonar esos impulsos derivados de nuestro origen animal. Nos encomendamos a un propósito más elevado.

Yuri mantuvo una expresión cortés. Sabía lo que iba a venir, y de reojo pudo ver como Stéphane sonreía en complicidad. Los Olyix eran incansables predicadores. La cooperación de
Hai-3
tenía un precio, debía soportar un sermón.

—Tristemente por ahora —dijo—, estamos estancados con nuestros cuerpos más humildes, con todas sus flaquezas.

—Ciertamente —dijo Hai-3—. Pero pensad que, si os unís a nosotros, los crímenes a los que os enfrentáis ahora serán algo del pasado.

—Lo que plantea es interesante, pero como especie no creo que estemos aún preparados para el viaje hacia el final de los tiempos. No somos lo suficientemente maduros para encarar a una divinidad, la vuestra o la de cualquiera.

—Lo podríais estar. Es lo que esperamos poder ofreceros antes de que nuestra arca parta de nuevo. Seguimos aprendiendo cómo adaptar nuestras células K para que funcionen en vuestros cuerpos. Nuestros criadores creen que un día podremos diseñar agrupaciones que dupliquen vuestra estructura neuronal. Cuando suceda, podréis ser inmortales como nosotros.

—La singularidad de descarga. Sí. Pero creo que a nuestra sociedad aún le queda por recorrer un largo camino antes de poder aceptarlo. Si nuestro cuerpo no es el original, no seríamos nosotros.

—El cuerpo, cualquier cuerpo, vuestro, nuestro, es solo un recipiente para la mente. Pues la mente es el pináculo de la evolución. La consciencia es extraordinariamente infrecuente en este universo. Necesita ser alentada y protegida a toda costa.

—Dios sabe que estamos de acuerdo en esto.

—¿Consideraría venir con nosotros, Yuri Alster?

—No lo sé. Todo es posible, supongo —contestó diplomáticamente.

—Rezaré por usted, Yuri Alster —dijo
Hai-3
—. Y le recomiendo que considere lo que le ofrecemos. Las especies sintientes son los niños de este universo, la razón por la que existe. Es nuestro destino navegar hasta la conclusión y unirnos en dicha y plenitud con el Dios Final.

—Sí. —Casi le preguntó, *¿y qué pasa con la aceleración de la expansión del universo?* Los cosmólogos humanos estaban ahora casi convencidos de que el universo era eterno, que la idea de un estado cíclico de un billón de años, el origen del Big Bang y el colapso del Big Crunch, era inválido. Entonces, ¿por qué los Olyix pensaban que iba a terminar el universo? Pero tenía una misión que llevar a cabo—. Me ha dado mucho que pensar. Por ello, le doy las gracias.

Otra onda se movió por la mitad el cuerpo de
Hai-3.

—No me las dé. Considérelo como un acto de amistad de mi parte el haberle ofrecido nuestra ayuda con este desagradable caso en el que está trabajado. Dedicarse a ayudar a los menos afortunados es una vocación encomiable.

Yuri esperó a que el Olyix no pudiera ver la culpabilidad que sintió.

—Hago lo que puedo. *Y lo que Ainsley Zangari quiere*.

—Su dedicación es digna de elogio. Rezaré para su éxito en recuperar al desafortunado hombre que ha sido secuestrado.

Yuri miró fijamente a la alienígena.

—Es usted muy amable. Su ayuda ha hecho que eliminase toda una línea de investigación, ha sido muy beneficioso. Se lo agradezco.

Se armó de valor y volvió a estrecharle la mano a
Hai-3.
Esta vez no se inmutó, la ira le permitió mantener sus reacciones a raya.

*****

—Baptiste Devroy no estaba en su apartamento —informó Boris a Yuri, en cuanto pisó las calles de Ginebra.

—Mierda. ¿Dónde está?

—Ha desactivado su altyo y ha abandonado su apartamento a las diez cincuenta y siete de esta mañana. Las cámaras de vigilancia pública lo muestran entrando en un taxez, solicitado a nombre de Dawn Mongomerie, su novia actual. El equipo táctico está rastreándolo.

—Diez cincuenta y siete —reflexionó Yuri—. Una coincidencia curiosa, fue cuando empezamos a buscar a Horatio. ¿Dónde estaba en ese momento?

—En el apartamento de Horatio en Eleanor Road.

—Joder, ¡estaban vigilando por si alguien notaba que había desaparecido! Y entonces aparecemos Jessika y yo, agentes de Seguridad de Conexión. Tienen que estar cagándose en los pantalones. —Llamó a Jessika—. Espero que hayas hecho progresos. Saben que estamos tras ellos.

—¿Cómo demonios lo saben? —preguntó Jessika.

—Me imagino que estaban vigilando el apartamento de Horatio. Baptiste Devroy está huyendo, el equipo táctico está persiguiéndole, pero no hay garantías de cuándo darán con él.

—Bueno, tienes suerte, he encontrado una pista prometedora aquí.

—Bien. Estaré contigo en diez minutos. —Llamó a Poi Li mientras entraba en la estación de Conexión.

—¿Qué sucede? —preguntó—. He visto que el equipo táctico ha perdido a Baptiste Devroy.

—Quienquiera que haya secuestrado a Horatio sabe que lo estamos buscando, lo que es muy malo. Me preocupa que se asusten y lo maten.

—Entonces has de encontrarlo ya.

—¡No jodas!

—¿Está en Althaea?

—Espero que sí, porque es la única pista que tenemos.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Ya hay un equipo táctico apoyando a Jessika. Puede liarse un poco.

—Althaea apenas ha conseguido el certificado de asentamiento. Es un mundo que no tiene valor. A nadie le importará lo que pase ahí.

—¿Me cubrirás?

—Con lo que hemos vivido juntos, me ofende que me preguntes.

Yuri sonrió.

—Una cosa más.

—¿Qué eres, un aspirante a Colombo?

—¿Quién?

—Un detective ficticio antiguo. Pregúntale a tu amigo Karno Larsen.

—En fin. Necesito compartir una idea contigo, y que me digas si estoy siendo paranoico.

—Vamos al lío.

—Eres una banda criminal importante o algún rival de Ainsley.

—Conexión no tiene rivales.

—Envidiosos de poca monta. Ya sabes, como el consorcio brasileño SolarWell. Alguien que tenga los recursos y la paciencia para hacer una estafa a gran escala. Sígueme la corriente, por favor.

—¿No lo he hecho siempre?

—Entonces, el plan es este. Descubres que Gwendoline es la nieta de Ainsley e investigas. Creas una leyenda impecable, a Horatio, a toda su familia. Demonios, quizás una docena de Horatios, para aumentar las posibilidades. Lo colocas en un sitio donde sabes que se encontrará con Gwendoline, Y por supuesto, ella cae completamente rendida, porque le han creado la pareja perfecta. Él se pasa dos años cortejándola, y al final se casan. Le dice a Gwendoline que quizás sí debería aceptar un trabajo en Conexión. Lo hace, y empieza a ascender en la jerarquía familiar, que es un camino muy corto hasta el nivel ejecutivo si tienes sangre Zangari. El braguetazo del siglo. Has tardado quince años, pero ahora tienes acceso al nivel más restringido de Conexión, finanzas y estrategia, y el poder de influenciar en ambas. Tiene que ser una inversión interesante para gente así.

—Vale, muerdo el anzuelo. ¿Por qué lo retirarías entonces del juego?

Yuri se encogió de hombros.

—Aún no estoy seguro.

—¿Porque es un pastelito con corazoncito, y se ha enamorado de

ella de verdad?

Yuri se sorprendió de que tal nivel de sarcasmo se pudiera transmitir a través de un enlace de solnet.

—No. He llegado a una conclusión muy terrible, y necesito contártelo en persona.

—Yuri, una TuringG7 tendría problemas hackeando esta encriptación.

—Llámame paranoico.

Solo hubo una breve pausa, pero con Poi Li eso era revelador.

—De acuerdo.

—Y mientras tanto, haz un análisis completo de Horatio. No solo una búsqueda de datos de la TuringG7. Si lo prepararon para esto, sus títeres deben saber lo que haríamos en algún momento. Investiga más. Quizás puedas enviar a alguien en quien confíes para entrevistar físicamente a sus padres, consigue muestras de su ADN y compruébalas de nuevo con las de su apartamento, habla con sus amigos de colegio, sus profesores, a ver si alguien lo recuerda de niño. Si fue plantado, sus controladores no habrán sido capaces de controlarlo todo. Quiero saber si es real, Poi.

—De acuerdo, Yuri. Déjamelo a mí.

—Gracias. Estoy entrando en la estación de Althaea ahora. Te llamaré tan pronto como tenga algo.

*****

El pueblo fronterizo de Bronkal solo daba para veinticinco estaciones de Conexión y una única estación de transporte comercial. Era una pequeña ciudad al borde de las llanuras de Estroth, una meseta que se extendía a lo largo de casi dos mil kilómetros antes de caer abruptamente al mar. Fue ese terreno llano tan inmenso el factor clave para que se decidiese terraformar Althaea.

Pollux, una gigante naranja K0, no era la elección evidente para un hogar de humanos. Pero tenía un planeta supergigante gaseoso, Thestias, con cuarenta y ocho lunas. Cuatro de las más grandes, Althaea, Pleuron, Iphicles y Leda, estaban en una órbita Rosetta en el lagrangiano dos del planeta, orbitándose entre ellos para siempre, en la umbra de Thestias. En la mayoría de los casos, estar encerrado a la sombra de un planeta supergigante habría supuesto una triste existencia. Pero no en este caso, ya que Thestias orbitaba a apenas uno coma seis UA de una gigante naranja, haciendo que la reducida luz que caía sobre la superficie de Althaea fuese tan intensa como el mediodía de los trópicos. Las conjunciones con sus colunas le proveían, al cruzar por su sombra, de un ciclo regular de día y noche.

Era mediodía entre la conjunción de Pleuron y Led, que supondría dieciocho horas de luz, cuando Yuri salió de la estación en la calle Esola en el centro de la ciudad. Exhaló con fuerza. A su lado, la humedad de Londres parecía la Antártida. Los monótonos edificios de carbono y vidrio se extendían a lo largo de la calle con una precisión geométrica. Las palmeras proporcionaban algo de sombra en la agrietada acera, aunque no mucha, dado que se sacudían constantemente, debido a las sorprendentemente fuertes ráfagas de viento que azotaban la ciudad. Pocas eran las personas que caminaban bajo la sofocante luz del día, y aún menos las que iban en bicicleta. La propia carretera estaba principalmente ocupada por taxez de todos los tamaños, para uno o más pasajeros, que conducían por el resplandeciente asfalto, junto a vehículos comerciales. Era como una escena de mediados del siglo XXI, pensó Yuri.

Boris se conectó a la red local, y veinte segundos después un taxez de tres ruedas se detuvo frente a la estación. Yuri subió y ocupó el estrecho asiento, agradecido por los conductos de ventilación que emitían aire refrigerado en la diminuta burbuja transparente. Siempre le gustó el dicho de que, más que montar en un taxez, lo llevas puesto.

Avanzaron rápidamente a través de la deprimente cuadricula de edificios idénticos, con las paredes de paneles fabricados en masa hacia un polígono industrial de las afueras. No había nada que ver que en el terreno sin las vistas de las vastas marismas que se extendían más allá de los muelles de la ciudad. Tampoco le importó, pues en Althaea el paisaje estaba en el cielo. La órbita de Pleuron ya había caído bajo el horizonte de Althaea, y Leda estaba alzándose al cenit, era un mundo sin atmósfera, repleto de cráteres y mares serpenteados por radiantes flujos de lava. La intensa actividad tectónica cambiaba constantemente su geografía, por lo que crear un mapa era absurdo. Y más allá, dominando la cúspide del brillante cielo azul, estaba el asombroso planeta Thestias, un círculo de oscuridad coronado por un halo resplandeciente de luz dorada, en un perpetuo eclipse total de Pollux. Los iluminados bordes del planeta revelaban rápidas nubes de color blanco y carmín, en infinitas tormentas que provocaban la extraña ilusión óptica de que se estuviesen derramando en un agujero en el espacio, hacia el interior de su negro corazón. Una ilusión óptica que daba la sensación de que Althaea también estuviese cayendo hacia la eterna oscuridad del supergigante. Los locales lo llamaban el Ojo de Dios.

Yuri se estremeció, sacudiéndose para salir de la hipnosis que provocaban las vistas. El taxez lo llevó a un bloque comercial en la avenida Nightingale. Entró en la recepción y Boris lo guio hasta las

oficinas que Jessika había alquilado hacía cuarenta minutos. Estas daban a un pequeño almacén donde el equipo táctico había aparcado su tractor de granja. El capitán del equipo, Lucius Socko, había traído un portal de treinta centímetros dentro de su maletín, y lo habían enlazado dentro del almacén. El resto del equipo estaba entrando ahora por el portal de dos metros, junto con armas, herramientas y los operadores de soporte de misiones especiales.

Lucius estaba de pie en la oficina principal, detrás de Jessika, que se había quitado su chaqueta rosa para sentarse en un escritorio con varios módulos electrónicos nuevos. Yuri no conocía en persona al capitán, pero el expediente que le estaba mostrando Boris en sus lentillas tarsus le mostraba que hacía un buen trabajo. No llegabas a ese cargo en Seguridad de Conexión sin ser competente. Pero el expediente no le había preparado para ver el brazo de Lucius alrededor de los hombros de Jessika.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Yuri.

Jessika se giró con una sonrisa mientras Lucius rápidamente se enderezaba.

—Todavía no he podido rastrear la furgoneta Tarazzi en los muelles —dijo Jessika—. Sin embargo, no tenemos constancia de que volviera a moverse por la estación de transporte comercial después de entregar a Horatio. Probablemente sigue allí.

—La habrán vuelto a registrar con otro nombre —dijo Yuri sin rodeos—. Seguramente diez minutos después de llegar.

—Solamente han salido siete furgonetas similares de Bronkal desde entonces —respondió—. Todas ellas legítimas.

—Esa gente es profesional —dijo inseguro Yuri.

—Creo que tenemos dos opciones —dijo Lucius—. Una, la banda tiene el suficiente dinero, como para desguazar la furgoneta de inmediato, desmontarla, llevarla a una planta de reciclaje de vapor o sacarla de la ciudad y tirarla al pantano. En cuyo caso la habremos perdido para siempre.

—¿O? —preguntó Yuri.

—No van a secuestrar gente cada día. La furgoneta estará entonces escondida en un cobertizo, esperando hasta el próximo encargo. En ese momento le volverán a dar un nuevo nombre y le harán un cambio de imagen a la carrocería.

—Buenas opciones —dijo Yuri.

—La zona de los muelles es un distrito industrial que suministra al biorreactor, así como de compañías de barcazas transporte —dijo Jessika—. Son todos enormes edificios. Quiero enviar un grupo de microdrones a escanear todo el lugar en busca de la furgoneta. Lucius

ya los ha traído a través del portal.

Yuri asintió.

—Adelante, hazlo.

—¿Quién es esta gente? —preguntó Lucius—. ¿Alguna idea?

—No lo sé —les dijo Yuri—. Al principio pensé que podría ser un trasplante de cerebro, algo del mercado negro, pero ya me han quitado la idea de la cabeza. Lo que nos deja con un secuestro de toda la vida y un rescate de los de siempre.

—Patrañas —dijo Jessika—. Ainsley no va a pagar un comino por ese pobre chico.

Yuri se encogió de hombros.

—Para quienquiera que trabaje Devroy, no cabe duda de que son profesionales.

—¿Estás seguro de que trabaja para alguien?

—No, pero es irrelevante llegados a este punto. Necesitamos encontrar a Horatio pronto.

—Pondré en marcha a los drones —dijo Lucius—. Mi gente está lista para la acción.

—Hazlo —dijo Yuri—. Aunque tengo otra pista. La TuringG7 ha descubierto que Baptiste Devroy tiene un primo aquí, en Bronkal. Se llama Joaquín Beron, y dirige algún tipo de empresa de sensores atmosféricos, es una empresa unipersonal. Tiene contratos de suministros y mantenimiento con la Junta de control del clima del gobierno.

—No puede ser una coincidencia —dijo Jessika con una sonrisa cómplice.

—No querría calcular las probabilidades.

—¿Tienes una dirección?

—Sí, Fedress Meadows, bloque diecisiete.

Jessika se quedó en silencio mientras leía la información que le había enviado Boris.

—Un parque industrial. Múltiples oportunidades para fabricar objetos y redirigir envíos de remesas.

—Tienes una mente desconfiada, lo apruebo.

*****

Idealmente, la infiltración habría sido lenta, primero enviarían algunos drones a Fedress Meadows. Después habrían llegado los miembros del equipo táctico, desplegándose por los módulos comerciales vecinos. Luego Lucius habría enviado a un grupo de tres hombres para realizar la detención. Joaquín habría sido arrestado y llevado a la oficina de la avenida Nightingale. Y si se mostraba reacio

a cooperar, inmediatamente se lo hubieran llevado por el portal a unas instalaciones más recluidas en Seguridad.

Yuri no tenía el tiempo para esto. Cada minuto que pasaba ponía a Horatio en más peligro.

Boris confirmó que el altyo de Joaquín Beron estaba conectado al nódulo solnet del bloque diecisiete, por lo que Yuri tomó la decisión de ir directamente a por todas. La TuringG7 del departamento apagó la red de Fedress Meadows. Un grupo de veinticinco microdrones se desplegó desde la avenida Nightingale, sus sensores controlarían el área antes de que llegara Yuri. Cinco grandes vehículos 4x4 de color gris se dirigieron en convoy a Fedress Meadows, que resultó ser un desolado grupo de cubos multirol, capaces de albergar una amplia variedad de pequeñas y medianas empresas. Yuri miró las tristes paredes cuadradas, de gris y negro con vidrio plateado, y el arruinado paisaje a su alrededor. El parque industrial podría ser uno cualquiera de los que había en los mundos terraformados, no por los utópicos, hasta los de las áreas más pobres de la propia Tierra se parecían. Las fábricas baratas y sencillas parecían eliminar cualquier posibilidad de identidad arquitectónica. Lugares como Fedress no eran para aquellos emprendedores que soñasen con una megacorporación, pero sí otorgaban un incentivo darwinista para que mejorasen su empresa y pudieran largarse de donde viniesen.

Yuri le pidió a Boris un enlace seguro con Poi Li mientras conducía manualmente por las pistas a alta velocidad, causando que los vehículos automatizados frenasen y viraran bruscamente.

—¿Cómo va el informe de Horatio?

—Por ahora es tan perfecto y tan dulce que parece un cachorrito con forma humana, me dan ganas de vomitar —dijo—. Tengo a gente en camino a ver a sus padres. Espero que puedan encontrar flaquezas en la historia, porque no me creo que exista a alguien tan noble.

—¿Alguna vez has pensado que somos quizás demasiado viejos y cínicos para este trabajo?

—Habla por ti. Pero me estoy empezando a preocupar cada vez más, no entiendo el motivo que hay detrás de todo esto.

—Dinero —dijo rápidamente Yuri—. Al final siempre se trata de dinero. Estoy pensando que es solo un secuestro, no se me ocurre nada más. Alguien descubrió quien es Gwendoline.

—No hemos recibido ninguna demanda de rescate.

—No habrá ninguna. No ahora que saben que vamos tras ellos. Solamente espero que no hayan arrojado a Horatio a un pantano.

—Mierda, eso va a destrozar a Gwendoline. A Ainsley no le gustará.

—Bueno, Ainsley podría dejar la polla quieta.

—Se lo diré de tu parte.

Yuri no pudo evitar la pequeña sonrisa que apareció en sus labios.

—Mira, tengo dos posibles opciones para encontrar al chico. Trabajaré en ellas hasta el final, lo sabes.

—Lo sé. ¿Alguna vez piensas que te equivocaste de profesión? Puedo recomendarte a Ainsley para que estés a cargo de instruir a los nuevos reclutas en nuestro centro de formación.

—Mi replica a este comentario contiene alguna frase sobre como antes preferiría comerme la pierna.

—¿Cuánto falta para que hables con Joaquín Beron?

—Un par de minutos.

—Llámame cuando lo veas, por favor.

—Sin problema.

Los vehículos rodearon el bloque diecisiete y atravesaron el parque que lo circundaba, con los enormes neumáticos desgarrando la exuberante hierba. El número diecisiete era uno de los bloques más pequeños, sus oscuros paneles externos se habían transformado en un feo marrón ante el implacable clima de Althaea.

Lucius llevó a cinco paramilitares a la puerta principal, mientras Yuri y Jessika esperaban en el coche. Más paramilitares se desplegaron alrededor del bloque. Yuri pudo ver en los bloques vecinos a la gente pegada al cristal, mirando con asombro. La luz del exterior empezó a atenuarse conforme avanzaban unas enormes nubes negras, grandes gotas de lluvia salpicaron el parabrisas.

—Lo tenemos —anunció Lucius—. La localización está asegurada.

Jessika se quitó la chaqueta rosa por la cabeza para resguardarse mientras recorrían rápidamente el camino del coche hasta la entrada. La lluvia se estaba convirtiendo en un diluvio, mojando completamente a Yuri mientras el viento le azotaba por todas partes, aplastándole el cabello contra la cabeza.

—¿Así que tú y Lucius? —dijo—. No lo sabía. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Gotas de lluvia se deslizaron por el rostro de una Jessika desconcertada.

—¿Qué?

—Parece un buen hombre.

—Guau, mi opinión de tus superpoderes como detective ha decaído una barbaridad.

—Sé lo que he visto…

—No, no lo sabes.

—Necesitas informar a Recursos Humanos.

—¿Qué?

—Conocí a un hombre hace tiempo, un buen hombre, pero también un idiota, que se enamoró de una de mis agentes. No siguieron el procedimiento de la empresa, y no terminó bien.

—Buena charla, jefe, gracias.

—Solo lo comentaba.

Jessika sacudió la cabeza desconcertada cuando entraron en el bloque.

—Dale imagen a Poi Li —dijo Yuri a Boris. El altyo transmitiría la señal de su lente tarsus.

Joaquín Beron era un hombre pequeño, una cabeza más bajo que Yuri. Tenía el cabello peinado en trenzas apretadas contra el cráneo, intentando ocultar su creciente frente. Sus tatuajes brillaban suavemente en su cuello, serpenteando hacia abajo más allá de su mono verde. Yuri hizo que Boris escaneara los patrones, pero no figuraban como los de ninguna pandilla.

Joaquín estaba en el taller en la parte trasera del bloque, sentado en una silla. El equipo táctico había seguido las instrucciones de Yuri a la perfección. Tenía los tobillos atados a las patas de la silla, y las manos a la espalda. Había dos paramilitares de pie a ambos lados, con rifles largos preparados, no de forma amenazante, pero si con soltura.

Jessika empezó a sacudirse el agua de su chaqueta mientras caminaban por el suelo de hormigón, rodeados por enormes fabricadores que zumbaban con eficiencia.

—Parece una empresa legitima —dijo Lucius—. Puedo traer algunos especialistas para que revisen su red, si queréis.

—No hace falta —dijo Yuri.

—Chicos —desafió Joaquín, con voz bravucona—. ¡Habéis metido el pie en un avispero! Tengo derechos, sabéis. Mis abogados os van a cortar los huevos por esto.

Yuri le sonrió desde su altura.

—¿Por qué?

—¿Tenéis al menos una orden judicial?

—¿Para qué necesitaría una orden? No trabajo para ningún gobierno.

—¿Eh? ¿Quién coño eres?

—Me llamo Yuri, y estoy llevando un pequeño experimento.

Joaquín miró preocupado a los paramilitares que parecían estatuas.

—¿Qué jodido experimento?

—Comprobar lo listo que eres, Joaquín.

—¿Qué demonios dices?

—Voy a hablar primero, y quiero que escuches, ¿entendido?

—Fóllate a tu puta madre por el culo, ¡corpo de mierda!

Yuri señaló al paramilitar que estaba a la izquierda de Joaquín.

—¿Tienes un cuchillo?

—Sí, señor.

—Úsalo y apuñala a Joaquín, aquí, justo encima de la rodilla. No le des a ningún vaso sanguíneo importante. No quiero que se desangre antes de que nos diga lo que necesitamos saber.

—¿Pero qué coño estáis diciendo?

—Sí, señor. —El paramilitar sacó un cuchillo Bowie de la funda de su cinturón.

—¡Ni se te ocurra, cabrón!

—¿Por qué? ¿Por qué debería parar? —preguntó Yuri amablemente.

—Ni de broma. No, vale. Te escucho, ¿vale? Te escucho, solo no…

Yuri le hizo una seña al paramilitar.

—Está bien, Joaquín. Es importante que te des cuenta de que estoy preparado para mutilarte antes de que comience la diversión, solo para que dejes de farfullar mierda. Así que estoy pensando en que, si me molestas, voy a darme una vuelta por aquí a ver qué herramientas eléctricas puedo encontrar. Seguro que tienes un montón, segurísimo, las necesitas para tu negocio. Grandes, pequeñas, muy afiladas, muy contundentes… ¿Estoy en lo cierto? Ahora intenta imaginarte cómo podría usarlas en ti. Y en qué lugares.

Joaquín se tiró hacia atrás en la silla, respirando fuertemente por el pánico.

—Ahora, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, iba a decir algo. Piensa en esta como tu pregunta de apertura por diez puntos. O en tu caso, cuenta con que son los dedos de tu pie izquierdo los puntos. Baptiste Devroy, ¿quién es?

—¿Puedo hablar?

—Puedes hablar. Pero ve al grano, ¿vale?

—Es mi primo. Nunca nos vemos, la verdad.

—Pero os mantenéis en contacto, ¿no?

—Algo, quizás algo. Sí.

—Ya no más. Desde hace una hora, tu primo Batiste nunca volverá a hablar contigo, ni con nadie.

—Cristo, ¿qué has hecho?

—No he hecho nada. Nuestra división de Londres se ha ocupado de él.

—División de Londres… ¿Quiénes sois?

—Gente a la que solo un idiota redomado cabrearía.

—¡Hostia puta!

—Hablas demasiado, Joaquín.

—Lo siento, lo siento.

—Por supuesto que lo sientes. Ahora tienes que decidir cómo de lejos irás para proteger a tu primo y sus amigos, cuánto de ti estás preparado para perder por ellos, ¿entiendes?

—Sí.

—Bien. Tu primo Baptiste, ayer mandó a alguien aquí, ¿no?

Joaquín asintió rápidamente.

—Bien, chico bueno. Me quedan dos preguntas. Una, ¿por qué?

—No lo sé, por favor, te lo juro por mi puta madre, no sé a dónde se los llevan.

Yuri se puso rígido.

—¿Se los llevan?

—Sí. Baptiste, lo hace como cada dos meses. A la gente que secuestra se la trae aquí, a Bronkal, luego les inyecta químicos fuertes para sumergirlos en un sueño muy profundo, como en coma. Y entonces se los lleva de nuevo.

—¿Por qué? —Aun sabiendo que cada segundo era vital, Yuri no pudo evitar preguntar—. ¿Para qué? ¿Qué les hacen?

—¡No tengo ni puta idea de lo que les hacen, tío! No soy tan idiota como para preguntar. Me imagino que tiene que ver con un tipo rico y raro que es un puto degenerado. Quiero decir, ¿qué persona normal querría a un montón de gente inconsciente?

—Es una muy buena pregunta, Joaquín.

—No lo sé. ¡De verdad! Por favor, no lo sé. Lo único que hago es encargarme de los vehículos. Me dedico a registrar nuevamente las furgonetas. ¡Solo eso!

—Te lo compro por ahora. Segunda pregunta. Baptiste secuestró a un amigo mío ayer, un chico decente llamado Horatio Seymore.

Joaquín empezó a mecerse de un lado a otro.

—No, no, no. Me matarán, ¡por favor!

—Sabemos que Horatio llegó aquí a Bronkal… —Yuri chasqueó los dedos y se volvió hacia Jessika—. ¿Cuándo?

—La furgoneta pasó por la estación de transporte comercial hace treinta y una horas —dijo.

—Gracias. Hace treinta y una horas. Entonces la furgoneta se dirigió a los muelles. ¿Dónde?

—Por favor —gimió Joaquín.

—Ah, estabas haciéndolo tan bien. —Yuri extendió la mano y el paramilitar le dio el cuchillo Bowie.

—Mierda. Vale. ¡Jesús! —Joaquín miró frenéticamente la hoja—.

Está en el complejo del biorreactor —hundió los hombros derrotado —. ¿Vale? Ya está. Por favor, dejadme en paz.

Yuri clavó el cuchillo. Joaquín gritó. Miró aterrorizado la hoja clavada en la silla, a un centímetro de su entrepierna.

—Ups, he fallado —dijo Yuri—. Déjame intentarlo de nuevo, a ver si mi puntería mejora, porque el complejo del biorreactor es jodidamente enorme, y tú lo sabes más que bien.

—¡Edificio siete! ¡Los tienen en el edificio siete!

*****

Los muelles eran la razón por la que Bronkal existía. Estaban al borde de los pulmones de Althaea, la expansiva extensión de la meseta convertida en marisma, que se extendía hasta los mismos acantilados. Estaban llenos de canales con multitud de dragas que mantenían abiertas, permitiendo así a los barcos acceder a toda la zona. Todos los días atracaban en el biorreactor al lado del páramo y cargaban la algaox recién cultivada. Luego, bajaban por los canales, con sus potentes bombas arrojando grandes arcos de lodo azul verdoso que cubrían la tierra mojada. Durante treinta y ocho años, las algas modificadas genéticamente habían estado realizando la fotosíntesis, que convertía la atmósfera de Althaea en apta para los humanos, lentamente. Los barcos estaban programados para continuar otros quince años al menos, hasta que la Junta de vigilancia climática del Senado de Sol otorgara a Althaea el certificado de apertura.

Un setenta por ciento de la población activa de Bronkal trabajaba en el complejo de reactores o en los muelles, razón por la cual ocho de las veinticinco estaciones de la ciudad estaban ubicadas en ese distrito. Yuri ordenó que las cerraran, junto a la de transporte comercial, adyacente a los muelles.

Tan pronto como Joaquín les había dado la localización, Lucius y los paramilitares regresaron a los coches y condujeron hacia los muelles a través del diluvio de agua tibia. Yuri tuvo que agarrarse con fuerza a los lados del asiento, el coche se deslizaba y patinaba bastante por el asfalto mojado.

—La lluvia está obstaculizando a nuestros drones —se quejó Lucius —. Sobre todo al grupo de microdrones.

—Pero por otra parte, también está cubriendo nuestra llegada —dijo Jessika.

—Tenemos que estar seguros —dijo Lucius—. Si Joaquín nos ha dado mal la información…

—No lo ha hecho —dijo Yuri, recordando como Joaquín había suplicado que le creyeran.

—Vale —dijo el líder del escuadrón táctico—. Contaremos con eso.

Jessika miró por la ventana mientras los limpiaparabrisas se lanzaban de un lado al otro.

—Debemos estar cerca —dijo—. Puedo ver los hangares.

Yuri miró hacia la carretera inundada. Había cuatro enormes hangares para aeronaves agazapados en el horizonte. Además de mantener las barcazas de algaox, los muelles de Bronkal servían de base para las naves aéreas que daban vueltas durante meses sobre el océano, más allá de los acantilados de la meseta. Todos tenían portales de diez metros fijados bajo su casco, que estaban entrelazados a portales de los recolectores de hielo que cruzaban el congelado océano de Reynolds. A cuarenta y tres UA, Reynolds era el planeta más distante que orbitaba Pollux, un planeta con un núcleo del tamaño de Mercurio recubierto con un manto de cien kilómetros de hielo. Toda el agua de Althaea venía de allí, las aeronaves bombardeaban los nuevos mares con fragmentos colosales de hielo, donde se derretían. Contempló las grandes construcciones pensativo, recordando la primera vez que Conexión había puesto a prueba las cascadas de hielo en el interior de Australia, ahora una exuberante sabana.

—Me pregunto qué pensaría Akkar —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Jessika.

—Nada.

Iban a toda velocidad mientras pasaban los edificios de los muelles. Yuri miró el mapa que Boris le mostraba sobre sus lentillas. El complejo del biorreactor y los hangares de las aeronaves estaban en extremos opuestos del muelle. Una pequeña estrella color violeta brillaba en uno de los edificios del complejo del reactor, el número siete, un antiguo bloque de oficinas y almacén de tres plantas, registrado a nombre de una empresa privada de mantenimiento. Los drones ya lo estaban rodeando a una distancia de medio kilómetro por seguridad. A través de la intensa lluvia, su imagen era de muy baja resolución. Normalmente hubieran desplegado un grupo de microdrones, unas moscas biomecánicas que volaban por la zona del objetivo, y que enviaban información detallada por comláser cifrado. Pero Lucius no las había desplegado, la lluvia las hubiera derribado rápidamente.

—Sabrán que sucede algo raro —dijo Jessika—. Nuestra Turing ha desconectado la conexión a solnet en todo el complejo.

—Cierto —dijo Lucius—. No podemos hacer una entrada silenciosa, tendrá que ser por la puerta principal, con todas las alarmas disparadas.

—Muy probablemente —dijo Yuri—. Necesitaré una armadura.

Lucius le entregó una bolsa en silencio. Contenía una chaqueta voluminosa y pantalones gruesos junto con un casco ligero.

—Tú también —dijo Lucius, sosteniendo una bolsa para Jessika.

—No voy a entrar ahí —dijo indignada.

—Por supuesto que no, no tienes ningún entrenamiento de combate. Pero si hay un tiroteo, me gustaría que tuvieras algo de protección. No sabemos qué tipo de armas lleva la gente de Baptiste.

Jessika miró con suspicacia a Yuri, quien estaba haciendo todo lo posible por no sonreír. La carrocería del coche en el que viajaban era casi completamente una armadura cinética.

—Gracias, Lucius —dijo sin ganas—. Es muy considerado de tu parte.

El escuadrón táctico se desplegó de la misma forma que en Fedress Meadows, con los coches rodeando el edificio. Pero esta vez, a los paramilitares los acompañaba un grupo de drones de apoyo de combate, gruesos discos negros con rechonchas boquillas que sobresalían del anillo, que se desplazaban ágilmente sobre el escuadrón.

Yuri siguió a Lucius afuera. La lluvia cálida lo empapó e inmediatamente le caló la chaqueta. El cielo estaba cubierto por una capa de nubes negras, oscureciendo a Thestias y a su halo solar dorado.

—Supongo que Dios no va a velar por nosotros —murmuró Yuri.

Bajó la visera de visión mejorada. Vio la cuadricula táctica del escuadrón, que señalaba la ubicación de los miembros del equipo en color verde. También mostraba el interior del edificio, la planta baja estaba dividida en tres grandes espacios, y las otras dos eran un laberinto de salas.

—¿Estás en la red? —preguntó a Boris mientras caminaba detrás de ocho paramilitares hacia la puerta principal.

—La TuringG7 ha adquirido acceso limitado. —Aparecieron algunas estrellas purpuras, la mayoría en el primer piso—. Esos son los núcleos principales del procesador. —Ahora se materializaron círculos amarillos—. Y esos son los principales sumideros de energía.

—Tres superposiciones —dijo Yuri—. Bien, Lucius, esos son nuestros objetivos principales. Alcánzalos primero y enciérralos. Tienes autorización para usar la fuerza que sea necesaria.

—Ya lo habéis escuchado —dijo Lucius. Les dio órdenes específicas a escuadrones de cuatro hombres, asignándole un objetivo a cada uno.

Los drones de combate avanzaron. La cámara de uno le mostró a Yuri a alguien corriendo lejos del vestíbulo de la entrada, hacia el

interior del edificio.

—Derribad las puertas —ordenó Lucius.

Un dron disparó su escopeta a las puertas de vidrio, esparciendo trozos de cristal por todo el vestíbulo. Doce drones avanzaron, seguidos por los paramilitares.

—Yuri —dijo Poi Li en voz baja—. Ten cuidado.

—Estoy en ello.

Yuri había decidido comprobar el objetivo que tenía el mayor gasto de energía. Cualquiera que fuera el espeluznante procedimiento que Baptiste realizaba a sus víctimas, necesitaba electricidad. Desenfundó su pistola semiautomática y subió las escaleras detrás de Lucius. Su visor le mostraba la lista de las imágenes del equipo abriéndose paso por el edificio. Los drones zumbaban a lo largo de los pasillos, buscando a los miembros de la banda.

Casi había alcanzado la primera planta cuando comenzó el tiroteo. Unos cuantos, armados con pistolas automáticas, salieron a la carga desde múltiples habitaciones, vaciando el cargador en los pasillos, y recargando para continuar con el asalto. Fueran las que fuesen las armas que habían fabricado, tenían una velocidad de disparo asombrosa, destrozaban paredes, suelos y techos en caóticas nubes de metralla. Los drones respondieron al tiroteo, lanzando una andana de granadas atronadoras. Explotaron en un creciente destello, derribando ventanas y desquiciando las puertas con la onda expansiva. Los drones avanzaron, disparando munición supersónica con sus rifles electromagnéticos hacia cualquier hostil que detectaran sus sensores. Los miembros de la banda retrocedieron, buscando refugio. Los paramilitares les siguieron, dirigiendo el fuego de los drones, y a veces abriendo fuego ellos mismos.

Yuri se tiró al suelo en cuanto empezó el tiroteo. Justo a tiempo. La mitad de la pared que tenía detrás suyo se había desintegrado en una nube de fragmentos y polvo al ser acribillada. Los dos drones de escolta de Yuri avanzaron, disparando en represalia.

—¡Joder! —chilló. Levantó la cabeza. Lucius estaba en el suelo delante suyo, escudriñando el lugar frenéticamente.

—Parece que nos han visto venir —gritó Lucius.

—¡No me digas!

El primer enfrentamiento terminó cuando los miembros de la banda que no habían muerto se retiraron al interior del edificio. Yuri se puso en pie y se apresuró a recorrer los restos humeantes del pasillo.

—¿Cuántos miembros hay aquí?

—Cuatro muertos —dijo Boris—. Se estiman siete hostiles que

permanecen activos en esta planta.

Yuri llegó a la habitación que recibía tanta energía. La puerta había desaparecido, arrancada, con un fragmento aún sujeto por una bisagra. Cuatro drones atravesaron el agujero. Alguien abrió fuego, y la respuesta fue veloz. Escuchó el aplastante sonido de la munición supersónica atravesando un mueble. Un hombre empezó a gritar, un largo y aterrorizado gemido de dolor.

—Detened el fuego y aislad al hostil —ordenó a los drones. El gráfico del visor les mostraba entrando en la sala. Uno de los paramilitares entró justo antes que él.

—Cuidado, señor, hay una brecha en el suelo.

—Controlado —dijo Yuri.

Se tomó un momento para situarse en el caos que había frente a él. La mayoría de la habitación había sido dañada por las granadas y balas. Había cinco camillez de hospital alineados a un lado, la mayoría volcados de lado. Había estantes de equipo médico destrozados, perdiendo fluidos por su revestimiento roto. Dos de las camillez tenían personas inconscientes, a Yuri se le aceleró el corazón del pánico hasta que se dio cuenta de que eran mujeres. Una había recibido una bala en el muslo, y sangraba profusamente.

—¡Mierda! —Miró alrededor, buscando un botiquín de primeros auxilios. No vio ninguno.

Otro tiroteo estalló en el otro extremo del edificio. Se estremeció, agachándose cuando las balas atravesaron las delgadas paredes de compuesto.

—¿Jessika?

—Demonios, jefe, ¿estás bien?

—Sí, necesito un estuche médico de combate. ¡Rápido!

—¿Estás herido?

—No es para mí. He encontrado nuestras primeras víctimas.

—Voy de camino.

—No. Quédate en el coche. Enviaré a alguien a buscarla. —Se giró al paramilitar que le acompañaba—. ¡Ve!

Cuando el paramilitar se fue, Yuri agarró la sábana de una de las camillez caídas y la apretó contra la herida de bala de la mujer, luego la ató con fuerza con un tubo del equipo médico destrozado. Después se dirigió hacia el par de drones que estaban sobre uno de los heridos. Dos puntos láser le iluminaban la frente. El hombre había recibido tres impactos, dos en el brazo y uno en el pecho. Ya estaba ceniciento, y tragaba aire a duras penas. La sangre se arremolinaba en el suelo.

—Ayuda —suplicó.

—Seguro. —Yuri se arrodilló y se levantó el visor—. Uno de los

míos traerá un kit médico. Estarás bien.

—¿De verdad?

—Seguro. He visto a gente peor.

—Tío, ¡duele!

—Necesito saber algo, ¿dónde están las otras personas que habéis secuestrado?

—Por favor, yo solo conduzco las furgonetas, ¿sabes?

—Claro. —Yuri levantó la tarjeta con la imagen de Horatio—. ¿Has visto a este chico? ¿Sigue aquí?

El hombre tenía problemas en focalizar la mirada.

—Joder, duele mucho. Está muy hondo, sabes, muy profundo. ¿Es la bala?

—Céntrate. Los paramédicos están casi aquí. Antes de que te inyecten algo para el dolor, dime, ¿el chico?

Yuri escuchó más disparos en el gran almacén debajo suyo, seguido de una serie de granadas. Toda la habitación se sacudió por varios segundos.

—¿Lo has visto? —persistió Yuri.

—Sí. Ha estado aquí. Anoche.

—¿Dónde está ahora?

—Lo han llevado abajo.

—¿Abajo a dónde?

—Listo…

—¿Listo para qué?

Las extremidades del hombre empezaron a sacudirse.

—¿Listo para qué?

—Irse. —Levantó una mano, agarrando a Yuri con los dedos, como si ese contacto pudiera ayudarle de alguna manera—. Listo para irse.

Yuri se levantó, ignorando la garra de su mano.

—Nuestro objetivo principal puede estar aún en el edificio. Planta principal. Proceded con extremo cuidado. —Se bajó el visor de nuevo y estudió el visor táctico antes de salir de la habitación y bajar corriendo las escaleras. Uno de los drones voló en posición, y otro se colocó detrás suyo.

Había una puerta detrás de la mesa de recepción del vestíbulo, había sido arrancada, y mostraba un paso oscuro. El dron de punto avanzó primero. Yuri lo siguió a un largo vestuario sin ventanas con paneles de luz rotas en el techo. Las mejoras de su visera se activaron, convirtiendo la oscuridad en una imagen monocromática en blanco y azul clínico. El dron se abrió camino entre taquillas dobladas que habían caído como una hilera de dominó que no había salido muy bien. Pasó a través de otra puerta abierta hacia el primero de los

almacenes de la planta principal. Yuri llegó a un espacio enorme, dividido por estantes de carga que iban del suelo al techo y que estaban la mayoría vacíos. Las explosiones de las granadas habían desparramado cientos de cajas de plástico vacías de los estantes, esparciéndolas por el suelo. Alrededor de las cinco puertas del muelle de carga había estacionados varios carguez antiguos de carga. El vasto interior del almacén los hacía parecer juguetes abandonados. Dos de los drones del equipo táctico habían sido derribados, con su fuselaje armado terriblemente hundido. Yuri no quería ni pensar qué arma había hecho eso. Del otro extremo del almacén se escucharon disparos, ocultos de la vista de Yuri mientras se agachaba y corría para cubrirse detrás de una mesa de trabajo de aspecto sólido.

Uno de los drones se deslizó detrás de un estante, sus sensores exploraban el entorno. Vio tres camillez detrás de un estante en el segundo muelle de carga. Dos de ellas se habían volcado y una estaba boca abajo. Las tres tenían un cuerpo sujeto. La cámara del dron hizo zoom. La camillez que estaba boca abajo tenía un gran charco de sangre.

—¡Su puta madre! —exclamó Yuri. Uno de los otros cuerpos inconscientes era Horatio.

—Jessika, Lucius, ¡lo he encontrado!

Una gran explosión detonó en el segundo piso. El techo del almacén se movió como si fuera una nube de tormenta, y empezaron aparecer grietas que se extendieron rápidamente. Cayeron escombros. Los pandilleros del otro lado comenzaron a disparar enloquecidos.

—Mierda —gritó Yuri—. Fuego de supresión —ordenó a los drones. Lanzaron un aluvión rápido de granadas.

Las explosiones cubrieron la zona con una luz incandescente mientras Yuri avanzaba. Se cayó dos veces cuando las ondas expansivas le golpearon, haciendo que se resbalara por el suelo sucio. Por encima de él, los drones activaron sus armas electromagnéticas, atravesando limpiamente los estantes de metal.

—Lucius, ¡dame apoyo! —gritó mientras se ponía de pie por segunda vez. Una bala impactó en la armadura de su pecho, haciéndole girar y estampándolo de nuevo contra el suelo. Los drones identificaron el origen y rellenaron el aire con más munición supersónica.

El dolor era como tener una pelota ardiendo en el pecho. Con una mueca, consiguió ponerse en cuclillas y avanzó hacia la camillez de Horatio. Su propia semiautomática había quedado perdida en algún lugar. Las llamas rugían por la pared del extremo opuesto, avivadas por el fuego infernal de las granadas. Los drones estaban volando

sobre él, buscando constantemente actividad hostil.

—¿Lucius? Hemos de sacarlo de aquí.

—Lucius está fuera de contacto —dijo Boris.

—¿Cómo? ¿Está herido?

—Desconocido. Su altyo ya no transmite.

Yuri se encogió. Los miembros del equipo táctico de Conexión estaban equipados con múltiples enlaces de acceso, injertados en piel y armaduras, una dura lección que el departamento había aprendido después de perder el rastro de Savi Hepburn. Hoy en día, era prácticamente imposible incomunicar a un miembro de su personal. Yuri no quería imaginar el nivel de daño necesario que las armas habrían tenido que infligirle a Lucius para que eso fuera posible, nada a lo que se pudiera sobrevivir.

Intentó concentrarse en la pantalla táctica. Cinco de los iconos de los paramilitares estaban ahora en ámbar y rojo, mostrando que estaban heridos, y que debían retirarse. El icono de Lucius no estaba.

—¡Joder!

Llegó a la camillez y prácticamente se derrumbó encima. El rostro inconsciente de Horatio estaba cubierto de polvo, pero era definitivamente él. Yuri se sintió enfadado sin motivo, al ver lo pacífico que estaba el chico. Se puso a abrir la hebilla de la correa. Otro tiroteo estalló en algún lugar del edificio.

—¿Cuánta puta munición tienen estos bastardos? —gritó furioso—. ¡Vale, nos vamos todos ahora! Hemos encontrado lo que vinimos a buscar. Me vendría bien algo de ayuda aquí abajo.

Se oyó un estruendo bajo e intenso sobre él. Yuri se estremeció y miró hacia el techo en ruinas. Las grietas se estaban multiplicando, el techo se estaba hundiendo. Los escombros comenzaron a caer desde los huecos, elevando espesas nubes de polvo gris. Se enzarzaron en un enloquecido tango con el negro humo del infierno.

—Oh, mierda.

Empezó a preguntarse cómo de buena sería realmente la armadura que llevaba. La minúscula parte de racionalidad que le quedaba a su mente estaba buscando rutas de escape. Todas estaban demasiado lejos.

La puerta del muelle de carga reventó y uno de los 4x4 del equipo táctico entró chirriando por el agujero. Con las ruedas giradas al máximo, derrapó la parte de atrás. Las ruedas gemían mientras dejaban una marcada U de goma quemada en el suelo de cemento. La puerta se abrió. Jessika estaba agarrando el volante con una fuerza maníaca.

—¿Has pedido refuerzos?

Múltiples balas impactaron y perforaron el parabrisas. Los drones lanzaron granadas y balas de hipervelocidad en represalia. Sobre todos ellos, las fracturas se multiplicaron como relámpagos negros.

Yuri agarró el cuerpo inerte de Horatio y se lanzó hacia el 4x4. Jessika ya estaba acelerando incluso antes de que cerrara la puerta.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó. La pantalla táctica le mostraba a los paramilitares retirándose rápidamente.

Una vez fuera, mientras atravesaban el enorme aparcamiento a toda velocidad y la lluvia golpeaba el coche, una fina estela atravesó el monzón, moviéndose tan rápido que Yuri lo seguía mirando con asombro cuando pasó a cinco metros por encima del 4x4.

El misil rompeinfiernos se estrelló contra el maltrecho edificio y detonó, destruyéndolo todo en una nube de plasma tan brillante como el sol. La onda expansiva golpeó con fuerza el vehículo, lanzándolo por el asfalto. Cada impacto contra el asfalto era como un mazazo.

Yuri recobró la consciencia entre los airbags que se iban desinflando lentamente, y que habían llenado por completo el interior del 4x4. Gran parte de la tela blanca enfrente suyo estaba manchada de sangre. El techo estaba debajo de él y las ventanas eran un mosaico de grietas, aunque sorprendentemente se habían conservado enteras.

Horatio Seymore estaba desparramado en el techo a su lado. Yuri lo observó durante unos momentos, comprobando que el chico seguía respirando. Entonces escuchó gemir a Jessika. Al girarse, la vio colgar boca abajo del arnés de seguridad del asiento delantero. Le chorreaba sangre de la nariz, que le corría por la frente.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—*Radia'te*, gracias —se tocó la nariz e hizo un gesto de dolor—. ¿Qué *'ierda* ha pasado?

—Ni puta idea.

JULOSS

Año 587 D. L.

Los muncos no tenían nombres, normalmente. No era una infracción, pero los adultos del clan les decían que era mala idea. Les habían explicado que la cohorte debía ser uniforme, sin favoritos. Un idioma también se consideraba un impedimento comunicativo, los muncos debían conocer los deseos de su dueño sin ser designados ni instruidos, el reconocimiento instintivo de cualquier necesidad o despliegue era mucho más veloz. Lo que también implicaba que los chicos aprendían a comunicar esas órdenes a un nivel subliminal. El proceso era simbiótico.

Yirella tendría cinco o seis cuando comenzó a asignarles mentalmente Uno y Dos[2], estaban estudiando idiomas de la vieja Tierra y le gustaba la suavidad del español clásico. A sus siete años, Uno se convirtió en Uma, porque incluso Yirella disfrutaba de la idea de tener una diosa como compañera, mientras Dos pasó a ser Doony, por ninguna razón en absoluto, solo porque le sonaba divertido. A los ocho años esos nombres estaban tan establecidos que hasta Alexandre había dejado de pedirle que no los usase.

Ahora Yirella estaba contra el muro, observando a través de la gran ventana de la sala de tratamiento, y Uma y Doony tenían los brazos alrededor de sus piernas en un amoroso abrazo. Les acarició el cráneo con las manos, asegurándoles que estaba bien y que aún los quería a pesar de haberles dejado atrás once días. Cuando el volador de rescate aterrizó en la finca Immerle, las cohortes de todos habían venido a toda velocidad desde los dormitorios para recibirlos, pero se encontraron con una oleada de emociones. El alivio y el estrés que sus compañeros radiaban en la estela de su ordalía confundían a los pobres muncos, que esperaban una feliz reunión. Reaccionaron bastante mal, demandaron afecto y abrazos a sus dueños en agarres irrompibles. Tuvieron que llamar a Uranti, el técnico de muncos, para lidiar con la cohorte semihistérica de Dellian, porque los doctores la tenían que ahuyentar constantemente para poder atender a su dueño

herido.

Yirella había observado con interés el espray que administraban a cada criatura, estaba segura de que no era un sedante ya que no se les veía adormilados. Sin embargo, la droga parecía haber borrado sus emociones. Entonces percibió que Alexandre la estaba estudiando y, por primera vez en su vida, ni se inclinó ni apartó la mirada. Se la devolvió de igual a igual.

—¿Hemos aprobado? —le preguntó con agresividad.

Sorprendentemente, Alexandre estaba inmensamente triste, y había apartado la mirada de ella. Yirella había seguido al grupo médico que había llevado a Dellian al centro de tratamiento. Ahora que el equipo de bajas había terminado de atenderle, estaba postrado en una cama clínica con las heridas cubiertas en largas tiras de
piel-a
de cirugía, con varios tubos emergiendo de bolsas azules que tenía pegadas en los brazos. Sus muncos estaban apretujados a su alrededor, extrayendo tibieza y alivio del contacto, una escena que recordaba a cachorros arremolinados alrededor de su madre. Tras jugar en la isla a ser la reina del hielo inalcanzable con éxito, ahora les tenía bastante envidia, y suspiró con arrepentimiento.

Uma y Doony afianzaron su agarre, sintiendo que su afecto tenía otro destinatario. Solo le llegaban a la cadera, así que no podían ver por la ventana. Les acarició de nuevo por la nuca de la manera que más les gustaba y les arrulló confortándoles, con su postura corporal reforzando la impresión. *Estoy bien, y estoy aliviada por mi amigo también. Todo va a estar bien*.

El doctor jefe salió de la sala de tratamiento y se acercó a ella.

—Puedes entrar ahora, si quieres —le dijo—. Pero date prisa, los sedantes ya lo están adormilando.

—Gracias. —Yirella dudó por un momento, y sacudió la cabeza ante su propia duda, tras todo por lo que habían pasado, tener que buscar coraje para ver a Dellian le parecía ridículo.

Alzó un dedo indicando a Uma y Doony que debían esperar fuera. Dejaron caer la cabeza con sendas muecas, pero no protestaron conforme se alejaba.

Dellian alzó la mirada hacia ella, y sonrió con una serenidad químicamente inducida.

—Hey, tú.

—Hey tú mismo, ¿cómo estás?

—Bien, creo.

—¿Y tu pobre brazo?

—También.

—Espero que la piel-a te devuelva tus pecas, siempre me gustaron.

—Estamos solos en un dormitorio…

No pudo evitar una sonrisa.

—Así es, Savi y Callum, de nuevo unidos.

—Me besaste.

—¿Cómo?

—Allí, cuando estábamos solos solísimos en lo alto altísimo de la montaña, me besaste.

Le tomó la mano y se acercó los nudillos a la boca.

—Lo hice, ¿verdad?

—¿Puedo tener otro?

—Quizá, si eres bueno y haces lo que te digan los doctores.

—¿Y cómo van los doctores?

—Los moroxes no te hirieron profundamente —alzó una ceja—, ¿cómo de afortunado es eso? Imposible, de hecho. Imaginé bien.

—¿Así que me están dopando?

—¿Qué?

—¿Es mi aumento verdad? ¿Me están implantando todos mis superduper aparatos de combate?

—Guau, ¿qué te han dado? Me encantaría un poco. Nos aumentan la semana que viene, para que nos dé tiempo a recuperarnos de la prueba.

Soltó un largo suspiro, hundiéndose aún más en la almohada y relajando los músculos.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—No, nunca dejamos de estarlo, ¿sabes?, nunca dejamos de estar en entrenamiento. La isla de vacaciones, la diversión que vivimos allí, era un mero descanso entre juegos tácticos de combate, eso es todo. Nunca va a terminar Dellian, jamás. No para nosotros.

—Mu bien —murmuró, mientras se le cerraban los ojos.

Yirella miró con cariño al chico dormido y le besó la frente.

—Recupérate, te necesito.

*****

La oficina del director Jenner estaba en la última planta del edificio más alto de la finca. Nada tan majestuoso como los rascacielos de Afrata al otro lado del valle, pero las vistas a través del muro transparente eran impresionantes. Con el ánimo elevado por la vista del valle, que se extendía a la distancia cruzó el umbral de la puerta.

Alexandre la esperaba, y le dio un suave abrazo en cuanto entró. Fue entonces cuando percibió que era unos centímetros más alta que hir.

—¿Cómo estás, hija mía? —le preguntó Alexandre, señalándole un sofá.

—Perfectamente bien —le respondió con sequedad. Y clavó la mirada en la directora Jenner, que estaba sentada en su escritorio. Hir director estaba ahora en su ciclo masculino y vestía un traje de un brillante ébano con cuello blanco y detalles escarlatas, que le daba un aspecto más imponente de lo que ningún responsable de una instalación educativa debería tener.

—¿Entonces nunca estuve en peligro real?

Jenner y Alexandre intercambiaron una mirada.

—No —aceptó Alexandre, reticente—, si me permites la indiscreción, ¿cuándo lo averiguaste?

—¿Por qué? ¿Para evitar el mismo error con el siguiente grupo?

—No es tan perjudicial como pareces creer —dijo Jenner—. Todos estamos aprendiendo aquí, simplemente nos gustaría saber si deberíamos adaptar nuestros procedimientos y decírselo primero a las chicas.

—¿Y no a los chicos?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque son tropas de frente, eres muy consciente de ello. Tienen que aprender a actuar juntos en una unidad.

—Creo que los chicos ya lo han aprendido a estas alturas —gruñó Yirella—, dieciocho años de adoctrinamiento tienden a dejar eso bastante claro.

—No os estamos adoctrinando —dijo Jenner inmediatamente—, esta es una instalación de entrenamiento, eso es todo.

—Entrenándonos para luchar por vosotros.

—Los humanos son una especie perseguida, Yirella. En algún momento, en algún lugar de la galaxia, tendremos que detenernos y luchar. Deberías saber que ese es tu destino, enfrentarte al enemigo, desde antes de que nacieras. Nunca os lo escondimos, y todo lo que os estamos enseñando, todo para lo que os estamos entrenando, está diseñado para otorgaros las máximas oportunidades.

Alzó las cejas.

—¿Incluyendo el puma?

—No —Alexandre contestó—, el puma fue un error, no sabíamos que había uno en la zona.

—Pero los moroxes no eran reales, ¿no? Simples remotos genten.

—Solían ser reales —dijo Alexandre—, hace miles de años en un sistema a años luz de aquí. Una nave generacional viajera encontró un planeta con vida aborigen biológica similar a la evolutiva terrestre, lo

que siempre es una rara y maravillosa sorpresa. Se detuvieron para estudiar la xenobiología durante todo un siglo antes de continuar. Replicamos la forma básica del morox con iniciadores moleculares, una amenaza creíble para vosotros.

—¡Casi le arranca un brazo a Dellian!

—No, nada parecido. Le hizo arañazos profundos, nada más. Mucha sangre, pero sin daños permanentes.

—¿Nos asustasteis tan horriblemente para *motivarnos*? ¡Bastardos!

Alexandre se sentó a su lado e intentó rodearle los hombros con el brazo, pero ella se sacudió enfadada.

—No. No tú, se supone que eres en quien confiamos, nuestro casi padre. Nos has traicionado —le espetó, frotándose los ojos, apenas reprimiendo las lágrimas.

—Moriría antes de traicionaros —le dijo Alexandre—, puedo no ser vuestro padre biológico, pero mi amor por vosotros es igual de fuerte.

Yirella sacudió la cabeza.

—Ningún padre haría esto, biológico o no.

—Todos los que nos quedamos atrás, dejando a nuestras familias en la seguridad de las naves generacionales, lo hicimos voluntariamente, sabiendo el sufrimiento, *este* sufrimiento, al que nos enfrentaríamos al criaros —la voz de Jenner apenas se oía—. Elegimos ese sacrificio con los ojos cerrados, no solo porque os queremos, sino porque creemos en vosotros. Estáis destinados a ser nuestra salvación.

—No somos vuestra salvación, somos vuestros soldados esclavos —les escupió Yirella—. ¿Por qué nos hicisteis nacer siquiera? ¿Por qué no usar genten remotos?

—Por ti, Yirella —dijo Alexandre suavemente—. Tú eres la razón.

—¿Qué quieres decir?

—Un genten es inteligente, rápido, pero en última instancia tiene límites. En imaginación, en intuición. Tú no, tú eres humana.

—Eso es… estúpido, no soy tan inteligente como un genten. No importa lo grande que sea mi cerebro, nunca podré competir con ninguno de ellos.

—En capacidad de proceso no, pero como toda tecnología, las Turings se han estancado. No hay «siguiente nivel» de ellas, no habrá onceava generación.

—No soy el siguiente nivel evolutivo —lloró—, soy lo opuesto, soy un retraso, un humano binario. Nos queréis a nosotros, *a los chicos*, por nuestra agresividad, por lo primitivos que somos.

—Sí, queremos a los chicos por su agresividad, nosotros los omnias no poseemos su belicoso nivel de testosterona, no permanentemente al

menos, porque ciclamos. Pero un género masculino constante les da la mayor ventaja que ningún humano pueda tener en una situación de combate. Tenemos que ganar Yirella, el enemigo nunca se detendrá, de eso estamos seguros, no se han detenido en miles de años, no podemos enviar a nadie excepto a lo mejor de nosotros.

—¿Y para qué me necesitáis? No soy la mejor de nada.

—En tu interior lo entiendes perfectamente. Sé que aceptar lo que eres es difícil, y lo lamento, pero eres lo que eres Yirella, eres inteligente. ¿Crees que un genten habría averiguado lo que estaba pasando en el accidente? Un genten no sospecha. Hacer preguntas no es lo mismo que ser curioso, la curiosidad es un atributo humano, derivado de las emociones. Un genten puede analizar su situación y entorno, pero nunca imaginarse que lo que experimenta es fraudulento sin conocimiento previo. Pero tú sí. Tú lo averiguaste, y no solo porque seas inteligente, sino porque tienes sentimientos. Tomar las decisiones que tomarás… Esa es otra debilidad que los genten no pueden compensar. Verás, una vez que estéis entre las estrellas, cara a cara frente al enemigo, te enfrentarás a la última pregunta, la pregunta humana de la confianza. Cuando tengas que enviar a Dellian y a sus compañeros a la acción, confiarán en ti porque saben que nunca les fallarías, cualquiera que sea el plan que tengas, será el mejor plan que pueda ser. El plan de acción de un genten puede ser equivalentemente bueno, o tal vez mejor, pero siempre existirá una fisura de incerteza en aquellos que deben llevarlo a cabo. En esas circunstancias la duda puede significar la muerte. La confianza forma parte del núcleo de la naturaleza humana, una de nuestras más grandes condenas, y bendiciones.

—Creéis que sois el pináculo de la sofisticación y la cultura humana, pero no lo sois. Sois monstruos —su voz era fría como el hielo—. Nos criasteis, a nosotros, pobres animales retrógrados, con un propósito. No tenemos elección, nos la habéis arrebatado. Habéis preordenado nuestra vida, controlada en su completitud. No somos nada. Nos habéis negado un alma.

—Sois la salvación de la raza humana, eso no es ser nada.

—¡No quiero serlo! —gritó—. ¡Quiero una vida! Mi vida, quiero vivir en una cultura donde nos respetamos unos a otros, donde tengamos la libertad de tomar el camino que nos apetezca. ¡Quiero ser libre!

—Todos queremos —dijo Jenner—. Pero nos quitaron esa libertad cuando el enemigo nos encontró. Ahora, todo lo que le queda a la humanidad es huir. Navegar entre las estrellas y encontrar mundos refugio para los próximos doscientos años, un breve respiro antes de

seguir huyendo. Yo también quiero vivir una vida sin miedo, quiero un hogar al que volver. Pero no hay ninguno en esta maldita galaxia, no para los humanos. Ninguno de nosotros tiene elección, y ahora nos uniremos a los Cinco Santos, y lucharemos, hemos de hacerlo. Mi parte en esta campaña es trivial, es tan nimia que ni será conocida, pero tú, tú y los chicos, os reuniréis con otros como vosotros, y ganaréis. Liberaréis esta galaxia, y los humanos volverán a tener un hogar.

*****

Tres días después de ser rescatados, los mayores del clan abandonaron finalmente la carpa dormitorio del centro del complejo. Unos constructores genten remotos habían construido una hilera arqueada de bonitos *bungalows* en una zona sin usar de la finca. Todos tenían la misma estructura de cinco habitaciones y una madriguera para la cohorte, bajo un techo curvado, con amplias puertas de cristal que daban a una terraza sombreada por palmeras y viñas. En el lado interior de la curva que formaban los *bungalows* estaba el salón comunal, con piscinas de interior y exterior, gimnasios y un salón comedor que podían usar si querían comer juntos. También había salas de lectura y diseño, y huevos de simulación de combate de cuerpo completo. También tenía portales a varias zonas de entrenamiento de combate, con armamento real, y otro a una fortaleza estelar, para entrenamiento cero ge.

El día del éxodo, tras el desayuno, entre muncos y vagonetas remotas, transportaron todas las pertenencias de los veteranos hasta sus nuevos hogares. Tras haberse marchado, los que se acababan de convertir en el curso superior no tardaron en ocupar el recién desalojado dormitorio, empezando a pelearse por quién tendría qué cama.

Dellian había estado tentado a dejarlo todo atrás, al fin y al cabo, todo lo que tenía en las cajas de la vagoneta eran reliquias de la infancia y sentía que había terminado, aniquilada por la isla de vacaciones y la subsecuente ordalía en la montaña. Pero había muncos encaprichados de sus sábanas, y viejos libros y dibujos que aún conseguían despertar en Dellian profundos sentimientos, así que lo trajo todo, decidido a tirar la mayoría por el conducto de desechos de su nuevo hogar. Sospechaba que la mayoría de sus compañeros habían tomado la misma decisión.

La puerta se abrió para él y se detuvo en el umbral. *Está todo tan vacío*, pensó consternado. Las paredes estaban, por supuesto, maravillosamente coloreadas, en grises, rojos y dorados, el pulido

suelo era de oscura madera y los muebles eran sencillos. Sin alma. Esperando a ser cambiados, moldeados a su voluntad.

Pero no tenía ni idea de lo que quería, solo que no quería esto.

Alzó sus caídos brazos levemente, apenas agitando los dedos, y los muncos saltaron alegres ante la libertad que les acababa de otorgar, se repartieron para explorar el *bungalow*. Hubo un brote de chillidos, gemidos y gruñidos cuando descubrieron su madriguera con literas al lado de su habitación. Les gustaba.

Dellian contempló las cajas que habían abandonado y a la vagoneta que pacientemente esperaba instrucciones, y se rascó la cabeza perplejo. ¿*Y ahora qué*?

—¿Hola?

Se giró para ver a Yirella enmarcada por la puerta, su cabeza casi rozaba el dintel.

—Hey tú, entra. Bienvenida a mi casa. Santos, ¡qué raro es esto!

—Lo sé —entró, con una expresión tan consternada como la suya —, genial —le provocó—. ¿Qué vas a hacer con tu casa?

—No tengo ni la más remota idea.

—Podría encontrarte algunos archivos antiguos de decoración, si quieres, nuestros ancestros tenían mucha más imaginación que nosotros, especialmente para la llama artística. Te podría dar algunas ideas.

—Suena bien, ¿lo has hecho ya? Ver la tuya, quiero decir.

—Sí, estas casas tienen un buen fabricador, te producirá casi cualquier objeto que quieras, y los remotos lo montarán por ti. Ya he intentado algunas cosas.

Dellian notó que no la había visto en la hilera de sus compañeros, de camino a los *bungalows*.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un par de días, mi *bungalow* está al lado.

—¿De verdad? ¡Genial!

—No ha sido por casualidad.

—¿Ah, sí? ¿Y quién lo ha decidido?

—Yo.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Las chicas somos la mente del pack, ¿recuerdas?

—Pensaba que esta era una sociedad igualitaria.

—No Dellian, para nada. Muy lejos de la realidad, de hecho.

El buen humor de Dellian se desvaneció ante la repentina seriedad de su compañera.

—Lo siento.

—No lo sientas, no elegimos estar aquí, no es nuestra culpa.

—¿Estás bien?

—Totalmente, ¿y tú?, ¿qué te ha dicho el doctor?

—Ah, ¿eso? La piel-a se ha caído, así que estoy bien.

—Dellian, te atacó una bestia, eso no está bien.

Sonrió de oreja a oreja.

—Pero luché y la maté. Ganamos, eso es lo que importa.

—Supongo. Sí. —Se acercó a él, y por primera vez Dellian se sintió mal por su falta de altura. No quería tener que inclinar tanto la cabeza para ver su encantador rostro.

Su mano le alcanzó donde los colmillos del morox le abrieron el brazo.

—Quítate la camisa —dijo suavemente—, lo quiero ver.

Dellian se la desabrochó y la dejó caer al suelo. No tenía ni idea de por qué, pero así de pie, frente a ella, y sin camisa, le hacía sentir vulnerable. Su cohorte fisgoneaba desde la madriguera, y giró una palma hacia ellos, ordenándoles que se retirasen.

Yirella pasó un dedo por las líneas de pálida piel que revelaban donde había estado la piel médica.

—Sin pecas —dijo, con tristeza.

—Volverán —se detuvo, incierto—. ¿Dijiste que…?

—Sí, me gustan tus pecas.

—No estaba seguro de que fuese real —dijo—, esos sedantes que me dieron eran fuertes.

—Fue real, la segunda cosa más real que hubo.

—¿La segunda? ¿Cuál fue la primera?

Sonrió, e inclinó la cabeza hasta que se tocaron con la nariz, su salvaje melena le hacía cosquillas en las mejillas.

—El puma.

—Ah, cierto. Santos. ¡Esa cosa me asustó!

—Te pusiste frente a mí —dijo con voz rota—, para protegerme.

Sus dedos le acariciaron el pecho. Dellian no podía creer como una caricia tan delicada podía prender su piel en llamas.

—Tenía que hacerlo —confesó—, no podía dejar que te hiriese, no a ti.

—Es la segunda vez que lo has hecho.

Dellian sonrió ante el recuerdo.

—El combate contra Ansaru, sí. Lo recuerdo. ¿Qué tendríamos, trece?

—Doce.

—Santos, somos viejos ahora, ¿no?

Yirella le besó.

—¿Cuál es tu habitación?

*****

—Ya era hora.

Esa era la opinión más frecuente entre sus compañeros. Al final todos vivían solos, excepto Orellt y Mallot, y algunos otros que por fin estaban emparejándose, pero pasaban cada noche acompañados, sin falta. Solían comer juntos también, después de haber pasado toda su vida en compañía, nadie quería sentirse aislado. Pero desayunaban, y a veces también cenaban, en la soledad de su *bungalow*.

Se redujeron los entrenamientos de combate al mínimo, mientras implementaban el programa de aumento. Nadie se sorprendió cuando Janc se presentó voluntario para ser el primero.

—Lo odio —exclamó Yirella en su tercera noche. Después de cenar habían salido a la terraza, mientras el sol descendía sobre el horizonte. El *bungalow* reproducía música grabada en la tierra hacía miles de años; a Yirella le gustaba tener música alrededor que en el dormitorio no había sido especialmente popular, las canciones que solía elegir eran más tranquilas y melodiosas que las que prefería el resto.

—¿Odias el qué? —preguntó Dellian, sorprendido.

—Los aumentos. Nos están cambiando, y no tenemos control.

—Lo tenemos, Alexandre dijo que no tenemos que hacerlo. —Sirvió la última cerveza en los vasos.

—¿Y si no lo hacemos? Si no vamos a luchar, ¿qué haremos? ¿Quedarnos en Juloss? Porque hay tantas oportunidades aquí, ¿verdad?

—No todo el mundo va a tomar partido en la guerra.

—Sí, puedo unirme a los remotos que limpian las cubiertas de nuestra nave.

Se inclinó y le tomó la mano.

—Odio cuando estás así de triste.

—Esta no soy yo miserable, soy yo enfadada.

—Vale, el enfado asusta.

Le sonrió débilmente y tomó otro sorbo de cerveza.

—Es solo que odio que no podamos controlar nuestras vidas, al menos no de verdad. Sé que no tenemos que ir a la guerra, pero, venga, ¿qué otra opción tenemos? Todos en Juloss se van a ir cuando los más jóvenes terminen su entrenamiento y se les aumente. Y no sé tú, pero no me veo quedándome atrás esperando a que llegue el enemigo. Y siempre lo hacen, ¿sabes?, arrasan como una plaga cualquier sistema estelar que hayamos ocupado, destruyéndolo todo.

—Lo sé —miró a los oscuros árboles al otro extremo del jardín, donde los coloridos pájaros se asentaban para la noche.

—Así que, ¿vendrás con nosotros? Los chicos te necesitan. *Yo te*

necesito.

—Claro que voy con vosotros, no soy una mártir esperando en la jungla a que el enemigo encuentre Juloss, si es que lo llegan a hacer. Y no os fallaré, ¿recuerdas? Pero ya no somos un curso, ¿o no? Ya no somos un equipo jugando torneos contra otros clanes. Tú y los chicos vais a convertiros en un auténtico escuadrón militar.

—Por ahora, podremos vivir como queramos tras la guerra.

—Si ganamos.

Dellian la miró confundido, pero ella lo decía muy en serio.

—Ganaremos. Tenemos a los Santos de nuestra parte.

Por un momento parecía que iba a discutir, pero al final alzó el vaso.

—Eso haremos.

A la siguiente mañana fueron al centro médico a visitar a Janc. Su cohorte estaba en una madriguera especial, con una gran ventana que les permitía ver a su dueño, lo que ayudaba a mantenerlos tranquilos. Pero no se les permitía entrar a la sala de recuperación y activación.

Cuando entraron Dellian e Yirella, Janc estaba tumbado en una cama enorme, con los miembros recubiertos en
piel-a
verde y con otra ancha tira recorriéndole el cráneo hasta la nuca, como una cresta plana. De las membranas gomosas brotaba una multitud de fibra óptica conectada al genten de la clínica, que monitorizaba y modificaba los implantes de aumento.

Rello estaba sentado al lado de la cama sosteniendo la mano de Janc, ambos sonreían como si hubieran tenido éxito en una travesura.

—Vaya, pues parece que estás bien —le dijo Dellian con alegría.

—Me siento bien —dijo Janc—. Creo que las glándulas del zumo feliz ya están haciendo lo suyo.

Yirella sabía que no lo hacían, pero guardó silencio.

—El momento lo es todo —dijo Rello—, estábamos hablando de eso, que dependiendo de lo fino que sea el control, quizá se pueda provocar una descarga mientras follas. Doblar la experiencia.

—Vamos a tener que experimentar mucho con eso. —Dellian estaba de acuerdo.

—Ya ves.

Yirella suspiró.

—¿Acaso los chicos no pensáis en otra cosa?

—¡No! —respondieron los tres, al unísono.

—No creo que ninguna glándula sea de anfetamina, no funcionarán como serotonina agonística.

—Tenías que decir eso —se quejó Rello.

—Lo que mierda signifique —se rio Janc.

Yirella no pudo evitar una sonrisa.

—¿Qué más te han puesto?

—¿Aparte de las glándulas? Las principales válvulas arteriales están listas.

—Serán muy útiles cuando te arranquen algo —le dijo Dellian burlándose, no sin entusiasmo.

Yirella sabía que su estado de humor era algo forzado, los aumentos eran finalmente existentes y materiales. Realmente iban a embarcar en una nave de combate, y partir por la galaxia. Ni siquiera había estadísticas de cuántos sobrevivirían, si es que alguno lo hacía.

—Si se van a arrancar cosas, seré yo el que lo haga —dijo Janc—. También me han puesto la primera tanda de inductores nerviosos, para los músculos grandes.

—Otras seis —dijo Rello—, y emitirás al cien por cien.

Janc alzó una mano y se miró los dedos, como si los probase.

—Sí, no era consciente de cuantos gestos subliminales hacemos a los pequeños, me sale natural, ¿sabes?

Yirella miró por la ventana a la cohorte de Janc, que les contemplaba.

—Tras todo este tiempo, son una parte de nosotros, como miembros extra, móviles. Y los vais a necesitar —dijo con solemnidad.

—¿Cuándo empiezan a modificar a tu cohorte? —le preguntó Dellian.

—Mañana.

—¿Y no te entristece? —preguntó Yirella.

Los chicos la miraron con tal incomprensión que Yirella sentía que podía oír cómo el abismo se abría entre ellos. Podía sentir la distancia, ya no eran familia, ya no eran hermanos. La diferencia superaba ahora al amor. Pensar eso era lo único que podía evitar que rompiese a llorar frente a ellos.

—No —dijo Janc, con cuidado de no sonar ofensivo—, así aún serán relevantes para mí. Más que relevantes, necesarios. Las relaciones cambian, nos hacemos mayores Yirella. Ya no necesito un puñado de mascotas cariñosas. —Y sonrió a Rello, que le apretó la mano con cariño.

—Creciendo —dijo ella, distante—, sí, lo estamos haciendo.

Dellian la rodeó con el brazo, sabiendo que algo estaba muy mal.

—Nadie cambia tanto —la reconfortó.

*****

Para Yirella, el centro de muncos solía ser un lugar reconfortante.

Si Uma o Doony se daban un golpe, venía a ver a Uranti, sabiendo que los arañazos y moratones serían atendidos y tranquilizados. Si, por una estupidez, se comían algo estropeado, tendrían medicina y tratamiento en una sala del centro. Pero esta vez, cuando cruzó el umbral a la gran recepción que ocupaba todo el diámetro del pabellón, no encontró la vieja sensación de acogida. El higiénico suelo blanco y el gris oscuro de las paredes le resultaba ahora demasiado funcional, demasiado simbólico de la verdadera naturaleza de los muncos: artificiales, condenados…

Uranti estaba en una sala de tratamiento al fondo de la clínica, atendiendo a un munco de un chico del quinto año. Sie le sonrió y le indicó a Yirella que se sentase, mientras terminaba de vendar un corte con
piel-a
negra. Cuando les dejaron salir, munco y niño se sostenían las manos encantados, mientras Uranti les perseguía con amenazantes advertencias, sobre que no se excediesen en las siguientes veinticuatro horas.

—¿La arena? —preguntó Yirella.

Uranti se quitó los guantes sanitarios.

—*Hockey*. No tengo ni idea de qué genio pensó que sería buena idea darles palos de *hockey* a los muncos para que los agitasen en una cancha repleta de gente —suspiró, sacudiendo la cabeza—. Todo este procedimiento de forjar vínculos es un gigante experimento maleable —se giró hacia ella—. ¿Dónde están los tuyos?

—En casa.

—¿En serio? ¿No les importa estar apartados de ti?

—Supongo, un poco, no tengo el vínculo que tienen los chicos con su cohorte. Supongo que soy más reservada, a Uma y Doony les ha marcado eso.

—Y aun así, nadie más de tu año le ha puesto nombre a sus muncos —le contestó con una sonrisa.

—No está permitido.

—Ay, no, ¿es acaso un punto de rebelión eso que percibo?

—Solo intentaba ser práctica y educada al ponerles nombres. Lo que ahora parece inútil.

—¿Y eso?

—Las modificaciones que vais a hacerles a nuestros pobres muncos. Por decirlo como lo haría un político de la vieja Tierra.

—Entiendo, ¿es eso por lo que has venido?

—Sí.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero verlos.

—¿Verlos?

—Los núcleos de combate en los que los modificáis. He visto las imágenes, y he estudiado los planos, pero no es lo mismo.

—Entiendo, el mapa no es el territorio.

Yirella frunció el ceño un segundo.

—Algo así, sí.

Uranti la dirigió por el pasillo central a una sala hexagonal. El portal que eligió los llevó a una sección del edificio que Yirella no había visto nunca. Estaban en una galería de observación que recorría una pulcra planta de producción de ciento cincuenta metros, con lisas paredes, suelo y techo de blanco clínico. Había algunas salas con paredes de cristal a los lados. En camiseta, pantalones cortos y sandalias, se sentía totalmente fuera de lugar. Los pocos que los vieron caminando entre los fabricadores de tamaño industrial llevaban batas que parecían de hospital.

—Esos son iniciadores moleculares estilo Neána —dijo Uranti, con orgullo en la voz, mientras señalaba la hilera de enormes cubos en la planta de abajo—. Eso creemos, al menos. Los insertos metahumanos nunca estuvieron seguros de haber comprendido todos los principios. Nuestra propia ciencia biogenética llegó a su cima mucho antes de la capacidad de esta tecnología.

—Ellos hicieron los muncos —dijo Yirella, sin emoción.

—Sí, los muncos son biológicos. Pero, y me enorgullece decirlo, con un diseño completamente humano. Nunca tuvimos acceso a los programas creacionales que tenía la nave de inserción Neána.

—Y los núcleos de combate, ¿qué son?

—Una fusión de armas biológicas y humanas, por aquí.

Continuaron por la galería hasta que vieron la bahía de construcción. Una cohorte de núcleos de combate esperaba en sus cunas, con brazos genten remotos integrándoles la última capa de componentes. Las máquinas vivientes eran cilindros de gris mate, con tres metros de largo y dos de ancho, una cintura de avispa a un tercio de su longitud, y ambos extremos terminados en afiladas puntas cónicas. Su piel tenía anillos de clavos plateados y enchufes, listos para linzarlos con armamento y sensores externos. Incluso se les podía linzar sistemas de propulsión, si fuesen a operar en el espacio, o en la atmósfera de un gigante gaseoso.

—¿No son increíbles? —dijo Uranti, con los ojos clavados en uno en absoluta admiración—. La sección central tiene un núcleo de soporte vital que alojará el cerebro del munco tras extraerlo del cuerpo. Las unidades de control son manipuladores gravitónicos de

materia exótica. Y todo alimentado por triplicado, por cámaras aneutrónicas de fusión. Un enlace cuántico les mantendrá conectados a su maestro.

—Con las fundas musculares —dijo Yirella.

—Sí. Los muncos pueden leer todo el lenguaje postural que puedan emitir los chicos, lo entenderán y reaccionarán, ya sea un gesto grande o pequeño, refinando así las simples órdenes verbales. Es los más cercano que hemos llegado de la telepatía. En situaciones de combate será una ventaja monumental, sin tiempo perdido en gritar órdenes e interpretarlas. La cohorte de combate sabe instintivamente lo que su maestro quiere, y se despliega en concordancia. Os habéis pasado dieciséis años refinando ese enlace empático. La respuesta de combate será instantánea, y tú y las otras chicas lo dirigiréis, seréis las maestras de la estrategia.

—Qué orgulloso debes estar —le dijo Yirella, con tono salvaje.

Uranti la analizó antes de contestar.

—Sí, lo estoy.

—Me pregunto si los muncos lo están.

—Estás antropomorfizando, Yirella, eso es un error. Los muncos son biológicos, sí, pero son máquinas alienígenas.

—Chorradas, están vivos. Su neurología está modelada sobre un cerebro humano. Tienen recuerdos y respuestas emocionales. Solo porque su bioquímica celular sea diferente, no los convierte en máquinas. Son sentientes, y es por eso por lo que deciden voluntariamente pasar por… esto —sacudió el brazo, cubriendo los núcleos de combate—. Lo desean porque los chicos lo quieren.

—Claro que lo hacen, es por lo que estamos todos aquí, es nuestro propósito.

—Enzarzarse en una guerra no es un propósito, es un reflejo ante una amenaza. Deberíamos pensar en una solución.

—Lo hemos intentado, no podemos huir fuera de su alcance, pues el enemigo está más extendido que nosotros. Los Santos saben que no hay estrella Santuario que encontrar, así que la leyenda, que la nave generacional de nuestro pasado juró encontrar, no es nada más que eso, una leyenda. No podemos pedir ayuda a los Neána, si aún existen, porque revelaría nuestra posición al enemigo. Estamos solos, y su caza es inexorable. Nuestra única esperanza es repartir nuestras naves generacionales y enfrentarnos un día. Búscalo, los archivos están ahora a tu disposición. Todos los archivos, el director Jenner lo otorgó personalmente. Ni siquiera sabemos cuántos humanos han muerto o han sido capturados intentando conseguir tan noble objetivo. Todo lo que nos queda es nuestra cruzada para defender a la raza humana,

destruir a un enemigo tan implacable que ha convertido toda la galaxia en territorio hostil.

—No puedes tener la certeza de que ganaremos.

—Claro que no, pero nos estamos esforzando en crear el mejor ejército que nuestra ciencia y tecnología pueda producir. Ese es mi proyecto, y estamos trabajado muy duro para conseguirlo. Si fracasamos, no será por nuestra debilidad.

—Felicidades, ¿y cuándo comienza mi aumento?

—Cuando estés lista.

—Confías mucho en nuestra empatía con los muncos, ¿no?

—Sí, sin embargo la neurología de vuestros muncos es levemente diferente a la de los chicos, serán vuestros filtros.

—Sí, pero solo cuando les hayáis arrancado el cerebro y cableado a periféricos genten.

—No tenemos que hacerlo.

—¿Qué?

—El aspecto físico no es estrictamente necesario, lo importante es lo que han aprendido. Las rutinas de pensamiento que utilizan ahora son el resultado inigualable de dieciséis años de vínculo. Piénsalo, cuando finalmente os enfrentéis al enemigo, recibiréis cientos de señales del escuadrón en el momento de mayor conflicto. Ni siquiera tu mente puede absorber tanta información, sin importar lo bueno que sea el aumento de la conexión neuronal directa. Tendrás que filtrar y priorizar, y justo para eso están diseñadas las rutinas de los muncos, proporcionan un análisis preliminar y valoran las solicitudes de atención. El genten usará esa habilidad interpretativa para generar la evaluación adecuada para ti.

—Si los genten son tan buenos, no nos necesitáis.

—Sabes por lo que te necesitamos, el director Jenner te lo dijo. Tiene que haber humanos en el proceso, no solo por confianza, sino también por intuición. Estamos todos tan orgullosos de ti, de cómo te cuestionaste la situación del accidente. Nadie se lo esperaba.

—Bien por mí.

—Mira, si tanto cariño les tienes en verdad a Uma y Doony como para que pasen por esto, puedo descargar sus rutinas de pensamiento y ejecutarlas en neurología simulada en un genten. Sus mentes tienen esa opción integrada —y le sonrió, esperando su aprobación—. ¿Te gustaría?

—De verdad que habéis pensado en todo. —Sus hombros se hundieron.

—Lo intento, pero no soy tan eficaz como tú.

—De acuerdo, lo pensaré.

*****

Yirella se despertó al amanecer, con el coro de aves. Se quedó en la cama un rato, permitiendo a sus ojos adaptarse a la leve luz pastel que bañaba la habitación, a través de las cortinas de caña que había elegido para sus ventanas. Dellian estaba en la cama a su lado, aún dormido boca abajo. Miró su cuerpo pálido, tan infantilmente pequeño en el largo colchón, intentando reprimir sus emociones. Hoy era el día en que él tendría su primera sesión de aumento.

Era el día en que lo perdería. Sabía que aún le adoraría, y ella a él, pero lo que le hacía ser él habría cambiado. No sería un cambio mayor que el del resto de días dedicados al entrenamiento, a explorar otro juego táctico, o los que pasaban en clase aprendiendo sobre otra arma. Cada día les cambiaba, y lo aceptaba sin problema, pero este sería un cambio físico que subrayaría su aspecto. Hoy era el día en el que sería reclamado por la inevitabilidad.

Él iría definitivamente a la guerra. Era lo que siempre había querido, la causa más noble que podía llevar a cabo un humano en estos tiempos extraños. Su vida, dedicada a la salvación de todos. Soñaba con eso, vivía por eso. Y ella nunca intentaría detenerle.

Pero eso no aliviaba el dolor de su decisión en lo más mínimo.

Anoche se aferró a él con una pasión que le sorprendió tanto como le encantó. Le preguntó si había pasado algo, y cuando se tumbaron juntos en la cama, se aferró aún más. «Cómo va a haber nada malo en esto» le prometió, con lascivia en su voz.

Había sido más energética y entusiasta de lo que él había visto nunca, cumpliendo todo deseo sexual que no fuese solo para su beneficio. Su último instante con el hermoso Dellian original se merecía semejante celebración íntima, para convertirse en el recuerdo perfecto para la época en que más lo necesitase. Después, cuando agotó el aguante de él, lloró en silencio mientras dormía.

Había decidido que por la mañana no habría lágrimas, ese fue su cambio, su decisión.

Hace tiempo, su Santo favorito había sido Yuri Alster, por su lógica y perseverancia, pero ahora, su devoción era para Alik Monday, por haberle enseñado lo despiadada que a veces tenías que ser. La autoconfianza te mantiene fuerte.

Yirella se alzó en silencio, con cuidado de no molestar a Dellian. Se puso una simple bata y se deslizó a la madriguera, donde Uma y Doony ya estaban despiertos. Les sonrió, impresionada de que Uranti estuviese en lo cierto, se habían despertado con ella aunque hubiese un muro separándoles. Quizá el vínculo empático no fuese telepatía, pero tenía una cualidad casi mágica que no estaba presente en el resto

de su vida.

Sus suaves movimientos, la manera en la que se contenía, previno que formasen el gran follón que solía ser su saludo. Sonriendo como bienvenida, falsa, tan falsa, pero que les engañó, les acarició su suave piel con calma. Ellos la observaron expectantes, y ella ladeó la cabeza en un gesto divertido. Los tres salieron del *bungalow* al templado aire de la mañana.

El lago estaba a un kilómetro de la acogedora luna creciente de *bungalows*, rodeada por exuberantes árboles. Los cisnes nadaban lentamente en las tranquilas aguas, girando la cabeza con miradas interrogantes al verla aparecer por el sotobosque.

Sin dudar, se metió en el agua, temblando un poco ante su frío abrazo. Sostenía las manos de Uma y Doony, instándoles a entrar con ella. Su postura era tan perfecta, tan amable, que caminaron a su lado con entusiasmo, ansiosos de compartir la aventura en la que se estaba embarcando.

Sus pies alcanzaron el barro, y el agua se alzó hasta su cintura. El pequeño bosque era sereno y encantador, una bonita visión para que fuese la última.

Sus brazos rodearon los hombros de los muncos.

—Mi elección —les dijo, con voz inocente, para que supiesen que esto era lo correcto, que era lo que quería. Se agachó hasta que se le hundieron las rodillas en el lodo. Uma y Doony se arrodillaron obedientemente a su lado. La cabeza de ella sobresalía del agua, pero cubría la de ellos.

Uma luchó un poquito como esperaba, Doony estaba completamente pasivo mientras los sostenía bajo el agua. Su rostro estaba perfectamente compuesto, mientras sus compañeros morían en su fuerte abrazo. No hubo lágrimas.

Y ese fue el aspecto más aterrador de toda la escena para Alexandre y los otros, que terminaron por aparecer corriendo entre los árboles, demasiado, demasiado tarde.

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Feriton Kayne, Nkya, 25 de junio del 2204

Aún nos quedaban otras cinco horas en el Ranger hasta alcanzar la zona para cuando Yuri terminó de hablarnos de la búsqueda de Horatio. Al otro lado de la ventana, podía ver como cambiaba el paisaje de Nkya de nuevo, al descender a la polvorienta llanura recubierta de apagado regolito rojo. Las balizas que continuaban hasta el horizonte eran al menos el doble de altas que las inquietantemente lisas rocas que había dispersas por el suelo. Al frente, el rastro de las caravanas anteriores cortaba el prístino suelo, unas oscuras líneas, rectas como un láser, un monstruoso acto de grafiti en una geología inmutada desde que los dinosaurios caminaron por la Tierra.

—¿Y qué pasó en Althaea? —preguntó Alik.

—Aún no estamos seguros —dijo Jessika—, pasé un año en el posanálisis de la misión. Un rompeinfiernos era una buena posibilidad. El edificio siete fue vaporizado en su mayor parte, así que quedaba poca evidencia a la que hacer un análisis forense. Mis resultados fueron inconclusos.

Estaba siendo modesta, había leído su informe personalmente. Había algunos hechos interesantes entre todos esos archivos cifrados. Ainsley Zangari había pensado lo mismo. Para empezar, fue el motivo por el cual Yuri se cobró su premio: jefe de seguridad de Conexión. El jefe recompensa la lealtad.

—Pero el chico salió vivo, ¿no? —preguntó Kandara.

Me pareció que Kandara estaba disfrutando, como si Yuri hubiese contado un cuento tradicional.

—Sí, mi padre se recuperó completamente —dijo Loi—. Gracias por preguntar.

Como el resto en el Ranger, exceptuando a Yuri, me giré para mirar sorprendido a Loi. Solo sabía que era de la tercera generación de la descendencia de Ainsley Zangari, pero no me había molestado en investigar su ascendencia. Lo admito, la coincidencia era algo inquietante.

—¿Tú? —preguntó Jessika, con una sonrisa de pura fascinación—. ¿Tú eres el hijo de Gwendoline y Horatio?

—Sí.

—Esa sí que es una historia de «cómo se conocieron mis padres» —dijo Eldlund, admirado.

Loi se tomó un momento para terminarse su expreso.

—Depende de tu punto de vista, pero sí, supongo.

—Un buen «felices para siempre» —se burló Alik—. Pero voy a morder el anzuelo —apuntó con un dedo a Jessika—. ¿Qué encontraste? ¿Qué era lo bastante terrible para que cambiases de bando otra vez?

Asintió lentamente, como avergonzada.

—Esa forma de criminalidad, el secuestro de personas indefensas, de poca visibilidad y por dinero, simplemente no ocurre en la sociedad utópica. Y en el fondo soy una chica de oficina. Así que volví, buscando una vida tranquila. ¿Cómo de interesante te parece?

Yuri soltó un gruñido despectivo, pero no se enfrentó a ella.

—Ese caso justificó las sospechas de Ainsley sobre los Olyix —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Alik—, te ayudaron.

—Lo hicieron, me dieron toda la información que pedí sobre el uso de células K para el trasplante de cerebro y me aseguraron que el concepto era pura ciencia ficción. Todo diplomacia y cooperación. Pero

Hai-3

también dijo: hombre.

—No lo pillo —dijo Eldlund.

—Las palabras exactas que me dijo fueron: rezaré para su éxito en recuperar al desafortunado hombre que ha sido secuestrado.

—No le dijiste a quién buscabas —dijo Alik, chasqueando los dedos —. Hombre, mujer u omnia.

—Exacto —confirmó Yuri—. Ainsley nunca se creyó la santidad de los Olyix, y esta fue la prueba. Han copiado nuestra avaricia, y la están llevando al extremo porque la ven como un atributo humano normal. Sin moderación es mal intencionada, y no tienen moderación porque no nos entienden en el fondo, solo nos imitan. Sin filtros morales, ¿recordáis? Simplemente carecen de moralidad. Por eso los tenemos en una vigilancia muy especial.

Me miró, y asentí en confirmación a la vista de todos. Pero ahora entiendo el origen de su prejuicio, y era bastante razonable dadas las circunstancias. Yuri no era un agente desinformador alienígena,

Hai-3

había sido estúpido. Su error en la embajada había fortalecido la

paranoia de Yuri, y por su parte había convencido a Ainsley Zangari de sospechar en las supuestas intrigas sin fin de los Olyix para conseguir dinero. Subsecuentemente, Ainsley culpaba a los Olyix de cada crimen cometido en el sistema Sol, fuese un peatón cruzando temerariamente la calle, o la manipulación política más severa.

—¿Crees que el misil rompeinfiernos era de los Olyix? —preguntó Alik.

—No directamente —dijo Jessika—, lo disparó Cáncer.

La reacción de Alik fue interesante, se enderezó al instante en el asiento.

—¡Estarás de coña!

—No.

—Jesús. ¿Puedes demostrarlo?

—No ante un tribunal, pero nuestras TuringsG7 revisaron muchos datos. Compusimos una simulación digital de Bronkal de los tres días anteriores a nuestra llegada, y dos días después. Ella apareció con dos asociados cuando estábamos entrevistando a Joaquín Beron. Analizamos su rastro anterior hasta Tokio. Y antes, ni idea, la agencia criminal japonesa desconocía que estaba en el país.

—¿Y el misil rompeinfiernos? No me vayas a decir que lo trajo por una estación.

—No —dijo Yuri—. Tenemos sensores de profundidad en cada estación interestelar, no se pueden transportar armas entre sistemas.

—Porque no lo necesitas —dijo Jessika—, tuvimos más suerte con el rompeinfiernos. Era de fabricación local en Yarra, la capital de Althaea. Alguien llamado Korrie Chay lo desplazó por la estación comercial de Bronkal en un taxez, más o menos cuatro minutos antes de que Yuri cerrase la estación. El taxez estaba registrado como vehículo público, pero era falso, era propiedad de Chau. Solía desplazar mucha producción ilegal en él.

—Rastrearlo fue un buen trabajo —dijo Alik.

—Perdimos siete miembros del equipo táctico en la explosión —la voz de Yuri era peligrosa—. Y Cristo sabe qué le hizo la gente de Baptiste al viejo Lucius. Ainsley se aseguró que a partir de entonces tuviésemos todos los recursos que necesitásemos.

—El rompeinfiernos no fue lo difícil —dijo Jessika—, encontramos a Korrie Chau y su taxez diez horas después en un aparcamiento a menos de dos kilómetros del puerto. Cáncer lo había degollado.

—Sí, no se deja cabos sueltos —dijo Alik.

—El equipo forense arrasó con la zona de Chau. Desplazamos habitaciones enteras para analizarlas en el laboratorio criminal, y los contables forenses rastrearon sus pagos, pero todos eran de casas

financieras de asentamientos independientes en asteroides. La mayoría ni siquiera tienen población humana, son un puñado de machacarocas G5 y G6.

—Entonces, ¿no sabéis quién le pagó?

—No.

—¿Y crees que fueron los Olyix?

—No directamente, pero sus acciones, su manera de aceptar lo que perciben como algo normal para nosotros, en última instancia es lo que comenzó esto —dijo Yuri—. Os lo he dicho, hay consecuencias reales respecto a lo que están haciendo. Sabemos que Baptiste Devroy huyó en cuanto Jessika y yo aparecimos en el piso de Horatio. Obviamente tenía algún tipo de monitor en el sitio. Y

Hai-3

sabía a quién estaba buscando cuando aparecí en su embajada en Génova. Para lo que quiera que sea que estén secuestrando a gente, los Olyix están al tanto como mínimo.

—¿Pero por qué? —preguntó Kandara—. ¿Cuál es su motivo?

—Nuestra teoría actual es la investigación médica ilegal —dijo Yuri—. El veintiún por ciento de los gastos médicos en el sistema Sol tienen que ver con tratamientos de reemplazo con células K. Y estamos hablando de mucho dinero, porque, asumámoslo, somos una especie de hipocondríacos.

—Pero la investigación y desarrollo de nuevas aplicaciones es lento —expliqué—, las agencias reguladoras humanas han impuesto restricciones y protocolos muy estrictos. Las aplicaciones simples, como un nuevo corazón, fueron las primeras en ser aprobadas, y aún suponen el grueso de sus ventas. Pero los órganos y glándulas más complejos requieren su tiempo. Los investigadores humanos que trabajan con los Olyix tienen que proceder con cautela. Y como son los que están invirtiendo, creemos que podrían intentar recortar el proceso. Si proponen un contrato bajo cuerda, los Olyix asumirán esa manera de pensar, después de todo es humana.

—¡Mierda! —Kandara estaba sorprendida—. ¿Estás diciendo que experimentan con humanos vivos?

—No los Olyix —respondí—. Serían las compañías que llevan a cabo la investigación sobre la funcionalidad de células K, las responsables de crear laboratorios clandestinos para acelerar el progreso. Solo suponen un pequeño porcentaje de las ventas de células K, pero todo es relativo. Y que aparezcan nuevos tratamientos de células K en el mercado supone más dinero legítimo, el objetivo último de los Olyix. Son cómplices, han de serlo. Como Yuri dice, la cantidad de dinero involucrado es fenomenal, al fin y al cabo, no es

barata la energía necesaria para recargar un arca espacial capaz del vuelo interestelar.

—¿Aún lo hacen? —preguntó Kandara—. ¿Aún desaparece gente?

La risotada de Yuri era más un gruñido de desánimo.

—La gente siempre desaparece, y la mayoría de los casos son sospechosos. Pero nos resulta imposible saber si este tipo de investigación ilegal continúa —se encogió de hombros—, han surgido buenos productos de trasplante K en los últimos treinta y siete años; el bazo, los nodos linfáticos y el revestimiento estomacal. Sin mencionar los cosméticos.

—Las autoridades universales deben saber algo si están secuestrando a gente —dijo Eldlund—, ¿cuánta gente desaparece cada año en circunstancias sospechosas?

—¿En quince sistemas solares y un millar de hábitats? ¿Quién sabe? —dijo Yuri—. Solo en la Tierra, la cifra es de decenas de millones al año. La mayoría son lo que la agencia define como desaparecidos ordinarios: gente deprimida o que quiere escapar de sus relaciones o familia, o pequeños criminales; o gente con deudas, o niñas y niños que han sido seducidos y son objeto de tráfico. Algunos aparecen, pero muchos no. No hay manera de saber cuáles son secuestrados por bastardos como Baptiste.

—¿Tantos? —exclamó un horrorizado Eldlund—. No puede ser.

—Lo es —le dije—. Siempre lo ha sido. El porcentaje ha disminuido un poco de los niveles del siglo veintiuno porque la economía está mucho mejor, lo que reduce la insatisfacción de la sociedad. Pero las cifras siguen siendo impresionantes. Y aún peor, son demasiados hasta para nuestras redes y TuringsG7. La gente siempre está con la cantinela de que vivimos en estados policiales con gobiernos autoritarios que supervisan cada aspecto de la vida, y en realidad los gobiernos, los universales al menos, no se preocupan por los individuos.

—Al menos hasta que no pagas los impuestos —murmuró Callum.

—Touché —concedí.

—Los gobiernos utópicos se preocupan más por el bienestar ciudadano —dijo Jessika—. Es fundamental en nuestra constitución.

—Bravo por ti —dijo Kandara—. Pero aún tenéis quien abandona.

—El porcentaje es mínimo.

—Hemos venido a analizar una nave alienígena —les recordé—. No a tener un concurso político para ver quién la tiene más larga.

Alik se rio.

—Entonces, fuese para quien fuese que Baptiste estuviese trabajando, ¿fue quién contrató a Cáncer para destruir las pruebas? —

preguntó.

—Esa es nuestra conclusión —dijo Jessika—. Una compañía de investigación médica, con dinero, sin ética, y contactos clandestinos.

En el otro extremo de la cabina, Eldlund dejó su copa.

—Esta asesina, Cáncer, o mercenaria encubierta, lo que sea, ¿la encontrasteis? ¿Aún la buscáis?

—Siempre la estamos buscando —dijo Yuri—. Como todos los demás.

—La hija de puta es buena —gruñó Alik—. Ni la agencia la puede encontrar.

—La conoces, pues —intervino sagazmente Callum.

—Ha aparecido en algunos de mis casos, sí.

—¿La atrapasteis?

Vi como los rígidos músculos de Alik rechinaron al formar una mueca.

—No, pero fue un caso extraño.

—¿Cómo de extraño? —preguntó Callum.

—No era estrictamente un asunto de la Agencia. Me llamaron como un favor, del estilo del amigo de un amigo, alguien que conoce contactos de una PAC global.

EL CASO DEL FAVOR DE ALIK

América, 2172 A. D.

Catorce de enero, quince minutos para la medianoche, y la nevada arrasaba la ciudad de Nueva York como si el demonio hubiese dejado las puertas abiertas al salir de fiesta. Y, según el criterio de Alik, el príncipe oscuro había salido de fiesta a lo salvaje. Mientras miraba el cadáver, un policía de la escena del crimen retiró la sábana forense y le arruinó la interrumpida cena, y probablemente el desayuno también.

La chica era rubia genuina, según podía ver, las raíces siempre lo revelaban, y el psicópata que le había arrancado la cabellera se había dejado algunas raíces.

Al menos mantenía la cabeza pegada al cuerpo, porque no quedaba mucho de sus miembros. Alik estudió el muro tras ella, convertido en un espantoso mural de espesa sangre con pegotes de carne encajados en los cráteres de los impactos. Alguien había usado una escopeta dopada mientras la víctima estaba en pie. Su opinión de experto era que le volaron primero los brazos, después las piernas, y el cuero cabelludo para terminar. Quizá podía haber seguido viva hasta el final, pero la pérdida de sangre y el *shock* la habrían dejado inconsciente, gracias a Dios.

—Jesús, joder. —Alik se giró hacia el detective Salovitz.

La cara del policía era del color de un pescado muerto, pero Alik la prefería a la rubia asesinada.

—Te lo advertí —dijo Salovitz—. El resto no están mucho mejor.

—Es la única aquí, ¿verdad? —Alik había llegado treinta minutos después de que la NYPD1 hubiese entrado en el apartamento, tras el aviso de todo tipo de alarmas, de vecinos y sensores de seguridad casera que aullaban por los disparos detectados. A él eso le daba igual, le habían pedido analizar un problema digital específico originado en el apartamento, aunque los homicidios múltiples le daban una razón legítima para observar y asistir a la NYPD. Su tapadera, que nadie tendría los huevos de comprobar, era proveer de autoridad

interjurisdiccional dada la naturaleza del propietario del apartamento, cosa altamente plausible.

—Sí —aceptó Salovitz—. El resto están repartidos por todas partes.

Alik se tomó su tiempo para observar la sala. Era enorme, con un estilo de
art-deco
con mucho gusto, recorrerla era retroceder a los años veinte. El ostentoso y genuino mobiliario estaba pensado para hacerte mirar a una pared. Dado que estaba en la planta veintisiete de un bloque típico del Central Park oeste y esta pared era de cristal del suelo al techo, otorgaba al salón de una vista de todo el parque, vista digna para que un milmillonario disfrutase embutido en su mullida manta de invierno. Se acercó a comprobarla, el cristal era programable, podía fluir para dar paso al estrecho balcón del exterior.

Observando con cuidado, pudo ver huellas en la nieve del balcón.

—Ven a ver esto —llamó a Salovitz.

Salovitz apretó el rostro contra el cristal, dejando rastros de niebla con su nariz en la fría superficie.

—¿El qué?

—Huellas. Tres pares, quizá cuatro.

—Sí, pero nadie ha caído al vacío, si es lo que estás pensando. Habríamos encontrado el cuerpo de camino.

Alik se tragó un suspiro, le gustaba Salovitz, de verdad. El detective había visto suficiente del lado oscuro de la vida para saber cómo funcionaban las cosas, la sucia política que se trajinaba bajo la ciudad y que conseguía que todo funcionase tan fluidamente. Cada vez que Alik aparecía en un caso, sin importar lo guarro que fuese el motivo, Salovitz sabía que no tenía que cuestionarlo. Pero había veces que Alik pensaba que había conseguido su placa por discriminación positiva a idiotas terminales.

—Mira de nuevo, dime a donde se dirigen las huellas.

Salovitz miró de nuevo, y entonces:

—¡Hostia puta!

Las huellas que Alik le había señalado comenzaban en la balaustrada e iban al cristal. En sentido único.

—Entraron por el apartamento de al lado —dijo Alik—, apañaron alguna mierda tecnoacróbata para cruzar desde el balcón vecino.

—De acuerdo —dijo Salovitz—. Haré que la TuringG7 del precinto compruebe al vecino, la propiedad y el acceso.

—Bien. Y que Forense priorice el balcón. Esas huellas se están cubriendo de nieve, y Cristo sabe cómo jode a las trazas residuales.

—Claro.

Fue a buscar a su compañero, el detective Bietzk. Alik dirigió su atención a Nikolai Kristjánsson, un miembro del equipo forense, que estaba ocupado dirigiendo una hilera de microdrones que parecían caracoles. Una docena recorría la moqueta alrededor del cadáver, que registrarían las partículas que encontrasen con sus sensores moleculares.

Alik le dijo a su altyo, Shango, que abriese un enlace seguro a Kristjánsson.

—¿Habéis analizado ya el busto?

La manera en la que Kristjánsson deslizó lentamente la mirada le recordó a los ancestrales encuentros entre deportistas y empollones en el instituto. Un teatrillo de agente muy secreto que probablemente le iba a Kristjánsson.

—Aún no, me tienen rastreando residuales para averiguar quién ha estado aquí.

—No soy un experto, pero ¿quizá alguien con una puta escopeta? Devuelve ese equipo al laboratorio y hazme un informe.

—No es fácil…

—Hazlo.

Hasta de lado como estaba, Alik pudo ver la mala cara de Kristjánsson. Su trabajo oficial era con la Agencia forense de Manhattan, pero amigos de los amigos de Alik en Washington también lo tenían en reserva, que era por lo que se le había asignado al caso. Las mismas personas que le habían dejado muy claro a Alik que la trastada digital era de inmensa importancia. Para ellos, los asesinatos eran irrelevantes. Pero viendo de nuevo a la rubia, mientras la cubrían otra vez con la sábana, a Alik le surgían dudas.

El apartamento era una casaportal, propiedad de Kravis Lorenzo, un socio principal de Anaka, Devial, Mortalo y Lorenzo (ese Lorenzo original era el padre de Kravis), una firma legal de muy alto nivel en Nueva York. De tan alto nivel que estaba aprobada para contratos Ultra uno del Pentágono, y eso era lo que había llamado la atención de Washington. Hace no mucho, esta misma noche, alguien había intentado utilizar el enlace seguro a la oficina de la firma legal para intentar acceder a archivos extremadamente seguros del Departamento de Defensa.

Alik salió del salón con vistas al parque a través de una puerta normal a la sala de portales. Era un claustro de portales enmarcados en roble, todos alojados en el bloque de apartamentos frente al Central Park. Algunas puertas daban a habitaciones clásicas, como la cocina, el nido de juegos, una utilitaria donde se almacenaban los servicioz y la misma entrada en Nueva York. El resto del hogar de la familia

Lorenzo estaba repartida, por todo el sistema solar.

Otro par de agentes estaba trabajando en el salón de portales, con un escuadrón de drones cargados de sensores y policías ordinarios. Salovitz estaba hablando con su compañero, el detective Bietzk. Se giró a Alik:

—Pues la TuringG7 del precinto ha analizado los registros del ayuntamiento. El vecino es Chen Tao Borrego, le hemos llamado y está en una clínica de Saskatchewan, en un tratamiento de telómeros. Lleva allí diez días, y aún le quedan otros catorce. Estamos pendientes de la confirmación de la clínica, pero parece legal.

—¿Así que su apartamento está desocupado? —preguntó Alik.

—Sí, un equipo va a entrar ahora.

—Perfecto, ¿qué es lo siguiente?

El detective señaló uno de los portales.

—La Luna.

A Alik siempre le resultaba raro cruzar directamente a un campo gravitatorio inferior. Su cuerpo se tensaba como cuando la jodía con alguna nena al final de una noche de fiesta demasiado larga, algo estaba esencialmente mal. El involuntario reflejo le hizo apretar los dedos de los pies contra el parqué, deslizándolo por la habitación.

El salón lunar de Lorenzo era una cúpula de quince metros en el cráter Alphonsus. A un lado había un lujoso jacuzzi, burbujeando lentamente con la baja gravedad. Varios ficus crecían en macetas de arcilla de estilo griego, con sus lustrosas hojas extrañamente infladas, además de alargadas.

Alik alzó la vista, y ahí estaba la Tierra, directamente sobre él, brillando con un esplendor de azul y blanco. Era una vista absolutamente cautivadora. Y una locura, pensar que estaba a trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros, o a un paso de distancia. Estaba convencido de que había algo en la mente humana que se rebelaba contra el enlazamiento cuántico. La gente necesitaba la distancia como una constante en sus vidas, no te podías deshacer de doscientos mil años de instinto evolutivo así como así.

Cuando finalmente bajó la mirada, vio docenas de cúpulas idénticas por el cráter, lo bastante alejadas para no poder ver su interior sin lentes. La mitad de las instalaciones lunares se usaban, supuestamente, con fines sexuales. En cuanto Conexión abrió el acceso al sistema solar, la gente descubrió rápidamente que las maravillas del sexo en cero ge, tan socorrido por los escritores románticos de futuribles, eran un mito. Al vuelo parabólico que utilizaban los primeros astronautas no lo llamaban el cometa vómito por nada. Baja ge era otra historia.

Lorenzo había instalado sofás especialmente grandes en su cúpula, y uno estaba precintado con cinta de color rojo láser, que brillaba por sí misma. El policía responsable de la zona lunar le dedicó a Alik una pequeña y respetuosa inclinación de cabeza.

—Manténgase al menos a dos metros de distancia del cuerpo, señor. El equipo de retirada de materiales peligrosos llegará en veinte minutos —le indicó.

Su primera impresión del cadáver era que se trataba de un italoamericano, o al menos con ascendencia mediterránea. Su cara estaba intacta, como sus caderas y sus piernas. El pecho había sido nebulizado por lo que parecía ser una espesa niebla gris. Bajo eso, su torso era una pila de pulpa roja. El charco de sangre que había en el sofá y a su alrededor era impresionante, y estaba coagulando bastante bien. Sus brazos eran interesantes, el disparo zumbador los había arrancado limpiamente a la altura del hombro. Uno estaba en el sofá, sosteniendo una escopeta automática, casera y recortada, que, a juzgar por el diámetro de ocho centímetros, podía haber sido la responsable de la mujer de la sala de Central Park. Una conjetura razonable, dado que el segundo brazo estaba en el suelo, sujetando aún la rubia cabellera empapada en sangre.

—Una zumbadora —dijo Alik, el arma en sí no era nada especial, un mero cañón electromagnético que aseguraba una aceleración estable, era la munición zumbadora lo que era inestable. Estaba hecha de bobinas increíblemente apretadas de filamento monomolecular, que se expandían al impactar, otorgando a la víctima la experiencia de ser rebanada por diez mil cuchillas, todas en direcciones diferentes.

Esa indistinguible niebla sobre el pecho de la víctima era la nube de filamento. Alik sabía que si metía la mano, le trocearía la carne en una hamburguesa *gourmet*. No podía evitar analizar su alrededor nerviosamente. Si alguna hebra se había soltado de su bobina y flotaba por el aire, cosa que podía ocurrir, podría inhalarla, implicando una lenta, insoportable, e inevitable muerte.

Dejó que Shango capturase la imagen a través de sus lentes tarsus y se retiró rápidamente. Después analizó con cuidado el resto de la cúpula, mientras Shango accedía a sus especificaciones y se las mostraba. La propia cúpula se componía de múltiples capas, las dos interiores eran de zafiro artificial, seguida de un metro de cristal rico en carbono para absorber la radiación, otra capa de zafiro, otra capa más pequeña de antirradiación, dos capas de filtros fotónicos para mantener la luz solar a raya las dos semanas del día lunar, y una capa térmica para mantener el calor de la igualmente larga noche. Finalmente había una capa de abrasión externa de zafiro, que recibía

todos los impactos de los micrometeoritos del tamaño de granos de arena. Si algo más grande caía, las capas interiores absorberían la energía cinética. Dejaban unas feas fracturas que habría que reparar, pero cualquiera en el jacuzzi podría ignorarlo tranquilamente. De hecho, había visto estadísticas que decían que las playas tropicales de la Tierra eran más letales; golpes de calor, melanomas de largo plazo, tsunamis, impactos de satélites…

—Solo un disparo de zumbadora —dijo Salovitz—, así que, o el asesino es muy frío, o es muy eficaz. Nuestra víctima llegó a disparar dos veces.

Alik miró hacia donde se enfrentaba el cadáver. Había dos etiquetas amarillas en la carcasa de zafiro, con roturas que parecían telas de araña.

—Jesús, ¿ni esa escopeta dopada pudo atravesar la cúpula?

—No, a las inmobiliarias les gusta asegurarse de que sus clientes estén seguros.

Alik se enfocó en la víctima de nuevo.

—Cualquiera con una zumbadora acostumbra a saber lo que está haciendo —meditaba en voz alta—, así que el señor Escopeta se carga a la de Nueva York, se ceba con su cabeza, y viene aquí…

—Seguido por míster zumbadora —concluyó Salovitz—. Así lo hemos interpretado.

—Bien, ¿y ahora?

—Ahora se pone interesante.

Ahora tocaba Marte, el lado oriental de la caldera del monte Olimpo, a unos veintidós kilómetros sobre la llanura, donde la geología se había pasado los últimos cien millones de años oxidando el mundo a su árida muerte. La habitación era una de cientos en una estructura de cincuenta plantas de habitaciones idénticas. Con un muro de cristal al norte, y el eterno descenso del volcán más grande del sistema solar al oeste, creaba un horizonte perfectamente definido, como una meseta infinita. No se llegaba a ver la llanura marciana, estaban demasiado lejos bajo el claro cielo, pero Alik sabía que a los busca-estatus no les importaba una mierda, solo querían la cima.

Aunque el resto de la vista tampoco estaba mal, a doscientos metros el inmenso precipicio de la caldera otorgaba una heroica y vertiginosa vista del cráter, una vista parcialmente cubierta por la espuma de metal solidificado que cubría el enorme agujero del cristal reforzado con moléculas de diamante. Dos mecaz que parecían híbridos mecánicos entre arañas y pulpos, estaban en su superficie alertas a cualquier otra grieta.

La mayor parte del mobiliario había desaparecido, succionados por

la brecha antes de que fuese sellada. Una ordenada fila de machacados escombros cubría la base de la ventana.

Con un ojo en la espuma metálica, Alik se acercó a la ventana y miró abajo. A cincuenta metros, las arenas del antiguo dios de la guerra estaban salpicadas por fragmentos de lo que habían sido los elegantes y antiguos ornamentos chinos. Y un cuerpo.

Alik se estremeció, tanto como su rígido cuerpo le permitió, mientras su mente recorría la secuencia de sucesos. Era tan diferente a caer en la Tierra, si un cuerpo caía por un balcón a cincuenta metros, a los forenses solo les quedaría recoger el charco, el impacto habría destrozado cada hueso, abriendo la piel, empapando la acera de sangre y mierda. En Marte, con su tercio de gravedad, el impacto era diferente. La caída probablemente no habría matado al infeliz que había caído por la ventana. En la escala de dolor, sería como una paliza de sábado noche, saldría vivo y agonizante. Y en la cima del volcán, la presión era de setenta pascales, indistinguible del vacío para el cuerpo humano. Le habría vaciado los pulmones, reventando los capilares expuestos, la sangre que habría vomitado en una espuma rosa habría hervido al instante, rociando el suelo a cámara lenta en un arco frente a su rostro, antes de congelarse a cincuenta y cinco bajo cero como el resto de la víctima.

Menuda muerte de mierda, pensó Alik. Quien sea que fuese que hubiese abierto el agujero en la ventana, claramente no tenía mucho amor por la víctima.

Le tenía que reconocer al NYPD que ya tenían personal en trajes espaciales grabando la escena. Tenían un carguez también, solo quedaba esperar que no soltasen el cadáver al cargarlo, se destrozaría como el vaso de un borracho.

—Nunca es la caída lo que te mata —murmuró Alik.

—Es siempre el aterrizaje —terminó Salovitz.

Alik tocó con un dedo inquieto la espuma metálica, esperando que no cediese.

—¿Y qué coño ha atravesado esto? ¿Otra zumbadora?

—Munición perforante. Probablemente dos o tres, este cristal reforzado de diamante es muy cabrón. Cuando te gastas la pasta en una habitación como esta, te dan la completa garantía de que no va a pasar nada. Forense encontró un rastro químico. Leve, porque la mayoría ha sido arrastrado por el agujero, junto a nuestro amigo, pero el rastro es positivo.

—¿Y es un tío?

—Sí, estos dos combatientes intercambiaron tiros en otra sala primero, y luego vinieron aquí. El que tenía la munición perforante

debería haberse quedado en el portal, y disparó a la ventana. No necesitaba apuntar.

—¿En qué habitación estaba?

—En el comedor, en Ganímedes.

La sala de Ganímedes era similar a la lunar, con una cúpula de quince metros a prueba de radiación, con una mesa de piedra en un foso en el centro y veinte sillas de cuero negro alrededor. Estaban reclinadas para facilitar la vista del rey de los dioses, a un millón de kilómetros sobre ti.

Alik se acercó a la mesa y miró a Júpiter. No dominaba el cielo, era el cielo. Había otras lunas y estrellas, pero eran invisibles a su lado.

Se besó los nudillos por instinto, irritándose al instante consigo mismo. *Puedes sacar al niño de Paris, Kentucky, sin mucho esfuerzo, pero buena suerte sacando al Bautista del Sur del niño*.

Salovitz señalaba las centelleantes etiquetas de las sillas y la mesa.

—Balas ordinarias de nueve milímetros. El patrón indica que nuestro chico de Marte estaba disparando desde el portal.

Se giró y señaló al indicador rojo que brillaba en el muro de la cúpula, estaba en un óvalo de espuma metálica. La munición explosiva no había penetrado todas las capas de esta cúpula, pero estaba claro que los sistemas de emergencia no iban a arriesgarse. Había tres vigilantes mecaz, listos para actuar si las grietas se multiplicaban.

—El de aquí tuvo que asustarse tras ese primer disparo, no disparó ninguno más —dijo Salovitz.

—Así que nuestro chico congelado en Marte se asustó cuando se disparó aquí una bala perforante —dijo Alik, procesando el orden de los eventos—, y se refugió en Marte.

—Probablemente.

—Menuda estupidez, ¿hay sensores internos de seguridad?

—No, los de la calaña de Lorenzo no quieren que nadie pueda ver lo que pasa en su casa. Les pueden hackear, el NYPD consigue una orden, hay mil maneras de que su privacidad termine como inforraje. La entrada del bloque en Central Park tiene más seguridad que la novia de un capo. Y la seguridad del salón de portales es igual de intensa. Pero una vez que entras, es completamente privado.

—Vale —deslizó los pies, el pegote de espuma le estaba dando ansiedad—, ¿siguiente?

El dormitorio principal estaba en San Francisco, en algún lugar de Presidio Heights, con vistas al Golden Gate. San Francisco estaba tres horas por detrás de Nueva York, así que las farolas de esa magnífica ciudad brillaban con intensidad en la noche, mientras los ciudadanos

se dirigían a los distritos de Marina y Mission para sus relevos. Mirando a la cama, Alik comenzó a apreciar el dogma de privacidad de Kravis Lorenzo. Era un gran círculo con una base de cuero negro, un colchón de viscoelástica y una sábana de seda de púrpura real. Tenía cuatro postes también recubiertos de cuero negro, con varias cámaras de ojo de insecto rodeándolo, como tumores de cristal que emergiesen del interior. El dosel era una pantalla circular prácticamente del tamaño del colchón, bueno, antes de que un escopetazo lo redujese a una roseta de dagas de cristal y una nieve de fragmentos sobre la sábana. Y el muro tras el cabecero, también de cuero negro, disponía de otra ancha pantalla.

Ambos policías de turno habían curioseado los cajones para sonreírse ante las ayudas farmacológicas y eléctricas que los Lorenzo utilizaban en su cama marital. Cuando Alik y Salovitz entraron, se enderezaron rápidamente e ignoraron cuidadosamente el perverso tesoro.

Salovitz hizo un gesto, y retiraron la sábana forense, el cuerpo número cuatro era otro varón, africano, que había sido reventado a tajos hasta la muerte. El golpe de gracia había sido un impacto horizontal en la boca, que había dejado la mandíbula colgando de una hebra de piel. Juzgando el tamaño y la profundidad de las heridas, Alik estimó que se trataba de un hacha más que un machete, como un vikingo desbocado. Había otra escopeta enorme, idéntica a la de la luna.

—Así que Rebanado era del mismo grupo que el señor Escopeta —dijo Alik—, y el jefe equipó a sus chicos con estas escopetas dopadas. ¿Hay alguien operando así en Nueva York? —Mientras preguntaba, Shango consultaba en la base de datos del FBI por si había alguna banda que utilizase ese modelo. La usaban bastantes, pero no era lo usual, más bien se trataba de un símbolo de que no eras un soldado de a pie. Cuanto más ascendías por la montaña de mierda, más grande era tu arma.

—No —dijo Salovitz.

—Pero se necesita un fabricador decente para producir estas —continuó Alik—. Para empezar, el cañón necesita acero de categoría cuarenta y uno, o cincuenta por lo menos.

—Ya sé a dónde quieres llegar, y puedes parar ya. Nueva York no tiene permisos de substancias para el fabricador más allá de compuestos peligrosos o tóxicos.

—¿La veintiocho? —dijo Alik con un sufrido suspiro.

—Sí, ya llega, y estamos preparados como los progresistas que somos en el fondo.

Como el resto de los agentes del FBI, Alik odiaba la enmienda veintiocho, el derecho de cada ciudadano estadounidense de fabricarse cualquier cosa que no pusiese en peligro la vida o la libertad de los demás, o que tenga por objetivo derrocar el gobierno. No había sido completamente ratificada, pero era cuestión de tiempo. En su opinión, la AFA (Alianza de Fabricadores Americanos) hacía que la NRA pareciese un puñado de renacuajos de guardería a la hora de armar Washington. El resultado de la veintiocho era que cualquier ciudadano honesto podía comprar cualquier material de armas mientras no se utilizase para fabricar armas. Así que los miembros de la Alianza podían vender cualquier material que quisiesen en cualquier volumen, los estados individuales ya estaban incorporando la veintiocho en su legislación, el resultado era que en Nueva York, no se necesitaría permiso para prácticamente nada que no fuese uranio o gas nervioso. Lo que complicaba la vida en órdenes de magnitud a las fuerzas policiales. En la opinión de Alik, la veintiocho iba a traer consigo serios problemas para el futuro próximo. Y todo porque los políticos de medio nivel eran unos adictos al dinero que se apuntaban a todo vatiodólar con el que se les pudiese sobornar.

Se centró en el disparo de escopeta del techo. El impacto daba a entender que había sido un disparo vertical, disparado desde de la cama, mientras Rebanado estaba boca arriba, defendiéndose del Berséker Vikingo. ¿Una última acción desesperada o un reflejo? Parecían haber estado acechándose en la habitación, el Berséker Vikingo siguiendo a Rebanado, mientras los otros se liaban a tiros en el resto de la casaportal.

Alik extendió la sábana sobre lo que quedaba de la cara de Rebanado.

—Entonces, ¿este asesino escapó?

—¿De la habitación?, ¿seguro?

—¿Cuántas habitaciones quedan? —Llevaremos la mitad.

—Qué puta maravilla.

Para la habitación de los niños, Pekín. Dudó en el umbral del portal, Kravis y Rose Lorenzo tenían dos hijos, Bailey, de nueve, y Suki, de doce. Con todo lo que llevaba visto, no estaba seguro de poder enfrentarse a niños muertos.

—Está limpia —dijo Salovitz, adivinando el motivo de la duda.

La vista por la ventana de Pekín era tremendamente imponente. Rascacielos, de cada forma y cada estilo en todas direcciones, tan lejos como alcanzaba la vista. Y todos ellos iluminados, algunos artísticamente, otros de ciento cincuenta plantas de neón y láser. Incluso con cuatro planetas de Trappist Uno terraformados por el

estado chino, y una inmigración a niveles capaces de reventar presas, la población de Pekín aún se mantenía en veinticinco millones.

Pekín no era lo que Alik pensaría como una buena vista por la mañana para unos niños. Pero, como su hermana siempre le decía en sus infrecuentes visitas a su sobrino, era un tío lamentable, así que se guardó la valoración.

—Las camas están hechas —dijo, mirando ambas habitaciones, los edredones seguían planchados y estirados—, los niños no han estado aquí.

—Estamos accediendo a los diarios de Kravis y Rose —dijo Salovitz—. Nos está llevando más de lo que debería, los tienen almacenados en una TuringG7 de las rocas espaciales, y no está cooperando.

—Ponte con eso —le ordenó a Shango.

La habitación Antártica era la menos impresionante que Alik había visto esa tarde. Era noche cerrada en el exterior, y la nieve se deslizaba lentamente por la ventana curvada. Dos oficiales forenses estaban arrodillados delante del cristal, el suelo estaba infestado de drones de sensores, como termitas derramadas de un nido derribado.

—¿Qué tenéis? —preguntó al técnico jefe.

—Hay agua aquí, señor —dijo.

—¿Agua?

Dio un golpecito con un dedo enguantado al cristal de la ventana.

—Estaba abierta, el registro del control climático de la habitación muestra una repentina caída de temperatura hace cincuenta y tres minutos.

—¿Ha entrado o salido alguien?

Señaló un puñado de etiquetas rojas en el suelo.

—Gotas de sangre, el análisis preliminar encaja con la víctima de la habitación de San Francisco.

—Buen trabajo —dijo Alik, con aprobación—. Nuestro Berséker Vikingo debería estar cubierto en la sangre de la víctima, así que salió de San Francisco y escapó por aquí, dejando un reguero en su camino.

—¿Escapó? —protestó Salovitz—. No hay dónde ir ahí afuera, es la puta Antártida.

—¿Crees que tiró otro cuerpo ahí afuera?

—¿Por qué esconder un muerto? Ninguno se preocupó de que encontrásemos a los demás.

—Vale, buen punto. Pero un rastro de sangre no prueba que el Berséker Vikingo saliese fuera, solo que estuvo aquí.

—¿Persiguiendo a alguien?

Alik contempló la gélida vista nocturna del exterior.

—¿Y un superviviente? ¿Quizá el propio Lorenzo huyendo por su

vida?

—¿*Ahí* afuera? —dijo Salovitz con una risotada.

—Mejores perspectivas que Marte o Ganímedes. Todo lo que necesita es llegar a la siguiente habitación portal. Y tiene que haber otra cerca, las inmobiliarias las construyen en grupos.

—Mierda, de acuerdo.

—Tu gente tiene abrigos, ¿no? —le ordenó Alik—. Envíalos afuera, necesitamos saber quién salió.

—Tenemos abrigos para Nueva York, ¡no para la puta Antártida!

—Vale.

Se volvió a la jefe técnico.

—Envía un puñado de drones afuera, a ver que pueden encontrar, tiene que haber otras habitaciones cerca.

Le respondió con una dubitativa mirada.

—Las condiciones no son buenas, señor.

—¡Como si me importara! Quiero una cámara mirando, como si la tienes que llevar tú misma. Voy a pedir equipamiento para clima frío a mi oficina, prioritario. Cuando llegue, continuaremos. De momento, veamos el último cadáver.

París, un atardecer sobre el Sena, y la silueta de Notre Dame contra el dorado horizonte. La vista ideal para la habitación de invitados. Qué lástima que el hombre en el suelo ya no podría apreciarla. El disparo de escopeta le había volado la mayor parte de la cabeza, repartiendo fragmentos de cerebro y cráneo sobre la gruesa moqueta, como un reguero de fría lava.

—Cosa del señor Escopeta o Rebanado —dijo Alik.

—Sí.

—¿Y este es el último?

—Que hayamos encontrado, no prometo nada bajo juramento.

—Lo que significa que nos falta quien sea que usase el hacha y la zumbadora. —Alik inhaló, intentando concentrarse—. ¿Una persona, o dos?

—En cuanto Forense termine de mapear los residuos de ADN, tendremos una idea más clara.

—Cierto. Veamos el par de habitaciones que quedan.

Alik esperaba otra luna de un gigante gaseoso, o quizá una estación en un cometa, algo exótico, pero el portal dio a una cabaña en el *Jörmungand Celeste*. El enorme crucero era el más famoso de la Tierra, nada difícil, dado que era casi el último que quedaba. Todo lo que hacía era navegar de océano en océano con la ruta más tranquila posible, sin atracar nunca, pero acercándose a la costa de todos los continentes.

Salió a la cubierta privada de la habitación de Lorenzo y se arrepintió al momento ante la emboscada de la humedad tropical. *Hijo de puta*. El océano era de un profundo azul, a unos veinte metros hacia abajo, repleta de blancas crestas sobre las olas más grandes. Alik estaba vestido para el invierno de Nueva York, con un buen traje de lana. La Agencia aún no se había librado de la etiqueta de J. Edgar, y a él le gustaba por los periféricos discretamente incorporados en la tela del traje. Pero un circuito de refrigeración no era uno de ellos, cada centímetro de su piel estuvo inmediatamente cubierta de sudor.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó a Shango.

—Acercándonos a la Ciudad del Cabo desde el este —respondió—, la costa será visible esta noche, hora local.

Salovitz estaba abanicándose el rostro con la mano, mirando con desaprobación al oleaje. Ninguno de los dos podía sentir ningún desplazamiento, el *Jörmungand Celeste* era demasiado grande para verse afectado.

—Si vas a tirar un cuerpo, sería la sala que usaría, no la Antártida —dijo Salovitz.

—Bien visto, ¿qué queda?

La isla tropical. Alik puso los ojos en blanco cuando otra ola de calor y humedad le empapó. Se quitó la chaqueta en cuanto cruzaron el portal. Estaba incumpliendo el protocolo de la Agencia, ya que, además de periféricos, la tela se entretejía con una armadura decente. Le convertía en un objetivo fácil para un francotirador, pero decidió arriesgarse.

La isla estaba donde habían estado las Maldivas, un bello archipiélago de coral en el océano Índico cuya única industria era el turismo. Eran bellas porque tenían tan poca altura, apenas unos metros, que tenían extensas y prístinas playas y lagunas. Lo cual no le fue muy bien a la población indígena cuando a finales del siglo veintiuno, los océanos comenzaron a ascender. El resto del mundo construyó defensas marinas y barreras de marea, para proteger su menguante línea costera y las inundadas ciudades de playa. Las Maldivas no tenían semejante dinero, ni siquiera con la revolución microfacturera de las impresoras y fabricadores caseros que había liberado a tantos de la pobreza.

El archipiélago reclamó la corona de Atlántida y se hundió lentamente bajo el oleaje. Una verdadera tragedia para un Patrimonio de la Humanidad de las Naciones Unidas.

Después aparecieron astutas inmobiliarias con enormes naves aéreas equipadas con portales. Volcaron torrentes de arena desértica desde el cielo mezclada con semillas genéticamente modificadas de

coral. Y así alzaron y estabilizaron nuevas islas.

Los juicios fueron una odisea, la antigua población de las Maldivas reclamaba que las islas artificiales estaban sostenidas por su fondo marino ancestral, y eran de su propiedad por derecho. Pero la Corte Mundial falló en su contra, una decisión animada por los chinos gracias a su extensa experiencia en imponer su soberanía sobre islas artificiales.

Las islas contemporáneas no eran tan grandes como las originales, los nuevos propietarios las habían dividido, como las porciones de una tarta excepcionalmente cara, con unas diez cabañas de madera alzadas en pilones de madera, apartadas de la playa.

Unas elegantes puertas, artificialmente antiguas, se abrieron ante Alik cuando se acercó, dando paso a un porche con escalones que se sumergían bajo la ardiente arena. A treinta metros, el claro oleaje del océano Índico cubría el exquisito arrecife coral que aún se expandía en las aguas.

—Mejor que Hamptons —murmuró, apreciando, no sin reparos, la estancia de estilo náutico. Un técnico forense estaba trabajando en la puerta del patio.

—Ha sido forzada —dijo el técnico a Salovitz—. Las alarmas desactivadas, y el cierre cortado físicamente.

—¿Desde el exterior? —preguntó Alik.

—Sí, señor.

—¿Rastros de sangre? —inquirió Salovitz.

—El escaneo preliminar no ha mostrado ninguno.

—Un equipo entra con locas acrobacias a setenta plantas de altura, en medio de una nevada en lo profundo de la noche, y el otro se pasea desde la playa —dijo Alik—. No hay premio por adivinar qué equipo era el inteligente.

Salovitz y él descendieron a la playa, donde se puso de nuevo la chaqueta, ganándose miradas curiosas. Pero se imaginaba que si había una ruta de entrada, el equipo podía haber dejado una reserva para proporcionar cobertura. Así que si estaban todavía esperando, con crecientes niveles de ansiedad, y lo primero que salía de la cabaña era un puñado de policías en su dirección…

Tres de lo mejorcito de Nueva York estaban volviendo de la playa. Se habían quitado las chaquetas invernales y tenían las camisas empapadas de sudor.

—Hemos encontrado la ruta del equipo a la isla —le dijo el sargento a Salovitz—, dos cabañas más abajo, el patio está abierto y hemos entrado. Hay un cadáver en la sala de portales.

—¿Dónde está la sala de portales? —preguntó Alik.

El sargento se puso la gorra y compadeciéndose de él, dijo:

—Mi altyo dice que en Berlín.

—Ah, mierda —gruñó Salovitz, alzando la vista al brillante cielo—. Y sigue mejorando. Odio las malditas casaportales.

—Abriré una llamada oficial entre la Agencia y la policía de Berlín —le tranquilizó Alik—, conozco a uno en la ciudad, puede encargarse de la parte forense y te enviaré los resultados.

—Vale —dijo Salovitz—. Poned un cordón alrededor de la cabaña, y no volváis a entrar.

—Eso está hecho, detective —dijo el sargento.

El técnico forense en la habitación de la Antártida les llamó.

—Hemos encontrado algo, detective. Otra habitación de una casaportal cercana a la propiedad de Lorenzo tiene una ventana rota. He intentado enviar un dron, pero algo lo ha destruido.

Alik y Salovitz se miraron por un instante y retrocedieron rápidamente por la playa. Shango comprobó la oficina de Alik en cuanto entraron en la cabaña. El equipamiento polar estaba en camino, a tres minutos de Central Park oeste.

—Corred —les ordenó Alik.

El técnico en la habitación del Antártico estaba de pie tras la ventana con los ojos cerrados, mientras controlaba los drones con su altyo. La nieve que entraba se derretía a sus pies.

—Cuéntame —dijo Salovitz.

—He enviado cinco drones —dijo—. Tienen problemas para volar en la nieve. Y la recepción visual es pobre, estoy orientándome con el radar de ondas milimétricas, pero han encontrado otra sala de portales a ciento cincuenta metros. La ventana es de cristal programable. Pero no está abierta, tiene un agujero, de más o menos un metro. He intentado enviar dos drones, pero ambos están muertos. Es como una explosión, destrozados, pero sin calor ni repunte de energía.

—Un disparo de zumbadora —dijo Alik—. El agujero podría estar enmarañado en filamento.

—¿Para qué sirve hacer un agujero en un cristal que no puedes atravesar? —preguntó Salovitz.

—Si usa una zumbadora tiene el equipo protector adecuado —le dijo Alik—. No te puedes fiar de la dirección que van a tomar esos filamentos tras la explosión.

—¿Así que podría haber cruzado el agujero?

—Probablemente.

El transporte llegó con su equipo de frío extremo, cinco trajes con FBI escrito en amarillo a la espalda. Eran de una pieza, con botas, gorro y un visor sellable con calefacción. Casi un traje espacial. Alik y

Salovitz empezaron a ponerse uno, junto a la técnico forense y dos policías.

—Intentad evitar usar las pistolas, el frío les afectará.

Le devolvieron una mirada incierta, pero aceptaron aguantar salvo que les disparasen.

Alik desenfundó una pistola de electrones de su sobaquera y la enganchó al cinturón del traje climático. El frío la volvería frágil, pero pensaba que los componentes funcionarían. Probablemente.

Shango confirmó la integridad del traje y ordenó al cristal que se abriese.

Alik hundió un pie unos buenos diez centímetros en la suelta nieve, mientras trampeaba su camino a la siguiente casaportal. Mantuvo la imagen del dron en alta resolución en sus lentes tarsus, superponiendo la imagen del radar milimétrico a su propia visión. Las lentes tenían un programa de amplificación que se activó en cuanto salió a la oscuridad. Nunca le había gustado el sombreado verde que tenía la imagen de dos tonos, y tampoco es que sirviese de mucho en la Antártida. El terreno nevado, en la noche cerrada, tenía tanto contraste como una cafetería franquiciada.

Al menos el traje funcionaba, manteniéndole caliente.

Se alinearon frente a la habitación. La mayor parte de la estructura estaba cubierta de nieve, dándole una apariencia de iglú futurista, con la ventana panorámica de cristal al frente como nota discordante. Los tres drones que quedaban flotaban en el exterior, con su forma de plato remarcada contra la borrasca. Caían constantemente, como loros borrachos, mientras intentaban mantener su posición frente a las gélidas rachas.

Alik estudió el agujero con cuidado, pero ni sus lentes tarsus podían ver si había filamentos.

—Si lo ha atravesado alguien con un traje protector, ¿no arrastraría los filamentos? —preguntó Salovitz.

—La mayoría, sí, pero aún habrá bastantes hebras. Se necesita un equipo de materiales peligrosos para limpiar el área, y cuanto peor sea el entorno, mayor será el problema de la dispersión. Pero solo necesitamos limpiar un agujero lo bastante grande como para que pase un dron.

—¿Tu pistola-e?

—Averigüémoslo. —Se arrodilló clavándose en la nieve y alineó la pistola con el agujero, así el rayo solo impactaría en el techo de la habitación. Shango seleccionó un rayo desenfocado de alta potencia, y disparó diez pulsos.

Los copos de nieve en la trayectoria de los electrones se

vaporizaron en nubecitas cubiertas de su propio fuego de San Telmo. El propio agujero destelleaba con chispas alargadas, conforme los filamentos se rompían bajo la descarga de energía.

—Envía un dron ahora —ordenó cuando los pequeños fuegos artificiales terminaron de estallar.

Uno de los drones aceleró, cruzando sin problemas por el agujero. La imagen visual mejoró inmediatamente en el tranquilo aire de la habitación. Había dos cuerpos en el suelo, un hombre y una mujer al final de la mediana edad. Ambos con un disparo en la cabeza. Los sensores no recibían señal de ningún circuito de energía, lo que incluía el portal en la pared opuesta.

—La ruta de escape —declaró Salovitz.

—Sí, así que nos queda averiguar si el Pistolero de Zumbadora es también el Berséker Vikingo, o si los dos huyeron por aquí. Y me gustaría saber dónde está la sala de portales de esta habitación.

—Los perfiles de DNA estarán en una hora, tendremos una mejor cronología entonces.

—Bien, entonces volvamos al distrito.

*****

El cuartel del vigésimo distrito estaba en la calle 82 oeste, a dos estaciones urbanas del bloque de apartamentos en Central Park oeste. Incluso con la nieve, eran menos de tres minutos caminando de puerta a puerta.

Alik y Salovitz llegaron justo antes de la una de la madrugada. La comandante del distrito, Brandi Duncan, «la Diácono», estaba en su oficina de la segunda planta. Era mínimamente cortés, pero Alik sabía que era tan bien recibido como una *stripper* en una catedral.

Salovitz le dio un resumen decente del caso, siete cuerpos, la familia Lorenzo estaba en ubicación desconocida, no respondían a las llamadas, y sus altyos estaban fuera de la red.

—¿Por qué las bandas han elegido a la familia Lorenzo? ¿En qué estaban involucrados? —les preguntó la Diácono, mirando directamente a Alik. Tendría unos cincuenta años, y una evidente sabiduría callejera y suficiente influencia en el Ayuntamiento como para llevar ocho años agarrada al vigésimo distrito. Su rostro estaba grabado con la entropía de peleas profesionales a ambos lados del escritorio, las que la habían llevado hasta donde estaba ahora. Alik la respetaba, era de hecho una buena policía.

—Solo estoy aquí por el tema de la jurisdicción —dijo.

—Gilipolleces —gruñó—, Anaka, Devial, Mortalo y Lorenzo.

—¿Qué les pasa?

—Tienen contactos políticos. Besan muchos culos importantes.

—Estoy aquí para ayudar, puedo facilitaros el acceso a ciertas áreas, ya estoy ayudando con Berlín. Si es un secuestro, el tiempo es crítico. ¿Quieres a los medios mostrando al mundo una familia muerta bajo tu guardia?

Miró a Salovitz.

—¿Es un secuestro?

—Ni de broma, solo una persona ha salido de ese maldito matadero, un auténtico asesino con hacha.

Su mirada de árbitro volvió a Alik.

—¿Entonces dónde están? —le preguntó—. Hay que averiguarlo.

—Aceptaré tu ayuda —dijo lentamente la Diácono—, pero este es el caso del vigésimo distrito. No intentes ponértelo como medalla, especialmente con tus amigos de la prensa.

—No tengo amigos en la prensa, y solicito oficialmente que mi nombre e implicación se mantenga fuera del registro. Si es un secuestro, no queremos alertarles de que la Agencia está involucrada.

—Seguro, *eso* me lo creo. Si no es un secuestro, ¿qué puede ser?

—Hay un intento de acceder a la red segura de la empresa de Lorenzo —dijo Salovitz.

—¿Qué buscaban?

—No lo sé todavía, Forense tiene los sistemas en el laboratorio. Ya sabes lo que cuesta sacarles algo de sentido a esos empollones.

—Así que una banda irrumpe e intenta un asalto digital, y otra aparece y se lía parda —dijo la Diácono—. ¿Hay alguna posibilidad de que la segunda banda fuesen contramedidas del mercado negro contratadas por Anaka, Devial, Mortalo y Lorenzo al percibir la invasión?

—Sería excederse, jefa —dijo Salovitz.

Su mirada volvió a Alik como el puntero láser de una profesora de primaria, señalando lo obvio.

—Pero posible, ¿cierto, agente Monday?

—A estas alturas la Agencia no descarta nada. Queremos detener al asesino superviviente tan rápido como sea posible. Sin embargo…

—Allá vamos —murmuró la Diácono, con pura antipatía.

—Si la primera banda estaba en una operación de asalto digital, la segunda llegó remarcablemente rápido para acudir como contramedida. No es imposible, pero inusual. Tampoco parecían profesionales, todos vestían diferentes, y solo dos armas eran iguales.

—¿Y cómo lo interpretas?

—Los Lorenzo están fuera, por el motivo que sea. Alguien lo averiguó, y dos bandas de robos de guante blanco tuvieron como

objetivo la misma casaportal. Había mucha riqueza allí. Un equipo, naturalmente, tenían un icabeza, la información es tan valiosa como la joyería, y más si tienes los archivos adecuados.

—¿Coincidencia? ¿En serio?

—No parece que una banda haya ido a defender a los Lorenzo. Si la familia está fuera solo una noche, tampoco es tanta coincidencia que apareciesen dos equipos.

Alik podía notar las ganas que tenía la Diácono de discutir, pero se obligó a ceder.

—Bien. Prioridad uno: encontrar y poner a salvo a la familia Lorenzo. Llamad a sus colegas y familiares, alguien tiene que saber a dónde fueron.

—Sí, jefa —dijo Salovitz.

—Y hacedme saber si alguien os obstaculiza —le clavó a Alik de nuevo el láser en la frente.

Salovitz sonreía mientras marchaban escaleras abajo.

—Sigues vivo, impresionante.

—Y tanto —gruñó—. En el fondo le molo, se le nota.

—¿En serio crees que es coincidencia?

—Es una teoría en proceso que encaja. Para tener de dónde agarrarnos necesitaremos saber el paradero de los Lorenzo. Y entonces empezaremos a entender qué coño ha pasado de verdad.

—Cierto.

La oficina que les asignó la Diácono estaba al otro lado del edificio, con ventanas escarchadas, diez escritorios y un escenario virtual a un extremo de diez metros de diámetro.

Bietzk ya estaba allí cuando llegaron, junto a un par de sargentos de la casaportal. La técnico veterana del equipo forense, Rowan El-Alosaimi, ya había ocupado un escritorio. Estaba integrando la información que habían recopilado de los sensores que habían desplegado.

Alik apenas había cruzado la entrada cuando el escenario mostró una distribución en 3D de la casaportal, no estaba a escala, las habitaciones que conectaban por portales se habrían solapado. Los cadáveres comenzaron a materializarse.

—¿Se sabe algo de los Lorenzo? —preguntó Salovitz.

—Aún no —dijo Bietzk—, estoy con seguridad de Conexión, van a enviarnos el registro de las estaciones urbanas. Mientras tanto tengo en marcha un ping constante a sus altyos, aún sin respuesta. Siguen fuera de la red.

—Estamos recibiendo los resultados de ADN —dijo Rowan—. Hay positivos de la base de datos general de Medisure, y tres ya están en la

lista vip del Departamento de Justicia.

—Muéstralos —le dijo Alik.

Los cadáveres se iluminaron con etiquetas, Shango se conectó al escenario y sus lentes tarsus ampliaron la información.

Calva, la de Nueva York, era Lisha Khan. Constaba en los registros de la agencia como una soldado de nivel medio de un sindicato criminal de Nueva York, liderado por un tal Javid-Lee Boshburg, que se había labrado un territorio en Brooklyn sur hasta Sheepshead Bay, gracias a los ingresos de producir y distribuir narcóticos, junto a media docena de clubs, y mucha protección. Ha traficado con chicas del norte y Sudamérica, Lisha Khan ayudaba a mantenerlas en su sitio.

Señor Escopeta, de la Luna: Otto Samule, un teniente de Rayner Grogan, cuyo territorio era un tumor que le jodía la vida a los ciudadanos del oeste de Queens. Rayner tenía contactos con los sindicatos de las empresas tecnológicas de la ciudad e intereses en clubs e inmobiliarias, los habituales. Según el equipo especial del NYPD para las bandas, también tenía un par de equipos que arrasaban como una plaga de langostas los apartamentos de alto *standing* cuando no estaban los dueños. Alik asentía satisfecho, al ver como encajaba con lo que habían visto en la casaportal de Lorenzo.

El marciano helado: Duane Nordon, otro asociado de Javid-Lee. Rebanado: Perigine Lexi, teniente veterano de Javid-Lee.

Amanecer parisino: Koushick Flaviu, a sueldo por Rayner Grogan, y compañero inseparable de Otto Samule, casi siempre se les había visto trabajando juntos.

—Ahora estamos atando cabos —decidió Alik—. Grogan contra Boshburg, exceptuando que Otto Samule y Perigine Lexi son de equipos opuestos, ¿por qué demonios iban a tener la misma escopeta casera?

—No sabemos de quién era la escopeta al lado del cadáver de Lexi —dijo Salovitz—. ¿Quizá se la quitó a alguno de los de Grogan?

—Hmmm. —Alik no estaba convencido.

Los archivos forenses empezaron a inundar sus lentes. Koushick Flaviu y Otto Samule tenían arena en los zapatos que coincidía con la playa de las Maldivas. Igualmente, Lisha Khan, Duane Nordon y Perigine Lexi tenían trazas de agua en las suelas, que indicaba que habían invadido la casaportal por el balcón de Central Park.

Salovitz estaba de pie, con los brazos en jarras, observando como las etiquetas de información cubrían el escenario conforme Rowan iba incorporando los resultados. Todas las horas de las muertes estaban comprendidas en el mismo periodo de cinco minutos, aproximadamente a las once de la noche.

—Y al menos uno de los de Rayner escapó —bufó Salovitz. Se giró hacia Bietzk—. Necesitamos una lista completa de los asociados de ambos grupos.

Un informe seguro de Nikolai Kristjánsson apareció en las lentes de Alik. Le abrió el acceso a la oficina del caso y lo añadió al escenario.

—Koushick era el que estaba realizando el ataque a la red segura —dijo Bietzk, leyendo la nueva información—. Sus residuales cubrían el nodo que nos llevamos de la habitación de servicio de Central Park.

Salovitz miró a Alik.

—¿Crees que ese podría ser el motivo por el que señor Escopeta le reventó la cabeza?

—Esto no era una advertencia, era una matanza. Todos sabían que la única escapatoria era sobre los cadáveres del otro equipo.

—Buscad qué clase de riña hay entre Javid-Lee y Rayner —le dijo Salovitz a Bietzk—. Si no hay nada registrado, despertad al equipo de trabajo de las bandas y que averigüen cuáles son los rumores, necesito algo de tracción.

Shango le informó de que habían conseguido acceso a los diarios de Lorenzo.

—Tengo algo para ti —dijo Alik, y envió los archivos por el canal de datos del caso.

Kravis y Rose tenían la misma entrada para el día anterior, habían pasado el día en Palm Beach con Niall y Belvina Kanoto, en su yate.

Shango llamó a Niall Kanoto.

Tardó un rato en recibir respuesta, el altyo de Niall estaba configurado en no molestar, que Alik sobrepasó con la autoridad de la Agencia. Al final contestó solo con audio.

—¿Sí? —La voz que oía del altavoz estaba cargada de confusión.

—¿Niall Kanoto?

—¿Quién es?

—El agente especial Monday, FBI. Por favor acceda al certificado de autentificación en la información de la llamada con su altyo.

—Sí, sí, claro. Eres del FBI, ¿qué narices quieres? ¿Sabes la hora que es?

—Estoy intentando localizar a Kravis Lorenzo y a su familia, ¿están con usted?

—¿Qué ha pasado? ¿Está Krav en problemas?

—Responda a la pregunta por favor. Señor, ¿dónde está Kravis Lorenzo?

—Habrá vuelto a casa, supongo.

—Hoy tenían una visita concertada con usted.

—Sí, íbamos a pasar el fin de semana juntos, ambas familias. Pero

lo hemos tenido que cancelar, ¿sabes?

—No lo sé señor, ¿por qué han cancelado la visita?

—Por el maldito yate, la *Sea Star III*, mi compañía de servicio marítimo me ha llamado esta tarde, son los que se encargan de prepararla con comida, energía y mantenimiento general, esas cosas. El diagnóstico del motor dio un fallo y han tenido que sacarla del agua para arreglarla. Así que lo hemos cancelado, es como un grano en el culo de veinticuatro quilates. Bel y Rose llevan planeando esto meses, íbamos a hacer toda la ruta hasta Keys.

—¿Entonces ha hablado con Kravis esta tarde?

—Sí. Y estaba decepcionado, nuestros hijos se llevan bien ¿sabes? Era un gran evento familiar.

—¿Has hablado con él? ¿No sería un mensaje del altyo?

—Era con él, estaba en su oficina, en su escritorio.

—¿Dijo a dónde iría?

—No, ¿y eso? ¿Qué le ha pasado a Kravis?

—No lo podemos localizar. ¿Indicó si iría a algún otro lugar este fin de semana?

—No, estaba bastante cabreado con la idea de pasarse el fin de semana en casa, ¿sabes? Yo también. ¿Por qué, qué ha pasado?

—Aún no sabemos lo que ha pasado.

—Jesús, ¿está bien?

Alik achacó tanta estupidez a la intempestiva hora.

—Necesito el nombre de su compañía de servicio marítima, por favor, envíemela a mi altyo, y si cualquier miembro de la familia Lorenzo le contacta, me informa de inmediato, ¿entendido?

—Sí, pero joder, tío, ¿qué les ha pasado?

—No lo sabemos —dijo Alik justo antes de colgar, y decirle a Shango que cargase una rutina de observación en los códigos de acceso de Niall Kanoto, y otra en su familia directa. Si Kravis intentaba contactar con su amigote de yate, la TuringG7 del precinto lo sabría antes que él.

—Confirmándolo —dijo Bietzk—. Conexión registró a la familia Lorenzo entrando a la estación urbana del Pueblo a las nueve diecisiete de la tarde, y salió en Central Park oeste al lado de su bloque tres minutos después. Es su último uso registrado.

Una pantalla mural mostró la grabación de la estación de Central Park oeste. Todos en la oficina vieron a la familia Lorenzo salir del portal de enlace. La escena era excepcional de lo ordinaria que era. Alik se habría creído que fuese un anuncio sobre la familia ideal. Madre hermosa, joven, sonriente. Padre mayor y comedido. Y niños alegres y con risas que mostraban una perfecta dentadura y

bromeaban entre sí.

Shango se conectó al registro nacional de la Agencia y lanzó un reconocimiento de características. Eran ellos.

Bietzk cambió a la cámara de vigilancia cívica. Los Lorenzo dejaron la estación atrás y caminaron veinticinco metros, donde estaba la puerta de su bloque. Marca de tiempo, nueve veintiuno.

—Que la Turing del precinto analice la grabación del resto de la noche de esa cámara —dijo Salovitz—, quiero saber si volvieron a salir. Y quién más entró.

—Entendido —dijo Bietzk.

Mientras lo procesaban, Alik llamó a la Agencia en Palm Beach, mientras Shango recorría la red de la compañía marítima de Kanoto. Encontró el archivo de la *Sea Star III*, que en su inexperta opinión parecía una versión reducida del *Jörmungand Celeste*.

Un ingeniero de la compañía de servicio había estado a bordo esa mañana, en una inspección final del yate, y fue entonces cuando el sistema de diagnóstico del yate le indicó el problema con el motor, algún tipo de contaminante en el sistema de transmisión. Si encendían el motor, existía el riesgo de que todo el mecanismo de engranajes se bloquease. La compañía había grabado la llamada a Niall Kanoto, informándole de que la tenían que desarmar entera para limpiarla.

El ingeniero era Ali Renzi. Un ping de infiltración a su altyo le reveló su localización en Miami Central, y solicitó a tres agentes de la oficina de Miami Central para recogerlo.

—La grabación de Central Park oeste ha sido comprometida —dijo Bietzk—, alguien ha hecho una sofisticada edición de *no espacio*, recortando áreas de tamaño humano y reemplazándolas con una repetición del fondo. Supongo que era la banda de Javid Lee entrando al bloque.

—¿Puedes rastrear la infiltración? —preguntó Salovitz.

—Nuestro departamento no —Bietzk echó una mirada a Alik—. ¿Puedo contratar a un equipo de auditoría digital?

—Hazlo —dijo Salovitz.

—¿Y qué hay de la vigilancia interna del bloque? —preguntó Alik.

—Desactivada, la apagaron al infiltrarse sin disparar alarmas. Sea quien fuese su icabeza, sabía lo que se hacía.

—Muy bien —dijo Alik—. Demos un paso atrás, no tienen por qué haber venido desde la estación más cercana, eso le habría facilitado mucho las cosas a cualquier investigación, aunque… tampoco esperarían que fuese una investigación homicida con el FBI. Decidle a la Turing que analice todas las cámaras de alrededor del apartamento, a ver si podéis rastrear a la banda de Javid Lee en sus ediciones.

Encontrad de dónde vinieron, en algún lugar han tenido que dejarse alguna imagen.

Bietzk hizo un leve asentimiento y empezó a darle instrucciones a su altyo.

—Conexión no ha registrado a los Lorenzo en ninguna estación desde que salieron de la red en Central Park oeste —dijo Salovitz—. Así que, ¿dónde coño están?

Alik contempló el holograma del escenario, recorriendo mentalmente las salidas de la casaportal.

—Lo estamos pensando demasiado —decidió—, dejemos de apoyarnos en las Turings y en el equipo Forense, y volvamos a lo básico.

—¿Como qué? —preguntó Salovitz.

—Estamos buscando una solución técnica y no estoy seguro de que nos vaya a servir. Piénsalo, media docena de pirados irrumpen en tu apartamento, armados hasta los dientes. No tienes tiempo de ser listo, tú y los críos *tenéis* que salir, y rápido. Y el apartamento está a, ¿qué? ¿Veinte plantas de altura? ¿Tres o cuatro apartamentos en cada planta? ¿Los hemos revisado físicamente?

—Aún no, solo la planta diecisiete.

—Pues lo tienes que hacer.

—Llamaré a más gente —dijo Salovitz, reluctante.

Alik se buscó un escritorio y se sentó. Alguien trajo café de una máquina automática, pero no se quejó en voz alta, necesitaba a la policía de su lado. Dio una orden y Shango le mostró un montón de datos de los asociados y conocidos de cada cadáver.

Estaba bastante seguro de que no serían los únicos mirando esas listas, los rumores de la policía en el apartamento ya se habrían extendido. El superviviente de la Antártida ya habría hablado con Rayner. Y Javid-Lee querrá saber dónde se han metido los suyos, probablemente haya enviado alguien a mirar a Central Park oeste, y habría visto a la policía montando un perímetro de la escena. Sabía que no tenía mucho tiempo. Tampoco era que las bandas hiciesen *omertá*, pero hasta el soldado más tonto sabía que no había que irse de la lengua con la policía, o peor, con los federales.

Sin embargo Alik era un firme creyente de que las cadenas eran tan fuertes como su eslabón más débil, solo tenía que elegir al eslabón adecuado.

Veinte minutos después, dos agentes de la oficina del FBI en Miami escoltaron a Ali Renzi al vigésimo precinto. Para mantener el favor de la Decana, Alik sugirió que Salovitz dirigiese el interrogatorio, dejándoles a él y Bietzk como espectadores remotos en el escenario

con un canal abierto, por si querían añadir alguna pregunta.

El escenario holográfico era detallado, y mostraba a un tranquilo Renzi en una actitud finamente trabajada para mostrarle a todo el mundo lo inocente que era, que todo esto era un gran error. Era una capullada, pensó Alik, los genuinamente inocentes se ponían muy nerviosos al ser arrastrados al cuartel a las dos y media de la madrugada.

Ali Renzi aún vestía su ropa de salir, una camisa de manga corta, con un bordado de un león alienígena muy fantasioso, y pantalones negros muy pegados. Un breve paseo por la noche de enero de Nueva York le había dejado tiritando y se había puesto bajo la salida de ventilación, intentando calentarse.

Bietzk le dio acceso a Shango al escáner corporal. El ritmo cardíaco de Renzi era alto, y su sangre elevada en toxicología. La actividad neuronal mostraba que su cerebro estaba a toda máquina. Alik aguantó una sonrisa ante la muestra de energía nerviosa.

Salovitz entró.

—Siéntate por favor.

Renzi le echó una última mirada a la rejilla de la calefacción y se sentó lentamente, en el lado opuesto a Salovitz.

—¿Preferirías un abogado presente? —preguntó Salovitz—. Si no tienes uno, se te asignará un defensor público. Y si no tienes seguro, serás responsable de sus gastos.

—¿Estoy bajo arresto? No me han leído mis derechos.

—No, no es un arresto, de momento eres un testigo material.

—¿De qué?

—Háblame del *Sea Star III*.

—Es un yate magnífico, a veces me encargo del mantenimiento. —Sonrió abiertamente con el típico pavoneo latino.

—Ali. —Salovitz pronunció su nombre como si fuese a aleccionar a un crío.

—¿Qué?

—Déjame darte un consejo gratuito. No tienes registro criminal, y salta a la vista que eres un tío básicamente decente, así que no me toques los huevos. ¿Entendido?

—¿Qué pasa tío? A veces le hago el mantenimiento, ya lo he dicho.

—Te hemos ido a buscar a las dos de la madrugada y te hemos traído hasta aquí para preguntarte por un yate que atendiste ayer por la mañana, y me dices ¿a veces? Empieza a subir tu IQ, porque «serio» ni empieza a describir esto.

—¿Subir mi qué?

—Espabílate, Ali. ¿Qué le ha pasado al *Sea Star*?

—Los engranajes, tío. El diagnóstico dio un rojo, lo remolcamos a la dársena, y la compañía está trabajando en él.

—Joder, no me estás escuchando ¿verdad? Pues así es como va a ser la cosa. Me vas a hablar, a contarme lo que necesito saber, lo que terminará con un desayuno a cargo del precinto antes de soltarte. Sin cargos, y con nuestro agradecimiento por ayudar en un homicidio múltiple.

—Homi… ¿*Qué*?

—¡Cierra la puta boca! —Salovitz estampó el puño en la mesa—. Estoy hablando. Y si no cooperas, te enredaré con cargos de cómplice, y probablemente conspiración. Por este crimen, por los siete cadáveres que hemos encontrado hasta ahora, irás directo a Zagreo, y no al extremo bueno del cañón.

—¡Y una mierda tío! No he matado a nadie.

—Para la ley, complicidad es lo mismo que participar.

—¡No he hecho nada!

—Bien, entonces tengo una pregunta, y quiero que la pienses bien, porque va a ser muy simple. Si investigo tus cuentas, lo que todavía no he hecho porque eres un ciudadano voluntarioso y preocupado, pero, *si* lo hago, ¿me encontraré un inexplicable pago en metálico reciente? Tómate tu tiempo y piensa. El resto de tu vida depende de tu respuesta.

Renzi parecía haber superado el frío invernal. Tenía la frente empapada de sudor, y su piel palidecía tan rápido que Alik se preguntó si no tendría genes de camaleón.

—Sí —dijo Renzi, evitando el contacto visual—. El amigo de un amigo. Me echa un cable. Son malos tiempos, ya sabes. La economía.

Salovitz dejó sus cartas como si fuese un pro de las Vegas a punto de quedarse la pasta.

—Mira estos rostros Ali, ¿es alguno de estos el amigo de un amigo?

Renzi las miró.

—¡Jesús! —Se cubrió la boca con la mano, aguantando las arcadas.

—Sigue mirando —le ordenó Salovitz.

Las cartas mostraban todos los cuerpos, y en el caso de Perigine Lexi y Koushick Flaviu, una foto policial las acompañaba para clarificar su identidad.

—Ese —dijo Renzi, y se giró.

—¿Koushick Flaviu?

—Dijo que se llamaba Dylan.

—¿Y qué hiciste por él?

—Truqué el diagnóstico, quería asegurarse de que nadie saldría con el *Sea Star* este fin de semana. Sacarlo del agua era la manera

sencilla.

—¿Cuándo te reuniste con él?

—Apareció en mi caravana esa mañana, y sabía quién era yo, lo que hacía. Todo. Tío, ¡no le dices que no a gente así! Y no herí a nadie.

Salovitz rodeó lentamente la carta.

—¿Nadie salió herido, eh?

—Sabes a lo que me refiero, ¡tío! No hice nada, esto no es cosa mía. —Quizá. ¿Y que más dijo ese tío que se hacía llamar Dylan?

—No dijo nada, solo que deshabilitase el yate. ¡Lo juro, tío! Lo juro, sobre la tumba de mi madre.

—¿Dijo por qué lo quería fuera del agua?

—No, nada.

—¿Y has hecho antes favores como este?

—No, tío, de ninguna manera.

—¿Quieres preguntarle algo? —le dijo Salovitz a Alik por el canal del cuartel.

—No. Haré que la Agencia lo revise, si está limpio lo puedes soltar tras el desayuno.

*****

Mientras Salovitz estaba recogiendo en la sala de interrogatorio, Alik llamó a Tansan, su contacto de Capitol Hill. Se conocieron hace dos décadas, y habían formado una relación de beneficio mutuo. Después de algunos discretos favores, Alik había disfrutado de un fluido viaje por la Agencia, con casi el nivel de acceso del director, y el director se alegraría de no tener que saber algunas de las cosas que Alik había descubierto.

—Ha sido una operación bien organizada —le dijo Alik a Tansan —. Al menos al comienzo. Pero me intriga por qué una pandilla cutre de Nueva York está intentando acceder a los archivos Ultra del Pentágono.

—Tendrás que ir a preguntarles.

—Eso podría ser difícil, sospecho que ahora mismo estarán tensos, con eso de que sus compañeros de batalla hayan sido masacrados.

—¿Necesitas apoyo? Tengo algunos fondos ocultos disponibles, si necesitas contratar algunos expertos.

—Voy a ver a dónde nos lleva esta investigación primero. Es una coincidencia muy extraña, con ambas bandas apareciendo a la vez. Y si alguien quisiese acceder a archivos Ultra del Pentágono, no contratas a un puñado de punks, y eso es lo que eran esos gilipollas. Necesito saber quién escapó por la Antártida, podría conseguirme

algunas respuestas.

—Muy bien. Mantenme informado, tengo que saber quién quiere esos archivos, y por qué.

*****

Alik recorrió mentalmente todos los muertos, y decidió que el eslabón más débil sería probablemente Adrea Halfon, amante de Perigine Lexi. A veces, las chicas que se interesaban por estos chicos con conexiones en los bajos fondos solían ser más fuertes que ellos, ¿pero esta? Alik tenía la corazonada de que sería del otro tipo, frágil y dependiente. Perigine la había sacado de la alcantarilla, él era su mundo. Sin él, ella no era nada. Si él y Salovitz podían llegar a ella antes de que Javid-Lee enviase a alguien…

Alik y Salovitz bajaron caminando la radial sur de Manhattan y giraron en la salida 32 hacia la estación de Manhattan Beach Park. Casi llamaron a un taxez de dos asientos, pero había parado de nevar, así que los dos decidieron seguir a pie por el Bulevar Oriental.

—¿Crees que ha sido un secuestro? —le preguntó Salovitz—. Rayner se esforzó mucho en joderles el fin de semana a los Lorenzo, su grupo los quería en la casa.

—Y los de Javid-Lee pensaban que estarían en el yate, y que la casa estaría vacía. Por eso terminaron ambos juntos en Central Park, pero no creo que haya sido un secuestro.

—¿Entonces?

—El acceso a la red de Anaka, Devial, Mortal y Lorenzo necesita ciertas biometrías, y tener a Kravis a mano habría sido de mucha ayuda para Lisha Khan, su equipo contenía lectores biométricos. Además, retener a su familia es muy convincente.

—¿Así que todo es por acceder a los archivos?

—Podría ser, al menos para Rayner, pero eso no nos ayuda a localizar a los Lorenzo.

Acababan de dar las tres de la madrugada cuando entraron en la calle Dover. Nada excepto ellos se movía, ni siquiera un barrenderoz. La nieve era espesa y crujía bajo las suelas de Alik.

Era un barrio decente, todas las casas tenían patios ordenados, algunas con barcos aparcados a la entrada. La de Peregrine estaba a mitad de la calle, era la única con las luces encendidas.

Salovitz subió los escalones al pequeño porche y presionó el timbre. La red de la casa les pidió su identificación, que sus altyos proveyeron.

Adrea Halfon abrió la puerta y los miró nerviosa, había estado llorando.

—¿Sí? —Su voz era suave, y se le atascaba en la garganta.

—NYPD, señora —dijo Salovitz—. ¿Podemos entrar?

No dijo nada, tan solo se apartó y dejó la puerta abierta. Alik y Salovitz la siguieron. Miraron al frente, se miraron entre sí, y con cuidado de mantener un rostro neutro, miraron al frente de nuevo. La bata para estar por casa de Adrea era un leve tejido de encaje negro, rodeado de un inflado plumón púrpura, una obra maestra schrödingeriana en estar vestido y desvestido a la vez. Perigine la encontró en uno de los clubs de Javid-Lee, y saltaba a la vista que ella se lo agradecía al mantener la figura exacta que le cautivó cuando la encontró. Al ver a Adrea en persona, Alik no dudaba de haber elegido bien, el olor a inseguridad era tan fuerte como su perfume.

—Tengo malas noticias, señora —le dijo Salovitz, en la sala de estar. El lugar era tan ostentoso como se lo había imaginado, le habían dado demasiado dinero y licencia a alguien con un gusto salido directamente de los virtuales de Hong Kong. Y había hecho su casa de ensueño. Todo chirriaba. Colores, mobiliario, ornamentos y cuadros, Alik contó estilos de al menos cuatro eras diferentes.

Adrea asintió, un gélido gesto fugaz. Ya lo sabía.

—¿Cuál es, oficial?

—Su compañero, Perigine Lexi. Me temo que nuestro departamento lo ha encontrado muerto. Mis condolencias.

Se hundió en un sofá cargado de cojines, y alcanzó un vaso que tenía en la mesa de mármol adyacente. Ya había abierto una botella de borbón barato.

—Eso es terrible —se limitó a decir.

—La manera en que murió, sí. —Alik continuó su frase—. Terrible.

—¿Cómo…? —Se había ganado su aterrorizada mirada.

—Estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado, con la gente equivocada. Pero tú no sabrás nada al respecto, ¿no?

—No sé dónde ha estado esta noche, me dijo que se iba con unos amigos a un bar.

—¿Cómo se gana la vida?

—Es director en la Sidereal Urban Management.

Alik leyó el archivo que le encontró Shango al respecto.

—Una compañía de limpieza urbana, ¿no? ¿Tiene Sidereal el contrato de Gravesend y Sheepshead Bay?

—Sí, esa Sidereal.

Le temblaba la mano mientras le daba otro trago al borbón.

—Qué raro, nos lo hemos encontrado en un apartamento del barrio alto, estaba robando.

—No sé nada de eso.

—Creemos que una de las personas que estaba con él era Duane Nordon. ¿Le importaría identificarlo para nosotros, por favor? —dijo, alzando una foto.

—Claro. —Levantó la mirada y apenas vio la imagen del rostro helado y pálido de Duane gritó. Salió corriendo de la habitación. Alik y Salovitz intercambiaron una mirada con las arcadas como banda sonora.

Un par de minutos después, Adrea reapareció por el umbral, apretándose el camisón, algo para lo que definitivamente no estaba preparado.

—¡Hijo de puta!

—Sí, señora. Hubo dos bandas en el mismo apartamento, y se destrozaron como tiburones empastillados. Tu Peregrine fue afortunado, un tiro limpio, indoloro. Duane, no tanto.

Se cubrió la boca con la mano mientras le rodaban lágrimas por las mejillas.

—Se cargaron a dos de la otra banda —continuó Alik, sin piedad alguna—, pero uno escapó. ¿Tendrías alguna idea de quién podría haber contratado Rayner para un trabajo como este?

—No sé nada en absoluto.

—¿Crees que Javid-Lee es tu amigo? ¿Qué estará de tu lado? Ahora mismo va a salvarse el culo y nada más, así que dime qué crees que va a ocurrir si te llevamos al cuartel del vigésimo y te tenemos allí un par de noches. Y lo puedo hacer, como testigo en custodia, sin cargos. Lo que significa que no te puedes acoger a los derechos de Miranda, así que veinticuatro horas sin abogado.

—No he hecho nada —protestó, desplomándose de nuevo en el sofá.

—Tendríamos que comprobarlo, pero no importa, porque Javid-Lee querrá saber que has dicho las horas anteriores a que dejásemos entrar a su abogado. Y si sigues diciendo *nada*, ¿crees que va a creerte?

Ahora estaba llorando de verdad, clavando la mirada en Alik con más odio del que se podía destilar de un capítulo entero del KKK.

—Bastardo, ojalá tengas cáncer en las pelotas y se te suba por la columna.

—Seguro, cariño. Por otra parte, hemos venido a informarte de la muerte de Perigine, justo como requiere la ciudad. Nos hemos quedado unos minutos y nos marchamos en cuanto era obvio que no ibas a soltar prenda. ¿Qué crees que saldrá mejor?

—¿Qué quieres?

—Quiero saber qué coño está pasando.

—Perigine no hablaba mucho, no me había enterado de nada hasta el incendio.

—¿Qué incendio?

—El salón Blueshift Starlight, uno de los de Javid-Lee.

—¿Dónde trabajabas? —preguntó Salovitz.

—Ya no hago eso —dijo, petulante—, y nunca bailé allí, es el camino de descenso ¿sabes? Pero conozco un par de chicas que terminaron en ese lugar.

—¿Cuándo fue el incendio?

—Hace un par de días, el fuego comenzó en la cocina. Se supone que fue un accidente, pero todo el mundo sabe que no es verdad. Peri dijo que Javid-Lee sabía que el incendio y machacar a Riek había sido una orden de Rayner. Y entonces Javid le dijo a Peri que se encargarse de los Farron para igualar las cosas con Rayner, ¿sabes? No se puede permitir demostrar debilidades, no después de dos goles. Si lo dejas pasar, la gente se piensa que eres débil, y al instante siguiente desapareces. Tenía que enviar un mensaje, uno ruidoso.

—Espera —dijo Alik—, vuelve atrás un momento. ¿Quién coño es Riek?

—Era un pringado a tiempo parcial de la organización de Javid-Lee. Pero Peri decía que se encargó de una extorsión para Javid-Lee un par de días antes. Y lo siguiente que sabemos de él es que lo está sacando del puerto, el mismo día que el incendio del Blueshift.

—¿Qué hizo Riek? ¿Quién fue el extorsionado?

—No lo sé, era de los de Rayner. Sea quien sea, cabreó a Rayner, lo que no es muy difícil tampoco.

—¿Y los Farron? ¿Quiénes son?

—Son de los que se iba a encargar Peri para bajarle los humos.

—¿Están entonces Javid-Lee y Rayner en guerra? ¿Cuánto tiempo llevan así?

Se encogió de hombros.

—Esta semana, Peri ha estado volviendo tarde, y con un temperamento de mierda todos los días. Siempre es un tema de respeto con los hombres, tienes que mostrar respeto. Y si no lo haces, si te sales de la línea, te envían un mensaje. Como siempre.

*****

El frío aire de la calle Dover estaba cargado con el aroma del Atlántico, que acechaba a un par de calles. Alik respiró profundamente, imaginándose que era algún tipo de limpiador.

—Estos hijos de puta aún viven en la edad media.

Salovitz soltó una risotada.

—Vaya manera de rebajarse, desde D. C. hasta aquí.

—Nah —admitió Alik—, es mucho más salvaje allí. Quizá menos sangriento, pero es el doble de doloroso.

—Amén, amigo. ¿Qué hacemos ahora?

—Todavía no le hemos encontrado mucho sentido a todo esto —se quejaba Alik, mientras bajaban la calle.

Shango le mostró el archivo de la NYPD de Riek Patterson, al que habían sacado del puerto deportivo hacía dos días. No pudo nadar hasta un lugar seguro, aunque Alik tenía que reconocer que a cualquiera le costaría con cincuenta kilos de cadenas enrollados en las piernas. Ese mismo día, el cuerpo de bomberos atendió un incendio en la cocina del Blueshift Starlight Lounge.

—Bien —dijo, ordenando sus pensamientos—. Riek hizo algo que enfureció a Rayner lo bastante como para ordenar dos ataques en respuesta. Javid-Lee responde enviando al equipo de Perigine para cargarse a los Farron, quienes coño sean. Y Perigine termina en la casaportal de Lorenzo, reventado por los de Rayner, que además estaban intentando un golpe digital.

—¿Aún piensas que es una coincidencia?

—No sé qué pensar.

—No me digas, necesitas más información.

—¿Acaso tú no? —respondió Alik. Y entonces Shango le mostró el archivo más extraño de la noche—. ¡Hostia puta!

—¿Qué?

Le compartió el archivo.

—Delphine Farron es la ama de casa de los Lorenzo.

—Y una mierda —ladró Salovitz.

—Mira el puto archivo.

—Entonces, ¿con quién vamos a hablar ahora?

—Dame un segundo. —Shango le hizo un ping al código de Delphine Farron. Sin respuesta, su altyo estaba fuera de la red—. Uf, que un escuadrón se pase por su dirección, ahora mismo.

—Cristo. Estoy en ello.

—¿Por eso estaba Perigine en el piso de los Lorenzo? —Alik estaba pensando en voz alta—. ¿Cazando a la mujer de los Farron? —Entonces siguió leyendo el archivo que Shango le había encontrado—. Joder, esto mejora por momentos. Mira esto, Delphine es la prima segunda de Rayner.

—Eso no puede ser —dijo Salovitz—. Si Perigine se hubiese cargado a esta mujer en la casaportal, habríamos encontrado su cuerpo.

—No si salió a dar un paseo por la Antártida —dije—. Nosotros

apenas encontramos la siguiente habitación.

—Perigine y los suyos no tenían equipamiento polar.

—Sí —admitió agriamente Alik—. Bien visto. Pídele al cuartel que nos consiga el registro de Conexión de Delphine Farron. Quiero saber dónde está.

Acababan de llegar a la estación de Manhattan Beach Park cuando Alik terminó de revisar el archivo de Riek Patterson.

—Cambio de planes —anunció—. Nos vamos a Brooklyn oeste.

—¿A qué?

—A presentar nuestros respetos a la viuda Patterson.

*****

Geográficamente la avenida Stillwaters no estaba tan lejos de la calle Dover, pero a Alik, que entendía de *status*, la caída le había dado vértigo. Encontraron rápidamente donde Riek Patterson había alquilado habitaciones, casi la mitad del edificio estaba abandonado. El resto de los habitantes se desvanecieron como ratas entre las rendijas en cuanto los dos cruzaron el umbral. Alik no pensaba que fuesen tan tontos como para enredarse con uno de los mejores agentes de la ciudad y un federal, pero vete a saber qué mierda de neuroquímico les daban sus sintetizadores de veinte años, ni cómo les afectaría.

Colleana Patterson estaba despierta. En otra situación lo achacaría a algún sentimiento de culpa, a las tres y media de la madrugada salían a jugar los peores, pero el bebé de dos meses que tenía en el brazo era una evidencia en contra. Parecía que llevaba despierta medio año, y llorando la mayor parte del tiempo. Era un desastre emocional y físico. El minúsculo apartamento era una pocilga que apestaba a comida podrida y pañales tóxicos.

—¿Qué pasa? —aulló, ni se había molestado en comprobar sus credenciales.

—¿Sabías que esta noche han atacado a Perigine Lexi y su banda? —le preguntó Alik.

Colapsó en una silla grande del salón cubierto de mugre, llorando. Eso despertó al crío, que aullaba como una banshee diminuta. Alik esperó, y siguiendo el cliché, un vecino empezó a aporrear la pared.

—Necesito tu ayuda —le dijo, cuando su desgracia alcanzó su punto álgido.

—¡No sé nada! ¿Cuántas malditas veces tengo que decírselo a su gente?

—No soy de la NYPD, soy del FBI.

—Sois todos iguales.

—No del todo, tengo mucha más autoridad que el detective Salovitz aquí presente.

Salovitz le dedicó una animada peineta.

—No sé nada —repitió, como si fuese su nuevo y brillante mantra, uno que pudiese solucionarlo todo en la vida. Alik podía sentir como estaba al borde de enroscarse en una posición fetal más cerrada de lo que el crío siquiera pudiese hacer, una de la que podría no desenroscarse nunca.

—He leído el archivo de Riek —dijo—, tenía un seguro, no mucho, pero que podría cambiarte la vida, a ti y al niño.

—No pagarán, el departamento legal de la compañía ya lo ha dicho. Bastardos. No ha sido un accidente.

—Podría serlo, puedo hablar con el cuartel, y pueden registrarlo oficialmente como un accidente. Como he dicho, tengo autoridad.

Miró por primera vez a Alik, con un rostro taciturno y repleto de sospecha.

—¿Qué quieres?

—Un nombre. Sabemos que la gente de Rayner se cargó a Riek por lo que había hecho, fue un contraataque.

—Ya, tampoco importa.

—Entonces dime qué es lo que hizo para Javid-Lee. Necesito saberlo.

—¿Estás hablando en serio con lo de la compañía de seguros? ¿De verdad que puedes hacer eso?

—De verdad que puedo hacerlo, pero me lo tienes que contar todo.

—Era una zorra. Por eso aceptó el trabajo, casi nadie lo haría.

Pero necesitábamos el dinero, Javid-Lee recompensa a su gente por su lealtad, es una de sus partes buenas.

—Te creo. ¿Quién era la chica?

—Samantha Lehito. Javid-Lee quería mandarle un mensaje.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

—No lo sé, por favor, de verdad que no lo sé. Riek nunca preguntaba. No preguntas. Era un soldado fiable de Javid-Lee. Entregó el mensaje como le pidieron. Envió a esa mofeta al hospital.

—¿Está viva entonces?

—Ni idea, lo estaba cuando la dejó. Su altyo gritaba por ayuda médica.

—Muy bien. —Shango ya tenía el archivo de Lehito en sus lentes, estaba en el hospital Jamaica de la vía verde Van Wick, bajo tratamiento de nivel tres de crédito, que confirmaba que Rayner cuidaba bien a los suyos, una buena política. Pero Alik tenía mucha curiosidad en saber qué habría hecho Samantha Lehito para que

Javid-Lee enviase a Riek a patearle el culo.

—¿El seguro? —dijo Colleana, desesperada—. ¿Qué pasa con el seguro? Te he dicho lo que querías saber.

El bebé estaba lloriqueando de nuevo, percibiendo la inquietud de su madre. La madre no le importaba una mierda de rata, pero el niño se merecía una oportunidad. Era su maldita consciencia de Bautista del Sur, que nunca le había abandonado.

—He subido el informe en la red de la Agencia —le dijo—. El cuartel se encargará por la mañana.

Rompió a llorar de nuevo.

Alik resopló. Podía ser un ángel guardián, pero no tenía que aguantar esto.

*****

—No hay nadie en la dirección de los Farron. —Salovitz estaba visiblemente triste mientras cruzaban las estaciones prácticamente desiertas.

—¿Sí?

—Tiene un niño, Alphonse. Miembros del cuerpo han preguntado por la zona, y además los vecinos dicen que han estado hoy y llevan sin verlos un tiempo.

—Añádelos a la lista de búsqueda.

—Ya está hecho.

El personal del hospital Jamaica estaba acostumbrado a que la NYPD apareciese en las horas malas, Salovitz habló con el recepcionista, que les dirigió a la novena planta. Las capas del hospital, con su estructura de tosco carbono y cristal de cincuenta años de antigüedad, eran un claro reflejo del estatus humano, de una manera que probablemente no fuese la intención del arquitecto, o si lo era, carecía del sentido de la ironía.

La sección Koholek era decente, varios escalones sociales por encima de las cinco plantas anteriores, donde estaban las habitaciones de MedicFare. Pero, todo sea dicho, unas cuantas plantas por debajo del tipo de tratamiento que recibiría Alik si, dios no lo quiera, fuese ingresado.

Samantha Lehito estaba en una habitación apartada de la zona más activa. Tenía dos camas, pero era la única paciente. Habían metido un motón de equipamiento, con un montón de tubos conectados a Samantha. Su cara y miembros estaban enfundados en una membrana azulada que apuntaba a que estaban utilizando células K para reemplazar los fragmentos perdidos de carne. En términos médicos, carne superficial. Pero Riek se había ensañado con la cara. Con solo

mirarla, Alik se arrepentía de haber ayudado a Colleana con el seguro.

Había otra mujer, adormilada en una silla al lado de la cama. Una chica bajita en sus treinta, con el pelo muy corto y un rostro extremadamente preocupado. Se agitó confundida cuando Alik y Salovitz entraron. Una confusión que rápidamente dio paso a un ceño desaprobador. Shango lanzó el reconocimiento facial: Karoline Kalin. Tenía una licencia de matrimonio con Samantha, presentada hace cuatro años y registrada en el ayuntamiento. Su registro de empleo era variado, pero actualmente trabajaba en una tienda local llamada Karma Energy. Shango no pudo encontrar ninguna conexión con ninguna de las empresas de Rayner.

—¿Qué queréis? —preguntó, con una voz tan agotada como la de Colleana.

Alik se aguantó un suspiro. Esa reacción era tan común que había dejado de resentirse hacía años. Era una característica humana, todo aquel que había sido robado o atracado daba la bienvenida a la policía como si viniesen a entregarle el premio de la lotería. Pero en cualquier otra circunstancia eran tan bien recibidos como inspectores de hacienda.

—Quiero hablar con Samantha —le dijo Alik.

—Está cansada. Lo que le hizo… —Karoline estiró una mano y le acarició el rostro—. Se está curando ahora, y eso requiere mucha energía. Dejadla descansar.

—¿Sabes que Riek Patterson está muerto?

—Sí, y tengo coartada. Estaba aquí, con ella. Incluso había un policía en la planta, un buen testigo ¿eh?

—Sé que no tocaste a Riek. Fue cosa de Rayner ¿verdad?

Karoline se giró hacia Samantha, acariciándole el pelo.

—Si tú lo dices.

—Lo que significa que Javid-Lee querrá venganza.

—Que va, esto ha terminado.

—¿Entre Rayner y Javid-Lee? No, nunca va a terminar hasta que uno de los dos desaparezca de la escena.

—¿Y quién va a hacer eso? ¿Tú? No lo creo, no con bastardos como esos. A esos no les arrestan, no van a juicio, no cumplen condena, y no les tienen que reconstruir la cara. Para eso tienen a pobres gilipollas como Sam.

—Cierto.

—¿Sabes lo que duele la aplicación cosmética?, ¿que las células K se te peguen a la piel real? Hasta que se adaptan al cuerpo duele, todo el tiempo, incluso con anestesia. Y tardarán meses en reconstruir los rasgos de Sam, en que no se pueda adivinar lo que le han hecho.

Muchos no aguantarían tanto dolor, pero mi Sam puede, es fuerte. Y cuando termine, cuando me la lleve a casa, habrá terminado con esto. Lejos de Rayner y el resto de esos psicópatas.

—Bonita historia —dijo Alik—. ¿Sabes cuántas veces la he escuchado antes?

—No la dejaré volver, no lo haré.

—Bien, entonces déjame ayudarte. Dime todo lo que te dijo, dime por qué Javid-Lee envió a Riek a hacerle esto, dime de qué estaba advirtiendo a Rayner. En cuanto entienda lo que está pasando, podré irme de fiesta con estos tíos. Tenemos siete cuerpos esta noche, sin incluir a Riek. La Agencia no va a dejar este caso.

—Sam no os lo diría.

—Claro que no, porque la han metido tan profundamente en su mundo que nunca podrá salir. Y todo tu amor y tus ruegos, cada argumento que tengas, todos tus sueños sobre empezar de nuevo, no servirán de nada. Solo conseguirás obligarla a elegir, tú o ellos. ¿Y estás segura de que te elegirá a ti? —Le iba a costar convencerla, más que pulir mierda, pero Alik creía ver la duda destellear en su expresión.

—¡Es mi puta esposa! Los dejará, por mí.

—Asegúrate. Dime lo que te dijo, y seguiré desde ahí. Rayner y Javid-Lee desaparecerán.

—Nunca lo harán. Cambiarán de nombre. Otro hijo de puta retomará el territorio.

—Pero habrá un espacio, un tiempo sin nadie a cargo, y ese es tu momento, cuando la podrás sacar.

—Sam no querría ni que estuviese hablando con vosotros de esta manera —dijo, incierta.

—Y ese es el problema, esta vida suya es una droga. No puede salir sola, pero tú la puedes ayudar.

Karoline exhaló un largo suspiro y apretó la mano de Samantha.

—Rayner quería entregar un mensaje, uno claro.

Ni siquiera tenía que mencionarlo, Alik entendía la cultura a fondo. Mensajes, amenazas. Todas variantes del clásico barullo que quedaba cuando los insultos se agotaban. Y se reducía al poder que los Javid-Lees y Rayners podían ejercer sobre otros, impuesto con dinero, o miedo. Nadie retrocede, demasiado orgullo idiota. Perder respeto entre las bandas es perderlo todo.

—¿Qué mensaje? —preguntó Salovitz.

—Retirarse —respondió—. Eso es todo. Esta mujer tenía algún tipo de disputa con un familiar de Rayner, así que Sam se entera de cuándo va al spa, uno especialmente pomposo en el barrio alto. Va cada par

de días, con tratamiento completo, pelo, rostro, y limpieza corporal. Y ella también quiere un masaje, uno especial, con piedras y otras mierdas. Y la cosa es que incluso con un masaje normal estás desnuda. ¿Sabías que la gente solo con quitarse la ropa se siente vulnerable, mucho más estando tumbada con alguien a su alrededor, alguien que de repente descubres que no es quien esperabas?

—Sam le dio el masaje —dijo Alik.

—Exacto. Pero nunca la hirió, nunca haría nada parecido a ese puto animal, Riek. Ella solo la acojonó, justo lo que Rayner quería.

Alik ya sabía la respuesta, pero tenía que preguntar.

—Y esta mujer a la que advirtió, ¿quién era?

—Rose Lorenzo.

*****

Bietzk les llamó en cuanto pusieron un pie fuera del hospital. Frente a él, una larga hilera de pinos y robles se extendía por toda la extensión de Van Wyck, una encantadora zona verde que atravesaba la espesura urbana en lenta despoblación. La progresista idea de convertir las antiguas y grandes vías de toda la ciudad suavizaba el entorno, y gracias a eso hacía las vidas de los ciudadanos algo mejores y agradables. Todo muy admirable y valioso.

Pero en el fondo de su corazón, Alik sabía que era una gilipollez como las demás. Siempre ha habido gánsteres como Javid-Lee y Rayner, desde que se fundó la ciudad, y probablemente siempre los habrá. La pobreza atraía a cierto tipo de persona, violenta y sin consciencia, y donde hubiese pobreza se presentaba su gemelo malvado, la explotación. A pesar de todo el dinero que había guardado en las reservas de la zona alta, la ciudad mantenía una noción muy anticuada sobre la distribución equitativa. Un puñado de parques estrechos no cambiaría la actitud de ningún neoyorkino, los edificios e instituciones eternos les mantenían encerrados en el antiguo ciclo económico, tan eficaz como una prisión. La única manera que tenía la gente que había nacido en los proyectos y las viviendas de alquiler bajo, era abandonar y sumergirse de lleno en otra cosa, algo nuevo y diferente, como un hábitat asteroidal o un mundo terraformado, sea universal o utópico. Pero Alik había visto las estadísticas, siempre consultaba los apéndices de los innumerables informes de crimen urbano, comisionados por los senadores estatales que llamaban a la «acción». Deprimentemente, muy pocos niños abandonaban el mundo que conocían, sin importar las oportunidades prometidas por la elegante publicidad del gobierno. No le sorprendía, nadie en los hábitats limpios y brillantes quería que ningún macarra

de Nueva York apareciese a joderles la perfecta conformidad que habían tejido en sus vidas neocorporativas. Y desde que Nueva Washington fue terraformada con éxito, allá en el 2134, ofreciendo sus infinitas praderas a los colonos americanos, la población de Nueva York no se había reducido en más de un diez por ciento. La mayoría de las otras ciudades de Estados Unidos habrían perdido un quince o veinte por ciento de su máximo del siglo veintiuno, cuando la población, especialmente los jóvenes, se marchaba en bandadas en busca del mítico «nuevo comienzo».

Mientras Alik escuchaba a Bietzk en el punzante frío, su mirada siguió los árboles de Van Wyck, viendo sus mantos de fino y espinado hielo, como si les hubiese crecido púas defensivas para el invierno. Un reflejo de los ciudadanos que caminaban entre ellos, que rezumaban hostilidad, arraigados en la estructura del pasado.

—No te lo vas a creer —dijo Bietzk.

Alik intercambió una mirada con Salovitz.

—Continúa —dijo.

—Conexión nos ha enviado los registros de Delphine Farron. Ella, y su chico Alphonse salieron de la estación de Central Park oeste cincuenta y dos minutos antes de que la familia Lorenzo llegase a casa. La grabación de vigilancia civil les muestra entrando en el bloque de apartamentos.

—No me lo puedo creer —exclamó Salovitz—. ¿Estaban todos en la casaportal? ¿Dónde coño han ido a parar?

—Bietzk —dijo Alik—, necesito que hables con la inmobiliaria, averigua si la casaportal tiene una habitación segura.

—Me pongo a ello.

—Vamos —le dijo a Salovitz.

—¿A dónde?

—Al piso de los Lorenzo, ¿a dónde si no?

*****

Aún quedaba un par de aburridos policías en la casaportal, esperando a que terminase su turno mientras miraban como los forenses recogían. Alik atravesó directamente la sala de portales hacia el *Jörmungand Celeste*.

—¿Crees que aquí tienen una habitación segura? —preguntó Salovitz.

—No —respondió, quitándose la chaqueta en anticipación al calor del exterior mientras salían a la cubierta privada. Como era de esperar, la temperatura y la humedad habían aumentado en el par de horas que llevaban fuera. Cuando Alik se asomó sobre la baranda, vio

el agua moverse suavemente sobre el casco. Lo que sabía que era un engaño, pues habría fuertes corrientes causadas por la enorme velocidad de la propia embarcación sobre el océano. La estela sería aún peor, enormes remolinos ciclónicos que apenas parecerían leves ondulaciones, mientras no te atrapase ninguno. Tenías que estar loco para saltar, o desesperado.

—¿Qué buscas? —preguntó Salovitz.

—Algo que no está, que siempre es lo más difícil de encontrar.

A ambos extremos de la cubierta había enormes cilindros de rojo y blanco, fijados al muro, que contenían lanchas de emergencia. Alik abrió los cierres de uno, contenía un enorme paquete de tejido naranja y cinco chaquetas salvavidas. El otro estaba vacío.

—Me cago en mi puta estampa —exclamó Salovitz.

—Estaban desesperados —dijo Alik, lentamente—. La desesperación que deriva de tener dos bandas de mafiosos irrumpiendo en tu casa.

—Hostia puta.

—Encuentra las coordenadas del barco a las once del EST, de anoche —le dijo a Shango—, y después alerta a la guardia costera sudafricana. Pídeles que envíen un barco, o un avión, si aún los usan.

*****

Ambos volvieron al vigésimo precinto a esperar. Alik recibió una llamada de la Agencia, mientras Salovitz y él disfrutaban de un café de máquina automática. Los forenses de la Agencia habían logrado progresos con la habitación de la Antártida, pertenecía a los Mendoza. Era una pareja de ancianos casados en Manila, sin lazos con ningún tipo de crimen. La persona que entró había arrasado con los sistemas de seguridad, borrándolos y reventándolos. Pero la suerte le falló por primera vez; Alik y Salovitz pudieron ver las imágenes de seguridad civil de Manila en el escenario de la oficina.

Una mujer de pelo claro emergió de la casa de los Mendoza en la avenida Makait, al otro lado del parque Ayala. Un taxez se acercó y la recogió, y en menos de treinta segundos, el vehículo desapareció de los registros de transporte de Manila. No era la mejor imagen que Alik había visto, pero mostraba claramente la mediana altura del sujeto, y el nervio de su caminar, la figura exclusiva de quien entrena constantemente. Llevaba un ancho abrigo, estilo parka, con el que escondía su armadura, y que le debería haber ayudado en la Antártida, pero en Manila se habría asado al instante. Las rutinas de ampliación rectificaron el desenfoque de su rostro, y la TuringG7 lanzó un reconocimiento facial.

—Nada —exclamó Salovitz, disgustado.

—Quizá —dijo Alik—. Al menos estamos seguros de que no es de la organización de Rayner.

—¿La conoces?

—No —mintió. Solo era una mentira a medias, pero estaba satisfecho de haber conseguido disimular la profunda inquietud que le acababa de patear el culo. Ninguna rutina de características atraparía jamás a este sujeto, porque se cambiaba los rasgos tras cada encargo, cosa fácil con las células K que había en el mercado desde hacía unos años. Sin embargo, su altura y complexión se mantenían constantes en un cinco por ciento, igual que su pelo rubio arenoso, independientemente del estilo que llevase. Y las sangrías a su estela. No era una característica visual, pero los asesinatos múltiples eran su firma, igual que Ainsley Zangari dejaba un reguero de dinero. *Cáncer*, susurró Alik para sí.

Dejó a Salovitz que preparase las alertas usuales y las peticiones de cooperación con varias agencias globales, proveyéndoles la nueva imagen. Él salió a llamar a Tansan.

—Es Cáncer.

—Mierda —soltó Tansan—. ¿Estás seguro?

—La masacre de la casaportal es su forma típica de operar, esa zorra se asegura de que nadie sobreviva para contar lo que ha pasado, especialmente a Koushick Flaviu, el que se encargaba del saqueo de datos. Estoy empezando a pensar que los dos equipos no se mataron entre sí tan limpiamente como parece, aunque no es solo una teoría. Acabo de ver en una cámara de vigilancia a una mujer que encaja con su perfil. Desvanecida en Manila hace horas.

—Esto es serio, esos archivos tienen que seguir siendo seguros.

—Estoy convencido de que los que ha asesinado están de acuerdo contigo.

—Lo lamento por ellos, en serio, pero la gente que represento tiene otros problemas.

—Y dinero.

—El dinero no es un factor, esta vez. Es político.

—Ya, he accedido al informe preliminar de Nikolai Kristjánsson, los archivos atacados son del escudo de Nueva York.

—Seguramente por eso han llamado tanto la atención aquí en Capitol Hill.

—Nikolai cree que no llegaron a acceder a los archivos.

—No esta vez, pero que alguien lo intente es preocupante. Solo hay una razón para querer esos archivos, y es para destruir Nueva York.

—No lo entiendo, hay suficientes chalados en el sistema solar que

podrían construir su propia bomba nuclear si quisiesen. Te traes los componentes uno a uno por las estaciones y la construyes dentro, los escudos son prácticamente un anacronismo.

—No del todo —dijo Tansan—. Pulau Manipa.

Alik sintió el calor de la vergüenza en las orejas, Pulau Manipa solía ser una isla en Indonesia. Hasta que en el 2073, un peñasco espacial de un tamaño razonable golpeó la atmósfera sobre ella. La atmósfera terrestre ha sido siempre una buena protección contra impactos cósmicos desde el final de los dinosaurios, con apenas unas marcas en su registro de seguridad, como en Tunguska en Siberia y el Cráter Meteoro en Arizona. La atmósfera incluso rompió la roca del 2073, dejando a Pulau Manipa bajo un disparo directo de escopeta, en lugar de un impacto directo. Los astrofísicos e ingenieros armamentísticos siguen discutiendo qué sería peor, si una explosión aérea o un impacto sólido. Nadie de Pulau Manipa podía ya dar su opinión, entre los impactos múltiples, las ondas de choque superpuestas y las tormentas de fuego, nadie salió vivo de allí.

Hasta ese incidente, las naciones no se habían tomado muy en serio lo de construir escudos. Estaban siempre a la cola del gasto militar, y tampoco le entusiasmaba a nadie. Aún quedaban bastantes fanáticos religiosos y políticos que invocaban campañas de insurgencia contra los gobiernos, o más bien la sociedad en general, pero estaban siendo desplazados lenta y silenciosamente a Zagreo. La era de las guerras nacionales y los ejércitos enfrentados con misiles nucleares había terminado hacía mucho.

Los escudos eran unos campos artificiales de enlaces atómicos ampliados, una tecnología que emergió de la fabricación molecular. A pesar de que el aire era un material tenue, incluso al nivel del mar, si los enlaces se aumentaban en una sección lo bastante gruesa, producía lo que a todos los efectos era un campo de fuerza. Un muro de aire de veinte metros era capaz de aguantar el impacto de un rompeinfiernos, con uno de un par de kilómetros, una explosión nuclear fuera de la ciudad solo sería unos grandiosos fuegos artificiales para los habitantes.

Si Pulau Manipa hubiese tenido un escudo, el asteroide no lo habría atravesado, y los gobiernos lo sabían. Todos comenzaron a encargar contratos de construcción a autoridades civiles, las antiguas fábricas armamentísticas recibieron su último trago del gran capital. La mayoría de las áreas urbanas del planeta tenían escudos antinucleares. Aunque ningún asteroide nunca llegaría a menos de diez millones de kilómetros de la Tierra. Las compañías de astroingeniería tenían tanta gente y tanto hardware en el espacio que

cualquier asteroide que se acercase sería minado hasta la última piedra antes de que alcanzase la órbita lunar. Pero ningún político quería ser el responsable de un recorte presupuestario que fuese a reducir la defensa de sus votantes. Y así los escudos se mantenían intactos y alerta. En los últimos noventa y nueve años, los transcurridos desde Pulau Manipa, los escudos solo han servido para proteger de los huracanes.

—Que nos caigan rocas del cielo es algo del pasado —insistió Alik—, no somos imbéciles como los dinosaurios, estamos para quedarnos. Es darwiniano.

—¿Y por qué quiere Cáncer acceder a esos archivos?

Alik se pasó la mano por la cabeza. Ni en sus ideas más salvajes, motivadas por innumerables juegos drama de Hong Kong, podría dar una respuesta viable.

—Pronto tendremos algunas respuestas del homicidio múltiple, eso nos ayudará a determinar la dirección adecuada —le dijo a Tansan—. Pero quizá necesite parte de esos fondos ocultos para terminar el caso.

*****

Al final la guardia costera sudafricana tenía aviones y un par de escuadrones de
Boeing-TV88
. No eran drones, aunque podían desplegar enjambres de drones aéreos y subacuáticos, entretejidos con todo tipo de sensores de alto nivel. Incluso tenían humanos de verdad en la cabina, dándole órdenes a la TuringG6. Dos habían barrido el área sobre la que *el Jörmungand Celeste* había estado a las once de la hora de Nueva York. Habían encontrado la balsa rápidamente, incluso a pesar de que el faro estaba deshabilitado. Así de asustados estaban las familias Lorenzo y Farron.

Los TV88 tenían portales a bordo, y en cuanto rescataron a las familias los llevaron al cuartel del vigésimo precinto, setenta minutos después de que le hubiesen solicitado ayuda a la guarda costera sudafricana. Alik estaba impresionado.

Las dos familias parecían refugiados de alguna zona catastrófica, encorvados, empapados del agua del océano, con una sábana plateada sobre los hombros, y agarrados a botellas de agua y barritas de cereales. No fueron los triunfantes rescatadores los que trajeron a los seis, sino un trío de irritados policías.

Salovitz no los llevó a interrogación, eso se lo guardaba para después de la primera respuesta equivocada y los sentaron en una fila de sillas al final de la oficina del caso. La verdad es que para haber

pasado horas en el mismo bote salva vidas, no parecían llevarse nada bien.

Delphine Farron protegía con el brazo a Alphonse, el chico apenas tenía diez años, pero ya había perfeccionado la sucia mirada de adolescente. Miró fatal a Alik, como si fuese una modelo de pasarela atrapada por incumplir la dieta.

Los Lorenzo apenas eran más civilizados, Alik intentó no mirar demasiado a Rose, era la mujer trofeo perfecta. Shango le mostró que había sido modelo de múltiples marcas hacía una década, de alta costura y lencería de lujo. Ahora encajaba perfectamente en el molde de esposa corporativa. Los tratamientos de telómeros le habían preservado un aspecto veinteañero y los subrogados le habían evitado el castigo corporal del embarazo, interpretando su papel de bombón elegante y chic a la perfección. Incluso desaliñada como estaba por la ordalía oceánica, seguía siendo elegante. También se imaginó que era una madre feroz, tenía a sus hijos a su lado, rodeándolos con los brazos. Kravis Lorenzo era la otra pieza de la familia estereotipo, de la liga de marfil, casi tan acicalado como Rose, estirado y desafiante en su silla, manteniendo la pose que transmite: tengo a mi colega de ley criminal en llamada rápida.

—Menuda noche —dijo Salovitz—. Cinco personas muertas.

Delphine Farron soltó un leve siseo, la única pista de sus emociones. Rose Lorenzo abrazó a sus hijos aún más fuerte.

—Seamos claros —continuó Salovitz—, cualquier respuesta de listillo o mentira, y llevaremos esto hasta las celdas de retención. La división social de la ciudad reclamará a los niños, y sabéis lo que dicen: la diferencia entre un social de la ciudad y un rottweiler es que el rottweiler al final te suelta.

—No nos puedes amenazar —espetó Kravis Lorenzo—. Dios mío, hombre, ¡y más con lo que hemos pasado!

—No son solo cinco, ¿verdad? —dijo Alik—. Podríamos añadir a Riek, al que sacaron del puerto hace un par de días. Y a Samantha, que quizá no está muerta, pero sigue en el hospital con un rostro tan desfigurado que un gorila vomitaría al verla.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Kravis.

—Respuesta equivocada —dijo Salovitz—. Vamos a retención, te pondremos cargos y comenzarás con los interrogatorios formales. —Se levantó, decidido…

—¡Espera! —dijo Kravis—. ¿Qué queréis?

—Que te dejes de gilipolleces —ahora era Salovitz el mordaz—. ¿Dónde y qué coño ha hecho tu gente? Hay una guerra entre bandas en mi precinto, y estáis en el centro. ¿Por qué?

—Todo ha sido un error —dijo Rose—, no queríamos que pasase nada de esto. Es la verdad.

—¿De qué te advirtió Samantha? —preguntó Alik—. Y antes de que invoques la omnipresente amnesia, es la que te hizo el masaje con extras añadidos. Ya he hablado con ella en su cama del hospital.

Rose le dirigió a Delphine una mirada ansiosa, la casera solo se miraba los pies.

—Estoy esperando —dijo Alik.

—Asaltó a mi mujer —dijo Kravis, enfadado—, un asalto sexual.

—Voy a contar hasta tres —dijo Salovitz—, y si no obtengo respuesta…

—Me dijo que me apartase de Delphine —dijo pesadamente Rose.

—Nunca le pedí que te hiciese nada —dijo Delphine rápidamente —. Ni siquiera la conozco.

—¿Que te apartases por qué? —preguntó Salovitz.

—Todo lo que dije fue que devolviese la matriz de juegos de Bailey, y así no presentaría una queja formal a la agencia de limpieza —dijo Rose.

—¿Dices que mi niño os ha robado? —dijo Delphine, indignada—. ¡Zorra mentirosa! Alphonse es un buen chico, ¿a que sí, cielo? —Le dio un apretón. El chico estaba cabizbajo.

—Estaba contigo el día en que se perdió —respondió Rose—. ¿Quién si no iba a cogerla? Y nunca pediste permiso para traerlo a mi casa.

—¡Eran las malditas vacaciones de Navidad! ¿Qué otra cosa iba a hacer con él?

—¿Pedirle a su padre que lo cuide? —soltó Rose. Y Alik entendió por qué Kravis se casó con ella, no solo por el tremendo sexo con el mejor culo del bloque. Ella era de la zona alta tanto como él.

—¡Puta zorra! —escupió Delphine.

—Calmaos, las dos —dijo Salovitz—. Entonces —dijo, mirando a Delphine—, Rose acusa a tu hijo de robar, ¿y se lo dices a Rayner? ¿Es esa la historia?

—No hice eso, ¿qué soy, estúpida? Es solo una puñetera matriz, doscientos pavos. Y el niñato tiene docenas de todas maneras. Seguro que está en la caja equivocada.

—¿Culpas a Bailey? —chilló Rose.

—¡Has llamado ladrón a Al!

—Jesús bendito —gruñó Salovitz.

—Alphonse —dijo suavemente Alik. El chico siguió sin alzar la mirada—. ¿Qué le dijiste a tu tío Rayner?

El chico solo sacudió la cabeza.

Delphine le miró con repentina sospecha.

—¡Eh! ¿Fuiste a ver a Rayner?

—No lo sé —lloriqueó—. Quizá.

—Idiota…

Alik esperaba que le fuese a abofetear ahí mismo, pero no ocurrió.

—¿Cogiste esa matriz? —le preguntó—. ¡Respóndeme! Vas a decirme la verdad *ahora*. ¿Lo hiciste?

Los hombros del chico comenzaron a sacudirse, mientras sus lágrimas rodaban hasta el suelo.

—La iba a devolver —gimió—. Iba a hacerlo, la próxima vez que volviésemos, de verdad. Es *Venganza estelar doce*, acaba de salir. Quería ver cómo es, eso es todo.

La expresión de satisfacción de Rose era tan brutal que Alik quiso darle la bofetada que Alphonse se merecía.

—Tu madre te insistió con la matriz —le dijo a Alphonse—. ¿Verdad? Así que le pediste a tu tío Rayner, de hombre a hombre, que apartase a Rose. Y así la podrías devolver.

—Supongo —murmuró.

—¿Se río?, ¿dijo: sí?, ¿dijo: bien hecho por cogerla? *Sabía que eras uno de los nuestros, chico*, ¿es eso lo que dijo?

El lloro de Alphonse aumentó de volumen.

Alik se volvió a Kravis.

—Y tú.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Por qué fue Riek a joder salvajemente a Samantha, después de que le sabotease el masaje de tu mujer?

—No lo sé.

—¿En serio? Porque tengo una lista de los clientes de tu firma, y mi altyo ha lanzado un análisis cruzado. ¿Te dice algo Longpark Developments?

—No, no tengo tratos con ellos.

—Ja, respuesta de abogado. Resulta que es propiedad de Javid-Lee. De hecho es una de las quince empresas suyas perfectamente legales que pagan las retenciones de tu firma.

Kravis miró a Alik en pétreo silencio.

—Hablaste con él, ¿tras el *masaje*, verdad? —continuó—, es tu mujer, después de todo. No solo querías justicia, no por lo que había hecho Samantha. Querías venganza.

—No lo puedes demostrar.

—No estés tan seguro. Fuiste a hablar con él porque creías que sería fácil de negar. Error. Cierto que no te delatará, estás demasiado metido en su mundo, eres de su puta propiedad, algo que estoy seguro

que aún no has procesado. Has hecho un pacto con el diablo, Kravis, tiene a tu alma por los huevos. Pero si buscamos con suficiente intensidad, si nos acercamos a la gente adecuada, a los insignificantes, habrá testigos. Te podría procesar como accesorio esencial de un homicidio múltiple. ¿Cuánto crees que durarás en Zagreo, un tío bien criado como tú? Los rumores de caníbales están por algún motivo.

—Javid-Lee es un cliente —dijo Kravis, agitado—, tratamos muchos detalles de negocios legítimos. Es todo lo que voy a decir.

—Hay algo que no entiendo —dijo Alik—. Delphine, ¿por qué fuiste anoche a casa de los Lorenzo?

—Koushick me llamó —dijo reluctante, tras una pausa—. Nos conocemos de hace tiempo. Me dijo que Javid-Lee estaba pensando en responder a Rayner por algún tipo de bomba incendiaria en un club. Me dijo que se estaba saliendo de control, y que yo podría ser un objetivo. Dijo que debería mantenerme apartada unos días, hasta que todo se calmase. Estaba asustada, sé cómo es la vida de Rayner. No somos cercanos, pero para esa gente, somos familia, todos iguales. Y sabía que los Lorenzo iban a estar fuera el fin de semana, en un barco con sus elegantes amigos. Era el último lugar en el que nos buscaría nadie.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Alik.

—¿Qué mujer?

—Javid-Lee envió a otros dos con Perigine Lexi esa noche: Duane Nordon y Lisha Khan. Y Rayner mandó a Koushick Flaviu y Otto Samule, los que no lo han contado, junto a una mujer. Ella ha sobrevivido a la matanza. ¿Quién es?

—No lo sé, de verdad, no lo sé. Lo he dicho antes, no estoy involucrada en esa parte de la vida de la familia.

Alik miró a Salovitz.

—No me quedan preguntas.

—Seis muertos —dijo Salovitz en un susurro—, y otra en el hospital. Habéis comenzado una guerra que sigue en marcha porque un crío robó un puto juego virtual. Un *juego*. ¿Tenéis la más remota idea de lo que habéis desatado? ¡Jesucristo!

—No sabía… —comenzó Kravis.

—¡Cierra la puta boca! —gritó Salovitz—. ¡No te toca hablar ahora, después de lo que has hecho!

—¿Qué va a pasar entonces? —preguntó Rose. Sus hijos estaban tan pegados que parecía que fuesen a enterrar la cabeza en sus costillas.

—Darwin —les dijo Alik.

Salovitz le echó una fea mirada.

—No entiendo lo que significa —dijo Rose.

—La supervivencia solía depender de lo rápido y fuerte que fueses, de lo bien que cazases —le dijo Alik—. Eso era cuando vivíamos en cuevas y nos asustaban los truenos. Ahora trata de ser el más listo.

—Dinos —dijo Delphine—. Por favor, dinos la opción inteligente.

—Opción uno: os imputamos por conspiración criminal. Dado lo ocurrido esta noche, es un viaje seguro a Zagreo para vosotros, Rose y Kravis. Vuestros hijos serán acogidos por los servicios de la ciudad, o entregados a cualquier familiar.

—¿O? —preguntó Kravis.

Alik casi sonrió. Después de todo Kravis era de Wall Street, reconocería un trato a un bloque de distancia.

—En mi informe le diré a mi jefe que todos estabais en la casaportal cuando dos bandas rivales irrumpieron, intentando saquear el lugar. Naturalmente huisteis para proteger a vuestras familias. Todo muy dramático, y no estaríais involucrados en ningún acto criminal. Pero sería un gran favor que os haría. Y, como todos hemos aprendido esta noche, estos favores no son baratos.

—¿Quieres dinero? —preguntó Rose, confundida.

—No, quiero que vosotros dos me hagáis un favor a cambio. Una simple llamada personal, eso es todo.

*****

La Black Maria fue primero a por Javid-Lee. Estaba en el restaurante Costado, en Broadway, sentado solo, con tres de sus tenientes en el bar, observando a los locales y atentos a cualquiera que pudiese haber enviado Rayner. La guerra aún estaba al rojo vivo. Estaba solo porque Kravis Lorenzo aún no había aparecido.

Cinco hombres con chaquetas del FBI entraron. Los tenientes se pusieron en pie, con las manos en las pistoleras. Miraron a su jefe, sin saber qué hacer.

Javid-Lee sacudió levemente la cabeza. Los agentes rodearon su mesa y activaron una restricción de solnet en su altyo, dejándole en la sombra. La agente principal Marley Gardner le pidió, educada pero firmemente, que les acompañase al edificio de los federales del centro. Javid-Lee aceptó, y en reciprocidad, Gardner aceptó que llamase a su abogado al llegar al edificio de la Agencia, antes de ser procesado.

Fue discretamente esposado y escoltado a la Black Maria. El NYPD y el FBI aún las usaban previamente para escoltar a sospechosos más allá de un par de estaciones urbanas, había demasiados agotadores intentos de fuga. El procedimiento habría sido enviar al Black Maria por la red de servicio comercial y gubernamental, con el sospechoso

debidamente restringido. La más cercana de esas estaciones estaba en la esquina noreste de Central Park, en Harlem. La Black Maria se dirigió en dirección opuesta.

Ocho minutos más tarde se acercó a la Pizzeria Giorgiano. Rayner estaba solo, en un apartado, con siete de sus tenientes repartidos entre el bar y una mesa cercana, observando a los locales y atentos a cualquiera que pudiese haber enviado Javid-Lee. Estaba solo porque Delphine Farron aún no había aparecido.

Cinco hombres con chaquetas del FBI entraron. Los tenientes se pusieron en pie, con las manos en las pistoleras. Miraron a su jefe, sin saber qué hacer.

Rayner alzó una mano, un gesto diminuto que previno acciones poco inteligentes. Los agentes rodearon su mesa y activaron una restricción de solnet en su altyo, dejándole en la sombra. Invitó a la agente principal Marley Gardner a unirse a él. Una invitación que fue rechazada, y una contra invitación le fue dada para que les acompañase al edificio de los federales. Rayner aceptó, y en reciprocidad, Gardner aceptó que llamase a su abogado al llegar al edificio de la Agencia, antes de ser procesado.

Fue discretamente esposado y escoltado a la Black Maria. El interior de la vieja furgoneta estaba dividido en seis celdas. Rayner se tensó al ver al otro ocupante, sentado en un estrecho banco, pero permitió que le sentasen en una celda opuesta.

Marley Gardner se retiró, y Alik entró en la Black Maria.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó Javid-Lee cuando se cerró la puerta trasera.

—Rendición —dijo Alik, mientras la Black Maria se ponía en marcha.

—¡Qué te jodan gilipollas! —gritó Javid-Lee—. No puedes hacer eso.

—¿En serio? ¿A quién os vais a quejar? ¿Al Departamento de Justicia? Quizá incluso podáis llamar al FBI y quejaros a mi jefe. Uh, espera, no hay solnet en Zagreo.

—¡Te voy a hacer ver como tu puta madre muere lentamente antes de matarte! Es una promesa.

—¿Y cómo vas a hacer eso desde Zagreo? —le inquirió Alik—. Mira, estuve en la casaportal de Lorenzo esa noche. Y tengo que admitir que fue impresionante. ¿Toda esa gente muerta por una puta matriz de videojuego virtual? Hostia, habéis llevado los feudos de idiotas a un nuevo nivel. Así que, como agradecimiento, mi jefe y yo hemos decidido no malgastar el dinero de los contribuyentes en un juicio.

—¿Qué quieres? —preguntó Rayner suavemente.

—Nada.

—Sí, sí que quieres algo. Si fuese una rendición directa no estarías aquí con nosotros.

—Darwin, ¿eh?

—Estoy en el lado equivocado de los barrotes, colega. Lo que necesites. —Rayner sonreía magnánimo.

—Cáncer —dijo Alik.

—Ah, mierda.

—¿Por qué la elegiste a ella?

—No lo hice.

—Estoy escuchando.

Rayner dirigió un dedo a su rival.

—Ese imbécil no se entera de cuándo ha perdido.

—¡Que te jodan! —gritó Javid-Lee.

—Envié a Koushick a entregar un mensaje tan claro que incluso un idiota como este podría enterarse.

—Ibas a cargarte a los Lorenzo —dijo Alik, entendiendo.

—Puto exacto, la jodida familia al completo. Así está terminado. Limpio y finiquitado. Sin más venganzas de perdedores.

—Y una mierda lo habría estado —soltó Javid-Lee—. Puedo acabar contigo cuando quiera.

Rayner se burló.

—Seguro que sí.

—Vuelve al tema —dijo un cansado Alik.

—Vale, pues Koushick y los suyos estaban preparándose para cargarse a los Lorenzo, y lo siguiente que veo es a Cáncer viniendo a *mí*. No sé cómo lo sabía, probablemente fue Koushick yéndose de la lengua en los clubs.

—¿Y entonces?

—Joder, no iba a rechazar la oferta. ¡Cáncer! Se aseguraría de que no quedara ningún puto Lorenzo vivo en el universo. Koushick es bueno, y leal, pero había niños… Eso a ella no le importa. Y está a la altura de su reputación, ¿sabes? El cómo manipula a la gente, consiguiendo que se cancelase el viaje en yate, dejando a los Lorenzo exactamente donde quería. ¡Hostia, como si Koushick fuese capaz de organizar una como esa!

—¿Dijo por qué aceptó este contrato?

—Dijo que nos iba bien a los dos, que ambos saldríamos ganando. Me dijo que había algunos archivos que tenía Kravis en su firma a los que quería acceder. ¿Y sabes qué? Que de puta madre, es Cáncer, y va a trabajar conmigo. Está bien tener cerca a alguien como ella.

—¿Por qué quería esos archivos?

—¿En serio, tío? ¿Crees que le preguntaría, *a ella*, algo así? Le dije a Otto y Koushick que irían con ella, y que harían lo que ella dijese. —Miró a Javid-Lee, señalándolo de nuevo a través de los barrotes—. Y esa rata de alcantarilla los emboscó.

—No sabíamos que estarían allí —gritó Javid-Lee—. La puta caraculo de tu prima, Delphine, huyó allí después de que la avisases. Perigine iba a pegarle al chico. ¿Qué? ¿Pensabas que iba a ignorar que te cargases a Riek y le pegases fuego a mi puto club? Tú lo has llevado hasta este nivel, imbécil, porque no me respetas. Así que tu asquerosa rata de nieto, el mierdas que empezó esto, es mío, y lo sabes. Sabes el precio que tienes que pagar. Pero no tienes los huevos de comportarte como un hombre, tu puta familia se esconde y huyen como cabrones. Y eso es lo que sois, unos jodidos cobardes de mierda.

Rayner gritó sin palabras, y le escupió a Javid-Lee.

—Suficiente —dijo Alik. Señaló a Javid-Lee—. ¿Estabas persiguiendo a Alphonse?

—Pues claro joder, Peregine es bueno. Les rastreó hasta la casa de los Lorenzo, y allí se fue todo a la mierda. —Javid-Lee miró a Rayner —, y es tu culpa porque eres un puto cobarde. Mira a dónde nos has traído.

—¡A ti! —Sonreía Rayner—. ¡Te he puesto a ti colega! Yo estoy cooperando con los federales, me voy de aquí.

—¡Qué te jodan!

—Estupendo —dijo Alik—. Creo que tengo todo lo que necesito.

Shango le abrió la puerta de la furgoneta.

—¡Hey! —dijo Rayner—. ¡Eh, espera! ¿Qué pasa conmigo?

Alik se detuvo.

—Tienes mi agradecimiento personal por tu cooperación.

—¡No! No, ese no es el acuerdo. ¡Mueve el culo hasta aquí y sácame de esta puta celda! ¿Me oyes?

La puerta se cerró, y Alik contempló el terreno embarrado de la planta de procesado ambiental del condado de Lewis, al norte de Nueva York, una zona rural de seis kilómetros cuadrados, dominada por una impresionante planta de limpieza atmosférica. Cinco monstruosos túneles hiperboloides estaban juntos en fila, con collares de extractores de reacción molecular. Tres atrapaban monóxido de carbono del aire, mientras que el otro par recolectaba dióxido de carbono. Los gases se almacenaban en contenedores de alta presión, listos para su desecho.

Como esfuerzo de reducción, esta planta del condado de Lewis no habría tenido mucho efecto por si sola en el legado de gases de efecto

invernadero, que aún seguían a incómodos niveles, incluso tras cien años de secuestrar el exceso para ayudar a la capacidad natural de la biosfera para asimilar el resto. Pero había otras quinientas plantas similares, por todo el planeta, y entre todas marcaban una diferencia. Tanto que en otros cien años, según los expertos, alcanzarían los niveles previos al siglo veinte.

Alik aún podía oír a Javid-Lee y a Rayner gritándose obscenidades dentro de la Black Maria. Estaba aparcada con otros seis vehículos idénticos, igual de antiguos.

Marley Gardner y su equipo estaban esperando en un 4x4 a un lado, y Alik se subió.

—Buen trabajo, gracias —les dijo. A Alik le gustaba trabajar con Marley en las ocasiones en las que necesitaba salirse del cauce oficial. Marley tenía un equipo eficiente y nunca hacía preguntas—. Tendréis el dinero en las cuentas designadas por la mañana.

—Un placer como siempre —dijo Marley. Su altyo dio una orden al 4x4 y se dirigieron de vuelta a la estación.

Tras ellos, la hilera de Black Marías estaba frente a un enorme cilindro de metal, de cincuenta metros de largo y quince de alto. Alik vio como la puerta circular de un extremo se abrió lentamente, y la primera Black Maria se dirigió automáticamente al interior, seguida por la segunda.

El desecho directo era una opción en la planta de procesado ambiental gracias a la economía moderna. Con la energía como moneda, todo precio estaba definido en vatiodólares, y con la barata y abundante energía provista por los pozos solares, el valor de la mayoría de los servicios y materiales era increíblemente barato.

Hacía cien años la gente reciclaba cuidadosamente la basura de la generación anterior, descomponiendo la materia en sus átomos, refinando sus desechos y lodo en componentes útiles, listos para ser destinados a industrias de manufactura o microfactura. Pero ahora, con tanto material sin refinar de los asteroides, a coste mínimo, el proceso tan energéticamente intensivo de reciclar lo viejo ya no era económico.

Esas condiciones financieras implicaban que los objetos obsoletos, como por ejemplo, las Black Marias de hacía quince años de la Agencia, eran simplemente desechadas de la manera más económica posible.

Justo antes de que el 4x4 llevase a Alik al portal, la última Black Maria cruzó la exclusa del gigante cilindro y la puerta se cerró, el sellado industrial estaba fijo, y el monóxido de carbono y el dióxido de carbono de los enormes extractores comenzó a fluir.

Tras haber expulsado todo el nitrógeno y oxígeno de la exclusa, la puerta al otro extremo del cilindro se abrió, exponiendo el portal tras él, enlazado a la estación Haumea. El tóxico gas presurizado funcionó como un cartucho de escopeta, lanzando a las Black Marias al espacio transneptuniano.

JULOSS

Año 591 D. L.

Los quince chicos y cinco chicas del actual curso superior del clan Immerle, estaban agrupados en una vieja plaza a la sombra de un rascacielos de setenta plantas. Se habían pasado seis días explorando la abandonada ciudad como parte de su entrenamiento, investigando y analizando los entornos desconocidos. Estaba programado que el viaje hubiese terminado hacía diecinueve horas.

Y su volador no había llegado, sus databuds personales habían funcionado mal toda la expedición y ahora se habían caído de la red planetaria. Estaban aislados a cientos de kilómetros de la finca del clan. Tenían pocos suministros, no tenían armas y estaban completamente solos.

La reunión estaba generando mucha charla nerviosa y algunos gritos cercanos al pánico, mientras intentaban decidir qué hacer. Toda sugerencia era rechazada o apoyada abruptamente, pero al fin emergió un plan: acampar en un lugar más refugiado, improvisar armas y hacer señales con hogueras.

Dellian sonrió ante su plan, recordando su propia insistencia respecto al fuego en la árida colina, donde su curso se había quedado atrapado. Desde su punto de observación, invisible a cien metros sobre el suelo en el lado de un rascacielos cercano, podía adivinar la preocupación e incerteza que se dibujaba en varios rostros, mientras algunos chicos comenzaban a asumir posturas más determinadas.

Hora de subir la apuesta.

Liberó sus garras biológicas de pterodáctilo y cayó treinta metros, ganando velocidad. Entonces abrió sus alas, oyendo el sonido del roce de su propia piel, la aviaria bestia había sufrido varias modificaciones artísticas del depredador original que hacía millones de años había surcado los cielos de la Tierra. Los especialistas en diseño habían acentuado una estética más peligrosa, demasiado entusiasta para Dellian, la criatura era prácticamente un dragón.

Se niveló sobre el suelo y voló entre los altos edificios. La posición

la había seleccionado con un instinto cazador, manteniendo el sol a su espalda, haciendo así su silueta invisible a su presa. Genuinas aves huían asustadas, graznando en alarma cuando el enorme merodeador pasaba a su lado a toda velocidad, una bandada gigante cobró forma en un murmullo supergeométrico, remarcándose su colorido contra el claro cielo.

En la vieja plaza, los miembros del clan miraron a la repentina conmoción aérea, intentando ver algo contra el sol. Todos empezaron a emitir gritos de alarma. Dellian descendió más, liberando un agresivo ulular. Los miembros del clan se dispersaron buscando cobertura. Su enorme sombra pasó sobre ellos, era todo lo que podía acercarse evitando convertir su ominosa llamada en una risotada.

Giró a la izquierda, rotó el enorme cuerpo, y rodeó un edificio piramidal. Vio el reflejo de su aterradora figura fluctuar en mil ventanas plateadas. Dejó la plaza atrás, pero mantuvo el alabeo, aleteando lentamente para ganar altura, aterrorizando aún más pájaros mientras se alzaba. El pterodáctilo original era más un planeador que un halcón, pero con sus incrementados músculos capaces de propulsar esas alas que parecían velas, le habían añadido alcance y velocidad a sus ya formidables habilidades.

Finalmente, rodeó la torre Bedial en el extremo sur de la ciudad, y se deslizó en un sencillo aterrizaje en el techo, evitando los paneles del aire acondicionado. Reluctante, recogió las alas con una repentina sacudida. Su databud le dio una visual de los sensores de la ciudad, mostrándole el patrón de dispersión de la plaza. Los chicos no se habían mantenido juntos, dividiéndose en tres grupos, con un par de rezagados. Las chicas se habían mantenido juntas y estaban con uno de los grupos de chicos, una decisión táctica, pero sentía que había sido una casualidad caótica. Aún no se les había despertado su entrenamiento de los juegos de combate.

—Por los Santos, eso ha dado pena —le envió Xante.

—Sí, aún no se han adaptado a la situación, todavía están en modo débil.

—Deberíamos resolver eso.

Dellian no podía evitar sonreír ante el entusiasmo de Xante.

—Lo haremos, pero gradualmente. Si los enfrentamos repentinamente con un tsunami de amenazas, empezarán a preguntarse cómo es que no habían visto ningún depredador en su misión de entrenamiento.

—Supongo. Esa fue la pista que tuvo Yirella cuando fuimos nosotros los abandonados, ¿no?

—Sí, algo así —el humor de Dellian se desinfló.

—Así que, ¿qué hacemos?

—Démosles un par de horas, a ver cómo reaccionan ahora que el área que conocen no es tan inerte cómo pensaban. Y entonces les provocamos de nuevo, entre los dos.

—De acuerdo.

Dellian liberó el gran pterodáctilo de su enlace, manteniendo la atención en el monitor del databud, para asegurarse de que se mantenía quiescente. Los subsentientes biológicos a veces eran *inestables* al liberarse del control humano.

Abrió los ojos y se estiró en el enorme sofá. Sus miembros cosquilleaban con sensaciones fantasma, conforme sus fundas de aumentos abandonaban los nervios de las alas biológicas. Después de dirigir la neurología del pterodáctilo durante tres horas, estaba bastante resentido con su cuerpo humano porque no pudiese elevarse sobre el cielo. Su subconsciente estaba trabajando en convencerle de que estaba hecho de plomo.

La sala de control de la misión era un gran círculo con dos niveles rodeando un escenario holográfico. Los sofás estaban en el nivel superior, donde los operativos controlaban las criaturas artificiales con las que pronto estarían acechando a los inocentes miembros del clan. Un escenario de amenaza diseñado para provocar el instintivo trabajo en equipo para el que habían entrenado toda su vida.

Habían refinado considerablemente el ejercicio de graduación en los cuatro años que habían pasado desde que se estrellaron tras sus vacaciones en la isla. La fase de introducción era ahora más gradual para evitar sospechas, el período del ejercicio se había extendido, ampliando los talentos que podrían utilizar. Y la propia área era analizada con mucho más escrutinio para evitar imprevistos, como que apareciesen repentinos pumas destrozando el plan.

Dellian se sentó y miró al sofá de al lado que ocupaba Xante. Su amigo aún dirigía su pterodáctilo con los ojos cerrados y con aleatorios tics musculares. La mayoría de los sofás estaban libres ahora mismo, el nivel de amenaza no debía incrementarse hasta la tarde, cuando la oscuridad cayese sobre la ciudad desierta.

En el nivel inferior, los maestros de entrenamiento estaban ocupados monitorizando a sus pupilos, observando y escuchando. El sobrevuelo de Dellian, sin duda, había caldeado el ambiente, dándoles una sensación de urgencia que no tenían hasta ahora. Miró un rato a los observadores, Tilliana era una líder de sección, aunque la mayoría de los instructores eran los tutores del clan, que evaluaban a sus protegidos, con Fareana, la mentora de este curso, dirigiendo el despliegue. Conforme pasaban los años, los chicos que habían sido

ampliados habían ido asumiendo el rol de conductores de animales. Este era su tercer ejercicio de graduación, donde podrían darle uso práctico a su entrenamiento de combate.

Era extraño, se sentía como si estuviese mirando al pasado, viendo a Alexandre en el lugar de Fareana, con él mismo y sus compañeros en el escenario, mientras los maestros hacían comentarios sarcásticos y divertidos entre sí a costa de los desafortunados estudiantes. Y ahora él era uno de los titiriteros, una sensación que podía sentir como confundía a su cohorte, sobre todo porque ni él mismo estaba seguro del desarrollo de sus emociones.

—Me tomo un descanso —le dijo a Fareana, recibió un rápido asentimiento de permiso, salió de la sala de control y cruzó un portal al lado del río del parque Eastmal.

La ciudad era ahora la capital de Juloss, básicamente por defecto, ya que era la única ciudad habitada del planeta. A cuatro mil kilómetros al norte de la finca Immerle, tenía un clima templado que Dellian disfrutaba después de crecer en los trópicos. Vivir allí le daba una perspectiva melancólica de lo que había sido la vida en el planeta, antes de que las naves generacionales partiesen, llevándose a todo el mundo. No sentía resentimiento, o eso se decía cada día que caminaba por las ocupadas calles.

Mientras paseaba se abrochó la chaqueta. Se notaba que era otoño, con sus rachas de vientos fríos que atravesaban el río. A su alrededor, los árboles terrestres se arropaban en los espectaculares rojos y dorados que indicaban la venida del invierno.

Caminaba lentamente, recorriendo el paseo empedrado, relajándose con el ritmo tranquilo del parque. Cerca de él, en las oscuras aguas, los cisnes se deslizaban con grácil arrogancia. Casi todos los polluelos habían perdido ya el plumaje gris, transformándose en un blanco prístino, excepto un par de cisnes negros. Eran los únicos a la vista, y les sonrió con cariño, su proporción era similar a la proporción de chicas y chicos del clan.

Más arriba, alguien en un largo abrigo azul estaba apoyado en la baranda, dándoles pan a los grandes pájaros. Si fuese yo, pensaba Dellian, se lo habría lanzado primero a los cisnes negros en simpatía. Y entonces vio que era Alexandre el que estaba alimentando a los cisnes y, en el hangar, su cohorte reaccionó con alegría. Sabía que no era coincidencia.

Desde que se mudó a Eastmal, Dellian no había visto mucho a su mentor. No era deliberado, habían estado todos muy ocupados con los preparativos de su partida. Y de fiesta, aceptó no sin culpa, que era lo mejor de vivir en la ciudad.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo Alexandre al abrazarse.

Dellian mantuvo su sonrisa mientras esos ojos grises le valoraban intensamente. En su interior, estaba algo agitado por el aspecto de su mentor. Sie estaba en su ciclo masculino, como lo había estado en los últimos siete años. Normalmente era demasiado tiempo para mantenerse en un género, un duro indicador de la vejez. No solo los ciclos duraban más conforme envejecían, sino que la propia transición se extendía. No era detrimental, simplemente era la lentitud de un cuerpo anciano.

Alexandre había estado para él toda su vida, y Dellian no quería admitir que se hacía mayor. Pero ahora, viéndolo de cerca, veía que su rubio cabello raleaba y clareaba con grises mechones. No era algo que quisiese considerar, que un día Alexandre no estaría. La muerte era algo que solo había conocido en raras ocasiones, excepto por Uma y Doony en una maldita mañana…

—Tú también —contestó.

Alexandre ensanchó la sonrisa con afecto.

—Siempre fuiste un podrido mentiroso, por eso siempre estabas castigado.

—¡Igual que los demás!

—Lo sé, todo tu año. Es un milagro que todos nosotros hayamos salido vivos de la finca.

—Y aquí estamos.

—Sí, aquí estamos. Bueno, ¿qué tal va el ejercicio de graduación?

—Bastante bien, se han perdido algunos alijos que les habrían sido útiles, y acabo de pegarles un susto que debería enviarles de vuelta a reevaluarlo todo. Si no, Xante y yo volveremos después. Eso debería ponerles en marcha.

—Ah, pterodáctilos. Recuerdo las discusiones que tuvimos al respecto, algunos creen que es llevar las cosas demasiado lejos.

—Son magníficos.

—Sí, seguro que te lo parecen. —Alexandre le apretó el hombro con cariño.

—Este año parece más cauteloso de lo que fuimos nosotros, o quizá más controlado. Cambiar las rutinas de entrenamiento ha ayudado.

—Y sin embargo, no creo que sean un reto para tu año.

—Tú nos hiciste.

—Sí, eso hicimos.

—Es extraño pensar que solo quedan tres cursos más y se acabó. Todos seremos soldados de verdad y la lucha comenzará.

—La búsqueda comenzará —le corrigió suavemente—. ¿Quién sabe? Igual no os encontraréis el conflicto final, puede que incluso

haya ocurrido ya.

—No, tendremos acción, lo sé. Me reuniré con los Cinco Santos, y no quiero decepcionarles.

—Ah, el optimismo de la juventud. ¿Cómo está Xante?

—Está bien, gracias.

—¿Os habéis mudado juntos?

—Qué va, está bien así, disfrutamos de la compañía, somos muy similares en algunas cosas, y nuestras diferencias pueden ser divertidas. Estamos felices.

—¿Si no está roto, no lo arregles?

—Algo así. —Dellian lo dejó estar—. ¿Y ella cómo está?

—Bastante bien, de hecho. Es lo bastante lista como para saber qué necesita entender de sí misma, aunque es un proceso arduo. Es bastante tozuda, pero su progreso es excepcional. Y nunca esperé nada diferente.

—¿Está mejor?

—Yirella nunca estuvo enferma Dellian. Es solo diferente de lo que esperábamos.

—¿Diferente? ¡Mató a Uma y Doony! —Algunas noches se despertaba empapado en sudor con el recuerdo. Hacerle eso a tus propios muncos…

—Se liberó a sí misma —le dijo Alexandre—, en la única manera que pudo. Nuestra arrogancia no le dejó otra opción, lo que le hicimos, la vida que le dimos, el entrenamiento y el entorno del clan, era malo para ella. Ha sido nuestra falta, no la suya, y no nos dimos cuenta hasta que fue demasiado tarde. Ahora tenemos que darle el espacio y la capacidad de convertirse en quien quiera ser.

—¿Y qué es?

—No lo sé, pero me conformo con que sea feliz.

—¿No lo está?

—Creo que ahora ha llegado a una posición donde podría serlo. Hay tanto que ha tenido que desaprender, tanto que perdonar. Pero hay aspectos de su vida con los que ahora está cómoda.

Casi dolía preguntar, pero no podía no hacerlo.

—¿Y ella…?

—¿Pregunta por ti?

Asintió en silencio.

—Claro que lo hace, significabas mucho para ella.

Significabas, pensó, no *significas*.

—¿La puedo ver?

—Aún no. Pronto, espero. Aún no está preparada para ver en lo que os hemos moldeado a ti y a tu curso. No quiero introducir más

opciones de conflicto hasta que esté seguro de que pueda distinguir entre lo que sois y lo que lograréis entre las estrellas. —Alzó la mirada, contemplando el claro cielo—. Resuenas intensamente en su vida, Dellian. Probablemente más que nada.

—Quiero ayudar.

—Lo sé, y ella los sabe también. Pero déjame preguntarte esto: ¿dejarías todo para lo que has trabajado tanto para estar con ella?

—Yo… ¿Y qué haríamos? No nos podemos quedar aquí y tener una vida planetaria.

—No solo las naves de combate cruzarán los portales, habrá una última nave generacional, para los viejos que quedamos.

—No eres tan viejo.

Alzó una amonestadora ceja.

—¿Qué te he dicho sobre tu incapacidad para mentir convincentemente?

—No querría ponerte en riesgo. Mereces ver un nuevo planeta y tener una vida pacífica.

—Y tú te mereces tu oportunidad.

—Eso es para lo que nos hicisteis.

—Ahora te pareces a ella.

—¿Crees que es malo?

—No, siempre he dicho que sería un error enseñaros arrogancia, lleva a la sobreconfianza. Es mejor que tengáis dudas. Así siempre os cuestionaréis lo que veáis.

—Como hizo ella. Prefiero una vida simple, dame un arma y señálame al enemigo.

—Puedes cortar con la humildad, también. No funciona conmigo.

Dellian miró a los cisnes. Sin sus trozos de pan, habían perdido el interés y se estaban alejando.

—¿Le dirás que he preguntado por ella? Dile que esperaré hasta que esté lista. Que aún me preocupa, que siempre lo hará.

—Por supuesto.

—Bien.

Se abrazaron de nuevo, y Dellian se apartó sonriendo.

—Ahora tengo que acojonar de nuevo a esos niños.

—Ese es mi chico.

*****

Alexandre mantuvo una expresión nostálgica mientras veía a Dellian marcharse. Tras un minuto, sie desvió la mirada a los cercanos arces. La hierba a su alrededor estaba cubierta por una manta de hojas caídas. Yirella emergió tras el tronco más ancho de todos, abrazó a

Alexandre y se inclinó para apoyar la cabeza en su hombro.

—Gracias.

Sie le acarició la cabeza.

—Aún no estoy convencido de que haya sido una buena idea.

—Necesitaba saber cómo me afecta, verle en carne y hueso ha sido un buen indicador. Me alegra que tenga a Xante, necesita a alguien a su lado.

—Debí ser más firme contigo, se me manipula muy fácilmente.

—Se llama integridad, y cuidar. Sin ti estaría en una cómoda habitación, repleta de zumo feliz en las venas.

—¿Y cuál es el resultado?

—Le miré y vi la falsa belleza de la nostalgia de algo que había idealizado. Fuimos amigos durante dieciocho años, y amantes brevemente, nada será tan importante en mi vida. Me he apañado para editar los malos momentos.

—Estuve ahí esos dieciocho años, y te puedo decir que no hubo malos momentos.

Yirella se apartó parte del pelo de los ojos, aunque la brisa del río lo devolvía a su lugar.

—Qué dulce.

—Se preocupa de verdad, ¿sabes?

—Lo he oído.

—Bien, no estoy seguro de si en realidad deberíamos estar rellenándolo de zumo feliz en una habitación junto a la tuya.

—Estoy lo bastante feliz sin el zumo, y es sobre todo gracias a ti.

—No quería darte falsas esperanzas.

—Ahora se cuestiona las cosas ¿no? Creo que quizá le he infectado.

—Eso no es malo, no queremos gentens, queremos humanos.

—Estás proyectando un futuro que no puedes conocer.

—Y como él diría, por eso os hemos hecho maravillosos binarios. Yirella sonrió con tristeza.

—Es quien es. Todos lo somos, los humanos nos adaptamos a las circunstancias de nuestra era. Es hora de que lo acepte y crezca. No es lo que quería para mí, pero en mil años podría serlo. Imagina lo que podríamos conseguir como especie, si no estuviésemos bajo amenaza, si no estuviésemos en una huida constante. Casi lo conseguimos antes. Tuvimos una breve imagen de lo alto que podríamos llegar si no hubiéramos tenido que refugiarnos en la oscuridad por miedo. Quizá por eso siempre me gustó la historia de la estrella Santuario, incluso sabiendo en mi interior que probablemente era un cebo. Cada planeta como Juloss tiene el potencial de convertirse en algo más que una parada, un puerto isleño en el largo viaje. Y entonces, en cuanto la

oportunidad se abre, huimos de nuevo. Imagina lo que nuestro conocimiento y herramientas nos permitirían crear si fuésemos realmente libres, y con el lujo del tiempo. Creo que me gustaría darle esa oportunidad a la galaxia, creo que voy a salir, a unirme a los Santos en su batalla.

—Me alegra oír eso, cariño.

—No seré de ayuda en la batalla, pero hay otras cosas en las que puedo contribuir.

—Las hay —dijo Alexandre—, pero deben ser a las que elijas dedicarte espontáneamente, no por sentimiento de culpa.

Yirella miró por el paseo, esperando vislumbrar a Dellian una última vez, pero ya había cruzado el portal.

—No es la culpa la que habla, es el entendimiento. Mi ejercicio de graduación ha terminado finalmente.

—¿Aprobaste?

—Sí, creo que sí.

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Feriton Kayne, Nkya, 25 de junio del 2204

—¿Te cargaste a los dos? —le preguntó Callum, espantado—. ¿Mataste a Javid-Lee y Rayner? Maldita sea, hombre. ¿Por qué?

Tengo que admitir que yo mismo estaba algo alarmado. El exilio lo puedo entender, incluso casi lo puedo aprobar. Pero semejante facilidad para matar a otra persona era inquietante. Lo esperaba de alguien herido como Kandara, pero francamente, esperaba que Alik Monday fuese más refinado.

Alik se encogió de hombros, inafectado por la reacción.

—Imagina a Rayner y Javid-Lee como contaminantes que necesitaban ser ventilados, es una analogía apropiada para esos hijos de puta. No hace falta que me deis las gracias, soy un servidor público que solo hace su trabajo.

—Los has ejecutado. No, ha sido un asesinato, simple y llanamente.

—¿Y qué tendría que haber hecho?

—Exilio —dijo Callum, alterado.

—Ah, sí —intervino Yuri con venenoso regocijo—. *Ahora* es aceptable la extradición, ¿verdad?

Callum lo asesinó con la mirada.

—Por extraño que parezca, no tengo la autoridad necesaria para ordenar una extradición directamente —explicó Alik—, tendría que haber seguido el procedimiento de Seguridad Nacional, y haber necesitado tres jueces dóciles que la firmasen. Sin duda la habría obtenido para Rayner y Javid-Lee, pero eso habría involucrado a un montón de gente externa. Toda la situación era un pollo monumental que Washington quería que desapareciese lo antes posible. Conseguimos que los medios lo reportasen como las consecuencias de la guerra entre bandas. Y con el susto, las familias de los dos gilipollas mantendrán la boca cerrada de por vida. De hecho, es la mejor solución. Viva yo.

—Dios bendito. —Callum dejó caer la cabeza entre las manos.

Siguió un extenso silencio en la sala, mientras todos digerían lo que acababan de oír. Encontraba interesante como Alik se irritaba al ser juzgado. Ese era el nivel de su arrogancia. Muchos oficiales veteranos del gobierno llegaban a tener la actitud de que nada de lo que hacían debía ser cuestionado jamás, ni desafiado. Pero también explicaba muchas cosas, como que no había venido por ninguna otra razón que por que se lo habían ordenado. Estaba compuesto de política, pura y simple política. Era un ser de Washington, recibía órdenes e informaba al ejecutivo y a las PAC globales. El contenido de sus informes contribuía indudablemente a la perspectiva de los políticos, pero él no era el legislador. No era el que buscaba, pero me interesaría mucho hablar con este personaje de Tansan en el futuro.

—¿Y qué ha pasado con el escudo de Nueva York? —preguntó Jessika—. ¿Hubo más intentos de acceder a los archivos después del intento de Cáncer?

—Eso queda fuera de mis responsabilidades, colega —dijo Alik, mostrando las palmas.

Como si nos lo fuésemos a creer nadie de los que estamos aquí.

—Pero escuché que tras esa noche el proyecto nacional de los escudos tuvo un refuerzo agudo en seguridad —concedió.

—Los escudos civiles pasaron a estar bajo la jurisdicción militar hace veintidós años —dijo Loi—, al menos en Estados Unidos. Así que han tenido que seguir intentándolo seriamente.

—Más de la mitad de las naciones de la Tierra han puesto los escudos bajo control militar en los últimos quince años —dijo Kandara —. Al menos aquellos que aún tienen ejército.

—¿Por qué querría Cáncer los archivos del escudo?

—No lo sabemos.

—Pregunta equivocada —dijo Callum—. ¿Por qué querrían los empleadores de Cáncer esos archivos?

—Cuando averigüe quiénes son, me aseguraré de informaros —dijo Alik.

—Será por dinero —dijo Eldlund, con certeza—. Lo mismo de siempre con los universales.

Callum parecía irritado con la pulla de su asistente, pero, a mi parecer, Eldlund era el típico devoto de Utopía, más que la mayoría de los omnia que nunca habían salido del confort del sistema Delta Pavonis. Sie no podía resistir semejante oportunidad sin establecer superioridad cultural. Supongo que ese es el motivo por el que la inmigración a Akitha se ha ralentizado en los últimos años. Hay un antiguo dicho en Sol: la región utópica es un lugar magnífico para vivir, pero está repleta de utópicos. Y Eldlund era el perfecto ejemplo

de superioridad inconsciente del típico privilegiado.

—¿Cómo iba a ser por dinero? —preguntó Yuri.

—Los escudos han protegido las ciudades del clima severo durante décadas —dijo Eldlund en un tono que daba a entender que sie pensaba que estaba explicando la mayor trivialidad—. La gente es complaciente, asumen que la protección está ahí, así que, si un escudo falla en una tormenta provocaría muchos daños, y tendría un gran impacto en los gastos y aseguradoras. Y si supieses de antemano que iba a ocurrir, podrías petarlo en los mercados.

—Guau —dijo Loi—, espero que no te conviertas en una mente criminal, serías aterrador.

Eldlund recibió el comentario con una sonrisa.

—Si el que quiere esos archivos puede permitirse a Cáncer, tiene que ser un pez gordo, ¿verdad? Tienen que ser del grupo que se codea con los de Wall Street.

—Buen punto. —Yuri apretaba los labios en aprobación.

Conociendo a mi jefe tan bien como lo conozco, estaba clarísimo hasta qué punto le estaba siguiendo la corriente al pobre idiota. Ya había visto esta táctica en una docena de reuniones, y casi siempre terminaba con alguien despedido o peor.

—¿Y qué fue del crío de Colleana? —preguntó Kandara—. ¿Tú? —añadió, señalando a Eldlund.

—¡No!

Loi se echó a reír, el resto ni intentaba contener la sonrisa.

—¿A quién le importa lo que le pasase al crío? —gruñó Alik.

—¿No viste qué fue de Colleana después de ser tan noble con su seguro? —Se unió Yuri, con una decepción teatral—. Qué vergüenza.

—¿Os parezco una puta hada madrina?

—Y cosas más raras —proclamó Callum.

—¡Qué os den por culo a todos!

—¿Y Cáncer? —preguntó Loi—. ¿La seguís buscando?

—Claro —dijo Alik—. La policía de Manila perdió su taxez para variar. Había alterado los registros de la ciudad, profunda y concienzudamente. Langley le puso el encargo a un equipo mercenario, pero tampoco consiguieron dar con el rastro. La puta se desvaneció como siempre. Algún día la atraparemos, y cuando lo hagamos, tendré una larga conversación con ella antes de que la tiremos de culo a Zagreo.

—No, no lo harás —dijo Kandara.

Alik se refrenó ante el desafío.

—Ya, ¿y por qué?

—Porque está muerta.

—Y una mierda, me habría enterado.
—No te enteraste.
Alik la miró un instante.
—¿Cómo estás tan segura?
—Porque hace diez años, la vi morir.

LA MUERTE DE CÁNCER

Río, 2194 A. D.

Por la mañana temprano en la playa de Copacabana, antes de que los residentes de divina piel dorada empezaran a lucir sus relucientes cuerpos para la envidia de visitantes y turistas, los horizontales rayos del sol danzaban sobre el agua creando brillos deslumbrantes. Ni tan siquiera las gafas de sol de categoría cuatro de Kandara parecían ayudar mucho ante tal resplandor. Saltó descalza a la arena, intentando no caer en los largos surcos de las ruedas. Cada día, una hora antes del amanecer, los enormes siervoz de limpieza salían de la ciudad, para que la arena de Copacabana tuviera un inverosímil nivel de pureza, lista para la diaria multitud de gente. En ese proceso, las ruedas dejaban a menudo surcos tan agudos en la playa que los incautos podían tropezarse antes de que la marea, y miles de pies, la dejaran nivelada de nuevo.

Justo antes de llegar al extremo sur, dio media vuelta y siguió corriendo. Zapata, su altyo, monitorizaba sus pulsaciones y su nivel de oxígeno, y le mostraba los datos en sus lentillas tarsus. Los usaba para mantener el ritmo constante, era la rutina óptima de cardio que había seguido fielmente desde que terminó en el Heroico Colegio Militar hacía veinticuatro años. Una dieta adecuada, algunos tratamientos sencillos de telómeros y ejercicio disciplinado, permitían que su cuerpo mantuviese el aguante y velocidad de un cadete de veintiún años.

Once minutos después estaba al otro lado de la playa y había más gente llegando a la arena. Empezaron a abrir los tenderetes a lo largo del paseo marítimo, y levantaron las tradicionales redes de voleibol. Kandara bajó la velocidad y caminó por la Avenida Atlántica, pisando el viejo mosaico con forma de las olas del mar mientras se dirigía a su apartamento.

Los altos hoteles cercanos a Copacabana habían sufrido el mismo destino que el resto tras el entrelazamiento cuántico espacial, y casi un siglo después, fueron todos reformados como bloques de

apartamentos de lujo, clubes en terrazas y áticos, y restaurantes. Kandara se había comprado un apartamento relativamente modesto hacía siete años. Estaba solo en la tercera planta de un edificio de veinte, pero al menos tenía vistas a la playa.

Cuando abrió la puerta, King Jaspar, su elegante gato birmano, la esperaba como siempre protestando audiblemente en el pasillo. Antes de adoptarlo, nunca había escuchado de un gato que maullase tan fuerte. El señor Parker Dowson, su vecino, ya no le hablaba por el «ruido infernal», y había presentado ya varias quejas ante la junta de residentes.

—Vale —le dijo a King Jaspar—. Calma, te daré ahora el desayuno. En respuesta maulló aún más alto.

—Cállate, ahora te lo doy.

Otro penetrante maullido.

—¡Cállate!

Con el pie descalzo le dio un golpecito en su sedoso pelaje, no fuerte, solo lo suficiente como para que captara el mensaje. Recibió una mirada malhumorada por la molestia.

—Maldito… —Se le escapó un suspiro exasperado, e hizo un esfuerzo por callarse. *Virgen María, es solo un puñetero gato. Contrólate* —. Vamos.

Acarició al gato bajo la mandíbula con un dedo, mientras lo llevaba en brazos al pequeño lavadero de la cocina. Ronroneaba satisfecho cuando le llenó el cuenco con la otra mano. Al dejarlo en el suelo, una uña se le enganchó en la camiseta de licra para correr.

—¡Demonios!

Kandara miró los hilos deshilachados de la camiseta negra, y se molestó aún más consigo misma por la ira que sentía. Todo el incidente había sido como un bucle de realimentación. ¡*Ridículo*!

—Dame una actualización del estado de mi neuroquímica y periféricos del cráneo —le dijo a Zapata.

Se quedó de pie esperando en la sala de estar junto a las altas plantas de interior y los tapices de alfombras mejicanas. Con las manos en la cintura, estaba impaciente por los resultados del escaneo.

El sol empezaba a entrar por los grandes ventanales, provocando destellos en el sudor de las piernas y el torso que aún tenía de la carrera.

—Neuroquímica estable —anunció Zapata—. Funcionalidad de la glándula al cien por cien.

Suspiró. Hubiera sido más fácil culpar a la pequeña glándula. Era una pieza compleja y delicada de biotecnología médica, que secretaba una dosis cuidadosamente regulada de un antagonista de la dopamina,

y que le ayudaba a mantener la esquizofrenia en un rincón oscuro de su mente, como una bestia durmiente. Así que no podía echarle la culpa de su frustración. Quizás fuera el haber corrido, que la había animado. O la falta de trabajo, habían pasado ya más de dos meses. Y no le serviría de nada llamar a sus contactos. El trabajo la buscaba, no al revés.

Recorrió el corto pasillo y abrió la puerta de Gustavo. Gustavo tenía aproximadamente el mismo estatus que King Jaspar en su apartamento, ambos eran igualmente dependientes, eran sus invitados, sus casos de caridad, su trabajo en curso, y su libertad. Lo había encontrado hacía siete semanas en un callejón detrás de un club elegante. Lo habían apalizado brutalmente los guardaespaldas de un marido celoso. Tenía diecinueve años y era guapo como un modelo. Gustavo le había explicado que por eso había venido a Rio, lleno de esperanza e ilusión. Pero el trabajo de modelo no había llegado nunca a pesar de estar en el elenco de tres agencias locales. En cambio, los agentes de las tres agencias le habían propuesto que hiciera de acompañante de fiestas a mujeres mayores, referentes de la moda. *Así te verán cariño, las personas adecuadas sabrán tu nombre*. Un complemento de carne mucho menos valioso que sus relucientes joyas y su alta costura de la semana. Las amantes de la moda, frías y más calculadoras que cualquier proxeneta callejero, lo ofrecieron a sus clientes más ricos. Salía de fiesta con ellos, sonreía ante sus chistes sin gracia, y luego se los follaba hasta las tantas como solo un adolescente viril podía. Y cuando el aguante le fallaba por los excesos, resistía a base de las drogas adecuadas.

Gustavo estaba desparramado en la cama, roncando suavemente. Lo había apuntado a un programa, y se estaba manteniendo limpio. Incluso había conseguido hacer un par de sesiones como modelo de ropa deportiva, y otra como extra en un
viz-u
musical. Incluso si intentaba imaginárselo como una obra de caridad, sabía exactamente por qué lo había acogido, y el altruismo ni siquiera estaba entre los motivos. Era conveniente, nada más.

Golpeó con el talón la puerta del cuarto para poder cerrarla. El ruido lo despertó, y levantó la cabeza parpadeando, aún soñoliento y confundido. Ella le sonrió mientras se quitaba la camiseta de fiera estropeada por la cabeza.

—Santa Madre, ¿qué hora es? —graznó.

—Es por la mañana.

—Has vuelto a no dormir de nuevo, ¿verdad?

—Un par de horas.

—Necesitas dormir más.

Se quitó los pantalones.

—Ya dormiré cuando…

—Cuando estés muerta, sí. No paras de decirlo.

—Exacto. —Kandara tiró de su sábana y se subió al colchón a su lado.

Gustavo estuvo a punto de negarse. Sin embargo soltó un suspiro que sonaba a desgana. Aunque le duró poco en cuanto las manos de Kandara se movieron con destreza por su delgado cuerpo, quitándole los últimos rastros de sueño. Después de todas estas semanas, sabía exactamente cómo excitarlo, cómo mantenerlo duro mientras ella lo montaba con avidez. Las elaboradas posturas sexuales que le permitían realizar sus músculos genetizados no llegaban a convertirse en un acto íntimo. Eran amigos con derecho a roce, no amantes. Todo lo que ella quería era lo físico.

Los doctores le habían advertido sobre su gestión de la rabia. Las glándulas que infiltraban en su vía mesolímbica no eran una cura, le dijeron, asintiendo con sus sabiondas cabezas, los neuroquímicos solo tratan síntomas. Y podrían tener efectos secundarios.

Ahora ni recordaba cómo solía pensar antes de que sus padres fueran masacrados. Qué rasgos eran nuevos, artificiales, psicológicos, bioneurales, divinos… Su adquirido trío de tentadores demonios estaba bajo control: psicopatía, hipersexualidad e insomnio. Los gobernaba con puño de acero, usándolos cuando los necesitaba, otorgándole la personalidad idónea para su trabajo. Un ángel vengador que purificaba el mundo de la maldad desatada.

Después de haber terminado con él, miró con cierto cariño como se durmió rápidamente de nuevo, luego se fue a la ducha. El desayuno era un batido de su propia receta, media docena de bayas diferentes y yogur (orgánico, no imprimía la comida si podía) todo mezclado en una licuadora. Se lo bebió, sentada junto a la puerta del balcón, con una bata y el pelo envuelto en una toalla.

Gustavo entró cuando ya se había bebido la mitad de su batido. Estaba desnudo, una belleza que competía con las vistas de la playa.

—Buff, ¿no tienes comida de verdad? —se quejó.

—¿Como qué?

—¿Zumo de naranja? ¿Tostadas?

—Me imagino que tienen que tener en algún puesto callejero.

—Vale, vale, lo pillo.

—Te puedo mezclar miel con yogur.

—Caray, gracias. —Se dejó caer en un taburete en la barra de la pequeña cocina.

Sonrió mientras se liaba con la variedad de caros utensilios de cocina que había ido adquiriendo lentamente y con esmero. Todos los ingredientes eran orgánicos, mezclados con cuidado, y la tostadora estaba a la temperatura perfecta.

—¿Es eso yogur? —preguntó asombrado, mientras Kandara vertía el líquido espeso y cremoso del cuenco en una jarra de medida.

—Te estoy haciendo tortitas. Mi agradecimiento por esta mañana.

Su sonrisa le ganó al sol.

—¿No tienes nada que hacer el resto del día? —le preguntó mientras devoraba la tercera tortita.

—Reuniones —dijo. Lo que no era del todo cierto, había reservado un par de horas en el campo de tiro, su entrenamiento habitual. Luego iba a reunirse con un proveedor para revisar algunos de los nuevos periféricos que había recibido del norte de Rusia. Probablemente no se implantaría nada, pero estaba bien mantenerse informada.

—¿Puedo venir? No me meteré en tu camino ni nada. Podría ser tu asistente.

—No lo creo. No hoy.

La miró con tristeza.

—Vale, lo pillo. Crees que soy estúpido.

—No —dijo, orgullosa de no suspirar de exasperación. Después de que se mudara con ella, le dijo que era una diseñadora independiente que revisaba iniciadores de reactores de algas, claves en la primera fase de terraformación. Era una buena mentira. Pero no había esperado que este lapsus durase tanto.

—Necesitas unas cualificaciones básicas para entrar a mi sector.

—Sí, como si alguna vez fuera a tenerlas.

—Podrías, si fueses a la universidad.

—Seguro, madre.

Gustavo le sonrió de forma traviesa y lasciva mientras se ponía de pie. Su mirada incierta era excitante para Kandara. Su mano se cerró sobre el tarro de miel de manuka orgánica.

—¿Haría esto tu madre? —murmuró, y abrió la bata, lista para verter la lujosa miel dorada sobre su pecho.

—Tienes una llamada —informó Zapata. Ver el icono de su agente europeo en sus lentillas la paró en seco.

—Dúchate primero —le dijo. Gustavo le hizo un nuevo puchero que la hizo reír, y trotó dramáticamente al dormitorio.

—Aceptada —dijo a Zapata.

—Buenos días, mi mejor clienta —dijo la agente—. ¿Cómo estás hoy?

—Preocupada —admitió—. Pensaba que estabas muerta o en la

cárcel.

—Como si no tuvieras a otros doce como yo, buscándote incansablemente los trabajos buenos.

—Quizás. Y si los tuviese, serían aún más incansables que tú.

—Estoy herida.

—Estoy siendo amable. Venga, ¿qué tienes para mí?

—El mejor trabajo, el legendario, aquel que nunca llega. Es tu pináculo, querida. Después de esto podrás retirarte y aburrir a todo el bar cada noche con las historias de tu santidad.

—Patrañas, dijiste lo mismo de Baja.

—Esta vez va en serio, oh, sí.

—Necesito una mejor agente.

—No, no lo necesitas, ninguna otra podría conseguirte un contrato con Akitha.

Kandara sintió como un pequeño escalofrío de emoción le recorría la espalda.

—Tonterías por partida doble. Es la capital de Utopía, no me tocarían ni con un palo.

—Tiempos desesperados, querida. ¿Les digo que estás interesada?

—¿Está a la altura?

—Te lo garantizo. Me he reunido con su representante en persona, ya sabes, eso que nunca hago. Pero siendo por ti…

—¿Cuál es el trabajo?

—Oh, claro, como si se hubieran dignado a explicármelo.

—Madre de Dios. Vale, ¿cuándo me necesitan?

—Ahora.

—¿En serio?

—No te ofendas, pero si te quieren a *ti*, es que ha de ser monumentalmente urgente.

—Dame una hora. —Miró el pote de miel que aún sostenía—. Que sean dos.

*****

King Jaspar resultó ser el problema complicado, como Kandara se esperaba. Gustavo al final era un simplón. Se lo folló hasta que se le acabó la miel, y le dijo que tenía que marcharse. Fue decente y le pagó quince noches en un apartamento situado en el respetable vecindario de Santa Teresa.

Rabia. Gritos. Amenazas. Súplicas. Pero al final hizo la maleta y salió furioso, gritándole maldiciones increíblemente obscenas, a ella, a sus ancestros y a sus descendientes.

Fácil. Ahora a buscar un cuidador decente para un birmano de

pedigrí en Río, con media hora de antelación. Le costó más que el apartamento de Santa Teresa. Después también pagó a un abogado para que le encontrara un nuevo dueño a King Jaspar si no volvía en un mes. Regla número cero, actúa siempre como si cada misión fuese la última. Y en este caso, no se hacía ilusiones. Si los utópicos le estaban pidiendo ayuda, es que iba a ser muy gordo.

*****

La red metropolitana de Río la llevó a la estación internacional, a tres saltos de Bangkok. Desde allí el camino se volvía interesante. Tuvo que tomar una radial urbana a Prawet, donde estaba ubicada la embajada de Utopía. Mientras atravesaba los interminables portales con su bolsez rodando detrás, Zapata verificó su equilibrio neuroquímico, estaba perfectamente. Inspiró despacio, hacia un estado Zen. Lista.

Un minuto después, estaba subiendo las escaleras hacia la embajada, con fuentes a ambos lados. Un utópico llamado Kruse estaba esperándola al final, delante del arco de la entrada. Sie parecía estar en la treintena, tenía una melena castaña en la que brillaban discretamente joyas de arcoíris. Su traje de *tweed* de color *beige* era bastante formal, con una falda que le cubría las rodillas. Kandara tuvo que levantar la cabeza cuando se dieron la mano, Kruse era unos cuarenta centímetros más alto. La sonrisa del omnia parecía bastante genuina.

—Investigadora Martínez, todo un placer —dijo sie.

—Igualmente, llámame Kandara. —Le sorprendió que la llamaran investigadora, pero si era así como la iban a tratar, que así fuera entonces.

—Por supuesto. Por aquí, Kandara.

Kruse la llevó por una pequeña puerta al lado de la entrada principal. Un pasillo corto que conducía a un único portal. Kandara supo en el acto que habían entrado en un hábitat espacial, su oído interno podía detectar la sutil diferencia de la gravedad inducida por la rotación. Zapata le confirmó el cambio, se conectó a la red local y adquirió los metadatos.

—Estamos en Zabok —le dijo.

Kandara lo había supuesto. Zabok había sido el primer gran hábitat autosostenido construido por Emilja Jurich, una de las fundadoras del movimiento utópico. Aún era un centro importante para ellos en el Sistema Solar. En el hábitat había varios portales frente al que habían atravesado.

El siempre formal Kruse le señaló uno.

—Por favor.

—Nebesa —informó Zapata cuando lo atravesaron. La información inundó sus lentillas. El hábitat Nebesa orbitaba a cien mil kilómetros de Akitha, un planeta terraformado que orbitaba a Delta Pavonis.

Su oído interno detectó otro cambio, una reducción en la inestabilidad del equilibro. Comprensible, ya que Nebesa era mucho más grande que Zabok, por lo que su rotación debía ser más lenta en comparación.

Caminaron por un pasaje brillantemente iluminado que llevaba a una gran plaza pavimentada. Kandara miró hacia arriba, sonreía mientras observaba el interior del hábitat. Los enormes cilindros siempre la llenaban de sensaciones de asombro y maravilla. Muchas eran las personas que consideraban la terraformación como el mayor milagro científico que había logrado la humanidad. La naturaleza había tardado billones de años en producir vida multicelular en la Tierra, y ahora la raza humana podía duplicar el mismo proceso en un planeta desnudo en un centenar de años. Pero Kandara consideraba que eso era hacer trampas, esparcir microbios y semillas por la tierra rocosa y estéril era simplemente expandir el legado de la naturaleza. Los hábitats, por el contrario… Desmenuzar asteroides, moldear su roca y metal en cilindros del tamaño de las antiguas naciones de la Tierra y llenar de agua y aire el interior de estas desafiantes islas en el espacio, eso sí era ingeniería en mayúsculas; combinaban todo el conocimiento de la historia científica, y suponían una victoria sobre el entorno más hostil posible: el propio vacío del universo.

—Magnífico —dijo en voz baja Kandara, respirando el aire húmedo, más limpio que cualquiera de los vientos del Atlántico sur que barrían Copacabana.

—Gracias —dijo Kruse, con auténtico aprecio.

El interior de Nebesa era de sesenta kilómetros de largo y doce de diámetro. Algo que parecía una astilla de luz solar ocupaba el eje y bañaba el interior con una luz tropical. La superficie era una mezcla de lagos salpicados de islas cubiertas de una exuberante selva tropical. Incluso había algunas montañas con pequeñas cascadas que caían por las rocosas laderas. Las nubes, atacadas por múltiples florituras, se retorcían lentamente por el aire.

Emergieron frente a una de las bases del cilindro que se curvaba suavemente. El anillo de la base era un zigurat anular de balcones de cristal negro, que se extendía a doscientos metros sobre el suelo que pisaban. Una vertiginosa ciudad vertical que la aturdía mientras avanzaban por el camino, hasta encontrarse justo debajo de la banda del color del ébano.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó, intentando hacer los cálculos sin usar a Zapata. Incluso si todos los apartamentos fuesen diez veces el suyo, la población aún podría medirse en millones.

—Un poco más de cien mil hoy en día —dijo Kruse—. Era más del doble cuando la terraformación estaba en su apogeo. Pero todo el mundo quería mudarse a Akitha en cuanto fue posible. Ahora solo queda personal industrial de alto nivel y personal administrativo.

—Vaya.

—Parece que lo desapruebas.

—Es solo que no entiendo el sistema de calificación utópico, nada más. Pensaba que el *ethos* era la equidad.

Kruse sonrió brevemente.

—Las oportunidades son las mismas. La gente no. En nuestra sociedad, puedes progresar tan lejos como tu talento y tu entusiasmo te lleven.

—Lo mismo que en todas partes.

—No del todo. Aquí todo el mundo recibe una parte justa de lo que se produce en la sociedad, sin importar el nivel de contribución real que hagas. Si decides no hacer absolutamente nada durante el resto de tu vida, igualmente recibirás alimento, ropa, una casa, y tendrás acceso a tratamiento médico y educación sin discriminación alguna. Aunque en realidad, una vida de laxitud, o vagancia absoluta, raramente se escoge. Forma parte de la naturaleza humana querer hacer algo. La diferencia es que no exigimos que sea algo que las viejas teorías comunistas y capitalistas interpretan como económicamente viable. Con la introducción de las Turings y los fabricadores, la raza humana ha alcanzado un nivel tecnológico que posibilita una base industrial autosuficiente. Nos provee de productos de consumo a un coste prácticamente nulo. Nadie debería ser tratado como un parásito o un gorrón, como condenan vuestros medios a los de clases inferiores. Aquí, si dedicas tu vida al desarrollo de una filosofía obscura, o a un movimiento artístico fuera de la corriente principal, se te da la bienvenida y se te anima tanto como a quien se dedica a diseñar nuevas tecnologías o a investigar ciencia.

—¿Son algunos más iguales que otros?

—Así es como a los gobernantes ricos les gusta presentar la filosofía utópica, sí. Es bastante infantil, ¿no crees? —Señaló orgulloso con la mano al glorioso cilindro que les rodeaba—. ¿Podría una sociedad frágil producir y mantener esto?

—Supongo que no.

—Algún día todos viviremos así. Libres de las limitaciones.

—Sin duda. —Kandara no podía evitar visualizar al alto utópico

como el párroco que había formado parte de casi toda su infancia. Las escrituras, su pensamiento, nunca se equivocaban. Siempre tenía una sonrisa paciente mientras le respondía a cada una de las preguntas que una mente joven y audaz podía idear, desafiando constantemente la implacable palabra de Dios—. Entonces, ¿ahora qué?

—Hay alguien que quiere conocerte antes.

—Suena interesante.

*****

Fue una buena caminata, algo que Kandara no se había esperado. Siguió a Kruse hacia los árboles, y solo tuvieron que avanzar unos pocos cientos de metros antes de que el dosel de hojas se espesase tanto que se convirtiese en un exuberante techo esmeralda. Algunos delgados rayos de luz se colaban a través de las hojas, sombreando el terreno por el que pasaban. Los troncos crecían cada vez más cercanos entre sí y el sotobosque se reducía. Varias veces pasaron por estrechos puentes de madera con forma de arco que sorteaban los arroyos. Los pájaros piaban con estruendo en las ramas, invisibles desde el suelo. Kandara no tardó mucho en quitarse la chaqueta de lino, el aire era tan cálido que incluso su camiseta negra de tirantes le resultaba demasiado.

Llegaron finalmente a un pequeño claro con un río discurriendo a un lado. Había una tienda en el medio, de una tela blanca con ribetes escarlata y cuerdas de color bronce. Lo único que hacía falta para completar el aspecto medieval era un banderín real que ondease en la cúspide. La tienda era ridículamente incongruente en un hábitat espacial que orbitaba una estrella alienígena.

Kandara miró con escepticismo a Kruse.

—¿De verdad?

Fue la primera vez que la expresión cortés de Kruse flaqueó. Sie apartó la tela de la entrada.

—Jaru te está esperando —sie vaciló—. Por favor, sé consciente de lo importante que es Jaru para muchos utópicos, aunque obviamente, sie rechazaría cualquier tipo de devoción.

Una vez más Kandara se sintió incomoda ante la evidente veneración de Kruse.

—Por supuesto.

Entró en la tienda. Hacía bastante más fresco en el interior. La tela parecía brillar con una extraña y sorprendente luminosidad que la luz del exterior carecía. A Kandara no le sorprendió nada de lo que vio dentro. Unos cojines, una pequeña fuente y una silla de madera de respaldo rígido, todo ello parecía gritar a los cuatro vientos que era de

una gurú mística, aunque humilde.

Jaru Niyom estaba sentada en la silla, envuelta en una túnica de monje azul marino, y con el aspecto más anciano que hubiera visto Kandara jamás, lo que le otorgaba una inmensa dignidad. Tiene que ser teatro, pensó. Aunque sie ya era vieja cuando los tratamientos de telómeros estuvieron disponibles por primera vez. Vieja, pero rica.

Jaru era hija única de una familia rica tailandesa. Su padre había hecho una gran fortuna en propiedades y construcción a medida que prosperaba Tailandia. Se habían distanciado después de que el anciano Niyom muriese a los sesenta y un años de una enfermedad coronaria inducida por el estrés, incapaz de aceptar que su querido descendiente fuese kathoey. La mayoría asumió que Jaru, la más amable de todos, dejaría que la empresa fuera reduciéndose lentamente, pero el gen emprendedor resultó no ser recesivo. Su herencia llegó además en el mismo momento en que Kellan Rindstrom demostró el entrelazamiento cuántico espacial. En un destello de intuición, de los que sie demostraría a menudo en su vida, vio una forma de engrandecer la fortuna de su empresa, beneficiar al medio ambiente y proporcionar viviendas más asequibles a la gente, algo que el mundo necesitaba con extrema desesperación.

Tailandia se convirtió en el primer país en construir ciudades anillo. Jaru compró, a un precio de ganga, cientos de kilómetros de autopistas y carreteras, junto a la red ferroviaria estatal de cuatro mil kilómetros que se estaba quedando obsoleta conforme Conexión iba desplegando inexorablemente sus portales por todo el planeta.

Jaru comenzó a construir casas a lo largo de las abandonas vías de los trenes. Grandes vehículos retiraron el asfalto y el hormigón de las carreteras, dejando la tierra lista para unos nuevos cimientos. Pues lo que sie había percibido era que el notorio lema de Ainsley Zangari era cierto: todo estaba de verdad a un paso de distancia. En esta nueva era de transporte instantáneo, las viviendas no necesitaban estar en una ciudad. Se podía acceder a todas las instalaciones, como escuelas, hospitales y teatros, desde donde fuera, independientemente de donde estuviera ubicado físicamente tu hogar, solo era necesario un portal cerca.

Este modelo fue copiado rápidamente por el resto del mundo. Con unos gobiernos desesperados por dinero, vendieron las obsoletas carreteras y ferrocarriles a los constructores, resolviendo así la crisis global de viviendas. El boom de construcción pasó a salvar (o al menos reciclar) a muchas economías que sufrían el colapso de las industrias de transporte tradicionales.

Su estatus de muiltimilmillonaria permitió a Jaru expandir sus

intereses comerciales hacia las florecientes industrias espaciales, construyendo nuevos hábitats en los asteroides de Sol. Entonces, en 2078, como resultado de los nueve hábitats Über-corporativos que se declararon naciones independientes con bajos impuestos para atraer las empresas, sie patrocinó el primer Conclave Progresista, donde quince idealistas multimillonarios se comprometieron a crear una verdadera civilización donde la escasez fuese cosa del pasado.

Kandara no necesitó ninguna indicación para agachar levemente la cabeza como reconocimiento.

—Es un honor conocerle.

—Eres muy amable —dijo Jaru con voz melódica—. Aunque me temo que a mi edad ya no soy tan terriblemente hermosa.

—La edad confiere sabiduría.

Sie se rio.

—La edad *puede* conferir sabiduría, pero depende de cómo hayas vivido esos años.

—Cierto. —Kandara vio a Kruse entrar en la tienda detrás suyo y hacer una profunda reverencia.

—¿Estás en búsqueda de sabiduría, Kandara? —preguntó Jaru.

—Mi vida tiene un propósito, ya lo sabe, por ello estoy aquí.

—Por supuesto. Esa es la razón por la que pedí verte primero antes de comprometernos a este curso de acción.

—¿Para que pueda juzgarme?

—Sí.

—Siéntase libre de preguntarme lo que desee. Pero, por favor, tenga en cuenta que mis antiguos clientes tienen completa confidencialidad.

—No deseo saber escabrosos detalles comerciales de corporaciones. Solo estoy interesada en ti.

—No soy una asesina en serie que ha conseguido la tapadera perfecta. Tampoco una sádica. Si algún cliente quiere que alguien sufra antes de morir, no acepto el trabajo. Ejecuto a personas. Así de simple.

—¿Y los que puedan ser redimidos?

—Si la persona que ocasiona problemas puede ser redimida, no se me necesita.

—Entonces, ¿también nos juzgas a tu vez?

—Todo el mundo juzga a todo el mundo. No me considero infalible, aunque espero y creo que no he cometido un error hasta ahora. Todas las personas con las que he debido lidiar se han merecido lo que les ha sucedido, al menos en mi opinión.

—Sin duda, pero ¿no sería mejor que arrestaras a esos criminales y

los enviases discretamente a Zagreo?

—Repito, si es capaz de lidiar con ellos de esa forma, no me necesita. Se me llama cuando alguien no se dejará atrapar dócilmente, o ha descendido tanto en su camino que lo único que les queda es un combate a muerte, sean conscientes o no de ello.

—¿Es esta una búsqueda de venganza?

—No quiero que ninguna niña sufra lo que yo he pasado. Si quiere llamarlo venganza, adelante.

—¿Duermes por las noches?

Kandara entrecerró los ojos mientras estudiaba el rostro arrugado de la anciana en busca de algún indicio, preguntándose si los utópicos habrían mirado sus archivos médicos.

—Mi consciencia está limpia.

—A mí me gustaría poder decir lo mismo.

—Si quiere que me marche, dígamelo. No me ofenderé, sin arrepentimiento.

—Me parece que ya hemos dejado atrás esa opción —dijo tristemente Jaru—. El Consejo de Ancianos ha tomado una decisión basándose en el nivel de extremismo al que parece que nos enfrentamos. No lo discuto. Si aquellos que nos hacen daño no se rinden ante la autoridad, entonces ha de hacerse algo. Simplemente deseaba ver qué tipo de persona eras.

—Siento ser la serpiente de su Edén.

—Nunca me engañé a mí misma creyendo que podríamos lograr una sociedad igualitaria y pacifica sin sufrir infortunios en el camino.

—Soy siempre la última opción. La mayoría de mis clientes lamentan tener que llamarme, pero rara vez tienen alternativa.

—Así lo parece. No soy capaz de expresar cuanta decepción me inunda al ver a gente tan hostil con nosotros.

—Le tienen miedo —dijo Kandara—, pues sois un cambio. Y los cambios asustan a la gente, especialmente aquellos que tienen mucho que perder.

—¿Estás de acuerdo con nosotros? —preguntó sie sorprendida y encantada.

—Sí. La economía que buscáis reemplazar es aquella que causó en última instancia el asesinato de mis padres. ¿Cómo podría no estar de acuerdo?

—Pero aún no has venido a vivir con nosotros.

—Mis habilidades no tienen cabida en vuestra cultura. Cuando la raza humana llegue a aceptar la filosofía utópica y abrazarla, entonces vendré aquí con vosotros, si me admitís. Mientras tanto, soy necesaria en otro lugar.

—Quizá tengas una larga espera por delante. Somos una pequeña nación, la gente que busca unirse a nosotros son decepcionantemente pocos.

Kandara miró de reojo a Kruse, preguntándose cómo respondería ante una duda de su inmutable doctrina.

—¿Le importaría que diga como veo la situación?

—La aceptación de la verdad es fundamental en nuestra filosofía. Para llegar a la verdad primero hemos de escuchar todas las opiniones.

—Entiendo, habéis llegado muy lejos demasiado rápido.

—Las Turing no eran algo nuevo, ni tampoco el nivel de sofisticación de los fabricadores que construyen nuestra tecnología. Los asteroides nos proveen de materia ilimitada. Los pozos solares nos dan energía ilimitada. La sinergia entre estas tecnologías tan dispares era inevitable.

—Sí, pero eso son los factores económicos. Habéis ido un nivel más allá.

—Ah —sonrió Jaru gentilmente—. Los omnia.

—Sí, les pedís demasiado a la población. Les ofrecéis a los conversos todos los bienes materiales que alguna vez hayan deseado, prácticamente sin coste, pero han de aceptar el cambio de género.

—Nosotros preferimos el termino de expansión del género.

—Lo que sea. Los beneficios materiales de la posescasez no deberían depender por completo del proxenetismo del ADN de sus hijos.

—Pero, querida niña, la formación de la sociedad utópica no consistió nunca en las recompensas materiales únicamente. La cultura de los universales provee mucho a sus ciudadanos, a la inmensa mayoría de hecho. Hoy en día, hay menos que vivan en relativa pobreza que nunca.

—Entonces, ¿por qué insiste tanto en la cláusula de hijos omnia?

—Porque espero mucho más de la gente. Aspiro a la equidad universal. Y la desigualdad más básica es la causada por un género binario. Alimenta todas las disparidades e intolerancias presentes en la cultura autodenominada universal. Condenó nuestra historia en la Tierra a los mismos errores. Antes de la modificación genética, no se podía erradicar este problema. Lo sé muy bien. En mi juventud lo experimenté, de maneras que deberías agradecer que nunca vayas a vivir. Es peor que cualquiera de las miserias que hayan provocado los viejos enemigos: la religión, el capitalismo, el comunismo y el nacionalismo tribal. Esos se pueden curar con tiempo, mediante educación y amor, pero los géneros permanecerán para siempre, a

menos que tomemos medidas. —Con la palma hacia arriba señaló a Kruse—. Y ahora… Incluso ese problema se ha resuelto. Y hermosamente, además.

Kruse sonrió con adoración.

—Gracias.

—Una teoría preciosa —dijo Kandara—. Pero todo lo que ha conseguido es una sociedad que, aunque merece la pena, existe solo en paralelo a la sociedad mayoritaria. No ha cambiado nada.

—Las facciones universales están en constante conflicto —dijo Kruse sombríamente—. Caerán mientras nosotros ascendemos.

—Y ese es el por qué estoy yo aquí —concluyó Kandara—. Porque no caen como esperaba, ¿eh?

—Su hostilidad es infatigable —reconoció Jaru con un profundo suspiro—. Y, recientemente, esa enemistad ha alcanzado un nivel que es imposible desdeñar como chiquilladas. Quieren infligir daño físico. A pesar de lo que me gustaría, no soy Gandhi. El pragmatismo de mi padre sigue siendo fuerte en mi interior.

—Dígame lo que necesita —dijo.

—Un grupo de activistas universales han estado saboteando nuestras oficinas de diseño. Algunas de las investigaciones más prometedoras han sido robadas y nuestros resultados corrompidos. Nos están hiriendo mucho, Kandara, aunque no podamos admitirlo públicamente. No sabemos de dónde vienen ni quién los envía. Nos eluden. Encuéntralos, y detenlos.

Kandara asintió solemnemente.

—Es a lo que me dedico.

*****

—Te hemos preparado un equipo —dijo Kruse mientras volvían por los árboles.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de equipo? ¿Y quién es nosotros?

—Nuestra Agencia de Seguridad Nacional. El equipo se compone de una variedad de expertos y asesores. Su deber es rastrear la localización física del origen de los ataques.

—Perfecto. —Kandara había esperado usar algunos de los especialistas con los que ya estaba familiarizada, pero le daría una oportunidad a la gente de Kruse.

Un portal en la base del hábitat los llevó a una estación en Akitha. Siete estaciones más tarde llegaron a la estación central metropolitana de Naima, una ciudad de unos setecientos mil habitantes repartidos por el sur de una gran isla. Y a diez estaciones por el bucle urbano estaba la calle donde Kruse había reunido al equipo.

Al salir de la estación, Kandara se frotó la frente inmediatamente, dadas las perlas de sudor que se estaban acumulando en sus cejas. Naima formaba parte de un archipiélago en la zona ecuatorial, bastante más calurosa y húmeda que Nebesa. Estaban en una plaza de piedra blanca, a cientos de metros por encima de un tranquilo océano índigo. La ciudad estaba situada en una pendiente escarpada, y sus casas eran bastantes sencillas, de piedra y vidrio. Para Kandara, demasiado parecidas entre sí. Le recordaba a los pueblos de la toscana que había visitado en su infancia, de cuando había pasado varias semanas en la región con sus padres, por unos cursos de gestión en la oficina central. Bonito y tranquilo, aunque soso.

Caminaron por un largo paseo que tenía una hilera de altas palmeras en el centro. Su bolsez traqueteaba detrás de ella sobre los típicos adoquines desnivelados. Un minuto después llegaron a la villa. Estaba en la cima de un pequeño acantilado. Una sala de estar con muros de cristal ofrecía una magnífica vista de la amplia bahía de la ciudad. En la distancia, se podía ver un archipiélago de pilares emergiendo del mar, orgullosos sobre las relucientes aguas de levante. Más allá de las puertas abiertas, un patio enlosado rodeaba una piscina infinita. Cuando Kandara se acercó, se dio cuenta de que la mayor parte de la piscina debía de estar sostenida por pilares, solo la casa estaba asentada en el acantilado.

—De acuerdo, esto valdrá —admitió Kandara.

—El equipo está en la cocina —le dijo Kruse.

Naima podría tener un aire italiano, pero la cocina tenía un claro estilo nórdico, un espectáculo minimalista de mármol negro y escarlata, con una docena de alacenas empotradas desde donde se desplegaban distintos dispositivos de cocina según se requiriesen, aunque parecían más esculturas que artefactos prácticos. Kandara trató de no mostrar envidia, su cocina era poca cosa en comparación.

Había tres personas sentadas a la mesa del comedor. Era una mesa de cristal centrada en el suelo de roble claro. Bebían vino en copas de tallo alto.

Kandara empezó a enfadarse. Era ridículo, estas personas estaban actuando como si estuvieran de retiro en un lugar encantador, y no como si estuvieran organizando una operación encubierta que probablemente acabaría con cadáveres y ruinas.

Dos de ellos eran claramente omnias utópicos, su mera altura los delataba, mientras que la última era más baja y mujer. Kandara estaba convencida de que no se encontraba en su ciclo femenino, aunque no supiese por qué. Seguramente por su sólida intuición de investigadora.

Los tres se levantaron a la vez, sonriendo cálidamente.

—Este es Tyle —dijo Kruse, presentándole al más alto, con el pelo castaño claro y un delgado bigote oscuro con las puntas recortadas formando unos rizos al final—. Nuestro analista de redes.

—Estoy emocionado de trabajar contigo —dijo Tyle. Su voz era aguda y entusiasta. Kandara pensó que sie era realmente joven, tal vez en sus veintilargos. Sus prominentes rasgos eran tan inquietantemente parecidos a los de Gustavo que sintió que la estaba persiguiendo.

—Oistad, una operadora de programas defensivos.

Sie era casi tan alta como Kruse, pero con un pelo espeso de color miel que le llegaba a los hombros en unas grandes ondas. El vestido veraniego floreado de color azul no le dejó duda a Kandara de que estaba en pleno ciclo femenino. Como siempre, era difícil juzgar la edad, aunque la actitud tranquila que tenía le hizo pensar en alguien de más de medio siglo.

—Y Jessika Mye, una perfiladora estratégica.

Kandara le estrechó la mano con cautela.

—¿Y exactamente qué significa eso?

—Significa que analizo los crímenes; cómo se cometieron, la motivación detrás de ellos, y entonces trato de averiguar qué harán a continuación —se encogió de hombros—. Solía trabajar para Seguridad de Conexión, así que tengo algo de experiencia.

—¿Te trajeron aquí también? —preguntó sorprendida Kandara.

—No, ya estaba aquí. Decidí que, después de todo, prefería la vida utópica. Es una larga historia, pero fui utópica antes, perdí la fe y luego la recuperé.

—Vale. —Kandara se sentó en la cabecera de la mesa, y rechazó el vaso de vino que le ofreció Tyle—. No bebo mientras trabajo.

Tyle apartó el vaso avergonzado.

—Ponedme al día, por favor —les dijo Kandara.

Los centros de investigación de Akitha llevan años bajo ataque, le dijeron. Múltiples equipos de las dinámicas y avariciosas compañías de Sol eran enviados constantemente a Akitha, donde atacaban archivos de cualquier cosa a la que le atribuyesen potencial valor comercial. Se llevaban la información a las oficinas corporativas de diseño, mejorando así sus productos de consumo, la base de la economía de los mundos universales.

—Un robo flagrante —dijo Tyle—. Y una estupidez. Publicamos todos los datos igualmente. Esa es la forma de hacer utópica, queremos que todo el mundo se beneficie.

—No es tanta estupidez —dijo Jessika—. Es una ley de mercado bastante básica, si puedes producir algo antes que tus rivales, estableces una ventaja en ventas. Además, robar siempre es más

barato que mantener un enorme y caro equipo de desarrollo.

—Consiste en la asignación del valor —dijo Kruse con desdén—. Si la gente quiere o necesita un bien escaso, o uno que se vuelva poco común, ese bien adquiere valor consecuentemente. En eso consiste la antigua base económica. Pero otorgándole a algo valor terminas con la equidad y la repartición. Así es como la cultura llamada universal mantiene el *statu quo*, por fuerza monetaria, controlada por una elite no electa. Que nos arrebaten nuestras ideas y las usen para aumentar su riqueza es una doble violación.

—Claro, lo entiendo —dijo Kandara intentando ser cuidadosamente neutra—. Pero de lo que estamos hablando aquí es del espionaje industrial de toda la vida, que existe desde que nació la industria.

—El robo de datos es la primera grieta del embalse —dijo Tyle—. Ha sido una molestia durante décadas, pero ¿qué se puede esperar de las corporaciones de la cultura universal? Por eso no le pusimos mucho empeño a solucionarlo, como deberíamos haber hecho. Ha de haber siempre un equilibrio entre libertad y restricción. Es fundamental en cualquier sociedad, sin ley hay anarquía. Pero demasiadas leyes, aplicadas a rajatabla, se convierten en opresión. Aquí en Akitha, por supuesto, favorecemos el que haya la menor restricción posible, algo que ha sido explotado sin piedad por las corporaciones. Nuestro error.

—La mirada en retrospectiva es siempre la más clara —dijo Kandara.

—Nuestras redes no son tan seguras como deberían, y son susceptibles a ataques de enrutamiento. Estamos trabajando para rectificarlo, por supuesto, pero fortificar las redes de todo un planeta no es tarea fácil.

—También ha cambiado la actividad de los agentes universales —dijo Kruse—. Ahora ya no se limitan solo a robar nuestro trabajo para su propio provecho, sino que últimamente han empezado a cometer actos de sabotaje.

—¿En qué? —preguntó Kandara.

—En instalaciones industriales —dijo Oistad—. Es algo discreto. Las refinerías pierden eficiencia, aumentan los fallos de componentes en las instalaciones de fabricación debido al mal funcionamiento de las rutinas de gestión, lo que disminuye la productividad. El ritmo de estos ataques ha ido aumentando gradualmente. Estamos mejorando nuestras contramedidas electrónicas, pero aún seguimos atrasados en el desarrollo de seguridad. Incluso nuestras TuringG8 tienen problemas para defenderse contra los intentos de intrusión más

sofisticados.

—¿Vuestras TuringG8 son vulnerables? —preguntó Kandara sorprendida. Las TuringG8 apenas llevaban activas seis meses, casi cumpliendo la ley de progresión de Robson, la cual dice que el ritmo de desarrollo se duplicará con cada generación. Aunque habían tardado un poco más de lo esperado en desarrollarse, las TuringG8 deberían ser completamente seguras.

—No las pueden romper, obviamente, pero la defensa absorbe más capacidad de procesamiento de lo que me gustaría. Las TuringG8 producidas por empresas comerciales están más evolucionadas en ese sentido.

—¿Y por eso me habéis llamado? —preguntó Kandara escéptica—. ¿Por una reducción del suministro de un puñado de cosas?

—No —dijo firmemente Jessika—. Ha ocurrido un punto de inflexión. Hace tres semanas, el centro público de biovida de Naima fue objeto de un terrible asalto digital, detuvieron toda la planta de producción. Un ataque de enrutamiento abrió un túnel limpio en la red, entraron tan profundamente que hasta anularon los límites de seguridad y las máquinas sufrieron daños por sobrecarga. Hubo que repararlo todo, además dejaron bugs durmientes, toda la arquitectura de red tuvo que ser borrada y reiniciada, y ni siquiera con eso hemos garantizado eliminar todos los bugs, son altamente adaptativos.

—¿Qué produce el centro de biovida? —Kandara observó con atención las miradas que intercambiaron entre el grupo tan pronto como formuló la pregunta. Por un instante se imaginó si esta sería una investigación armamentística, un bonito y sucio secreto en el corazón de la sociedad utópica. *Tienen que tener algún tipo de disuasión física, ¿no? Alguna forma de defenderse*.

—Naima produce el noventa por ciento de los vectores de tratamientos de telómeros del planeta dijo Oistad con tristeza.

—Hemos tenido que racionar —dijo Kruse—. Las terapias se han retrasado. Ahora estamos comprando vectores de empresas universales, pero ni tan siquiera ellas tienen suficientes. Utilizan un sistema que se adapta a la demanda. Ya nadie almacena en estos días, no es *económicamente viable*. Y nosotros somos un mercado inesperado.

—Las nueve grandes farmacéuticas estarán felices, por supuesto —dijo Jessika—. Pero también frustradas. Para cuando expandan su producción para satisfacer nuestra demanda, ya tendremos la instalación biovida de Naima funcional.

—Y todo lo que han conseguido es que los precios de los vectores universales hayan aumentado, haciendo que el tratamiento sea más limitado para todos. Oferta y demanda. —Kruse lo pronunció como si

estuviera profiriendo una maldición. Y Kandara pensaba que, de alguna forma, sie lo había hecho.

—Eso no está nada bien —admitió.

—Gracias por tu comprensión —espetó Kruse.

—Si queríais un terapeuta, habéis llamado a la persona equivocada.

—Saben lo que están haciendo —dijo Jessika—. Sabían el efecto dañino que iba a provocar en las terapias de telómeros. Es un ataque a los principios fundamentales de nuestra sociedad. En cualquier civilización decente, la sanidad es un derecho, no un privilegio. Incluso los suyos, los universales, han sufrido por este acto.

—Entiendo por qué me habéis llamado —dijo Kandara—. La esperanza de vida es algo precioso. Si le quitas un día a todo el mundo en el planeta, habrás matado siglos de vida humana. Es imperceptible, pero real.

—Esperaba que lo entendieras —dijo Kruse.

Jessika sonrió con complicidad a Kandara, sonrisa que se desvaneció al instante. Vació el vaso de vino antes de continuar.

—Entonces, hemos intentado rastrear desde dónde realizaron el ataque de enrutamiento.

—¿Y? —preguntó Kandara.

—No tenemos ni idea. Sus rutinas son mejores que las nuestras, no han dejado ningún rastro.

Kandara miró alrededor de la mesa, y por primera vez se percató de lo tristes que parecían algunos de ellos.

—Y ya no podéis encontrar la fuente, ¿verdad? No ahora, ¿no?

—No, si no se puede rastrear el punto de carga en un día, entonces no —dijo Tyle.

—¿Qué es lo que necesitáis para encontrarlo? —preguntó—. ¿Mejores rutinas? Conozco algunos expertos a los que podría llamar. Son buenos.

—No soy tan malo. Y me han dejado la TuringG8 de la oficina para trabajar.

—¿Cómo los atrapamos? Explicadme el mejor escenario.

—Las rutinas de ataque son fáciles de detectar mientras se están infiltrando en la red objetivo. Si estuviésemos monitorizando la red cuando ocurriese, entonces podríamos rastrearlos de manera efectiva.

—Por lo tanto, tenéis que actualizar vuestras rutinas de seguridad de monitorización.

—Lo estamos haciendo, pero hay cientos de miles de redes individuales en Akitha. Ya te lo he dicho, tardaremos bastante.

—Muy bien —dijo Kandara—. Entonces necesitaremos reducir las

posibilidades. Jessika, se supone que analizas los patrones estratégicos. ¿Es un equipo o varios?

—Creemos que actualmente hay unos quince grupos de espionaje industrial operando en Akitha, aunque la mayoría solo se dedican a robar. Juzgando lo infrecuentes que son estos ataques de sabotaje activo, quizás uno cada seis semanas, parece que se trata de un único equipo. Están siendo prudentes, y cubren bien sus huellas.

—Bien, ¿tenéis un censo de todos los ciudadanos no utópicos en el sistema de Delta Pavonis?

—No, absolutamente no —dijo Kruse.

—¿En serio? Conexión puede encontrar a cualquiera que use sus estaciones en todo momento, en cualquier lugar.

—Eso es porque la compañía de Ainsley Zangari es una pieza más de la plutocracia opresiva de los universales. Nuestra red de transporte de portales es pública, no espiamos a nuestros ciudadanos.

—Sí, que os brotan por el culo las libertades civiles, ya lo pillo. Veamos, ¿se puede utilizar la red pública para vigilar a personas individuales en caso de una emergencia?

—Teóricamente sí —dijo Tyle. Sie sonrió ante la mirada molesta de Kruse—. Hay un sensor en cada portal. Incluso nosotros necesitamos procedimientos policiales básicos.

—Necesitaremos una orden de la Corte Suprema —dijo Kruse.

—¿Aún no la tenéis?

—Creíamos que podríamos encontrar a los criminales mediante su huella digital.

—Claro. Pues hablad con quien tengáis que hacerlo, y conseguid la orden.

—¿Una orden para cada no utópico del sistema de Delta Pavonis? No estoy seguro de que nos la vayan a dar.

—Una orden para cada región, para cuando este equipo finalmente rastree una localización posible —dijo Kandara—. Es lo mínimo que necesitamos. Sin eso, estamos perdiendo el tiempo.

Kruse asintió.

—Llamaré a mi jefe de la Agencia. —Sie salió al patio y se apoyó en la barandilla, mirando el océano con sus erectas islas.

Kandara clavó la mirada en los demás.

—¿En serio no habéis conseguido nada en tres semanas?

—Lo sé —dijo amargamente Tyle—. Es un resultado de mierda. No estamos acostumbrados a algo de esta magnitud.

—No solamente eso —dijo Jessika—. Es la naturaleza de las personas a las que nos enfrentamos. Son profesionales, y tienen mucha experiencia. No paro de decirle a la Agencia que deberíamos tener un

programa de intercambio con las agencias equivalentes de Sol, de esta forma nuestros operativos podrían ganar experiencia y entendimiento. Pero…

—Demasiado orgullosos, ¿verdad? —supuso Kandara.

Todos miraron a la figura que acababa de aparecer al final del patio.

—Tozudos —dijo Oistad—. Creídos. Innecesariamente celosos. El diccionario es extenso.

Kandara miró a cada uno de ellos alrededor de la mesa.

—¿Habíais trabajado alguna vez juntos?

—Esta colaboración es nueva y a estrenar —dijo Jessika, y se sirvió más vino—. La Agencia nos juntó a nosotros porque somos los mejores en nuestros respectivos campos. Es obvio que debe funcionar bien, ¿no?

—Al menos nos ayudamos entre nosotros —dijo Oistad.

—Algo —dijo Tyle. Sie miró a Kruse—. Pero necesitamos dirección.

—Se dice liderazgo —dijo Oistad—. En este mundo donde reina el consenso no hay mucho de eso. No lo estoy criticando, amo a Akitha y lo que hemos construido aquí. El problema es que no estamos familiarizados con algo de este nivel.

—Sí, ya lo veo —dijo Kandara. Se levantó—. Necesito pensar.

—¿No te vas a retirar, no? —preguntó preocupado Tyle.

—No te preocupes, nunca abandono un contrato que ya he aceptado. Orgullo profesional. Tendréis que aguantarme.

*****

La habitación de Kandara tenía un par de amplias puertas de cristal que daban al patio colgante. Abrió la cremallera de la ropa de su bolsez y dejó que un siervoz de la casa le guardara todo en el armario, excepto su traje de baño deportivo de delfín. Mientras se lo ponía, no dejaba de pensar en todo lo que le había dicho su mal llamado equipo. No pintaba bien. Estaba acostumbrada a trabajar con seguridad corporativa de primer nivel, o agentes encubiertos con cuentas ilimitadas de fondos irrastreables.

La piscina infinita era apenas lo bastante larga como para dar cinco brazadas antes de tener que dar la vuelta. Y más cálida que la de su gimnasio de Río.

Cuantos problemas de primer planeta.

Después de veinte minutos se detuvo, y se acercó al borde de la piscina para mirar hacia abajo, a Naima. Las luces de la avenida se encendieron mientras el sol se hundía en el horizonte, creando una

especie de pálida neblina azul verdosa sobre la ciudad costera. En el mar, los veleros regresaban al puerto. Todo era pacífico y encantador.

—No tiene ningún sentido —le dijo a Zapata.

—¿De qué manera?

—Cerrar fábricas es una inconveniencia, pero no va a destruir la sociedad utópica. De hecho, les está ayudando a darse cuenta de la terrible defensa digital que tienen. En seis meses, Akitha será inmune al sabotaje.

—Sabotaje a ese nivel. Si se frustran los ataques digitales, el perpetuador entonces quizás decida subir el nivel a un asalto físico.

—Seguro. Pero entonces, si son capaces de atacar la producción de vectores de telómeros, ¿por qué no infligir directamente daño físico? Y ya que estamos, ¿quién coño querría destruir un planeta entero lleno de gente que vive en la edad de piedra?

—Hay muchos fanáticos con ideologías extremas, incluso hoy en día.

—*Incluso hoy en día*. Odio esa frase. Asume que estamos progresando constantemente.

—¿No está la raza humana progresando socialmente?

—No me lo parece. Como le he dicho a Jaru, la sociedad utópica no es la respuesta. Insistir en que la segunda generación sea omnia es un callejón sin salida. Todo lo que están haciendo es crear una cultura separada que, dicho sea de paso, no deja de alardear de su superioridad moral. Cosa que siempre termina bien.

—Entonces no sería extraño que esta cultura sea objeto de ataques de rivales ideológicos.

Kandara hizo mala cara.

—No lo compro. Hay algo raro en los ataques. Algo más se cuece aquí.

—¿Qué?

—¡Santa Madre! —gritó—. No lo sé. A mí no se me contrata para resolver cosas, mi parte es la más simple, el final de la misión.

—¿Hablando contigo misma?

Kandara miró alrededor. Jessika estaba de pie al otro lado de la piscina, sonreía mientras levantaba un par de copas de vino.

—Lo siento —gruñó Kandara al salir de la piscina—. Estaba pensando. No sé por qué me molesto. Los altyo no son exactamente una TuringG8.

Jessika le dio una copa.

—¿Encuentras algo raro en este teatrillo anticrimen? Estoy altamente decepcionada de que te sientas así.

Kandara sonrió.

—Es la puta hora de los aficionados. Si así es como se enfrentan a un puñado de fanáticos, todo el concepto utópico está condenado al fracaso. Lo mejor es que recojáis vuestros trastos y huyáis a las montañas.

—Ya, me he estado mordiendo la lengua desde que llegué.

—¿No le dijiste a Kruse que necesitábamos profesionales para resolver algo como esto?

—La verdad es que Oistad y Tyle son buenos en lo que hacen. Y tú y yo, somos profesionales.

—Que la Virgen María les asista. —Kandara levantó su vaso en brindis y tomó un sorbo, era más dulce de lo que había esperado, y con la temperatura ideal. Nada mal.

Jessika miró a la cocina, estaba Kruse en la mesa, conversando seriamente con los otros dos.

—Lo que nos falta es liderazgo. Kruse y su Agencia esperan que si tú nos organizas, a Tyle, a Oistad y a mí, con la ayuda de una TuringG8, no tendremos ningún problema en rastrear a los malhechores. Y luego solo faltará que nos apartemos a un lado mientras vas y los eliminas.

—Ya, pero hay algo en todo esto de los sabotajes que me mosquea.

—Lo sé. Ellos no lo pueden entender, pero la relación entre coste y beneficio es terrible.

—¿Perdón?

—Gente como Kruse no entiende las finanzas de la *antigua* economía. Demasiado iluminado. Aquí, si hay que hacer algo, se hace. ¡Listo! Tras eliminar la escasez nadie se imagina el coste de nada, a menos que participes en proyectos gigantes, como una terraformación. Y al final son decisiones políticas, democráticas. Además, las plantas de fabricadores forman parte de lo más parecido que tiene esta sociedad a un presupuesto. Si hay algo que sea realmente caro en recursos, no se pide un préstamo, sino que se actúa racionalmente y se distribuye el coste, dedicando cada década lo que se pueda. La escala de tiempo ya no es tan importante ahora que vivimos un par de siglos. Es todo racional y precioso.

—Vivir dentro de tus posibilidades.

—Exactamente. Por eso no ven el problema. Les cuesta mucho dinero a las compañías comerciales traer aquí a un equipo de espionaje industrial. La mayoría de ellos se hacen pasar por inmigrantes, convertidos en utópicos, en búsqueda de una vida mejor, abrazando la gran y nueva cultura del futuro. Inmigrar aquí es realmente fácil, esta es la segunda vez que yo lo he hecho. El único requisito real es que has de estar conforme en editar el genoma

fundamental de cualquier hijo que vayas a tener.

—Los omnia. Sí, ideológicamente apesta.

—Para ti, sí. Y eso refuerza la diferencia entre ellos y nosotros.

—La verdad es que me gusta la teoría equitativa de Jaru. Joder, dios sabe que he sufrido suficientes gilipolleces de idiotas misóginos en la milicia. Es solo que… que tiene que haber una solución diferente. Etiquétame como vieja reaccionaria, supongo. —Kandara sonrió ante sus palabras, y bebió más vino.

—Veamos, el espionaje industrial suele consistir en esto —dijo Jessika—. Tienes a un técnico profesional de una banda contratada para robar información. Se hace con la ciudad, va de barbacoa con sus vecinos, participa en las ligas locales de deportes. Se integran, básicamente. Pero por la noche, es el supervillano secreto, que dedica el tiempo a ataques de enrutamiento para acceder a archivos de investigación médica. Cuando tienen éxito, sus empleadores corpos ganan miles de millones de vatiodólares, con un nuevo y revolucionario vector para el dolor de cabeza. Como decía antes, es más barato que pagar un equipo de investigación. Es rentable. Pero *esto*… No hay beneficio alguno, aparte de que tu enemigo ideológico se prepare mejor para resistir los próximos asaltos. ¿Quién pagaría eso?

—Hay un montón de extremistas, créeme, el coste nunca ha detenido a los peores fanáticos.

—Vale, ¿pero de dónde consigue el dinero el equipo de sabotaje? Su habilidad digital es alucinante. Tyle está convencido de que sus rutinas han sido formateadas por una TuringG8, y no hay muchas. Hasta ahora, solo los gobiernos y las empresas más grandes las tienen.

—No lo sé —dijo Kandara—. ¿Quizás estamos pasando algo por alto?

—¿Qué los gobiernos universales se sienten realmente amenazados por los utópicos? ¿La guerra fría de nuestro siglo?

—Técnicamente encaja. Pero estaba pensando, ¿solo un equipo entonces? Incluso siendo full paranoides, no es así como funcionan los gobiernos. Tienen refuerzos, planes alternativos, acólitos hambrientos de formación. Departamentos enteros dedicados a la caída de un enemigo ideológico.

—Vale, pues un millonario fanático rico, o una PAC global. A ellos no les importaría, y no piensan lógicamente. O quizás sea algo completamente diferente.

—Uch —Kandara se tensó—. Sabes que estás sermoneando a una convencida, ¿no? Todavía no sé qué es lo que huele mal.

Jessika ojeó rápidamente a Kruse, quien miraba taciturno a la mesa

de la cocina.

—Por lógica, dado el pobre beneficio potencial, el sabotaje debería de ser un señuelo.

—Sí, y eso es justo lo que deberíamos estar preguntándonos. Cuando yo hice la pregunta, no me hicieron ni caso.

Kandara miró el cielo de Akitha.

—Genial. Quieres que sea tu cabeza de turco.

—Un caballo de Troya. Pero creo que mensajero sería más acertado. Sie te escuchará. Eres la experta, al fin y al cabo.

—¡Odio la mierda de política de oficina!

—Yo también. Jessika vació su copa y volvió a la villa. Kandara la observó marchar, sabía que tenía razón.

*****

—¿Los ataques son un señuelo? —dijo Kruse incrédulo, media hora después de que Kandara se hubiera cambiado a unos pantalones y camiseta y se hubiera reunido con todos en la cocina.

—No lo sé. Pero hemos de cubrir todas las posibilidades. Especialmente esta, ya que podría darnos una pista para rastrear al equipo que hay detrás de estos ataques. No podemos pasar por alto esta opción.

—Pero… ¿qué estamos buscando?

Kandara estaba satisfecha de no haber desviado la mirada a Jessika.

—Propongo que reviséis las redes que han sufrido los ataques.

—Ya lo hemos hecho —dijo Tyle—. No han atacado a ningún otro archivo.

—Incluso si pudieras garantizarlo, cosa que no creo, no es eso lo que busco.

—Entonces, ¿qué?

—Algún tipo de patrón. Algo que haya en común en cada ataque. Empezad por averiguar qué otros proyectos científicos usan la misma red.

Tyle miró dubitativo a Kruse.

—No hará daño. No tenemos nada más.

—Vale —dijo Kruse—. Hacedlo.

*****

Tenía que ser por la cama, o quizás por el ajuste horario, pero Kandara durmió casi tres horas enteras. Se levantó a las cuatro en punto, hora local, cuando la ciudad aún estaba cubierta por el cielo

despejado de la noche.

Se quedó tumbada boca arriba, con los ojos abiertos pero incapaz de ver el techo más allá de la densa cantidad de datos que Zapata le proyectaba en sus lentillas. Los otros cuatro habían pasado la mayor parte de la noche revisando las redes afectadas, había cientos de investigaciones y proyectos en cada red. La TuringG8 de la oficina las había ordenado en categorías y había intentado buscar coincidencias, pero no había un patrón claro, no en los tipos de proyectos involucrados. Ni siquiera los recursos de cada proyecto tenían correlación con el sitio donde habían ocurrido los ataques. Sonrió ante esa columna de la cuadrícula, sospechaba que había sido Jessika la que había insistido en hacer un análisis de coste. Pero al final no habían encontrado nada. Ese era el problema de los análisis de patrones, que debías definir correctamente los parámetros.

Si fuera fácil lo haría cualquiera.

Empezó a generar sus propios parámetros, haciendo que las columnas adquirieran nuevas formaciones.

*****

A las cinco de la mañana, Kandara recorrió el pasillo central de la villa, golpeando la puerta de los demás dormitorios. El equipo apareció de mala gana, frotándose los ojos del sueño, con los camisones y pijamas desarreglados mientras se tambaleaban hacia la cocina. Encontraron a Kandara ocupada con la elegante máquina de café, ya había preparado una tetera de té negro, que estaba reposando.

—¿Qué pasa? —demandó Kruse.

—He encontrado el patrón —dijo Kandara.

—¿Cuál es? —preguntó Jessika.

Kandara sonrió.

—Armas.

—No tenemos ningún proyecto de armas —protestó Oistad.

—Y por eso no habéis encontrado el patrón.

Kruse se sentó en la gran mesa de cristal y cogió una taza de café.

—Vale, muéstranos lo lista que eres.

—No soy lista, soy paranoica.

—Ah —exclamó Tyle—. Investigaciones que podrían ser potencialmente adaptadas para el uso armamentístico.

—Sí.

—¿Qué serían…? —preguntó Kruse.

Kandara levantó una mano, y empezó a enumerar con los dedos.

—La fábrica que produce los remotos perforadores para fontanería que utilizan vuestros servicios públicos de agua, fue atacada hace

nueve semanas. Compartía red con tres equipos que investigaban linzbots, una meta que se lleva investigando décadas, robots que puedan juntarse mecánicamente multiplicando su tamaño y fuerza, y que al mismo tiempo puedan combinar su capacidad de procesamiento en red. Nosotros ya tenemos linzbots pero la tecnología se ha estancado, los protocolos de conectividad de red son difíciles de establecer y tienen fallos impredecibles. Vosotros estáis trabajando en robots, desde el tamaño de una hormiga, hasta mecas gigantes y estúpidos. Los que tienen el tamaño de una hormiga son particularmente interesantes, cuando se linzan tienen lo que se llama el efecto fluido seco, ya sean grupos de un puñado hasta marabuntas de medio millón. Imaginaos un nido de hormigas guerreras en perfecta sincronización con inteligencia y un propósito, no me quiero ni imaginar el daño que podrían infligir en el cuerpo de un ser humano. Y un grupo linzado de ogros idiotas podrían destruir barrios enteros.

—Vale, acepto que estas en particular puedan tener aplicaciones agresivas —dijo Kruse—. ¿Qué más?

—Los fabricadores de enlaces moleculares. Esa rama derivó al desarrollo de los escudos. Obvio. —Kandara sorbió un poco de té verde, poniendo en orden sus pensamientos, iba a ser su argumento más convincente—. Y el ataque del mes pasado a la planta de ensamblaje de los enlaces para la red de energía planetaria. En esa red también existe un laboratorio universitario que trabaja en sistemas de confinamiento magnético, que también tienen aplicaciones de alta potencia, sobre todo las cámaras MHD que usan los pozos solares. —Echó un vistazo a las expresiones de todos, disfrutando del momento —. ¿No? Son cámaras de pequeña escala con generadores de monopolos magnéticos, y además muy poderosos. Perfectos para naves espaciales de cohetes de plasma, o quizás misiles.

—¡Oh, venga ya! —objetó Oistad.

—Emisores de rayos X coherente para aplicaciones micromédicas. Aumentando la escala tenemos armas de rayos gamma y de rayos X.

Tyle y Kruse intercambiaron una mirada.

—Terrible —murmuró Jessika.

—Tú lo has dicho —dijo Kandara—. El robo de información es molesto. ¿Pero esto?, esto es otra cosa.

—Pero ¿por qué? —preguntó Kruse, desconcertado.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Kandara—. Primero confirmemos que hay un patrón. Tyle, ¿puedes comprobar los proyectos que acabo de mencionar, y buscar si hay algún archivo más que hayan roto o copiado?

—Claro.

—Y si encontramos algo, solo entonces, nos centraremos en el motivo.

*****

A la salida del sol un siervoz le llevó el desayuno al patio. La bahía brillaba con un resplandor de bronce. Su bandeja traía huevos benedictinos, un zumo de naranja recién exprimido y un cruasán con mermelada de arándanos. Cuando trabajaba no era tan estricta en su alimentación, nunca se sabía si necesitaría las calorías adicionales.

Jessika desayunó con ella, mientras los demás coordinaban la revisión de la investigación con la TuringG8 de la Agencia.

—Buen trabajo —le dijo a Kandara.

—Ya me conozco el juego.

—Me pregunto contra quién nos enfrentamos.

—La respuesta más simple sería una compañía armamentística.

—Aunque su motivo no es obvio. ¿Por qué destruir además de robar? Es político, quizás ideológico. Si solo fuese un robo habrían sido sigilosos.

—¿Otro engaño? —preguntó Kandara.

—Es que ya debían saber que nos veríamos obligados a reaccionar, que nos dejarían sin elección.

—Cuando tengamos más información, como por ejemplo quiénes son, el motivo será evidente.

—Pero esa es la cosa. ¿Cuántos motivos pueden existir? Nos han dañado, a toda Akitha. ¿Quién haría algo así?

—Fanáticos —replicó automáticamente Kandara—. Ya no me sorprende nada de lo que hacen, la miseria y el sufrimiento que infligen a los demás. La ideología es el virus de un alma enferma, corroe la decencia humana hasta justificar los actos más atroces para el fin de la causa. Cualquier causa.

Jessika la miró sorprendida, con la cuchara de macedonia a medio camino de la boca.

—Nunca hubiera dicho que le dieses a la filosofía.

—No estoy filosofando, solo te estoy contando lo que he visto.

—Demonios, y yo pensando que ya había visto cosas malas trabajando para Seguridad de Conexión.

Kandara le sonrió comprensiva y cogió otro cruasán. Entonces se abrió la puerta de la villa y Kruse salió, seguido de Tyle y Oistad.

—Han atacado más archivos, ¿verdad? —dijo Kandara, aunque la pregunta era innecesaria.

—He tenido que profundizar en las rutinas de gestión —admitió Tyle—. E incluso así solo he encontrado trazas fantasma. Las rutinas

que están desplegando son extremadamente sofisticadas e increíblemente difíciles de detectar. La Agencia está preocupada, no se parece a nada que hayamos visto antes.

—Así que es una compañía de armas con un equipo de espionaje —dijo Jessika.

—Creo que podría ser peor —dijo Kruse—. Solo hemos tenido una hora, pero le pedí a los equipos de investigación que revisaran los archivos. Y algunos de ellos parece que han sido modificados.

—Modificados, ¿cómo? —preguntó Kandara.

—Es sutil. Los de investigación están comparando los archivos activos con las copias del depósito. Hay discrepancias. No muchas, y no en todos los archivos que han comprobado. Pero los datos han sido alterados. —Sie parecía preocupado—. Han sido comprometidos proyectos enteros.

—Si se hubiese construido hardware con esos archivos, no habría funcionado —dijo Oistad—. El sabotaje habría arruinado años de investigación, y habría supuesto perder todos los recursos asignados a su fabricación.

—Entonces no ha sido una distracción —dijo ponderadamente Kandara—. No del todo. Su objetivo es deshabilitar vuestra base industrial.

—Nos paralizará —dijo Kruse—. Desconocemos el alcance del sabotaje, ahora no podremos construir nada nuevo a menos que hayamos revisado el desarrollo. Esto… ¡esto es una declaración de guerra!

—Es un análisis interesante —dijo Kandara—, y más viendo que parecen concentrarse en sistemas con aplicaciones armamentísticas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tyle.

—Vuestra capacidad para construir armas, para una hipotética defensa, está siendo saboteada.

—¡Nadie nos va a invadir! —dijo Oistad—. Es una locura.

—Pearl Harbor —murmuró Kandara.

—No —declaró firmemente Kruse—. Un par de equipos armados con las rutinas más avanzadas de una TuringG8 y con una política de odio, lo puedo aceptar. ¿Pero un asalto físico? ¿De quién? Las naciones ya no tienen ejército. Si se juntan diez mil personas y empiezan un entrenamiento militar, se enteraría todo el mundo. Hay otro propósito, lo tiene que haber.

—Me alegro de escucharlo —dijo Kandara—. Vuestro servicio de inteligencia vigila todo lo que pasa en Zagreo, ¿no?

Kruse la miró exasperado.

—No voy a discutir hipotéticos.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? Hemos llegado a más de cien sistemas solares. Veintitrés de ellos tienen planetas que han sido o están siendo terraformados. No tenéis ni puta idea de lo que está pasando en la mitad de ellos. ¿Habéis oído que una banda criminal en Ucrania afirma tener un portal independiente a Zagreo? Si tienes pasta de verdad, y has conseguido mantener el control de tu dinero, puedes pagarte la vuelta tras ser exiliado.

—¿De verdad? —preguntó fascinado Tyle.

—Como he dicho, es solo un rumor. Pero lo digo completamente en serio, no sabemos qué está pasando en muchos de los sistemas solares. Y no tiene por qué ser un ejército humano. Los drones soldados son baratos y fáciles de construir.

—Aprecio tus ocurrencias y comentarios —dijo Kruse—, pero no nos estás ayudando.

—Entiendo tu postura. Sin embargo, lo que hemos averiguado nos indica el tipo de proyecto que próximamente atacará el enemigo. Tyle puede cargar sus monitores en las redes apropiadas.

—Sí, eso haremos. Necesito informar a la Agencia. —Sie logró sonreír débilmente en gratitud y volvió a entrar.

—Para una sociedad que se enorgullece de la libertad individual, sie habla con su jefe una barbaridad —observó Kandara.

*****

El equipo estuvo ocupado el resto del día, revisando e intentando identificar más archivos corrompidos. La mayor parte de la tarde se dedicaron a realizar un índice cruzado con los visitantes actuales y los inmigrantes recientes. Por último, la Agencia les pidió que señalaran los posibles objetivos.

Este proceso le dejó tiempo libre a Kandara, que pasó corriendo hasta la playa. Continuó con una hora en el bien equipado gimnasio de la villa. Luego, ejecutó procedimientos de análisis para los periféricos de sus armas, usando imágenes de su lentilla como práctica virtual de tiro. Prefería prácticas de verdad, pero dudaba que Naima tuviera alguna sala donde practicar. Al menos ninguna que fuesen a reconocer públicamente. Se imaginaba que la misteriosa Agencia de Kruse tendría una instalación de entrenamiento para agentes.

Al final de la tarde, Kandara estaba pensando en darse otro chapuzón cuando Kruse vino a buscarla.

—Necesitas empacar tu bolsez —dijo sie—. Nos vamos a Onysko.

—¿Dónde? —Mientras preguntaba, Zapata ya le estaba informando, era el hábitat residencial principal del asteroide Bremble —. No importa. ¿Por qué nos vamos allí?

—Hemos identificado un objetivo de alta probabilidad. La más alta, la verdad.

*****

Onysko no era tan grande como Nebesa, medía solo cuarenta y ocho kilómetros de largo. La biosfera era templada, acercándose a su frío otoño para cuando el equipo salió de la estación. Lo primero que hizo Kandara fue darse la vuelta para mirar la base del cilindro. Esperaba ver una ciudad anillo en su circunferencia, igual que en Nebesa, pero el plano círculo era principalmente una piedra gris perlada con varias cascadas espectaculares, que se curvaban por la fuerza de Coriolis. Había algunas secciones urbanas, como en la que habían aparecido, con reveladores balcones apilados.

Zapata le informó de la población del hábitat.

—¿Siete mil? —preguntó Kandara sorprendida—. ¿Estás seguro? —Observó los árboles de hoja caduca más cercanos y calculó que deberían tener entre cincuenta y sesenta años. El hábitat debería tener una población más grande a estas alturas. Algunos de los hábitats más grandes del sistema solar estaban llegando a doscientos cincuenta mil.

—La información proviene de la TuringG8 de Onysko. Es reciente.

—Extraño.

Les habían asignado alojamiento en la residencia Gloweth, un zigurat de diez plantas adosado a la base. Su alojamiento estaba en el tercer piso, y era más grande que la villa de Naima, pero con el mismo mobiliario minimalista clínico, que le daba a Kandara la sensación de que se trataba de una sutil terapia de acondicionamiento utópico. Parecía reforzar la idea de una clase media sin ambición, que ya se consideraba demasiado prevalente en Delta Pavonis. Era como si todos fueran reacios a mostrar algún signo de individualidad.

*****

Tyle vino a buscarla para la reunión y ambos caminaron por el laberinto de pasillos que recorría la base. Jessika y Oistad ya estaban esperándolos en la sala de conferencias. Kandara sonrió, apreciando la ubicación, una pared tenía una ventana curvada que formaba parte del caparazón externo del hábitat. Nunca había visto nada similar, el exterior de los hábitats solía tener cientos de metros sólidos. Solo pensar en la lluvia de radiación cósmica que tenía que estar golpeando la ventana la ponía nerviosa. El material transparente no parecía particularmente grueso. A pesar de eso, se sentó en la losa de piedra que hacía de mesa en el centro de la habitación y miró sin miedo. La

vista le hizo preguntarse cómo había llegado a sentirse impresionada en Nebesa.

La ventana daba al asteroide Bremble, que desde el punto de vista de Kandara, describía un estrecho arco sobre las estrellas mientras Onysko rotaba laboriosamente. Podía identificar las extensiones, ciudades de maquinaria que colgaban como lapas de la polvorienta y marronácea superficie. Brillantes destellos de luz, reflejos de Delta Pavonis, como doradas hojas que provocaban un hipnotizante parpadeo.

Zapata le mostró información superpuesta, marcando los componentes de la imagen con identificadores. La mayoría de los grupos de maquinaria eran estaciones industriales, que desplegaban zarcillos semejantes a raíces, que profundizaban en la roca y extraían minerales que serían procesados en las zonas de refinado antes de ser distribuidos a las unidades de construcción que conformaban la capa superior. Todo material que no estuviese disponible en el complejo entretejido de mineral de Bremble, era provisto por portales enlazados a otros asteroides y a las lunas de Lanivet, el solitario gigante gaseoso de Delta Pavonis.

Más de la mitad de las estaciones estaban en proceso de replicación, le dijo Zapata. Una fascinada Kandara observaba las deslumbrantes incrustaciones metálicas que se extendían con lentitud sobre el inquietantemente suave regolito, como bacterias mecánicas. Tardarían años, pero al final toda la superficie estaría cubierta, habiendo convertido el enorme asteroide en una gigante baratija tecnológica.

Las etiquetas también parpadeaban sobre los módulos fabricadores en caída libre que flotaban a la deriva, formando una dispersa colonia, la mayoría ocupados en la construcción de nuevos hábitats. La disposición de los módulos revelaba la elegancia de su simplicidad, una grúa anillo de ocho kilómetros de diámetro con sencillos montantes geométricos, algo vulgares frente a las secciones de enigmático equipamiento que sujetaban. Este contenía masivos generadores de campos de enlace atómico, una variación de los que producían los escudos de aire. Las refinerías proporcionaban un flujo constante de material vaporizado, y los campos de enlace los comprimían, dándoles forma sólida de nuevo.

Contempló con pura admiración la energética luz solar que se reflejaba en la lisa superficie de obsidiana de los prodigiosos cilindros que extruían los anillos de fabricación. El proceso tenía una innegable semejanza con la vida orgánica, igual que las estaciones industriales.

Y más allá de la colección de módulos fabricadores, los hábitats

recientemente completados resplandecían como estrellas de primera magnitud, un enjambre que se disipaba lentamente por el sistema de Delta Pavonis, en trayectorias con las que alcanzarían décadas más tarde sus propios asteroides. Y allí repetirían todo el proceso de minado, refinado y fabricación. Parecía que Bremble fuese la cabeza de un diente de león, que eyectase sus semillas para propagarse una y otra vez en la hostilidad del vacío interplanetario.

Más equivalencias orgánicas.

—Vonneumannismo utópico del bueno —dijo Tyle con alegría mientras se sentaba a su lado. Sie no dejaba de sonreír ante la vista—. Máquinas construyendo máquinas, prácticamente sin ninguna intervención humana. Ahora que Onysko cuenta con una TuringsG8,

LA MUERTE DE CÁNCER

Río, 2194 A. D.

Por la mañana temprano en la playa de Copacabana, antes de que los residentes de divina piel dorada empezaran a lucir sus relucientes cuerpos para la envidia de visitantes y turistas, los horizontales rayos del sol danzaban sobre el agua creando brillos deslumbrantes. Ni tan siquiera las gafas de sol de categoría cuatro de Kandara parecían ayudar mucho ante tal resplandor. Saltó descalza a la arena, intentando no caer en los largos surcos de las ruedas. Cada día, una hora antes del amanecer, los enormes siervoz de limpieza salían de la ciudad, para que la arena de Copacabana tuviera un inverosímil nivel de pureza, lista para la diaria multitud de gente. En ese proceso, las ruedas dejaban a menudo surcos tan agudos en la playa que los incautos podían tropezarse antes de que la marea, y miles de pies, la dejaran nivelada de nuevo.

Justo antes de llegar al extremo sur, dio media vuelta y siguió corriendo. Zapata, su altyo, monitorizaba sus pulsaciones y su nivel de oxígeno, y le mostraba los datos en sus lentillas tarsus. Los usaba para mantener el ritmo constante, era la rutina óptima de cardio que había seguido fielmente desde que terminó en el Heroico Colegio Militar hacía veinticuatro años. Una dieta adecuada, algunos tratamientos sencillos de telómeros y ejercicio disciplinado, permitían que su cuerpo mantuviese el aguante y velocidad de un cadete de veintiún años.

Once minutos después estaba al otro lado de la playa y había más gente llegando a la arena. Empezaron a abrir los tenderetes a lo largo del paseo marítimo, y levantaron las tradicionales redes de voleibol. Kandara bajó la velocidad y caminó por la Avenida Atlántica, pisando el viejo mosaico con forma de las olas del mar mientras se dirigía a su apartamento.

Los altos hoteles cercanos a Copacabana habían sufrido el mismo destino que el resto tras el entrelazamiento cuántico espacial, y casi un siglo después, fueron todos reformados como bloques de

apartamentos de lujo, clubes en terrazas y áticos, y restaurantes. Kandara se había comprado un apartamento relativamente modesto hacía siete años. Estaba solo en la tercera planta de un edificio de veinte, pero al menos tenía vistas a la playa.

Cuando abrió la puerta, King Jaspar, su elegante gato birmano, la esperaba como siempre protestando audiblemente en el pasillo. Antes de adoptarlo, nunca había escuchado de un gato que maullase tan fuerte. El señor Parker Dowson, su vecino, ya no le hablaba por el «ruido infernal», y había presentado ya varias quejas ante la junta de residentes.

—Vale —le dijo a King Jaspar—. Calma, te daré ahora el desayuno. En respuesta maulló aún más alto.

—Cállate, ahora te lo doy.

Otro penetrante maullido.

—¡Cállate!

Con el pie descalzo le dio un golpecito en su sedoso pelaje, no fuerte, solo lo suficiente como para que captara el mensaje. Recibió una mirada malhumorada por la molestia.

—Maldito… —Se le escapó un suspiro exasperado, e hizo un esfuerzo por callarse. *Virgen María, es solo un puñetero gato. Contrólate* —. Vamos.

Acarició al gato bajo la mandíbula con un dedo, mientras lo llevaba en brazos al pequeño lavadero de la cocina. Ronroneaba satisfecho cuando le llenó el cuenco con la otra mano. Al dejarlo en el suelo, una uña se le enganchó en la camiseta de licra para correr.

—¡Demonios!

Kandara miró los hilos deshilachados de la camiseta negra, y se molestó aún más consigo misma por la ira que sentía. Todo el incidente había sido como un bucle de realimentación. ¡*Ridículo*!

—Dame una actualización del estado de mi neuroquímica y periféricos del cráneo —le dijo a Zapata.

Se quedó de pie esperando en la sala de estar junto a las altas plantas de interior y los tapices de alfombras mejicanas. Con las manos en la cintura, estaba impaciente por los resultados del escaneo.

El sol empezaba a entrar por los grandes ventanales, provocando destellos en el sudor de las piernas y el torso que aún tenía de la carrera.

—Neuroquímica estable —anunció Zapata—. Funcionalidad de la glándula al cien por cien.

Suspiró. Hubiera sido más fácil culpar a la pequeña glándula. Era una pieza compleja y delicada de biotecnología médica, que secretaba una dosis cuidadosamente regulada de un antagonista de la dopamina,

y que le ayudaba a mantener la esquizofrenia en un rincón oscuro de su mente, como una bestia durmiente. Así que no podía echarle la culpa de su frustración. Quizás fuera el haber corrido, que la había animado. O la falta de trabajo, habían pasado ya más de dos meses. Y no le serviría de nada llamar a sus contactos. El trabajo la buscaba, no al revés.

Recorrió el corto pasillo y abrió la puerta de Gustavo. Gustavo tenía aproximadamente el mismo estatus que King Jaspar en su apartamento, ambos eran igualmente dependientes, eran sus invitados, sus casos de caridad, su trabajo en curso, y su libertad. Lo había encontrado hacía siete semanas en un callejón detrás de un club elegante. Lo habían apalizado brutalmente los guardaespaldas de un marido celoso. Tenía diecinueve años y era guapo como un modelo. Gustavo le había explicado que por eso había venido a Rio, lleno de esperanza e ilusión. Pero el trabajo de modelo no había llegado nunca a pesar de estar en el elenco de tres agencias locales. En cambio, los agentes de las tres agencias le habían propuesto que hiciera de acompañante de fiestas a mujeres mayores, referentes de la moda. *Así te verán cariño, las personas adecuadas sabrán tu nombre*. Un complemento de carne mucho menos valioso que sus relucientes joyas y su alta costura de la semana. Las amantes de la moda, frías y más calculadoras que cualquier proxeneta callejero, lo ofrecieron a sus clientes más ricos. Salía de fiesta con ellos, sonreía ante sus chistes sin gracia, y luego se los follaba hasta las tantas como solo un adolescente viril podía. Y cuando el aguante le fallaba por los excesos, resistía a base de las drogas adecuadas.

Gustavo estaba desparramado en la cama, roncando suavemente. Lo había apuntado a un programa, y se estaba manteniendo limpio. Incluso había conseguido hacer un par de sesiones como modelo de ropa deportiva, y otra como extra en un
viz-u
musical. Incluso si intentaba imaginárselo como una obra de caridad, sabía exactamente por qué lo había acogido, y el altruismo ni siquiera estaba entre los motivos. Era conveniente, nada más.

Golpeó con el talón la puerta del cuarto para poder cerrarla. El ruido lo despertó, y levantó la cabeza parpadeando, aún soñoliento y confundido. Ella le sonrió mientras se quitaba la camiseta de fiera estropeada por la cabeza.

—Santa Madre, ¿qué hora es? —graznó.

—Es por la mañana.

—Has vuelto a no dormir de nuevo, ¿verdad?

—Un par de horas.

—Necesitas dormir más.

Se quitó los pantalones.

—Ya dormiré cuando…

—Cuando estés muerta, sí. No paras de decirlo.

—Exacto. —Kandara tiró de su sábana y se subió al colchón a su lado.

Gustavo estuvo a punto de negarse. Sin embargo soltó un suspiro que sonaba a desgana. Aunque le duró poco en cuanto las manos de Kandara se movieron con destreza por su delgado cuerpo, quitándole los últimos rastros de sueño. Después de todas estas semanas, sabía exactamente cómo excitarlo, cómo mantenerlo duro mientras ella lo montaba con avidez. Las elaboradas posturas sexuales que le permitían realizar sus músculos genetizados no llegaban a convertirse en un acto íntimo. Eran amigos con derecho a roce, no amantes. Todo lo que ella quería era lo físico.

Los doctores le habían advertido sobre su gestión de la rabia. Las glándulas que infiltraban en su vía mesolímbica no eran una cura, le dijeron, asintiendo con sus sabiondas cabezas, los neuroquímicos solo tratan síntomas. Y podrían tener efectos secundarios.

Ahora ni recordaba cómo solía pensar antes de que sus padres fueran masacrados. Qué rasgos eran nuevos, artificiales, psicológicos, bioneurales, divinos… Su adquirido trío de tentadores demonios estaba bajo control: psicopatía, hipersexualidad e insomnio. Los gobernaba con puño de acero, usándolos cuando los necesitaba, otorgándole la personalidad idónea para su trabajo. Un ángel vengador que purificaba el mundo de la maldad desatada.

Después de haber terminado con él, miró con cierto cariño como se durmió rápidamente de nuevo, luego se fue a la ducha. El desayuno era un batido de su propia receta, media docena de bayas diferentes y yogur (orgánico, no imprimía la comida si podía) todo mezclado en una licuadora. Se lo bebió, sentada junto a la puerta del balcón, con una bata y el pelo envuelto en una toalla.

Gustavo entró cuando ya se había bebido la mitad de su batido. Estaba desnudo, una belleza que competía con las vistas de la playa.

—Buff, ¿no tienes comida de verdad? —se quejó.

—¿Como qué?

—¿Zumo de naranja? ¿Tostadas?

—Me imagino que tienen que tener en algún puesto callejero.

—Vale, vale, lo pillo.

—Te puedo mezclar miel con yogur.

—Caray, gracias. —Se dejó caer en un taburete en la barra de la pequeña cocina.

Sonrió mientras se liaba con la variedad de caros utensilios de cocina que había ido adquiriendo lentamente y con esmero. Todos los ingredientes eran orgánicos, mezclados con cuidado, y la tostadora estaba a la temperatura perfecta.

—¿Es eso yogur? —preguntó asombrado, mientras Kandara vertía el líquido espeso y cremoso del cuenco en una jarra de medida.

—Te estoy haciendo tortitas. Mi agradecimiento por esta mañana.

Su sonrisa le ganó al sol.

—¿No tienes nada que hacer el resto del día? —le preguntó mientras devoraba la tercera tortita.

—Reuniones —dijo. Lo que no era del todo cierto, había reservado un par de horas en el campo de tiro, su entrenamiento habitual. Luego iba a reunirse con un proveedor para revisar algunos de los nuevos periféricos que había recibido del norte de Rusia. Probablemente no se implantaría nada, pero estaba bien mantenerse informada.

—¿Puedo venir? No me meteré en tu camino ni nada. Podría ser tu asistente.

—No lo creo. No hoy.

La miró con tristeza.

—Vale, lo pillo. Crees que soy estúpido.

—No —dijo, orgullosa de no suspirar de exasperación. Después de que se mudara con ella, le dijo que era una diseñadora independiente que revisaba iniciadores de reactores de algas, claves en la primera fase de terraformación. Era una buena mentira. Pero no había esperado que este lapsus durase tanto.

—Necesitas unas cualificaciones básicas para entrar a mi sector.

—Sí, como si alguna vez fuera a tenerlas.

—Podrías, si fueses a la universidad.

—Seguro, madre.

Gustavo le sonrió de forma traviesa y lasciva mientras se ponía de pie. Su mirada incierta era excitante para Kandara. Su mano se cerró sobre el tarro de miel de manuka orgánica.

—¿Haría esto tu madre? —murmuró, y abrió la bata, lista para verter la lujosa miel dorada sobre su pecho.

—Tienes una llamada —informó Zapata. Ver el icono de su agente europeo en sus lentillas la paró en seco.

—Dúchate primero —le dijo. Gustavo le hizo un nuevo puchero que la hizo reír, y trotó dramáticamente al dormitorio.

—Aceptada —dijo a Zapata.

—Buenos días, mi mejor clienta —dijo la agente—. ¿Cómo estás hoy?

—Preocupada —admitió—. Pensaba que estabas muerta o en la

cárcel.

—Como si no tuvieras a otros doce como yo, buscándote incansablemente los trabajos buenos.

—Quizás. Y si los tuviese, serían aún más incansables que tú.

—Estoy herida.

—Estoy siendo amable. Venga, ¿qué tienes para mí?

—El mejor trabajo, el legendario, aquel que nunca llega. Es tu pináculo, querida. Después de esto podrás retirarte y aburrir a todo el bar cada noche con las historias de tu santidad.

—Patrañas, dijiste lo mismo de Baja.

—Esta vez va en serio, oh, sí.

—Necesito una mejor agente.

—No, no lo necesitas, ninguna otra podría conseguirte un contrato con Akitha.

Kandara sintió como un pequeño escalofrío de emoción le recorría la espalda.

—Tonterías por partida doble. Es la capital de Utopía, no me tocarían ni con un palo.

—Tiempos desesperados, querida. ¿Les digo que estás interesada?

—¿Está a la altura?

—Te lo garantizo. Me he reunido con su representante en persona, ya sabes, eso que nunca hago. Pero siendo por ti…

—¿Cuál es el trabajo?

—Oh, claro, como si se hubieran dignado a explicármelo.

—Madre de Dios. Vale, ¿cuándo me necesitan?

—Ahora.

—¿En serio?

—No te ofendas, pero si te quieren a *ti*, es que ha de ser monumentalmente urgente.

—Dame una hora. —Miró el pote de miel que aún sostenía—. Que sean dos.

*****

King Jaspar resultó ser el problema complicado, como Kandara se esperaba. Gustavo al final era un simplón. Se lo folló hasta que se le acabó la miel, y le dijo que tenía que marcharse. Fue decente y le pagó quince noches en un apartamento situado en el respetable vecindario de Santa Teresa.

Rabia. Gritos. Amenazas. Súplicas. Pero al final hizo la maleta y salió furioso, gritándole maldiciones increíblemente obscenas, a ella, a sus ancestros y a sus descendientes.

Fácil. Ahora a buscar un cuidador decente para un birmano de

pedigrí en Río, con media hora de antelación. Le costó más que el apartamento de Santa Teresa. Después también pagó a un abogado para que le encontrara un nuevo dueño a King Jaspar si no volvía en un mes. Regla número cero, actúa siempre como si cada misión fuese la última. Y en este caso, no se hacía ilusiones. Si los utópicos le estaban pidiendo ayuda, es que iba a ser muy gordo.

*****

La red metropolitana de Río la llevó a la estación internacional, a tres saltos de Bangkok. Desde allí el camino se volvía interesante. Tuvo que tomar una radial urbana a Prawet, donde estaba ubicada la embajada de Utopía. Mientras atravesaba los interminables portales con su bolsez rodando detrás, Zapata verificó su equilibrio neuroquímico, estaba perfectamente. Inspiró despacio, hacia un estado Zen. Lista.

Un minuto después, estaba subiendo las escaleras hacia la embajada, con fuentes a ambos lados. Un utópico llamado Kruse estaba esperándola al final, delante del arco de la entrada. Sie parecía estar en la treintena, tenía una melena castaña en la que brillaban discretamente joyas de arcoíris. Su traje de *tweed* de color *beige* era bastante formal, con una falda que le cubría las rodillas. Kandara tuvo que levantar la cabeza cuando se dieron la mano, Kruse era unos cuarenta centímetros más alto. La sonrisa del omnia parecía bastante genuina.

—Investigadora Martínez, todo un placer —dijo sie.

—Igualmente, llámame Kandara. —Le sorprendió que la llamaran investigadora, pero si era así como la iban a tratar, que así fuera entonces.

—Por supuesto. Por aquí, Kandara.

Kruse la llevó por una pequeña puerta al lado de la entrada principal. Un pasillo corto que conducía a un único portal. Kandara supo en el acto que habían entrado en un hábitat espacial, su oído interno podía detectar la sutil diferencia de la gravedad inducida por la rotación. Zapata le confirmó el cambio, se conectó a la red local y adquirió los metadatos.

—Estamos en Zabok —le dijo.

Kandara lo había supuesto. Zabok había sido el primer gran hábitat autosostenido construido por Emilja Jurich, una de las fundadoras del movimiento utópico. Aún era un centro importante para ellos en el Sistema Solar. En el hábitat había varios portales frente al que habían atravesado.

El siempre formal Kruse le señaló uno.

—Por favor.

—Nebesa —informó Zapata cuando lo atravesaron. La información inundó sus lentillas. El hábitat Nebesa orbitaba a cien mil kilómetros de Akitha, un planeta terraformado que orbitaba a Delta Pavonis.

Su oído interno detectó otro cambio, una reducción en la inestabilidad del equilibro. Comprensible, ya que Nebesa era mucho más grande que Zabok, por lo que su rotación debía ser más lenta en comparación.

Caminaron por un pasaje brillantemente iluminado que llevaba a una gran plaza pavimentada. Kandara miró hacia arriba, sonreía mientras observaba el interior del hábitat. Los enormes cilindros siempre la llenaban de sensaciones de asombro y maravilla. Muchas eran las personas que consideraban la terraformación como el mayor milagro científico que había logrado la humanidad. La naturaleza había tardado billones de años en producir vida multicelular en la Tierra, y ahora la raza humana podía duplicar el mismo proceso en un planeta desnudo en un centenar de años. Pero Kandara consideraba que eso era hacer trampas, esparcir microbios y semillas por la tierra rocosa y estéril era simplemente expandir el legado de la naturaleza. Los hábitats, por el contrario… Desmenuzar asteroides, moldear su roca y metal en cilindros del tamaño de las antiguas naciones de la Tierra y llenar de agua y aire el interior de estas desafiantes islas en el espacio, eso sí era ingeniería en mayúsculas; combinaban todo el conocimiento de la historia científica, y suponían una victoria sobre el entorno más hostil posible: el propio vacío del universo.

—Magnífico —dijo en voz baja Kandara, respirando el aire húmedo, más limpio que cualquiera de los vientos del Atlántico sur que barrían Copacabana.

—Gracias —dijo Kruse, con auténtico aprecio.

El interior de Nebesa era de sesenta kilómetros de largo y doce de diámetro. Algo que parecía una astilla de luz solar ocupaba el eje y bañaba el interior con una luz tropical. La superficie era una mezcla de lagos salpicados de islas cubiertas de una exuberante selva tropical. Incluso había algunas montañas con pequeñas cascadas que caían por las rocosas laderas. Las nubes, atacadas por múltiples florituras, se retorcían lentamente por el aire.

Emergieron frente a una de las bases del cilindro que se curvaba suavemente. El anillo de la base era un zigurat anular de balcones de cristal negro, que se extendía a doscientos metros sobre el suelo que pisaban. Una vertiginosa ciudad vertical que la aturdía mientras avanzaban por el camino, hasta encontrarse justo debajo de la banda del color del ébano.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó, intentando hacer los cálculos sin usar a Zapata. Incluso si todos los apartamentos fuesen diez veces el suyo, la población aún podría medirse en millones.

—Un poco más de cien mil hoy en día —dijo Kruse—. Era más del doble cuando la terraformación estaba en su apogeo. Pero todo el mundo quería mudarse a Akitha en cuanto fue posible. Ahora solo queda personal industrial de alto nivel y personal administrativo.

—Vaya.

—Parece que lo desapruebas.

—Es solo que no entiendo el sistema de calificación utópico, nada más. Pensaba que el *ethos* era la equidad.

Kruse sonrió brevemente.

—Las oportunidades son las mismas. La gente no. En nuestra sociedad, puedes progresar tan lejos como tu talento y tu entusiasmo te lleven.

—Lo mismo que en todas partes.

—No del todo. Aquí todo el mundo recibe una parte justa de lo que se produce en la sociedad, sin importar el nivel de contribución real que hagas. Si decides no hacer absolutamente nada durante el resto de tu vida, igualmente recibirás alimento, ropa, una casa, y tendrás acceso a tratamiento médico y educación sin discriminación alguna. Aunque en realidad, una vida de laxitud, o vagancia absoluta, raramente se escoge. Forma parte de la naturaleza humana querer hacer algo. La diferencia es que no exigimos que sea algo que las viejas teorías comunistas y capitalistas interpretan como económicamente viable. Con la introducción de las Turings y los fabricadores, la raza humana ha alcanzado un nivel tecnológico que posibilita una base industrial autosuficiente. Nos provee de productos de consumo a un coste prácticamente nulo. Nadie debería ser tratado como un parásito o un gorrón, como condenan vuestros medios a los de clases inferiores. Aquí, si dedicas tu vida al desarrollo de una filosofía obscura, o a un movimiento artístico fuera de la corriente principal, se te da la bienvenida y se te anima tanto como a quien se dedica a diseñar nuevas tecnologías o a investigar ciencia.

—¿Son algunos más iguales que otros?

—Así es como a los gobernantes ricos les gusta presentar la filosofía utópica, sí. Es bastante infantil, ¿no crees? —Señaló orgulloso con la mano al glorioso cilindro que les rodeaba—. ¿Podría una sociedad frágil producir y mantener esto?

—Supongo que no.

—Algún día todos viviremos así. Libres de las limitaciones.

—Sin duda. —Kandara no podía evitar visualizar al alto utópico

como el párroco que había formado parte de casi toda su infancia. Las escrituras, su pensamiento, nunca se equivocaban. Siempre tenía una sonrisa paciente mientras le respondía a cada una de las preguntas que una mente joven y audaz podía idear, desafiando constantemente la implacable palabra de Dios—. Entonces, ¿ahora qué?

—Hay alguien que quiere conocerte antes.

—Suena interesante.

*****

Fue una buena caminata, algo que Kandara no se había esperado. Siguió a Kruse hacia los árboles, y solo tuvieron que avanzar unos pocos cientos de metros antes de que el dosel de hojas se espesase tanto que se convirtiese en un exuberante techo esmeralda. Algunos delgados rayos de luz se colaban a través de las hojas, sombreando el terreno por el que pasaban. Los troncos crecían cada vez más cercanos entre sí y el sotobosque se reducía. Varias veces pasaron por estrechos puentes de madera con forma de arco que sorteaban los arroyos. Los pájaros piaban con estruendo en las ramas, invisibles desde el suelo. Kandara no tardó mucho en quitarse la chaqueta de lino, el aire era tan cálido que incluso su camiseta negra de tirantes le resultaba demasiado.

Llegaron finalmente a un pequeño claro con un río discurriendo a un lado. Había una tienda en el medio, de una tela blanca con ribetes escarlata y cuerdas de color bronce. Lo único que hacía falta para completar el aspecto medieval era un banderín real que ondease en la cúspide. La tienda era ridículamente incongruente en un hábitat espacial que orbitaba una estrella alienígena.

Kandara miró con escepticismo a Kruse.

—¿De verdad?

Fue la primera vez que la expresión cortés de Kruse flaqueó. Sie apartó la tela de la entrada.

—Jaru te está esperando —sie vaciló—. Por favor, sé consciente de lo importante que es Jaru para muchos utópicos, aunque obviamente, sie rechazaría cualquier tipo de devoción.

Una vez más Kandara se sintió incomoda ante la evidente veneración de Kruse.

—Por supuesto.

Entró en la tienda. Hacía bastante más fresco en el interior. La tela parecía brillar con una extraña y sorprendente luminosidad que la luz del exterior carecía. A Kandara no le sorprendió nada de lo que vio dentro. Unos cojines, una pequeña fuente y una silla de madera de respaldo rígido, todo ello parecía gritar a los cuatro vientos que era de

una gurú mística, aunque humilde.

Jaru Niyom estaba sentada en la silla, envuelta en una túnica de monje azul marino, y con el aspecto más anciano que hubiera visto Kandara jamás, lo que le otorgaba una inmensa dignidad. Tiene que ser teatro, pensó. Aunque sie ya era vieja cuando los tratamientos de telómeros estuvieron disponibles por primera vez. Vieja, pero rica.

Jaru era hija única de una familia rica tailandesa. Su padre había hecho una gran fortuna en propiedades y construcción a medida que prosperaba Tailandia. Se habían distanciado después de que el anciano Niyom muriese a los sesenta y un años de una enfermedad coronaria inducida por el estrés, incapaz de aceptar que su querido descendiente fuese kathoey. La mayoría asumió que Jaru, la más amable de todos, dejaría que la empresa fuera reduciéndose lentamente, pero el gen emprendedor resultó no ser recesivo. Su herencia llegó además en el mismo momento en que Kellan Rindstrom demostró el entrelazamiento cuántico espacial. En un destello de intuición, de los que sie demostraría a menudo en su vida, vio una forma de engrandecer la fortuna de su empresa, beneficiar al medio ambiente y proporcionar viviendas más asequibles a la gente, algo que el mundo necesitaba con extrema desesperación.

Tailandia se convirtió en el primer país en construir ciudades anillo. Jaru compró, a un precio de ganga, cientos de kilómetros de autopistas y carreteras, junto a la red ferroviaria estatal de cuatro mil kilómetros que se estaba quedando obsoleta conforme Conexión iba desplegando inexorablemente sus portales por todo el planeta.

Jaru comenzó a construir casas a lo largo de las abandonas vías de los trenes. Grandes vehículos retiraron el asfalto y el hormigón de las carreteras, dejando la tierra lista para unos nuevos cimientos. Pues lo que sie había percibido era que el notorio lema de Ainsley Zangari era cierto: todo estaba de verdad a un paso de distancia. En esta nueva era de transporte instantáneo, las viviendas no necesitaban estar en una ciudad. Se podía acceder a todas las instalaciones, como escuelas, hospitales y teatros, desde donde fuera, independientemente de donde estuviera ubicado físicamente tu hogar, solo era necesario un portal cerca.

Este modelo fue copiado rápidamente por el resto del mundo. Con unos gobiernos desesperados por dinero, vendieron las obsoletas carreteras y ferrocarriles a los constructores, resolviendo así la crisis global de viviendas. El boom de construcción pasó a salvar (o al menos reciclar) a muchas economías que sufrían el colapso de las industrias de transporte tradicionales.

Su estatus de muiltimilmillonaria permitió a Jaru expandir sus

intereses comerciales hacia las florecientes industrias espaciales, construyendo nuevos hábitats en los asteroides de Sol. Entonces, en 2078, como resultado de los nueve hábitats Über-corporativos que se declararon naciones independientes con bajos impuestos para atraer las empresas, sie patrocinó el primer Conclave Progresista, donde quince idealistas multimillonarios se comprometieron a crear una verdadera civilización donde la escasez fuese cosa del pasado.

Kandara no necesitó ninguna indicación para agachar levemente la cabeza como reconocimiento.

—Es un honor conocerle.

—Eres muy amable —dijo Jaru con voz melódica—. Aunque me temo que a mi edad ya no soy tan terriblemente hermosa.

—La edad confiere sabiduría.

Sie se rio.

—La edad *puede* conferir sabiduría, pero depende de cómo hayas vivido esos años.

—Cierto. —Kandara vio a Kruse entrar en la tienda detrás suyo y hacer una profunda reverencia.

—¿Estás en búsqueda de sabiduría, Kandara? —preguntó Jaru.

—Mi vida tiene un propósito, ya lo sabe, por ello estoy aquí.

—Por supuesto. Esa es la razón por la que pedí verte primero antes de comprometernos a este curso de acción.

—¿Para que pueda juzgarme?

—Sí.

—Siéntase libre de preguntarme lo que desee. Pero, por favor, tenga en cuenta que mis antiguos clientes tienen completa confidencialidad.

—No deseo saber escabrosos detalles comerciales de corporaciones. Solo estoy interesada en ti.

—No soy una asesina en serie que ha conseguido la tapadera perfecta. Tampoco una sádica. Si algún cliente quiere que alguien sufra antes de morir, no acepto el trabajo. Ejecuto a personas. Así de simple.

—¿Y los que puedan ser redimidos?

—Si la persona que ocasiona problemas puede ser redimida, no se me necesita.

—Entonces, ¿también nos juzgas a tu vez?

—Todo el mundo juzga a todo el mundo. No me considero infalible, aunque espero y creo que no he cometido un error hasta ahora. Todas las personas con las que he debido lidiar se han merecido lo que les ha sucedido, al menos en mi opinión.

—Sin duda, pero ¿no sería mejor que arrestaras a esos criminales y

los enviases discretamente a Zagreo?

—Repito, si es capaz de lidiar con ellos de esa forma, no me necesita. Se me llama cuando alguien no se dejará atrapar dócilmente, o ha descendido tanto en su camino que lo único que les queda es un combate a muerte, sean conscientes o no de ello.

—¿Es esta una búsqueda de venganza?

—No quiero que ninguna niña sufra lo que yo he pasado. Si quiere llamarlo venganza, adelante.

—¿Duermes por las noches?

Kandara entrecerró los ojos mientras estudiaba el rostro arrugado de la anciana en busca de algún indicio, preguntándose si los utópicos habrían mirado sus archivos médicos.

—Mi consciencia está limpia.

—A mí me gustaría poder decir lo mismo.

—Si quiere que me marche, dígamelo. No me ofenderé, sin arrepentimiento.

—Me parece que ya hemos dejado atrás esa opción —dijo tristemente Jaru—. El Consejo de Ancianos ha tomado una decisión basándose en el nivel de extremismo al que parece que nos enfrentamos. No lo discuto. Si aquellos que nos hacen daño no se rinden ante la autoridad, entonces ha de hacerse algo. Simplemente deseaba ver qué tipo de persona eras.

—Siento ser la serpiente de su Edén.

—Nunca me engañé a mí misma creyendo que podríamos lograr una sociedad igualitaria y pacifica sin sufrir infortunios en el camino.

—Soy siempre la última opción. La mayoría de mis clientes lamentan tener que llamarme, pero rara vez tienen alternativa.

—Así lo parece. No soy capaz de expresar cuanta decepción me inunda al ver a gente tan hostil con nosotros.

—Le tienen miedo —dijo Kandara—, pues sois un cambio. Y los cambios asustan a la gente, especialmente aquellos que tienen mucho que perder.

—¿Estás de acuerdo con nosotros? —preguntó sie sorprendida y encantada.

—Sí. La economía que buscáis reemplazar es aquella que causó en última instancia el asesinato de mis padres. ¿Cómo podría no estar de acuerdo?

—Pero aún no has venido a vivir con nosotros.

—Mis habilidades no tienen cabida en vuestra cultura. Cuando la raza humana llegue a aceptar la filosofía utópica y abrazarla, entonces vendré aquí con vosotros, si me admitís. Mientras tanto, soy necesaria en otro lugar.

—Quizá tengas una larga espera por delante. Somos una pequeña nación, la gente que busca unirse a nosotros son decepcionantemente pocos.

Kandara miró de reojo a Kruse, preguntándose cómo respondería ante una duda de su inmutable doctrina.

—¿Le importaría que diga como veo la situación?

—La aceptación de la verdad es fundamental en nuestra filosofía. Para llegar a la verdad primero hemos de escuchar todas las opiniones.

—Entiendo, habéis llegado muy lejos demasiado rápido.

—Las Turing no eran algo nuevo, ni tampoco el nivel de sofisticación de los fabricadores que construyen nuestra tecnología. Los asteroides nos proveen de materia ilimitada. Los pozos solares nos dan energía ilimitada. La sinergia entre estas tecnologías tan dispares era inevitable.

—Sí, pero eso son los factores económicos. Habéis ido un nivel más allá.

—Ah —sonrió Jaru gentilmente—. Los omnia.

—Sí, les pedís demasiado a la población. Les ofrecéis a los conversos todos los bienes materiales que alguna vez hayan deseado, prácticamente sin coste, pero han de aceptar el cambio de género.

—Nosotros preferimos el termino de expansión del género.

—Lo que sea. Los beneficios materiales de la posescasez no deberían depender por completo del proxenetismo del ADN de sus hijos.

—Pero, querida niña, la formación de la sociedad utópica no consistió nunca en las recompensas materiales únicamente. La cultura de los universales provee mucho a sus ciudadanos, a la inmensa mayoría de hecho. Hoy en día, hay menos que vivan en relativa pobreza que nunca.

—Entonces, ¿por qué insiste tanto en la cláusula de hijos omnia?

—Porque espero mucho más de la gente. Aspiro a la equidad universal. Y la desigualdad más básica es la causada por un género binario. Alimenta todas las disparidades e intolerancias presentes en la cultura autodenominada universal. Condenó nuestra historia en la Tierra a los mismos errores. Antes de la modificación genética, no se podía erradicar este problema. Lo sé muy bien. En mi juventud lo experimenté, de maneras que deberías agradecer que nunca vayas a vivir. Es peor que cualquiera de las miserias que hayan provocado los viejos enemigos: la religión, el capitalismo, el comunismo y el nacionalismo tribal. Esos se pueden curar con tiempo, mediante educación y amor, pero los géneros permanecerán para siempre, a

menos que tomemos medidas. —Con la palma hacia arriba señaló a Kruse—. Y ahora… Incluso ese problema se ha resuelto. Y hermosamente, además.

Kruse sonrió con adoración.

—Gracias.

—Una teoría preciosa —dijo Kandara—. Pero todo lo que ha conseguido es una sociedad que, aunque merece la pena, existe solo en paralelo a la sociedad mayoritaria. No ha cambiado nada.

—Las facciones universales están en constante conflicto —dijo Kruse sombríamente—. Caerán mientras nosotros ascendemos.

—Y ese es el por qué estoy yo aquí —concluyó Kandara—. Porque no caen como esperaba, ¿eh?

—Su hostilidad es infatigable —reconoció Jaru con un profundo suspiro—. Y, recientemente, esa enemistad ha alcanzado un nivel que es imposible desdeñar como chiquilladas. Quieren infligir daño físico. A pesar de lo que me gustaría, no soy Gandhi. El pragmatismo de mi padre sigue siendo fuerte en mi interior.

—Dígame lo que necesita —dijo.

—Un grupo de activistas universales han estado saboteando nuestras oficinas de diseño. Algunas de las investigaciones más prometedoras han sido robadas y nuestros resultados corrompidos. Nos están hiriendo mucho, Kandara, aunque no podamos admitirlo públicamente. No sabemos de dónde vienen ni quién los envía. Nos eluden. Encuéntralos, y detenlos.

Kandara asintió solemnemente.

—Es a lo que me dedico.

*****

—Te hemos preparado un equipo —dijo Kruse mientras volvían por los árboles.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de equipo? ¿Y quién es nosotros?

—Nuestra Agencia de Seguridad Nacional. El equipo se compone de una variedad de expertos y asesores. Su deber es rastrear la localización física del origen de los ataques.

—Perfecto. —Kandara había esperado usar algunos de los especialistas con los que ya estaba familiarizada, pero le daría una oportunidad a la gente de Kruse.

Un portal en la base del hábitat los llevó a una estación en Akitha. Siete estaciones más tarde llegaron a la estación central metropolitana de Naima, una ciudad de unos setecientos mil habitantes repartidos por el sur de una gran isla. Y a diez estaciones por el bucle urbano estaba la calle donde Kruse había reunido al equipo.

Al salir de la estación, Kandara se frotó la frente inmediatamente, dadas las perlas de sudor que se estaban acumulando en sus cejas. Naima formaba parte de un archipiélago en la zona ecuatorial, bastante más calurosa y húmeda que Nebesa. Estaban en una plaza de piedra blanca, a cientos de metros por encima de un tranquilo océano índigo. La ciudad estaba situada en una pendiente escarpada, y sus casas eran bastantes sencillas, de piedra y vidrio. Para Kandara, demasiado parecidas entre sí. Le recordaba a los pueblos de la toscana que había visitado en su infancia, de cuando había pasado varias semanas en la región con sus padres, por unos cursos de gestión en la oficina central. Bonito y tranquilo, aunque soso.

Caminaron por un largo paseo que tenía una hilera de altas palmeras en el centro. Su bolsez traqueteaba detrás de ella sobre los típicos adoquines desnivelados. Un minuto después llegaron a la villa. Estaba en la cima de un pequeño acantilado. Una sala de estar con muros de cristal ofrecía una magnífica vista de la amplia bahía de la ciudad. En la distancia, se podía ver un archipiélago de pilares emergiendo del mar, orgullosos sobre las relucientes aguas de levante. Más allá de las puertas abiertas, un patio enlosado rodeaba una piscina infinita. Cuando Kandara se acercó, se dio cuenta de que la mayor parte de la piscina debía de estar sostenida por pilares, solo la casa estaba asentada en el acantilado.

—De acuerdo, esto valdrá —admitió Kandara.

—El equipo está en la cocina —le dijo Kruse.

Naima podría tener un aire italiano, pero la cocina tenía un claro estilo nórdico, un espectáculo minimalista de mármol negro y escarlata, con una docena de alacenas empotradas desde donde se desplegaban distintos dispositivos de cocina según se requiriesen, aunque parecían más esculturas que artefactos prácticos. Kandara trató de no mostrar envidia, su cocina era poca cosa en comparación.

Había tres personas sentadas a la mesa del comedor. Era una mesa de cristal centrada en el suelo de roble claro. Bebían vino en copas de tallo alto.

Kandara empezó a enfadarse. Era ridículo, estas personas estaban actuando como si estuvieran de retiro en un lugar encantador, y no como si estuvieran organizando una operación encubierta que probablemente acabaría con cadáveres y ruinas.

Dos de ellos eran claramente omnias utópicos, su mera altura los delataba, mientras que la última era más baja y mujer. Kandara estaba convencida de que no se encontraba en su ciclo femenino, aunque no supiese por qué. Seguramente por su sólida intuición de investigadora.

Los tres se levantaron a la vez, sonriendo cálidamente.

—Este es Tyle —dijo Kruse, presentándole al más alto, con el pelo castaño claro y un delgado bigote oscuro con las puntas recortadas formando unos rizos al final—. Nuestro analista de redes.

—Estoy emocionado de trabajar contigo —dijo Tyle. Su voz era aguda y entusiasta. Kandara pensó que sie era realmente joven, tal vez en sus veintilargos. Sus prominentes rasgos eran tan inquietantemente parecidos a los de Gustavo que sintió que la estaba persiguiendo.

—Oistad, una operadora de programas defensivos.

Sie era casi tan alta como Kruse, pero con un pelo espeso de color miel que le llegaba a los hombros en unas grandes ondas. El vestido veraniego floreado de color azul no le dejó duda a Kandara de que estaba en pleno ciclo femenino. Como siempre, era difícil juzgar la edad, aunque la actitud tranquila que tenía le hizo pensar en alguien de más de medio siglo.

—Y Jessika Mye, una perfiladora estratégica.

Kandara le estrechó la mano con cautela.

—¿Y exactamente qué significa eso?

—Significa que analizo los crímenes; cómo se cometieron, la motivación detrás de ellos, y entonces trato de averiguar qué harán a continuación —se encogió de hombros—. Solía trabajar para Seguridad de Conexión, así que tengo algo de experiencia.

—¿Te trajeron aquí también? —preguntó sorprendida Kandara.

—No, ya estaba aquí. Decidí que, después de todo, prefería la vida utópica. Es una larga historia, pero fui utópica antes, perdí la fe y luego la recuperé.

—Vale. —Kandara se sentó en la cabecera de la mesa, y rechazó el vaso de vino que le ofreció Tyle—. No bebo mientras trabajo.

Tyle apartó el vaso avergonzado.

—Ponedme al día, por favor —les dijo Kandara.

Los centros de investigación de Akitha llevan años bajo ataque, le dijeron. Múltiples equipos de las dinámicas y avariciosas compañías de Sol eran enviados constantemente a Akitha, donde atacaban archivos de cualquier cosa a la que le atribuyesen potencial valor comercial. Se llevaban la información a las oficinas corporativas de diseño, mejorando así sus productos de consumo, la base de la economía de los mundos universales.

—Un robo flagrante —dijo Tyle—. Y una estupidez. Publicamos todos los datos igualmente. Esa es la forma de hacer utópica, queremos que todo el mundo se beneficie.

—No es tanta estupidez —dijo Jessika—. Es una ley de mercado bastante básica, si puedes producir algo antes que tus rivales, estableces una ventaja en ventas. Además, robar siempre es más

barato que mantener un enorme y caro equipo de desarrollo.

—Consiste en la asignación del valor —dijo Kruse con desdén—. Si la gente quiere o necesita un bien escaso, o uno que se vuelva poco común, ese bien adquiere valor consecuentemente. En eso consiste la antigua base económica. Pero otorgándole a algo valor terminas con la equidad y la repartición. Así es como la cultura llamada universal mantiene el *statu quo*, por fuerza monetaria, controlada por una elite no electa. Que nos arrebaten nuestras ideas y las usen para aumentar su riqueza es una doble violación.

—Claro, lo entiendo —dijo Kandara intentando ser cuidadosamente neutra—. Pero de lo que estamos hablando aquí es del espionaje industrial de toda la vida, que existe desde que nació la industria.

—El robo de datos es la primera grieta del embalse —dijo Tyle—. Ha sido una molestia durante décadas, pero ¿qué se puede esperar de las corporaciones de la cultura universal? Por eso no le pusimos mucho empeño a solucionarlo, como deberíamos haber hecho. Ha de haber siempre un equilibrio entre libertad y restricción. Es fundamental en cualquier sociedad, sin ley hay anarquía. Pero demasiadas leyes, aplicadas a rajatabla, se convierten en opresión. Aquí en Akitha, por supuesto, favorecemos el que haya la menor restricción posible, algo que ha sido explotado sin piedad por las corporaciones. Nuestro error.

—La mirada en retrospectiva es siempre la más clara —dijo Kandara.

—Nuestras redes no son tan seguras como deberían, y son susceptibles a ataques de enrutamiento. Estamos trabajando para rectificarlo, por supuesto, pero fortificar las redes de todo un planeta no es tarea fácil.

—También ha cambiado la actividad de los agentes universales —dijo Kruse—. Ahora ya no se limitan solo a robar nuestro trabajo para su propio provecho, sino que últimamente han empezado a cometer actos de sabotaje.

—¿En qué? —preguntó Kandara.

—En instalaciones industriales —dijo Oistad—. Es algo discreto. Las refinerías pierden eficiencia, aumentan los fallos de componentes en las instalaciones de fabricación debido al mal funcionamiento de las rutinas de gestión, lo que disminuye la productividad. El ritmo de estos ataques ha ido aumentando gradualmente. Estamos mejorando nuestras contramedidas electrónicas, pero aún seguimos atrasados en el desarrollo de seguridad. Incluso nuestras TuringG8 tienen problemas para defenderse contra los intentos de intrusión más

sofisticados.

—¿Vuestras TuringG8 son vulnerables? —preguntó Kandara sorprendida. Las TuringG8 apenas llevaban activas seis meses, casi cumpliendo la ley de progresión de Robson, la cual dice que el ritmo de desarrollo se duplicará con cada generación. Aunque habían tardado un poco más de lo esperado en desarrollarse, las TuringG8 deberían ser completamente seguras.

—No las pueden romper, obviamente, pero la defensa absorbe más capacidad de procesamiento de lo que me gustaría. Las TuringG8 producidas por empresas comerciales están más evolucionadas en ese sentido.

—¿Y por eso me habéis llamado? —preguntó Kandara escéptica—. ¿Por una reducción del suministro de un puñado de cosas?

—No —dijo firmemente Jessika—. Ha ocurrido un punto de inflexión. Hace tres semanas, el centro público de biovida de Naima fue objeto de un terrible asalto digital, detuvieron toda la planta de producción. Un ataque de enrutamiento abrió un túnel limpio en la red, entraron tan profundamente que hasta anularon los límites de seguridad y las máquinas sufrieron daños por sobrecarga. Hubo que repararlo todo, además dejaron bugs durmientes, toda la arquitectura de red tuvo que ser borrada y reiniciada, y ni siquiera con eso hemos garantizado eliminar todos los bugs, son altamente adaptativos.

—¿Qué produce el centro de biovida? —Kandara observó con atención las miradas que intercambiaron entre el grupo tan pronto como formuló la pregunta. Por un instante se imaginó si esta sería una investigación armamentística, un bonito y sucio secreto en el corazón de la sociedad utópica. *Tienen que tener algún tipo de disuasión física, ¿no? Alguna forma de defenderse*.

—Naima produce el noventa por ciento de los vectores de tratamientos de telómeros del planeta dijo Oistad con tristeza.

—Hemos tenido que racionar —dijo Kruse—. Las terapias se han retrasado. Ahora estamos comprando vectores de empresas universales, pero ni tan siquiera ellas tienen suficientes. Utilizan un sistema que se adapta a la demanda. Ya nadie almacena en estos días, no es *económicamente viable*. Y nosotros somos un mercado inesperado.

—Las nueve grandes farmacéuticas estarán felices, por supuesto —dijo Jessika—. Pero también frustradas. Para cuando expandan su producción para satisfacer nuestra demanda, ya tendremos la instalación biovida de Naima funcional.

—Y todo lo que han conseguido es que los precios de los vectores universales hayan aumentado, haciendo que el tratamiento sea más limitado para todos. Oferta y demanda. —Kruse lo pronunció como si

estuviera profiriendo una maldición. Y Kandara pensaba que, de alguna forma, sie lo había hecho.

—Eso no está nada bien —admitió.

—Gracias por tu comprensión —espetó Kruse.

—Si queríais un terapeuta, habéis llamado a la persona equivocada.

—Saben lo que están haciendo —dijo Jessika—. Sabían el efecto dañino que iba a provocar en las terapias de telómeros. Es un ataque a los principios fundamentales de nuestra sociedad. En cualquier civilización decente, la sanidad es un derecho, no un privilegio. Incluso los suyos, los universales, han sufrido por este acto.

—Entiendo por qué me habéis llamado —dijo Kandara—. La esperanza de vida es algo precioso. Si le quitas un día a todo el mundo en el planeta, habrás matado siglos de vida humana. Es imperceptible, pero real.

—Esperaba que lo entendieras —dijo Kruse.

Jessika sonrió con complicidad a Kandara, sonrisa que se desvaneció al instante. Vació el vaso de vino antes de continuar.

—Entonces, hemos intentado rastrear desde dónde realizaron el ataque de enrutamiento.

—¿Y? —preguntó Kandara.

—No tenemos ni idea. Sus rutinas son mejores que las nuestras, no han dejado ningún rastro.

Kandara miró alrededor de la mesa, y por primera vez se percató de lo tristes que parecían algunos de ellos.

—Y ya no podéis encontrar la fuente, ¿verdad? No ahora, ¿no?

—No, si no se puede rastrear el punto de carga en un día, entonces no —dijo Tyle.

—¿Qué es lo que necesitáis para encontrarlo? —preguntó—. ¿Mejores rutinas? Conozco algunos expertos a los que podría llamar. Son buenos.

—No soy tan malo. Y me han dejado la TuringG8 de la oficina para trabajar.

—¿Cómo los atrapamos? Explicadme el mejor escenario.

—Las rutinas de ataque son fáciles de detectar mientras se están infiltrando en la red objetivo. Si estuviésemos monitorizando la red cuando ocurriese, entonces podríamos rastrearlos de manera efectiva.

—Por lo tanto, tenéis que actualizar vuestras rutinas de seguridad de monitorización.

—Lo estamos haciendo, pero hay cientos de miles de redes individuales en Akitha. Ya te lo he dicho, tardaremos bastante.

—Muy bien —dijo Kandara—. Entonces necesitaremos reducir las

posibilidades. Jessika, se supone que analizas los patrones estratégicos. ¿Es un equipo o varios?

—Creemos que actualmente hay unos quince grupos de espionaje industrial operando en Akitha, aunque la mayoría solo se dedican a robar. Juzgando lo infrecuentes que son estos ataques de sabotaje activo, quizás uno cada seis semanas, parece que se trata de un único equipo. Están siendo prudentes, y cubren bien sus huellas.

—Bien, ¿tenéis un censo de todos los ciudadanos no utópicos en el sistema de Delta Pavonis?

—No, absolutamente no —dijo Kruse.

—¿En serio? Conexión puede encontrar a cualquiera que use sus estaciones en todo momento, en cualquier lugar.

—Eso es porque la compañía de Ainsley Zangari es una pieza más de la plutocracia opresiva de los universales. Nuestra red de transporte de portales es pública, no espiamos a nuestros ciudadanos.

—Sí, que os brotan por el culo las libertades civiles, ya lo pillo. Veamos, ¿se puede utilizar la red pública para vigilar a personas individuales en caso de una emergencia?

—Teóricamente sí —dijo Tyle. Sie sonrió ante la mirada molesta de Kruse—. Hay un sensor en cada portal. Incluso nosotros necesitamos procedimientos policiales básicos.

—Necesitaremos una orden de la Corte Suprema —dijo Kruse.

—¿Aún no la tenéis?

—Creíamos que podríamos encontrar a los criminales mediante su huella digital.

—Claro. Pues hablad con quien tengáis que hacerlo, y conseguid la orden.

—¿Una orden para cada no utópico del sistema de Delta Pavonis? No estoy seguro de que nos la vayan a dar.

—Una orden para cada región, para cuando este equipo finalmente rastree una localización posible —dijo Kandara—. Es lo mínimo que necesitamos. Sin eso, estamos perdiendo el tiempo.

Kruse asintió.

—Llamaré a mi jefe de la Agencia. —Sie salió al patio y se apoyó en la barandilla, mirando el océano con sus erectas islas.

Kandara clavó la mirada en los demás.

—¿En serio no habéis conseguido nada en tres semanas?

—Lo sé —dijo amargamente Tyle—. Es un resultado de mierda. No estamos acostumbrados a algo de esta magnitud.

—No solamente eso —dijo Jessika—. Es la naturaleza de las personas a las que nos enfrentamos. Son profesionales, y tienen mucha experiencia. No paro de decirle a la Agencia que deberíamos tener un

programa de intercambio con las agencias equivalentes de Sol, de esta forma nuestros operativos podrían ganar experiencia y entendimiento. Pero…

—Demasiado orgullosos, ¿verdad? —supuso Kandara.

Todos miraron a la figura que acababa de aparecer al final del patio.

—Tozudos —dijo Oistad—. Creídos. Innecesariamente celosos. El diccionario es extenso.

Kandara miró a cada uno de ellos alrededor de la mesa.

—¿Habíais trabajado alguna vez juntos?

—Esta colaboración es nueva y a estrenar —dijo Jessika, y se sirvió más vino—. La Agencia nos juntó a nosotros porque somos los mejores en nuestros respectivos campos. Es obvio que debe funcionar bien, ¿no?

—Al menos nos ayudamos entre nosotros —dijo Oistad.

—Algo —dijo Tyle. Sie miró a Kruse—. Pero necesitamos dirección.

—Se dice liderazgo —dijo Oistad—. En este mundo donde reina el consenso no hay mucho de eso. No lo estoy criticando, amo a Akitha y lo que hemos construido aquí. El problema es que no estamos familiarizados con algo de este nivel.

—Sí, ya lo veo —dijo Kandara. Se levantó—. Necesito pensar.

—¿No te vas a retirar, no? —preguntó preocupado Tyle.

—No te preocupes, nunca abandono un contrato que ya he aceptado. Orgullo profesional. Tendréis que aguantarme.

*****

La habitación de Kandara tenía un par de amplias puertas de cristal que daban al patio colgante. Abrió la cremallera de la ropa de su bolsez y dejó que un siervoz de la casa le guardara todo en el armario, excepto su traje de baño deportivo de delfín. Mientras se lo ponía, no dejaba de pensar en todo lo que le había dicho su mal llamado equipo. No pintaba bien. Estaba acostumbrada a trabajar con seguridad corporativa de primer nivel, o agentes encubiertos con cuentas ilimitadas de fondos irrastreables.

La piscina infinita era apenas lo bastante larga como para dar cinco brazadas antes de tener que dar la vuelta. Y más cálida que la de su gimnasio de Río.

Cuantos problemas de primer planeta.

Después de veinte minutos se detuvo, y se acercó al borde de la piscina para mirar hacia abajo, a Naima. Las luces de la avenida se encendieron mientras el sol se hundía en el horizonte, creando una

especie de pálida neblina azul verdosa sobre la ciudad costera. En el mar, los veleros regresaban al puerto. Todo era pacífico y encantador.

—No tiene ningún sentido —le dijo a Zapata.

—¿De qué manera?

—Cerrar fábricas es una inconveniencia, pero no va a destruir la sociedad utópica. De hecho, les está ayudando a darse cuenta de la terrible defensa digital que tienen. En seis meses, Akitha será inmune al sabotaje.

—Sabotaje a ese nivel. Si se frustran los ataques digitales, el perpetuador entonces quizás decida subir el nivel a un asalto físico.

—Seguro. Pero entonces, si son capaces de atacar la producción de vectores de telómeros, ¿por qué no infligir directamente daño físico? Y ya que estamos, ¿quién coño querría destruir un planeta entero lleno de gente que vive en la edad de piedra?

—Hay muchos fanáticos con ideologías extremas, incluso hoy en día.

—*Incluso hoy en día*. Odio esa frase. Asume que estamos progresando constantemente.

—¿No está la raza humana progresando socialmente?

—No me lo parece. Como le he dicho a Jaru, la sociedad utópica no es la respuesta. Insistir en que la segunda generación sea omnia es un callejón sin salida. Todo lo que están haciendo es crear una cultura separada que, dicho sea de paso, no deja de alardear de su superioridad moral. Cosa que siempre termina bien.

—Entonces no sería extraño que esta cultura sea objeto de ataques de rivales ideológicos.

Kandara hizo mala cara.

—No lo compro. Hay algo raro en los ataques. Algo más se cuece aquí.

—¿Qué?

—¡Santa Madre! —gritó—. No lo sé. A mí no se me contrata para resolver cosas, mi parte es la más simple, el final de la misión.

—¿Hablando contigo misma?

Kandara miró alrededor. Jessika estaba de pie al otro lado de la piscina, sonreía mientras levantaba un par de copas de vino.

—Lo siento —gruñó Kandara al salir de la piscina—. Estaba pensando. No sé por qué me molesto. Los altyo no son exactamente una TuringG8.

Jessika le dio una copa.

—¿Encuentras algo raro en este teatrillo anticrimen? Estoy altamente decepcionada de que te sientas así.

Kandara sonrió.

—Es la puta hora de los aficionados. Si así es como se enfrentan a un puñado de fanáticos, todo el concepto utópico está condenado al fracaso. Lo mejor es que recojáis vuestros trastos y huyáis a las montañas.

—Ya, me he estado mordiendo la lengua desde que llegué.

—¿No le dijiste a Kruse que necesitábamos profesionales para resolver algo como esto?

—La verdad es que Oistad y Tyle son buenos en lo que hacen. Y tú y yo, somos profesionales.

—Que la Virgen María les asista. —Kandara levantó su vaso en brindis y tomó un sorbo, era más dulce de lo que había esperado, y con la temperatura ideal. Nada mal.

Jessika miró a la cocina, estaba Kruse en la mesa, conversando seriamente con los otros dos.

—Lo que nos falta es liderazgo. Kruse y su Agencia esperan que si tú nos organizas, a Tyle, a Oistad y a mí, con la ayuda de una TuringG8, no tendremos ningún problema en rastrear a los malhechores. Y luego solo faltará que nos apartemos a un lado mientras vas y los eliminas.

—Ya, pero hay algo en todo esto de los sabotajes que me mosquea.

—Lo sé. Ellos no lo pueden entender, pero la relación entre coste y beneficio es terrible.

—¿Perdón?

—Gente como Kruse no entiende las finanzas de la *antigua* economía. Demasiado iluminado. Aquí, si hay que hacer algo, se hace. ¡Listo! Tras eliminar la escasez nadie se imagina el coste de nada, a menos que participes en proyectos gigantes, como una terraformación. Y al final son decisiones políticas, democráticas. Además, las plantas de fabricadores forman parte de lo más parecido que tiene esta sociedad a un presupuesto. Si hay algo que sea realmente caro en recursos, no se pide un préstamo, sino que se actúa racionalmente y se distribuye el coste, dedicando cada década lo que se pueda. La escala de tiempo ya no es tan importante ahora que vivimos un par de siglos. Es todo racional y precioso.

—Vivir dentro de tus posibilidades.

—Exactamente. Por eso no ven el problema. Les cuesta mucho dinero a las compañías comerciales traer aquí a un equipo de espionaje industrial. La mayoría de ellos se hacen pasar por inmigrantes, convertidos en utópicos, en búsqueda de una vida mejor, abrazando la gran y nueva cultura del futuro. Inmigrar aquí es realmente fácil, esta es la segunda vez que yo lo he hecho. El único requisito real es que has de estar conforme en editar el genoma

fundamental de cualquier hijo que vayas a tener.

—Los omnia. Sí, ideológicamente apesta.

—Para ti, sí. Y eso refuerza la diferencia entre ellos y nosotros.

—La verdad es que me gusta la teoría equitativa de Jaru. Joder, dios sabe que he sufrido suficientes gilipolleces de idiotas misóginos en la milicia. Es solo que… que tiene que haber una solución diferente. Etiquétame como vieja reaccionaria, supongo. —Kandara sonrió ante sus palabras, y bebió más vino.

—Veamos, el espionaje industrial suele consistir en esto —dijo Jessika—. Tienes a un técnico profesional de una banda contratada para robar información. Se hace con la ciudad, va de barbacoa con sus vecinos, participa en las ligas locales de deportes. Se integran, básicamente. Pero por la noche, es el supervillano secreto, que dedica el tiempo a ataques de enrutamiento para acceder a archivos de investigación médica. Cuando tienen éxito, sus empleadores corpos ganan miles de millones de vatiodólares, con un nuevo y revolucionario vector para el dolor de cabeza. Como decía antes, es más barato que pagar un equipo de investigación. Es rentable. Pero *esto*… No hay beneficio alguno, aparte de que tu enemigo ideológico se prepare mejor para resistir los próximos asaltos. ¿Quién pagaría eso?

—Hay un montón de extremistas, créeme, el coste nunca ha detenido a los peores fanáticos.

—Vale, ¿pero de dónde consigue el dinero el equipo de sabotaje? Su habilidad digital es alucinante. Tyle está convencido de que sus rutinas han sido formateadas por una TuringG8, y no hay muchas. Hasta ahora, solo los gobiernos y las empresas más grandes las tienen.

—No lo sé —dijo Kandara—. ¿Quizás estamos pasando algo por alto?

—¿Qué los gobiernos universales se sienten realmente amenazados por los utópicos? ¿La guerra fría de nuestro siglo?

—Técnicamente encaja. Pero estaba pensando, ¿solo un equipo entonces? Incluso siendo full paranoides, no es así como funcionan los gobiernos. Tienen refuerzos, planes alternativos, acólitos hambrientos de formación. Departamentos enteros dedicados a la caída de un enemigo ideológico.

—Vale, pues un millonario fanático rico, o una PAC global. A ellos no les importaría, y no piensan lógicamente. O quizás sea algo completamente diferente.

—Uch —Kandara se tensó—. Sabes que estás sermoneando a una convencida, ¿no? Todavía no sé qué es lo que huele mal.

Jessika ojeó rápidamente a Kruse, quien miraba taciturno a la mesa

de la cocina.

—Por lógica, dado el pobre beneficio potencial, el sabotaje debería de ser un señuelo.

—Sí, y eso es justo lo que deberíamos estar preguntándonos. Cuando yo hice la pregunta, no me hicieron ni caso.

Kandara miró el cielo de Akitha.

—Genial. Quieres que sea tu cabeza de turco.

—Un caballo de Troya. Pero creo que mensajero sería más acertado. Sie te escuchará. Eres la experta, al fin y al cabo.

—¡Odio la mierda de política de oficina!

—Yo también. Jessika vació su copa y volvió a la villa. Kandara la observó marchar, sabía que tenía razón.

*****

—¿Los ataques son un señuelo? —dijo Kruse incrédulo, media hora después de que Kandara se hubiera cambiado a unos pantalones y camiseta y se hubiera reunido con todos en la cocina.

—No lo sé. Pero hemos de cubrir todas las posibilidades. Especialmente esta, ya que podría darnos una pista para rastrear al equipo que hay detrás de estos ataques. No podemos pasar por alto esta opción.

—Pero… ¿qué estamos buscando?

Kandara estaba satisfecha de no haber desviado la mirada a Jessika.

—Propongo que reviséis las redes que han sufrido los ataques.

—Ya lo hemos hecho —dijo Tyle—. No han atacado a ningún otro archivo.

—Incluso si pudieras garantizarlo, cosa que no creo, no es eso lo que busco.

—Entonces, ¿qué?

—Algún tipo de patrón. Algo que haya en común en cada ataque. Empezad por averiguar qué otros proyectos científicos usan la misma red.

Tyle miró dubitativo a Kruse.

—No hará daño. No tenemos nada más.

—Vale —dijo Kruse—. Hacedlo.

*****

Tenía que ser por la cama, o quizás por el ajuste horario, pero Kandara durmió casi tres horas enteras. Se levantó a las cuatro en punto, hora local, cuando la ciudad aún estaba cubierta por el cielo

despejado de la noche.

Se quedó tumbada boca arriba, con los ojos abiertos pero incapaz de ver el techo más allá de la densa cantidad de datos que Zapata le proyectaba en sus lentillas. Los otros cuatro habían pasado la mayor parte de la noche revisando las redes afectadas, había cientos de investigaciones y proyectos en cada red. La TuringG8 de la oficina las había ordenado en categorías y había intentado buscar coincidencias, pero no había un patrón claro, no en los tipos de proyectos involucrados. Ni siquiera los recursos de cada proyecto tenían correlación con el sitio donde habían ocurrido los ataques. Sonrió ante esa columna de la cuadrícula, sospechaba que había sido Jessika la que había insistido en hacer un análisis de coste. Pero al final no habían encontrado nada. Ese era el problema de los análisis de patrones, que debías definir correctamente los parámetros.

Si fuera fácil lo haría cualquiera.

Empezó a generar sus propios parámetros, haciendo que las columnas adquirieran nuevas formaciones.

*****

A las cinco de la mañana, Kandara recorrió el pasillo central de la villa, golpeando la puerta de los demás dormitorios. El equipo apareció de mala gana, frotándose los ojos del sueño, con los camisones y pijamas desarreglados mientras se tambaleaban hacia la cocina. Encontraron a Kandara ocupada con la elegante máquina de café, ya había preparado una tetera de té negro, que estaba reposando.

—¿Qué pasa? —demandó Kruse.

—He encontrado el patrón —dijo Kandara.

—¿Cuál es? —preguntó Jessika.

Kandara sonrió.

—Armas.

—No tenemos ningún proyecto de armas —protestó Oistad.

—Y por eso no habéis encontrado el patrón.

Kruse se sentó en la gran mesa de cristal y cogió una taza de café.

—Vale, muéstranos lo lista que eres.

—No soy lista, soy paranoica.

—Ah —exclamó Tyle—. Investigaciones que podrían ser potencialmente adaptadas para el uso armamentístico.

—Sí.

—¿Qué serían…? —preguntó Kruse.

Kandara levantó una mano, y empezó a enumerar con los dedos.

—La fábrica que produce los remotos perforadores para fontanería que utilizan vuestros servicios públicos de agua, fue atacada hace

nueve semanas. Compartía red con tres equipos que investigaban linzbots, una meta que se lleva investigando décadas, robots que puedan juntarse mecánicamente multiplicando su tamaño y fuerza, y que al mismo tiempo puedan combinar su capacidad de procesamiento en red. Nosotros ya tenemos linzbots pero la tecnología se ha estancado, los protocolos de conectividad de red son difíciles de establecer y tienen fallos impredecibles. Vosotros estáis trabajando en robots, desde el tamaño de una hormiga, hasta mecas gigantes y estúpidos. Los que tienen el tamaño de una hormiga son particularmente interesantes, cuando se linzan tienen lo que se llama el efecto fluido seco, ya sean grupos de un puñado hasta marabuntas de medio millón. Imaginaos un nido de hormigas guerreras en perfecta sincronización con inteligencia y un propósito, no me quiero ni imaginar el daño que podrían infligir en el cuerpo de un ser humano. Y un grupo linzado de ogros idiotas podrían destruir barrios enteros.

—Vale, acepto que estas en particular puedan tener aplicaciones agresivas —dijo Kruse—. ¿Qué más?

—Los fabricadores de enlaces moleculares. Esa rama derivó al desarrollo de los escudos. Obvio. —Kandara sorbió un poco de té verde, poniendo en orden sus pensamientos, iba a ser su argumento más convincente—. Y el ataque del mes pasado a la planta de ensamblaje de los enlaces para la red de energía planetaria. En esa red también existe un laboratorio universitario que trabaja en sistemas de confinamiento magnético, que también tienen aplicaciones de alta potencia, sobre todo las cámaras MHD que usan los pozos solares. —Echó un vistazo a las expresiones de todos, disfrutando del momento —. ¿No? Son cámaras de pequeña escala con generadores de monopolos magnéticos, y además muy poderosos. Perfectos para naves espaciales de cohetes de plasma, o quizás misiles.

—¡Oh, venga ya! —objetó Oistad.

—Emisores de rayos X coherente para aplicaciones micromédicas. Aumentando la escala tenemos armas de rayos gamma y de rayos X.

Tyle y Kruse intercambiaron una mirada.

—Terrible —murmuró Jessika.

—Tú lo has dicho —dijo Kandara—. El robo de información es molesto. ¿Pero esto?, esto es otra cosa.

—Pero ¿por qué? —preguntó Kruse, desconcertado.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Kandara—. Primero confirmemos que hay un patrón. Tyle, ¿puedes comprobar los proyectos que acabo de mencionar, y buscar si hay algún archivo más que hayan roto o copiado?

—Claro.

—Y si encontramos algo, solo entonces, nos centraremos en el motivo.

*****

A la salida del sol un siervoz le llevó el desayuno al patio. La bahía brillaba con un resplandor de bronce. Su bandeja traía huevos benedictinos, un zumo de naranja recién exprimido y un cruasán con mermelada de arándanos. Cuando trabajaba no era tan estricta en su alimentación, nunca se sabía si necesitaría las calorías adicionales.

Jessika desayunó con ella, mientras los demás coordinaban la revisión de la investigación con la TuringG8 de la Agencia.

—Buen trabajo —le dijo a Kandara.

—Ya me conozco el juego.

—Me pregunto contra quién nos enfrentamos.

—La respuesta más simple sería una compañía armamentística.

—Aunque su motivo no es obvio. ¿Por qué destruir además de robar? Es político, quizás ideológico. Si solo fuese un robo habrían sido sigilosos.

—¿Otro engaño? —preguntó Kandara.

—Es que ya debían saber que nos veríamos obligados a reaccionar, que nos dejarían sin elección.

—Cuando tengamos más información, como por ejemplo quiénes son, el motivo será evidente.

—Pero esa es la cosa. ¿Cuántos motivos pueden existir? Nos han dañado, a toda Akitha. ¿Quién haría algo así?

—Fanáticos —replicó automáticamente Kandara—. Ya no me sorprende nada de lo que hacen, la miseria y el sufrimiento que infligen a los demás. La ideología es el virus de un alma enferma, corroe la decencia humana hasta justificar los actos más atroces para el fin de la causa. Cualquier causa.

Jessika la miró sorprendida, con la cuchara de macedonia a medio camino de la boca.

—Nunca hubiera dicho que le dieses a la filosofía.

—No estoy filosofando, solo te estoy contando lo que he visto.

—Demonios, y yo pensando que ya había visto cosas malas trabajando para Seguridad de Conexión.

Kandara le sonrió comprensiva y cogió otro cruasán. Entonces se abrió la puerta de la villa y Kruse salió, seguido de Tyle y Oistad.

—Han atacado más archivos, ¿verdad? —dijo Kandara, aunque la pregunta era innecesaria.

—He tenido que profundizar en las rutinas de gestión —admitió Tyle—. E incluso así solo he encontrado trazas fantasma. Las rutinas

que están desplegando son extremadamente sofisticadas e increíblemente difíciles de detectar. La Agencia está preocupada, no se parece a nada que hayamos visto antes.

—Así que es una compañía de armas con un equipo de espionaje —dijo Jessika.

—Creo que podría ser peor —dijo Kruse—. Solo hemos tenido una hora, pero le pedí a los equipos de investigación que revisaran los archivos. Y algunos de ellos parece que han sido modificados.

—Modificados, ¿cómo? —preguntó Kandara.

—Es sutil. Los de investigación están comparando los archivos activos con las copias del depósito. Hay discrepancias. No muchas, y no en todos los archivos que han comprobado. Pero los datos han sido alterados. —Sie parecía preocupado—. Han sido comprometidos proyectos enteros.

—Si se hubiese construido hardware con esos archivos, no habría funcionado —dijo Oistad—. El sabotaje habría arruinado años de investigación, y habría supuesto perder todos los recursos asignados a su fabricación.

—Entonces no ha sido una distracción —dijo ponderadamente Kandara—. No del todo. Su objetivo es deshabilitar vuestra base industrial.

—Nos paralizará —dijo Kruse—. Desconocemos el alcance del sabotaje, ahora no podremos construir nada nuevo a menos que hayamos revisado el desarrollo. Esto… ¡esto es una declaración de guerra!

—Es un análisis interesante —dijo Kandara—, y más viendo que parecen concentrarse en sistemas con aplicaciones armamentísticas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tyle.

—Vuestra capacidad para construir armas, para una hipotética defensa, está siendo saboteada.

—¡Nadie nos va a invadir! —dijo Oistad—. Es una locura.

—Pearl Harbor —murmuró Kandara.

—No —declaró firmemente Kruse—. Un par de equipos armados con las rutinas más avanzadas de una TuringG8 y con una política de odio, lo puedo aceptar. ¿Pero un asalto físico? ¿De quién? Las naciones ya no tienen ejército. Si se juntan diez mil personas y empiezan un entrenamiento militar, se enteraría todo el mundo. Hay otro propósito, lo tiene que haber.

—Me alegro de escucharlo —dijo Kandara—. Vuestro servicio de inteligencia vigila todo lo que pasa en Zagreo, ¿no?

Kruse la miró exasperado.

—No voy a discutir hipotéticos.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? Hemos llegado a más de cien sistemas solares. Veintitrés de ellos tienen planetas que han sido o están siendo terraformados. No tenéis ni puta idea de lo que está pasando en la mitad de ellos. ¿Habéis oído que una banda criminal en Ucrania afirma tener un portal independiente a Zagreo? Si tienes pasta de verdad, y has conseguido mantener el control de tu dinero, puedes pagarte la vuelta tras ser exiliado.

—¿De verdad? —preguntó fascinado Tyle.

—Como he dicho, es solo un rumor. Pero lo digo completamente en serio, no sabemos qué está pasando en muchos de los sistemas solares. Y no tiene por qué ser un ejército humano. Los drones soldados son baratos y fáciles de construir.

—Aprecio tus ocurrencias y comentarios —dijo Kruse—, pero no nos estás ayudando.

—Entiendo tu postura. Sin embargo, lo que hemos averiguado nos indica el tipo de proyecto que próximamente atacará el enemigo. Tyle puede cargar sus monitores en las redes apropiadas.

—Sí, eso haremos. Necesito informar a la Agencia. —Sie logró sonreír débilmente en gratitud y volvió a entrar.

—Para una sociedad que se enorgullece de la libertad individual, sie habla con su jefe una barbaridad —observó Kandara.

*****

El equipo estuvo ocupado el resto del día, revisando e intentando identificar más archivos corrompidos. La mayor parte de la tarde se dedicaron a realizar un índice cruzado con los visitantes actuales y los inmigrantes recientes. Por último, la Agencia les pidió que señalaran los posibles objetivos.

Este proceso le dejó tiempo libre a Kandara, que pasó corriendo hasta la playa. Continuó con una hora en el bien equipado gimnasio de la villa. Luego, ejecutó procedimientos de análisis para los periféricos de sus armas, usando imágenes de su lentilla como práctica virtual de tiro. Prefería prácticas de verdad, pero dudaba que Naima tuviera alguna sala donde practicar. Al menos ninguna que fuesen a reconocer públicamente. Se imaginaba que la misteriosa Agencia de Kruse tendría una instalación de entrenamiento para agentes.

Al final de la tarde, Kandara estaba pensando en darse otro chapuzón cuando Kruse vino a buscarla.

—Necesitas empacar tu bolsez —dijo sie—. Nos vamos a Onysko.

—¿Dónde? —Mientras preguntaba, Zapata ya le estaba informando, era el hábitat residencial principal del asteroide Bremble —. No importa. ¿Por qué nos vamos allí?

—Hemos identificado un objetivo de alta probabilidad. La más alta, la verdad.

*****

Onysko no era tan grande como Nebesa, medía solo cuarenta y ocho kilómetros de largo. La biosfera era templada, acercándose a su frío otoño para cuando el equipo salió de la estación. Lo primero que hizo Kandara fue darse la vuelta para mirar la base del cilindro. Esperaba ver una ciudad anillo en su circunferencia, igual que en Nebesa, pero el plano círculo era principalmente una piedra gris perlada con varias cascadas espectaculares, que se curvaban por la fuerza de Coriolis. Había algunas secciones urbanas, como en la que habían aparecido, con reveladores balcones apilados.

Zapata le informó de la población del hábitat.

—¿Siete mil? —preguntó Kandara sorprendida—. ¿Estás seguro? —Observó los árboles de hoja caduca más cercanos y calculó que deberían tener entre cincuenta y sesenta años. El hábitat debería tener una población más grande a estas alturas. Algunos de los hábitats más grandes del sistema solar estaban llegando a doscientos cincuenta mil.

—La información proviene de la TuringG8 de Onysko. Es reciente.

—Extraño.

Les habían asignado alojamiento en la residencia Gloweth, un zigurat de diez plantas adosado a la base. Su alojamiento estaba en el tercer piso, y era más grande que la villa de Naima, pero con el mismo mobiliario minimalista clínico, que le daba a Kandara la sensación de que se trataba de una sutil terapia de acondicionamiento utópico. Parecía reforzar la idea de una clase media sin ambición, que ya se consideraba demasiado prevalente en Delta Pavonis. Era como si todos fueran reacios a mostrar algún signo de individualidad.

*****

Tyle vino a buscarla para la reunión y ambos caminaron por el laberinto de pasillos que recorría la base. Jessika y Oistad ya estaban esperándolos en la sala de conferencias. Kandara sonrió, apreciando la ubicación, una pared tenía una ventana curvada que formaba parte del caparazón externo del hábitat. Nunca había visto nada similar, el exterior de los hábitats solía tener cientos de metros sólidos. Solo pensar en la lluvia de radiación cósmica que tenía que estar golpeando la ventana la ponía nerviosa. El material transparente no parecía particularmente grueso. A pesar de eso, se sentó en la losa de piedra que hacía de mesa en el centro de la habitación y miró sin miedo. La

vista le hizo preguntarse cómo había llegado a sentirse impresionada en Nebesa.

La ventana daba al asteroide Bremble, que desde el punto de vista de Kandara, describía un estrecho arco sobre las estrellas mientras Onysko rotaba laboriosamente. Podía identificar las extensiones, ciudades de maquinaria que colgaban como lapas de la polvorienta y marronácea superficie. Brillantes destellos de luz, reflejos de Delta Pavonis, como doradas hojas que provocaban un hipnotizante parpadeo.

Zapata le mostró información superpuesta, marcando los componentes de la imagen con identificadores. La mayoría de los grupos de maquinaria eran estaciones industriales, que desplegaban zarcillos semejantes a raíces, que profundizaban en la roca y extraían minerales que serían procesados en las zonas de refinado antes de ser distribuidos a las unidades de construcción que conformaban la capa superior. Todo material que no estuviese disponible en el complejo entretejido de mineral de Bremble, era provisto por portales enlazados a otros asteroides y a las lunas de Lanivet, el solitario gigante gaseoso de Delta Pavonis.

Más de la mitad de las estaciones estaban en proceso de replicación, le dijo Zapata. Una fascinada Kandara observaba las deslumbrantes incrustaciones metálicas que se extendían con lentitud sobre el inquietantemente suave regolito, como bacterias mecánicas. Tardarían años, pero al final toda la superficie estaría cubierta, habiendo convertido el enorme asteroide en una gigante baratija tecnológica.

Las etiquetas también parpadeaban sobre los módulos fabricadores en caída libre que flotaban a la deriva, formando una dispersa colonia, la mayoría ocupados en la construcción de nuevos hábitats. La disposición de los módulos revelaba la elegancia de su simplicidad, una grúa anillo de ocho kilómetros de diámetro con sencillos montantes geométricos, algo vulgares frente a las secciones de enigmático equipamiento que sujetaban. Este contenía masivos generadores de campos de enlace atómico, una variación de los que producían los escudos de aire. Las refinerías proporcionaban un flujo constante de material vaporizado, y los campos de enlace los comprimían, dándoles forma sólida de nuevo.

Contempló con pura admiración la energética luz solar que se reflejaba en la lisa superficie de obsidiana de los prodigiosos cilindros que extruían los anillos de fabricación. El proceso tenía una innegable semejanza con la vida orgánica, igual que las estaciones industriales.

Y más allá de la colección de módulos fabricadores, los hábitats

recientemente completados resplandecían como estrellas de primera magnitud, un enjambre que se disipaba lentamente por el sistema de Delta Pavonis, en trayectorias con las que alcanzarían décadas más tarde sus propios asteroides. Y allí repetirían todo el proceso de minado, refinado y fabricación. Parecía que Bremble fuese la cabeza de un diente de león, que eyectase sus semillas para propagarse una y otra vez en la hostilidad del vacío interplanetario.

Más equivalencias orgánicas.

—Vonneumannismo utópico del bueno —dijo Tyle con alegría mientras se sentaba a su lado. Sie no dejaba de sonreír ante la vista—. Máquinas construyendo máquinas, prácticamente sin ninguna intervención humana. Ahora que Onysko cuenta con una TuringG8, puede hacer mucho más.

Kandara apretó los labios mientras evaluaba con mayor atención a Bremble. Era más pequeño que Vesta, el principal asteroide industrial de Sol, pero los sistemas parecían bastante más sofisticados. Entendió que el motivo era que no estaban limitados por la economía convencional.

—¿Es exponencial?

—Aún no. Dale otros veinte años. Para entonces, las estaciones industriales habrán recubierto a Bremble, y ya no se molestarán en replicarse. Simplemente consumirán la roca restante para construir más hábitats. Después de otros cincuenta años, no quedará nada de nada, y volarán a nuevos asteroides para empezar de nuevo.

—Casi parece… peligroso.

—En absoluto, es un triunfo. Nosotros aspiramos a una auténtica economía sin escasez —dijo Oistad serio—. Los sistemas que estamos desarrollando lo harán posible. Ahora mismo, todo es macro, demasiado interdependiente. Las estaciones industriales tienen una multitud de fabricadores especializados independientes que se coordinan para hacer posible la autorreplicación del todo.

—Las células de un organismo —murmuró.

—Efectivamente. Emilja quiere llevarnos a la siguiente etapa, la final, en donde alcancemos una reducción en la complejidad mecánica de un orden de magnitud. En última instancia será una única unidad que pueda replicarse *ad infinitum*, y que se encargue de producir sistemas especializados de fabricación, como los que actualmente construyen los hábitats. Las TuringsG8, finalmente, deberían hacerlo posible. Y en cuanto lo consigan, alcanzaremos el punto en el cual la economía de la cultura universal colapsará.

—¿Y vosotros la reemplazaréis delicadamente con una era de iluminación?

—Algo así —dijo Tyle sardónicamente.

—Lo que implica que, si alguien quiere reventar vuestra capacidad de investigación y producción industrial en una cruzada ideológica…

—Exacto. —Oistad señaló a la ventana—. Lo que ves ahí afuera no es otra cosa que el verdadero corazón de Utopía.

Tyle se rio entre dientes.

—Que Kruse no te oiga decir algo así.

—Oh —eso despertó la curiosidad de Kandara—. ¿Por qué?

—El éxito incondicional de Utopía se compone de dos piezas —explicó Jessika—. La material, la tecnología que se está desarrollando aquí, que logrará la absoluta posescasez mediante una sobreabundancia de bienes materiales. Y la filosófica, que permitirá a la gente tener vidas fructíferas y plenas en un entorno físicamente rico. Algo a lo que los humanos no estamos acostumbrados.

—Lo entiendo —dijo Kandara—. Pero ¿por qué iba a molestarse Kruse?

—Molestarse sería una palabra incorrecta —dijo Oistad—. Mira, Jaru promueve el aspecto filosófico. Considera que la igualdad y la dignidad humana están por encima de todo, incluso de los aspectos materiales de nuestra cultura.

—Es razonable —dijo Kandara.

—Kruse es muy devoto apoyando a Jaru.

—Esperad, ¿hay un conflicto interno en las directrices de Utopía?

—Conflicto es una palabra muy fuerte. Solo está la cuestión de asignar prioridades y recursos. Mira, Kruse y sus seguidores creen que los omnias son solo la primera etapa de la transformación humana. Que si realmente alcanzamos un estado de sobreabundancia material, la personalidad humana ordinaria no podría gestionarlo y en un par de generaciones caeríamos en la decadencia.

—La historia de que el cielo es un peñazo —aventuró Kandara.

—Sí, lo que proponen nuestros colegas más radicales es que solo se puede resolver genetizando la neurología fundamental humana.

—¿En serio? Así que, si una persona no encaja en esta nueva y perfecta sociedad, ¿cambiamos a la persona? Suena bastante fascista.

Oistad asintió con ironía.

—Y aun así, sin las ideas de Jaru para la equidad, yo no existiría. Y soy muy feliz de lo que soy.

—¿Estás a favor de más evolución artificial?

Sie se encogió de hombros y miró a Tyle en busca de apoyo.

—Antes has de resolver todos los desafíos tecnológicos y provocar el supuesto problema de la sobreabundancia, o toda esta discusión será otro debate sobre cuántos ángeles pueden bailar en la punta de

un alfiler. Y con todo el progreso de los equipos de von Neumann, aquí en Onysko, aún no estamos cerca de conseguir esa unidad autorreplicante. La humanidad aún tiene que encontrar la solución de los problemas. Ya no tiene que salir con su martillo y destornillador —señaló a la constelación de hábitats en construcción—, pero aún tiene que mejorar y diseñar lo que vaya a hacer. A algunos de nosotros nos preocupa que el desarrollo esté empezando a estancarse, incluso con la ayuda de las TuringG8.

—Todas las ramas de la tecnología humana están alcanzando una cima —dijo Kandara—. Pero ahora somos una especie galáctica. Era de esperar.

—Pero podemos llegar mucho más lejos. Desaparecerían tantos problemas si pudiésemos construir una unidad von Neumann con todas las letras.

—Nunca empieza con botas altas y uniformes negros —dijo Kandara—. Solo con buenas intenciones. Pero siempre termina mal.

—No le vamos a imponer nuestra visión de vida a otros. No somos así en absoluto.

Kandara sonrió ante la seriedad de su tono. De reojo, vio como Jessika disimulaba su disfrute.

—¿Qué visión? —preguntó Kruse mientras entraba en la sala de conferencias seguido de dos personas.

—Estábamos hablando de filosofía —dijo Kandara—. Como tú también acostumbras. —Kandara miró entonces a la mujer que estaba detrás de Kruse. Era difícil verla con todos los datos personales que le mostraba Zapata.

—Emilja Jurich —soltó sorprendida.

Emilja tenía buen aspecto para ser alguien de ciento sesenta años, ciertamente bastante mejor que Jaru, en opinión de Kandara. Su cabello era espeso y de color negro, arreglado en un elaborado nido alrededor de su cabeza. Tenía pómulos afilados y una piel saludable y sin arrugas, igual que la de alguien de veinticinco años. Sus ojos gris claro barrieron toda la sala, y Kandara se sintió evaluada y no positivamente. Tenía una presencia regia, permitiéndole lucir con estilo su formal vestido de cuello alto de seda hindú negra y carmín.

Kandara sospechaba con malicia, que los tratamientos de telómeros que había recibido eran probablemente de una exclusiva clínica de la Tierra y no de una instalación médica de Utopía. Pero bueno, ella era de grado uno, con derecho a lo mejor que pudiese proveer Akitha. En su caso estaba justificado.

Los padres de Emilja Jurich habían emigrado de Croacia a Londres en 2027. Su hija había estudiado diligentemente programación de

impresoras 3D en la Universidad Metropolitana de Londres, y estaba trabajando en la división de distribución de una empresa de alimentos impresos en 2063, cuando Conexión abrió el primer portal de Nueva York a Los Ángeles. Lo que hizo en ese entonces, es un caso de estudio clásico en las escuelas de negocios de todo el Sistema Solar y más allá.

Conexión había creado una aplicación mapa para su floreciente red de estaciones, pero Emilja vio lo básica que era, una situación que solo iba a empeorar cuantos más usuarios y portales hubiera. Así que fundó la empresa Hubnav en diciembre, y dedicó cada hora libre que pudo al desarrollo de la aplicación mInet que guiaría a la gente en la expansiva red de Conexión. Comenzó a escribir código cuando existían ya un total de trescientos veintidós portales de entrelazamiento cuántico y Conexión acababa de anunciar sus ambiciosos planes de añadir cincuenta mil más en los Estados Unidos. Creó esta aplicación porque, al haber crecido en Londres, siempre había apreciado el clásico y elegante diseño del mapa del metro de Harry Beck, dibujado con la elegante idea de que no importaba dónde estuvieran físicamente las estaciones ni la forma en que los túneles se retorcían entre ellas, sino, como Beck reconoció instintivamente, solo se necesitaba saber dónde estaban las estaciones en relación con las demás. Escribió su aplicación porque sabía que la gente era simple, estúpida y perezosa, y su mundo se iba a complicar en un orden de magnitud.

Mientras Emilja estudiaba la creciente red de estaciones vio una serie de telarañas interconectadas que se extendían por el globo. Si alguien quisiese viajar de, digamos, Oakham, en el corazón de Inglaterra, a Atlanta, Georgia, había una ruta teóricamente simple. Del bucle de Oakham a la estación comarcal, que enlaza a la nacional que tiene un portal a la internacional, en el puerto de llegadas de North Dakota en Estados Unidos (los senadores de ese estado fueron increíblemente rápidos en aprobar la inversión pública del Fair Deal de la infraestructura de enlazamiento cuántico con la ayuda de un pacto con los senadores de Tejas, que se quedaron con la estación nacional de importación de bienes comerciales en Houston). Una vez allí, cruzas las estaciones interestatales hasta la red de Georgia, y finalmente a la metropolitana de Atlanta, desde la que sales al cálido y húmedo aire de la ciudad. Un máximo de ocho portales, fácil, excepto que con tantos portales enlazando a tantos lugares, cada estación central era una rotonda infernal, especialmente a la hora punta local.

Emilja tenía razón. La gente era estúpida. Después de décadas de navegación por satélite y coches autónomos, querían ser llevados de la manita, cero complicaciones. Querían una aplicación que les dijera si

una estación central estaba a reventar de gente frustrada, o si un portal estaba cerrado por mantenimiento, y así tomar una ruta más larga (pero más rápida) por tres estaciones alternativas. Adónde ir, dónde girar al salir de un portal, cuántos pasos para llegar al siguiente, incluso con hologramas verdes de mInet que parpadeaban para asegurarte que ibas por buen camino.

En 2078 había doce mil millones de personas viviendo en el sistema Sol. Y a excepción de los bebés, todos tenían instalada la aplicación Hubnav de Emilja Jurich para gran furia de los legisladores antimonopolios. Para entonces la aplicación proveía a sus usuarios de información sobre su destino; como el clima, la situación política, gangas, los mejores restaurantes, las playas más limpias, los clubes más populares, las exposiciones de moda, los eventos musicales más estupendos… Todo publicidad personalizada que generaba ingresos. Emilja no era tan rica como Ainsley Zangari, pero sí lo suficiente como para fundar sus propios hábitats, Dvor y Zabok, alimentados por el antiguo sueño de un nuevo inicio lejos de la Tierra. También era lo bastante rica y filantrópica como para haber participado en el Primer Cónclave Progresista.

Y, junto a Jaru Niyom, escribió el manifiesto utópico.

Kandara se imaginaba que Emilja era la líder de la facción del desarrollo tecnológico. Era la más pragmática, la que luchaba contra el equipamiento por su obediencia, la gemela malvada del sueño filosófico de Jaru.

—Un honor conocerla —dijo Kandara.

Emilja le dedicó una sonrisa furtiva de reconocimiento y se sentó a la cabecera de la mesa de piedra. El hombre pálido y pelirrojo que la había acompañado se sentó a su izquierda.

—Callum Hepburn —dijo formalmente Emilja—. Nuestro estratega en el proyecto tecnológico von Neumann.

—Quiere decir el come marrones —dijo amablemente Callum.

—¿Y ha habido marrones? —preguntó Kandara.

—No de la escala que afectó a la producción de telómeros en Naima —dijo—. Pero hemos tenido más fallos de lo habitual en las estaciones de Bremble. Todos nuestros sistemas industriales están en desarrollo constante a medida que progresamos hacia la monomáquina von Neumann ideal. Algunos meses todo va bien, otros estamos saturados de problemas. Esta tanda quizás sea normal, o quizás no. Tendremos que realizar una auditoría de nuestros archivos y rutinas.

—Me gustaría obtener permiso para instalar rutinas de monitorización en las redes de Onysko y en las estaciones industriales

de Bremble —dijo Tyle.

—Si es eso lo que necesitas, adelante —dijo Emilja.

—¿Qué sucede si encontráis evidencias de una alteración? —preguntó Callum.

—Dependerá de cuándo haya sucedido. Si es histórica, os lo transmitiremos. Por suerte, podrán evaluar y compensar cualquier daño que haya ocurrido. Y si es actual —Tyle miró a Kandara—, creemos que podremos rastrear el punto de acceso.

—Y después yo me encargaré —dijo Kandara.

Callum la miró inquieto.

—Creo que el exilio a Zagreo sería más apropiado.

—Ya tuvimos esa discusión en el Consejo de Ancianos, Callum —dijo Emilja—. Y como resultado, la investigadora Martínez fue contratada. Creo que es incluso aún más necesaria de lo que habíamos pensado, viendo el alcance del sabotaje. Pues si van a atacar a la sociedad utópica, es aquí donde tienen que hacerlo, la gravedad de los otros ataques puede que sea solo una distracción.

—Es tu conciencia la que está en juego, no la mía.

—Gracias —dijo fríamente—. ¿Investigadora?

—¿Sí?

—Si es posible arrestar a uno o más miembros de ese grupo, me gustaría que lo hiciera.

—Lo entiendo.

—Pero no a riesgo de su integridad.

—No me expondría a riesgos innecesarios, acostumbra a comprometer mi misión.

—Muy bien. Tengo mucha curiosidad por saber quién está detrás de todo esto. Encuentro profundamente perturbador el nivel de planificación y compromiso con dañar nuestra cultura. Temo que no vaya a solucionarse eliminando simplemente la amenaza actual.

—Creo que tal vez tenga razón —dijo Kandara—. ¿Tiene alguna idea de quién podría estar detrás?

—Dudo mucho que sea alguna PAC global o incluso una corporación multiestelar. Tenemos nuestras discrepancias ideológicas aún ahora. Pero esto… No. Deberían saber que tan pronto como supiéramos de su culpabilidad, les atacaríamos en represalia.

—Además, crear un conflicto físico no forma parte de la agenda de una PAC global —dijo Callum—. Todo lo contrario. La extradición a Zagreo fue su idea para empezar —sonrió—. Y lo sé de primera mano. Destruyen a todo aquel que use la violencia, especialmente la violencia política. Justo lo que estamos viviendo.

—¿Cuánto tiempo tardará en implementar sus rutinas? —preguntó

Emilja a Tyle.

—Con suerte, un día —replicó sie—. Hay un montón de redes, especialmente en Bremble. Pero la Agencia me ha otorgado TuringsG8 adicionales.

—Muy bien —dijo Emilja—. Mantenedme informada.

*****

Se instalaron en una oficina del noveno piso de la residencia Gloweth con vistas al hábitat. Sus escritorios tenían la gama completa de nodos de acceso a la red y proyectores, además había un dispensador de bebidas en una esquina que hacía un fantástico chocolate caliente. Aún carecía del profesionalismo al que Kandara estaba acostumbrada, pero tenía que admitir que era una mejora sustancial a trabajar en una mesa de cocina. También habían obtenido apoyo adicional de una pequeña fuerza policial de Onysko, cinco agentes especializados en la seguridad de red.

Tyle supervisó la revisión de los proyectos de Onysko, examinando los archivos disponibles en la red, buscando cualquier tipo de discrepancia como las que había encontrado previamente. Tardaron quince minutos.

—He encontrado algo —le dijo a Kandara—. Hay un equipo científico de materiales en una de las oficinas de astroingeniería cercanas, que está trabajando en un proyecto para trajes espaciales; investigan polímeros magnéticamente activos que desviarían la radiación cósmica, una capa en un traje espacial pesaría mucho menos que las capas de carbono y metal que usamos ahora.

—Vale, le veo el uso armamentístico —dijo Kandara.

—Parece que algunos de sus archivos clave han sido alterados. Estoy llevando a cabo una comparación con las copias de depósito, para saber cuántos cambios ha sufrido, pero encaja en el perfil.

—¿Algo del punto de acceso? —preguntó Kandara.

La sonrisa de Tyle parecía confiada.

—He estado pensando al respecto. Ha dejado muy pocos rastros, y la TuringG8 de aquí no es tan flojucha. Parece como si hubieran accedido a las redes directamente de forma física, lo cual es contrario a los ataques ilegales que conozco, son siempre remotos. Normalmente los icabeza acceden desde lo más lejos posible con enrutamiento aleatorio múltiple para que cueste rastrearles e interceptarles, pero aquí el acceso remoto sería arriesgado, la TuringG8 puede controlar todas las conexiones desde Akitha. Hay cinco portales que transportan todo el tráfico digital del hábitat.

—¿Están haciendo todo eso desde *dentro* del laboratorio de

investigación? —dijo Kandara—. ¿Cómo han entrado?

—No lo han hecho. —La sonrisa de Tyle se hizo más amplia. Todos habían dejado lo que estaban haciendo para mirarle desde sus jaulas de brillantes hologramas—. No disponemos de mucha seguridad, pero las áreas críticas están protegidas con un sistema restringido que supervisa la Agencia. Alguien se ha deshecho del sistema de vigilancia normal, pero desconocía los sistemas adicionales de la Agencia. —Sie señaló una proyección que cobraba forma junto a su escritorio.

Era una cripta habitual de sistemas digitales repleta de filas y filas de racks de equipos, galaxias geométricas de centelleantes componentes electrónicos encerrados en vidrio oscuro, como altares carentes de adoración. Excepto por la del hombre que caminaba por los pasillos estrechos, con rostro severo e iluminado por una difusa luz azul. Llevaba un mono aislante plateado que le proporcionaba algo de protección contra el ambiente helado.

Todos le vieron abrir un panel de cristal, exponiendo los apretados equipos que contenía. Movió su mano en su interior con los ojos cerrados como si estuviera en comunión con los sistemas. Y Kandara entendió que eso es lo que estaba haciendo, sus dedos debían tener escáneres implantados y así analizar los racks. Entonces se detuvo y sacó el servidor, exponiendo un manojo de fibra óptica al lado. Puso lo que parecía un código de barras encima del equipo, antes de devolverlo a su sitio. Se quedó allí un minuto más, mirando los datos que posiblemente tuviera en sus tarsus, antes de volver a cerrar el panel de cristal.

Kandara apretó los labios.

—Intrusión física —dijo algo fascinada—. Es de la vieja vieja cabeza escuela. Necesitas tener un buen par de huevos para hacer algo así.

—Todos nosotros los tenemos —dijo Oistad, sonriendo a Tyle que gruñó consternado.

—Onysko es vulnerable a este tipo de operaciones —dijo Jessika—. Es un movimiento inteligente.

—Analizaron vuestros sistemas y encontraron una debilidad —dijo Kandara—. Son profesionales. No creo que estos estén en nombre de los fanáticos, a estos solo les motiva el dinero.

—Ahí lo tenéis —dijo Jessika. Encima de su mesa se proyectó el rostro del hombre, esta vez con una sonrisa perezosa—. Baylis Arntsen, botánico de la Universidad de Fénix, está en un programa de intercambio de investigación de dos años, su especialidad es el desarrollo de biología sintética en la flora desértica. Tenemos programada la construcción de dos hábitats con biosferas de clima

árido.

—Revisa todos los archivos de seguridad restringidos —exigió Kruse—. Busca qué más ha hecho en nuestras redes.

—Las TuringsG8 de la Agencia ya lo están revisando —dijo Tyle.

Tuvieron que esperar otros diez minutos antes de encontrar la siguiente grabación de los sensores, otro hombre en otra cripta. Identificado como Nagato Fasan, había emigrado a Akitha hacía diecisiete meses. Un entusiasta convertido al *ethos* de Utopía. Luego una mujer, Niomi Mårtensson. Según su archivo tenía un doctorado en física en la Universidad de Múnich, conocimiento que estaba aplicando en sintetizadores para crear vida orgánica basada en silicio. Provenía de un instituto de investigación de código abierto del norte de África.

Jessika vio su rostro delgado y su corte de pelo de empollona.

—¡Hija de la gran puta!

—¿Qué? —preguntó Kandara.

—¡Es Cáncer!

Kandara miró fijamente la imagen de Niomi Mårtensson, ignorando cómo la temperatura de su piel había descendido dos grados de golpe.

—¿Estás segura?

—Y tanto que lo estoy. Me he pasado un año siguiéndola en un caso, cuando trabajaba para Conexión. Se ha cambiado el pelo, y sus ojos tienen otro color, pero la reconozco igualmente.

—Todos, parad ahora mismo —dijo abruptamente Kandara—. Nadie va a pedir a ninguna Turing que supervise a Niomi Mårtensson. Ni tampoco información, ¿entendido? Cáncer tendrá monitores en la red que detectarán cualquier referencia sobre ella. —Miró por la oficina, casi esperando que alguien estuviera intentando hacer una llamada de advertencia.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó prudente Oistad.

Kandara miró a Kruse.

—Primero, cerrar todos los portales de Onysko.

—¿Todos?

—Sí. No solo las estaciones peatonales de regreso a Akitha y los otros hábitats, sino también los portales de carga. Todos. Necesitamos aislarla aquí.

—Yo… preguntaré.

—No. No es suficiente. Habla con alguien, Jaru o Emilja. Mierda, con los dos si hace falta, lo que sea, pero consigue la autoridad sin levantar mucho revuelo. Sin comités, ni los procedimientos habituales.

Kruse asintió con determinación.

—De acuerdo, lo conseguiré.

Kandara miró a Tyle y Oistad.

—Cuando Onysko esté aislada, y no antes, necesitaremos tener controladas sus ubicaciones.

—Las Turing de la Agencia pueden hacer una búsqueda visual —dijo Oistad—. Los encontraremos inmediatamente.

Kandara puso mala cara mientras estudiaba las proyecciones encima de la mesa de Tyle.

—En cuanto estén cerrados los portales sabrán que los hemos descubierto y los estamos persiguiendo.

—Los encontraré rápido —dijo Oistad—. Su altyos estarán conectados a la red. Puedo lanzar una comprobación de interfaz, constará como un ping de mantenimiento de enlace.

—Podemos hacerlo a la vieja escuela —dijo Jessika—. Llamar a sus colegas, aquellos que supuestamente están trabajando con ellos, y pedirles que nos confirmen con quién están en la sala.

—Vale —dijo Kandara—. Vamos con todo. Usemos todos los métodos posibles para confirmar su ubicación.

*****

Kruse tardó siete minutos en obtener el permiso para separar Onysko del resto del sistema de Delta Pavonis, Emilja le había autorizado, de forma preventiva, para usar el procedimiento de emergencia para cuarentena por riesgo biológico. Kandara usó ese tiempo para llamar a su bolsez y cambiarse en el lavabo de la oficina. Su armadura era de una única pieza ceñida a la piel con cinco capas de protección diferentes. La interior era un regulador térmico que mantenía su cuerpo a una temperatura constante. La siguiente capa era una membrana de presión autosellante para armas biológicas o tóxicas, que también le permitía operar en un entorno de vacío o bajo el agua. Luego tenía otra capa térmica, que le permitía resistir la exposición a altas temperaturas y a bajo cero. La cuarta capa era un reflector de radiación que la protegía de los rayos de energía y de los pulsos electromagnéticos. Y por último, cuatro centímetros de protección cinética flexible, que no impedía la libertad de movimiento pero que se endurecería al recibir el impacto de balas o metralla. También era resistente al filamento monomolecular. El casco era un Shark sin rasgos distintivos, equipado con sensores activos y pasivos, interconectados con Zapata, y que le proporcionaba una visión mejorada en sus tarsus. Tenía una mochila adherida que le brindaba soporte vital, energía para armas de rayos y almacenamiento de cargadores de proyectiles, un equipo médico de primeros auxilios.

Además tenía microdrones agarrados a la base, que parecían un puñado de escarabajos negros. Sus muñequeras estaban equipadas con emisores de láser gamma y lanzadores de minigranadas, y en su antebrazo izquierdo tenía una montura para un rifle de riel magnético con un alimentador de munición directo de la mochila.

Apareció en la oficina, pesando más de noventa kilos.

—¡Hostia puta! —exclamó Jessika—. Pareces un maldito arcángel caído del cielo. ¿Llevas también una espada flamígera?

—Hoy no. Pero agradezco el consejo.

—Estoy a punto de ordenar el cierre —dijo Kruse.

—Espera hasta que llegue a la estación de Gloweth —dijo Kandara —. Entonces te daré luz verde. Cuando tengáis sus localizaciones, cerrad las estaciones internas de Onysko, pero dejadme una ruta abierta para interceptar a quién sea que esté más cerca.

—Vengo contigo —dijo Kruse.

—No.

—Pero hemos de desplegar a nuestra policía local. Pueden acordonar físicamente la zona en la que estés. Soy el responsable de minimizar daños y heridos.

—Vale. Puedes acordonar la zona para que ningún civil se acerque, pero déjale bien claro a la policía que si Arntsen, Fasan o Cáncer salen de la zona, que no intenten atraparlos. Yo lo haré.

—De acuerdo.

Kandara suspiró, aunque no se escuchó fuera del casco.

—El resto de vosotros observad atentamente lo que suceda. Necesitaré información operativa constante.

—La tendrás —dijo Jessika—. Sé cómo filtrar en estas operaciones.

Kandara salió de la oficina y bajó dos pisos hasta una de las estaciones de Gloweth.

—El equipo táctico de la policía está listo para desplegarse —anunció Kruse.

Kandara se preguntó si los monitores de Cáncer le estarían informando de lo mismo.

—Jessika, cuando los tengamos localizados, ¿podrás cortar el acceso a la red de cada área, por favor?

—Dalo por hecho.

La estación estaba desierta. Kandara se quedó en la entrada, haciendo una última comprobación a sus vitales médicas. Inspiró. Y activó los sistemas de armas.

—De acuerdo, Kruse, comienza.

Los datos de Zapata le mostraron como los portales se apagaban, limitada su conexión al entrelazamiento de espacio nulo. Los tres

portales frente a ella mantuvieron su integridad.

—¿Tyle?

—El ping tiene respuesta.

—Los tengo —gritó Jessika.

Zapata le mostró la ubicación en su visión. Arntsen y Fasan estaban juntos en un laboratorio del bloque de investigación Eóin, en la otra base de Onysko. Cáncer estaba en Bremble, en un módulo de refinería de silicio.

Apareció una ruta a Eóin en sus lentillas. Se movió rápidamente, echó a correr al primer portal, giró bruscamente a la izquierda en la siguiente estación, luego otro portal. La gente se giraba, confundida, mirando los portales que ya empezaban a apagarse. Uno se mantenía abierto.

—Buen trabajo —murmuró Kandara mientras lo atravesaba a la carrera. Luego giró a la izquierda de nuevo. Cuatro pasos rápidos, y se encontró en Eóin, en el ovalado atrio central, con una amplia rampa que se elevaba como una espiral desde el suelo blanco y negro de mármol, que rodeaba los ocho pisos de laboratorios y oficinas.

—Red de Eóin suspendida —informó Jessika—. Todos los portales cerrados.

—¿Podéis sellar las puertas de los laboratorios? —gruñó Kandara mientras se dirigía corriendo a la rampa. Arntsen y Fasan estaban en el laboratorio cinco en el segundo piso.

—Creo que sí.

Pudo ver gente en la rampa, inclinada sobre la blanca balaustrada, con el ceño fruncido mientras miraban a su alrededor, intentado adivinar qué problema había con las estaciones. Se estaban abriendo más puertas, y la gente salía.

—Hazlo rápido. Hay demasiada gente expuesta.

—La policía está de camino —dijo Kruse—. Ayudarán a vaciar la zona.

—Ya es tarde —dijo Kandara. Sus sensores lo captaron y las rutinas de reconocimiento de rasgos faciales de Zapata lo reconocieron. Kruse cruzaba caminando el mármol blanco y negro de abajo.

—¿Qué estás haciendo? —espetó Kandara, furiosa. Sie tenía que haberla seguido desde Gloweth.

—Soy responsable de esta operación —replicó molesto Kruse—. Supervisaré a la policía y comenzaré a evacuar a los civiles.

—¡Joder! Mantente al puto margen.

Dos personas frente a ella en la rampa se giraron asombrados ante la figura agazapada de una armadura pesada que corría hacia ellos. Sus rostros reflejaron sorpresa y miedo en cámara lenta, era casi

cómico. Kandara pasó a toda velocidad, solo le quedaba una vuelta más antes de llegar al laboratorio cinco.

Los sensores de su casco capturaron el descenso de un dron por el centro del atrio. Tenía forma de brazalete de veinte centímetros de ancho, con aspas internas de contrarrotación. Instintivamente sabía que algo iba mal.

—Pensaba que habías cortado la red de Eóin.

—Lo he hecho —dijo Jessika—. El único canal funcional es esta comunicación segura.

—¿Y por qué hay un dron remoto?

—¿Qué dron?

Kandara llegó al segundo piso, las puertas del laboratorio estaban a diecisiete metros, y el dron estaba nivelándose. Levantó el brazo derecho y los iconos de objetivo se centraron en el pequeño aparato. Lo atravesó con un rayo gamma.

La explosión endureció completamente la capa cinética de su armadura y la estampó contra la pared. Un gran trozo de balaustrada y de rampa desaparecieron con la explosión, escombros humeantes que cayeron sobre el mármol dos pisos más abajo. Las personas que estaban en la rampa fueron golpeadas por la brutal onda expansiva. Cuerpos lanzados contra la estructura, huesos rotos, carne desgarrada y quemada. En los primeros segundos el atrio se cubrió de un silencio vacío. Luego comenzaron los gritos.

—¿Qué coño ha sido eso? —gritó Jessika—. ¿Qué está pasando?

—Un dron de ataque —gruñó Kandara. Zapata le mostró el estatus de su armadura. El daño externo había sido mínimo, todos los sistemas estaban operativos. Se apartó de la pared y se lanzó hacia el laboratorio cinco. La puerta de metal se había doblado con la explosión. Kandara le lanzó una minigranada.

Su armadura volvió a endurecerse al detonar la granada, que arrojó trozos de metal en todas direcciones. Sorteó la sección perdida de la rampa con cuidado y lanzó tres microdrones a través del agujero que daba al laboratorio cinco.

Las imágenes de los drones aparecieron en su visión mientras avanzaban. El laboratorio seguía un diseño estándar: grandes estantes con biorreactores en una pared, bancos cargados de cristalería atendidos por brazos robóticos, estaciones de trabajo orbitadas por complejas cuadriculas de datos holográficos. En un rincón había una alta pecera cilíndrica. La minigranada había reducido la habitación al caos, los estantes estaban deformados y rotos, la cristalería hecha añicos en fragmentos saturados de sustancias químicas pegajosas. Arntsen y Fasan estaban de rodillas detrás de un banco con los oídos

chorreando sangre y la piel herida por los fragmentos de cristal. Fasan sostenía un pequeño tubo negro que los sensores del dron reconocieron como un arma de rayos, mientras Arntsen parecía mareado y desorientado.

Los drones completaron el escaneo del laboratorio. No había nadie más en el interior.

Kandara se pegó contra la pared, al lado de la puerta en ruinas, y metió la mano en el hueco. Disparó tres minigranadas más al laboratorio, programadas para detonar cerca del fondo, donde los fugitivos no estarían resguardados por el banco.

Los drones le mostraron las explosiones superpuestas. Vio como la pecera se rompía finalmente, con el agua cayendo por el suelo y los peces revoloteando en la caída. Varios de los peces se deslizaron hasta detenerse alrededor de Arntsen que estaba ahora boca abajo con la ropa rasgada por las explosiones. Tenía varias costillas visibles bajo los cortes en donde su piel se había despellejado y quemado.

Fasan, por algún milagro, estaba relativamente intacto. Se arrastraba hacia la destrozada ventana. Kandara seleccionó un proyectil para el rifle de riel y rodeó la torcida puerta. Había tres bancos entre ella y Fasan. Los iconos de objetivo se centraron en su cabeza, una posición revelada por los microdrones. Disparó el rifle, que perforó los bancos como si fueran hologramas. La cabeza de Fasan explotó en una nube de vapor de sangre y metralla de huesos.

Kandara avanzó mientras finas varillas blancas se deslizaban de los antebrazos heridos de Arntsen.

—¡Mierda! —Disparó dos minigranadas. El cuerpo de Arntsen explosionó, salpicando trozos de carne y órganos por el laboratorio.

Dos de los periféricos de Arntsen le dispararon en su trayectoria aérea. Uno de su muñeca, otro del húmero, que giraba como una batuta. Su armadura se endureció, desviando los impactos. Aun así, fueron lo bastante fuertes como para lanzarla contra la destrozada puerta de la entrada. Los sensores del casco le indicaron que otros periféricos del cadáver habían sobrevivido también a las granadas, mostrándolos como una nube de ascuas doradas esparcidas por el laboratorio. Kandara movió los brazos como si estuviera atacando con karate a un enemigo invisible, usando los láseres gamma para destruir los pequeños dispositivos antes de que pudieran matarla.

Una vez que fueron reducidos a cenizas, se dirigió al cuerpo sin cabeza de Fusan y comenzó a destruir sus periféricos con precisión.

—Kandara, ¿cuál es tu situación? —preguntó Jessika.

—Activa. Ya puedes restaurar la red de Eóin. Arntsen y Fasan han sido eliminados. Dile al equipo de limpieza que vaya a venir que sean

precavidos. He neutralizado sus periféricos, pero quizás hayan dejado atrás otros sistemas hostiles.

—Entendido. Kandara, estamos preocupados por Kruse. Su altyo está desconectado.

Kandara salió del laboratorio.

—No me sorprende. Sie estuvo completamente expuesto a la explosión del dron —escaneó por la rampa, los sensores de su traje captaron los gemidos y sollozos de dolor—. Hay bajas, permite el paso a los paramédicos.

—Abriendo las estaciones de Eóin —dijo Oistad—. ¿Tienes visual de Kruse?

—Estoy bajando. No abráis ningún portal hacia Bremble. Es imperativo que Cáncer permanezca aislada.

—Controlado. Pero ¿y Kruse?

Kandara miró sobre la balaustrada cómo llegaba la policía al atrio con una armadura oscura y en formación táctica. Los escombros de la rampa destrozada se amontonaban sobre el elegante mármol de color blanco y negro, y el aire era una niebla de polvo.

—Kruse está muerto. Le puedo ver. A sie lo atrapó la explosión y los escombros. Mis sensores no encuentran pulso.

—¡Joder! —gritó Jessika—. ¡No!

—¿Estás segura? —preguntó Tyle.

—Bastante. ¿Habéis descubierto cómo controlaban el dron de ataque?

—¿Qué?

—El dron de ataque de Eóin. Habéis desconectado la red, y aun así estaba siendo controlado. ¿Cómo?

—¿Kruse está muerto?

Kandara maldijo en la privacidad de su casco mientras llegaba al final de la rampa. Esto es lo que pasaba cuando el equipo de operaciones no eran profesionales de verdad.

—Sí —gruñó—. Pero la operación continúa. Ahora, ¿dónde está mi ruta a Bremble y cómo tiene Cáncer aún acceso a la red?

La policía la miró con cautela mientras pasaba a su lado de vuelta a la estación. Delante de ella, ya estaban llegando los primeros paramédicos, cada uno con un bolsez medico pisándole los talones.

—Tengo tres posibles rutas a Bremble —dijo Jessika—. Te las paso.

Kandara estudió el mapa. Tres portales diferentes, uno en el pequeño centro de control presurizado de la refinería de silicio, y dos fuera de la sección central.

—¿Cómo de precisa es su última posición conocida? —De acuerdo con la información que tenían, Cáncer estaba al lado de uno de los

núcleos de procesamiento de materiales, casi en el centro de la refinería.

—Estaba allí hace tres minutos —confirmó Jessika.

—Vale. Entrando en la estación. —Kandara no dijo por dónde saldría. Quizás por su entrenamiento, o quizás por paranoia, pero la red de Onysko estaba comprometida por Cáncer. Podría estar incluso escuchando este canal seguro.

—Creo que está usando el mismo enrutamiento que usaron al atacar nuestra red —dijo Oistad—. La Turing de la oficina está revisando el tráfico de paquetes en busca de troyanos encriptados. Intentaré aislarlos.

—Vale —dijo Kandara—. Mientras tanto, descárgame toda la información que puedas en tiempo real del interior de la refinería. También quiero que tú y las Turing accedáis a todos los sensores de la zona. Si ella sale al exterior, tengo que saberlo.

Kandara cruzó el primer portal de la estación y giró a la derecha de inmediato. Podía sentir como su ritmo cardíaco aumentaba. Eran muchos los equipos de policía y de seguridad que se habían enfrentado a Cáncer a lo largo de los años, y nunca había muchos supervivientes. Cáncer luchaba como si fuera invencible, y con la ferocidad del que no tiene nada que perder.

Ahora se iba enfrentar a ella, sin respaldo real. Y su única forma de enfrentarse al fuego era con fuego.

Cuatro estaciones y veintitrés pasos, llevaron a Kandara a una esclusa de aire tubular diseñada para diez personas. La escotilla se cerró detrás de ella y activó la despresurización de emergencia. El aire gimió a su alrededor mientras se convertía en vapor blanco, podía oírlo incluso tras el aislamiento del casco. El ruido apenas duró un par de segundos mientras la atmosfera desaparecía y la azotaba con la fuerza del viento en lo alto de una montaña. Quince segundos después, estaba en el vacío. La escotilla circular frente a ella se abrió, revelando un campo de estrellas sobre la arrugada superficie dorada de la enorme estación industrial de Bremble.

—Acercándose a entorno de baja gravedad —advirtió Zapata.

Kandara levantó el brazo izquierdo y disparó una andanada de perdigones de sensores inteligentes a baja velocidad. Le proporcionaron la imagen de los diferentes módulos industriales, dispuestos como los bloques de una ciudad con una cuadrícula de profundos cañones metálicos entre ellos. La esclusa de aire estaba en la parte de arriba de una zona de almacenamiento, con quince tanques esféricos enormes, junto a sus tuberías y sus mecanismos de calor. Estaban coronados por una amplia plataforma circular, usada como

zona de aterrizaje y estacionamiento para las pequeñas cápsulas de ingeniería. Había cinco acopladas con sus sistemas enchufados en tocones de mangueras umbilicales.

—Jessika, desconecta esos módulos de ingeniería.

—Ya está hecho. Hay tres desconectados, y tengo acceso remoto a dos de ellos por si los necesitas.

—Gracias.

La mitad de los sensores inteligentes habían alcanzado el módulo de la refinería y se habían adherido a su maleable lámina superficial. Estaban escudriñando la zona, buscando la señal del traje espacial de Niomi Mårtensson.

—Parece que está despejado —dijo Kandara—. Continúo.

—Pero… —vaciló Jessika.

—¿Qué?

—Ten cuidado —dijo Tyle.

—Siempre lo tengo.

Kandara se desplazó al final de la esclusa de aire y saltó. La esclusa aún estaba dentro de Onysko, mientras que la escotilla daba a un portal que llevaba a la parte superior de los tanques de almacenamiento de Bremble. En cuanto cruzó el umbral sintió la diferencia de gravedad con el diminuto campo del asteroide. Sonrió ante la idea de volar como una superheroína al pasar sobre la plataforma y el abismo entre los tanques y la refinería. En cuanto lo superó, unos pequeños propulsores en el torso de su armadura la enderezaron y empujaron ligeramente hacia abajo. Preparó dos minigranadas de su pulsera izquierda.

El módulo de refinado estaba construido alrededor de un racimo de núcleos cilíndricos de procesado de material y equipo auxiliar, todo ello revestido de la fina capa de metalocarbono dorado, deslustrado por las décadas de exposición al vacío. Tenía casi cincuenta metros de altura y setenta de ancho, y estaba situado sobre una achaparrada plataforma minera del mismo diámetro. Estaba recubierto de puntales y extrañas protrusiones mecánicas que se extendían a los oscuros desfiladeros que le rodeaban, iluminados con minúsculas luces que seguían su descenso hasta que dejaban de ser visibles, un evanescente punto de luz que ni siquiera llegaba a revelar la superficie del asteroide.

Las minigranadas explotaron en silencio, dos perfectos hemisferios de luz violeta que ardieron al unísono, consumiendo la frágil superficie. Una bandada de burbujeantes fragmentos salió despedida de la explosión. La luz murió y los sensores de Kandara revelaron el irregular y chamuscado agujero. Activó sus propulsores de nuevo,

refinando su trayectoria, y cruzó el estrecho agujero a toda velocidad sin rozarse con las aún relucientes púas de metal.

No había iluminación en el interior, aparte de la poca que entraba por el agujero tras ella. Sus sensores cambiaron al infrarrojo y revelaron, en verde y negro, la estructura tridimensional de maquinaria, cables y tuberías. Frente a ella tenía una cruz de metal que se aproximaba rápidamente. Se agarró a un travesaño y se detuvo en seco, sintiendo el esfuerzo en su deltoides. Las máquinas de la refinería producían una vibración constante que podía sentir a través del guantelete. Los cables de alta tensión relucieron de un naranja atardecer cuando los sensores detectaron su campo magnético.

—Estoy dentro.

—Tenemos errores en los sensores del nivel diecisiete —informó Jessika—. Dos por debajo del centro de control en el que estaba antes.

—Vale, bajando.

Zapata le mostró un diagrama de la refinería. Kandara comenzó a desplazarse manualmente, usando cables o vigas de soporte, cualquier cosa que sirviese para agarrarse y continuar. A veces la maquinaria estaba tan cercana que apenas era capaz de pasar por los huecos, y después se encontraba en espacios vacíos más grandes que su apartamento. Finalmente encontró un acceso: un tubo hecho de una malla de resina que permitía el desplazamiento cómodo de mecaz y humanos. Había docenas de esos tubos recorriendo el interior de la refinería, como si un fragmento de cibernética rebelde se hubiera hecho una madriguera. Una ratoncita de campo perdida en una madriguera cibernética en caída libre.

—Todos los sensores de la refinería acaban de caer —dijo Tyle con un rastro de pánico en su voz—. Estoy trabajando en restaurar la red.

—Aún está aquí entonces —dijo Kandara al entrar por el acceso. El tamaño de la refinería le daría una gran ventaja a Cáncer, sin los sensores, podrían pasarse una semana dando vueltas sin encontrarse, y eso asumiendo que Cáncer buscase una confrontación—. Va a intentar escapar —dijo—, si baja a la plataforma de extracción de abajo, ¿tendría mejor ruta de salida?

—No particularmente —dijo Jessika—. La plataforma de extracción y la refinería tienen una separación física con el resto de los módulos. Tendrá que cruzar ese espacio igualmente.

—Tenemos sensores en funcionamiento por toda el área —dijo Oistad—. Si intenta escaparse lo sabremos.

—¿Y si los apaga también?

—Estoy endureciendo los protocolos —dijo Tyle—. Y si llegara a deshabilitar algunos, al menos nos daría una pista de dónde podría

estar.

Tres minutos después, Kandara estaba en el nivel diecisiete. Si no hubiera sido por las indicaciones de Zapata, nunca habría adivinado qué dirección era «abajo», la gravedad de Bremble era demasiado leve. Se agarró a uno de los apoyos del tubo y se detuvo. Los sensores de su casco escanearon el entorno con la máxima resolución. Nada.

—¿Tienen las TuringG8 control sobre los mecaz de la refinería? —preguntó.

—No, los apagué cuando restringí la red. Necesitaríamos mucho ancho de banda para eso —dijo Oistad—. Y le daría a Cáncer más vías para enrutar una llamada.

—¿A quién iba a llamar? —murmuró Kandara—. Vale, esto es lo que vamos a hacer. Abre la red tanto como sea necesario y mueve todos los mecaz inventariados de la refinería del nivel quince hasta el diecinueve. Quiero que todo acceso esté físicamente bloqueado, para que nadie pueda salir de estos niveles. ¿Serán suficientes?

—Sí —dijo Oistad.

—Bien. En cuanto esté hecho, empieza a desplazarlos a este nivel. Pongamos el lazo a su alrededor, y cerrémoslo.

Mientras el equipo empezaba a organizado, Kandara continuó avanzando por los accesos. Cada vez que llegaba a una intersección, dejaba un dron y luego continuaba. El único lugar en el que no se aventuró a ir fue al centro de control. Temía que Cáncer hubiese puesto trampas. De hecho le sorprendía no haberse encontrado minas inteligentes en el acceso.

O quizás si las hubiera, pero aún no he entrado en el alcance de activación de ninguna.

La idea convirtió deslizarse por las vías en una experiencia angustiante. Normalmente no sentía claustrofobia, pero esto la estaba llevando al límite.

—Kandara, quizás tengamos un problema —dijo Jessika.

Se paralizó, rodeada por una niebla de señales térmicas en verde y cables de alimentación en una red brillante, nada que fuese real. Aún podía sentir la vibración de la refinería en el agarre que sujetaba. No había señales de calor humano.

—¿Qué?

—Algo ha bloqueado la cámara de alimentación de hielo del extractor a ocho niveles respecto a ti.

—¿Quieres decir una alimentación dentro de la plataforma del extractor?

—Sí.

—Creía que habías dicho que allí no había salida.

—Oh, mierda. La alimentación de hielo.

—¿Hielo?

—Sí. El refinado necesita mucha agua.

—¿De dónde coño sale el hielo…? ¡Oh, joder! Había dicho que cerrarais todos los portales.

—Una de las cosechadoras de Verny no funciona bien —dijo Oistad—. La entrada de hielo está detenida y los sensores están apagados. No puedo ver el alcance del daño.

—El *daño* es ella, que está cruzándolo —expuso Kandara—. ¿Dónde demonios está Verny?

—Es una de las lunas de Lanivet —informó Zapata—. La superficie está compuesta por enormes océanos de hielo. El agua tiene baja composición mineral, y es por tanto excelente tanto para los sistemas industriales como para las biosferas de los hábitats.

—Madre de Dios. Jessika, dame una ruta a la cámara de alimentación. ¡Rápido!

—Enviándola ahora.

Kandara comenzó a avanzar de nuevo, siguiendo la línea púrpura que ahora veía en las lentillas.

—¿Hay alguien en Verby?

—No, solo las TuringG7 que controlan el cosechado de hielo. Todo está automatizado.

—Bien. Ya sabéis que hacer. Cerrad todos los portales. Y esta vez bien.

—Kandara —dijo Oistad—, el suministro de hielo es esencial para la mitad de los sistemas industriales de Bremble, y además, los hábitats también necesitan agua.

—¿A cuánta gente tiene que matar antes de que empecéis a escucharme? —gritó—. ¡Cortad de una puta vez los portales!

—Apagándolos —dijo Jessika—. Escucha, la cosechadora por la que ha salido tiene tres canales de suministro a la plataforma, he detenido los otros dos.

Kandara sonrió. *Chica lista*, pensó. La localización de las otras dos cámaras apareció en su visión. Cambió de rumbo y se dirigió a una de las que no había usado Cáncer. Lo más probable era que la diabólica mujer la estuviera esperando al otro lado. O peor, un dron bajo su control, que reventaría la energía mientras estuviese cruzando.

A menos que sea un farol en nuestro farol. Sacudió la cabeza, enfadada consigo misma. *Demasiado paranoica*.

La cámara de alimentación de hielo era un amplio cilindro del que brotaban cinco ramificaciones que volvían a ramificarse mientras descendían por la plataforma de extracción, como las ramas de un

árbol ancestral que hubiese sido sepultado por la maquinaria. Al acercarse Kandara, una trampilla de acceso se deslizó cerca de la base y se introdujo cuidadosamente en ella.

Después de que Jessika hubiese cortado el suministro de hielo, la plataforma había continuado tragándose los pedazos que aún quedaban en la cámara. El cilindro, que hacía unos minutos estaba repleto de un flujo constante de hielo compactado, estaba vacío excepto por una tenue neblina de relucientes partículas. Kandara avanzó lentamente y envió varios perdigones frente a ella. Le revelaron muy poco, más muros de metal curvado, una imagen espejada de este extremo del portal. La cosechadora suministraba hielo por una docena de tuberías. Pero sus sensores no detectaron sensores hostiles que la esperasen.

Se han acabado los riesgos calculados, se han acabado las dudas. ¡*Ahora*!

Se lanzó con fuerza, cruzando el portal a toda velocidad. El quinto de gravedad estándar de Verby la lanzó abruptamente contra el suelo. Aterrizó con una voltereta de hombro, poniéndose en pie tan rápido que perdió el contacto con el suelo. En el mismo movimiento trazó uniformemente un arco con el brazo izquierdo, bañando el espacio de munición perforante. Las balas atravesaron el muro de la cámara, a su alrededor y sobre ella, explotando dentro de la cosechadora. El impulso del rifle la sujetó contra el suelo, podía sentir como la cosechadora se sacudía bajo sus pies al detenerse en un estertor.

—¿Sabes cuánto cuesta eso? —preguntó secamente Tyle.

—Pensaba que no os rebajabais a hablar de dinero.

—En términos de recursos y tiempo, sí.

—Si querías un contable para este trabajo haberlo pensado antes.

La cámara en ruinas comenzó a partirse en dos, Kandara estaba justamente debajo de la brecha que se abría lentamente, y saltó. En la baja gravedad, sus músculos genetizados la empujaron cinco metros hacia arriba, aterrizando precariamente en una sección retorcida y destrozada de la parte superior trasera de la máquina.

—Cierra ahora los últimos portales de Verby. Todo excepto los enlaces de datos. Y si tiene más de diez centímetros de diámetro, apagadlo también.

—Hecho —dijo Jessika—. No hay escapatoria de esa luna —pausó —. Para ninguna de las dos.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Kandara, elevando la voz a pesar de lo estúpido que parecía.

Sin respuesta, aunque tampoco esperaba ninguna. Comenzó a trampear la sección en ruinas mientras la monstruosa cosechadora

terminaba de asentarse ponderosamente.

Era un vehículo enorme. La enorme pala delantera tenía treinta metros de ancho, con la que abría un canal de cinco metros de profundidad en el helado océano en una lenta marcha sin fin. Las múltiples hojas de energía de la parte inferior podrían cortar granito si se lo encontrasen, aunque no es que la luna tuviese ninguna roca que se acercase siquiera a ese nivel de dureza. La flota de cosechadoras operaba en el fondo de una depresión del tamaño de un pequeño mar que había ido tallando los últimos veinte años. A la distancia podía ver los verticales acantilados, que fácilmente tenían tres kilómetros de altura.

Al alzar la vista vio a Lanivet en una creciente que cubría un tercio del cielo. Sus furiosas bandas de nubes eran de color rosa pálido con pinceladas de blanco, y ocasionales tajos de cobalto que surgían de una profundidad incognoscible. Una miríada de ciclones se movía arrogantemente entre las nubes, aunque ninguno del tamaño de la Gran Mancha Roja de Júpiter. El menguante gigante gaseoso irradiaba una luz pastel que sombreaba el brillante hielo con un suave damasco.

Kandara trepó por la dañada estructura de metal y resina de la cosechadora hasta lo alto y escaneó la zona.

—O tiene la mejor tecnología de sigilo jamás fabricada, o aún está por aquí.

—¿Puedes ver rastros de pisadas alejándose? —preguntó Tyle—. No hay tecnología de sigilo que pueda cubrir eso.

Estudió la superficie más atentamente, algo impresionada por la sugerencia de Tyle. A cinco kilómetros había otra cosechadora frenando lentamente, levantando altos abanicos de hielo que se elevaban a ambos lados de la pala. La constante nevada provocada por las cosechadoras había recubierto el foso con varios centímetros de gránulos de hielo, tan ordenados y uniformes como un jardín Zen.

—No veo ningún rastro —reportó—. Jessika, ¿puedes conseguirme alguna imagen de Cáncer llegando hoy a Bremble? Concretamente el tipo de traje especial que llevaba.

—Creo que sé por dónde vas. Aguanta.

Kandara descendió varios metros por la cosechadora, estar en lo alto la convertía en un blanco perfecto.

Pero no me ha disparado. ¿Por qué?

Toda la situación la estaba agitando, minando su resolución. Cáncer no se hubiera contenido. *¿Le di con esos primeros disparos a la cosechadora? ¿Puedo haber tenido tanta suerte*?

—Dame el plano de la cosechadora —dijo a Zapata—. Ha de estar dentro.

La imagen translúcida resaltó los pasajes internos de la cosechadora y los pequeños cubículos de mantenimiento. El noventa por ciento del interior era maquinaria sólida. Por supuesto, los proyectiles podrían haber abierto algún espacio lo bastante grande como para albergar un humano.

Kandara desplegó una docena de microdrones y los vio escurrirse por las fisuras. Deberían poder encontrar bastante rápido a un objetivo elusivo.

—Tenías razón —dijo Jessika—. Estoy viendo un video de ella llegando a Bremble esta mañana, llevaba un traje especial normal.

—¿Lo trajo ella de Sol, o es uno de los vuestros?

—De los nuestros.

—Hazle un ping al faro de salvamento.

Kandara contuvo el aliento, pero el transpondedor no respondió.

—Lo siento —dijo Jessika—. Ha borrado las rutinas preestablecidas.

O una de mis balas explosivas le ha impactado.

—Valía la pena intentarlo. Al menos no tiene armadura.

—Kandara —dijo Tyle—. ¿Estás disparando a la cosechadora de nuevo?

—No, ¿por qué?

—Estoy revisando la telemetría, lo que queda de ella. Estoy perdiendo sistemas de la red principal de energía. Parece que están sufriendo daño físico.

—Muéstramelo —instruyó Kandara.

Las lentillas le mostraron el sistema de energía de la cosechadora. Un pequeño portal suministraba energía al vehículo desde la red de pozos solares de Akitha, pero también tenía varias baterías cuánticas distribuidas por la máquina como refuerzo, para mantener encendido el equipo principal en un corte de energía. Si la cosechadora se enfriaba por debajo de treinta grados le complicaría mucho la vida a los de mantenimiento.

Observó que los daños estaban todos en la misma sección, cerca de las baterías cuánticas que suministraban energía a las orugas traseras.

—¿Qué sistemas están siendo dañados? —preguntó, mientras enviaba tres microdrones a la ubicación—. ¿Hay un patrón?

Zapata le trazó una ruta hacia la sección. Necesitaría volver a entrar en la cosechadora por una escotilla del lado izquierdo. Pero ahí adentro era el último lugar donde quería estar.

—Búscame una línea de objetivo que pueda atravesar el riel —le dijo a Zapata. Por lo que podía intuir del plano, esa sección estaba casi completamente rodeada de maquinaria pesada.

—Ey, Kandara —dijo Tyle—. Está retirando los sistemas de seguridad. Acaban de caerse dos.

Un microdron se metió en el pequeño cubículo que proporcionaba acceso a la batería cuántica y su cableado. Kandara sintió que se quedaba sin aliento. Cáncer estaba allí, usando una herramienta en un armario de alto voltaje. La mujer se giró lentamente y puso la mano derecha sobre el microdron. La conexión se desvaneció, pero no sin que antes se disparara su sensor de radiación.

Máser, reconoció Kandara. Cáncer había utilizado un periférico que disparaba a través del traje. El rayo destrozaría cualquier sistema activo del tejido, pero no lo perforaría. Kandara abrió su comunicador a una transmisión abierta.

—Cáncer, no hay salida. Lo sabes. Todos los portales están cerrados para ti.

Ninguna respuesta.

—Estoy autorizada a ofrecerte un trato. Dinos quién te ha contratado y tendrás un exilio a Zagreo. Niégate, y serás liquidada.

—Acaba de desconectar otro regulador de voltaje —dijo Tyle—. Solo quedan dos limitando la salida de la batería cuántica.

Kandara miró a sus pies. El arruinado aparato sobre el que estaba era de resina no conductora, pero la estructura interna era de fibra de boro reforzada con aluminio. *¿Está intentando electrocutarme? Pero ella está dentro, sufriría la mayor parte de la descarga*.

No tenía mucho sentido, pero Kandara se agachó y saltó de todas maneras. Sus músculos eran lo bastante potentes como para impulsarla en un extenso arco que la llevó al lado de la cosechadora. Aterrizó con fuerza en la nieve artificial y consiguió mantenerse erguida a pesar de que sus botas patinaron. El hielo se alzó hasta sus tobillos.

¡Madre de Dios!

—Tyle, si provoca una descarga completa, ¿hasta dónde conduciría el hielo?

Miró de nuevo a la cosechadora rota, lista para alejarse de otro salto. Su armadura la podría proteger de una descarga eléctrica ordinaria, pero esas baterías cuánticas almacenaban una burrada de electricidad.

—No muy lejos. Recuerda que el suelo es también de hielo. Debería conducirse directamente hacia abajo. Le iría mejor puentear… Oh, Kandara, si cortocircuita la batería explotará, y disparará las otras.

Kandara miró a la cosechadora con creciente pánico.

—¿Y cómo de grande sería la explosión?

—¡Uh, aléjate! Kandara, acaba de quitar otro regulador de voltaje. Solo queda uno. ¡Corre! Sal de allí. ¡Muévete!

Kandara alzó el brazo y empezó a disparar proyectiles perforantes. El rifle de riel reventó la densa maquinaria. Una constante serie de explosiones desató un deslumbrante vapor amarillo de las roturas. La silueta entera de la cosechadora se desplazó distorsionada.

Se dio media vuelta y saltó. Su vuelo sobre el lustroso terreno le llevó una eternidad. Aterrizó, tambaleante, y saltó de nuevo con una trayectoria más baja que la alejó aún más.

—¡Ultimo regulador! —exclamó Tyle.

Aterrizó…

La batería cuántica explotó.

Kandara se tumbó en plancha, un movimiento que nunca completó. Zapata endureció inmediatamente la capa externa de la armadura bloqueándole los miembros a mitad del salto. Tras ella, una perfecta semiesfera de luz blanca y azul erupcionó de la cosechadora. La cubrió, físicamente nebulosa pero energéticamente enriquecida. Milisegundos después del frente incandescente llegó la nube de metralla.

Entre los fallos de la electrónica y las mutiladas imágenes, su armadura tañía como una campana con los impactos. Rotaba caóticamente bajo la lluvia de impactos de los fragmentos que se desintegraban. Bajo ella el hielo se sublimó bajo la abrumadora energía, provocando una segunda onda de choque. Impacto contra el hirviente suelo, dejando un surco en la aguanieve hipercalentada.

Su visión se plagó de indicadores rojos de peligro. Aún rodaba caóticamente, golpeándose codos y rodillas, mientras el artificial sol se disipaba. Finalmente, el universo se estabilizó. Una centelleante capa de escombros eclipsaba al pasivo gigante del cielo, conformando una espectacular galaxia de ascuas rosas que trazaban una delicada trayectoria de vuelta al suelo.

Kandara gimió del dolor. Los iconos se enfocaron en su visión. Cinco fragmentos al rojo vivo habían perforado su armadura quemándole la carne. Por suerte, no tenía perforado ningún vaso sanguíneo mayor ni ningún órgano según le informó Zapata. La capa autosellante de la armadura ya había hecho su trabajo, cortando la fuga de aire y sangre al espacio. Desde su mochila adherida, el sistema médico le inyectó un agente coagulante que le ayudó a detener el fujo de sangre de las heridas.

Se retorció al intentar enderezarse. Cada parte de su cuerpo que no tenía una laceración parecía ser un cardenal gigante. Ahora había un humeante cráter de casi veinte metros de profundidad, tallado en el

océano de hielo en el lugar donde estaba la cosechadora. Una difusa aurora jugueteaba por encima como un demoníaco fuego fatuo. Observó fascinada los efervescentes géiseres que brotaron del borde del círculo, cómo su espuma se congelaba antes de alcanzar el suelo. El fenómeno amainó en pocos segundos y la aurora fosforescente se desvaneció.

Los grandes trozos de los restos de la cosechadora empezaban a caer del cielo, cubrían un radio de kilómetros y brillaban en el infrarrojo, levantando penachos de hielo cuando impactaban en el suelo nevado.

Tras un rato, Zapata recibió una señal.

—¿Kandara? ¿Me recibes? ¿Puedes oírme? ¿Estás bien?

—Estoy aquí.

Escuchó un estallido de vítores por el canal de comunicaciones.

—Hay una cosechadora de camino —dijo Tyle—. La he desviado hacia ti. No es rápida, pero estamos enviando un equipo de recuperación a través de un portal de entrada de hielo. Estarán contigo en diez minutos. ¿Podrás aguantar? ¿Cómo estás de mal?

—Puedo aguantar diez minutos.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Jessika.

—Habías acertado con lo de cortocircuitar las baterías cuánticas. No nos quería dar a su jefe, así que se ha suicidado.

—Qué retorcida, le habías ofrecido una alternativa.

—Supongo que no le gustaban las posibilidades. Hay mucha gente muy poderosa que se vengaría con artes del medievo. Seguramente nunca hubiera llegado a Zagreo, sin importar lo sincera que fuese Emilja en su oferta.

—Entonces, ¿no sabemos quién le pagaba?

—No. Tendréis que esperar a la próxima vez, y espero que hagáis un mejor trabajo que yo atrapándolos.

JULOSS

Año 593 D. L.

El pasillo era circular de cuatro metros de diámetro. Sus paredes de color cian estaban hechas de algo parecido a algodón dulce fluorescente. Dellian flotó por su centro con los propulsores del traje encendidos de manera casi constante para mantener la trayectoria. Cuatro muncos de su cohorte se desplazaban con sus garras. Como estaban en cero ge, les habían linzado segmentos adicionales alrededor de su núcleo, dándoles una forma ovalada, recubierta en una coraza de armadura de Energía y Cinética (E&C), erizada con armas trisegmento. Sus zarpas de agarre rasgaban las fluorescentes fibras orgánicas. Los otros dos de la cohorte eran operadores de cola, cubriendo la retaguardia, alertas a cualquier soldado enemigo.

Dellian asumía que lo que sangraba de cada herida que su cohorte causaba en el muro era líquido nutriente, y ahora llenaba el espacio con gotitas brillantes. Un brillo que lentamente se desvanecía mientras se unían en gotas más grandes. Las apartó al pasar, los sensores de su traje lanzaron un análisis composicional, no era un arma bioquímica.

—Otros cincuenta metros, entonces la tercera rama, coord, sie-te-b-nueve —le dijo Tilliana.

—Recibido.

—¿Alguna señal de hostiles?

—No.

—Tiene que haber algo defendiendo el asteroide.

—Estoy buscando —lo que era casi cierto. Estaba confiando en la cohorte para que analizase el camino. *Complaciente*. La cohorte percibió su leve ansiedad, la manera en que sus ojos cambiaron el enfoque para observar los datos de los sensores. Los dos que le seguían lanzaron inmediatamente un enjambre de bichos-dron. Se deslizaron por la atmósfera de nitrógeno tan ágiles como las avispas terrestres en las que estaban inspirados. Esquivaban las gotas de fluido con sus sensores mientras escaneaban el extraño muro en busca de cambios.

—El nivel de luz desciende detrás —le notificó su traje—, tres por

ciento.

Dellian comprobó el monitor de su escuadrón, observando sus localizaciones. Se mantenían en formación, todos desplazándose sigilosamente por los mullidos pasillos, por la errática disposición de esta sección de la ciudad asteroidal. Su objetivo era una cámara central que los drones habían descubierto antes y que contenía un bucle negativo de energía. El mando les había asignado una misión de infiltración para descubrir la naturaleza del bucle y destruirlo.

Tilliana y Ellici se habían separado, para aumentar las probabilidades de que alguna de las dos llegase al objetivo.

—Janc, hey Janc —le llamó Dellian—. ¿Cuál es tu nivel de luz? Tengo una reducción aquí.

—Lo compruebo.

Dellian estaba satisfecho de ser el que había percibido la variación. *Más espabilado que los demás*. Y ahora las fibras brillantes habían perdido un cinco por ciento de luminosidad justo tras los dos miembros de la retaguardia. Los muncos, sintiendo su interés, lanzaron un grupo de drones-tik. Su tamaño y forma de larvas salpicó el muro, y sus dientes de polvo de diamante devoraron el delicado material. Nuevas ventanas se abrían en su visión, con detalles de la composición química del orgánico alienígena. Las células estaban dispuestas en una estructura muy poco compacta y tejida con una fibra que conducía impulsos electroquímicos.

¡Nervios!

—Sí, aquí también se está oscureciendo —respondió Janc.

—Para mí también —anunció Uret.

—Aquí también —repitió Colian.

—¿Qué está haciendo? —se preguntó Dellian en voz alta. En respuesta a su recelo, la cohorte se detuvo y comenzó a escanear. Incluso con la visión cubierta de datos, la luz era perceptiblemente inferior. Ahora un cuarenta por ciento, según su traje.

Dellian encendió los propulsores del traje, acercándose a la cohorte, y los seis lo rodearon en una formación protectora a su alrededor. Cuando los drones-tik comenzaron a informar de que la estructura celular estaba cambiando, las fibras se encogieron, inflándose. A través de los sensores del traje, Dellian pudo ver como los muros comenzaban a contraerse, con ondulaciones que se desplazaban hacia él. La imagen de un esófago gigante que le estaba tragando era automática e inevitable.

La cohorte rodeó a Dellian, linzándose en una sólida caja con él en el centro, y dispararon rayos de energía a la masa informe de células alienígenas. La capa exterior se chamuscó al instante, humeando, pero

la cosa se acercaba cómo un tsunami espeso, desplazando la capa de células muertas, y cuajando el líquido frente al tejido aún vivo. Incluso los rayos X coherentes apenas podían penetrar el muro de células muertas, el espeso fluido estaba absorbiendo la energía, formando una caliente barrera delante de la superficie viva. En menos de un minuto la cavidad estaría cerrada, envolviéndoles a él y a la cohorte. La presión comenzó a aumentar rápidamente, junto a la temperatura. Estaba resultando imposible disipar la descarga de energía de la cohorte.

Dellian apretó las manos y la cohorte apagó las armas. Los sensores encontraron finos zarcillos que se acercaban a través del hirviente líquido. Las hojas energizadas los cortaron sin esfuerzo, pero el fluido se estaba volviendo viscoso, impidiéndoles el movimiento. Y aún se aproximaban más zarcillos, multiplicándose como un creciente sistema de raíces.

El enlace táctico que le conectaba al resto del escuadrón se interrumpió. Las palabras «Señal perdida» cubrieron sus lentes. *Mierda*. Eso no debería haber pasado, estaban usando comunicaciones enlazadas. Pero no perdió el tiempo con un análisis de diagnóstico.

Cuando intentó un movimiento de nado, los actuadores del traje se esforzaron con la presión de mover sus miembros, y recibió alertas leves del sellado de las juntas. Disparó sus propulsores, pero todo lo que consiguió fue lanzar burbujas fosforescentes hacia la oscuridad.

La cohorte comenzó a moverse inmediatamente, utilizando sus propulsores gravitónicos para arrastrarle, para llevarle hacia la roca que había bajo el muro orgánico. Iba a ser difícil, nuevos zarcillos sustituían a los anteriores, insidiosos como una ola sólida. Dellian había dejado de intentar mover su propio cuerpo, preocupado ahora con los sellos de presión. No se habían diseñado para este tipo de entorno. Y así, inmovilizado, empezó a conjurar negros fantasmas en su mente. Además, para toda la fuerza que se ejercía sobre él, aún seguía en cero ge, lo que aumentaba la sensación de aislamiento.

El avance se ralentizaba drásticamente conforme se espesaban los zarcillos, los miembros frontales comenzaron a disparar rayos X para romperlos, eran ya demasiado gruesos para las hojas energizadas. Los monitores médicos mostraban que su ritmo cardíaco estaba aumentando, la claustrofobia le atrapaba, su plan era detonar granadas contra la roca, donde estaban las arterias más gruesas de nutrientes. Si las destruyese, quizá podría deshabilitar parte del pasillo y abrirse camino con las garras.

Un miembro de la cohorte se detuvo, completamente sobrepasado por los zarcillos, que seguían viniendo, encerrándolo más y más en

capas de células alienígenas. Y estaban atrapando a un segundo miembro.

En lo profundo de su cuello, una de sus nuevas glándulas descargó un tranquilizante ligero en su torrente sanguíneo. Aún le resultaba inquietante, sabía en su interior que debería estar entrando en pánico, pero no ocurría. En cambio, ordenó a la cohorte que disparase una granada, que apenas se desplazó diez centímetros de la boquilla del cañón antes de que los zarcillos la recubriesen.

Dellian la detonó, su armadura era lo bastante fuerte para soportar el impacto, pero las ondas de presión lo sacudieron violentamente.

—Santos cagando —gruñó, algunas de las alarmas de presión eran ahora de color ámbar. Su glándula disparó otra descarga, aunque no pareció suponer diferencia. La explosión pasó, pero su cuerpo aún se agitaba. La temperatura corporal estaba en aumento, excepto su piel que parecía hielo.

—¡Calma! —se ordenó—. ¡Joder, mantente en calma! —Su propia voz le parecía débil y patética. ¿*Qué haría Lirella*? Una pregunta que le provocó una risotada peligrosamente salvaje. *No haberse metido en esta mierda para empezar*.

Pintaba mal, la cohorte se había detenido, sus propulsores gravitónicos no eran lo bastante fuertes para desplazarle a través de la revuelta masa de zarcillos.

No puedes usar granadas de nuevo.

Las armas de energía calientan el fluido.

Las hojas energizadas son inútiles.

Vamos, ¡piensa!

Los sensores de su traje mostraron como los zarcillos empezaban a enredarse en sus piernas, estaría envuelto en minutos, probablemente menos. Y carecía de la capacidad de romper las hebras.

¡Energía!

Gritó el ulular de los juegos de guerra de su curso. Reverberó increíblemente fuerte, disparando su claustrofobia otro par de niveles. Y además tenía la muy real perspectiva de ahogarse en fluido alienígena si se rompían los sellos. Le llevó treinta segundos darle las órdenes a la cohorte, redirigir la salida eléctrica de sus cámaras aneutrónicas de fusión, y apagar los sistemas de seguridad para aumentar la salida hasta el rojo.

—Ahora —ordenó.

La energía combinada de veintisiete generadores se descargó a través de las corazas de la cohorte. Todo se oscureció, Dellian no tenía monitores, ni funciones del traje. Ni siquiera podía sentir a su cohorte, lo que le disparó el miedo.

Le invadió puro pánico y comenzó a retorcerse, pero el traje le retenía. Gritó.

—Aguanta —le indicó la suave voz de Tilliana a través de la inquietante oscuridad—. Te estamos liberando.

El agudo gimoteo de los actuadores atravesó la locura de Dellian. Se obligó a dejar de luchar y respiró agitadamente. Un rayo de luz apareció frente a él conforme le abrían el yelmo. *¡Rápido! Grandes Santos, que se acabe ya*. Las almohadillas de contacto del interior del traje liberaron su sudada piel. El yelmo terminó de abrirse, y pudo ver los segmentos superiores del huevo de simulación retirándose de su cuerpo, sujetos con tentáculos de metal. Se retiraron a un globo de servicio en el centro de la cámara de simulación, dejándole a la deriva unos centímetros sobre la parte inferior del huevo. Se arrancó los parches médicos del cuello y muslos, y se quitó el tubo de desechos del pene. La cohorte volvió a aparecer en el fondo de su mente, no parecían estar alterados en absoluto. Solo había sido otra sesión de entrenamiento.

—¿Estás bien? —le preguntó Tilliana.

—Sí. Bien —ahora mismo Dellian no quería ni pensar en lo que había pasado, en lo mal que había reaccionado al ejercicio. Ya se le había acabado el estrés, reemplazado por vergüenza, y agotamiento. Apenas podía componerse para mirar el resto de la cámara esférica.

El resto de los huevos de simulación estaban abiertos. Su escuadrón flotaba lánguidamente sobre los pedestales. A la mayoría ni les quedaba energía para quitarse los parches y el tubo.

Ha sido terrible, pensó, aunque en parte se preguntaba si se lo merecían. En los últimos dieciocho meses habían visitado algunas de las simulaciones más jodidas que los estrategas podían haber soñado, y sus sueños eran feos. Con un éxito del ochenta y tres por ciento, su escuadrón estaba muy al frente del resto. Pero esto, esto era una mierda de otro calibre.

Se podía imaginar quién lo había creado, el equipo veterano había decidido que no estaría mal herirle la confianza al escuadrón de vez en cuando. Estaba de acuerdo, en la teoría. Pero la experiencia real, temer que estabas a punto de ser aplastado, totalmente solo, sin ni siquiera tu cohorte, enterrado vivo en un pringue alienígena maligno… Le preocupaba lo mucho que les podría haber afectado.

Pero era el líder del escuadrón, así que animarlos era su trabajo. *No les quiero fallar*. Se alzó y se deslizó hacia Xante.

—Pues, joder, ¿eh?

Xante le dedicó una débil sonrisa, claramente le costó mucho esfuerzo.

—Hey —gritó Dellian, mirando a la sala—. ¿Alguien ha salido intacto?

Algunos sacudieron la cabeza, el resto ni siquiera lo miraron. La atmósfera de la cámara era mucho peor de la que vivieron en el falso accidente del volador hace tantos años. La simulación les había convertido de nuevo en niños asustados. Y le jodía, sentía una chispa de furia entre la pesadez.

—Tilliana —llamó—, esto es un once en mi métrica de maldita bastarda. Uret, sin sexo para ella esta noche. Es una orden, ¿entendido?

Uret sonrió una fracción.

—Entendido.

Aparecieron algunas sonrisas desanimadas.

La puerta de la cámara se abrió a cinco metros de Dellian, Tilliana entró por la apertura, sujetándose con un brazo en el pedestal de Rello.

Dellian se esperaba una sonrisa traviesa, algunas pullas sobre lo inútiles que eran, la charla se animaría. Que se restaurase la camaradería. Sin embargo estaba alterada, resucitando en Dellian sus propias dudas sobre lo que había pasado.

Ellici nadó hacia la cámara también alterada, pero con cierto grado de exasperación. Siempre le faltó la paciencia de Tilliana.

—Muy bien —les dijo Dellian al par—. Decidnos que no era una misión suicida.

—Claro que no —dijo Ellici—, apenas recorristeis el quince por ciento del asteroide.

—¿Recorristeis? —le desafió Xante—, ¿no un recorrimos? ¿Qué ha sido del *nosotros*? Se supone que sois nuestros ángeles guardianes. Somos demasiado idiotas para saber lo que está pasando, ¿recordáis? *Dependemos* de vosotras.

—Calma —le dijo Dellian, todo lo tranquilo que pudo.

—Parecía una puta misión suicida —gruñó Falar con un humor oscuro mientras se arrancaba el parche médico del cuello.

—¿Entonces cómo cruzamos el asteroide? —preguntó Mallot.

—Venga —dijo Tilliana—, no nos dan una hoja de pistas. Estas misiones de simulación solo van a empeorar a partir de ahora. Será mejor que nos preparemos.

—Gracias —dijo Xante—. Desmoralizados, la mejor manera de enfrentarnos al enemigo.

Dellian le dedicó una mirada de advertencia.

—Suficiente, somos un equipo. Pasaremos por esto juntos.

—Estaba a punto de advertiros de la materia orgánica del pasillo

—dijo Tilliana—. Fui lenta, lo siento.

—¿Así que tenías una salida? —le preguntó amablemente Uret.

—Ella aún se queda sin sexo esta noche —le soltó Rello.

Al menos he conseguido algunas reacciones, pensó Dellian.

—No —dijo Tilliana lentamente—, pero si la bioluminiscencia estaba reduciéndose, significaba que las células estaban derivando su energía a otra función. Y eso hicieron.

—En retrospectiva —dijo Colian, lamentándose—, siempre tan evidente.

—Muy bien —dijo Dellian, haciendo un esfuerzo para dirigir a todos de nuevo—, tendremos mañana una revisión completa antes de volver. Un descanso para el resto del día, los Santos saben que lo necesitamos después de esto. Y quizá una bebida también.

Todo el mundo lo aceptó, recuperando un poco el ánimo. Se retiraron los últimos parches médicos, y el escuadrón comenzó a desplazarse hacia la entrada. Uret flotó al lado de Tilliana y le dio un leve beso al pasar, ambos riéndose ante los abucheos que recibieron.

Dellian estaba a punto de salir cuando Xante le atrapó por el tobillo.

—No somos un equipo —dijo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Dellian. No estaba en absoluto de humor para esto, tenía planeado pasar un buen rato, que le aliviase la frustración. Y mañana volverían a la estación de órbita alta listos para reventar ese maldito asteroide en la simulación de asalto.

—Ellici y Tilliana son dos tercios de un equipo —dijo Xante.

—Grandes Santos, ¡déjalo ya! Han pasado años.

—Y no va a volver, lo entiendo. Pero necesitamos alguien que la reemplace. Yirella no habría dejado que nos atrapasen de esa manera, con el culo al aire. Putos Santos, ¡pensaba que iba a morir ahí!

—Es una simulación.

—Ya, como si tú hubieses estado tranquilo y relajado. Estábamos hechos trizas, todos nosotros.

Demasiado sumergidos —murmuró Dellian—. Nos lo advirtieron, que las simulaciones eran tan reales que colaboras en la respuesta neuronal, suprimiendo el descrédito.

—Pues mejor que pidas entrenamiento para superarlo, o terapia, o lo que sea —sacudió la cabeza—. Me pone muy nervioso solo de pensar en volver mañana. Es ridículo.

—Lo sé.

*****

Tras una ducha y un cambio de ropa, Dellian cruzó un portal a la

estación Kabronski, que orbitaba a ochenta mil kilómetros sobre Juloss. El corazón de la formación de fortalezas tenía una disposición rectangular de veinte kilómetros de largo, con armamento dispuesto en el lado exterior en ordenadas hileras, todo activo y alerta a la llegada del enemigo. En el centro de la zona que daba a Juloss había un pilón de anclaje gravitational que se extendía cincuenta kilómetros hacia el planeta, manteniendo la estructura alineada. El pilón terminaba en un pequeño asteroide de metal, donde un toroide de dos kilómetros alojaba a la tripulación militar y a los jefes de construcción de las naves de combate, que actualmente estaba en preparación en el clúster de estaciones industriales que flotaba detrás de la estructura. También había otros equipos más especializados residiendo en el toroide.

Yirella le esperaba en la sección jardín, un trozo de trescientos metros del toroide con un techo geodésico de gruesos hexágonos transparentes. La vegetación era tropical, y bastante salvaje tras doscientos años, a pesar de los esfuerzos de poda y atención de los remotos horticultores.

Como siempre, se inclinó y lo recibió con un beso platónico. Y tras la automática bienvenida, se detuvo a estudiarle el rostro.

—¿Qué ha pasado?

—¡Santos! ¿Tan obvio?

Su sonrisa se volvió de mofa.

—Ah, el asteroide con los muros biológicos.

—¿Lo conoces?

—El equipo de simulación lo lleva preparando semanas, se han estado riendo como niños pequeños con chistes de pedos pensando en vuestra reacción.

—No ha sido divertido, Yi.

—Lo sé —le puso una mano en el brazo y caminaron por un sendero—, la contracción me asustó bastante.

—¿Has estado dentro? —le preguntó pasmado. No sabía si estar enfadado o impresionado.

—Sí. Necesitan voluntarios para las pruebas, les di varias sugerencias para mejorar el efecto. La amenaza del fallo de los sellos y ahogarte bajo la presión es cosa mía —parecía hasta orgullosa.

—¿Ayudaste a empeorarlo?

Ahora su sonrisa era malvada.

—Sois mis chicos, os conozco mejor que nadie, el equipo de simulación valora mucho mi aporte.

—¡Puta vida!

—El enemigo no va a ponérnoslo fácil.

—Lo sé, pero… ¡Tú! —Sacudió la cabeza en broma, con falsa incredulidad—, menuda traición.

—Oye —respondió, con una palmada afectuosa.

Eran momentos como ese, la cercanía que tenían, los que le daban esperanza para el futuro. El último año habían recuperado mucho de lo que habían tenido, se veían cuando coincidían en sus descansos, hablaban, veían películas juntos, habían ido a escuchar un concierto varias veces… No era como antes, no habían vuelto a ser amantes. Todavía. Pero su relación, lo que quiera que sea, había sido demasiado para Xante.

—No puedo competir con esto —le dijo a Dellian cuando se mudó de su barracón.

—¿Con qué? —le preguntó un deprimido Dellian.

Xante se encogió de hombros.

—Esperanza. Que volverás con ella. Vosotros dos volando a Santuario tras la batalla final para vivir para siempre felices. Esa mierda. Ya nunca estás aquí.

—¡Lo estoy!

—No, en tu cabeza no. Te pasas todo tu tiempo mental pensando en ella.

—Intenté una descarga eléctrica —le explicaba ahora Dellian a Yirella—, pero entré en pánico y me pasé de potencia, freí toda la tecnología que tenía.

—Bueno, la idea era sólida.

—¿Sí? ¿Entonces…?

—No, no te voy a dar ninguna pista.

Dellian logró una débil sonrisa y la rodeó con el brazo.

—¿Pero es resoluble? ¿Podemos alcanzar la cámara con el bucle de energía negativo?

—Probablemente —se rio.

Deambularon por una de sus arboledas favoritas, donde los troncos de los árboles más ancianos crecían en curvas idénticas siguiendo la gravedad rotacional del toroide, como si se inclinasen ante el mismo viento. Caminar bajo los árboles siempre le parecía bastante desconcertante. Orquídeas y musgo cubrían las ramas, con brillantes pájaros que pasaban pitando entre ellas. En el límite de la arboleda había una pequeña cascada que daba a un estanque, lleno de ancianas carpas negras y doradas. Una mesa de mármol estaba situada a su lado, resguardada con una pérgola recubierta de un dulce jazmín.

En cuanto se sentaron, los remotos les desenvolvieron y sirvieron la comida. Dellian probó el vino y analizó la pequeña sección de estrellas visibles a través de la vegetación. Juloss siempre estaba

visible en el borde de la geodésica, mientras que varias de las estaciones subsidiarias se deslizaban a través de la vista, trazando breves arcos.

—¿Es esa la Morgan? —preguntó, al ver una de las naves en ensamblaje.

Ella apenas alzó la vista del plato de escalopes que el remoto le había dado.

—No, la McAuley. No se puede ver a la Morgan desde aquí.

—Casi está terminada.

—Lo sé.

Terminó de comerse sus propios escalopes, deseando que fuesen más de tres. Habían recibido las asignaciones de naves la semana pasada, y era la Morgan la que llevaría a Dellian y su escuadrón a la galaxia. Estaba desesperado por saber si Yirella vendría con ellos, pero le aterraba preguntar. Si no venía, ese era el final. La dilatación temporal relativista marcaría su partida como determinante. Quizá un día, en algunos miles de años, uno leería sobre el otro en un archivo de historia una vez que la humanidad se hubiese reunido.

Abrió la boca para preguntar, pero se oyó decir:

—¿Qué tal el cebo?

La sonrisa de Yirella era deslumbrante y genuina.

—Muy bien. El enemigo no va a poder resistirse a investigar esta civilización en cuanto comience a emitir señales de radio. Les hemos llamado los Vayan. Serán cuadrúpedos, con un cuerpo de dos secciones, como dos donuts, uno en lo alto del otro, con piernas en la inferior, y brazos y bocas en la superior, y en lo alto, un cuello sensor prensil. Se podrán mover en cualquier dirección sin girarse.

Dellian frunció el ceño ante la imagen.

—¿En serio? Pensaba que los animales evolucionan para ir en una dirección, siempre con un frente y una espalda.

—No —le dijo—, no es un absoluto. Wilant tenía un genoma animal que poseía direccionalidad quíntuple.

—¿Dónde está Wilant?

—Es un crioplaneta a siete mil años luz. Una nave generacional lo encontró hace mucho tiempo. Se detuvieron cincuenta años para estudiar las especies indígenas. Había mucha bioquímica interesante.

—¿Un crioplaneta?

—Sí.

—Me imaginaba que todo se movía despacio en un crioplaneta.

Su nivel metabólico es inferior, así que, en general, la vida móvil no es tan rápida como en un mundo normal, pero las especies de Wilant tenían reservas químicas, así que podían moverse más rápido

bajo amenaza. Algo así como un chute de adrenalina.

—Vale, y tenían… ¿qué?, ¿cinco cabezas?

—No, usaban sonido para analizar el entorno, podían procesar el eco de todas las direcciones a la vez, tenían una neurología única que les otorgaba esa habilidad.

—¿Entonces esas cosas eran depredadores como los moroxes?

Sacudió la cabeza con diversión, y le dio un trago al vino.

—Para nada, más bien como estrellas marinas. Se movían en un mar de metano, repleto de neblina de hidrocarburos, por eso el sonar.

—¿Estás de broma? ¿Habéis soñado una especie sentiente basada en una estrella marina ciega?

—Es un ejercicio de extrapolación, la neurología Wilant nos facilita una progresión lógica para que los Vayan parezcan realistas. Ya estamos criando Vayan biológicos a escala completa en iniciadores moleculares. Necesitan refinamiento, pero son válidos. Es un trabajo realmente interesante Dellian, muy desafiante. Me encanta.

Se detuvo, mientras los remotos recogían los platos.

—¿Y es eso a lo que te dedicas? ¿Hacer alienígenas de verdad?

—Su bioquímica es fascinante, pero no. Estoy en el equipo de construcción de mundos. Estamos creando su cultura completa, basándonos en la psicología que hemos creado, junto a su historia, lenguaje y arte. Decidimos cómo de territoriales y agresivos son, y por qué.

—¿Y lo son? ¿Agresivos?

—Oh, si, no tanto como nosotros antes del vuelo espacial, pero lo bastante como para darles un desarrollo tecnológico rápido que sea creíble. Así nos podremos poner con las emisiones de radio tan pronto como encontremos un planeta.

—La historia de toda una especie —se acarició los labios—. Estoy impresionado.

—No lo estés, bueno, mejor sí. Pero nuestro trabajo es diseñar los parámetros y la cronología general, a los gentens les falta la imaginación incluso a ese nivel, así que aún hay que depender de la clásica capacidad inventiva humana. En cuanto tengamos esa estructura definida, los genten desarrollarán los detalles, como nombres, lugares y micropolíticas, escándalos y rumores y celebridades. Chorradas.

Dellian alzó su copa hacia ella.

—Así que, básicamente, te has convertido en una diosa, creando un mundo entero.

Ella alzó su propia copa y brindó.

—Sí, así que compórtate, o te reduciré a cenizas con mis

relámpagos.

—Te creo —sin pensarlo, se inclinó sobre la mesa y la besó—, ven con nosotros en la Morgan. Por favor, Yirella, no puedo soportar la idea de hacer esto sin ti. No, olvida *hacer esto*. No quiero estar sin ti.

Su expresión lo asustó. La había visto una vez, esa desesperación y soledad, la noche antes de los pobres Uma y Doony.

Extendió el brazo hacia él en la mesa, vio como le temblaban los dedos y la aferró instintivamente.

—¿Lo dices en serio? —preguntó—, ¿de verdad? ¿Tras todo lo que ha pasado?

—Lo digo en serio —insistió—, nunca he estado más convencido de nada en mi vida.

—No estoy segura de merecerte.

—Es al revés.

—Voy contigo, en la Morgan. Hice que me asignasen hace un mes.

Dellian no lo pudo evitar, se echó a reír.

—Eres mucho más lista que yo, ¿verdad?

—No, solo pienso más rápido, eso es todo.

—Si esa no es la definición de lista, no sé cuál es.

Yirella rodeó la mesa y se sentó en su regazo, sonriendo mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

—Quiero ser honesta contigo.

—Yo también.

—Dellian, hablo en serio. No tenemos garantizado un futuro, y es un error intentar actuar como si pudiera existir. Tú y yo no formamos parte de los viajeros generacionales. Existimos para luchar una guerra, un hecho que aún me atosiga, y probablemente siempre lo haga. Quizá ganemos, quizá no, o quizá muramos en la victoria. Lo único inevitable es que la Morgan luchará, y las opciones no son buenas.

—Lo sé, pero el tiempo que tengamos, lo pasaremos juntos. Eso es todo lo que necesito.

Ella le frotó la nariz con la suya.

—Mi Dellian, tan noble.

Dellian se acercó y la besó. Y era tan magnífico como recordaba.

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Feriton Kayne, Nkya, 25 de junio del 2204

No sabía que Jessika era parte del equipo que Utopía había reunido para lidiar con Cáncer. Estaba sentada al otro extremo de la cabina al lado de Loi. Ese par había pasado bastante tiempo juntos desde que partimos del campamento base de Nkya. Y ambos tenían pasados que desconocía. Nada encubierto, pero habría tenido que investigar bastante para obtener una línea completa de su actividad.

Aunque claro, lo mismo podía decirse de Yuri, Callum y Alik. E incluso más, dadas las capas de seguridad que cubrían sus expedientes. Pero eran mi ruta directa a los legisladores, los que importaban de verdad. Los que podían ser la fuente de la paranoia humana frente a los Olyix, y de los fenomenales recursos que se habían malgastado en espiarlos. Estaba convencido de que uno de ellos trabajaba para un enemigo malicioso y desconocido que se oponía a todos los beneficios que habían proporcionado los Olyix a Sol.

Kandara también había sido una opción externa, había sido una extraña decisión por parte del Consejo de Ancianos de Utopía el contratarla para enfrentarse al sabotaje. Imaginaba que podría haber sido Callum, pero ahora no parecía que la tuviese en mucha estima. Aun así, tanta coincidencia es inusual, quizá Dios estaba intentando decirme algo…

Alik asintió al final de la historia de Kandara.

—Así que eso es lo que ocurrió con Cáncer. Era una pregunta sin respuesta.

—A ver si lo adivino —dijo Yuri—, tu magnífica Agencia nunca averiguó quién había contratado a Cáncer para el sabotaje de las estaciones industriales de Bremble y el equipo de investigación de Onysko.

—Lo investigamos —dijo Callum—, durante años. Pero siendo la hija de puta que era, hay que reconocer que era muy buena. Apenas dejaba rastro, digital o físico.

—Muchos ocuparon su lugar —gruñó Alik—. Aún hay muchos equipos de operaciones en el mercado negro metiéndose con las agencias nacionales y la seguridad corporativa. Su muerte no cambió nada.

—Ningún cambio inmediato —dije—, pero ahora nadie podría acceder a los archivos del escudo de Nueva York. ¿Y qué ha sido de Bremble y Onysko?

—Seguros —confirmó Callum—. El incidente de Cáncer nos hizo ver lo expuestos que estábamos. El Consejo de Ancianos hizo que la Agencia se tragase su orgullo, y desarrollamos nuestras propias rutinas de seguridad.

—Así que todos ganamos —gruñó Alik—, excepto las vidas que arruinó antes de que la atrapases.

—No arruinará más vidas —dijo Kandara—. Ese es un buen resultado para mí.

—Los que la han contratado continúan con sus planes —dijo Alik —. Matarla solo ha sido un fallo en su progreso, no ha solucionado nada.

Kandara le lanzó una mirada helada.

—No la maté, ella se suicidó.

—Deberías haber llegado a un acuerdo con ella.

—Se lo ofrecí.

—Salta a la vista que nada bien. Las genuinas fuerzas de la ley buscan el equilibrio. A pesar de su reputación, Cáncer era una don nadie. Tu reflejo básicamente.

—¡Vete a la mierda!

Todo el mundo se detuvo expectante en un momento que se extendía…

—Casi hemos llegado —dije, al ver las imágenes frontales del Ranger en mis lentillas. Lo último que quería era una pelea, habría agriado el ambiente más allá de lo reparable. Mis sospechosos aún estaban abiertos a hablar entre ellos y necesitaba que siguiesen haciéndolo. En algún lugar de esa paranoia que dominaba tanto la cultura universal como la utópica tenía que haber una pista. Seguían siendo mi mayor esperanza de encontrar la fuente, el alienígena.

Todos se animaron al oír que el viaje llegaba a su final, y accedieron a los sensores del Ranger.

El accidente acababa de aparecer en el horizonte, un grupo de seis geodésicas plateadas interconectadas con sus tubos presurizados. A pesar de su tamaño, quedaban ridiculizadas ante el hangar inflable que habían desplegado sobre la nave alienígena, un rectángulo verde y rojo de tejido sintético capaz de contener un estadio de fútbol. Y

estaba tan en tensión sobre la estructura interna que parecía que fuese a estallar en cualquier momento.

Ninguna de las cúpulas tenía garaje, habría sido un desperdicio de espacio. Sutton Castro y Bee Jain maniobraron cuidadosamente hacia un tubo que se extendía desde una de ellas.

Todos esperábamos mientras oíamos al tubo encajarse y silbar. Y entonces el icono de presión nominal se iluminó.

*****

Lankin Wharrier, el comandante de la base, nos estaba esperando al otro lado. Era uno de los mejores oficiales de Conexión, y tenía una sonrisa animada que encajaba con su dinamismo. Hablaba con una suave autoridad, para que nadie dudase que él estaba al mando, sin importar el título que tuviese en su escritorio.

—¿Supongo que querréis ir directamente a ver la nave? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Yuri.

Lankin les indicó que le siguiesen por el tubo. Como la otra base, esta también daba la impresión de ser tanto un incómodo puesto de avanzada como increíblemente cara. En los breves vistazos que tuvimos de los laboratorios y dormitorios, vimos que tenían el mejor equipo que se pudiese comprar en el entorno más desnudo existente. Me resultaba tranquilizador, en cierto modo.

La sala blanca estaba dividida en tres secciones bautizadas con tecnojerga corporativa. Teníamos la salida del Traje de Entorno Alienígena (TEA) (el vestuario), seguida de la sección de esterilización bioterrestre (que erradicaba los microbios terrestres de la superficie del TEA antes de que accediésemos a la nave), y finalmente la sala de descontaminación bioalienígena, que parecía un puñado de cubículos en un vestuario de club de campo. Te duchaban e irradiaban al salir de la nave, para asegurarse de que ningún patógeno alienígena quedaba libre en la base.

Mi TEA no era tan incómodo como algunos de los trajes espaciales que he usado. Para empezar, no tenía protección antirradiación, ni armadura de impacto de partículas. La capa de regulación térmica era bastante fina también, básicamente era como ponerse un sobretodo con un casco integrado. Al deslizarme dentro de mi traje por la apertura en la espalda, Sandjay se conectó a su interfaz y selló la apertura, y la base del casco se apretó para hacer un sello con mi cuello. El tejido azul tardó un minuto en contraerse contra mi piel, tras haber expulsado el exceso de aire. Con el traje como segunda piel, mi libertad de movimiento era bastante amplia. Los datos de

telemetría me indicaban que todo era estable. Si lo estaba interpretando bien, la energía de las baterías cuánticas era suficiente para que el módulo de reciclaje de aire funcionase durante un mes entero.

Los cascos interrumpieron la charla, y la capa antirreflectora escondía sus rostros, pero podía adivinar por la postura corporal que todos estaban ansiosos por entrar. Y deberían poder leer la misma emoción en la mía.

Avanzamos a la sección de esterilización, dejando atrás tres compuertas de presión. Varios chorros de gas gris azulado brotaron del techo, siendo aspirados por las rejillas del suelo. El proceso duró cinco minutos, tras los cuales Lankin nos llevó a la última escotilla.

El equipo de ingeniería y sus remotos había retirado el regolito alrededor de la nave en cuanto llegó a la zona revelando roca sólida, luego habían fundido el borde del hangar directamente contra el suelo antes de inflar el tejido. También habían bombeado una atmósfera de nitrógeno puro, que había sido calentada a unos diez grados, para facilitar el trabajo de los equipos científicos.

Marchamos por la rampa hacia un brillante entorno provocado por las luces establecidas por todo el hangar. La nave que iluminaban era de un rojo botánico, como una vibrante flor que hubiese perdido su lustro. Tenía sesenta metros de largo, treinta de ancho y quizá veinticinco de altura en su punto más elevado. Pero esas eran solo las medidas externas, el fuselaje era probablemente un quince por ciento menos, era un cono simple con la punta truncada y una barriga plana. Las dimensiones adicionales se debían a las protrusiones, sean alas o aletas, casi trescientas de ellas asomaban de todas las partes de la nave. Unas cuantas se habían roto en el duro aterrizaje y, por lo que podía ver, había impactado con el lado de babor antes de caer más o menos recta sobre su vientre.

Una trampilla estaba abierta cerca del extremo frontal, tenía tres aletas giradas para permitir el paso. La trampilla utilizaba actuadores electromecánicos similares a la tecnología humana.

—La nave había perdido su atmósfera —dijo Lankin—, así que los técnicos la han llenado de nitrógeno. Es un buen neutro, no reactivo. Hasta ahora no hemos detectado ninguna reacción adversa en la estructura.

—¿Sabéis cuál era la atmósfera original? —preguntó Loi.

—El examen preliminar del soporte vital indicaba una mezcla de oxígeno y nitrógeno. Los porcentajes parecían diferentes del terrestre pero no por mucho, un poco superior en oxígeno.

—¿Qué son estas alas? —preguntó Callum—. ¿Son funcionales?

—El núcleo es de un material similar a nuestra tecnología de moléculas activas. Hasta donde el equipo físico ha podido entender, son conductores de energía negativa.

—¿Energía negativa? ¿Quieres decir materia exótica? ¿Agujeros de gusano?

—Sí.

—¿Es entonces un propulsor supralumínico? —dijo Eldlund excitado.

—Posiblemente.

—¿Posiblemente?

—Las aletas son solo conductores —dijo Lankin—. Creemos que sirven para canalizar un flujo de energía negativa, pero hasta ahora no hemos encontrado nada a bordo que pueda crear energía negativa.

—¿Y cómo volaba?

—Nuestra mejor suposición es que seguía el agujero de gusano como un tren sigue a las vías.

—Pero algo salió mal —dijo Yuri—. Y descarriló.

—Probablemente. Si cayó del agujero de gusano y emergió en el espacio-tiempo, podría no ser capaz de volver. Hay cámaras de fusión en popa que podrían servir tanto de cohete como de generadores.

—Así que…, ¿se cayó de un agujero de gusano al espacio interestelar y voló hasta aquí con un motor de fusión?

—Ese es más o menos nuestro consenso, sí.

—¡Hostia puta!

—Habías dicho que hay humanos a bordo —dijo Loi—, lo que significa que hay un extremo de un agujero de gusano en algún sistema estelar humano.

—Sí —dijo Lankin—, también lo sospechamos.

—La cantidad de energía requerida para crear un agujero de gusano es fenomenal —continuó Loi como si estuviese dando voz a sus pensamientos—, incluso la potencia combinada de los pozos solares de Sol no sería suficiente. Se necesita la energía de una civilización de tipo dos en la escala Kardashov.

—De nuevo, sí.

—Oh, Jesús bendito —siseó Alik—. ¿Me estás diciendo que los chalados conspiracionistas tenían razón? ¿Qué nos han estado espiando los putos hombrecitos verdes? ¿Qué hemos sido observados desde mil novecientos cincuenta? ¿Y que nos metían cosas por el culo cuando nos abducían?

—Oh, no —dijo Lankin con mórbida diversión—. Lo que hacen es mucho peor.

—¿A qué coño te refieres?

—Entremos, ¿os parece?

Le seguimos al interior. La trampilla daba paso a una simple cámara de presión, los ingenieros habían retirado la puerta interior, para dar paso a una docena de cables de energía y datos que penetraban al interior, y que se dividían en cada intersección.

Sandjay le mostró un plano de la nave, cerca del noventa por ciento había sido escaneado. Las secciones faltantes eran principalmente de maquinaria, como los conductos de fusión y varios tanques. Los corredores eran amplios tubos, iluminados con tiras de luces pegadas con bolitas de adhesivo. Una nave humana habría tenido pasillos que recorriesen la extensión del fuselaje con ángulos rectos en los cruces. Esta nave tenía circunferencias superpuestas, algunas con inclinaciones serias y con cámaras cilíndricas organizadas en racimos.

Lankin nos llevó por el compartimento central que se extendía por toda la altura de la nave. Estaba dividido en tres niveles por pasarelas sin baranda. Las mamparas exteriores eran de un apagado metal liso que parecían haber sido extruidas como una sola pieza, sin pantallas ni paneles de control. Las únicas roturas en su superficie eran pequeñas rejillas de soporte vital.

Varios científicos estaban trabajando allí, con los instrumentos sujetos a las paredes. Las fibras ópticas formaban una densa tela de araña tendida entre ellos y tres TuringsG8, encapsuladas en sus protectoras jaulas de metal y decoradas con aletas de refrigeración.

Lankin ascendió por una escalera de cuerda a la pasarela intermedia.

—Llamamos a esta sección «puente» —dijo—, porque parece que esto es lo que está a cargo.

Había una esfera de dos metros de diámetro en el centro de la cámara suspendida por diez varas tan gruesas como mi puño. Nos situamos a su alrededor cerca del borde de la pasarela. Era tan carente de detalles como el resto de la estructura, ocultando sus funciones. Excepto que ahora tenía unos veinte sensores pegados y algunas pantallas 3D sujetas precariamente a las varas. Las imágenes parecían las del escaneo profundo de un gran huevo.

—De acuerdo —dijo Yuri, cansado—, ¿qué es?

—Un procesador neuronal orgánico —dijo Lankin—, o por decirlo sin tapujos, el cerebro de la nave. La red de a bordo no es óptica, ni siquiera digital. Es neurológica. —Palmeó una vara—. Son una combinación de conductos nerviosos y tubos de nutrientes, visualízalos como la médula espinal. Las fibras nerviosas alcanzan cada pieza de maquinaria, y la mayoría es biomecánica.

—¿Está vivo todavía? —preguntó asustada Kandara.

—No. Sin embargo, dos de los tubos de fusión aún funcionan, así que tiene energía. Y hasta donde sabemos, el sistema de nutrientes que alimenta el cerebro no tenía daños antes de detenerse. Suponemos que el cerebro debía de estar vivo cuando salió del agujero de gusano a Nkya, y que murió poco después del aterrizaje. La causa de la muerte es desconocida, pero creemos que uno de los primeros sistemas que fallaron fue el de calefacción.

—¿Un cerebro de este tamaño no pudo averiguar cómo reparar un circuito de calefacción? —dijo Callum escéptico—, chorradas.

—Depende de qué otras cosas se hubiesen dañado en el aterrizaje, y aquí es cuando la biología de nuestro alienígena se pone interesante. Hemos tomado muestras de las células cerebrales. La genética molecular tiene una funcionalidad similar a las células K.

—Mierda, ¿esta es una nave Olyix?

—He dicho similar. Mi equipo dice que son mucho más sofisticadas que la biogenética Olyix. Aunque todas sus características moleculares parecen ser igualmente compatibles. No tienen equivalente a la heterocromatina del ADN humano, así que todas las células tienen la capacidad de convertirse en lo que sea que el diseñador requiera. Son como supercélulas madre, cualquier función puede ser activada mediante el código de activación químico adecuado. Mientras sea un patrón válido, puedes elaborar lo que sea. Y en este caso elaboraron un cerebro.

—¡Cristo todopoderoso!

—Va a mejor. Algunos de los tanques a bordo están llenos de estas células en modo neutral. Todas muertas, por supuesto.

—Suficiente —interrumpió Alik—. ¿Y la maldita tripulación? ¿Dónde están sus cadáveres?

—No hay tripulación —dijo Lankin—, ninguna que hayamos encontrado.

—Joder, macho, no tiene sentido —dijo Callum—. Vale. Entiendo que no es como nosotros diseñaríamos una nave espacial, y tengo serios problemas con la falta de redundancia pero, si el cerebro no necesita tripulación, ¿para qué todos estos compartimentos?

—Nuestra teoría actual es que el cerebro se construye la tripulación que necesite con las células de los tanques, como remotos Turing biológicos. Nuestra mayor investigación actual está centrada en el equipo al que alimentan los tanques, que suponemos, es algún tipo de útero biomecánico. Pero al estrellarse, algo del sistema se rompió, y el cerebro no podía hacer nada por sí mismo para reparar otros sistemas.

—No —dijo Alik secamente—, estás equivocado. Has dicho que la trampilla estaba abierta cuando llegasteis, ¿no?

—Sí.

—Eso implica que algo salió de la nave tras aterrizar, el cerebro no tenía razón para abrirla. Algún tipo de alienígena móvil y pensante estaba a bordo. ¿Habéis peinado el área?

—Ahora mismo hay más de quince drones fuera buscando cualquier rastro de actividad en la superficie. De momento han cubierto algo más de mil kilómetros cuadrados. Y no hay nada, ni una muesca que parezca una huella, de pie, o pezuña, garra o surco tentacular, ni cráter de escape de cohete. ¡Nada! Si un alienígena ha salido de la nave, voló directamente al cielo sin tocar el suelo.

—Si hubiese sido rescatado no habrían dejado el faro de auxilio encendido —dijo Callum.

—Estamos hablando de psicología alienígena —dijo Eldlund—, no se puede asumir nada.

—Si fueron rescatados, ¿por qué se dejarían la carga? —contraatacó Lankin.

—Ahora que lo mencionas —dijo Yuri—. Los quiero ver.

—Por supuesto.

La sección de carga era el compartimento más grande de popa, era otro cilindro. Este estaba dividido en cuatro niveles, las pasarelas eran mucho más estrechas para dejar espacio a las cápsulas de hibernación. Varios técnicos médicos estaban examinando los aparatos alienígenas y los sensores que sondeaban sus secretos.

—Sin atmósfera —dijo Lankin—, pero la energía se ha mantenido para los sistemas de hibernación.

—Afortunadamente para ellos —dijo Kandara.

—Depende de tu punto de vista —murmuró Lankin.

El pasillo los había llevado al segundo nivel. Miré las cápsulas, parecían aparatosos sarcófagos con un frontal transparente y curvado. Estaban oscuros y fríos, desocupados.

—Parecen algo diseñado por un humano —dijo Loi.

—Están diseñados para acomodar humanos —dijo Lankin—, es lo que te provoca ese sesgo visual. Pero te puedo asegurar que los componentes son de producción alienígena. Quien quiera que haya hecho la nave, también las ha fabricado. Verás el por qué en el siguiente nivel.

Le seguimos uno a uno por la escalera de cuerda que conectaba las pasarelas.

—¿Cómo se desplazaba la hipotética tripulación? —murmuró Eldlund, columpiándose contra su voluntad.

—Los compartimentos están todos posicionados con ángulos rectos a la asumida dirección de vuelo —dijo Lankin—, nuestra conclusión es que no hay fuerza de aceleración en el interior del agujero de gusano, y que los muelles a ambos extremos están en caída libre.

Era el último en ascender por la escalera de cuerda. Llevaba la mitad cuando percibí que todos estaban en silencio. Al alcanzar la pasarela, vi al equipo de evaluación bañado con la pálida luz azul que emitía una de las unidades. Todos miraban su interior, y pude oír los incómodos sonidos de alguien aguantándose las arcadas.

Las unidades de hibernación contenían humanos, pero no completos. Les habían quitado las extremidades, dejando la cabeza y el torso casi intacto. Estaban sujetos con una membrana azulada que parecía haber sido ajustada al vacío. Era traslúcida, revelando que la piel original también había sido retirada. Sus cuerpos tetrapléjicos eran como modelos anatómicos médicos, que mostraban tendones, huesos, vasos sanguíneos y órganos. Las cuencas oculares estaban vacías, y las orejas habían sido retiradas, junto a los genitales. Cuatro estructuras orgánicas estaban conectadas a los huecos de las caderas y los hombros, como cordones umbilicales. Las venas y arterias pulsaban lentamente conforme circulaban sangre. Estaban conectados a órganos externos que descansaban como flácidos cojines de carne al lado de cada cámara de hibernación.

—No puedo creer lo que estoy viendo —dijo Alik.

Miré fascinado a los med remotos que habían invadido el sarcófago a través de minúsculas exclusas estériles que habían taladrado en la cubierta de cristal. Las insectoides máquinas se desplazaban sobre la tensa membrana sondeando con sus pelos sensores la estructura hasta el nivel celular. Grandes grupos investigaban las uniones entre los cordones y el cuerpo explorando la fusión.

Los signos vitales se mostraban en unos monitores desplegados en una estructura temporal de carbono, un género de simbología que escapaba a mi comprensión.

—¿Son humanos reales, o es esto algún tipo de réplica que el cerebro humano estaba construyendo con células alienígenas? —preguntó Yuri.

—Son humanos —dijo Lankin—, o al menos lo eran. El equipo médico ha tomado muestras extensivas. Sus cerebros están completamente intactos, junto a algunos órganos originales. Sin embargo, el resto de sus cuerpos han sido reemplazados con células K. Básicamente los órganos del torso han sido limitados al soporte vital del cerebro, que por su parte se nutre por los órganos artificiales de la cámara de hibernación. Funcionan con electricidad, así que, mientras

los generadores de fusión funcionen, esta gente seguirá viva.

—¿Están conscientes? —preguntó Loi horrorizado.

—No, la actividad neuronal es consistente con la de un coma, para todos. El análisis químico de la sangre muestra la presencia de algún barbitúrico sofisticado que asumimos que es lo que sostiene el estado de coma.

Yuri estaba tan inclinado que su casco prácticamente tocaba la cápsula.

—¿Por qué les quitaron los miembros?

—Solo podemos asumir que no eran necesarios. Ciertamente, mantener el músculo y hueso supone una carga en los órganos de soporte de la cápsula de hibernación. A propósito, esos órganos exteriores están hechos completamente de células K.

—¿Es esta una nave Olyix, entonces?

—Es el único indicio que tenemos de su relación. No entendemos por qué no usaron las células de los tanques de la nave para fabricar los órganos de soporte de las cámaras de hibernación, ya que son considerablemente más sofisticadas. Suponemos que es porque las células K tienen una compatibilidad demostrada con la bioquímica humana. Y sería una explicación válida, dado que esta instalación los ha mantenido vivos los treinta años que han pasado desde que se estrelló.

—Secuestraron a diecisiete humanos —dijo Callum—, y les hicieron esto para mantenerlos con vida. ¿Por qué? Quiero decir, ¿cuál es el puñetero motivo?

—¿Es reversible? —preguntó Eldlund—. ¿Se les podrá devolver su cuerpo?

—Podemos clonar cada parte de un cuerpo humano, o imprimirlo con células madre, o replicarlo con células K —dijo Jessika—, la tecnología está establecida. Pero hacer un Frankenstein y coser todas las piezas es poco menos que imposible. Diría que la única manera de hacerlo sería clonar el cuerpo original, evitando que el cerebro se desarrollase, lo que —suspiró—, requeriría mucha investigación. E incluso teniendo éxito, aún falta el trasplante del viejo cerebro al nuevo cuerpo.

—¡Ja! —gruñó Yuri—. Otra vez con eso.

—Pensaba que Hai-3 te dijo que era teóricamente posible —le desafió Eldlund.

—Teóricamente, sí. Pero sería otro monstruoso proyecto de investigación. Incluso si lo aprobase Defensa Alfa, serían décadas y miles de millones de vatiodólares para que volviesen a andar en un cuerpo decente.

—Pero el riesgo… —dijo Callum.

—¿Quieres saber si es aceptable? Pregúntale a uno —dijo Kandara—. Pongamos a uno de estos pobres bastardos en un sistema de soporte vital decente y humano, retiremos la cosa barbitúrica del cerebro y quizá se despierten.

—O quizá no —respondió un espantado Eldlund.

—Entonces al menos aprenderíamos lo suficiente para mejorar la técnica con el siguiente —dijo—. Y lo sigues intentando hasta que está perfeccionado. Porque todos sabemos que habrá que intentarlo en algún momento. No los vamos a dejar como están.

—Solo el trauma psicológico será masivo —dijo Loi, afectado.

—Arduo. Para que conste, si alguna vez me encontráis así, despertadme o matadme, no me dejéis así.

—No decía…

—Quizá haya otra manera —interrumpió Lankin—. Los doctores creen que podrán recuperar al Raro.

—¿El Raro? —preguntó Kandara—. ¿Qué demonios quieres decir?

—Sí, disculpad. Mi equipo no posee excesiva imaginación. Lo han llamado el Raro porque es diferente al resto.

—Diferente, ¿cómo? —pregunté seriamente.

—Júzgalo tú mismo, en el siguiente nivel.

Ascendí la escalera detrás de Alik. Tres de las cámaras de hibernación contenían el mismo torso envuelto que habíamos visto. El cuarto… estaba intacto. No había membrana restrictiva. Un único cordón umbilical estaba fusionado a su ombligo, conectado a un trío de órganos externos más grandes que los de las otras cámaras. El *shock* me dejó helado en el sitio.

—No es posible —dijo Yuri, también en *shock*.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Callum.

—No puede estar aquí, ¡no él!

—¡Espera! ¿Lo *conoces*?

—Sí. Es Lucius Socko. Se desvaneció cuando rescatamos a Horatio Seymore en Althaea.

*****

Llegaron a una decisión después de la cena. Habían ocupado el salón de la base para discutirlo, aunque tampoco es que fuese una democracia. Callum tenía claramente sus reservas pero al final concedió que intentar revivir a Socko era necesario.

Yo no di una opinión, habría estado fuera de lugar para el humilde administrador de la misión. Jessika sí que lo aprobó como suponía, Kandara no dijo mucho, ya había dejado clara su postura en la nave.

Loi y Eldlund eran mucho más cautelosos, debíamos investigar más, traer más equipamiento y especialistas, y evaluar el riesgo más detalladamente. Típicos críos de oficina, desconocían el concepto de asumir la responsabilidad porque conlleva consecuencias, y el departamento legal odia las consecuencias. Aunque su punto de vista no le importaba a nadie al final, todo se remitía a Yuri, Callum y Alik. Y su opinión era unánime.

Lankin se sentó con nosotros, escuchando la conversación, pero no pronunció palabra. Cuando se le comunicó el veredicto respondió con un ronco «muy bien», y salió a organizar la operación. No tardó mucho, su tripulación había estado rompiéndose los cuernos, preparándose para esto desde que vieron al Raro.

Les llevó seis horas, varios remotos despegaron la cámara de Socko del compartimento de carga de la nave, y la desplazaron lentamente por los pasillos circulares hasta la base de investigación. El laboratorio de entorno alienígena ya había sido convertido en una suite de cuidados intensivos.

Una pequeña sala de observación estaba en paralelo, con una amplia ventana que daba al interior. Nos reunimos a su alrededor para ver llegar la cámara de hibernación. El carguez que lo traía era apenas visible, la maldita cosa estaba rodeada de demasiados técnicos y médicos, todos en equipos de protección azul.

—¿Cuál es la atmósfera de esa cosa? —preguntó Yuri.

—La mezcla habitual de la Tierra —dijo Lankin—, todas las cámaras de hibernación son iguales. Y sin patógenos alienígenas que hayamos detectado al menos. —Tamborileó con los nudillos en la ventana—. Pero no nos vamos a arriesgar a nada, este laboratorio tiene un muro cuádruple, con cavidades de presión positiva en los circuitos individuales de soporte vital. Ningún bicho va a colarse en mi base.

El equipo de reanimación recortó lentamente la cúpula de la cámara de hibernación, y dejaron que la retiraran los brazos remotos. Por el rabillo del ojo vi a Eldlund abrazarse, pero Socko se mantuvo inerte.

Los médicos se acercaron, le pusieron parches de monitorización en la piel, adquiriendo así una visión más detallada de sus constantes. Le pusieron bolsas biofusibles sobre las arterias femorales y carótidas, listas para suministrar sangre artificial, o drogas si fuese necesario. No respiraba, la sangre que generaban los órganos externos de células K y que le entraba por el cordón umbilical estaba ya oxigenada. Así que le aplicaron saliva artificial, y le intubaron. Con los preparativos resueltos, le sacaron de la cámara a una cama.

Un equipo de choque se acercó, esperando a que el equipo de extracción pinzase el cordón umbilical, y lo cortó.

No saltó ninguna alarma, su corazón continuó latiendo sin interrupción. La actividad cerebral seguía plana.

La boquilla de intubación lentamente comenzó a conducir aire rico en oxígeno en sus pulmones.

Vi como su pecho se inflaba, se hundía, se alzaba de nuevo. Socko tuvo una leve sacudida, y otra, y un escalofrío más poderoso dominó su cuerpo. El equipo médico se tensó, con las herramientas de reanimación de choque preparadas. Las sacudidas de Socko continuaron un rato, antes de quedar quiescente de nuevo.

—¿Y ahora? —dijo Yuri.

—Esperamos —dijo Lankin—. Nos aseguraremos de que se mantiene estable. Le damos a su cuerpo una oportunidad para filtrar los barbitúricos y, si no se despierta de manera natural, probaremos con los estimulantes.

*****

Retrocedimos todos al salón, con sus cómodas sillas esperándonos en el triste suelo de paneles de resina. Loi y Eldlund se acercaron a los congeladores en busca de paquetes de comida para desayunar. Alik se sirvió un chocolate caliente belga del dispensador y volvió a su silla.

—No puede ser así de fácil —dijo Kandara al sentarse a mi lado—. ¿Y la atrofia muscular? Lleva ahí tumbado treinta y dos años, por el amor de Dios.

—Algo lo ha mantenido sano —dijo Loi, mientras entraba con un plato de huevos, salchichas y patatas, directo del microondas—. Algo en su sangre que aún no han encontrado. Toda proviene de los órganos de células K, recuerda. Aún no sabemos todo de lo que son capaces.

—Parece que hables de una poción mágica —dijo Callum, desdeñando su opinión—, no de bioquímica real. Ningún tratamiento químico preservaría un cuerpo inactivo en una forma física así de saludable durante treinta años.

—¿Y entonces qué?

Eldlund se sentó, soplando para enfriar su bol de gachas.

—¿Quizá Socko ha sido el éxito? ¿Quizá el resto esté siendo reconstruido con las células alienígenas, pero él salió mejor?

—No —dijo Yuri—, los órganos de células K en su cámara de hibernación eran diferentes. Le suministraban sangre rica en oxígeno y nutrientes. Una hibernación real, comparado con lo que le ha pasado al resto.

Me mantuve atento a los rostros de mi alrededor, antes de decir:

—Puede que no haya estado dormido todo este tiempo.

Yuri me dedicó una mirada que me invitó a continuar. Era mi jefe, y respetaba mi opinión, no había cambiado nada. Callum estaba expectante, deseaba oír nuevas opiniones en una evidente búsqueda de respuestas. Alik seguía sentado con la taza de chocolate en la mano, esperando, como todo buen interrogador a que el sospechoso hablase demasiado. Esos cadavéricos músculos faciales estaban tan inmóviles como una represa.

—Ejercicio —dijo Kandara animada. Y lo acompañó con una sonrisa—, ¿te refieres a eso verdad?

—La solución más simple es siempre válida, y la única manera de mantener el tono muscular es con ejercicio —dije, aceptando su propuesta con un gesto.

—Así que Socko se despierta una vez a la semana —continuó—, o al mes, lo que sea. Y se pasa unos días haciendo algunos ejercicios de calistenia. Y vuelve a hibernación. Tiene que tener un despertador.

—Ni en broma —dijo Loi.

Kandara le miró desafiante.

—¿Por qué?

—¿Y dónde hace su calistenia? La nave ha estado expuesta al vacío más de treinta años y no hay trajes espaciales. Ni puede haber salido de la cámara de hibernación.

—¿Y cómo se ha mantenido en tan buena forma?

—¿Modificaciones genéticas? —sugirió Loi, incierto.

—El equipo médico ha secuenciado el ADN de todos —dijo Lankin—. Socko no tiene ninguna modificación, ni siquiera hemos detectado vectores de tratamiento de telómeros.

—Lo averiguaremos pronto si se despierta —dijo Alik—. Le preguntaremos. Mientras tanto, vamos a centrarnos en lo que sabemos. Hemos venido a evaluar si esta nave supone una amenaza clara y presente.

—Lo es —dijo Yuri—. Alienígenas, con una tecnología significantemente más avanzada, han establecido una base secreta en Sol, o en otro de nuestros sistemas colonizados. Secuestran humanos con motivos desconocidos, pero jodidamente nefastos.

—No es necesariamente una amenaza —dijo Callum.

—Tienes que estar de puta coña.

—Joder, tío, acéptalo. Damos miedo. Podemos cruzar el espacio interestelar, aún somos agresivos, irracionales, con malos modales, y tenemos continentes repletos de armas. Demonios, si yo nos encontrase querría mantenerme a la espera un tiempo.

Alik alzó la mano, señalando a su alrededor.

—¿Pero has visto lo que les han hecho a esos pobres bastardos? ¡Les han *disuelto*! ¡Han tirado a esos humanos a algún tipo de ácido alienígena, y les han disuelto! Lo que queda de ellos estaba de camino a ser sometido a tortura o experimentación. Es una *puta* amenaza, ¡hippy cabezahueca! Tienes hijos, ¿no? Supón que te hubieses encontrado a uno a bordo, sin brazos, sin piernas, con sus malditos ojos arrancados. Y ese es solo el comienzo, Dios sabe qué más les habría ocurrido si no se hubiesen caído del agujero de gusano. ¡Esos podríais ser tú y tu familia, gilipollas!

Por fin se flexionaban los músculos del cuello y rostro de Alik, Loi y Eldlund lo observaban consternados.

—Su ética puede que no se corresponda con la nuestra —dijo Callum—, son alienígenas después de todo. Pero tampoco han sido abiertamente agresivos, y eso tiene que significar algo.

Alik soltó una risotada de puro desprecio, y se giró a Yuri.

—Tengo que hablar con los míos.

Yuri y yo intercambiamos una mirada culpable.

—No hay conexión directa con solnet —dije—, es una parte fundamental de los protocolos de cuarentena de Defensa Alfa.

—Oh, venga ya. —La voz de Alik decayó una octava, a un bajo zumbido, tan sabio y profundamente razonable—. Tiene que haber alguna línea de emergencia, ¿no?

—No —le dije—, no la hay.

—¡Jesucristo bendito! ¡Deja de tomarme el pelo!

—Tiene que ser parte de las salvaguardas contra las IA —dijo Callum—, ¿tengo razón?

—Sí —concedí.

—¿El qué? —preguntó Alik, más enfadado por momentos.

—La nave que hemos encontrado es de una especie alienígena que, aunque no sea activamente hostil, es ciertamente aversa con los humanos —dijo Yuri—. Supón que ese capitán cerebro congelado hubiese estado a buena temperatura y con rutinas activas. O tuviese una IA electrónica como nuestras Turing. Si existiese un enlace a solnet podría descargarse a nuestras redes, multiplicándose mil veces por segundo. El daño potencial que podría infligir es imposible de calcular.

—Cristo —resolló Alik—. Menuda paranoia de mierda que tienes.

—No —dijo Yuri, serio—, es una precaución muy sensata, especialmente tras ver lo que hemos visto.

—Pero los alienígenas que han construido la nave ya están en Sol, o en otro de nuestros sistemas estelares —contraatacó Alik—. Llevan

allí décadas, y son lo bastante listos como para escondernos un puto agujero de gusano. Si hubieran querido reventar solnet, ya lo habrían hecho.

—Ahora lo sabemos —dije—, pero no lo sabíamos cuando levantamos el campamento de investigación. La decisión de permitir una conexión directa a solnet está en vuestras manos. Y aún tenemos la pregunta sobre quién, o qué, abrió la escotilla de la nave.

—Sí, claro —gruñó Alik.

—Te puedo ofrecer el Ranger para que te lleve de vuelta al portal.

Alik desplazó su mirada de mí a Yuri. Era obviamente un hombre que no estaba acostumbrado a que le dijesen *no*.

—Le daré un día —dijo—, a ver si Socko despierta. Pero después de eso, tengo que presentar un informe pase lo que pase.

—Le diré a Sutton y Bee que tengan el Ranger listo para ti —le aseguré.

—Lo que nos lleva de vuelta a qué coño está pasando aquí —dijo Callum—. Los alienígenas nos están vigilando y nos secuestran para experimentar con nosotros. ¿Por qué?

—Es una obvia misión de inteligencia —dijo Kandara—, están estudiando nuestras debilidades. Lo que solo tiene una opción posterior.

—Qué va —dije—. Las guerras interestelares no existen. No hay ninguna razón concebible al respecto. En cuanto una especie sale de su mundo natal, tiene recursos infinitos *de facto*. Nadie necesita la guerra para nada. La guerra total pertenece a la historia, para todo el que pueda alcanzar la órbita y más allá.

—Son alienígenas —dijo Jessika—, ¿quién sabe cuáles son sus motivos? Como ha dicho Callum, debemos darle bastante miedo incluso a alguna especie progresiva y pacífica.

—Descuartizar a gente. —Alik intervino a voces, con el chocolate peligrosamente cerca de salirse de su taza—. ¡No es precisamente una medida progresiva, señora!

—A Hitler no le faltaban los recursos —dijo Loi—, al menos no al principio. La Segunda Guerra Mundial fue una guerra ideológica, una cruzada para imponer el imperialismo nazi al resto del mundo. Igual que la Guerra Fría a la que dio paso, el capitalismo frente al comunismo.

Eldlund le desafió con una sonrisa.

—Gracias a los cielos que ambas teorías fracasaron.

Loi replicó con una desdeñosa peineta.

—¿Crees que fueron los constructores de la nave? —preguntó Callum. Estaba mirando directamente a Yuri.

—Empieza a parecerlo.

—¿Los qué? —preguntó Jessika.

—Todos lo hemos vivido —dijo Yuri—, por eso nos han elegido para interpretar esto. Aunque tengo que admitir que Socko me ha sorprendido profundamente, no me lo esperaba.

—¿Vivido? —Alik chasqueó los dedos—. Ah, cierto. Todos hemos tenido experiencias que no tienen una explicación satisfactoria.

—Sí —dijo Yuri—, y esas historias personales nuestras son la punta del iceberg. Llevamos un tiempo analizando incidentes similares, especialmente los relacionados con problemas críticos de seguridad.

Kandara me echó una mirada herida.

—Pensaba que estaba aquí por mi habilidad profesional.

—Eso es un extra —le dije—, tú y Callum os encontrasteis a Cáncer, que fue contratada para una misión de sabotaje que habría paralizado la principal astromanufactura de Delta Pavonis.

—¿Y cuál es la conexión entre eso y esta situación?

—Defensa —dijo Yuri llanamente—. Si Sol y los otros sistemas colonizados fuesen atacados, Bremble sería esencial para construir, bueno, naves de combate, fortalezas orbitales y todo lo que necesitásemos para protegernos de una invasión.

—Los escudos de Nueva York —dijo Alik en un susurro—, es lo que buscaban.

—Y estuvieron en Bronkal, eliminando las pruebas de que habían estado secuestrando gente de baja visibilidad, por razones que aún no hemos podido averiguar —dijo Yuri—. Lo que relaciona a Cáncer aún más, ahora que sabemos que Socko fue enviado directamente de allí a la nave.

—Nadie en Akitha pudo adivinar los motivos que tenía Cáncer —dijo Kandara, pensativa—. Asumimos que algún tipo de fanático político la había contratado para sabotear los sistemas industriales… Odio reconocerlo, pero tiene mucho sentido.

—¿Quién coño son? —soltó Alik—. ¿Y cuánto tiempo llevan observándonos?

—Pregúntale a los Olyix —dijo Loi—. Son cómplices sin duda. Quizá incluso sean ellos.

Solté un cansado suspiro.

—Otra vez lo mismo —dije, exasperado.

Callum me echó una fría mirada.

—Le mintieron a Yuri sobre Horatio Seymore, sabían que había sido secuestrado —dijo—. Estaban involucrados, ¿qué más necesitas?

Esa fue una ocurrencia interesante. Alguien, algún grupo, tenía que estar provocando a Ainsley y a los utópicos de grado uno a creer que

los Olyix tenían una agenda oculta, alimentando las inseguridades y paranoia de los viejos y poderosos que inevitablemente veían el cambio como un peligro. Y los únicos con una razón para hacerlo tenían que ser otros alienígenas que desviasen la atención de sí mismos. Alienígenas con agentes en posiciones de influencia en las clases políticas universales y en Utopía.

—Coincido en que hay algo extraño —acepté—, quizás utilizan a empresas de inteligencia corporativa para tener una visión más directa de lo que pensamos, no lo sé. Pero admitámoslo, es imposible que nadie viese a la expuesta nieta de Ainsley Zangari llamando a su abuelo en un ataque de pánico. Quizá

Hai-3

intentaba ser más cooperativo y accesible para mantener el favor de Zangari. Es el individuo más poderoso y rico, y mantener su simpatía es muy positivo políticamente. Estoy seguro de que esta nave que hemos encontrado no puede ser suya, la *Salvation of Life* es una nave arca de velocidad relativista, los Olyix no tienen agujeros de gusano. Loi, has dicho que la energía que requiere un agujero de gusano está más allá de las capacidades del sistema Sol.

—Sí —admitió casi reluctante—. Es cierto.

—Entonces no son ellos —dije.

—Pareces muy seguro —dijo Kandara.

Le eché una mirada a Yuri, que asintió dándome permiso. No pasó desapercibido entre los demás.

—Este es el tema —dije—, Ainsley ha sospechado de los Olyix desde antes de que Horatio fuese secuestrado. Nunca se creyó que fuesen fanáticos religiosos, aunque pacíficos.

—Tiene que ser el oxímoron más grande del universo —se burló Alik.

—Lo que quiera que sean, no son activamente hostiles con la humanidad —dije.

—No puedes afirmar eso —dijo Eldlund—, tenemos bastantes pruebas en su contra.

—Circunstanciales —respondí—, o quizá desinformación. Mira, después del caso de Horatio, Ainsley decidió averiguar de una vez por todas lo que estaban haciendo de verdad, así que montamos una discreta vigilancia de la *Salvation of Life*.

—¿Y? —insistió Kandara.

—No son del todo honestos con nosotros, se guardan algunos secretos. Pero no hay ninguna conspiración.

—No lo puedes saber, no con certeza.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Porque hace cinco años tomé partido en una misión de infiltración en la *Salvation of Life*.

LA MISIÓN DE INFILTRACIÓN DE FERITON KAYNE

Salvation of Life, 2199 A. D.

Había pasado más de un año viviendo en Lancaster, Pennsylvania, para asegurar personalmente mi tapadera. Las historias basadas en datos son sencillas de instalar en solnet, hoy en día puedes ser quien quieras mientras tengas el dinero y la experiencia, obviamente. Y Seguridad de Conexión tiene ambos en abundancia. Hasta la consulta de una TuringG8 respaldaría la tapadera que me habían construido. Pero así, si el Vaticano, o el gran Ayatolá enviase a alguien a Lancaster, verificaría el fantástico ciudadano que era, y mi asistencia a las reuniones locales de los cuáqueros era de primera. Tampoco es que nadie de la oficina esperara que ningún cardenal ni imán se presentara físicamente a comprobarlo, pero dado el lugar al que iba a ir, el protocolo de la oficina es que la tapadera ha de ser lo más sólida posible. Así, cualquier agente secreto que pudiera aparecer en persona se cansaría de oír a mis vecinos, colegas y amigos, que le hablarían de lo buen chico que era, aunque algo pesado, y le aburrirían con las anécdotas personales que había ido creando mientras vivía allí.

Ainsley Zangari había dejado muy claro que esta misión tenía que ser perfecta. El presupuesto de la oficina de Supervisión de los Olyix ya superaba los setecientos cincuenta mil millones de vatiodólares al año. Una parte de ese dinero se dedicaba a las TuringG8, que rastreaban solnet en busca de evidencias de operativos como Cáncer, que corroían y corrompían corporaciones e instituciones, con especial énfasis en el sector de la defensa. Es absurdamente fácil anonimizar este tipo de acuerdos en solnet, nos es prácticamente imposible rastrear ninguna operación con connotaciones en defensa.

Aparte de eso, la oficina de Supervisión de los Olyix tenía dos divisiones principales con trabajos muy definidos. La primera tenía una operación permanente, dedicada a vigilar las embajadas de los Olyix. Principalmente consiste en infiltrar a nuestros operativos entre el personal humano. Sinceramente, no creo que haya ningún trabajador de la embajada Olyix que no esté informando a alguna

agencia de inteligencia o su equivalente. Nuestro conocimiento sobre sus acuerdos comerciales y su estatus financiero era absoluto.

La segunda división, y la más delicada, era en la que yo trabajaba. Intentamos descubrir si los Olyix tienen portales privados entre su arca y la Tierra, que les permitiesen colaborar con sus socios de investigación de células K sin tener que pasar por los canales oficiales establecidos por el Senado de Sol, lo que explicaría como estaban al tanto del secuestro de Horatio. Era complicado. Tampoco es que los Olyix pudiesen desplazarse libremente por la Tierra sin que nadie lo notara. Tenían que estar usando agentes humanos para organizar las operaciones hostiles.

Pero no importaba cuántas amenazas de rendiciones extraordinarias, cuántas interrogaciones alegales hiciésemos, no había nada que enlazase nunca a los Olyix. Que haya gente que pueda traicionar a su propia especie es algo que nunca he comprendido, pero había pasado el tiempo suficiente en las fuerzas del orden y en seguridad corporativa, como para ya saber que la gente acepta el dinero y no hace preguntas. No saben, ni quieren saber para quién están trabajando.

El otro problema era por qué los Olyix iban a molestarse en hacer algo así. El único propósito por el que se habían detenido en el sistema solar era para comprar energía y generar antimateria, y así continuar su peregrinación. La primera teoría era que querían incrementar como fuese los ingresos de sus células K mediante nuevos tratamientos, sin que les importase que estos fueran desarrollados con experimentos ilegales de sus socios humanos. Más tarde nos percatamos del incremento de incidentes hostiles en el sector de defensa del sistema Sol, como el ataque a los archivos del escudo de Nueva York. Nadie entendía qué estaba pasando. Y después de que Ainsley se enterase de lo que Cáncer había estado haciendo en Delta Pavonis, su paranoia alcanzó un nivel estratosférico. El ataque contra Bremble tenía todo el sentido del mundo si era como preparativo a una invasión.

Mi división se centra en su tecnología, en la localización física de entrelazamientos espaciales cuánticos entre la *Salvation of Life* y la Tierra. Si pudiésemos encontrar un portal a la Tierra, o a un hábitat, tendríamos pruebas definitivas de que los Olyix eran hostiles. Si bien es posible detectar la firma cuántica de un portal, la tecnología capaz tenía corto alcance, era grande, y además cara. Más de la mitad del gasto de la oficina de Supervisión de los Olyix se dedicó a refinar la tecnología de esos sensores. Primero hubo que perfeccionarla, luego miniaturizarla, y mucho además. Y finalmente, y con deliciosa ironía,

debía de ser indetectable.

Comparado con tanto trabajo para desarrollarla, llevarla a bordo de la *Salvation of Life* era casi pan comido. Y allí era donde entraba yo.

*****

Mi delegación ecuménica del 2199, de la cual fui miembro con orgullo, se reunió en la ciudad del Vaticano. Había cuatro delegaciones como esta al año.

Era inevitable que los Olyix estuvieran encantados de recibir en la Salvation of Life a emisarios de las distintas religiones humanas. E igualmente comprensible que nuestros sacerdotes, rabinos e imanes estuvieran entusiasmados en conocer la religión de los alienígenas. Disculpadme la expresión, pero los devotos Olyix eran una oportunidad caída del cielo.

Éramos diecisiete, sonriendo en la plaza de San Pedro para los canales de noticias de solnet, con la Basílica como formidable telón de fondo. La mayoría de las religiones estaban representadas, así que nadie se cuestionaba la presencia de un cuáquero. Las vestimentas de algunos de los presentes eran impresionantes, parecían nuevas y estaban obviamente confeccionadas a medida.

La parte más dura de la misión había sido ese largo año en Lancaster estudiando mi nueva religión, que parecía ser la menos jerárquica y con menos prejuicios que hubiera existido jamás. Necesité mucha disciplina para centrarme en sus principios y su (ausente) estructura, pero lo había conseguido. Ahora soy capaz de aburrir a cualquiera hasta la muerte con la historia y prácticas de los cuáqueros, por mucha curiosidad que tenga en el tema.

Curiosamente fue Nahuel, el monje budista, el que habló conmigo con más interés. Me contó toda la historia de cómo fue ordenado y su aprendizaje en el templo, a cambio escuchó amablemente mi tapadera, cómo llegue a esta religión tan humilde. Hablamos amigablemente mientras cruzábamos la estación del Vaticano hacia la red urbana de Roma. Desde la estación internacional de la ciudad, el portal principal Olyix en Buenos Aires solo estaba a unos pocos pasos.

Di un paso y me encontré un efecto gravitacional por rotación. El toroide era pequeño y giraba más rápido de lo que mi cuerpo estaba habituado, como me informó rápidamente mi oído interno. Vi a Nahuel detenerse y extender instintivamente los brazos en la pose de surfista novato para recuperar el equilibrio.

—¿Has estado alguna vez en un hábitat espacial? —pregunté.

Negó con la cabeza, un error en el entorno de gravedad rotatorio, y que su rostro reflejó al instante con el asalto de este movimiento a los

canales de sus oídos.

—No pasa nada —le aseguré—, estarás mejor en un rato. La *Salvation* rota muy lentamente, no la sentirás apenas.

—Gracias —dijo, con tan pobre sinceridad que sus compañeros del templo sin duda lo desaprobarían.

—Mientras tanto… —le ofrecí una pastilla contra el mareo.

—No, quiero tener la mente clara.

—Por supuesto.

Oficialmente, la estación estaba designada como «Plataforma de intercambio con el Arca», una estación humana que estaba a diez kilómetros de la proa de la *Salvation of Life*. El nombre común era «el Vestíbulo».

La estación existía por insistencia de los Olyix que no querían tener un portal dentro de su arca, especialmente uno directo de la Tierra. Temían que una plaga terrestre pudiera arrasar su biosfera, algo bastante entendible, pues ni nosotros hemos aún clasificado y analizado todos los microbios, gérmenes y virus de la Tierra. Y mucho menos sabemos qué pasaría si fuesen expuestos a la biología de los Olyix.

Las negociaciones por radio habían comenzado en el 2144, en cuanto la *Salvation of Life* empezó su desaceleración en el sistema solar. Lo primero en la agenda del Comité de primer contacto del Senado de Sol, después de las presentaciones, fue algo así como: *No vais a acercar esa cosa a la Tierra*. La razón era sencilla, el arca tenía cuarenta y cinco kilómetros de largo, varios miles de millones de toneladas y además estaba propulsada por antimateria. Los Olyix tenían suficiente antimateria a bordo como para acelerar a un veinte por ciento de la velocidad de la luz. Lo que significaba que, si fuesen hostiles, los alienígenas tendrían suficiente potencia destructiva como para aniquilar la Tierra y todos los hábitats asteroidales del sistema solar, y que incluso les sobraría para dañar Venus y Marte por si acaso (aunque tampoco es que nos hayamos molestado en terraformarlos). Así que el primer acuerdo fue que la *Salvation* se estacionase en el tercer punto de Lagrange de la Tierra, el opuesto al planeta, al otro lado del Sol. Incluso así varios oficiales y viejos generales seguían nerviosos.

En cuanto la *Salvation* alcanzó su nueva órbita, empezó el contacto directo. El Vestíbulo fue construido en un par de meses, un toroide de un kilómetro de diámetro que rotaba en el centro de un puerto espacial hexagonal, que daba servicio a docenas de naves de pasajeros y carga de pequeño alcance. El trabajo de esas naves pequeñas era pasarse todo el día viajando entre el Vestíbulo y el muelle axial en

cero ge de la *Salvation*.

Guiaron a la delegación ecuménica a una sala de descontaminación, un nombre elegante para lo que básicamente eran duchas desinfectantes. Fueron los preceptivos ocho minutos para asegurarse de que cada folículo de cada parte del cuerpo humano se empapase bien. Creo que las famosas mangueras de las cárceles eran más dignas, pero así el personal de contacto tenía el tiempo suficiente para irradiar nuestra ropa, zapatos y equipaje.

Nos volvimos a reunir todos en una pequeña sala de espera, intentando no traslucir lo desconcertante que había sido la experiencia de la limpieza. No estaba seguro de que mi pelo se pudiera recuperar de ese ataque químico, olía a ambientador de lavabo.

—¿Sufren los Olyix algo equivalente para viajar a la Tierra? —preguntó Nahuel. Estaba sentado en una silla de plástico, mientras miraba sus sandalias con desagrado. Estoy bastante convencido de que su ropa tenía un tono más claro.

—No tengo ni idea —contesté, cosa que no era verdad, pero tenía que interpretar mi historia, y un contable cuáquero de Lancaster no tendría mucha idea sobre las cláusulas de protección de transferencia biológica en los tratados negociados por el Senado de Sol. De hecho, los Olyix también pasaban por una descontaminación leve de camino a la Tierra, aunque los que bajaban tampoco abandonaban nunca la atmosfera filtrada de sus embajadas. Aun así, para regresar a la *Salvation of Life* eran sometidos a la misma descontaminación que los humanos.

Nuestra delegación cogió el ascensor al eje del toroide en caída libre. Cuando estábamos a mitad de camino le ofrecí de nuevo las pastillas a Nahuel. Esta vez sí que las aceptó sin mediar palabra.

Un par de azafatos nos ayudaron en los pasillos sin gravedad del centro. La cámara de paso era un cilindro enorme con cuatro escotillas en un extremo que daban al toroide, y otras cuatro en el otro que daban a los muelles. Tenía un sello en el centro que permitía a las dos mitades del cilindro rotar sin perder aire. Había bastante gente cruzando de un lado al otro, deslizándose tranquilamente por las escotillas. Me parecía terriblemente rudimentario, pero reconozco que he crecido en un mundo definido por el lema de Conexión, *todo está a un paso*.

Nos impulsamos, nos sacudimos, y nos chocamos con los codos de los demás todo el desplazamiento hasta alcanzar la esclusa de aire 17B donde nos esperaba nuestro ferry. La cabina era un pequeño cilindro con un fino acolchado en las paredes, veinticuatro asientos de metal en dos hileras y un asiento delantero para nuestro «piloto». El trabajo

de este era supervisar a la TuringG7, que era la que realmente nos llevaba. Esto era aparentemente un vestigio de los días en los que se empezaba a automatizar las funciones, ya que la gente seguía prefiriendo ver a un humano en los controles. Personalmente, elegiría a una G7 mucho antes que a un piloto humano.

Me arrastré por la cabina y reclamé un asiento al lado de una pequeña ventana. Podía ver cómo el muelle se extendía hacia las estrellas, con su estructura cubierta por depósitos y cables recubiertos de tela térmica de color plateado. Como suele pasar en el vacío del espacio, o estaba todo iluminado por el sol, o en la más absoluta oscuridad de las sombras. El contraste entre ambas secciones era repentino y sorprendente.

Salimos del muelle con un movimiento suave, pero con unos estruendosos golpes que reverberaron por la cabina, mientras los pequeños cohetes impulsaban ráfagas cortas y rápidas. Veía como se alejaba el muelle. El viaje duraba doce minutos, a los tres minutos de viaje los cohetes a reacción de control se encendieron y giraron la nave.

La *Salvation of Life* apareció en mi línea de visión. Aunque la había visto en una barbaridad de imágenes y diagramas, verla en persona es toda una experiencia. La miré de la misma forma que tuvieron que mirar los pilotos de jet a las aeronaves, con un punto de envidia y una falsa nostalgia por una historia alternativa que nunca fue, en la que esas enormes aeronaves serían las reinas del mundo. Viajar por las estrellas en un planetoide artificial debía de ser alucinante.

Los Olyix habían comenzado con un asteroide de su estrella de origen en alguna órbita lejana. Los humanos, con su tecnología de unión molecular, simplemente habrían minado metales y minerales para construir un arca del tamaño de un hábitat. Pero los Olyix usaron un método más salvaje, recortaron las capas externas de la roca rugosa y repleta de cráteres, hasta quedarse con un cilindro liso de cuarenta y cinco kilómetros de largo y doce de diámetro. Y excavaron más, hasta que crearon la tres biocámaras principales y un gran panal de compartimientos, que conformarían la sección de ingeniería y propulsión de la parte trasera.

A pesar de llevar tantos milenios viajando por las estrellas, el exterior del arca estaba en condiciones excepcionalmente buenas, brillaba reluciente como el metal bajo la incesante luz del sol. Ese brillo inmaculado se debía gracias a la pantalla de defensa de impactos. Mientras cruzaba el golfo interestelar al veinte por ciento de la velocidad de la luz, la *Salvation of Life* generaba una enorme nube de plasma que absorbía y erradicaba cualquier partícula que se

encontrase. La sección delantera del arca estaba repleta de generadores, como percebes dorados, que creaban el campo magnético que mantenía ese tenue gas ionizado en su sitio.

A mitad del giro del ferry, nuestro lado daba al muelle axial del arca, facilitándome una vista panorámica. El muelle era un disco, un poco más ancho que el toroide del Vestíbulo. Pero su aparente rotación en realidad lo mantenía detenido, era la *Salvation* la que giraba alrededor de su eje. Extrañamente, parecía la parte más humana del arca, aunque quizá sea porque la mayoría de los requisitos de ingeniería tienen al final un único diseño como solución, sin importar la química de las neuronas que la hubieran creado. Además de tener unas cuantas escotillas de entrada, el muelle también tenía conexiones de energía. Varias estaciones humanas en caída libre, que parecían balones de fútbol de doce metros de diámetro, resguardaban pequeños portales a pocos metros del muelle. Sus ecuadores brillaban con la intensa luz turquesa de los propulsores de iones que los mantenían en posición, mientras que los gruesos cables superconductores se flexionaban a cámara lenta en el vacío.

Y eran esas conexiones de energía el único motivo de los Olyix para los acuerdos comerciales con el Senado de Sol. El sistema solar era una estación más en el increíble viaje de los Olyix hacia el final del universo, ya habían visitado cientos de estrellas, y visitarían miles, millones más en el futuro, hasta finalmente estar cara a cara con su Dios al Final del Tiempo. Cada sistema estelar que habían encontrado era otra parada de abastecimiento. Un tiempo en el que recolectaban, o comerciaban en este caso, para abastecer la *Salvation of Life* y generar suficiente antimateria para continuar su viaje.

Y algo así de grande requería mucha energía para acelerar. Una burrada de energía. Todos los procedimientos que habían ideado los físicos humanos para crear antimateria eran horriblemente ineficientes, convertían quizás el uno o el dos por ciento de la energía en antimateria real. Aunque como admitieron públicamente los Olyix, su procedimiento tampoco era mucho mejor.

Y aun así, necesitaban antimateria para acelerar la *Salvation of Life* hasta un quinto de la velocidad de la luz y desacelerar de nuevo al aproximarse a la siguiente estrella. Para las empresas de energía de la Tierra, la llegada de los Olyix fue la mayor bendición que hubieran tenido jamás. Gastaban inmediatamente cada vatiodólar que ganaban con su tecnología de células K en comprar electricidad. Una quinta parte de los pozos solares se usaban para alimentar a la *Salvation of Life*, a lo más profundo de su sección de ingeniería, donde la maquinaria alienígena producía átomos de antihidrógeno, de uno en

uno.

El ferry completó su giro, desplazándonos de espaldas al muelle axial de la *Salvation*. Oímos el acoplamiento, o una serie de traqueteos metálicos que parecían serlo, y se abrió la escotilla. Mientras me quitaba el cinturón, un aire seco y ligeramente especiado entró por la abertura. La temperatura de la cabina bajó varios grados, no llegaba a ser desagradable, pero era definitivamente incómodo.

La distribución del muelle axial era similar a la del Vestíbulo, pero con ramas vivas entrelazadas con los cables, repletas de sedosas hojas de color púrpura. También había pequeños pájaros en los anchos pasillos, de cuerpos ovoides y cinco alas que parecían aletas, que revoloteaban sin esfuerzo a nuestro alrededor mientras cruzábamos, como podíamos, el rotatorio sello presurizado. La cámara de recepción era un enorme hemisferio excavado en la roca con una superficie rugosa recubierta de musgo de un topacio mate. Había diez amplias puertas de ascensor hechas de lo que parecía ser brillante madera de color miel. Un Olyix los esperaba frente a una de las puertas con sus pies enganchados al musgo como si fueran de velero.

Sandjay, mi altyo, me dijo que estaba abriendo un enlace general.

—Bienvenidos —dijo el Olyix—. Mi designación es Eol, y este cuerpo es
Eol-2.
Por favor, acompañadme abajo a nuestra primera biocámara. Estoy seguro de que preferiréis el incremento de gravedad.

La mayoría murmuramos un rápido agradecimiento en nuestra indigna prisa por subir al ascensor. Las paredes curvadas de este eran de la misma madera que las puertas. Se sacudió y traqueteó mientras bajábamos, desplazándose mucho más despacio que cualquier ascensor humano. La biocámara era un ovoide de cuatro kilómetros de diámetro, el trayecto se hizo interminable, especialmente con la insistencia de
Eol-2
de iniciar una conversación insustancial. Tampoco ayudaba el olor a especia, que se volvía más intenso con el descenso.

Tras abrirse finalmente las puertas, nos encontramos un largo túnel de roca cubierto con el mismo musgo e iluminado con franjas de verde brillante a la altura de la cintura. La gravedad era aproximadamente de dos tercios de la de la Tierra, lo que alivió profundamente a Nathan.

Los Olyix habían hecho un esfuerzo considerable en hacer que los visitantes humanos se sintieran acogidos. Nuestro alojamiento estaba en un saliente que daba a la primera biocámara, en lo que parecían

glamurosas yurtas. Aunque en vez de una tela pesada, los Olyix habían usado su omnipresente madera. Habían colocado pequeñas tablillas sobre el marco geodésico como las tejas de un tejado. Los muebles eran también piezas sólidas de madera, con suaves contornos que los hacían parecer una colección de esculturas surrealistas. Había plantas, parecidas a orquídeas con las gomosas raíces enroscadas en las vigas del techo, formando racimos de oscuras flores alienígenas que colgaban sobre mi cabeza. Al menos su olor era más dulce que el picante predominante de la atmósfera de la *Salvation*.

Eol-2, en la imitación perfecta de un anfitrión, nos dejó un tiempo para «instalarnos» antes de que comenzara nuestro tour. Vacié mi neceser y entré al baño cruzando la cortina. Un periférico realizó un escaneo rápido de vigilancia electrónica, sin encontrar nada, aunque tampoco esperaba otra cosa. Los Olyix prefieren las soluciones biotecnológicas.

Los muebles de la yurta eran de la misma madera Olyix, pero el conjunto de ducha, bañera, inodoro y lavabo habían sido importados de la Tierra, lo que era un alivio. Me quité la camiseta, me lavé el torso y me rocié con una generosa dosis de colonia, lamentablemente me las apañé para fallar con absoluta torpeza. Luego pasé un par de minutos ordenando mis efectos y llené un par de vasos con agua fría. Tiempo suficiente para que los químicos de la colonia pudieran adormecer las fibras neuronales de las plantas y flores del techo del baño.

Agentes anteriores habían extraído muestras del entorno de las yurtas para analizarlas y preparar así mi misión. Nuestro laboratorio había encontrado fibras con propiedades conductoras en las raíces y hojas de las plantas. Aunque no podíamos estar seguros de la función de esas fibras ni a qué tipo de receptores estarían conectadas sin traer una planta entera y diseccionarla bajo un microscopio, parecía que los visitantes estaban bajo observación indiscriminada. Ainsley estaba complacido con este descubrimiento, otra evidencia más de que los Olyix no eran tan fiables como aparentaban. Descubrir si este subterfugio era un simple instinto natural para proteger su herencia biológica de la explotación humana, o si en realidad tenía malas intenciones, era el motivo de mi presencia en la delegación.

Con cierto grado de privacidad asegurada, me agaché y cagué el biopaquete que había traído conmigo. La cavidad anal humana ha sido a lo largo de nuestra historia el tradicional escondite favorito para los contrabandistas. Me sentí orgulloso de continuar esta magnífica tradición en la era del vuelo estelar. Sí, claro.

El biopaquete se parecía a un renacuajo en miniatura, lo que

tampoco era una mala analogía. Lo partí en dos, y los puse en los vasos que había preparado. De mi pequeño botiquín saqué seis pastillas para la indigestión y puse tres en cada vaso. Eran efervescentes y se disolvieron rápidamente en el agua.

Eran comestibles, aunque no solucionarían ninguna indigestión. En cambio, convirtieron el agua en una solución nutritiva perfecta. También liberaban hormonas que ayudarían al crecimiento de las huevas.

Esta fase duraría seis horas.

Guardé los vasos en el armario que había debajo del lavabo, y luego dejé que la botella de colonia liberase su espray cada cuarto de hora para seguir adormeciendo las fibras de las plantas. Me puse una nueva camiseta y, oliendo a gigoló de
Bel-Air,
salí para unirme a la delegación para el tour.

*****

Todas las biocámaras de la *Salvation of Life* eran ovoides, con ocho kilómetros en el eje largo y cuatro kilómetros de diámetro en su punto central. La primera, donde estaba nuestro alojamiento, tenía un globo de luz suspendido en el centro que brillaba con un resplandor cálido y ligeramente anaranjado que iluminaba toda la cámara. Los hábitats espaciales humanos tendían a establecer el paisaje de la superficie a lo largo del cilindro, dejando las bases de este completamente despejadas, pero la biosfera Olyix estaba completamente cubierta de vegetación. Arboles de grandes y carnosas hojas teñidas de púrpura, que no alcanzaban el tamaño habitual de un bosque terrestre. Tampoco había mucha variedad, a mis ojos todos parecían bonsáis gigantes. Sé que es una comparación estúpida, pero se aproxima bastante. Las ramas parecían enroscarse con habilidad, creando un alojamiento a docenas de plantas más pequeñas, como las pseudoorquídeas de mi yurta, enredaderas e hilachos de musgo que colgaban formando extensas cortinas. El terreno estaba cubierto por un musgo amarillento de distintos grados de color, que convertía el paisaje en un intrincado mosaico andaluz. Todo estaba atravesado por pequeños arroyos, que gorgoteaban por la pendiente que seguía el eje hasta abrirse a los estanques del ecuador repletos de juncos.

Los humanos habrían desplegado flotas de remotos para recortar y mantener la vegetación. Los Olyix, con sus soluciones biológicas, dejaban crecer a las plantas como la naturaleza dictase. Según
Eol-2
la biocámara había alcanzado su equilibrio hacía miles de años. Con

un suministro de luz, calor y agua, la flora se mantendría de manera indefinida con una mínima intervención. Había pequeños pájaros zumbando por todos lados, que parecían más bien enormes libélulas, y otras criaturas que me recordaban a caracoles gigantes deslizándose por el suelo, comiéndose las hojas caídas y dejando una rica capa de nutrientes a su paso. Los troncos y ramas grandes eran pasto de una profusión de hongos, que los reducían a turba.

La delegación se quedó impresionada por la vida allí expuesta, artificialmente lenta. Supongo que tenía sentido dado lo largo que iba a ser el viaje.

Eol-2 nos llevó a la segunda biocámara en un coche que perfectamente podría ser una imitación de un diseño de los vehículos humanos previos a la era del entrelazamiento espacial. Cruzamos un túnel enorme que tenía salidas cada cien metros, con otros túneles que se curvaban fuera de nuestra vista. A pesar de la enorme cantidad de grabaciones encubiertas que se habían ido realizando desde que el arca había llegado, los humanos no habían sido capaces aún de trazar un mapa completo del laberinto de pasajes y cavernas que era el interior de la *Salvation*.

La segunda biocámara era idéntica en forma a la primera. La diferencia radicaba en el clima que era más templado, por lo que tenía una vegetación distinta. La tercera era la más cálida de las tres, pero el aire era seco, conformando un entorno casi desértico. Ciertamente estas plantas carecían de la frondosidad de las otras dos.

—Nuestras tres biocámaras contienen un amplio abanico de la biología de nuestro mundo natal —explicó
Eol-2,
mientras caminábamos sobre el musgo rojizo de la tercera biocámara, elevando educadas admiraciones sobre cada maldita y triste flor diminuta que se mostraba sobre un diminuto penacho de un triste verde grisáceo, con una minúscula diferencia a la anterior—. A partir de aquí está la zona de ingeniería que no está accesible para esta delegación.

Miré a los otros delegados, y lo mal que disimulaban su alivio. Todo el mundo estaba profundamente aburrido y recorrer interminables salas de maquinaria incomprensible era lo último que querían hacer, sobre todo ante un interminable e inevitable monólogo sobre acoplamientos de potencia e integridad de la cámara de confinamiento.

Yo mantuve mi propia y oscura diversión a raya. La sección de ingeniería y propulsión de la *Salvation of Life* era en verdad mucho más pequeña de lo que les decía el Olyix. Porque

Eol-2
estaba mintiendo, la *Salvation of Life* tenía cuatro biocámaras.

*****

Allá por el 2189, la oficina de Supervisión de los Olyix de Ainsley colocó cinco satélites camuflados en una formación roseta a dos millones de kilómetros de la *Salvation of Life*. Contenían pequeños portales que llevaban a Teucer, un asteroide troyano de Júpiter. Para el resto del sistema solar Teucer era otro paraíso fiscal independiente, pero en realidad era una estación espía que dirigía nuestros sensores pasivos. Día tras día, la estación lanzaba pequeños sensores por los portales de los satélites, que seguían trayectorias que los acercaban a la *Salvation of Life*. Algunos desplegaban finas gasas magnéticamente sensibles y cartografiaban el campo magnético del arca. Otros eran sensibles a neutrinos exóticos y analizaban el sistema de propulsión, que seguía siendo altamente radiactivo por la reacción de antimateria, una intensa fuente de neutrinos. La mayoría de las sondas eran detectores sólidos de masa con microtransmisores. Tenían trayectorias hiperprecisas, y medían las minúsculas variaciones del campo de gravedad de la *Salvation*, es decir, la densidad de la zona. Así fue como adquirimos la primera pista de que los Olyix no estaban siendo completamente honestos. La zona de popa del arca tenía una densidad que no se correspondía con las cavidades que tendrían que haber en la sección que los Olyix decían que era de ingeniería y propulsión.

No era tan grande como las tres biocámaras que les permitían visitar, pero justo después de la tercera biocámara, la árida, había un hueco de aproximadamente cinco kilómetros de largo. Y ahí es donde hemos concluido que debían llevarse a cabo sus actividades clandestinas. Mi objetivo.

*****

La delegación se reagrupó bajo una amplia y alta pérgola cubierta de enredaderas de flores violetas, cerca de los estanques ecuatoriales de la primera biocámara. Todo muy amigable, con una mesa llena de refrescos y cómodas sillas colocadas en un semicírculo. Eol-2 descansó su pesado cuerpo en un amplio taburete que se curvaba alrededor de la parte inferior de su abdomen.

—Espero que hayáis encontrado el tour informativo —dijo
Eol-2
por el enlace general.

Le dimos un sorbo a nuestros cafés y tés mientras asentíamos.

Había elegido un café solo, pero el sabor era raro a causa del omnipresente olor a especia alienígena.

—Tenéis tres biocámaras distintas —dijo el cardenal—. ¿Os encontráis divididos por vuestras líneas culturales originales?

—Entiendo tu interés en las distintas facciones culturales —dijo Eol-2 —. Sin embargo, después de un viaje tan largo, somos uno, una única cultura.

—Entonces, ¿había diferentes culturas en vuestro mundo natal?

Miré una pequeña onda que rodeó la falda de Eol-2. Los xenopsicólogos que se habían pasado la vida estudiando a los Olyix decían que esas ondas se debían a irritación o divertimento.

—Desconocemos lo que hemos dejado atrás —dijo Eol-2 —. Pues nosotros miramos hacia el futuro, nunca al pasado. Para nosotros, es obvio que una especie inteligente irá lentamente perfeccionándose, y que al madurar llegará a una única filosofía de vida. Vosotros sois diversos porque os habéis extendido físicamente y os podéis consentir el experimentar con cierta cantidad de principios e ideas nuevas. Como sois jóvenes, tal exploración es buena para vosotros. Sin embargo, a pesar de este período de extraordinaria expansión física y política que realizáis, es nuestra certeza que os volveréis a reunir con el tiempo, y que viviréis bajo una única cultura. La cultura superior, más liberal y más acogedora se difundirá, se adaptará, y finalmente absorberá e incorporará a las demás. La fusión de vuestros sistemas legales y vuestros tratados transgubernamentales son evidencia de ello, al menos para nosotros.

—¿Crees que nuestras religiones confluirán? —preguntó el cardenal, lo que desató muchas sonrisas.

—El Dios al Final del Tiempo llegará cuando toda conciencia, todo pensamiento, se una en el gran colapso del espacio-tiempo. Pues en el crecimiento de la entropía que es el pasado y el futuro de la historia del universo, Dios es múltiple. Los seres humanos han sido ya bendecidos a ser testigos de fragmentos de la máxima coalescencia que han formado la base de todas vuestras creencias religiosas, y que habéis interpretado de muchas maneras. Lo entendemos, pues nosotros fuimos como vosotros cuando se nos regaló la inteligencia. Pero al final solo habrá un Dios, y será cuando su Verdadera Forma se revelará a todos aquellos que hayan hecho el peregrinaje con éxito. Si sois afortunados, si estáis abiertos a lo Divino como parecéis estar, escucharéis de nuevo susurros del mensaje de Dios. Ya lo habéis

anticipado, creo. La Segunda Llegada, el Final de los Días, Apocalipsis, Arrebatamiento, Reencarnación, por nombrar algunos. Muchos de los conceptos de Dios están ya en vuestros pensamientos. Unen a vuestras distintas culturas y florecerán en una red sobre la cual construiréis vuestra Unidad final.

Nahual inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Es políticamente incorrecto mencionar la teoría del estado estacionario frente a un Olyix? —murmuró.

A duras penas conseguí aguantarme las carcajadas.

—Tengo una pregunta —dijo el imán de la delegación, un hombre mayor con una larga barba blanca y una túnica negra impecable. En mi opinión, su voz era señal de que no estaba conforme con la interpretación liberal del Olyix de cómo había llegado la visión del Profeta—. Decís que estáis en un peregrinaje hacia el Final del Tiempo. Si es así, ¿dais la bienvenida a los humanos que les gustaría unirse a vosotros?

—Absolutamente —dijo rápidamente Eol-2—. Existen algunas consideraciones prácticas, por supuesto. Tendríamos que adaptar vuestra biología para proveeros de inmortalidad efectiva. Nuestras células K son un buen comienzo para ese cometido, pero aún queda una considerable cantidad de trabajo por hacer.

El imán miró incrédulo a Eol-2.

—¿Insinúas que los Olyix sois ya inmortales?

—Los cuerpos de un quintillizo son el receptáculo de la mente que la transporta a través del tiempo. Continuamos reproduciéndonos físicamente, pues todos los cuerpos biológicos decaen con el tiempo, incluso los nuestros. Sin embargo, nuestra identidad permanece intacta.

—Entonces, ¿no hay nuevos Olyix? —dijo Nahuel.

—No. Física y espiritualmente hemos madurado tanto como es posible. En otras palabras, hemos llegado al final de nuestra evolución. Y es por ello por lo que nos hemos embarcado en nuestro gran viaje, pues no hay nada más en el universo para nosotros.

—Lo encuentro difícil de creer —dijo el cardenal—. El universo de Dios es ilimitado y abundante.

—Sabemos todo lo que hay que saber sobre esta creación. Por ello, esperamos lo que vendrá después.

—¿Después?

—El Dios al Final del Tiempo contemplará la vida del universo, y usará lo que encuentre para crear un universo mejor y nuevo en el vacío al cual colapsaremos.

—La promesa de la inmortalidad se parece sospechosamente a un

soborno —dijo el imán.

—No lo puede ser —replicó Eol-2—. Pues la inmortalidad, el extenderse en esta vida hacia la siguiente, es algo que solo una mente madura puede aceptar. Si no eres digno, no te será posible sobrevivir a semejante existencia. Y recordad, no existe un retorno en el camino que compartiríais con nosotros. Los que acepten tendrán que estar muy seguros de sí mismos para aceptar una oferta tan desalentadora. No lo consideramos un soborno. Abandonar todo lo que tú eres, tus creencias, tu vida, es una decisión a la que has de llegar por ti mismo.

—Dime entonces por qué estáis solo vosotros en la *Salvation of Life* —dijo el imán—. Lleváis viajado incontables milenios, habéis visitado millares de estrellas. ¿Por qué nadie se ha unido a vosotros?

—Esa es la parte más triste de nuestro viaje, pues hemos descubierto lo terriblemente excepcional que es la vida en esta galaxia. Y la vida inteligente lo es aún más. Hemos escuchado tantas veces el leve reclamo de las civilizaciones a medida que emergen y decaen. Muy pocas alcanzan con éxito el estadio que habéis logrado vosotros. Normalmente solo encontramos ruinas vacías y criaturas que han regresado al abismo de la estupidez a medida que sus estrellas se enfriaban. Es por eso por lo que os amamos y apreciamos tanto. Vosotros sois lo más preciado de toda vida, y coexistir en una galaxia tan vasta en el espacio y el tiempo, el poder encontraros y ofreceros nuestra guía, es un verdadero milagro. Probablemente nos suceda solo una docena de veces, desde ahora hasta el final de nuestro viaje.

—La estadística parece ser muy jodida por lo visto —dijo el cardenal, sereno.

Vi como el imán sonreía con una satisfacción mal disimulada.

—¿Tenéis algún registro de esas civilizaciones perdidas con las que os habéis encontrado? —preguntó Nahuel—. Estaría fascinado de conocer sobre ellas.

—Lo consultaré —dijo Eol-2—. Serían de hecho escasos, pues no otorgamos importancia a tales encuentros. Nuestra mirada está enfocada en el futuro y en la gloria que nos espera.

*****

—¿Qué piensas? —me preguntó Nahuel mientras cenábamos. Por suerte, habían confiado en que nos apañaríamos solos en la cena. Eol-2 nos había mostrado un área común al lado de las yurtas, con congeladores llenos de comida humana precocinada y una hilera de microondas, junto a una pequeña selección de botellas. Antes de dejarnos,

Eol-2

nos explicó la programación del día siguiente, que consistiría mayoritariamente en sermones de su peregrinación y lecciones sobre lo que sus filósofos pensaban que los Olyix podrían contribuir a las futuras deliberaciones de Dios para el siguiente universo que llevará a la existencia. También nos habían reservado tiempo para hablarles a los Olyix de nuestras creencias, aunque me parecía una ocurrencia cortés de última hora.

—Creo que necesitamos a un astrofísico para las preguntas difíciles sobre cosmología cuántica —le dije.

—Me parece que ya se les ha formulado esas preguntas muchas veces desde el primer contacto. Nunca han proporcionado ninguna prueba substancial de su afirmación de que el universo es cíclico por naturaleza y que cada iteración solo puede existir durante un tiempo finito. A ese respecto, superan incluso a nuestros políticos más populistas en la solidez de sus promesas.

—Sí, y es lo que encuentro más difícil de entender —admití—. Han alcanzado un nivel tecnológico tal que les ha permitido construir la *Salvation of Life*, y el cielo sabrá cuántas arcas más. Han dedicado sus inacabables vidas a viajar hasta el final del universo, algo que probablemente sea físicamente imposible, y aun así no son capaces de proporcionar pruebas científicas cuantificables de que el universo se rija por una teoría cíclica.

El cardenal se giró para mirarme.

—En la radiación de fondo de microondas hay suficiente evidencia para confirmar el Big Bang, lo que en sí mismo se contrapone con la teoría del estado estacionario.

—Al menos el Big Bang permite un estado teórico que deriva en la muerte térmica —dijo Nahuel—. Y no parece que la muerte térmica del universo sea el momento ideal para el nacimiento de ese Dios al Final del Tiempo. Ni siquiera estoy seguro de que en la muerte térmica exista el final del tiempo.

—Un Dios emergente tendría que revertir el estado de máxima entropía —dijo el cardenal—. Pero eso no sería un acto de creación, sino de regenerar lo que ya existe.

—Nos estamos perdiendo en la semántica —respondió Nahuel.

—Cuarenta y dos.

—¿Perdón? —pregunté.

—Una vieja broma —admitió el cardenal—. Es el número de ángeles que pueden bailar en la cabeza de un alfiler.

—¿Lo veis? —les dije a ambos—. Por eso necesitamos un astrofísico.

—Tienes razón, amigo mío —dijo Nahuel—. Todo su plan se basa

en una teoría del universo cíclico, pero no nos han dado prueba alguna. Incluso podría decirse que se niegan a proporcionarla. Y paradójicamente su fe es tan fuerte, tan intrínseca a lo que son, que una prueba semejante ha de existir. Nadie haría un viaje como este sin pruebas.

—Ah —el cardenal alzó un vaso de wiski y nos sonrió satisfecho—. Esa es la razón por la que somos nosotros los que estamos aquí, ¿no? Somos nosotros aquellos que entienden que ante todo lo necesario es tener fe. Salud. —Se bebió el vaso de un trago.

*****

Regresé a mi yurta y olfateé con disimulo. Efectivamente, ahí seguía la mezcla de especias, perfume de las flores y colonia. Fui al baño y abrí con cuidado las puertas del armario. Los huevos habían eclosionado en quinientas moscas que se arrastraban lentamente por el armario. Habían consumido la mayoría de los nutrientes de los vasos.

Le dije a Sandjay que activase mi periférico emisor. La diminuta lente incrustada en mi ojo izquierdo empezó a brillar con luz ultravioleta e iluminó el vibrante cúmulo de moscas. Estas moscas tenían un ADN sintético de ocho letras que además de acelerar su estadio de pupa, les otorgaba un neuroprocesador en vez de cerebro. Mi pulso ultravioleta desencadenó su activación, un proceso que duró aproximadamente un segundo. En respuesta, todas las moscas activaron sus emisores. El armario se iluminó de luz ultravioleta mientras el programa de linzado las interconectaba en un enjambre coherente.

Mis tarsus empezaron a mostrarme una gran cantidad de datos. La tasa de eclosión había tenido un éxito de más del noventa por ciento. La malformación estaba por debajo del dos por ciento. El linzado estaba establecido. Tenía un enjambre viable, con cada miembro dotado de un biosensor capaz de detectar un entrelazamiento espacial cuántico, cortesía de su ADN de ocho letras. Individualmente, sus sensores tenían un alcance muy corto, apenas un par de metros. Pero colectivamente extendían su alcance en dos órdenes de magnitud.

Ahora solo necesitaba llevar el enjambre al lugar donde sospechábamos que estaban los portales, la cuarta biocámara.

Varias partes de mi bolsez se podían desarmar en inocuas varas y anillos, pero ensamblándolos en el orden correcto se transformaban en herramientas básicas: una llave inglesa, un destornillador, alicates… Retiré el panel lateral del baño y me dispuse a retirar la trampilla del suelo. Como el resto del baño, había sido construida por humanos, y

los tornillos se habían agarrotado con el tiempo. Después de mucho sudar, los conseguí quitar y levanté la trampilla. Por mucho que la mirase no era grande en absoluto. Cruzarla iba a ser difícil, y probablemente doloroso. Pero ya la habían cruzado otros agentes en misiones de reconocimiento, así que…

Me quité la ropa y saqué de mi bolsez mi equipo de *jogging*. Como todo buen fanático del fitness, tenía varias capas, de las interiores pegadas a la piel hasta las holgadas exteriores, terminando con un impermeable que me protegería de cualquier inclemencia del tiempo. Ahora solo me interesaba la interior, que era igual de apretada que un traje de neopreno. La parte superior hasta tenía una capucha, que combinada con mis gafas de sol, cubría cada centímetro de mi piel. Sandjay se conectó con las prendas, y la tela se volvió negra. Además de ser no reflectante en el espectro visual, absorbía una gran parte del espectro electromagnético en caso de que intentaran localizarme con sensores electromagnéticos, o un lidar. Y eso era solo la punta del iceberg. En brazos, piernas, columna vertebral, cuello y cráneo tenía entretejidas largas franjas de baterías térmicas, que usaban una red de fibras conductoras térmicas que absorbían todo mi calor corporal y me convertían en térmicamente neutral desde el exterior. Las franjas podían acumular diez horas de calor antes de sobrecargarse. Una mascarilla neutralizaba mi respiración, absorbería el calor y limpiaría los delatadores rastros bioquímicos. Al usar este traje de sigilo me convertía en un agujero con forma humana.

Sandjay se linzó al enjambre y lo envió por la trampilla. Yo hice de tripas corazón y me deslicé tras ellos.

Había un compartimento estrecho debajo de todas las yurtas. Era donde estaba el equipo de saneamiento, construido por humanos, que esterilizaba toda agua y efluvios del baño, ducha e inodoro. Los deshechos químicos y sólidos se separaban y almacenaban en tanques que serían eyectados posteriormente al espacio, mientras que el agua limpia volvía al ciclo ambiental de la *Salvation of Life*. Esa tubería de desagüe era la que estaba buscando.

El suelo del compartimiento estaba compuesto de unas gruesas losas de carbono, duras como el granito. Los agentes que habíamos enviado antes habían cortado previamente las que cubrían la tubería de desagüe, reduciéndolas a fragmentos manejables que encajasen entre sí para mantenerlos en su sitio. Levantarlos era un infierno. Eran densos como piedras, y agachado tampoco estaba en la mejor postura para levantar peso. Al final lo conseguí, y me desplacé al agujero, al túnel excavado en la roca desnuda.

Había tuberías y cables a lo largo, ni tan rígidos ni tan firmes como

los habríamos construido los humanos, estaban pegados como una enredadera en las paredes del túnel. Incluso parecían estar vivos, o que al menos lo estuvieron. Y pensé que quizá una planta con troncos huecos, como nuestro bambú terráqueo, creció por el túnel y luego murió endurecido, creando así un tubo natural. Tenía cierto sentido, dado el interés de los Olyix en integrar sistemas biológicos con los mecánicos.

Sandjay me mostró una imagen mejorada en mis tarsus. Los sensores térmicos de mi traje me mostraron que varias de las tuberías reptantes emitían calor y contenían algún tipo de fluido caliente, mientras que el escáner magnético revelaba los cables en un brillante amarillo dorado. El sistema de navegación inercial localizó mi ubicación y me puse en camino por el túnel.

El veinte por ciento de las moscas estaban detrás de mí, mientras me tropezaba con los serpenteantes tubos. Así me cubrían las espaldas por si un Olyix apareciese a hacer una inspección o algún tipo de mantenimiento. El resto zumbaban al frente, estudiando el camino. Igual que el túnel que habíamos pasado con la delegación, había intersecciones y cruces. Algunos iban directamente hacia arriba, otros descendían hacia unas profundidades desconocidas. Había momentos en los que el túnel se inclinaba tanto que tenía que ponerme de rodillas para seguir avanzando sin resbalar.

Obviamente, no había una ruta directa hacia el final del arca. Tenía que comprobar el sistema de navegación inercial cada vez que el enjambre llegaba a otra intersección para saber cómo continuar. Y aun así me equivoqué en cinco ocasiones, y tuve que retroceder y volver a intentarlo, pues el túnel que había escogido comenzaba a girar en dirección equivocada. Algunos de los túneles carecían de cables y tuberías, lo que permitía correr en algunos tramos. Si no fuese por eso, me hubiera sido imposible regresar antes de que se hiciera de día.

Después de que mis sistemas me confirmaran que había superado al fin la tercera biocámara, empecé a buscar una ruta para ir a la cuarta. Había muchas intersecciones que se habían bifurcado en túneles más grandes de transporte por los que circulaban vehículos. Comencé a dividir el enjambre en las intersecciones para que exploraran. Finalmente, a cuatrocientos metros de la zona que habíamos identificado como la cuarta biocámara, encontré un túnel de transporte que parecía dirigirse hacia allí.

El enjambre avanzó primero, no había ningún vehículo. Mi problema ahora radicaba en la luz. El túnel de transporte estaba iluminado por unas gruesas franjas brillantes en medio de las paredes.

Si el enjambre veía algo acercarse, me tocaría correr hacia un cruce. Y no había muchos.

Cuatrocientos metros. La mayoría de los atletas olímpicos cubrían esa distancia en cuarenta y cinco segundos. Yo estaba en forma, y me había sometido a algunos tratamientos genetizantes, pero no tenía ese nivel. Además, estaba en un campo gravitatorio de dos tercios, lo que no ayudaba tampoco a la velocidad. Calculaba que tardaría más de un minuto.

El enjambre cruzó el aire en una larga hilera antes de desplegarse. Había tres cruces entre mi posición y el inicio de la cuarta biocámara. Lo que me daba un margen razonable para ponerme a cubierto si algo aparecía.

Respiré hondo varias veces, y entonces me puse a correr.

Un minuto diecisiete segundos, por si os interesa saberlo. No me partí los cuernos por si tenía que continuar al llegar, o esprintar de regreso.

La cuarta biocámara tenía un clima similar a la primera. Su vegetación parecía más salvaje y accidentada, como si no la mantuvieran con el mismo cuidado. No había ningún Olyix cerca de la entrada.

Corrí para cubrirme bajo los tupidos árboles, y envíe al enjambre en formación circular en busca de señales de vida. En un radio de cien metros descubrieron una docena de pájaros, cientos de insectos, pero ningún gran alienígena en movimiento. Mis periféricos comprobaron el espectro electromagnético, estaba casi en silencio.

Los árboles arrojaban una gran sombra en el suelo. Muy útil para cubrirse. Me mantuve bajo las ramas mientras el enjambre se agrupaba en una fila y comenzaba un barrido de la circunferencia, el primero de muchos. Sandjay ya estaba trazando una metódica trayectoria espiral que barriese completamente el interior, cuando, al mirar entre los huecos entre las hojas vi un claro sobre el ecuador. Los árboles daban paso a una zona perfectamente circular de musgo mostaza. En el centro había una estructura piramidal de cinco lados de fácilmente cien metros de altura, y solo veinte en la base. No había visto nada parecido en las otras biocámaras. Cambié de posición a una zona abierta entre los árboles, y vi cinco claros idénticos, cada uno con una alta estructura en el centro. Acerqué al enjambre más próximo para que pudieran transmitirme un escaneo de alta resolución.

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Feriton Kayne, Nkya, 26 de junio del 2204

—Vale, ¿y? —preguntó Callum, fascinado.

—Esas grandes estructuras en el centro de cada claro eran como los templos aztecas, aunque más pequeños, o como obeliscos muy altos —expliqué a mi capturada audiencia—. Personalmente, prefiero la segunda opción, pues parecían carecer de entrada, al menos al nivel del suelo. Aunque tampoco vi ninguna apertura más arriba. Pero el factor decisivo fueron los jeroglíficos. Todo su exterior estaba cubierto de ellos.

—¿Lo has traducido? —preguntó curioso Eldlund.

—No —admití, dejando entrever un poco de frustración—. No es como un código, o un antiguo lenguaje humano. No hay posible Piedra Rosetta disponible. Los símbolos son bastante simples, solo líneas y formas, pero son completamente alienígenas. No hay forma de interpretarlos. La única manera de descubrir lo que significan sería preguntar a los Olyix. Y tampoco es que podamos hacerlo.

—No lo entiendo —dijo Loi, malhumorado—. ¿Por qué lo mantendrían en secreto?

—Lo único que el enjambre de moscas fue capaz de determinar fue el tipo de roca con la que estaban hechos —dije.

—¿Cuál es?

—Sedimentario. Tienen una estructura granular. Carecen de bordes afilados, y la mayoría de los símbolos estaban desgastados. Lo que es bastante significativo en ese ambiente tan plácido.

—¿Y qué? —preguntó Kandara.

—La *Salvation of Life* era un asteroide —explicó Alik en un tono tediosamente condescendiente—. Y solamente hay roca sedimentaria en los planetas. Lo que significa que esos obeliscos fueron llevados a bordo de, ¿dónde? —Me miró, enarcando una ceja burlona—. ¿El hogar de los Olyix?

—Esa es nuestra teoría —dije—. Los obeliscos son increíblemente antiguos, lo que los convierte en las reliquias más sagradas que tienen

los Olyix. Tienen una obvia profunda carga religiosa. Podría ser incluso que esos símbolos contengan su prueba del estadio cíclico del universo y que, dado el nivel de su ortodoxia, no se puedan poner en duda y mucho menos por una nueva especie como la nuestra.

—Y de ahí su obsesión por el secretismo —concluyó Kandara, hundiendo la cabeza en entendimiento.

Callum se inclinó hacia adelante en la silla, deseoso de conocer más detalles.

—¿Y qué pasó con el enjambre de moscas? ¿Detectaron algún entrelazamiento espacial cuántico?

—No. —Me encogí de hombros—. Obviamente hay mucho por descubrir en la *Salvation of Life*, no lo hemos explorado todo, pero la cuarta biocámara es el más grande y oscuro de sus secretos. Y en términos estratégicos, es totalmente irrelevante. Simplemente no quieren que unos extraños incrédulos la contaminen con su herejía.

Sabía por el ceño fruncido de Callum, que estaba a punto de hacerme otra pregunta. Y entonces todo se volvió extraño. Vi como Alik, que estaba sirviéndose otra copa de *bourbon* de su preciada botella *vintage*, se centró en mí, con ojos agrandados revelando sorpresa. Abrió la mano, dejando caer la botella. Mi atención paso a Kandara que estaba sentada a su lado, agarrando un puñado de pistachos de un plato. Sus formidables músculos se tensaron en la clásica respuesta de amenaza. Incluso vi como la carne de su antebrazo temblaba con la activación de sus periféricos. Una sensación acuciante de alarma y amenaza se apoderó de mí, y deduje que algo terrible estaba ocurriendo detrás de mi silla. Empecé a girar la cabeza mientras oía el espantado grito de Callum y capté un movimiento borroso. Jessika estaba detrás de mí, con el rostro contorsionado por el esfuerzo, agarrando con ambos brazos un largo palo rojo que dirigía hacia mí. Mi instinto obligó a mi propio brazo a alzarse para protegerme mientras intentaba agacharme. Pero no serviría de nada, se movía demasiado rápido. Entonces vi el perverso filo del hacha, que se iba haciendo más grande cada instante, convirtiéndose en todo mi universo. Incluso escuché brevemente el crujido de mi cráneo rompiéndose cuando me golpeó. Y entonces, la hoja penetró en mi cerebro…

JULOSS

Año 593 D. L.

Antes de partir, antes de que cada objeto de tecnología humana en Juloss fuese reducido a sus átomos constituyentes, volvieron al jardín de Kabronski para un último nostálgico paseo. Su mesa de mármol en la cascada seguía ahí, con las elegantes carpas deslizándose como siempre habían hecho.

—Creo que nos las deberíamos llevar con nosotros —dijo Dellian, contemplando a los peces, cómo se desvanecían bajo la cascada para reaparecer unos segundos después.

Yirella deslizó un brazo por sus hombros.

—No puedes pensar así. Ya no.

—Lo sé.

Juntos miraron a través de la bóveda geodésica. Juloss era una enorme medialuna bajo la estación, con su línea terminal cruzando el océano Deng.

—Es hermoso —dijo Yirella con nostalgia.

—Podríamos volver, cuando todo acabe.

—Eso estaría bien, aunque no creo que seamos muchos.

—¿En serio? Seguro que la mayoría del escuadrón volvería. Demonios, probablemente la mayoría de la Morgan. ¿A dónde iríamos si no? Este es nuestro hogar.

Le dio un suave beso.

—Aquí es donde nacimos, aquí es donde entrenamos. ¿Pero hogar? No creo que tengamos. No todavía. Eso es algo que nos tendremos que labrar. Después ¿quién sabe? Quizá la leyenda de Santuario resulte ser real y podamos vivir allí.

Alzó la vista a la creciente de Juloss, azul y blanca, dibujando mentalmente las líneas del lado nocturno.

—Dicen que en la Tierra se podían ver continentes enteros iluminados por las ciudades, que eran como galaxias en miniatura. ¿Te imaginas? ¿Éramos tantos en un solo planeta?

—Y mira lo que ocurrió. Los mundos humanos no se pueden

permitir esa clase de población de nuevo. No hasta que ganemos la guerra. Necesitamos tener suficientes naves generacionales para evacuar a todo un planeta en una emergencia. Nadie debe quedarse atrás, nunca más.

—Pero si pudiésemos quedarnos aquí… Menudo mundo habríamos construido.

Yirella apoyó la mejilla en su cabeza.

—En serio que eres un romanticón.

—Solo creo en nosotros. Quiero decir, ¡míralo! —Dellian gesticuló extravagantemente al planeta—, ¡lo hicimos nosotros! Cuando llegaron nuestros ancestros era un pedazo de roca desnuda, y fueron cincuenta años de terraformación. ¡Cincuenta años es todo lo que nos costó darle vida a un planeta entero! Y es brillante.

—Es trágico.

—Estará aquí cuando todo termine. Fuimos cuidadosos, no ha escapado nunca ninguna señal. No saben que hubo humanos aquí, y nunca lo sabrán.

—Espero que tengas razón, todos los mundos de este sistema tienen vida terrestre ahora, bacteria en los cometas, liquen en los asteroides, ranas raras en las lunas de Cathar —sonreía con el recuerdo.

—Muy cierto, incluso si pulverizasen Juloss, no nos pueden eliminar del sistema. El ADN terrestre está para quedarse. Mutamos, nos adaptamos. Evolucionamos en cada ocasión. En mil millones de años aún tendría parte de nuestra vida, porque molamos —dijo, e inclinó la cabeza para besarla.

Tras ellos, la cascada se redujo lentamente hasta que solo caían gotas por el borde de piedra. Una fuerte sirena atravesó el jardín.

—Hora de irse —dijo Yirella suavemente.

Ambos miraron a Juloss por un instante, y se dirigieron a la salida.

*****

La Morgan tenía siete estructuras principales, todas contenidas en estructuras esféricas de ciento cincuenta metros de diámetro con plateadas espinas para radiar el exceso de calor al espacio. El globo trasero contenía el propulsor gravitónico, capaz de acelerar la nave hasta punto nueve ge. Después estaba el generador de fusión aneutrónico principal y sus auxiliares junto a los tanques de boroll e hidrógeno.

El tercer globo era un almacén con equipo para la minería de asteroides, una refinería y replicadores von Neumann autocontenidos. Era la misma carga que llevaba toda nave generacional, que les daba

la habilidad de comenzar una civilización completa de alta tecnología en cualquier sistema que estuviesen. Mientras hubiese materia sólida disponible, sean planetas, asteroides o cometas, la sociedad humana podía construir hábitats y prosperar.

El globo cuatro era la sección principal de soporte vital, alojando un par de toroides en rotación opuesta que ofrecía un agradable entorno parecido a un parque y cómodos apartamentos para los cinco mil tripulantes de la Morgan.

Al frente estaba la sección de armamento, repleta de enormes y aterradoras armas y municiones capaces de devastar sistemas solares completos, por no decir naves enemigas. Y después estaba el hangar, con cincuenta cruceros de combate dirigidos por genten, capaces de aceleraciones de cien ge, con cincuenta transportes de tropas diseñados tanto para espacio profundo como para vuelo atmosférico.

Y finalmente el globo frontal que alojaba el portal escudo que abrirían como un paraguas para que la Morgan se tragase todo el polvo y gas interestelar que se encontrase a su increíble velocidad, apartándolo a través de un portal enlazado un segundo luz tras la nave.

Dellian e Yirella eran de los últimos en subir a bordo, con lo que se ganaron un guiño de Janc, y sonrisas del resto del escuadrón. La tripulación de la Morgan estaba reunida en el auditorio principal, Dellian aún no se había acostumbrado a la rápida velocidad de rotación gravitacional de los toroides, así que tuvo que sostenerse en el respaldo de los asientos en su camino hacia el resto de su escuadrón. El capitán Kenelm subió al escenario mientras Dellian se sentaba. Sie era alto, aunque no tanto como Yirella, y llevaba un uniforme gris y azul con una única estrella en la charretera. Dellian observó el uniforme con curiosidad, ya que una parte de su cerebro lo categorizaba como un retroceso histórico, triste y estúpido. Ya había visto a la tripulación de uniforme, pero ver al capitán en directo, listo para dar su discurso de partida, fue un impacto de realidad. Se había pasado toda la vida bajo una jerarquía prácticamente invisible, pero encontrarse en una nave de guerra a punto de despegar hacia la galaxia la hizo muy tangible. Iban para luchar, y había muchas probabilidades de que muriesen.

Su mano buscó la de Yirella, incluso el melancólico humor que tenía en el jardín había desaparecido. Sabía que estaba tan nerviosa como él.

El monitor del escenario mostró una imagen a tiempo real de la nave acelerando lentamente de su amarradero en la fortaleza. El databud la identificó como la Asher. Tres naves seminales de

vanguardia la acompañaban.

—Ojalá Alexandre estuviese aquí —susurró Yirella—. Le echo de menos.

—Yo también, pero sie te vio reunida con nosotros antes de que su nave generacional partiese. Creo que le hizo muy feliz.

Yirella asintió, con los ojos húmedos.

—Quería que viniese con nosotros.

—No podía, sie es muy mayor. Sie lo sabía desde que dejó a su propia familia para criarnos.

—Lo sé, estoy siendo egoísta.

Dellian le apretó la mano.

—Yo también.

En el monitor, la Asher y su escolta se aproximaban al enroscado helecho de apenas cien metros, que conformaba el portal interestelar. Los rizos empezaron a brillar de azul y florecieron, expandiéndose como si un círculo del cielo se estuviese derramando por el espacio. La cerúlea bruma dio paso al negro, y el portal fue indistinguible del resto de la bóveda celeste de Juloss. La Asher cruzó primero, seguida por las naves seminales. En cuanto cruzaron el portal se cerró, con las frondas replegándose de nuevo en un agitado abrazo de pliegues de energía.

El auditorio estalló en una ronda de aplausos, pero Dellian siguió mirando la pantalla. Conocía gente en la Asher, y se acababan de ir, perdidos para él tanto en el espacio como en el tiempo. El otro extremo del portal había estado viajando a punto nueve ocho ces de Juloss, desde que llegó la nave generacional, uno de mil portales idénticos que habían enviado en rumbos al azar, proveyéndoles de rutas de escape en caso de que el enemigo detectase que había una civilización humana en Juloss.

Ahora se expandía otro portal, con un brillo naranja frente a las estrellas mientras se abría a su gemelo, metido en la atmósfera de Cathar. La fortaleza comenzó a retorcerse y doblarse frente a la repentina y poderosa gravedad. Perdió pedazos, que se adelantaron a la fortaleza en su caída al abismo.

No hubo aplauso esta vez, solo un sereno reconocimiento de la caída de la fortaleza al corazón del gigante gaseoso, donde las tormentas hiperrápidas y el terrible gradiente gravitatorio sumergirían los restos hasta reducirlos en una masa indistinguible de átomos pesados, deslizándose sobre el núcleo de hidrógeno metálico. Todas las defensas orbitales de Juloss estaban programadas para seguirla, y después el propio portal cedería y colapsaría. El sistema Juloss quedaría desnudo de nuevo entre la miríada de estrellas, repleto de

vida terrestre y derruidas ruinas como único legado de la presencia humana.

—Me gustaría que nos tomásemos un momento —dijo el capitán Kenelm con voz calmada—, deberíamos agradecer a esta estrella y sus planetas por ser un refugio sin igual para tantos de nuestros ancestros. Los humanos han disfrutado de una buena vida aquí, y es hora de que honremos y devolvamos el gesto. Nos aventuramos a la galaxia a unirnos a los mismos Santos. En algún lugar, nos están esperando. Cuando llamen, y lo harán, nos uniremos a ellos sin importar lo lejos que estén en el espacio y el tiempo. Sabed esto Santos, no os fallaremos.

—No os fallaremos —entonó Dellian, junto al resto de la audiencia. Lo habría pronunciado mil veces en su vida, pero esta vez estaba cargado de significado. ¡*Estamos de camino*!

Kenelm alzó sus palmas, y todo el mundo se puso en pie.

—La Morgan está a punto de partir —dijo. Tras él, el monitor mostraba una vista frontal de la Morgan. Frente a ella, un nudo gris se extendía entre las estrellas.

—Te agradecemos, Santo Yuri Alster, por tu fortaleza —las palabras de Kenelm estaban cargadas de respeto.

—Te agradecemos, Santo Yuri —contestó el auditorio.

El portal pasó al más oscuro azul y se hinchó, con sus componentes ondulando en un rápido ritmo.

—Te agradecemos, Santo Callum Hepburn, por tu compasión.

—Te agradecemos, Santo Callum.

La Morgan comenzó a acelerar conforme el agujero interestelar se estabilizaba.

—Te agradecemos, Santa Kandara Martínez, por tu fuerza.

—Te agradecemos, Santa Kandara.

Nuevas y hermosas estrellas brillaban a través de la oscuridad del centro del portal.

—Te agradecemos, Santo Alik Monday, por tu resolución.

—Te agradecemos, Santo Alik.

Dellian sonrió y contuvo el aliento cuando atravesaron más de quinientos años luz en un latido.

—Y finalmente te agradecemos Santa Jessika Mye, por atravesar la oscuridad para guiarnos.

—Te agradecemos Santa Jessika.

Desconocidas constelaciones brillaban ahora alrededor de la Morgan y sus naves seminales. Tras ella, el portal se cerró. El enlazamiento terminó y el mecanismo murió.

Dellian contempló las maravillosas estrellas del exterior.

—Los Olyix están ahí afuera, en algún lugar —dijo con fuerza, como un desafío al universo en el que ahora se aventuraban—. Escondidos como solíamos hacer nosotros. Pero ya no nos esconderemos más. Vamos a por vosotros, ¡cabrones!

EL EQUIPO DE EVALUACIÓN

Nkya, 26 de junio de 2204

Todos se quedaron congelados en la sala. En la frente de Jessika había tres puntos rojos de las armas que la apuntaban. El único sonido era el lento goteo de la sangre que se derramaba del cráneo destrozado de Feriton.

Jessika aún agarraba el mango del hacha contra incendios, alternando su mirada por la sala, de Alik a Kandara, de Callum a finalmente Yuri. Y dijo: —Mirad el cerebro. —Su voz tenía una tranquilidad impropia.

—¿Qué coño dices? —gritó Callum.

Eldlund empezó a proferir un agudo lamento de angustia, tapándose la boca con la mano. Loi giró la cabeza y vomitó.

—¿Cómo? —demandó Yuri—. ¿Qué?

—He dicho mirad el cerebro.

—El…

—¿Puedo soltar el hacha?

—Muévete más despacio que un glaciar —le rugió Alik—. Suéltala, pon los brazos en alto, y entrelaza los dedos sobre la cabeza. Da un paso atrás, ¿entendido?

—Entendido, la soltaré ahora. —Con mucho cuidado, soltó el mango. El hacha se inclinó conforme la hoja pivotaba en el cráneo, rasgando más tejido cerebral. El cuerpo de Feriton se inclinó hacia delante, manteniéndose en la silla por poco.

Kandara hizo una expresión de extremo desagrado.

—¡Madre Santísima!

Con los brazos en alto y los dedos cruzados, Jessika dio un paso hacia atrás.

—Mirad el cerebro.

Alik y Kandara se miraron de reojo.

—Tú la vigilas —dijo Alik.

Kandara asintió ágilmente, manteniendo la mirada fija en Jessika.

—Entendido, ve a ver de qué maldita cosa está hablando.

Tenía el brazo derecho completamente estirado y quieto, una hendidura en el brazo revelaba un pequeño cilindro plateado que apuntaba a la cabeza de Jessika.

Alik apagó el láser que tenía en la parte superior de la muñeca. Dio un lento paso hacia adelante. Incluso su frente se arrugó mientras se acercaba a la figura encorvada. Aguantó la respiración y hasta dudó al retirar el hacha, que hizo un sonido asqueroso al salir. Alik se inclinó. Todo el mundo le escuchó tragar aire. Miró a Jessika con profunda confusión.

—¿Qué demonios?

—¿Qué es? —preguntó Yuri.

—Yo… —Alik se estremeció—. No lo sé.

Yuri se impacientó y avanzó a examinar la enorme herida del cráneo de Feriton.

—Mierda —dijo, mirando impresionado a Jessika.

—¿Qué demonios es? —preguntó Callum.

—Es un cerebro Olyix —le explicó Jessika.

—¡No me lo creo!

—Compruébalo tú mismo —dijo—. No es materia gris humana. Los Olyix le extrajeron el cerebro a Feriton y lo reemplazaron por uno del quinteto. ¿Os resulta familiar el procedimiento?

Yuri frunció el ceño.

Callum se acercó, disgustado ante la carnicería y obligándose a mirar. Conocía el aspecto de un cerebro humano, y lo que fuera que fuese esa masa cárnica del cráneo de Feriton, no era humana. La estructura era toda incorrecta, con largos hilos ordenadamente colocados en lugar de la familiar pila de lóbulos. Y debajo de la densa cantidad de sangre, la superficie era extremadamente pálida.

—¡Ni de puta coña!

—Es el cerebro de un quinto —dijo Jessika—. Lo que significa que los otros cuatro cuerpos de la unión han visto y oído todo lo que Feriton ha visto y oído, incluido su nave dañada. También deben conocer cada aspecto de vuestra oficina de Supervisión de los Olyix.

—¡Maldita sea! —gruñó Yuri consternado.

—¿Qué quieres decir con su nave dañada? —preguntó Kandara.

—¿Esa nave de afuera? Es un transporte Olyix de medio alcance. Estaba de regreso a su enclave cuando mi colega lo sacó del agujero de gusano.

—¿Los Olyix tienen un agujero de gusano? —preguntó Callum aturdido—. Pero… —Se giró hacia Yuri—. ¿Sabías algo de esto?

Yuri negó con la cabeza, no dejaba de mirar a Jessika.

—Supe que Feriton formaba parte de un quinteto Olyix por una

razón —dijo Jessika—. La cuarta biocámara de la *Salvation of Life* no está llena de artefactos preciosos. Contiene un terminal de agujero de gusano que lleva de vuelta al enclave. Todas lo tienen.

—¿Todas? —imploró Callum.

—Los Olyix siempre llegan en naves como la *Salvation of Life*. Es un subterfugio que les permite observar la especie que acaban de descubrir antes de ascenderla.

—¿Ascenderla? —preguntó débilmente Eldlund.

—Se la llevan en su peregrinaje al Dios al Final del Tiempo. Y creedme, no es voluntario. Se apoderan de cada especie inteligente que encuentran. Tienen a miles encarceladas en su enclave, quizás incluso más.

—No me creo ni una puta palabra —espetó Alik—. Quiero decir, ¿cómo coño ibas saber toda esa historia?

Jessika pareció entristecerse.

—Porque soy Neána.

—¿Y qué coño es eso?

—Alienígena, pero no Olyix. Somos muy diferentes.

—¡Oh, Jesús bendito!

—¿Recordáis la Paradoja de Fermi? —preguntó Jessika—. Fermi preguntó: *¿dónde están?* Siempre asumisteis que la vida en la galaxia era excepcional y que, junto a su extensión, nunca os encontraríais con otra especie. Eso es solo parcialmente cierto. Los Olyix vienen cuando surge la conciencia y comienzan las emisiones de radio, con su falsa amistad y su ávara religión. Así que, en realidad, la respuesta a Fermi es que nos hemos mantenido en la oscuridad. Y ahora tendréis que uniros a nosotros, en esa silenciosa oscuridad entre las estrellas. Ahí es donde estaréis a salvo.

—Tu colega es Socko, ¿verdad? —dijo Yuri.

—Sí, se dejó capturar por la banda de Baptiste Devroy durante el tiroteo de Althaea. Habíamos estado buscando una operación de secuestro Olyix desde nuestra llegada. Horatio Seymore fue un golpe de buena suerte. Los agentes de los Olyix, como Devroy, reciben instrucciones para secuestrar humanos de perfil bajo, justo lo que era Horatio, si no fuese por Gwendoline. Fue un factor desafortunado que le pasaría desapercibido hasta al emparejador más hábil.

—Mierda —murmuró Loi pálida, parecía como si fuera a vomitar otra vez.

—Entonces Socko es el que sacó la nave del agujero de gusano —dijo Yuri—. La trajo hasta aquí. Y activó la baliza antes de volver a la hibernación.

—Correcto. Nuestros cuerpos pueden resistir la contaminación de

la biotecnología Olyix. No habrían sido capaces de ascenderle, aunque no habría sido inmediatamente evidente. Eso le dio el tiempo necesario para infiltrarse en su operación. He estado esperando la detección de una nave Olyix averiada desde el tiroteo del almacén.

—Que hijos de puta —espetó Alik—. Entonces, los otros de la nave han… sido… ¿ascendidos?

—Los Olyix creen de verdad que el Dios al Final del Tiempo es real, y que se revelará al reunir los pensamientos de todas las especies inteligentes que queden en el colapso del universo. Y dado que la vida es tan infrecuente y tantas civilizaciones están condenadas a caer antes del fin de los tiempos, los Olyix consideran su deber trasladar a toda especie inteligente a la cúspide de la evolución. Pero el Dios solo necesita tus pensamientos, tu personalidad. No tu cuerpo. Los Olyix han estado secuestrando humanos desde que llegaron para experimentar con ellos. Fuimos nosotros los que iniciamos el rumor de que las células K posibilitaban los trasplantes de cerebro, porque sabemos que es así como proceden, capturan cuerpos humanos para desplazarse entre vosotros con un cuerpo vaciado. Pero su tarea principal, la razón por la que secuestran a tanta gente, es para investigar la mejor forma de mantener un cerebro humano en la peregrinación. Su tecnología es mucho más avanzada de lo que os han dicho.

—¡Es una locura! —protestó Callum—. Incluso si el universo fuera cíclico y fuese a colapsar, eso no sucederá hasta dentro de miles de millones de años. No me importa como de avanzada sea su maldita tecnología, no se puede mantener un cerebro vivo tanto tiempo.

—El viaje de los Olyix no requerirá miles de millones de años —dijo Jessika—. Su enclave es una manipulación del espacio-tiempo extremadamente sofisticada, mientras allí pasan minutos, aquí se suceden los milenios. Por ello es tan difícil luchar contra ellos.

—¿Y para eso estás aquí? —preguntó Kandara—. ¿Para reclutarnos en una especie de guerra galáctica? ¿Una contra cruzada?

—No, estáis solos. No sé dónde están los Neána, ni siquiera si todavía existen. Huyeron de los Olyix hace eones, no hay registro de lo lejos que han llegado. Sé que parte de ellos aún permanecen en esta galaxia, pues de allí es de donde provengo. Pero no se nos otorgó conocimiento alguno por si fuésemos capturados. Mis colegas y yo lo hemos discutido miles de veces. Asumimos que lo lógico para los Neána sería abandonar esta galaxia por completo. Quizá hayan dejado estaciones automatizadas en su camino para alertar a las nuevas especies y enviar a guías como yo.

Kandara miró a Yuri.

—¿La crees?

Miró a la pálida carne alienígena que había en el cráneo de Feriton.

—Creo que atraparon a Feriton en su misión de espionaje. Ainsley tenía razón, pero no sé cuál será su intención, si ascendernos como afirma Jessika, o simplemente devolvernos a la edad de piedra con un bombardeo. Pero sí que creo que los Olyix no son nuestros amigos.

Kandara asintió.

—Estoy de acuerdo, al menos mientras no encontremos nada mejor. —Apagó su láser y bajó el brazo, la piel escondió el arma de nuevo—. Te estoy vigilando —le dijo a Jessika.

Si eso molestó a Jessika, no lo mostró.

—Si alguno de vosotros tiene implantes de células K, os aconsejaría que os los extraigáis quirúrgicamente de inmediato —dijo—. Pueden cambiar y multiplicarse más rápido que cualquier tumor, por eso os las dieron. Y la *Salvation of Life* sabe ahora que los humanos han sido alertados por los Neána. Lo siento, pero no es una buena noticia. Empezarán vuestra ascensión.

—¿Sí? ¿Cómo? —exigió Alik—. Me gustaría ver cómo lo intentan. La *Salvation* será una nave la hostia de grande, pero es solo una y está sola. Y Defensa Alfa tiene toneladas de armas diabólicas.

—Ya os lo he dicho —dijo Jessika—, la *Salvation of Life* tiene un agujero de gusano que lleva al enclave de los Olyix. Enviarán una armada de sus naves de clase liberación para ascenderos. En pocas palabras, una invasión planetaria.

—¡Por Jesús Bendito! —espetó Alik. Se giró para mirar a Yuri—. Hemos de irnos. ¡Ahora! Hemos de volver al portal y avisar a Defensa Alfa.

—Por supuesto que lo haremos —dijo Yuri.

—¿Cómo coño estás tan calmado?

Sonriendo, Yuri sacó un disco oscuro de diez centímetros de su bolsillo y lo puso en el suelo.

—Enlázalo —dijo en voz alta.

Callum miró con atención la misteriosa superficie del disco negro y sonrió.

—Te enseñé bien.

Yuri le hizo una peineta mientras un fino portal rectangular aparecía por el disco.

—Qué hijo de puta —gruñó Alik.

El nuevo portal estaba enlazándose, Callum y Loi desplegaron las patas de su base, preparándolo para recibir el portal completo.

—Viejos tiempos —dijo Callum.

—No —dijo Jessika—. Se han terminado. Para siempre.
—A Ainsley y Emilja les encantará hablar contigo —le dijo.
—Bien, porque tengo mucho que contarles.

QUINTILLIZOS DE JIO FERITON

Salvation of Life, 26 junio de 2204

Para los Olyix no existe el dolor. Lo erradicamos de nuestros nuevos cuerpos al ascender, al inicio de nuestro peregrinaje hacia el final del universo.

Pero nuestro cuerpo humano, Jio-Feriton, experimentó un impulso de dolor atroz cuando la hoja del hacha de la alienígena se estrelló contra nuestro cráneo. Nosotros estábamos en sintonía con las rutinas de pensamiento humano, lo que nos permitió responder y reaccionar, emulando al Feriton Kayne original sin levantar sospechas.

Los impulsos nerviosos generados por el corte del filo de la hoja en nuestra extraña carne y hueso de Jio-Feriton fueron interpretados correctamente. Eran pura agonía.

Nuestros otros cuatro cuerpos restantes Olyix perdieron temporalmente el control de sus extremidades. Queríamos llorar, pero no teníamos conductos lagrimales. Queríamos gritar, pero no teníamos cuerdas vocales. Queríamos, *ansiábamos*, que el dolor terminara. Y nos fue rápidamente concedido.

Nuestro cuerpo Jio-Feriton murió. Su mente desapareció de nuestra entrelazada esencia. Habíamos experimentado la perdida de una mente cientos de veces, cuando reemplazábamos el cuerpo envejecido de un quintillizo, pero nunca de esta forma. El resto de nuestros cuerpos estaban casi paralizados de la conmoción. No teníamos ningún mecanismo para hacer frente a tal experiencia. Carecíamos de la función anuladora de las endorfinas. El legado de Feriton fue un inmediato anhelo por esas dos cosas tan humanas.

Poco a poco, recuperamos el equilibrio. Nuestros pensamientos se centraron primero en reemplazar nuestro cuerpo Jio-Feriton para formar un nuevo quinto. Esa decisión vino acompañada de *pesar* por la pérdida que acabábamos de sufrir. El pesar es alienígena. Así aprendimos que absorber los pensamientos alienígenas para realizar un subterfugio es peligroso, pues ensuciaba nuestra pureza. No volveríamos a asumir una tarea semejante de nuevo.

No tenemos necesidad.

La mente única de la *Salvation of Life* nos hizo una pregunta, su serena esencia tenía curiosidad ante nuestro excéntrico estallido de pensamientos caóticos.

—Explica la ocurrencia —demandó.

—Ahora somos cuatro Jio. Nuestro cuerpo Jio-Feriton ha sido asesinado.

—¿Cómo?

—La sospechosa humana, Jessika Mye, ha insertado un hacha en la cabeza de Jio-Feriton, causando inmediatamente un daño fatal.

—¿Por qué?

—Debemos haber dicho algo que haya revelado que Feriton era Olyix. Determinamos que ha de ser nuestra declaración de que la cuarta biocámara contuviese reliquias sagradas. Si Jessika Mye supiese que esta información era incorrecta, entonces sabría que Feriton Kayne había sido comprometido. Pero para ello, debe ser Neána.

—Están aquí —dijo con desagrado la *Salvation of Life*—. Entonces Socko ha de ser también Neána.

—Sí. Arruinó la mente única de la nave de transporte y la estrelló fuera del agujero de gusano.

—Ahora los humanos conocen nuestro propósito.

—Así es.

—No podemos perder a los humanos a la sedición de los Neána. Los humanos son brillantes y hermosos. El Dios al Final del Tiempo los amará. Nos amará por traérselos.

—Sí —confirmamos.

La mente única de la *Salvation of Life* se abrió a todos sus Olyix.

—Comenzaremos ahora la ascensión de los humanos.

FINAL DE SALVATION

La historia continuará en el volumen dos de la Salvation Sequence,

SALVATION LOST

CRONOLOGÍA DE SALVATION

1901

Guglielmo Marconi transmitió un mensaje de radio a través del océano Atlántico.

1945

Primera explosión nuclear (sobre el suelo).

1963

Firma del tratado de prohibición parcial de ensayos nucleares, que prohíbe los ensayos atómicos atmosféricos.

2002

El clúster Neána cercano a 31 Aquilae detecta los pulsos electromagnéticos de las explosiones atómicas en la Tierra.

2005

Los Neána comienzan la misión sublumínica a la Tierra.

2041

Se abre la primera planta comercial de fusión láser en Texas.

2045

Se introducen al mercado las primeras impresoras de alimentos.

2047

La Agencia de investigación de Proyectos Avanzados del departamento de Defensa de los EE. UU. anuncian el generador artificial de enlaces atómicos, también llamado escudo de fuerza.

2049

El Congreso de los EE. UU. aprueba un Acto para crear el Departamento de Escudo Nacional, responsable de construir escudos de fuerza en todas las ciudades.

2050

China forma el Regimiento de Protección Cívica del Ejército Rojo, y comienza la construcción del escudo de Beijín.

El reino saudí instala fábricas de impresión de alimentos en

masa. El veinte por ciento del crudo restante se asigna a la impresión de alimentos.

2052

La Federación Europea crea la ADU, Agencia de Defensa Urbana, que construye escudos de fuerza sobre las mayores ciudades europeas.

2062

Noviembre, Kellan Rindstrom demuestra el entrelazamiento cuántico espacial en el CERN.

2063

Enero. Ainsley Baldunio Zangari funda Conexión.

Abril. Conexión enlaza portales entre Los Ángeles y Nueva York, cobra 10$ por desplazamiento entre las ciudades.

Colapso global del mercado de valores, las empresas de coches pierden el noventa por ciento del valor de sus acciones. Las empresas de transporte, tren y aviación caen. Las acciones del sector aeroespacial se disparan tras múltiples anuncios de ambiciosos proyectos de desarrollo en asteroides.

Noviembre. Space-X lanza un portal de enlazamiento cuántico a la órbita baja de la tierra en un Falcon-10, abriendo el acceso a órbita. Comienza la actividad comercial de gran escala en el espacio.

2066

Astro-X lanza una misión a Vesta.

Establecimiento de la colonia Vesta.

2066-2073

Treinta y nueve nuevas misiones a asteroides de colonias y prospecciones comerciales, tanto públicas y como privadas.

También conocida como la Segunda Fiebre del oro californiana, dado el gran número de CEO tecnológicos involucrados.

Gran número de requerimientos a la Corte Internacional de Justicia por parte de las naciones en desarrollo y grupos de izquierda en contra de la explotación privada con ánimo de lucro de recursos exoplanetarios.

2066

Conexión se fusiona con las emergentes compañías de portales de transporte público de Europa, Japón y Australia, formando un conglomerado. Las mayores ciudades pasan a formar parte del entramado de portales. El uso no comercial de vehículos decae rápidamente.

2067

Un tercio de las ciudades globales están protegidas por escudos y otras doscientas lo tienen en construcción. Comienza el declive de las fuerzas militares convencionales. Firma de los tratados de Cierre de Etapa de Fuerzas Aéreas y de Reducción Naval en las Naciones Unidas por parte de la mayoría de los gobiernos. Las fuerzas armadas se reconfiguran como regimientos paramilitares de supresión de insurgentes, con un número substancialmente reducido.

2068

Siete corporaciones se establecen en Vesta. Astro-X completa el hábitat de Libertyville, alojando a tres mil personas.

2069

Primer pozo solar desplegado en el sol por la Corporación Nacional de Energía Solar de China. Se comienza la construcción de cámaras magnetohidrodinámicas en Vesta, en grandes asteroides, más allá de la órbita de Neptuno.

2070

La cúpula de vacaciones Armstrong se abre al público en la Luna. Se comienza la construcción de instalaciones similares en Marte, Ganímedes y Titán.

2071

Todas las ciudades grandes de la Tierra están enlazadas por estaciones de Conexión, con la excepción de Corea del Norte.

Firma del tratado de Estados Unidos que prohíbe la explotación no equitativa de recursos exoterráqueos. Todo mineral de asteroide o planetario destinado a uso comercial ha de ser igualmente distribuido entre todas las naciones de la Tierra. EE. UU., China y Rusia se niegan a firmar. La Federación Europea otorga el estado de Principal Reconocido, y comienza a establecer la regulación de no explotación, donde los beneficios en exceso de los despliegues asteroidales han de ser dirigidos a las agencias de ayuda externa de la Federación. Las compañías

comerciales que operan en asteroides se desplazan a los países no firmantes.

2075

Finalización de diecisiete hábitats autosostenibles en el cinturón de asteroides. Comienza la construcción de Newholm en Vesta, por Libertyville, de cincuenta kilómetros de longitud y quince de diámetro. El hábitat necesita tres años para cobrar forma, y dos años para completar la biosfera.

El cincuenta y cinco por ciento de la energía de la Tierra proviene de los pozos solares. Comienza el desmantelamiento de las estaciones nucleares, desechando el material radioactivo en el espacio transneptuniano mediante portales.

2076

Se incrementa el número de asteroides urbanizados autosostenibles, con normas de exclusión terráqueas. Comienza el movimiento de independencia de los hábitats.

2077

Interstellar-X lanza su primera nave espacial, *Orión*, propulsada con un cohete portal de plasma solar. Destino, Alfa Centauri. Alcanza un setenta por ciento de la velocidad de la luz.

2078

Marzo. Firma de todos los gobiernos del acuerdo global de evasión de impuestos, prohibiendo los paraísos fiscales.

Agosto. Nueve hábitats espaciales se declaran sociedades de bajos impuestos.

Noviembre. El Primer Cónclave Progresista se reúne en el hábitat Nuzima. Quince milmillonarios firman el pacto de Utopía para conseguir una etapa de posescasez para la humanidad. Cada uno comienza un plan de colonización en asteroides con un sistema económico basado en industria autorreplicante gestionada por LA.

2079

La Administración Nacional China del Espacio Interestelar lanza la nave *Yank Liwei*. Destino, Trappist 1.

Alcanza el ochenta por ciento de la velocidad de la luz.

2081

Se alcanza por primera vez un suministro energético del cien por cien de la Tierra por pozos solares. Conexión supone el mayor consumo de energía.

2082

Las monedas terrestres pasan a estar respaldadas por kilovatios-hora. El vatiodólar pasa a ser la moneda *de facto* del planeta.

Firma del Acuerdo General de Vuelo Estelar liderado por Interstellar-X por parte de todas las organizaciones y gobiernos con capacidad de construcción de naves espaciales, asegurando el libre acceso a nuevas estrellas y evitando las misiones duplicadas.

2082-2100

Veinticinco naves espaciales comienzan su misión en Sol a las estrellas cercanas.

2083

Orión alcanza Alfa Centauri. Descubierto un psychroplaneta a dos punto ocho UA de la estrella, nombrado Zagreo. Determinado demasiado caro/difícil de terraformar. Once misiones gubernamentales se transfieren al sistema Centauri y establecen bases asteroidales de producción, junto a ocho compañías independientes. Comienza la construcción de múltiples naves estelares en el sistema Centauri.

2084-2085

Veintitrés naves estelares parten del sistema Centauri.

2084

Cierra la última planta de producción de coches, la red de Conexión proporciona acceso al noventa y dos por ciento de la población humana, incluyendo a los hábitats espaciales.

2085

El proyecto Utopía lanza la nave *Elysium*.

2086

Se abandonan las estaciones de producción en los asteroides de Alfa Centauri. Se mantienen en órbita pequeñas estaciones de monitorización del plasma solar, utilizado para la propulsión de las naves espaciales.

2096

La nave estelar china Tranage llega a Tau Ceti, descubre un exoplaneta.

2099

China comienza la terraformación del exoplaneta de Tau Ceti, llamado Mao.

2107

La nave estelar estadounidense Discovery llega a Eta Casiopea, descubre un exoplaneta.

2110

Estados Unidos comienza la terraformación del exoplaneta de Eta Casiopea, llamado Nueva Washington.

2111

La Federación Europea aprueba la terraformación del exoplaneta en 82 Eridani, llamado Libertad.

2112

Elysium alcanza Delta Pavonis. Se descubre un planeta potencialmente terraformable, llamado Akitha. Comienza la construcción del hábitat Nebesa y extensas instalaciones industriales orbitales. Comienza la terraformación de Akitha.

2127

Yang Liwei llega a Trappist 1. China comienza la terraformación de dos exoplanetas de Trappist,
T-le
y
T-lf,
Tianjin y Hangzhou.

2134

Se completa la fase dos de la terraformación de Nueva Washington, se permite el acceso exclusivo a colonos norteamericanos.

2144

Detectada la nave arca Olyix *Salvation of Life*, al comenzar la desaceleración con su propulsor de antimateria a un año luz de la Tierra. Se establecen comunicaciones. Comienza la desaceleración de cuatro años al punto lagrangiano tres del sistema Tierra-Sol, en el lado opuesto del Sol respecto a la

Tierra.

2150

La población de la Tierra alcanza los veintitrés mil millones. Cerca de siete mil quinientos hábitats espaciales completados, con una población conjunta de cien millones.

Los Olyix establecen el comercio de su biotecnología con los humanos a cambio de electricidad para generar antimateria que les permita continuar su viaje al fin del universo.

2153

Mao declarado habitable. Se transfieren colonos granjeros de China, que comienzan la fase dos de sembrado, árboles, hierba y cultivos. Se introduce fauna marina en los océanos.

2162

La misión Neána alcanza la Tierra.

2200

Once exoplanetas están en la fase dos de habitabilidad. Migración en gran escala de la Tierra. Otros veintisiete exoplanetas en fase uno de terraformación. Se detiene el desarrollo de nuevos planetas. Hay otros cincuenta y tres candidatos a terraformación. Las misiones estelares de naves portales continúan, pero con un volumen reducido.

2204

La nave portal Kavli llega al sistema Beta Eridani, a ochenta y nueve años luz de la Tierra. Detectada la señal de baliza de la nave alienígena.

Índice de contenido

Salvation

La Tierra llama

El equipo de evaluación

Juloss

El equipo de evaluación

Callum y Yuri

Juloss

El equipo de evaluación

La carrera contra el tiempo de Yuri

Juloss

El equipo de evaluación

El caso del favor de Alik

Juloss

El equipo de evaluación

La muerte de Cáncer

La muerte de Cáncer

Juloss

El equipo de evaluación

La misión de infiltración de Feriton Kayne

El equipo de evaluación

Juloss

El equipo de evaluación

Quintillizos de Jio Feriton

Cronología de Salvation

Sobre el autor

PETER F. HAMILTON (Rutland, Inglaterra, Reino Unido, 2 de marzo de 1960). Compró su primera máquina de escribir en 1987 y durante los siguientes tres años acumuló lo que él considera una gran pila de relatos cortos rechazados. Como otros escritores de su generación, se dedicó a mandar estos relatos a *Interzone*, aunque no le fueron publicados hasta pasado un tiempo. Después de esto alcanzó la notoriedad gracias a *Mindstar Rising* y sus dos secuelas, *A Quantum Murder* y *The Nanoflower*, que conformarían la trilogía de Greg Mandel, un detective con poderes psíquicos. Ambientada en un futuro próximo en una Bretaña que se ha convertido al comunismo, describe una sociedad que se empieza a reconstruir a sí misma mediante la producción de tecnología avanzada. Estos libros son un ejercicio de especulación científica, política y social muy viva mezclados con elementos de ficción detectivesca.

Para su proyecto más importante Hamilton cambió de tercio escribiendo un ambicioso conjunto de space operas conocidas colectivamente como la trilogía *Dawn Night's* (formada por *The Reality Dysfunction, The Neutronium Alchemist* y *The Naked God*). Lo que empezó siendo una novela espacial normal acabó convirtiéndose en una obra de dimensiones descomunales, dando lugar al final a tres novelas de más de mil páginas cada una. Eso generó dos posturas de opinión enfrentadas, ya que mientras que unos consideraban que era un exceso innecesario, otros afirmaban que su

representación extremadamente detallada de las civilizaciones, planetas, tecnología y culturas era un gran logro y ayudaban a crear un universo totalmente creíble. En cualquier caso las críticas y ventas le dieron la razón, pues en ambos casos fueron excelentes.

Tras escribir un apéndice de la serie (*The Confederation Handbook*, un libro de información en la línea de los apéndices de *El Señor de los Anillos*), una novela para lectores jóvenes (*Lightstorm*) y otra para PS Publishing de edición limitada (*Watching Trees Grow*), publicó su siguiente obra completa, *La caída del dragón*. Este libro es en gran medida una fusión de las ideas y estilos, incluso de personajes, que se pudieron ver en la trilogía *Dawn*
Night's
, pero en un tono más oscuro. Describe una sociedad deprimente dominada por cinco megacorporaciones que poseen un poder casi ilimitado. Uno de sus aspectos más interesantes es su descripción, nada convencional, de una sociedad espacial que no ha conseguido desarrollar un método de viaje interplanetario sostenible.

Su siguiente obra, *Misspent Youth*, es mucho más corta que los libros de *Dawn*
Night's
o que *La caída del dragón*, y nos muestra una versión distinta del futuro próximo de Bretaña de la que podíamos ver en la trilogía de Greg Mandel. Combina el tema del rejuvenecimiento con una creciente preocupación acerca del fenómeno de la integración europea desde un punto de vista bastante escéptico. Muchos de sus protagonistas tienen algún tipo de tara grave de personalidad que le añade un tono muy oscuro a la novela en comparación con sus trabajos anteriores.

La estrella de Pandora, nos sitúa aproximadamente trescientos años después en el mismo universo que *Misspent Youth*. Explora los efectos sociales que producen la práctica eliminación de la muerte mediante las técnicas de rejuvenecimiento que nos presentó en la novela anterior. En un estilo de alguna forma similar al de *Dawn*
Night's
, Hamilton resalta, con gran detalle, un universo con un pequeño número de distintas especies alienígenas que se relacionan pacíficamente y que súbitamente han de enfrentarse a una cada vez más ominosa amenaza exterior.

Hamilton toca constantemente temas ambiciosos, particularmente en *Dawn*
Night's

. En esta trilogía, trata extensamente la política, comparando y contrastando un gran espectro de sistemas políticos y sociales distintos mediante una alianza abierta de mundos independientes, entrando también en la religión y la metafísica. Otros temas que se pueden encontrar repetidamente a lo largo de su obra son los problemas y oportunidades que derivan de la innovación tecnológica y el fenómeno del desequilibrio tecnológico existente entre sociedades distintas.

En sus obras emplea generalmente un estilo claro y prosaico, aunque en sus relatos cortos puede llegar a ser bastante más extravagante. Afirma haber sido influenciado por los autores clásicos de ciencia ficción: Heinlein, Clarke y Asimov. En *Dawn*
Night's
su estilo tiene un efecto muy positivo al conseguir mantener de forma continua las distintas líneas argumentales y logrando que el lector pueda seguirlas con facilidad. Es característico en sus obras el cambio entre distintos personajes (suele trabajar con tres o cuatro protagonistas, cuyos caminos van por separado pero que eventualmente se cruzan a la mitad del libro aproximadamente). Esto está fuertemente marcado en *Dawn*
Night's
y continúa así en *La Estrella de Pandora*.

Notas

[1] Nota del T.: Las Rendition en el original hacen referencia a las extraordinary rendition perpetradas mayoritariamente por Estados Unidos. Consisten en la extradición o secuestro de personas de manera encubierta y fuera de la ley, usualmente con la intención de exilio, interrogatorios mediante tortura o detención extraordinaria. < <

[2] N. del T.: En español en el original. < <